

PARTE SEGUNDA

SALMO CINCUENTA Y UNO

[176] TÍTULO DEL SALMO

**Para el fin. Inteligencia a David. Cuando vino Doeg edomita,
y anunció a Saúl, y le dijo: David ha venido a casa de Abimelec.**

*[In finem, intellectus David, cum venit Doeck Idumaeus,
et annuntiavit Sauli, et dixit illi: Ecce venit David in domum Abimelech].*

Unas breves palabras sobre el contexto histórico de este salmo nos servirán para entender su título. Cuando David andaba huyendo de Saúl, llegó a donde el sacerdote Abimelec. Éste lo recibió y le hizo entrega de los panes de la proposición y de la espada con que había matado a Goliat. Los panes de la proposición y la espada sagrada fueron signo respectivamente del sacerdocio y del futuro poderosísimo rey. Encontrándose casualmente allí **Doeg edomita**, servidor encargado de los mulos, puso a Saúl al corriente de todo (1Sam 22,10). Airado entonces Saúl, dio órdenes de matar a Abimelec, junto con los demás sacerdotes de la ciudad. Pero este Doeg, por quien todas estas cosas sucedieron, fue apellidado con el nombre de su nación, es decir: edomita. Ambas palabras unidas –como la autoridad de los Padres enseña¹– indican los *movimientos terrenos*. Esta significación de las palabras es atribuida, no sin razón, a los actos del Anticristo. En efecto, Doeg edomita fue adversario de David, como el Anticristo lo será de Cristo. Doeg dio muerte a los sacerdotes; el Anticristo lo habrá de hacer con los mártires. Con el significado de su nombre, Doeg indica las sacudidas de la tierra; el Anticristo es aquél que removerá el orbe entero, pues con su arrogancia sacrílega lo coaccionará fuertemente, a fin de que dé culto a su nombre. Por tal razón, por el nombre de Doeg edomita rectamente se entiende el Anticristo, al que en tantas comparaciones se muestra semejante. Y, por ello, la totalidad de este título, con razón, se ha de referir a la segunda venida del Señor, a lo largo del tiempo del Anticristo, porque todas las cosas se ajustan convenientemente a la manifestación de Cristo, de modo tal que el título no discrepe del contenido del salmo, antes al contrario, convenga adecuadamente con él.

División del salmo

Iluminado por el Espíritu santo, pudo contemplar el profeta que, con anterioridad al juicio del Señor, se levantaba el abominable principado del Anticristo. Y, con objeto de robustecer los corazones de los fieles, en la primera parte del salmo, se alza arremetiendo contra él, a fin de que no se exalte excesivamente en sus iniquidades aquél a quien aguarda un gravísimo final. En la segunda parte, siguiendo aún en sus increpaciones, dice que será arrebatado con rápido final y que no tendrá parte con los santos del Señor. Afirma, en la tercera, que el asombro de los santos

¹HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 858).

sobrevendrá, cuando el diablo –que en este siglo ha avanzado con extraordinaria arrogancia– sea visto, al final, misérrimo y postrado. En la cuarta parte, con la confianza puesta en Dios, considera el profeta que, en el tiempo que ha de venir, tendrá él parte dichosísima en compañía de los ángeles. Otros consideraron, no obstante, que este salmo ha sido compuesto contra los pecadores, en sentido general. Sin embargo, al recomendarse que se ore con insistencia por aquéllos que todavía no han perdido la esperanza de la conversión, es lógico que, con mayor razón, sea entendido como referido al Anticristo, junto con sus seguidores, los cuales, por la crueldad de su obstinación, sabido es que ya está condenado, cuanto más porque –como más abajo se dice– al final de los tiempos habrá de ser destruido.

Exposición del salmo

Verso 1.– **¿Por qué te glorías en la maldad, tú que eres poderoso en iniquidad todo el día?**² [*Quid gloriaris in malitia, qui potens es in iniquitate tota die*]. Comoquiera que la Escritura divina dice que ni siquiera en los actos buenos el hombre debe gloriarse, sino que ordena que *quien se glorie, se glorie en el Señor* (1Cor 1,31), al hombre impío, que se jacta de su maldad, le recrimina con indignación el profeta que se **gloríe de sus malas obras**, de las que, antes al contrario, debería avergonzarse, teniendo la conciencia [177] por testigo. Pero es parte de la virtud profética hablar a una persona ausente como si estuviera presente. En efecto, a través de los versos, que siguen –una vez hecha la invectiva– viene descrito con admirable propiedad, a fin de que sea descubierto por sus costumbres, aquél³ que, pasado largo tiempo, habrá de venir. También es **poderoso en iniquidad** el que –entregado al mal– puede llevar a término lo que se esfuerza por conseguir. Pero, en la medida en que es fuerte en la maldad, en esa misma medida es execrable, a causa de sus costumbres impías. Mas, para que no se creyere que se trata sólo de algo pasajero, añade: **Todo el día**, palabras que significan el tiempo de toda la vida, es decir: que, siempre y sin descanso alguno, obra y piensa el mal.

Verso 2.– **Tu lengua pensó la injusticia; como navaja afilada hiciste el engaño** [*Iniustitiam cogitavit lingua tua; sicut novacula acuta fecisti dolum*]. Con admirable brevedad describe la costumbre de los malvados, que no se paran a pensar antes de tomar la palabra, como dice el sapientísimo Salomón: *En la boca de los necios está su corazón* (Sir 21,29). En efecto, dice aquí que **pensó la lengua**, no el corazón, de manera que la que suele estar al servicio del consejo de los prudentes, pensó con sus propias palabras. Por tal razón dio a conocer cosas irreflexivas: porque no las discernió, previo un adecuado discernimiento. En efecto, mediante la expresión: *Pensó la lengua*, ha puesto de manifiesto dos cosas: la fácil voluntad de una mente muy poco consistente y la ligereza sumamente irreflexiva de lo expresado. Ciertamente es que, a veces, podemos pensar cosas dignas de reprobación, pero podemos hacer también que la lengua no las diga. Se condena aquí, en verdad, tal nefasta costumbre propia del hombre depravado. Añade: **Como navaja afilada hiciste el engaño**. La **navaja** es un cuchillo particularmente fino, de cierta anchura y muy afilado, que se usa para rasurar los vellos, pues, aun pasándola por encima de la cara, imprimiéndole cierta presión, afeita la barba ya crecida, pero dejando intacta la carne. Con toda conveniencia, pues, comparó el engaño del hombre cruel con una **navaja afilada**, porque así como ésta no llega a dañarlo, tampoco aquél consigue herir el alma del justo, no importa cuál sea la aflicción. En efecto, puede dejar raso

²Hebr., מַה־תִּתְהַלֵּל בְּרָעָה הַנְּבוֹר הָאֵל כָּל־הַיּוֹם [¿Por qué te jactas, oh poderoso? La misericordia de Dios es todo día]. Los LXX: τί ἐγκαυχᾷ ἐν κακίᾳ ὁ δυνατός ἀνομίαν ὅλην τὴν ἡμέραν [¿Por qué te jactas de maldad, poderoso, de iniquidad todo el día?].

³Se refiere al Anticristo.

todo lo que aparece por fuera, como son los pelos, pero vuelve entonces más hermosas las interioridades del alma, cuando consigue arrancarle las fealdades mundanas.

Verso 3.— **Amaste la maldad más que la bondad; hablar la iniquidad más que la equidad** [*Dilexisti malitiam super benignitatem, iniquitatem magis quam loqui aequitatem*]. Nunca abandona el mal quien se sabe que ama pecar. En efecto, nos apartamos de manera total de aquellas cosas, que —odiándolas— llegamos a condenarlas. Pero de este horrrisono pecador se dice que **ama** sus propios pecados, pues, corrompido por una pasión execrable, juzga que es más deseable todo aquello que los rectos preceptos están siempre acusando. Y, para redoblar el aumento de sus culpas, añade: **Más que la bondad**, de manera que, aunque alguna vez la bondad pudiese tocarle el ánimo, repudiada⁴ de inmediato como vicio detestable, quedara ésta ensordecida. Sigue: **Hablar la iniquidad más que la equidad**. Por lo general, los hombres pedadores tienden a ocultarse, sirviéndose del atractivo de un modo de hablar bien cuidado. No quieren que se descubran en ellos aquellas cosas, que saben que son condenadas con reprobación general. Pero éste se ha identificado con el mal de tal modo que no se avergüenza de hablar de las cosas, que la sensibilidad de los hombres prudentes repudia. Y observa cómo, mediante estos tres versos, se han introducido un buen número de cosas. A esta figura literaria se la conoce con el nombre de *leptologia*, es decir, *locución sutil*, cuando cada cosa viene indicada de manera detallada y fina.

Verso 4.— **Amaste todas las palabras de hundimiento⁵, lengua dolosa⁶** [*Dilexisti omnia verba praecipitationis, lingua dolosa*]. Interpuesta la pausa, se llega a la segunda parte. Pero, aunque podamos imaginarnos a alguien de impiedad suma, ¿quién será aquél, cuyas palabras **dolosas** descienden como del precipicio de un monte?. Mas esto se dice, en verdad, con referencia al Anticristo, el cual —trastornadas y confusas las costumbres— ama la iniquidad, corre en pos de **todas las palabras de hundimiento**, ordena lo que nada ayuda y todo lo habla con engaño. Por él, nada que para alguien pudiera ser provechoso es tenido en cuenta.

Verso 5.— **Por ello te destruirá Dios al final, te arrancará y te hará salir de su tabernáculo, y a tu raíz de la tierra de los vivientes** [*Propterea destruet te Deus in finem, evellet te, et emigrabit te de tabernaculo suo⁷, et radicem tuam de terra viventium*]. **Destruirá Dios** en esta vida a los que decidiera rehacer de nuevo de manera mucho más provechosa; pero aquél que es **destruido al final** es atormentado, mediante suplicios eternos. En efecto, debido a todo lo dicho anteriormente, al final de los tiempos, la boca del Señor dictará sentencia de condena contra aquel tirano, de manera que tan ingente maldad sea totalmente destruida, por virtud del advenimiento del supremo Juez, cuyos tiempos de poder los define también el profeta Daniel, cuando dice: *Porque en el tiempo de los tiempos, y en el medio tiempo, en la dispersión que se ha de consumir, sucederán todas estas cosas* (Dan 12,7). Sigue: **Te arrancará, y te hará salir de su tabernáculo**. ¡Ingente pena, espantosa condenación: *Ser arrancado del paradisíaco tabernáculo* del Señor y quedar abandonado en los fuegos eternos, donde a nadie le es dado reverdecir, ni le es concedido florecer, sino ir secándose —a la manera de un árbol viejo, arrancado de raíz— en eterna esterilidad!. Puede también extrañar a algunos el hecho de que estas palabras no pueden encajar bien con el Anticristo.

⁴TL., in textu: *repudiata* [ms., A., repudians].

⁵Hebr., כָּל־דְּבָרֵי־בָלָע [todas las palabras de perdición]. Los LXX: τὰ ῥήματα καταποντισμοῦ [las palabras de hundimiento].

⁶Hebr., לִשׁוֹן מְרֵמָה [oh, lengua dolosa, en vocativo]. Pero los LXX leen en caso acusativo, γλῶσσαν δολίαν, dependiendo de ἡγάπησας [amaste]. S. Agustín lee también *linguam dolosam*. No así Casiodoro, que ve el vocativo.

⁷TL., de tabernaculo suo; Vlg., de tabernaculo tuo.

Dice, en efecto: **Y te hará salir de su tabernáculo**, siendo de sentido común que un ser tan sumamente profano nunca habría debido estar establecido allí. Pero esto bien puede entenderse de sus miembros, que en la Iglesia, ciertamente, están de manera corporal, pero no espiritual. Porque, así como los fieles son miembros del Señor Salvador, así también el Anticristo reúne a sus seguidores en una única sociedad de maldad. Añade: **Y tu raíz de la tierra de los vivientes**. Las raíces serán los partidarios del Anticristo y los servidores del diablo. Y por ello dice que *su raíz será arrancada junto con él de la tierra de los vivientes*, porque ni el diablo ni el Anticristo, ni los que van en pos de ellos, tendrán parte alguna con los santos del Señor. Deténgase a considerar bien este castigo todo el que estuviese convencido de que su poder es digno de admiración, y necesario es que tenga por muy vil a aquél, cuyo domino indudablemente le será arrancado.

Verso 6.— **Verán los justos, y temerán; y harán burlas de él, y dirán** [*Videbunt iusti, et timebunt; et super eum ridebunt, et dicent*]. Llega a la tercera parte, en la que el espíritu del profeta veía anticipadamente lo que —tras una larga espera— aún está por venir. Pero, aunque los **justos** continuamente tengan temor de Dios y no dejen nunca de considerar la grandeza de su poder, sin embargo, verán entonces cosas tales que harán que se llenen de temor muy por encima de cuanto los hombres puedan imaginar. La expresión: **Temerán** se refiere, pues, a la gloria divina; no al horror, que inspira el castigo. Está hablando, en efecto, de los bienaventurados. Sigue: **Y harán burlas de él**. En el tiempo presente, los justos lloran, más bien, por aquéllos que se conducen erradamente, como dice el Apóstol: *Para llorar por muchos de los que pecaron y no hicieron penitencia* (2Cor 12,21). Pero, puesto que, en el juicio futuro, no habrá lugar para la penitencia, con razón los justos se reirán de él, porque, con inicua voluntad, el malvado ha dado pruebas de despreciar la santa paciencia del Señor. **Y dirán**. Pero, a fin de que no creamos —como por lo general sucede aquí— que se trata de burlas de muy poca importancia, añade a continuación qué palabras van a decir, de manera que —junto con el juicio del Señor— pueda mostrarse la voluntad concorde de los bienaventurados.

Verso 7.— **He aquí el hombre⁸ que no puso a Dios como su auxilio, sino que confió en la abundancia de sus riquezas, y prevaleció en su vanidad** [*Ecce homo qui non posuit Deum adiutorem sibi⁹, sed speravit in multitudine divitiarum suarum, et praevaluit in vanitate sua*]. **He aquí**. Esta expresión adverbial, cuando se dice con la mano extendida, muestra la suerte nefanda del pecador; pone de manifiesto a dónde lo han conducido [178] aquellas obras, que la suma crueldad del hombre consideraba que eran gloriosas. Por su parte, la palabra **riquezas** la debemos entender aquí en el sentido de todas las pompas de este mundo, en las que abundó aquel hombre nefandísimo, como el profeta Daniel recuerda: *Y dominará en los secretos del oro y de la plata, y en todos los placeres de Egipto* (Dan 11,43). En efecto, no sólo será opulento en oro, sino que —por el gran número de sus gentes y la posesión de tierras— gozará también de la ostentación de obras portentosas, incluso se jactará por la depravada arrogancia de los honores y se verá sobradamente colmado de todos los demás vicios, que con el nombre de Egipto se dan a entender. Pero vanas serán todas estas cosas, porque son ajenas a Dios. En efecto, decimos que es *vano* aquello que no tiene consistencia, que es frágil o perecedero y se halla separado de la firmeza de la verdad. Efectivamente, aunque todas las cosas mundanas puedan estar al servicio de su poder, no obstante, en vano **prevaleció** el que de ninguna manera adquirió para sí cosas verdaderamente provechosas, como al respecto dice el Apóstol de los gentiles: *El que se exalta, hinchado vanamente por el extravío de su propia carne, y sin estar unido a la cabeza, desde la cual el cuerpo entero, conducido y prolongado por medio de*

⁸Hebr., הַגִּבּוֹר הַזֶּה [He aquí el hombre fuerte], es decir, el que supera a los demás hombres en fuerzas y poder, cosa que aquí puede entenderse en sentido irónico. Los LXX: ἰδοὺ ἄνθρωπος [He aquí el hombre].

⁹TL., *adiutorem sibi*; Vlg., *adiutorem suum*.

junturas, crece para crecimiento en Dios (Col 2,19).

Verso 8.— **Pero yo, como olivo fructífero en la casa de Dios, esperé en la misericordia de Dios en eterno, y por los siglos de los siglos** [*Ego autem, sicut oliva fructifera in domo Dei, speravi in misericordia Dei in aeternum, et in saeculum saeculi*]. Llega el profeta a la cuarta parte, en la que —lleno ya de alegría— exulta en la llegada de una grandísima cercanía. Y, con razón, se compara con el **olivo**, porque de su germen floreció Cristo el Señor, que fue ungido con óleo espiritual en favor de sus hermanos. Pero este felicísimo *olivo* produjo un fruto tal que, mediante la abundancia de su misericordia, hiciera acrecentar la grosura de todo el género humano, reseco como estaba, a causa de los pecados. Añade también: **En la casa de Dios**, donde verdaderamente creció el fruto de este árbol feliz. Pero, por tal motivo el fruto se mostró admirable para él¹⁰: porque **esperó en la misericordia de Dios**. El Anticristo, en efecto, *esperará en la abundancia de sus riquezas*. Pero lo uno se opone a lo otro, de suerte tal que pueda verse qué fruto supone esperar en Dios y cuál es la perdición, consecuencia de no tener puesta la esperanza en el Señor. Esta figura es conocida con el nombre de *syndicasmos*, en latín, *collatio*, es decir, cuando cosas diversas, contrarias entre sí, vienen comparadas unas con otras. Y, para que no se considere que esta esperanza está sujeta al tiempo, añade: **En eterno**, que significa: **Por los siglos de los siglos**. Por lo siguiente se repite la misma idea: para que se entienda que tuvo completamente fija la esperanza en aquella eternidad.

Verso 9.— **Te confesaré, Señor, por los siglos, porque hiciste; y esperaré en tu nombre, porque es bueno ante la presencia de tus santos** [*Confitebor tibi, Domine, in saeculum quia fecisti; et spectabo nomen tuum, quoniam*¹¹ *bonum est ante conspectum sanctorum tuorum*]. Al proclamar el salubérrimo predicador las bondades de su confesión, muestra cómo debemos actuar nosotros. En efecto, nos es dado confesar aquí, para que allí merezcamos ser absueltos. Añade: **Porque hiciste**, donde, por la figura retórica de la *eclipsis*, se ha de sobreentender la misericordia en la que antes ha dado testimonio de haber esperado. Sigue diciendo: **Y esperaré en tu nombre, porque es bueno**. Ciertamente, **espera en su nombre** aquél que, en el juicio del Señor Salvador, cree que será salvado, gracias a su misericordia, pues considera que en su persona tal palabra ha de hallar cumplimiento. Con razón, es llamado **bueno** aquello donde está la esperanza de la salvación y se recibe la palma de la victoria de toda vida. Se añade también: **Ante la presencia de tus santos**, es decir, cuando sea ya general el gozo de los justos y la alabanza del Señor se cante sin fin con armoniosa exultación.

Conclusión del salmo

Después de aquellas fecundas lágrimas del salmo cincuenta y de la bienaventura expiación de los pecados, con que, por el amor de la Divinidad, el feliz profeta prorrumpió contra el adversario del Señor, persigue piadosísimamente al enemigo de su rey, aquél que había sido liberado de la hostilidad de los pecados. Pero, aun cuando, en distintos lugares, se encuentren tanto la alabanza como el vituperio, hechos que pertenecen al género demostrativo, en este salmo, sin embargo, el autor ha conjugado, de modo muy adecuado, ambas formas. En efecto, desde el principio y hasta llegar al versículo nueve, donde dice: *Prevaleció en su vanidad*, desarrolla la parte correspondiente a la vituperación. Pero lo que sigue —desde aquí hasta el final— muestra la forma de la cualidad laudatoria. Queda así acabada, por ambas partes, la perfección del género demostrativo. Bueno es también que recordemos que este salmo —estructurado en sí mismo, con orden admirable— es el

¹⁰TL., *ille* [ed., *illi*]. Se prefiere la segunda.

¹¹TL., in textu: *quoniam* [ed., *quod*].

segundo que profetizó el advenimiento del Anticristo. En efecto, así como por Elías y Henoc –por medio de estos dos santísimos varones– ha de ser aniquilado al final de los tiempos, así también, mediante estos dos salmos, se exhorta a no temer al Anticristo, que opera en lo oculto. De aquí que, después del salmo cincuenta, este salmo haya sido colocado aquí de manera oportuna, porque el hijo de la iniquidad, que es de quien habla, excediendo el tiempo de la remisión, sabido es que no tiene perdón alguno.

SALMO CINCUENTA Y DOS

Para el fin. Por Amalec¹. Inteligencia para David

[*in finem, pro Amalech intellectus David*]

Aunque buena parte de los versos de este salmo guarda un enorme parecido con los del salmo décimo tercero, la comprensión de los mismos ha sido cambiada en modo notable, a causa de la diversidad de los títulos. En efecto, donde en aquél leíamos: *Salmo de David*, en éste encontramos: *Para el fin. Por Amalech. Inteligencia para David*. Así, sin que los versos sean cambiados, aquél habla de un hecho aún no acontecido; éste anuncia otro distinto. En efecto, aquél contiene un enjuiciamiento contra los judíos; éste indica un alzarse contra todos los pecadores, en general. Aquél habla de la Encarnación del Señor; éste va a hablar –ya al final del salmo– de la venida del juicio. Un bello género de expresión, que tiene lugar por medio de la *alegoría*: decir una misma cosa, pero entender lo dicho de manera distinta. Y allí donde el forma de expresarse no ha experimentado cambio, la diversidad es hallada de modo singular en el sentido. Estudiemos ahora las palabras de este título. **Para el fin. Por Amalec. Inteligencia para David. Para el fin.** Dado su uso frecuente, el significado de todas estas palabras ya lo conocemos bien. Pero **Amalech** fue una nación, que batalló contra el pueblo de Dios con lucha muy enconada y constante. Su nombre bien se puede traducir por *parturiente* o *doliente*², hecho éste que, con toda propiedad, adaptamos ahora a la Iglesia del Señor, la cual–como mujer doliente o parturiente– amonesta al pueblo impío, a fin de que cese en sus iniquidades y no llegue a perecer en el juicio divino, como dice el Apóstol: *Hijos mío, a los que doy a luz de nuevo, hasta que Cristo sea formado en vosotros* (Gál 4,19).

[179] División del salmo

En la primera parte del salmo habla la Iglesia, increpando a los que no quieren volver sus corazones a los bienes espirituales, sino que, imitándose mutuamente, se ensucian unos a otros con las sordideces de sus acciones. Dice, en segundo lugar, que éstos van a recibir, a su vez, los males que ellos infligieron al pueblo cristiano. Finalmente, exhorta a los pueblos fieles a que soporten con ecuanimidad las dificultades del tiempo presente, hasta el advenimiento del juicio de la Majestad, donde todos los bienaventurados recibirán, sin falta, los bienes que el Señor les ha prometido.

¹Hebr., על־מַלְכָּה [‘*al-mālā’lat*]. Los LXX: ὑπὲρ μαλεθ; Vlg., *Pro Melech*. S. Agustín lee *Pro Maelett* y Casiodoro, *Pro Amalech*. Todos éstos creen que se trata de una persona. Otros, sin embargo, piensan que dicho nombre es el de un instrumento músico, a cuyo son debía cantarse este salmo. Véase lista de Kraus, núm. 11.

²Pero véase HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 830). *Amalec, populus bruchus*.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Dijo el necio en su corazón: no hay Dios** [*Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus*].

Verso 2.— **Se han corrompido y abominables se han hecho en sus voluntades: no hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno** [*Corrupti sunt, et abominabiles facti sunt in voluntatibus suis*³: *non est qui faciat bonum, non est usque ad unum*⁴]. Aquí —si es que nuevamente queremos considerarlo— se nos presenta el silogismo categórico de la siguiente manera: *Los necios se han corrompido y se han hecho abominables en sus voluntades. Todos los que se han corrompido y se han hecho abominables en sus voluntades dicen en su corazón: No hay Dios. Luego, los necios dicen en su corazón: No hay Dios.* Pasemos ahora a una exposición más detallada de las palabras. **Decir** es algo propio de la lengua, no del corazón. Pero, puesto que el poder de la Divinidad entiende nuestros pensamientos, con razón, se ha hecho uso de la expresión: **El corazón del necio dice**, cosa que pudo llegar a los oídos del Señor, ciertamente, no de cara al perdón, sino al juicio⁵, como dice el Señor en el libro del Génesis: *Bajaré y veré, si el clamor que ha llegado hasta mí, lo han colmado con la obra*, etc. (Gén 18,21). En efecto, aquél que en un momento de su vida decide separarse de la Palabra omnipotente y no halla reposo en las normas católicas, es un **necio**, ciertamente, porque ha despreciado los dones de la verdadera sabiduría. Por tanto, éste niega a Dios **en su corazón**, pues, si verdaderamente creyera en Dios, mediante ninguna perversa acción llegaría a pecar contra Él. Y, para que puedas considerar que, a causa de múltiples errores, éste es verdaderamente *necio*, ha hecho uso de manera apropiada del número plural, pues dice: **Se han corrompido y abominables se han hecho en sus voluntades**. Todos los herejes son señalados, por medio de una misma palabra, pues la **corrupción** consiste en no haber creído rectamente en Dios, en cuanto que bajan de su sentido vital quienes se hallan enredados en creencias, que conducen a la muerte. Les sigue la pena justísima, o sea: que **se hagan abominables en sus voluntades** quienes se muestran favorables a la corrupción de los sentidos. Añade: **No hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno**. Esta figura literaria recibe el nombre de *anaphora*, en latín, *relatio*, cuantas veces una misma palabra se repite con iteración frecuente. En efecto, esto es lo que la Iglesia daba a luz, llena de dolores: que, en tan gran multitud de hombres, dados a la perdición, *ni siquiera hubiera uno que pudiera obrar el bien*. Hecho éste que sólo debe entenderse de aquéllos que, habiéndose situado fuera de la religión, perduran en una obstinación detestable. En efecto, a fin de que quedes bien advertido acerca de estos tales, un poco más abajo se dirá: *Los que devoran a mi pueblo*. Indica allí, en efecto, a aquéllos que, con las fauces abiertas, persiguen al pueblo fiel.

Verso 3.— **El Señor ha mirado desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si hay quien entienda o busque a Dios** [*Dominus de caelo prospexit super filios hominum, ut videat si est intelligens aut requirens Deum*]. **El Señor ha mirado desde el cielo**. Ciertamente, desde un único lugar —también pregonero suyo— el Señor ha mirado a aquéllos que, como el cielo, Él habita. **Sobre los hijos de los hombres**. *Miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres*, cuando hizo que los apóstoles y los profetas saludablemente lo anunciaran, a fin de que, por medio de ellos, la gentilidad, que ignoraba al que era Dios, llegase a conocerlo con manifiesta verdad. Y, en verdad, los miró con gran piedad, no para perder a quienes están en el error, sino para salvar a los que, con

³TL., *in voluntatibus suis*; Vlg., *in iniquitatibus*.

⁴Vlg., omite la expresión: *Non est usque ad unum*.

⁵TL., *in textu: ad vindicandum* [ed., iudicandum]. Se prefiere la segunda.

piadosa confesión, hacen penitencia. Sigue: **Para ver si hay quien entienda o busque a Dios**. Aun siendo Dios sabedor de las cosas ocultas y conociéndolas todas antes de que ocurran, se dice aquí: **Para ver**, o sea: *para hacer ver*, como también le fue dicho a Abrahán: *Ahora he conocido que amas al Señor tu Dios* (Gén 22,12). Esta figura retórica es conocida con el nombre de *hypallage*, en latín, *permutatio*, cuantas veces decimos ver o conocer a quien hace que nosotros veamos o conozcamos. Y tal es el motivo por el que se dice esto: para arrebatir toda excusa a los incrédulos, dándoles a conocer que Cristo el Señor fue predicado a todas las gentes, ya anteriormente y durante largo espacio de tiempo.

Verso 4.— **Todos se desviaron, a un tiempo se hicieron inútiles; no hay quien haga el bien, ni siquiera uno** [*Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt; non est qui faciat bonum, non est usque ad unum*]. Dice tal cosa acerca de aquéllos que, con corazón endurecido, permanecieron en su depravado propósito. En efecto, también podemos emplear el adjetivo **todos** en lugar de sólo una parte, de manera que se entienda que el hecho atañe solamente a los que se sientan cegados por creencias impías. Pero, con cuidadoso orden, discurren las palabras. En efecto, en primer lugar, el hecho fue que **se desviaron**; después, **que se hicieron inútiles**. Añade: **No hay quien haga el bien, ni siquiera uno**. Aquel dolor de los pensamientos —como parto que violentamente se viene encima— se ha extendido. Repite las palabras, porque en los sentidos, embotados por la obstinación, no pudo encontrar remedio fructuoso. Con razón, pues, manifiesta la Iglesia su dolor por aquéllos de quienes el pueblo fiel no podía obtener progreso. Al decir: **Ni siquiera uno**, todos vienen negados. En efecto, si hubiese querido dar a entender que alguno hizo el bien, no habría dicho: *Ni siquiera uno*, sino que la expresión habría sido: *Excepto uno*. Y observa que suprime los siguientes cinco versos del salmo trece —versos que, en dicho salmo, se adaptan adecuadamente a los judíos—, para que la comprensión general se trasponga completamente a todos los pueblos incrédulos.

Verso 5.— **¿Acaso conocerán todos los que obran la iniquidad, los que devoran a mi pueblo como alimento de pan? No invocaron a Dios** [*Nonne cognoscent⁶ omnes qui operantur iniquitatem, qui devorant plebem meam sicut⁷ cibum panis? Deum non invocaverunt*]. Llega a la segunda parte, donde la Iglesia de Dios recrimina a los que se elevan en el pueblo cristiano. En efecto, al decir: **¿Acaso conocerán?**, da a entender que éstos habrán de saber que no deben realizar nada de lo que, con depravada voluntad, se sienten orgullosos. De hecho, incluso vuelve a expresar la misma idea, pero invirtiendo las palabras. En efecto, la expresión anterior: *¿Acaso conocerán?* se la ha de entender en el sentido de *que no conocerán*. Esta figura literaria es conocida con el nombre de *anastrophe*, en latín, *perversio*, cada vez que las palabras se expresan, adoptando un orden invertido. Pero **obran la iniquidad** los que ponen gran empeño en lacerar a los fieles del Señor, los que, contraviniendo sus mandatos, oprimen a las viudas y expolían a los huérfanos. Dice: **Los que devoran**, esto es, los que engullen y consumen el crimen a toda prisa. Y no carece de importancia el hecho de que diga: **A mi pueblo**, para manifestar que todo lo anterior ha sido dicho con relación a los malvados, dando así testimonio de que éstos, en aumento de sus crímenes, devoran a su mismo pueblo. En efecto, si —como algunos piensan— quisieras entender esto como referido al género humano, tomado en general, resultaría que la distinción hecha aquí carecería de sentido. Y, para mostrar la avidez de la dilaceración, ha ñadido: **Como alimento de pan**, esto es: el alimento siempre más deseable y corriente. En efecto, aunque —según las circunstancias de que se trate— podamos alimentarnos con diferentes clases de comida, sin embargo, el pan es para nosotros el alimento permanente. Añade asimismo: **No invocaron a Dios**. Vuelve al consuelo de los fieles,

⁶TL., *cognoscent*; Vlg., *scient*.

⁷TL., *sicut*; Vlg., *ut*.

porque las obras, que realizaron los pecadores [180] contra la voluntad del Señor, son desbaratadas con rapidez extraordinaria, y todo lo que estuviere fuera de Él, viene a ser como humo, que se disipa en las áureas etéreas.

Verso 6.— **Trepidaron con temor allí donde no estaba el temor** [*Illic trepidaverunt timore, ubi non erat timor*]. Considerando las cosas buenas de este mundo, el mayor **temor** de los pecadores es o sentirse desengañados en este mundo con motivo de la felicidad perdida, o disfrutar en menor medida de las riquezas obtenidas, o bien verse privados de los honores logrados. En efecto, estando en vida, sienten horror de perder aquello que, debido a la condición humana, saben que —muy a su pesar— han de abandonar. En efecto, no piensan en aquellas cosas por las que con verdadero temor serán tormentados, cuando les llegue el momento del llanto y del rechinar de dientes [Mt 13,50]. Y, por ello, se ha de sobreentender: **Allí donde no estaba el temor**, es decir, el temor justo⁸.

Verso 7.— **Porque Dios desparramará los huesos de los hombres que se complacen en sí mismos; son confundidos, porque Dios los ha despreciado** [*Quoniam Deus dissipabit ossa hominum sibi placentium*⁹; *confusi sunt, quoniam Deus sprevit eos*]. Este verso no aparece en el salmo trece. Aparece, sin embargo, aquí con objeto de confirmar el tiempo del juicio, en cuanto que acerca de dicho juicio se va a decir todo cuanto en aquel salmo, por ser diferente el título, en modo alguno podía resultar coherente, según anteriormente ya quedó dicho. En efecto, en el juicio futuro, **Dios desparrama** sus **huesos**, es decir, las durísimas obstinaciones de aquéllos a los que la maldad endureció de manera atroz. Añade también: **De los que se complacen en sí mismos**, cosa que es particularmente propia de los malvados. En efecto, el justo siempre está descontento consigo mismo, en tanto que, mediante la consideración de las cosas del cielo, reprime los deseos de su carne. Entiende el justo, por tanto, que no deben ser alimentadas aquellas cosas por las que se llega a los suplicios eternos. Pero, en los pecadores, sucede todo lo contrario: aman de dónde perecer, desean de dónde ser condenados y se complacen en el mal, por cuya causa habrán de sufrir las penas perpetuas, como en el salmo diez ya se dijo: *Pero quien ama la iniquidad, odia su propia alma* (Sal 10,7). Añade: **Son confundidos, porque Dios los ha despreciado**. Estos tales, que se complacen en sí mismos, forzosamente **son confundidos**, pues, en verdad, son apartados del reino de Cristo todopoderoso.

Verso 8.— **¿Quién dará desde Sion la salvación a Israel? Cuando el Señor convierta la cautividad de su pueblo** [*Quis dabit ex Sion salutare Israel? dum*¹⁰ *converterit Dominus captivitatem plebis suae*]. La madre Iglesia —ya con mayor contento— llega a la tercera parte, volviendo a coincidir con el texto del salmo trece, de manera que, así como el comienzo de ambos salmos fue semejante, así también su conclusión final fuese igualmente concordante. **¿Quién dará?**. Habrá de añadirse: *Si no eres tú, Señor*. Son, en efecto, palabras propias del que cree, no del que duda. **Desde Sion**. Llama así a aquella visión feliz, en la que es contemplado el Señor y la Majestad misma es traspasada por la verdadera luz del corazón. Ésta es **la salvación a Israel**, es decir, la que da la vida al pueblo fiel, al pueblo que ve a Dios. Añade: **Cuando el Señor convierta la cautividad de su pueblo**, esto es: al vivir todavía en este tiempo presente, el pueblo fiel sufre prisión, a causa

⁸Se ha de entender este verso en el sentido siguiente: los pecadores sintieron temor donde no había verdadera razón de temer, porque lo que aquí podían perder eran sólo cosas perecederas. Allí, pues, no estaba el verdadero temor. Sin embargo, no se pararon a pensar en que lo que podían perder allí era la salvación eterna. Ésa sí era una verdadera razón para temer, allí sí estaba el verdadero temor.

⁹TL., *dissipabit ossa hominum sibi placentium*; Vlg., *dissipavit ossa eorum, qui hominibus placent*.

¹⁰TL., *dum*; Vlg., *cum*.

de angustiosas tribulaciones, porque aún no ha podido llegar a los remedios de la libertad prometida. Por ello, mientras tanto no llegue el momento de liberar a sus fieles de este lugar, también aquí **da desde Sion la salvación a Israel**, en cuanto que, mediante sus beneficios, da consuelo a las fatigas de los santos.

Verso 9.– **Exultará Jacob y se alegrará Israel** [*Exultabit Iacob, et laetabitur Israel*]. Este verso conmemora la felicidad futura, cuando los fieles del Señor puedan gozar ya de la más completa y plena libertad. Y observa que, en la resurrección general, el patriarca **Jacob** es nombrado con cierta frecuencia, conforme a aquello que está escrito: *Amé a Jacob, pero odié a Esau* (Mal 1,2-3). Convenientemente, pues, éste tan amado no podía dejar de ser mencionado en la conmemoración de aquel tiempo grandioso en el que el gozo ya no tendrá fin. Sigue: **Y se alegrará Israel**. Ya hemos dicho que la palabra **Israel** significa *el hombre que ve a Dios*. Esto, sin duda alguna, le es concedido a la Iglesia, cuando –como le fue prometido– sea establecida felizmente en la patria eterna.

Conclusión del salmo

Con gran cuidado hemos de considerar tanto la diferencia como la igualdad de estos dos salmos, al comprobar concordancia en las palabras, pero discordancia en el sentido. Muestra, en verdad, absolutamente la luminosa dignidad de la expresión divina, de suerte que –salvado lo tocante a la fe– en palabras idénticas podamos entender realidades distintas. En efecto, si a los colores de las gemas les es dado irradiar con variada luz; si a ciertas aves les es concedido resplandecer con colores diversos; si los ojos humanos contemplan al camaleón –en un único y mismo cuerpo– ora de color verdoso, ora verdemar, ora róseo, ora pálido, ¿por qué las palabras divinas, que muy a menudo vienen comparadas a los abismos, no habrán de tener también diversidad de comprensión?. En efecto, con movimiento trémulo, resplandece el piélago con variada luz. De aquí también que los Padres, que guardan la ortodoxia, digan cosas diversas acerca de un mismo lugar y, sin embargo, todos son escuchados provechosamente. De aquí también que alguno de los nuestros escriba: *Perla es ciertamente la palabra divina y de toda parte puede ser horadada*¹¹. Conviene también que recordemos que este salmo es el segundo de los que fueron escritos, teniendo como asunto a tratar la reprensión y conversión de los judíos. Éstos, así como ahora son censurados constantemente, por medio de los dos Testamentos, así también aquéllos que permanezcan han de ser salvados al final de los tiempos.

¹¹HIER., Epist. 2,21 *Ad Damasum* (PL 30, 347-420).

SALMO CINCUENTA Y TRES

Para el fin. En los cánticos de inteligencia a David¹, cuando vinieron los Zifitas y dijeron a Saúl: ¿Acaso he aquí que David está escondido entre nosotros?².

[In finem, in carminibus salubriter David, cum venerunt Ziphæi, et dixerunt ad Saul: Nonne ecce David absconditus est apud nos?³].

De sobra es ya conocido el hecho de que, mediante las palabras **para el fin**, se significa a Cristo. **En los cánticos**, es decir, en la elaboración del presente salmo. En efecto, *cántico* es aquella composición literaria que –procediendo, conforme a determinados pies métricos– se ajusta al marco de las reglas establecidas, como sucede con todos los salmos, que conforman el Salterio hebreo. Por tanto, este *cántico* significa las alabanzas de Cristo. Por su parte, la expresión: **Inteligencia a David** anuncia al Salvador, que el salmista –percibiéndolo siempre de manera manifiesta⁴– con deseo grande y saludablemente ansiaba que viniera. Sigue: **Cuando vinieron los zifitas y dijeron a Saúl: ¿Acaso he aquí que David está escondido entre nosotros?**. De nuevo, se introduce aquí la historia narrada en el libro de los Reyes (1Sam 23,19). En efecto, los zifitas, gente perteneciente a una población de Siria, en la que habitaba Zif, fueron llamados zifeos. Viniendo éstos a Saúl, dijeron que David se había escondido entre ellos. Pero quedando al descubierto⁵ su malicia, en modo alguno pudieron hacer daño al santo varón. Con objeto de que los misterios contenidos en este salmo puedan ser conocidos con bastante más claridad, veamos ahora de qué pueblos serán representantes estos nombres. La palabra **zifitas** significa los que *están en flor*⁶, cosa que, en este mundo, es dada a los pecadores. Como bien ya se sabe, **David** es figura del Señor Salvador, por el cual es manifestado el pueblo cristiano. Así, de manera conveniente, queda expresado en esta similitud el hecho de que los malvados viven, en este mundo, florecientes y en libertad; pero los fieles, al contrario, escondidos y reclusos. De aquí que el profeta ruegue ahora ser liberado de estos tales, a fin de no ser entregado traicioneramente en manos de los enemigos.

[181] División del salmo

Liberado el profeta del peligro de Saúl, a lo largo de todo el salmo, da gracias al Señor, porque la traición de los zifitas no pudo causarle daño alguno. En la primera parte, ruega que la mucha fuerza de los enemigos no consiga abrumarlo con su peso. Con piedad de espíritu suplica, en la segunda, que sus adversarios puedan llegar a convertirse, cosa que a todo cristiano conviene pedir,

¹El texto hebreo dice así: לְמַנְצָחַ בְּנִינֹת מִשְׁכִּיל לְדָוִד [Para el maestro del coro en los instrumentos de cuerda. Himno de David]. Sobre בְּנִינֹת [bin^egînōt] véase la lista de Kraus, núm. 9. Los LXX: εἰς τὸ τέλος ἐν ὕμνοις συνέσεως τῷ Δαυιδ [Para el fin. Con himnos. De inteligencia para David]. Véanse los salmos cuatro y treinta y uno.

²Y, en el verso 2, hebr. dice: בְּבוֹא הַזִּיפִים וַיֹּאמְרוּ לְשָׁאוּל הֲלֹא דָוִד מְסֻתָּר עִמָּנוּ [Cuando los zifitas vinieron a decir a Saúl: 'No está escondido David entre nosotros']. Los textos griego y latino incluyen este verso en el título. Dicen los LXX: ἐν τῷ ἐλθεῖν τοῦ Ζιφαίου καὶ εἰπεῖν τῷ σαουλ οὐκ ἰδοὺ Δαυιδ κέκρυπται παρ' ἡμῖν [Cuando fue a los zifeos y dijo a Saúl: '¿No está acaso David escondido entre nosotros?'].

³TL., cum venerunt Ziphæi, et dixerunt ad Saul: Nonne ecce David absconditus est apud nos?; Vlg., cum venissent Ziphæi, et dixissent ad Saul: Nonne David absconditus est apud nos?

⁴TL., in textu: a proficue [ed., perspicue]. Se prefiere la segunda.

⁵TL., in textu: exerentes [ed., excercentes].

⁶HIER., Liber de nominibus hebraicis (PL 23, 860).

de manera que, siendo él liberado de los que florecen en este mundo, no se les niegue a ellos la gracia de la conversión.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Oh Dios, en tu nombre sálvame, y por tu poder líbrame** [*Deus, in nomine tuo saluum me fac, et in virtute tua libera me*⁷]. La figura retórica, conocida con el nombre de *hirmos*, en latín, *convenientia*, figura que tiene lugar, cuando el hilo de la narración conserva su curso hasta el final, ocupa toda esta parte del salmo. El profeta ora, para ser librado, **en el nombre** del Señor Salvador, de la maldad de sus perseguidores. En efecto, muchos en este mundo parecen que son salvados en el presente, pero no lo son *en el nombre del Señor*. Por ejemplo, cuando alguien, viene a mostrarse a la vista de todos, restablecido totalmente de sus anteriores dolencias, debido ello al efecto benéfico de ciertos amuletos o de algún sacrílego encantamiento; o bien, cuando alguien queda absuelto del delito cometido, previa corrupción del juez, al que se le ha hecho llegar una importante suma de dinero. El profeta pide, por el contrario, que le sea concedida la salvación, que viene de Dios, de suerte que, perseverando aquí, conforme a una fe realmente sincera, pueda ser salvado de la pestilencia de este mundo, una vez le haya sido concedida la salud del espíritu. Sigue: **Y por tu poder líbrame**. Antes había pedido tomar la medicina —aquí, en este mundo—, pero en el nombre del Señor. Ruega ahora que, en el juicio futuro, sea **librado por su poder**. En efecto, así como aquí vino, según la débil condición humana, así también aparecerá allí en los poderes de su Majestad. De este modo, en un solo verso, han sido realizadas las dos cosas, que principalmente deben desear los hombres religiosos. Con razón, dice esto cada fiel; con razón, lo dice el pueblo cristiano.

Verso 2.— **Oh Dios, escucha mi oración; percibe con los oídos las palabras de mi boca** [*Deus, exaudi orationem meam; auribus percibe verba oris meae*]. Repite, de nuevo, el nombre del Omnipotente, de suerte que, implorando frecuentemente a Dios, el auxilio no venga a tardar. Pero, pues también podía escuchar una oración dicha en silencio, añade: **Percibe con los oídos las palabras de mi boca**, a fin de que escuchara no ya sólo el sentimiento del corazón, sino también el sonido⁸ de la voz. Por tal razón, muy oportunamente ha elegido el verbo: **Percibe**, en cuanto que propiamente decimos que *se perciben* aquellas cosas que guardamos en lo más secreto del corazón.

Verso 3.— **Porque los extraños se han levantado contra mí, y los fuertes han buscado mi alma; no pusieron a Dios ante su mirada** [*Quoniam alieni insurrexerunt adversum me, et fortes quaesierunt animam meam; non proposuerunt Deum ante conspectum suum*]. Se expone ahora la causa de la oración antes dicha. Ahora bien, conociendo que los zifitas eran de la tribu de Judá, de donde también el profeta procedía, ¿cómo es que ha dicho que **los extraños se han levantado** contra él?. En este caso, ciertamente, por **extraños** no deben entenderse hombres de procedencia extranjera, sino aquéllos que, debido a sus obras, se han hecho extraños a Dios. Con razón, porque, mientras buscaba de ellos el auxilio de la defensa, encontró —por el contrario— las insidias de la traición. En efecto, por **fuertes** quiere dar a entender a Saúl, junto con sus servidores. A este último lo elevaba el poder de la realeza y la maldad de una mente insana lo fortalecía. Sigue: **No pusieron a Dios ante su mirada. Pone a Dios ante su mirada** aquél que cree que Él está presente en todas partes y que sin falta conoce todo cuanto la voluntad humana se esfuerza por realizar. En cambio, los que andan extraviados no ponen a Dios ante sus ojos, porque creen que Él ignora las cosas que, con su mente

⁷TL., *libera me*; Vlg., *iudica me*.

⁸TL., in textu: *affatum* [*ed.*, *affectum*].

criminal, ellos conciben. Ésta es la piadosa oración, que deseaba le fuese escuchada: que no se les permitiera hacer su voluntad a aquéllos que no habían puesto a Dios ante sus ojos.

Verso 4.— **Pues es aquí que Dios me ayuda, y el Señor es el sostenedor de mi alma**⁹ [*Ecce enim Deus adiuvat me, et Dominus susceptor est animae meae*]. Llega a la segunda parte, en la que —tras la piadosísima santidad de la oración y lleno de espiritual confianza— se promete a sí mismo el auxilio del Señor. Dice: **Dios me ayuda**. Ayuda, ciertamente, al que se halla en apuros, a fin de que pueda sobrellevar todo aquello que los impíos se esforzaban por reunir en su contra. A continuación, dice también en qué consista este auxilio: **Y el Señor es sostenedor**. Él sostiene no sólo al que ayuda en sus fatigas, sino también al que —apiadándose— lo absuelve de sus pecados. Y fíjate en que dice: **De mi alma**, de suerte que, aun cuando el cuerpo esté expuesto a los peligros, la salud del alma, sin embargo, pueda mantenerse incólume. Ciertamente, guarda en sus santos, de manera especial, aquélla por la que en el día del juicio el hombre es coronado con generosa piedad.

Verso 5.— **Aparta los males de mis enemigos; piérdelos en tu verdad** [*Averte mala inimicis meis; in veritate tua disperde illos*]. Siendo consciente el profeta de haber sido liberado de la persecución de los enemigos, por virtud de la misericordia del Señor, presenta ahora esta ofrenda de buena voluntad, poniendo todo su afán en suplicar por sus enemigos. Es éste un hecho, que la piedad divina siempre acoge de buen grado. Pide, por tanto, que sea removida de sus enemigos la mala voluntad, por cuya causa éstos serían angustiados. Sigue diciendo: **Piérdelos en tu verdad**. Cuando los malvados vienen a la verdad, **se pierden** de su intención primera y, si alguien llega a separarse de sus inicuos propósitos, merecerá una consideración entre las obras buenas¹⁰. Que se pierdan, pues, los zifitas, a fin de que no delaten al que está escondido; que se pierda Saúl, para que no persiga al inocente.

Verso 6.— **Voluntariamente sacrificaré para ti, y confesaré tu nombre, Señor, porque es bueno** [*Voluntarie sacrificabo tibi, et confiteor nomini tuo, Domine, quoniam est bonum*]. **Voluntariamente sacrifica** para el Señor el que, con deseo de piedad, ruega por sus enemigos. Pues quien pide el castigo de los que le son hostiles, quien reclama ser vengado de las calamidades ajenas o quien suplica por otros deseos mundanos no sacrifica *voluntariamente* para el Señor, porque no ruega, según su amor, sino que pide su poder, movido por la necesidad de cosas determinadas. En cambio, *sacrificar voluntariamente para el Señor* es ofrecer la pureza de una buena voluntad y adorarlo, temerlo y amarlo únicamente por esto: porque es Dios, porque es Creador, porque es ordenador de todas las cosas. *Sacrifican voluntariamente para Dios* quienes, en medio de los más angustiosos sufrimientos, dan gracias continuamente, como se lee que hizo el santo Job. Sigue: **Y confesaré tu nombre, Señor**. Consecuentemente, da respuesta a las cosas anteriores, presentando la ofrenda de alabanza al nombre de Aquél, por cuyo poder había sido salvado. En efecto, **confesar** significa, en este caso, *alabar*, porque esta palabra —como en más de una ocasión hemos dicho— es homónima. Añade: **Porque es bueno**. En efecto, es un bien inestimable querer alabar, alabanza por la que ánimo santo se rehace y se ponen en fuga las adversidades de este mundo.

⁹Hebr., אֲדֹנָי בְּסִמְכִי נִפְשִׁי [Adonai en los que sustenta mi alma]. Los LXX: καὶ ὁ κύριος ἀντιλήπτωρ τῆς ψυχῆς μου [Y el Señor es defensor de mi alma].

¹⁰et nisi aliquis a proposito iniquitatis discesserit, locum in bonis actibus non habebit. Recuérdese que dos negaciones afirman.

Verso 7.– **Porque me has librado de toda tribulación, y sobre mis enemigos ha mirado**¹¹ **tu ojo** [*Quoniam ex omni tribulatione eripuisti me, et super inimicos meos respexit oculus tuus*¹²]. Así como al final de la primera parte, expuso las causas de la oración, así también presenta ahora el motivo de su alabaza: que [182], aunque él hubiera sacrificado voluntariamente para el Señor, Diosle había concedido, sin embargo, los bienes que él conoció. Da testimonio el profeta de que, por el poder del Señor, **ha sido librado de todas las tribulaciones**, hecho que, ciertamente, no puede suceder en este mundo, si no es en favor de aquéllos que se mantienen en el amor del Señor. Ahora bien, **el ojo del Señor miró sobre sus enemigos** –los zifitas–, cuando de ninguna manera permitió que llevaran a cabo sus criminales intenciones. En efecto, frecuentemente Dios –en su misericordia– no nos permite realizar acciones inicuas, de manera que –arrepentidos– imploremos el perdón de nuestros pecados, como le fue impedido a Saulo, cuando los sacerdotes lo enviaron a Damasco, para asolar con cruelísima persecución a la Iglesia de Cristo (Hch 9,1). Con gran provecho, ciertamente, no le fue permitido llevar a término aquel encargo, cuyas consecuencias habrían sido llegar a los suplicios eternos.

Conclusión del salmo

Esta súplica profética y la piadosa simplicidad de un ruego, lleno de santidad, nos ofrecen un ejemplo de gran provecho para nuestra vida, que es éste: que, cuando por los zifitas –es decir, por los que florecen en este mundo– nos veamos agobiados, no entremos de inmediato en estériles rivalidades, sino que, sacrificando voluntariamente para Dios, sean sus divinos beneficios los que nos liberen de toda tribulación. Pongamos todo nuestro empeño en alabarlo verdaderamente a Él, para que también nosotros –ignorantes– merezcamos ser librados de nuestras ataduras. Un altísimo modo de orar se nos ha propuesto, de suerte que podamos suplicar, con ánimo tranquilo y confiado¹³, sin importar en qué clase de peligros nos encontremos, pues el Señor puede libramos de todas nuestras tribulaciones, a condición –no obstante– de que Él considere que tal cosa aquí nos conviene. *Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene* (Rom 8,26). Ciertamente, nosotros, que estamos rodeados por las tinieblas de la ignorancia y confundidos por la maldad de los pecados.

SALMO CINCUENTA Y CUATRO

Para el fin. En los cánticos. Inteligencia para David.

[*In finem, in carminibus, intellectus David*].

Para el fin. Ya hemos dicho varias veces cuál es el significado de esta expresión. No nos cansaremos, sin embargo, de repetirlo, incluso si de otra manera pudiera ser explicado. Con toda conveniencia, Cristo es llamado *el fin*, ya porque todo lo que hacemos con rectitud y fidelidad, sin duda alguna, se ha de referir a Él, ya porque viene al final de los tiempos, como dice el Apóstol: *Finalmente nos ha hablado en el Hijo* (Heb 1,2). Esto significaban aquellas palabras dirigidas a

¹¹Hebr., וְבִאֵינִי הָאֵתָה עֵינִי [Y en mis enemigos ha mirado mi ojo]. Los LXX han traducido el verbo hebreo הָאֵתָה [ha mirado] por ἐπεῖθεν, lo que propiamente significa *mirar algo que está debajo*, es decir, mirar con desprecio. De ahí la fuerza expresiva del *respexit* de la Vlg. Sin embargo, S. Agustín y Casiodoro, leyendo *respexit*, siguen el texto hebreo.

¹²TL., *respexit oculus tuus*; Vlg., *despexit oculus meus*; in textu: [ms. A., meus]. Se debe preferir *tuus*, debido a la interpretación dada por Casiodoro.

¹³TL., in textu: *confidenti* [ms. A.F., *confitenti*].

Moisés: *Mataréis el cordero al atardecer* (Éx 12,6). **En los cánticos.** Dice así, en lugar de *en las alabanzas*. Nos exhorta, en efecto, a que –ya en la tristeza, ya en el gozo– cantemos continuamente las alabanzas del Señor, cosa de la que este salmo va a hablar, y que nunca nos separamos de sus loores. En efecto, con ternura paterna corrige, cuando castiga; cuando consuela, nos hace revivir. Ambas cosas, ciertamente, nos son de provecho, a condición de que la acción de gracias no se aparte de nuestra boca. Sigue: **Inteligencia para David.** Ésta es la verdadera inteligencia para David: el hecho de proclamar que –en cuanto a la naturaleza humana– él es padre de Cristo el Señor, como el ciego exclama en el Evangelio: *Hijo de David, apiádate de mí* (Lc 18,40); pero de confesar asimismo que –según la naturaleza divina– es su siervo, como el mismo David dice en el salmo ciento nueve: *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha* (Sal 109,1).

División del salmo

Dispuestas convenientemente dos pausas, como si de dos ojos se tratara, a lo largo de todo el salmo, se escuchan las palabras del Señor Salvador, que proclama –según su condición de siervo– con cuán íntegra propiedad nos dio ejemplo de la más saludable humildad. En la primera parte, pide que no se desprecie la oración del que se halla sumido en la tribulación, suplicando que cuanto antes le llegara la liberación, ardientemente deseada, a causa de la debilidad de la carne. Ruega, en segundo lugar, que sean destruidas las iniquidades de los judíos, pues en su ciudad se hallaba la contradicción de la verdad. En tercer lugar, da a conocer qué cosas habían de suceder a los obstinados judíos, como consecuencia de sus pecados. Dicho todo esto, viene introducida una piadosa consolación, a fin de que nadie entre los fieles se sienta aterrorizado por cuanto se escucha acerca de la severidad del Juez.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Escucha, Señor, mi oración y no desprecies mi súplica** [*Exaudi, Deus, orationem meam, et ne despexeris deprecationem meam*]. En la primera parte del salmo, Cristo el Señor, que con piadosa misericordia viene a salvarnos, ofreciéndonos el modelo de vida a seguir y el don de la salvación –por los sufrimientos soportados, conforme a la voluntad divina, y establecido por propia voluntad en medio de las perturbaciones del mundo–, pide que su **oración sea escuchada**. Ruega, después, que **no sea despreciada su súplica**. Pero todo esto se dice en razón de que –aun siendo Dios– se dignó asumir la condición humana. En efecto, en un primer momento, podía ser escuchado y despreciado, después. Esto sucede a aquéllos que, deseando los bienes de este mundo, reciben cuanto han pedido y, sin embargo, más tarde son despreciados, porque en ningún modo buscaron los premios eternos.

Verso 2.– **Dirige tu mirada a mí y escúchame: contristado estoy en mi ejercicio, y conturbado estoy**¹ [*Intende in me² et exaudi me: contristatus sum in exercitatione mea, et conturbatus sum*]. Primero, es **dirigir la mirada** y escuchar, después, la voz del que suplica. En efecto, nadie que es enemigo escucha, sino que la mirada serena es concedida a quien también unos oídos placidísimos se disponen a escuchar, como en otro salmo se dice: *Mira y escúchame, Señor, Dios mío* (Sal 12,5). Dicho esto, se expone el motivo de la oración: **Contristado estoy en mi ejercicio, y conturbado estoy**. Perfectamente queda contenido en una sola frase el curso de la vida

¹Hebr., אָרִיד בְּשִׁיחִי וְאֶהְיֶה [me lamento en mi meditación y mi desasosiego]. Los LXX: ἐλυπήθην ἐν τῇ ἀδολεσχίᾳ μου καὶ ἐταράχθην [me he disgustado en mi reflexión y me he inquietado].

²TL., *intende in me*; Vlg., *intende mihi*.

del Señor Salvador. Llamamos, ciertamente, **ejercicio** a aquella actividad, que no conoce descanso, concediéndose algún momento de distensión, algún rato de ocio, sino que persevera con un esfuerzo continuado en gloria de virtud. Se ejercitaba, en efecto, con los milagros, se ejercitaba con la santidad de la enseñanza; pero **se contristaba** principalmente, porque los pérfidos no daban muestra de ningún fruto de justicia, como dice el evangelista: *Y se contristó sobre Jerusalén, y lloró* (Lc 19,41). ¡Oh bondad del piadosísimo Creador!: decir que estaba *contristado y conturbado*, porque la locura del pueblo obstinado no daba crédito a sus salubérrimas palabras.

Verso 3.— **De la voz del enemigo y de la tribulación del pecador, porque declinaron en mí la iniquidad, y en la ira eran molestos para mí**³ [*A voce inimici et a tribulatione peccatoris, quoniam declinaverunt in me iniquitatem*⁴, et in ira molesti erant mihi]. A la expresión: **De la voz del enemigo y de la tribulación del pecador** hay que añadir: *Librame*, para que —en consonancia con la autoridad del texto hebreo— la división de los versos pueda constar también para nosotros. Pide **ser liberado de la voz del enemigo**, cuando acerca él decía el pueblo judío: *Si es el Rey de Israel, que baje de la cruz, y creeremos en él* (Mt 28,42). Pide, por tanto, que la voz de los pérfidos sea derrotada, en virtud de la resurrección, hecha ya manifiesta. Pero la **tribulación del pecador** tenía lugar, cuando con boca sacrílega escupían sobre Él; cuando le daban bofetadas y latigazos, y [183] cuando, junto con los azotes, redoblaban contra Él los insultos. Sigue: **Porque declinaron en mí la iniquidad, y en la ira eran molestos para mí**. El ímpetu del pueblo furioso viene expuesto, como si del curso de un río se tratara. En efecto, contra el Señor **declinaron la iniquidad**, porque, no queriendo atenerse a razón alguna, pedían desaforadamente el derramamiento de la sangre de un inocente. Y observa qué grandes causas vienen explicadas con cada palabra. Dice que los judíos, a los que una férvida ira los precipitaba a cometer el crimen, estaban vehementemente encendidos. En cuanto a lo que a Él se refiere, dice solamente: **Y en la ira eran molestos para mí**, cosa que suele sucedernos, cuando somos incomodados por un acto de insolencia, sin mayor importancia. Escuchen los insensatos judíos que ellos ocasionaron al Señor sólo una *molestia*, pero se buscaron a sí mismos la perdición eterna.

Verso 4.— **Mi corazón está conturbado en mí, y el terror de la muerte cayó sobre mí** [*Cor meum conturbatum est in me, et formido mortis cecidit super me*]. De nuevo, se expresa aquí la humildad de la condición humana asumida. En efecto, aun cuando, en razón de la ley de la carne, su ánimo **se conturbó**, por el auxilio de su Divinidad, vencía los dolores y los tormentos del cuerpo. Ciertamente, pues, si la fuerza de Dios obra esto en los mártires, ¡cuánto más el sentido de los tormentos —por fuertes que éstos fueran— no podía prevalecer en aquella *dispensación*⁵ de su carne!. Sufriendo, completó su verdadera condición humana; pero, venciendo también —por sí mismo— tales cosas, mostró que era Dios. Añade: **Y el terror de la muerte cayó sobre mí**. Todo queda ajustado adecuadamente. Era lógico, en efecto, que quien había sido conturbado en su corazón, fuera también invadido por el **terror de la muerte**. Veamos detenidamente esta expresión. **Cayó** verdaderamente, cuando vino sobre Él aquella muerte, que ulteriormente ya no pudo prevalecer. En efecto, con la muerte temporal del Señor, la muerte eterna, que vindicaba para sí el dominio sobre el género

³Hebr., וְיִשְׁמְרוּ עָלַי אֶן וּבָאָה יִשְׁמֹנוּ [porque dejan caer sobre mí la iniquidad y con furor me amenazan]. Los LXX: ὅτι ἐξέκλιναν ἐπ' ἐμὲ ἀνομίαν καὶ ἐν ὀργῇ ἐνεκότεον μοι [porque han desviado contra mí la iniquidad y con rabia se indignaban conmigo]. S. Agustín: *quoniam declinaverunt in me iniquitatem et in ira adumbrabant me* [porque agolparon sobre mí iniquidades y en el furor me cubren de sombras].

⁴TL., *iniquitatem*; Vlg., *iniquitates*.

⁵En las sagradas Escrituras, la palabra *dispensación*, del latín *dispensare* [distribuir], puede traducir dos vocablos griegos: διακονέω o servicio (2 Cor 3,7-9) y οἰκονομία, administración, comisión, encargo (1Cor 9,17; Ef 1,10; 3,9; Col. 1:25). Entiéndase, pues, aquí por *dispensación* la misión para la cual aquella carne fue asumida.

humano, conoció su total derrota, como dice el Apóstol: *Absorbida ha sido la muerte en tu victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?* (1Cor 15,54-55).

Verso 5.— **Temor y estremecimiento vinieron sobre mí, y me cubrieron las tinieblas** [*Timor et tremor venerunt super me, et contexerunt me tenebrae*]. Con certísima propiedad describe la forma de nuestro final. En efecto, ante el hecho la muerte, en primer lugar, sentimos **temor**; después, **estremecimiento**, porque tal separación de cuerpo y alma no puede acontecer sin que experimentemos una perturbación suprema. Continúa diciendo: **Y me cubrieron las tinieblas**. La proximidad de la muerte anunciaba de antemano la perspectiva de las tinieblas, porque, con frecuencia, contemplamos espiritualmente aquellas cosas futuras, a causa de las cuales el terror nos suele causar conturbación.

Verso 6.— **Y dije: ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?** [*Et dixi: quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo et requiescam?*]. Después de las mortíferas perturbaciones y de la indigencia de la humanidad realmente asumida, necesario fue desear la liberación, que se le habría de conceder. Dice, pues: **¿Quién me dará?**, esto es: ¿Quién me dará, si no eres tú, oh Padre, que conduciendo la naturaleza humana hasta los reinos eternos, la colocarás a tu derecha?. Las **alas** —en latín, *pennae*, palabra procedente del verbo *pendeo*— son aquellas extremidades, que sostienen el cuerpo de las aves grácilmente *suspendido* por los aires. Pero observa que no pide que se le dé alas de águila, o de azor, o de golondrina, sino **de paloma**: alas, que vuelan con más rapidez que todas estas demás. En efecto, la palabra latina *columba* vendría a significar algo así como *criada en la celda*⁶, pues ésta transcurre su vida sin causar daño a nadie. Ave inofensiva, mansa, que contra ningún animal se alza con cólera voluntad, ni con sórdidos alimentos en modo alguno se aquieta. Con razón, pues, Cristo el Señor pidió *alas de paloma*, bajo cuya apariencia también el Espíritu santo vino sobre Él, cuando fue bautizado (Mt 3,16). Sigue: **Y volaré, y descansaré**. **Y volaré**, o sea: me transpondré con velocidad extraordinaria. Se refiere, en efecto, a cuando evitó las molestias de los judíos, **para descansar** de su iniquidad, hecho que también pone de manifiesto el verso, que sigue.

Verso 7.— **He aquí que me alejé huyendo, y permanecí en la soledad** [*Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine*]. Rememora este verso aquellos pasajes del Evangelio, en los que, a causa de sus numerosos milagros, levantó contra sí toda clase de sediciones por parte de los malvados. Se lee, en efecto, en el evangelio de Marcos: *Y levantándose muy de mañana, se marchó y fue a un lugar desierto, y allí oraba* (Mc 1,35). Y un poco más adelante: *De manera que ya no podía entrar abiertamente en una ciudad, sino que se quedaba fuera, en lugares solitarios* (Mc 1,45). **Se alejó**, pues, de sus perseguidores, para arrancar de las mentes insanas cualquier ocasión de ira. **Permaneció en la soledad**, para disfrutar de la pureza de un lugar retirado, lejos de perturbaciones, invitándonos con tal hecho a que, cuando nos sintamos agobiados por la fuerza de alguna iniquidad, corramos a descansar en lo escondido de nuestra conciencia. O también podría entenderse esto de otra manera: que, alejándose de los pérfidos judíos, permaneció entre la soledad de las gentes. En efecto, el profeta atestigua que las gentes son llamadas *soledad*, cuando dice: *Alégrate, soledad sedienta, regocijese la estepa, florezca como el lirio, estalle en flor y exulten los desiertos del Jordán* (Is 35,1).

Verso 8.— **Yo esperaba al que me hizo salvo de la pusilanimidad del espíritu y de la**

⁶*Columba > cellae alumna.*

tempestad⁷ [*Exspectabam eum qui saluum me fecit a pusillanimitate spiritus et tempestate*]. Llega a la segunda parte. En efecto, mediando una pausa, ha cambiado también el motivo. Antes había dicho, ciertamente, que descansaba en la soledad, pero ahora declara que *espera el auxilio del Padre*, que lo podía salvar⁸. En efecto, no consideró haber hallado seguridad en la soledad el que aún siguió esperando los auxilios paternos, dándonos así ejemplo de una muy provechosa enseñanza, es decir: que no nos sintamos orgullosos de hallar la liberación sólo en nosotros mismos, sin contar con la ayuda de algún otro. Y pues, más arriba, había dicho que estaba conturbado, por eso testimonia ahora su **pusilanimidad de espíritu**. Ahora bien, estas cosas –y otras semejantes a éstas– han de ser referidas a la naturaleza de su humanidad. En efecto, el término latino *pusillum* [pequeño] viene de *pugillus* [puño], es decir, algo tan pequeño e insignificante que puede contenerse dentro de la palma de una mano con los dedos cerrados. Pero llama **tempestad** a las arremetidas sediciosas, que con violencia grande –a semejanza de las olas– agitaban los judíos.

Verso 9.– **Precipítalos, Señor, y divide sus lenguas, porque he visto la iniquidad y la contradicción en la ciudad** [*Praecipita, Domine, et divide linguas eorum, quoniam vidi iniquitatem et contradictionem in civitate*]. Con intención saludable, desea un mal al pueblo judío, de suerte que, por la división de las lenguas, no llevase a cumplimiento su proyecto de maldad, como sucedió en aquella torre, que, por miedo al diluvio apenas ocurrido, intentaron los hombres levantar hasta lo más alto, y fue allí donde, por primera vez, fueron confundidas las lenguas (Gén 11,4). En efecto, anteriormente todo el mundo –como lo creemos– usaba solamente la lengua hebrea⁹. Ahora bien, particularmente se ha de recordar que dividió las lenguas, estando airado; pero que, una vez propicio, las volvió a unir en sus apóstoles [Hch 2,8-11]. Allí, para que no llevaran a término sus inútiles deseos; aquí, a fin de que todas las gentes conocieran –proclamado en su propia lengua– el anuncio de la verdad. Continúa diciendo: **Precipita**, con objeto de que no fortalecieran sus pensamientos, mediante perversas maquinaciones. **Divide**, para que no confluyan en perniciosa unidad. Sigue: **Porque he visto la iniquidad y la contradicción en la ciudad**. Justamente pedía la división de aquellos hombres malvados, que de antemano él sabía que se unirían en sacrílegas asociaciones. Y, con razón, buscó las soledades, porque conoció que la **iniquidad estaba en su ciudad**.

Verso 10.– **Día y noche la iniquidad la rodeará por encima de sus muros; y la fatiga en medio de ella, y la injusticia** [*Die ac¹⁰ nocte circumdabit eam super muros eius iniquitas; et labor in medio eius, et iniustitia*].

[184] Verso 11.– **Y no faltó de sus plazas ni la usura ni el engaño** [*Et non defecit de plateis eius usura et dolus*]. En estos dos versos, de tres maneras vienen reprobadas razonablemente las pésimas costumbres de la primitiva Jerusalén. Dice, en efecto: **Día y noche** –o sea, en todo tiempo– **la iniquidad la rodeará por encima de sus muros**, de manera que todo cuanto creció hacia lo alto la construcción de sus muros, hasta una altura aún mayor se alzara en ella la impudicia de la maldad. Sigue diciendo: **Y la fatiga en medio de ella, y la injusticia**. Ha hecho mención, en primer lugar,

⁷Hebr., מְסַעֵר לִי מְרוּחַ סָעָה מְפִלֵּט [me daré prisa por escapar del viento impetuoso del huracán]. Los LXX: προσεδεχόμεν τὸν σώζοντά με ἀπὸ ὀλιγοψυχίας καὶ καταγίδος [*He aguardado al que me salva de la pusilanimidad y del torbellino*].

⁸TL., in textu: *salvare* [ms. A., sanare].

⁹Gén 11,1, donde se dice, sin embargo, que *todo el mundo era de un mismo lenguaje e idénticas palabras*. No obstante, la creencia de que este lenguaje era la misma lengua hebrea se prolonga, a lo largo de los siglos, hasta ser aceptado incluso por eximios humanistas. Un buen ejemplo de ello es –entre otros que podrían citarse– nuestro D. Benito Arias Montano. Véanse, si se quiere, algunas consideraciones sobre este asunto en mi estudio sobre el *Libro de Josué o del lenguaje arcano*, Huelva 2015, págs. LV-LXVI.

¹⁰TL., ac; Vlg., et.

de **los muros**, para incluir a todos los que habitan dentro de ellos; pero dice ahora: **En medio de ella**, o sea: en medio de la ciudad, designando así a los más nobles y principales, que con sede honorable quieren se les vea siempre establecidos en el lugar central. A éstos no los poseían la ley ni la razón, sino la **fatiga** y la **injusticia**. La *fatiga* hace referencia a las opresiones de las que son responsables; la *injusticia*, a la maldad de sus juicios. Entra en la tercera parte, diciendo: **Y no se apartaron de sus plazas ni la usura ni el engaño**. Fijémonos bien en que no ha dicho: *A escondidas*, sino que tales cosas, que la ley suprema ha condenado, fueron cometidas en medio de las **plazas**. En efecto, con referencia a la **usura** ya se dijo anteriormente: *Quien no ha dado su dinero a usura* (Sal 14,10). Y también sobre el **engaño**: *Retén tu lengua de lo malo, y tus labios, para que no hablen engaño* (Sal 33,13). No se llevaron a cabo estas cosas a escondidas, sino que, de alguna manera, fueron cometidas con abierta maldad. En efecto, todo mal se hace aún más execrable, cuando se realiza con pública ostentación. Pero acuérdate de aquella figura retórica, que significa *el todo por la parte*. Bien viene recordarla, pues se hallaron también allí otros muchos, que con espíritu piadoso sí acogieron las sagradas predicaciones.

Verso 12.— **Porque si mi enemigo me hubiera maldecido, ciertamente lo habría soportado; y si alguien hubiese llegado a odiarme y a decir grandes cosas contra mí, ciertamente me habría escondido de él** [*Quoniam si inimicus meus maledixisset mihi, supportassem*¹¹ *utique; et si is qui oderat me, super me magna locutus fuisset, absconderem me utique ab eo*¹²]. En este verso y en los dos siguientes, es reprobado el pérfido Judas, porque, en caso de haberlo tenido como enemigo declarado, se habrían podido tomar contra él las precauciones oportunas. Pero, ¿cómo podía levantar sospechas quien era considerado como discípulo? Dice, en efecto: **Porque, si mi enemigo me hubiera maldecido, ciertamente lo habría soportado**. Ciertamente, pues me habría venido al encuentro, sin duda, buscando la disputa. Y debe recibirse con calma aquello que, por inesperado, no es bien encajado. Y nota de qué expresión tan llena de humildad ha hecho uso: **Habría soportado**. Se trata, en efecto, de un verbo que la costumbre dio en reservar para el calzado de los hombres. No es de extrañar, por tanto, que utilice esta expresión —*habría soportado*— con referencia a Aquél que se comparó incluso con los escarabajos y los gusanos. A esta figura retórica — como ya varias veces se ha recordado— se le da, en la lengua griega, el nombre de *metriasmos*, en latín, *mediocritas*. Sigue: **Y si alguien hubiese llegado a odiarme y a decir grandes cosas contra mí, ciertamente me habría escondido de él**. Dan estas palabras un ejemplo de admirable paciencia, es decir: no enfrentarse a los enemigos, que dicen **cosas grandes**, o sea, que hablan con soberbia y choques violentos, ni enfrentarse a ellos con altercado de clase alguna, sino saber excusar sus enfurecidas palabras. Y, para que las palabras de los maledicentes no continuasen aún persiguiendo al alma santa, añade: **Ciertamente me habría escondido de él**, de manera que necesariamente la desvergüenza cesara por fin, una vez que el adversario no estuviera ya a la vista.

Verso 13.— **Pero tú, hombre de mi mismo sentir, mi guía y mi conocido**¹³ [*Tu vero homo unanimes, dux meus, et notus meus*]. Este verso y el siguiente han de leerse, ciertamente, en sentido recriminatorio. Pero considerémoslos desde el punto de vista de la paciencia anterior. Aún sigue

¹¹TL., *supportassem*; Vlg., *sustinuissem*.

¹²TL., *absconderem me utique ab eo*; Vlg., *abscondissem me forsitam ab eo*.

¹³El sentido de este verso queda suspenso en la Vlg., de manera que se debe sobreentender: *Mas, ¿qué haré, siendo tú el alevoso, tú, hombre de mi confianza, etc.*? El texto hebreo reclama el mismo sobreentendido, aunque está ordenado de esta otra manera: *Porque no me afrentó el enemigo, que lo sufriría; ni el que me aborrecía habló con insolencia contra mí, que me guardaría de él, sino tú, hombre de mi confianza, etc.*

siendo llamado *hombre de mi mismo sentir*, aún *mi guía* y *mi conocido* aquél que –futuro enemigo y crudelísimo traidor– era considerado todavía merecedor de todas estas bondades. Las palabras **de mi mismo sentir** hacen referencia a la condición de Judas, como apóstol; **guía**, porque fue enviado por delante a las aldeas y caseríos, para instruir a los toscos espíritus por la predicación de la palabra. En verdad, bien damos el nombre de *guía* al que va delante en el camino. Pero la palabra **conocido** da a entender que el propósito de su traición no era desconocido, en cuanto que Cristo el Señor, durante la comida en común¹⁴, lo señaló como traidor [Mt 26,25]. Y en otro lugar dice: *¿No os elegí a los doce? Pero uno de vosotros es el diablo* (Jn 6,71).

Verso 14.– **Tú que juntamente conmigo tomabas dulces manjares; en la casa de Dios los dos anduvimos con acuerdo** [*Qui simul mecum dulces capiebas cibos; in domo Dei ambulavimus cum consensu*]. Agranda la culpa de aquél¹⁵, a cuya cuenta se ponen el disfrute de beneficios tan grandes. Esta figura retórica la conocemos con el nombre de *emphasis*. Efectivamente, cualquier sentimiento malo siempre se empequeñece, gracias a una succulenta comida y no suele mostrar enfado el que es agasajado con el placer de una mesa bien servida. Cosa bastante lógica, pues los **manjares**, que agradan al cuerpo fueron dados al hombre necio, manjares de los que únicamente podía decir que eran agradables. En efecto, si hubiese querido retener los manjares de la doctrina, que antes había recibido, no habría llegado a tan horrendo sacrilegio. De estos manjares dice la Escritura a los fieles: *Gustad y ved que el Señor es dulce* (Sal 33,8). Sigue: **En la casa de Dios los dos anduvimos con acuerdo**, esto es: en el templo de Jerusalén, donde él estaba entre sus discípulos, de manera que –habiendo sido llamado– avanzara conjuntamente y juntamente acompañara a los que iban en grupo. En efecto, el **acuerdo** del hombre perverso hace referencia a las pequeñas reuniones propias de comitivas, no a una firmísima santidad de propósito. Y, para que el sentido de las expresiones pudiera resultarnos completo, a este verso y al anterior se habría de añadir: *¿Por qué me traicionabas?*

Verso 15.– **Venga la muerte sobre ellos, y bajen vivos al infierno, porque la maldad está en sus hospicios, en medio de ellos mismos** [*Veniat mors super eos, et descendant in infernum viventes, quoniam nequitia in hospitibus eorum, in medio ipsorum*¹⁶]. Tras haber hablado anteriormente sólo de Judas, ahora, por medio de la sentencia de una pena común, se dirige a los judíos. Pero puede causar extrañeza el hecho de que, tras haber dicho: **Venga la muerte sobre ellos**, continúe diciendo: **Y bajen vivos al infierno**, pues, ciertamente, no puede ser posible que alguien muera y baje vivo al infierno. Esto se ha de entender, sin embargo, en sentido espiritual, porque –según es su costumbre– pide que a los enemigos les llegue la enmienda, más bien que la destrucción. En efecto, al final de la vida se le da el nombre de **muerte**; pero, con razón, se considera que quien se convierte a un modo de vida mejor ha experimentado el ocaso de su malvado comportamiento anterior. Por otra parte, la expresión: *Y bajen vivos al infierno* hace referencia –a mi modesto modo de ver– a aquéllos que se horrorizan de sus espantosos pensamientos y que, por la gracia divina, son llevados al camino de una conducta mejor. En efecto y por decirlo de algún modo, *descendemos vivos al infierno*, cuando sentimos terror, al recordar nuestras malas acciones. Supuesto que con tal explicación damos por zanjada la cuestión suscitada. Justamente pide también que se conviertan aquéllos que en su pecho –como si de cierto hospicio se tratara– han dado acogida a la maldad. Y bien ha empleado la palabra **hospicio**, para dar a entender que la maldad no es innata, sino recibida, a causa de cierta extraña hospitalidad. Por su parte, mediante las palabras **en medio de ellos mismos**, se indican los secretos de sus corazones, para mostrar así los perversísimos sentimientos, que dominaban las entrañas del

¹⁴TL., in textu: *in convivii* [ed., in communi].

¹⁵TL., in textu: *cui* [ed., cum].

¹⁶TL., *nequitia in hospitibus eorum, in medio ipsorum*; Vlg., *nequitiae in habitaculis eorum, in medio eorum*.

hombre.

Verso 16.— **Pero yo clamé a Dios, y el Señor me escuchó** [*Ego autem ad Deum clamavi, et Dominus exaudivit me*¹⁷]. Expresadas ya – como convenía– estas increpaciones anteriores respecto de los impíos, vuelve nuevamente a sus deseos y a sus votos, tomando las palabras de su condición de su siervo. Sin descanso, en efecto, **clamó a Dios** el que se condujo con divino modo de vida, y lógico era que fuese escuchado Aquél que no podía ser separado de su propia Majestad. Esta figura retórica recibe el nombre de *prosphonesis*, en latín, *exclamatio*, cuantas veces, interrumpiendo de repente el hilo de nuestro discurso, nos volvemos con nuestras palabras a Dios.

Verso 17.— **Por la tarde, y por la mañana, y al mediodía narraré, y [185] anunciaré, y escuchará mi voz** [*Vespere, et mane, et meridie narrabo et annuntiabo, et exaudiet vocem meam*]. Estemos ahora muy atentos, porque estas palabras nos revelan grandes misterios. La **tarde** significa el tiempo de la deslealtad, cuando Judas entrega traicioneramente a Jesús en manos de los guardias, que venían en su busca [Jn 18,3]. La **mañana**, cuando es conducido, para declarar en presencia de Pilato [Mt 27,1; 18,28]. El **mediodía**, porque –como el evangelista dice [Mc 15,11]– fue colgado de la cruz, a la hora sexta. Ciertamente, *meridie* es como si se dijera *medius dies* [medio día]. Y con estos hechos se relacionan las palabras, que siguen. **Narraré** se refiere a la *tarde*, porque todo lo que el infame Judas se disponía a hacer, sucedió en ese tiempo. **Anunciaré** hace referencia a la *mañana*, cuando, al preguntar Pilato: *¿Eres tú el rey de los judíos?* (Jn 18,33), **anunció**: *yo para esto he nacido*, y todo lo demás que allí dijo nuestro Señor [Jn 18,37ss.]. Añade también: **Y escuchará mi voz**. Esto hace relación al *mediodía*, cuando, estando ya en la cruz, exclamó: *Todo se ha consumado, y exhaló el espíritu* (Jn 19,30). ¡Oh admirable brevedad!. En un solo verso ha sido narrado un hecho tan extraordinario, de manera tal que cuanto, en otros lugares, se relata con toda clase de detalles, aparece recogido aquí de modo resumidísimo.

Verso 18.— **Liberó en la paz mi alma de aquéllos que se me acercan, porque entre muchos estaban conmigo** [*Liberavit*¹⁸ *in pace animam meam ab his qui appropinquant mihi, quoniam inter multos erant mecum*]. Corresponde esto a lo que anteriormente ha dicho acerca de que su voz ha sido escuchada: que, por la gracia de la resurrección, su **alma es liberada en la paz**. Y de quiénes es liberado, a continuación, asimismo lo expresa: **De aquéllos que se me acercan**, es decir, de quienes obsequiaban con labios fingidos, pero con el corazón favorecían, antes bien, a los enemigos. Con razón, dice que de éstos su alma había sido liberada. En efecto, la peor clase de hostilidad es ser enemigos con el corazón, pero fingir afecto con la lengua.

Verso 19.— **Escuchará Dios, y los humillará el que es antes de los siglos** [*Exaudiet Deus, et humiliabit eos*¹⁹, *qui est ante saecula*]. **Escuchará**, ciertamente, todo lo que más arriba se ha dicho. **Los humillará**, sin duda, a fin de que crean, de manera que aquéllos que, por la soberbia, rechazaron la fe cristiana, reconozcan nuevamente, por la humildad, la luz de la verdad. En efecto, con la expresión, que se añade: **El que es antes de los siglos** se significa al Verbo coeterno con el Padre, en modo que no se crea que ha empezado a existir en el tiempo el que es el Creador de todos los siglos. En efecto, el tiempo comenzó a existir, cuando el mundo tomó inicio. Desista, pues, la insana temeridad de los arrianos de predicar al Creador de los siglos bajo el dominio del tiempo mismo, pues el Hijo unigénito permanece incommutiblemente coeterno y consustancial al Padre, junto con el

¹⁷TL., *exaudivit me*; Vlg., *salvabit me*.

¹⁸TL., *liberavit*; Vlg., *redimet*.

¹⁹TL., *eos*; Vlg., *illos*.

Espíritu Santo.

Verso 20.— **Pues no hay mudanza en ellos, y no temieron a Dios** [*Non est enim*²⁰ *illis commutatio, et non timuerunt Deum*]. Interpuesta la pausa, llega a la tercera parte. En efecto, en primer lugar y conforme a su acostumbrada piedad, ha deseado que los que están en el error lleguen a convertirse. Ahora, conociendo —en virtud de su Divinidad— las cosas futuras, dice que el sentimiento de los malvados era inalterable, porque su dureza de espíritu hacía del todo imposible que recibieran la verdad. Pero la palabra **mudanza** podemos entenderla de dos maneras. O bien esta *mudanza*, que tiene lugar aquí, cuando desde una voluntad obstinada se cambia a un arrepentimiento piadoso, o bien aquella otra de la que habla el Apóstol, cuando dice: *Todos resurgiremos, pero no todos seremos transformados* (1Cor 15,51). Por ello, el que no fuere transformado aquí, tampoco allí podrá ser cambiado. Pero, por qué razón estos tales no serán transformados, a continuación, también se dice: Porque **no temieron a Dios**. En efecto, quien teme a Dios es transformado de su maldad, pues, por el miedo del juicio y el deseo de la caridad, elige obedecer los mandatos del Señor. Y observa que en éste y en los versos siguientes habla igualmente de los castigos y culpas de éstos.

Verso 21.— **Extiende su mano para retribuir; mancillaron su testamento** [*Extendit manum suam in retribuendo; contaminaverunt testamentum eius*]. En sentido alegórico, se dicen ahora las mismas cosas que, en el juicio futuro, serán dichas a los malvados. La **mano** significa aquí el poder y la acción, que tendrán lugar, cuando a aquella separación de buenos y malos le llegare su momento. Dice también por qué a los judíos les corresponde una pena justísima: porque con sus depravadas acciones mancharon los mandamientos del Señor, y no consintieron en creer lo que la verdad de las Escrituras les había anunciado. En efecto, aquél que —en cuanto de él depende— de ninguna de las maneras se somete a sus mandatos, **mancilla el testamento de Dios**.

Verso 22.— **Fueron segregados por la ira de su rostro, y acercó su corazón** [*Divisi sunt ab ira vultus eius, et appropinquavit cor eius*²¹]. Dice que esto tendrá lugar en el juicio aquel. En efecto, allí los malvados **son segregados** del pueblo fiel y —como pajas destinadas a la quema— son separados de los granos. Dice: **Por la ira de su rostro**. Se indica el tiempo del juicio. En efecto, la palabra **ira** se emplea aquí en lugar del castigo que los impíos tendrán que sufrir, a causa de sus acciones. Por lo demás, Él decide²² todas las cosas inmutable y plácidamente. Añade: **Y acercó su corazón**. Sigue exponiendo todavía aquel tiempo, en que el corazón del Señor —es decir, su voluntad— se da a conocer a todos. En efecto, en el tiempo aquel **acercó su corazón**, porque lo que aquí predijo a través de sus profetas y anunció por medio de la predicación de los apóstoles, todos sin excepción lo verán en modo absolutamente manifiesto. Pero por qué hace cuanto se acaban de decir, también ahora lo expresa .

Verso 23.— **Hicieron sus palabras más suaves que el aceite, pero ellas son jabalinas** [*Mollierunt sermones suos*²³ *super oleum, et ipsi sunt iacula*]. En efecto, los pérfidos judíos **hicieron suaves sus palabras**, cuando decían: *Maestro, sabemos que has venido de Dios y que enseñas en la verdad el camino de Dios* (Mt 22,16). Ciertamente, ¿qué hay en el mundo más suave que el aceite?. Pero, exagerando sobremanera, dice que las palabras de los malvados son suaves **más que el aceite**, para dar a entender que nada podía hallarse que igualara un crimen tan importante. También esas mismas palabras fueron como **jabalinas**, cuando dijeron: *Es reo de muerte* (Mt 26,66). En efecto,

²⁰TL., *Non est enim*; Vlg., *Non enim est*.

²¹TL., *cor eius*; Vlg., *cor illius*.

²²TL., in textu: *decernit* [ed., *discernit*].

²³TL., *Mollierunt sermones suos*; Vl., *Molliti sunt sermones eius*.

aquellas palabras surtieron el mismo efecto que las jabalinas. ¡Oh execrable contradicción, que los hombres dijeran cosas suaves, siendo como eran de tan extraordinaria dureza!.

Verso 24.— **Arroja sobre el Señor tu cuidado, y él te sustentará; no dará al justo agitación en eterno** [*Iacta in Deum cogitatum tuum*²⁴, *et ipse te enutriet; non dabit in aeternum fluctuationem iusto*]. Al hablar la justicia celestial sobre los pérfidos judíos, nos ha ofrecido un consejo sobremano provechoso para nuestras propias flaquezas. En efecto, la reflexión acerca de las cosas del tiempo presente nos llena siempre de aflicción; y, si no logramos alejarla de nosotros, dicha aflicción nos irá desgastando poco a poco, conforme a las palabras de Salomón: *Como el gusano al leño y la polilla al vestido, así también la tristeza del hombre va dañando el corazón* (Prov 25,20). Pero, cuando **es arrojada sobre el Señor**, no sólo no nos debilita, sino que incluso nos **sustenta**, de manera que lo que suele ser causa de desgaste viene a proporcionarnos fortalecimiento. Sigue diciendo: **No dará al justo agitación en eterno**. Verdadera e inmutable es la sentencia del Señor, pero a condición de que la comprendamos en la integridad con que es pronunciada. En este mundo, el Señor no exime a los justos de las agitaciones del siglo, porque aquí los pone a prueba temporalmente, para encontrar allí a los que merecen la corona. Sin embargo, no permite —como aquí dice— que nadie que practique toda justicia **sea agitado en eterno**, pues con paz perpetua reina ya, junto con ellos, en la eternidad. En efecto, nunca será agitado el oleaje allí donde el puerto goza siempre de una calma absoluta.

Verso 25.— **Pero tú, oh Dios, los conducirás al pozo de la muerte** [*Tu vero, Deus, deduces eos in puteum interitus*]. Habiendo hablado de los justos, habla ahora de los impíos, los cuales serán sumergidos en la profundidad de la *gehenna*. Un **pozo** es, ciertamente, un hoyo abierto, excavado en la tierra, que contiene el agua destinada al consumo humano [186]. Pero, para que no creas que es éste un *pozo* para servicio de la vida, añade: **De la muerte**. De ello, en otro lugar, se lee: *Ni el pozo apriete con fuerza su boca sobre mí* (Sal 68,17). Fosa mortal, hundimiento terrible, donde ningún espacio se concede, ni respiro alguno se permite a los miserables, sino que la tenebrosa oscuridad reinante impide que los ojos vean la belleza de la luz. Sirviéndose de la comparación del pozo, nos incita a temer los tormentos de la *gehenna*. ¡Oh piedad inaudita del que juzga!. Todo lo advierte de antemano, a fin de evitar la culpa merecedora de castigo.

Verso 26.— **Los hombres de las sangres y dolosos no dividirán en dos sus días** [*Viri sanguinum et dolosi non dimidiabunt dies suos*]. La lengua latina no admite el número plural en la palabra **sangre**, pero ya, alguna vez, hemos dicho que esto es algo característico de las Escrituras divinas. En sentido propio, no son llamados **hombres de las sangres** los que, de manera no culpable, derraman sangre humana, pues también los jueces justos, por el imperativo del orden, que debe garantizar la tranquilidad a los pueblos, se ven obligados, a veces, a castigar con la pena capital a los criminales. Y el que repele la violencia puede llegar asimismo a derramar la sangre del cruel enemigo. Y sobresalen en gran manera aquellas páginas en las que leemos que el mismo Señor dio a sus santos varones la orden de emprender guerras justas²⁵. Éste es el motivo por el que añade las palabras **y dolosos**: para que entiendas que se refiere sólo a aquel reo, que, valiéndose de insidias y de inicuos engaños, busca la muerte del prójimo. Dice que estos tales no colman sus días, pues, habiéndose augurado una larga vida, hallan el final de una muerte rapidísima. En efecto, todos los hombres tienen predestinado el número de sus días, pero **serán divididos en dos los días** de aquéllos a los que les

²⁴TL., *in Deum cogitatum tuum*; Vlg., *super Dominum curam tuam*.

²⁵Con la debida cautela y buen discernimiento, pueden consultarse —entre otros— los siguientes textos: Éx 21,12-15; 22,19; Lev 20,11; Dt 20,16-17; Jos 4,13; 1Sam 15,3.18; Qo 3,8; Rom 3,10-18; 13,1-4; Flp 4,6-7; 1Pe 2,17; Apc 19,11-21.

llega su ocaso en contra lo que era propósito. Por esta razón, en efecto, añade el adjetivo posesivo **sus**, para que entiendas que están establecidos por su propia voluntad, no por la voluntad de Dios.

Pero yo en ti esperaré, Señor [*Ego autem in te sperabo*]. Estos tales, a quienes un final tan rápido se les ha echado encima, ninguna duda cabe de que han esperado en sí mismos. Pero resulta del todo evidente que el Señor Salvador, de quien –según su condición de siervo– son estas palabras **ha esperado** en el Padre. Al concluir este salmo de pasión –conforme acostumbra– dice que Él ha esperado en el Señor, para significar así que los corazones de los fieles están siempre fijos en la esperanza del Señor. En efecto, muy a menudo se pone en labios de quien es la Cabeza aquello que debemos aplicar a los miembros. Por lo cual y como ya en el salmo treinta y cuatro se dijo, debemos comprobar también si este himno ha respondido al orden fijado al principio. Y la respuesta es sí. En primer lugar, porque ha sido presentado en la persona de Cristo el Señor. En segundo lugar, porque ha tenido su comienzo en la oración. En tercer lugar, porque ha rememorado los hechos de la pasión del Señor. En cuarto lugar, porque ha mostrado una verdadera armonía con las palabras evangélicas. Finalmente, porque, ha concluido en la gran esperanza de los fieles. Considerado todo lo cual, no se debe dudar ya que el presente salmo se atiene a reglas fijadas de antemano.

Conclusión del salmo

Hemos escuchado que el Vivificador de las criaturas entregó su alma por la salvación de los mortales. Hemos escuchado que el Dios impassible sufrió pasión por los pecadores. Hemos escuchado que el que es coeterno al Padre experimentó el suplicio de la muerte. ¡Oh inestimable precio, que redime al género humano!. ¡Oh holocausto, que nos aseguras escapar de las llamas eternas!. Muerte, que destruye la muerte; fin, que dio a los hombres el bien, que ha de permanecer sin fin. En verdad, cuando el aguijón de la muerte penetró en el inocente, el resultado fue que, a justo título, perdiera a los que mantenía sometidos. En efecto, el infierno engulló –al modo de los peces– su propio poder de destrucción y quien creyó cazar la presa dio de bruces con su propio cazador, resultando él el sorprendido. De donde el papa León, amador de su sede, con hermosas palabras habló, diciendo: *Aunque a la mirada del Señor la sangre de muchos mártires fuere preciosa, sin embargo, la muerte de ningún inocente fue causa de redención de los pecados. En efecto, los justos recibieron coronas, no las dieron. También de la fortaleza de los fieles han nacido grandes ejemplos de paciencia, no dones de justicia. Ciertamente, singulares fueron las muertes en cada uno, pero ninguno con su fin saldó la deuda de nadie. Pero, entre los hijos de los hombres, nació un solo Cristo, que realmente era el Cordero sin mancha, en el que todos están crucificados, todos están muertos, todos sepultados, todos resucitados* (Epist. 97, ad Leon. Aug., cap. 2²⁶). Dios piadosísimo, Tú, que en la carne que asumiste, te has dignado padecer por nosotros, te rogamos nos concedas, por tu gran generosidad, participar de la comunión de tu reino. Ha de recordarse también que éste es el tercer salmo de aquéllos que con más amplitud hablan de la pasión y resurrección del Señor.

²⁶ *Quamvis multorum martyrum In conspectu domini, praeciosa iustorum mors fuit. Nullius tamen insontis occisio, redemptio fuit mundi. Acceperunt iusti, non dederunt coronas. De fortitudine fidelium exempla nata sunt patientiae, non dona iustitiae. Singulares quippe in singulis mortes fuerunt, nec alterius quisquam debitum suo fine persolvit. Cum filius hominis unus solus dominus noster Iesus Christus, qui vere erat agnus immaculatus extiterit, in quo omnes crucifixi, omnes mortui, omnes sepulti, omnes sunt etiam suscitati. No pertenecen estas bellas palabras a la epístola 97 citada (PL 54,946) y no he podido localizar el texto en Migne.*

SALMO CINCUENTA Y CINCO

**Para el fin. Por el pueblo, que ha sido alejado de los santos,
de David en la inscripción del título, cuando los filisteos lo retuvieron en Gat¹.**

*[In finem, pro populo, qui a sanctis longe factus est,
David in tituli inscriptione², quando tenuerunt eum allophyli³ in Geth].*

Este título contiene un doble misterio. Su primera parte, hasta donde dice: **En la inscripción del título**, es propia del Evangelio. La segunda, hasta el final del título, lo es del Antiguo Testamento. Dice, en primer lugar: **Para el fin**, expresión que –como frecuentemente se ha dicho– significa a Cristo. Añade, a continuación: **Por el pueblo, que ha sido alejado de los santos, de David en la inscripción del título**. Ya hemos dicho que, en la pasión del Señor, la **inscripción del título** no fue eliminada, porque –ya desde muy atrás– había sido profetizado: *No corrompas la inscripción del título* [Sal 56,1]. Pero el pueblo judío atosigaba a Poncio Pilato, para que –contra los vaticinios de los profetas– diera la orden de enmendar la inscripción del título, no queriendo que se diese el nombre de *su Rey*, a quien el pueblo –enloquecidos sus sentidos– cubría de salivazos. Esta disposición de espíritu los hizo estar **lejos de los santos**, porque los fieles cristianos corren presurosos a llamar a Cristo con toda la fuerza de su corazón: *Rey suyo*. Sigue: **Cuando los filisteos lo retuvieron en Gat**. Se refiere esto a lo que narra el libro de los Reyes (1Sam 27,2-3). Lleno de temor, con motivo de la persecución de Saúl, creyó David estar bien seguro, escondiéndose en la ciudad de Geth, entre extranjeros. Pero, puesto que ya hemos dicho que todas estas cosas se han interpretar en sentido espiritual, **Gat** significa *prensa de lagar*⁴, es decir, la presión que todo cristiano padece. Sin embargo, al sentirse oprimido por el ahogo de las tribulaciones, es cuando devuelve el más delicioso fruto. Y por ello es razonable considerar que, en tal inscripción, habla la Iglesia, la cual, oprimida por las persecuciones de los filisteos, gente extranjera, derramó con copiosa libertad –a modo de nectáreos licores– los méritos de los santos.

División del salmo

En la primera parte del salmo, ruega la madre Iglesia, abrumada por diversas aflicciones, pero

¹Hebr., *עַל־יוֹנָת אֵלֶם רְחֻקִּים לְדוֹר מִכְתָּם בְּאַחֲזוֹ אוֹתוֹ פְּלִשְׁתִּים בָּנָת* [*Al maestro de los músicos, sobre la paloma silenciosa, que está en lugares retirados. Mictam para David, cuando los filisteos lo retuvieron en Gat*]. Los LXX leen: *εἰς τὸ τέλος ὑπὲρ τοῦ λαοῦ τοῦ ἀπὸ τῶν ἀγίων μακρυμμένον τῷ Δαυιδ εἰς στηλογραφίαν ὅποτε ἐκράτησαν αὐτὸν οἱ ἀλλόφυλοι ἐν Γεθ* [*Para el final. Para el pueblo que se ha alejado de las cosas sagradas. De David para inscripción, cuando lo prendieron los extranjeros en Gat*]. Ciertamente, las palabras hebreas *עַל־יוֹנָת אֵלֶם רְחֻקִּים* [*al-yōnat 'ēlem r'joqīm*] pueden traducirse por *la paloma silenciosa, que está en lugares retirados*, y algunos autores dicen que esto era el principio de alguna canción, a cuyo aire se debía cantar este salmo. Otros creen que David se aplica a sí mismo este título de *paloma*, como lo hizo también en el salmo anterior (v. 6), viéndose a modo de una paloma fugitiva, expulsado de su ciudad, sin atreverse a hablar y, para salvaguardar su vida, por temor a los filisteos, fingir que está loco. Véase lista de Kraus, núm. 19. Otros dicen, finalmente, que se trata del nombre de un instrumento musical. Sin embargo, el vocablo hebreo *יוֹנָה*, [*yōnat*], que cierto es que significa *paloma*, puede traducirse también por *opresión* y, puesto que este salmo habla de opresión, habría que tener esto en cuenta. Véase al de respecto, la explicación de G. RAVASI, o.c. II, pág. 136.

²TL., *in tituli inscriptione*; Vlg., *in tituli inscriptionem*.

³El texto hebreo habla de *פְּלִשְׁתִּים* [*filisteos*], pero los LXX tradujeron por *ἀλλόφυλοι* [*extranjeros*], y de ahí la Vlg.

⁴HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 850).

firme en la confianza de que será liberada de la crueldad de sus enemigos. Enumera, en la segunda, sus propios sufrimientos, dando gracias, porque ha sido liberada de abundantes peligros, y afirmando no sentir temor de los males, pues tiene la seguridad de que de habrán de pasar rápidamente. Asegura, por último [187], que en aquella felicidad futura cantará sin descanso las alabanzas del Señor, que la liberó de la adversidad de este mundo.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Ten misericordia de mí, Señor, porque me ha pisoteado el hombre; guerreando todo el día, me ha atribulado** [*Miserere mei, Domine⁵, quoniam conculcavit me homo; tota die bellans⁶ tribulavit me*]. La virgen madre Iglesia, que da a luz a los pueblos fieles y no se aparta de su pureza, con piadosas lágrimas ruega al Esposo celestial que no permita que ella —peregrina aún en medio de las calamidades de este mundo— sea oprimida por los enemigos. Mediante la expresión: **Me ha pisoteado**, ha hecho referencia a aquel *lagar* del que se ha hablado en el título de otros salmos⁷, pues tanta más cantidad de vino se saca del lagar cuanto mayor es la fuerza con que se estruja la uva. Mediante la palabra **hombre**, significa aquí de manera absoluta al diablo, como acerca de él dice el Señor en el Evangelio: *Pero el hombre que sembró encima la cizaña es el diablo* (Mt 13,28). Continúa diciendo: **Guerreando todo el día, me ha atribulado**. Describe el sufrimiento propio de la Iglesia en este mundo, en cuanto que, sin posibilidad de tregua alguna, se ve obligada a soportar las arremetidas del diablo, según dice el Apóstol: *Para nosotros la lucha no es contra la carne o la sangre, sino contra los príncipes y potestades de estas tinieblas* (Ef 6,12). Guerra dura, porque es oculta; pelea difícil, porque se lucha contra uno más fuerte. ¿Qué es, si no, combatir contra el enemigo, y no ver sus insidias?. Tampoco nuestro adversario se cansa por el esfuerzo; ni necesita alimentarse de vez en cuando, sino que se vuelve tanto más atroz cuanto más cerca viere la derrota por el poder de la gracia divina. Pero decimos *guerra*, en sentido figurado, por antífrasis, como si dijéramos *bosque que no se ve o piscina que no tiene peces*. Por ello, que ninguno entre los fieles se queje de ser atormentado por la incesante maquinación del diablo, porque, si queremos ser de Cristo, resistimos aquí siempre frente al diablo.

Verso 2.— **Me pisotearon mis enemigos todo el día, desde la altura del día, porque muchos que guerrean contra mí temerán** [*Conculcaverunt me inimici mei tota die, ab altitudine diei, quoniam multi qui debellant me, timebunt⁸*]. Ciertamente, es un gravísimo género de injuria llegar hasta la afrenta de ser pisoteado. Pero de ahí procede lo que se ofrece en los altares. En efecto, el vino no corre, si la uva no es pisada con los pies. Así, **el enemigo pisotea** a la Iglesia en sus miembros, para que nazcan de ahí los méritos gloriosos de los santos. Repite asimismo: **Todo el día**, para que entiendas realmente que en este mundo ningún tiempo existe, que esté libre de tales tentaciones. En efecto, la expresión: **Desde la altura del día** significa este mundo, donde la altura de la soberbia se ha hinchado. Ciertamente, pues así como la regla de Cristo enseña la humildad, así la costumbre del diablo aconseja las cimas de una altura ruinosa. Y así, para dar a entender el enorme peso de su presión, dice que fue pisada desde la altura de la soberbia, a fin de que no consideres como un peso de poca importancia aquello que con tamaña mole es oprimido. Sigue: **Porque muchos que guerrean contra mí temerán**. No carece de importancia el hecho de que diga que son **muchos** —y no *todos*—

⁵TL., *Domine*; Vlg., *Deus*.

⁶TL., *bellans*; Vlg., *impugnans*.

⁷Véanse los salmos 8,1; 80,1; 83,1.

⁸TL., *ab altitudine diei, quoniam multi qui debellant me, timebunt*; Vlg., *quoniam multi bellantes adversum me. Ab altitudine diei timebo*.

los que **temen**, porque, ciertamente, de entre aquéllos que combaten contra la Iglesia, muchos se convierten al Señor y comienzan a no sentir temor de la perdición eterna, al agregarse a la comunidad de los bienaventurados. Mas los que permanecieren en su obstinación –*todos*– temerán el juicio de castigo, que ha de caer sobre ellos, cuando sea proclamada la venida del Señor. Feliz mudanza el hecho de que aquí, por espacio de poco tiempo, teman virtuosamente los fieles y que, en aquel estado de alegría, se sientan perennemente seguros. Mas, por el contrario, durísima es de todo punto la suerte de los infelices: gozar aquí sólo por breve tiempo y sufrir tormento por toda la eternidad.

Pero yo en ti esperaré, Señor [*Ego vero in te sperabo, Domine*]. Así como los impíos temerán, dice ahora por qué causa ella –la Iglesia– no debe temer: porque **espera en el Señor**, que nunca defrauda⁹ a los que confían en Él, como dice Salomón: *¿Quién esperó en el Señor y fue confundido? ¿Quién permaneció en su temor y fue abandonado?* (Sir 2,11-12).

Verso 3.– **En Dios alabaré mis palabras todo el día, en Dios esperaré; no temeré qué me haga el hombre** [*In Deo laudabo sermones meos tota die, in Deo¹⁰ sperabo; non timebo quid faciat mihi homo¹¹*]. **En Dios alaba sus palabras** aquél que todo lo bueno, que sale de su boca, no se lo atribuye a sí mismo, sino a los beneficios divinos. En efecto, este adjetivo posesivo –*mis*– debe entenderse de la siguiente manera: no las palabras dichas, según el propio arbitrio, porque siempre son malas, sino las que la generosidad del Señor concede que se digan. En efecto, justamente decimos que son *nuestras* las cosas, que nos han sido dadas, si sentimos –no obstante– que éstas se nos han concedido por beneplácito del Señor. Mas esto –dice– se ha de hacer **todo el día**, o sea, durante todo el tiempo de la vida, lo mismo cuando las adversidades nos oprimen que cuando la prosperidad nos sonríe. Sigue: **En Dios esperaré; no temeré qué me haga el hombre**. Esta sentencia, si no se la examina con detenimiento, parecería ser contraria a lo expuesto anteriormente. En efecto, habiendo dicho la Iglesia que es conculcada y combatida por el hombre y –pues temía los peligros inminentes– pedía la misericordia de Dios, afirma ahora aquí que **no temerá qué le haga el hombre**. Y, sin embargo, ambas cosas son verdaderas, porque, primero, al ver las calamidades presentes –o sea, las desgracias de este tiempo– ha sentido miedo; pero, al contemplar ahora las realidades futuras, deja ya a un lado toda clase de temor. En efecto, ¿qué podía padecer a manos del hombre la que había puesto su esperanza en aquella retribución del juicio?. Aunque se enfurezca el brazo de los carniceros, aunque se preparen los fuegos de los hornos, todos los tormentos los desprecia en sus miembros la Iglesia, que **espera** los dones del Señor.

Verso 4.– **Todo el día mis palabras eran execradas; contra mí todos sus consejos para lo malo** [*Tota die verba mea exsecrabantur; adversum me omnia consilia¹² eorum in malum*]. Llega a la segunda parte, donde con dolor deplora la Iglesia que las palabras, que ella predicaba, de continuo eran **execradas** por los malvados, en cuanto que –aun diciendo cosas verdaderas– habían caído sobre ella abominables difamaciones, hecho éste que se refiere tanto a los herejes como a los cristianos, que disimulan malamente, los cuales, mientras que, por una parte, escuchan las palabras del Señor, por la otra, desprecian sus saludables preceptos. Sigue diciendo: **Contra mí todos sus consejos, para lo malo**. Los **consejos** suelen procurar cosas provechosas. En efecto, se trata de una palabra procedente del verbo latino *consulo*, es decir, *cuidar de* alguien o de algo. Pero, para que entiendas que, en sus muestras de solicitud, ninguna bondad subyace, añade: **Para lo malo**, con objeto de que no vayas a creer que de algo bueno traten en su deliberación.

⁹TL., in textu: *decipit* [ms. A., *despicit*].

¹⁰TL., in textu: *Deo* [ed ., *Domino*]. TL., *meos tota die, in Deo sperabo*; Vlg., *meos, in Deo speravi*.

¹¹TL., *mihi homo*; Vlg., *mihi caro*.

¹²TL., in textu: *omnia consilia* [ed ., *omnes cogitationes*]; Vlg., *omnes cogitationes*.

Verso 5.— **Habitarán dentro y se ocultarán; ellos mismos observarán mi calcañar, como esperó mi alma**¹³ [*Inhabitabunt et abscondent; ipsi calcaneum meum observabunt, sicut expectavit anima mea*¹⁴]. **Habitarán dentro y se ocultarán.** Se significa con esta expresión que estos cristianos embusteros aparentan habitar en la Iglesia y participar en las asambleas y reuniones de los pueblos, pero esconden el virus de su perversidad. No se atreven a hablar abiertamente, porque saben que no guardan las reglas apostólicas. Malas entrañas, herida sin posibilidad de sanación, que cuanto más se quiere tapar con tanta más amplitud una infección incurable va haciendo que se pudra poco a poco. Sigue diciendo: **Ellos mismos observarán mi talón.** Es ésta una costumbre del diablo o de quienes se reconocen como ministros suyos. Observan con insidiosa astucia el calcañar, es decir, nuestras últimas cosas, como el Señor predijo a la serpiente: *Ella quebrantará tu cabeza, y tú insidiarás su calcañar* (Gén 3,15). En efecto, el diablo sabe que nuestros hechos finales serán objeto de juicio y quiere trastornarlas, para hacernos llegar a los peligros del pecado. Añade: **Como esperó mi alma,** es decir, como anteriormente [188] preví, como fui instruida, como recibí del Señor la regla de la predicación.

Verso 6.— **Por nada los harás salvos**¹⁵; **en la ira quebrantarás a los pueblos, oh Dios** [*Pro nihilo salvos facies eos*¹⁶; *in ira populos confringes, Deus*¹⁷]. A los que más arriba llamó insidiadores y ocultadores de sí mismos con venenosa simulación, aquí les promete que, por la gracia de Dios, fácilmente serán salvados, de forma que, aun reconociendo su culpa, por temor de ninguno de sus errores deben desesperar. En efecto, la expresión: **Por nada los harás salvos** significa que gratuitamente, por su piedad¹⁸, todo lo concede y que el mérito de nadie exige, en modo de poder decir que su salvación se debe a su propio esfuerzo. En efecto, ¿qué mérito tuvo el ladrón, para entrar con rapidez tan grande en el paraíso?. ¿Cuál fue el merecimiento del publicano, que tan de repente salió absuelto del templo?. El mismo que inspiró el deseo subitáneo de la confesión, dio también la recompensa. Consta, por consiguiente, que los pecadores son hechos **salvos por nada**, en cuanto que verdaderamente la conversión es concedida por gratuita generosidad. Sigue: **En la ira quebrantarás**¹⁹ **a los pueblos, oh Dios.** Anteriormente dijo que la turba maligna había de ser salvada. Explica ahora en qué modo lo será. La justicia de Dios, que es considerada como su **ira**, **quebrantarás** a los pueblos contumaces. En efecto, habiendo quebrado sus corazones, por medio de tribulaciones, y habiéndolos abrumado con numerosas y diferentes angustias, una vez vueltos atrás de su iniquidad, se ven impulsados a confesar al Señor. Y así parece actuar, por medio de la ira, aun sabiéndose que—apacible e inmutable— es Él el que obra las causas de nuestra salvación.

Verso 7.— **Te he manifestado mi vida; he puesto mis lágrimas en tu presencia, conforme**

¹³Hebr., קוּי נַפְשִׁי, הֵמָּה עֲקֵבֵי יִשְׁמְרוּ פְּאִשְׁרִי כְּקוּי נַפְשִׁי [ellos mis pasos observan atentamente, como acechando mi vida]. Los LXX: αὐτοὶ τὴν πτέρυν μου φυλάξουσιν καθάπερ ὑπέμειναν τὴν ψυχὴν μου [ellos mi talón vigilarán, igual que acecharon mi alma].

¹⁴TL., *sicut expectavit anima mea*; Vlg., *sicut sustinuerunt animam meam*.

¹⁵Hebr., עַל-אַיִן פְּלִט-לָמוּ בְּאַף עֲמִים הוֹרֵר אֱלֹהִים [Por su iniquidad, ¿serán salvos? En la ira abate a los pueblos, oh Dios]. Los LXX: ὑπὲρ τοῦ μηθενὸς σώσεις αὐτοὺς ἐν ὀργῇ λαοὺς κατὰξεις ὁ θεός [Por nada los salvarás, con ira a pueblos derribarás].

¹⁶TL., *eos*; Vlg., *illos*.

¹⁷TL., TL., *confringes, Deus*; Vlg., *confringes*.

¹⁸TL., in textu: *sub pietate* [ed., sua pietate].

¹⁹S. Agustín, en lugar de *confringes* lee *deduces* [guiarás], aunque el pensamiento es el mismo que el de Casiodoro.

a tu promesa²⁰ [*Vitam meam annuntiavi tibi; posui*²¹ *lacrymas meas in conspectu tuo, sicut in promissione tua*]. **Manifiesta** su **vida** a Dios quien confiesa sus propios pecados, como hizo el Apóstol, diciendo: *Primero fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso* (1Tim 1,13). Esto es dar gloria a Dios: manifestarnos públicamente cuales los que Él se ha dignado sostener y llevar a la conversión, aun mereciendo morir, a causa de nuestros pecados. Y fíjate en que dice: **Mi vida**, la vida del que siempre es culpable. En efecto, ¿acaso no faltamos con el pensamiento, ofendemos con las palabras, o pecamos, comportándonos con frivolidad?. Por consiguiente, así como los pérfidos esconden su vida, los fieles la manifiestan, no para darla a conocer a Dios, que nada en absoluto puede ignorar, sino para obtener –antes bien– el beneficio de ser absueltos, habiéndose declarado culpables, como dice el profeta: *Di tú primero tus pecados, para ser justificado* (Sal 31,5). Sigue: **He puesto mis lágrimas en tu presencia**. Las **lágrimas** que se ponen en la presencia de Dios son alegres, pues no son lágrimas que atormentan, sino lágrimas –antes al contrario– liberadoras de toda clase de tormentos. Derramaba, por tanto, piadosas lágrimas el que rogaba por los enemigos y, por ello, mereció obtener lo que pedía: porque dio cumplimiento al mandamiento del Señor. Añade: **Conforme a tu promesa**. Es, ciertamente, promesa del Señor no rechazar las lágrimas piadosas, como en otro salmo se dice: *E invócame en el día de tu tribulación; y yo te liberaré, y tú me engrandecerás* (Sal 49,15).

Verso 8.– **Se volverán atrás mis enemigos. En cualquier día te invocaré; he aquí que he conocido que tú eres mi Dios** [*Convertentur*²² *inimici mei retrorsum; in quacunque die invocavero te, ecce cognovi quoniam Deus meus es tu*]. Dice que los enemigos se han de volver atrás, para que, perseverando en su camino, no se obstinen en ir colmándose de tantos y tan deplorables errores. En efecto, el que se vuelve atrás de lo malo, abandona todo aquello que, por su maldad, es merecedor de culpa. Así, propicio, que no airado, dice el Señor a Pedro: *Vuelve atrás, Satanás* (Mc 8,33). Y cuando tal cosa les sucede a los que yerran, se retira el error de su anterior maldad. Sigue: **En día cualquiera te invocaré**. Proclama aquí la clemencia del Señor y su piedad admirable, a fin de que, en cualquier día en que fuere invocado, manifieste piadosamente su indulgencia. Por su parte, la expresión: **En cualquier día** significa las satisfacciones de las diferentes etapas de la vida. En efecto, hay quien suplica al Señor casi a lo largo de toda su existencia; otro se convierte a media edad; otro se salva al final de la vida. Lo mismo es, en efecto, *en cualquier día*, porque, con clemente paciencia, el Señor espera cualquiera que fuere el momento de nuestra conversión. Y, por ello, sostiene a los culpables y espera a los que yerran, diciendo: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez 18,23). En efecto, sólo en esta vida –donde, por fragilidad humana, pecamos– podemos confesar nuestros pecados, de cualquier clase que éstos sean. Añade: **He aquí que he conocido**. Dulce confesión y prueba verdadera es el hecho de que él conociera que había sido llevado a término aquello que con tan gran deseo había suplicado. Sigue diciendo: **Que tú eres mi Dios**. Aunque, de manera universal, Dios sea el Señor de todos nosotros, sin embargo, con más confianza decimos: **Mi Dios**, cuando sentimos la alegría de ser mirados por Él.

Verso 9.– **En Dios alabaré la palabra, y en el Señor anunciaré el discurso** [*In Deo laudabo verbum, et in Domino praedicabo sermonem*]. Conocidas son, en verdad, las palabras de la Iglesia fiel. En el Padre promete que ha de alabar al Hijo, de manera todo lo que de Aquél se dice, igualmente

²⁰Hebr., הָלֵא בְסִפְרְךָ נִדְּי סִפְרְתָּהּ אֶתָּה שִׁימָה דְּמַעְתִּי בְּנֶאֱדָךְ [Mis huidas tú has contado. Pon mis lágrimas en tu odre. ¿Acaso no están en tu libro?]. Los LXX: τὴν ζωὴν μου ἐξηγγείλα σοι ἔθου τὰ δάκρυά μου ἐνώπιόν σου ὡς καὶ ἐν τῇ ἐπαγγελίᾳ σου [Mi vida te he revelado, has puesto mis lágrimas ante ti, como también en tu noticia].

²¹TL., *posui*; Vlg., *posuisti*.

²²TL., *Convertentur*; Vlg., *Tunc convertentur*.

se considere que es también propio Éste. En efecto, cuando proclamamos que el Padre es eterno y todopoderoso, profesamos, sin duda, que el Hijo también lo es. Ciertamente, pues lo que se proclama de uno se proclama de los dos, porque uno solo es el poder de ambos, una sola la gloria, en cuanto que indivisible es la naturaleza. En una palabra, así lo atestigua el Evangelio: *Yo en el Padre y el Padre en mí* (Jn 14,10-11). ¿Qué –pregunto– no tiene algo que sea propio del Hijo, Aquél que tiene la naturaleza del Hijo todopoderoso?. O ¿qué no tiene algo propio del Padre, Aquél que tiene la naturaleza del Padre todopoderoso?. Una sola es verdaderamente la sustancia, porque nada disímil o discrepante se encuentra en su esencia. No encuentras aquí –ni más ni menos–, sino aquello que da al traste con la herejía arriana. Ahora bien, esta regla de unidad y de igualdad se extiende también inequívocamente al Espíritu santo, consustancial al Padre y al Hijo, porque la santísima Trinidad es un solo Dios, y no puede dar gloria a una sola persona aquél que no entendiere que Él ha revelado esto comunitariamente. Se ha de saber con toda claridad que el doctísimo Agustín, en el libro décimo quinto sobre la Trinidad (cap. 17²³) dice así: *El Espíritu santo, según las Escrituras divinas, no procede sólo del Padre, ni sólo del Hijo, sino que procede de los dos. Por ello, la caridad del Padre y del Hijo es una, como también Él –el Espíritu Santo– es la caridad perfecta*. Prueba también esto, de múltiple manera, en la exposición de la epístola de san Juan, más extensamente la séptima homilía, diciendo: *Porque quien no tiene la caridad del hermano, ciertamente no tiene el Espíritu santo*²⁴. Continúa diciendo: **Y en el Señor anunciaré el discurso**. Llega ya aquí a Cristo el Señor, que es una de las personas de la Trinidad: *El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros* (Jn 1,14). Justamente, promete la Iglesia que alabará sus palabras –esto es, sus predicaciones–, porque ha ofrecido al género humano la regla de vida y la salvación. En verdad, se han de predicar en todas partes las palabras, por medio de las cuales –gracias a la misericordia celestial–, pudo ser dispensada de nuevo la salvación del mundo. En efecto, la santa Madre promete que ella ha de predicar estas dos cosas, que otorgan a nuestra fe la seguridad eterna: el poder del Verbo y la humanidad de Cristo el Señor. Pero, a fin de que ningún malvado considere que estos nombres –Dios y Señor– se han de entender de manera diferente, en modo decir que este vocablo de **Señor** no, en todo caso, conviene al Padre y al Hijo, en el salmo ciento nueve el profeta da testimonio, diciendo: *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha* (Sal 109,1).

[189] Verso 10.– **En Dios esperaré, no temeré qué me haga el hombre** [*In Deo sperabo*²⁵, *non timebo quid faciat mihi homo*]. Verdaderamente, no puede **temer** al hombre aquél que no tiene reparo en despreciar las cosas mundanas. Pues, ¿qué puede arrebatarse el enemigo, sino aquello que la santa Madre arroja fuera de su espíritu?. Como más arriba ya se ha dicho, también aquí debemos entender la palabra **hombre** en el sentido del *diablo*, el cual, con inicua voluntad, continuamente persigue a la Iglesia. Pero este verso, que cierra también la primera parte del salmo, aparece de nuevo repetido aquí, para indicar –a modo de ciertas relucientes perlas– la hermosa paridad entre las dos partes.

Verso 11.– **En mí están, oh Dios, tus votos, que devolveré en alabanzas para ti** [*In me sunt, Deus, vota tua, quae reddam laudationes*²⁶ tibi]. Llega a la tercera parte, donde, liberada ya de los males de este siglo, confiesa la Iglesia que alabará al Señor. Dice, en efecto, que en ella están los votos de alabanza –recibidos, no obstante, por beneficio divino–, votos que se han de cumplir en aquella eternidad, cuando los santos, con voces incansables, ofrezcan ya el obsequio de sus alabanzas.

²³AUG., *De Trinitate* (PL 42, 1080).

²⁴AUG., *In Epistolam Joannis Ad Parthos Tractatus Decem* (PL 35, 2028).

²⁵TL., *sperabo*; Vlg., *speravi*.

²⁶TL., in textu: *laudationes* [ed., *laudes*].

Éstos son, en efecto, los votos que, cuando amamos a Dios, siempre tenemos dentro y que de ningún se apartan de nosotros, pero que en aquella eternidad los cumplimos, en cuanto que allí continuamente estamos pagando y debiendo. En efecto, las cosas que siguen, que en modo alguno pueden convenir a este mundo, nos muestran que también este verso debemos entenderlo como referido al futuro.

Verso 12.— **Porque libraste mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, y mis pies de la caída** [*Quoniam eripuisti animam meam de morte, oculos meos a lacrymis, et pedes meos a lapsu*²⁷]. Da a conocer la razón de por qué, con piadosos sacrificios, cumplirá sus votos: porque **libró de la muerte** perpetua **el alma** del pueblo fiel. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *aetiologia*, es decir, la explicación de una causa. Y bien dice la santa Madre que su alma ha sido liberada de la muerte, ella que se llenaba de gozo por la liberación de sus hijos. Sigue: **Mis ojos de las lágrimas, y mis pies de la caída**. Expone cada cosa por separado. Dice que *el alma ha sido librada de la muerte; los ojos, de las lágrimas; pero el pie de la caída*. Pero estas tres cosas tendrán lugar en el siglo futuro, cuando ya no morirá el **alma**, a causa del pecado, ni los **ojos** llorarán sus males ni los **pies** conocerán la caída. Pues, ¿a qué bienaventurados les quita aquí las lágrimas, cuando él mismo dice: *Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados?* (Mt 5,5). Ni los pies de los justos, en este tiempo presente, están exentos de caer, porque, mientras caminan por este mundo, están expuestos a la caída. Mas la divina misericordia los sostiene, como está escrito: *Siete veces cae el justo, y se levanta* (Prov 24,16).

Verso 13.— **Para agradar en presencia de Dios en la luz de los vivientes** [*Ut placeam coram Deo in lumine viventium*]. Dice cómo la Iglesia puede **agradar** al Señor en la manifestación de los santos, es decir, **en la luz de los vivientes**, en los cuales ella *se presente resplandeciente, sin mancha ni arruga* [Ef 5,27]. En efecto, todo lo que en ellos llegare a acontecer resplandece en su rostro. Igual que las entrañas sanas del hombre hacen más bello su rostro —como dice Salomón: *Alegrándose el corazón, el rostro florece* (Prov 15,13)—, así también es esparcida la hermosura de la boca de la santa Iglesia, hermosura que se encuentra en los méritos de los bienaventurados.

Conclusión del salmo

Han llegado a su término los versos de la santa virgen y madre, la Iglesia. En efecto, ella, incorrupta, nos engendra; ella, de su casto útero, nos hace salir para la luz perpetua. Pero, ojalá que tal como ella nos engendra en el bautismo, así nos encuentre el término de nuestra vida, de manera que no tengamos parte con aquel abominable pueblo, que —como dice el título— ha sido *separado lejos de los santos*. Más aún: que se nos exprese —alegres por nuestra parte— en el lagar de este mundo, para extraer de nosotros gran abundancia de vino. Por tanto, si estamos afligidos, demos gracias; si contristados, en modo alguno desesperemos, porque bien nos son de provecho los tormentos, que nos conducen a los premios de la eterna bienaventuranza.

²⁷TL., *a lapsu*; Vlg., *de lapsu*.

SALMO CINCUENTA Y SEIS

**Para el fin. No destruyas a David en la inscripción del título,
cuando huía de la presencia de Saúl a la cueva¹.**

*[In finem, ne disperdas David in tituli inscriptione,
cum fugeret a facie Saul in speluncam].*

Frecuentemente hemos dicho que la expresión: **Para el fin** significa al Señor, porque nuestra misma perfección consiste en llegar felizmente a Él. En efecto, así como cuando, al llegar al término del camino fijado, una vez terminado el trabajo, descansas en un lugar deseado, así también –una vez hayas llegado al Señor– ya no desearás nada más. **No destruyas a David.** Se prohíbe que Saúl destruya a David, el cual –por voluntad del Señor– había sido elegido para el reino, como es cosa manifiesta que así fue. Sigue: **En la inscripción del título.** Está claro que esto no sucedió en la persona de David, sino en la de Cristo el Señor, durante su pasión, a fin de que Poncio Pilato se negara a dar la orden de cambiar *la inscripción del título*. Pero, pues –como ya dijimos– David es figura del Señor, Salvador nuestro, se dice ahora, en la persona de aquél, cuanto había de acontecer en los días de la pasión de Cristo el Señor, esto es: que *no se destruya a David*, separado del reino, como tampoco se pudo cambiar aquella inscripción del título del Señor. Añade: **Cuando huía de la presencia de Saúl a la cueva.** Este acontecimiento parece ser semejante, en gran manera, a David y al Señor. En efecto, así como David, huyendo de Saúl, se escondió en una cueva, así también la Divinidad del Señor Salvador se ocultó de la perfidia de los judíos dentro del templo de su cuerpo. De este modo, los hechos particulares, acontecidos a David y a Cristo, hallan en esta alusión un lugar común. Por ello, las imágenes de los hechos, que aparecen en este título, preludian que todo el salmo va a hablar de la pasión del Señor. En efecto, así como aquél sufría la persecución de la crueldad de Saúl, así éste padecía también las consecuencias de la extrema perversidad de los judíos. Conviene, por consiguiente, recordar que este salmo es el quinto de los que, con brevedad, conmemoran la pasión y resurrección del Señor.

División del salmo

En la primera parte del salmo, Cristo el Señor se halla en oración, angustiado a la vista de su pasión, angustiado en cuanto que, con inestimable piedad, se dignó hacerse hombre en favor de nosotros. En efecto y por decirlo de algún modo, se hizo Dios humanado Aquél que, aun habiendo asumido nuestra carne mortal, no dejó de ser Dios. Tras asumir al hombre convertible, permaneció inconvertible, no disminuyendo su naturaleza, sino exaltando la condición de la mortalidad. Pues, uno

¹Hebr., לִמְנַצֵּחַ אֶל־תְּשֻׁחַת לְדָוִד מִכְתָּם בְּרָחוּ מִפְּנֵי־שָׁאוּל בְּמַעְרָה, [Para el maestro del coro. No destruyas. Para David. Mik^ettām. Cuando se retiró de la presencia de Saúl a la cueva]. Los LXX: εἰς τὸ τέλος μὴ διαφθεῖρης τῷ Δαυὶδ εἰς στηλογραφίαν ἐν τῷ αὐτὸν ἀποδιδράσκειν ἀπὸ προσώπου Σαουλ εἰς τὸ σπήλαιον [Para el fin. Para que nos destruyas. De David. Para la inscripción, cuando escapó de la presencia de Saúl a la cueva]. El término hebreo מִכְתָּם [mik^ettām] hace referencia a cierto tipo de salmo. Aparece –además de en éste– en los títulos de otros cinco salmos: 16, 56, 58, 59 y 60, aunque su significado exacto no es desconocido. Véase lista de Kraus, núm. 4. En cuanto a la expresión hebrea: אֶל־תְּשֻׁחַת [al^ettāš^ele], que aquí se ha traducido por *no destruyas*, algunos creen que corresponde al principio de alguna canción popular, a cuyo tono debía cantarse el presente salmo. Otros, en cambio, al comprobar que los salmos, en cuyo encabezamiento figura dicha expresión, están llenos de amenazas contra los pecadores y de promesas en favor de los justos, son de la opinión de que se trata de ciertas oraciones, que se recitaban en los momentos de grave peligro o de circunstancias extremadamente críticas. Están, finalmente, los que se inclinan, más bien, por ver aquí el nombre de un determinado instrumento músico. Véase lista de Kraus, núm. 22.

y el mismo es Cristo el Señor, el cual –por su condición divina– obró grandes milagros de poder y –por su condición de siervo– sufrió la crudeza de la pasión. En la segunda parte, describe con magnífica variedad la gloria de su resurrección. En la tercera, después de la felicísima resurrección, promete cantar las alabanzas al Padre y Señor. También estas partes se encuentran separadas por las correspondientes pausas.

[190] *Exposición del salmo*

Verso 1.– **Apiádase de mí, oh Dios, apiádase de mí, porque en ti confía mi alma** [*Miserere mei, Deus, miserere mei, quoniam in te confidit anima mea*]. Cristo el Señor, hecho hombre, clama al Padre, porque lo asalta el miedo ante su futura pasión, expresando así que, aunque voluntariamente acepta la muerte, siente gran temor en su alma. El Hijo de Dios, que de todos se apiada, que con tan gran humildad baja para nuestra liberación, pide misericordia, de modo que consideres que clama como uno de entre los fieles, que el Creador del mundo suplica, a causa de la fragilidad de la carne, que tuvo a bien asumir. Dice: **Apiádase de mí, oh Dios, apiádase de mí**. En efecto, mediante esta repetición, muestra el peligro de la muerte futura, pidiendo con insistencia, quien estaba a las puertas de la gran prueba de la pasión, el milagro de la resurrección. Sigue: **Porque en ti confía mi alma**. Esta oración es para los fieles modelo de oración, de suerte tal que Aquél que, por nuestra salvación, llevó a cabo tales cosas, como piadoso Maestro, nos instruye también a nosotros, por medio de sus mismas plegarias. En efecto, suplicó Él, para mostrarnos a nosotros cómo se debe orar santamente. Sufrió por nosotros, a fin de que nadie eludiese padecer por Él. Resucitó, para que la esperanza de nuestra debilidad se extendiera también a su resurrección. En efecto, Él no estuvo necesitado de estas cosas, pero todas ellas quiso recibirlas con vistas a nuestra salvación.

Verso 2.– **Y en la sombra de tus alas esperaré, mientras pasa la iniquidad** [*Et in umbra alarum tuarum sperabo, donec transeat iniquitas*]. Entendamos bien la purísima santidad de esta oración. En el primer verso, pidió, ante todo, que el Señor se apiadara de Él. En el segundo, dice por qué debe obtener lo que pide. En el tercero, cómo puede ser liberado de la persecución inminente. En efecto, la **sombra de las alas** es el abrigo materno, el cual –a modo de cierta caricia– da calor a los tiernos polluelos y los preserva del tiempo adverso, que se les viene encima. Pero, puesto que esta protección manifiesta el gran auxilio de la piedad materna, tal comparación la encontramos repetida con cierta frecuencia en las sagradas Escrituras, como el Señor dice en el Evangelio: *¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus pollos bajo sus alas, y no quisiste!* (Mt 23,37). Esta figura retórica recibe el nombre de *parabole*, en latín, *comparatio*, cuantas veces se comparan entre sí cosas disímiles por su género. Sigue: **Mientras pasa la iniquidad**. Sigue en la misma comparación, esto es: descansar bajo la misma sombra, mientras aprieta el calor de la **iniquidad**.

Verso 3.– **Clamaré al Dios altísimo, al Dios que me hizo el bien** [*Clamabo ad Deum altissimum, Deum qui benefecit mihi*]. Se muestra aquí que el modo mejor de una piadosa súplica es **clamar al Altísimo**, a quien se llega no alzando con fuerza la voz, sino mediante un sentimiento puro. Desde su humanidad asumida clamaba a Aquél, a quien las criaturas supernas no cesan de pedir asistencia. En efecto, la expresión: **Al Dios que me hizo el bien** designa el eminentísimo arcano de la encarnación, que fue entregado –por gracia divina– al género humano.

Verso 4.— **Envió desde el cielo y me liberó; dio en oprobio a los que me pisaban**² [*Misit de caelo, et liberavit me; dedit in opprobium conculcantes me*]. La naturaleza de la humanidad, unida al Hijo de Dios, confiesa que ha sido liberada de la fragilidad humana, la naturaleza que, tras la resurrección, mereció recibir los reinos de los cielos. El verbo **envió** no significa aquí el hecho de mandar a un ángel o a cualquier otra criatura. En efecto, de por sí mismas, estas criaturas podrían servir, pero no liberar. Entiende tú, por tanto, este verbo en el sentido del envío del auxilio de su divino poder. En efecto, el Padre **liberó** a su Hijo, como dice el Apóstol: *Por lo cual también Dios lo exaltó y le dio el nombre que está sobre todo nombre* (Flp 2,9). También el mismo Hijo da testimonio de que Él puede liberarse a sí mismo, cuando dice: *Tengo poder para entregar mi vida y poder para tomarla de nuevo* (Jn 10,18). Pero estas locuciones muestran la cooperación de la santa Trinidad, que conjuntamente quiere y conjuntamente siempre actúa. Añade: **Dio en oprobio a los que me pisan. Oprobio** fue para los perseguidores, cuando vieron que los pueblos fieles se llenaban de la alegría de la resurrección de Aquél, cuya memoria creían haber borrado para siempre. La mala conciencia juzga, por tanto, su vergüenza, al ver que no puede llevar a término aquello que se había propuesto.

Verso 5.— **Envío Dios su misericordia y su verdad** [*Misit Deus misericordiam suam et veritatem suam*]. Se llega a la segunda parte. En efecto, aunque en el verso anterior haya hecho uso de palabras semejantes, sin embargo, prorrumpe aquí en una acción de gracias, para dar firmeza a la feliz esperanza de los creyentes. Dice, en efecto: **Envío** desde el Padre, hecho éste que hace referencia a la humanidad asumida, como en el Evangelio está escrito: *No he sido enviado, sino a las ovejas extraviadas de la casa de Israel* (Mt 15,24). Es, pues, **misericordia**, porque, en la carne recibida, se compadece del género humano, cuando clama: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Hch 9,4), u otras cosas semejantes a éstas. Es **verdad**, porque retribuye a cada uno, según sus obras.

Verso 6.— **Rescató mi alma de en medio de los cachorros de leones; conturbado, me dormí**³ [*Eripuit⁴ animam meam de medio catulorum leonum; dormivi conturbatus*]. Crucificado el cuerpo, dice que su **alma ha sido rescatada**. Nuestra alma, de la que se nos recomienda estar solícitos sobremedida. Ciertamente, pues todo se hace seguro, cuando ella es salvada, pues resucita el cuerpo para la gloria espiritual, a condición de que ella no esté dañada por la herida de la obstinación. En efecto, la expresión: **Cachorros de leones** significa la plebe judía, que los príncipes y sacerdotes engendraron con cruel voluntad, de manera que fuesen como **leones** quienes maquinasen los malos propósitos de la muerte del Señor. Como **cachorros**, o sea, los pueblos que torcidamente secundaron sus intenciones. Sigue diciendo: **Conturbado, me dormí**. Con admirable propiedad se describe la muerte del Señor, el cual, **conturbado** por el frémito de los judíos, **dormía** con la más profunda tranquilidad, mostrando así que tan poca cosa fue la persecución de los impíos que, una vez muerto,

²Hebr., יִשְׁלַח מִשָּׁמַיִם וְיִשְׁעֵי חַרְבִּי שְׁאֵפִי [*Enviará desde los cielos, y me salvará de la afrenta del que me traga*]. Los LXX: ἐξαπέστειλεν ἐξ οὐρανοῦ καὶ ἔσωσέν με ἔδωκεν εἰς ὄνειδος τοὺς καταπατοῦντάς με [*Ha enviado desde el cielo y me ha salvado; ha entregado al oprobio a los que me pisotean*].

³En el texto hebreo, este verso y el siguiente forman uno solo, que dice así: הָיִיתִי וְחַצִּים וְלִשְׁוֹנִים חֶרֶב חֶרֶב לְבָאִם אֲשֶׁכְּכָה לְהַטִּים בְּנֵי-אָדָם שְׁנֵיהֶם גִּפְשִׁי בְּחוּךְ לִשְׁנֵי בְּחוּךְ לִשְׁנֵי בְּחוּךְ לִשְׁנֵי בְּחוּךְ [*Mi alma en medio de leones, estoy tendido, que devoran a los hijos de Adán; sus dientes son lanzas y saetas; su lengua, una espada afilada*]. Otras traducciones, sin embargo, aplican el participio לִהְיוֹתִים [*Iohatím*] a los hijos de los hombres, dando lugar al siguiente sentido: *Mi alma está tendida en medio de leones: los hijos de Adán, que devoran; sus dientes son lanzas y saetas; su lengua, una espada afilada*. Como si dijera: *Feroces son de tal modo los hijos de Adán que sus dientes son como armas y saetas*. Los LXX traducen: καὶ ἐρρύσατο τὴν ψυχὴν μου ἐκ μέσου σκύμνων ἐκοιμήθην τεταραγμένος υἱὸς ἀνθρώπων οἱ δόοντες αὐτῶν ὄπλον καὶ βέλη καὶ ἡ γλῶσσα αὐτῶν μάχαιρα ὀξεῖα [*Y ha rescatado mi alma de en medio de los cachorros. He dormido inquieto; los hijos de los hombres, sus dientes son arma y dardos; y su lengua, espada afilada*].

⁴TL., *Eripuit*; Vlg., *Et eripuit*.

fue conducido al sueño. En efecto, **dormir** no es propio del que está conturbado, sino de aquél que, puesto en la cruz, ha entregado su espíritu por propia voluntad.

Verso 7.— **Los hijos de los hombres: sus dientes, armas y saetas; y su lengua, espada afilada** [*Filii hominum, dentes eorum arma et sagittae, et lingua eorum gladius acutus*]. Dice estas cosas de aquéllos que, con impía voluntad, se involucraron en la muerte del Señor. Explica, en efecto, que éstos son los **hijos de los hombres**, cuyos **dientes** fueron **armas y saetas**, es decir: aquéllos que —como en otro lugar se lee— rechinaban sus dientes contra él. Esto se dice, según la quinta especie de definición, que los griegos llaman κατά τήν λέξιν, y los latinos, *ad verbum*. En efecto, con cada palabra se define qué son los **dientes** de los hombres enfurecidos: **armas y saetas**. Mediante las *armas* se ha hecho alusión a los pésimos consejos; mediante las *saetas*, a las palabras que, ciertamente, vuelan, pero que son lanzadas para una obra de muerte. Añade: **Y su lengua espada afilada**. Con una **espada afilada** se comparan aquellas voces que gritaban: ¡Crucificalo, crucificalo! (Lc 23,21). Pues, así como una *espada afilada* causa una muerte muy rápida, así también aquellas hicieron que se dictara una prontísima sentencia. En efecto, con un solo movimiento hacia delante provocaron la muerte, como suele ser el corte causado por las armas de filo muy agudo. Valiéndose de tales cosas recordó sutilmente, sin embargo, que también una **lengua** enfurecida puede matar, como dice Salomón: *La muerte y la vida en manos de la lengua* [Prov 18,21].

Verso 8.— **Exalta sobre los cielos, oh Dios, y sobre toda la tierra tu gloria** [*Exaltare super caelos, Deus, et super omnem terram⁵ gloria tua*]. Cuando, en la cruz, todo esto padecía la humanidad de Cristo [191] y los judíos —conforme a la condición de siervo, que por nosotros había asumido— se mofaban del Señor del cielo, grita con voz potente: **Exalta sobre los cielos, oh Dios**, para que se conozca que Tú, que cuelgas de una cruz, reinas siempre en Majestad. En efecto, en cuanto **Dios** no podía **exaltarse**, porque —como tal— ya no puede crecer más, pero se exaltaba plenamente entre los hombres, cuando la gloria de su Majestad se mostraba a las almas convertidas. Pero dice: **Sobre los cielos**, porque bajo el Señor están sometidos los poderes supernos. Sigue diciendo: **Y sobre toda la tierra tu gloria**. Ambas cosas se han cumplido. En efecto, *es exaltado sobre los cielos*, porque se sienta a la derecha del Padre; *es glorificado sobre toda la tierra*, porque la Iglesia católica llena el mundo entero. En ella se cantan continuamente las alabanzas del Señor, como Él mismo dice: *Vivo yo, dice el Señor, y toda la tierra será llena de mi gloria* (Núm 14,21).

Verso 9.— **Prepararon trampas para mis pies, y encorvaron mi alma** [*Laqueos paraverunt pedibus meis, et incurvaverunt animam meam*].

Verso 10.— **Cavaron ante mi presencia una fosa, y ellos mismos cayeron en ella** [*Foderunt ante faciem meam foveam, et ipsi inciderunt⁶ in eam*]. Alude aquí a los judíos insidiadores, que creyeron anudar los engaños con correctas afirmaciones, como dice el evangelista, refiriéndose de los fariseos, cuando pusieron ante el Señor a aquella mujer adúltera y le dijeron: *Hemos hallado a ésta, cometiendo adulterio. Moisés, ciertamente, nos mandó lapidar en estos casos; pero ¿tú qué dices?* (Jn 8,3), y todo lo demás, que aquella maliciosa pregunta comportaba. Por su parte, los **pies** de Cristo son las increpaciones de los malvados y las promesas de los fieles, mediante las cuales, evangelizando en este mundo —a modo de ciertos pies— Él iba avanzando. Continúa diciendo: **Y encorvaron mi alma**. Se describen aquí la piedad y la santidad del Señor. En efecto, **encorvaron el alma** de Cristo, cuando los impíos judíos se negaron a creer. Condoliéndose de ellos —como en otro lugar también dice— incluso el ayuno se volvía estéril. En efecto, su **alma**, que no tenía mancha de pecado, no podía

⁵TL., *et super omnem terram*; Vlg., *et in omnem terram*.

⁶TL., *et ipsi inciderunt*; Vlg., *et inciderunt*.

encorvarse en sus actos. Añade: **Cavaron ante mi presencia una fosa**. Bien llama **fosa** a la sentencia de muerte, que envía a la fosa. En efecto, en su presencia dijeron: *Es reo de muerte* (Mt 26,66). Y por esta razón hablaron de *cavar una fosa*: porque decidieron entregarlo a la muerte. Añade una sentencia, que afecta a todos: **Y ellos mismos cayeron en ella**. Ciertamente, pues toda voz injusta condena, primero, a sus propios autores y, antes de dañar a otro, se condena sobre todo a sí misma. De manera parecida, dijo también Salomón: *Quien cava una fosa caerá en ella* (Sir 10,8).

Verso 11.– **Preparado está mi corazón, oh Dios, preparado está mi corazón; cantaré y salmodiaré al Señor** [*Paratum cor meus, Deus, paratum cor meum; cantabo psalmum et dicam Domino*⁷]. Después de haber hablado de las penas pertinentes, llega ahora a la tercera parte, en la que promete que, tras la resurrección, habrá de dar gracias. Mas, por esto, da gracias: porque ha resucitado de entre los muertos. Por lo demás, la Divinidad de Cristo –coeterna con el Padre– siempre está presente, siempre omnipotente, siempre igual. Efectivamente, aunque el enemigo hubiese preparado trampas y con mala intención hubiera abierto una fosa, dice que Él **está preparado**, para dar gracias, pues sabía que la gloria de la resurrección de todos modos habría de asistirle. Pero en qué consista ese *estar preparado*, mediante las siguientes palabras, lo expresa: **Cantaré y diré un salmo al Señor**. Entendemos por **cantar** dar gracias con la voz; y por **salmodiar**, alabar al Señor con obra digna de elogio. Estas dos acciones justamente parecen adecuarse a la repetición anterior, en cuanto que para una y otra cosa profesa estar preparado. Ahora bien, al decir tales cosas sobre sí mismo, nos enseña a nosotros cómo debemos confesar⁸. En efecto, también el apóstol Pablo, siguiendo al Maestro, profesa estar preparado, cuando dice: *Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra la paciencia; la paciencia, la prueba* (Rom 5,3), etc.

Verso 12.– **Levántate, gloria mía; levántate, salterio y cítara; me levantaré al alba** [*Exsurge, gloria mea; exsurge, psalterium et cithara: exsurgam diluculo*]. En sentido figurado, dice: **Levántate**, como si dijera: *Levántate*, para hacer un milagro, como también está escrito en el salmo once: *Ahora me levantaré, dice el Señor* (Sal 11,6). Esta expresión es trasladada al poder divino, en razón de las causas que, debido a la debilidad humana, han de ser explicadas. Por segunda vez, dice: **Levántate, salterio y cítara**. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *epembasis*, es decir, iteración de un verbo, cosa que también hizo en el verso anterior, donde dice: *Preparado está mi corazón, oh Dios, preparado está mi corazón*. Se expresa aquí, en efecto, la naturaleza de la humanidad asumida. Fue **salterio**, cuando la carne llevaba a la práctica los mandamientos divinos, merced a un modo de vida lleno de santidad. Pero la **cítara** significa la pasión gloriosa, pasión que, tensados los nervios y contados los huesos, hacía resonar –a modo de cierto canto espiritual– la virtud de la paciencia. Añade: **Me levantaré al alba**, tiempo que está entre las tinieblas de la noche y la claridad del día, tiempo en que la santa lectura del Evangelio atestigua que Él resucitó, pues dice: *Al alba, muy temprano, vino María al sepulcro* (Lc 24,1), y todo lo demás.

Verso 13.– **Te alabaré en medio de los pueblos, Señor; salmodiaré para ti entre las gentes** [*Confitebor tibi in populis, Domine; psalmum dicam tibi inter gentes*⁹]. Esto se dice ya, en razón de los miembros, porque consta que Él, que es entendido como Cabeza y guía de la Iglesia, **en medio de los pueblos alaba** al Padre. Pues lo que dice: **Diré para ti un salmo entre las gentes** significa el acto celestial de la Iglesia universal, la cual, por medio de todas las gentes y en las más diversas lenguas,

⁷TL., *et dicam Domino*; Vlg., *et dicam*.

⁸*Quemadmodum confiteamur* en el texto latino. Pero ya se ha dicho, varias veces, que el verbo *confiteri* puede traducirse por *confesar* o *alabar*, según lo pida el contexto. Véase también el próximo verso 13 de este mismo salmo.

⁹TL., *inter gentes*; Vlg., *in gentibus*.

con espíritu devoto salmodia al Señor.

Verso 14.— **Porque hasta los cielos ha sido magnificada tu misericordia, y hasta las nubes tu verdad** [*Quoniam magnificata est usque ad caelos misericordia tua, et usque ad nubes veritas tua*]. Ésta es la causa de la alabanza, ésta es la promesa de la salmodia: **Porque hasta los cielos ha sido magnificada la misericordia** del Señor, es decir: porque hasta los reinos de los cielos ha sido llevada la humanidad del Hijo. Al hombre¹⁰, ciertamente en peligro, que pasaba a la vista de todos como uno más sujeto al pecado, le **hizo su misericordia**, para levantar hasta lo más alto, mediante dispensación admirable, a quien, según el juicio del pueblo nefando, era considerado como alguien bajado a lo profundo. Sigue: **Y hasta las nubes tu verdad**. Las **nubes** significan a los profetas, a los que la verdad empapada de Espíritu santo, llenó como lluvia copiosa. Con razón, pues, son llamadas **nubes**, porque son saciados por la fuente celestial y sobre los estériles pecadores derramaron los dones de la abundancia celestial. Estas dos cosas están colocadas con orden invertido. En efecto, la *verdad* es anterior en el tiempo, pero la *misericordia* es posterior en su llegada. Mas tal es el motivo por el que están cambiadas: para que, sin ninguna diferencia, se pudiesen reconocer en ellas una sola belleza, un solo autor.

Verso 15.— **Exalta sobre los cielos, oh Dios; y sobre toda la tierra tu gloria** [*Exaltare super caelos, Deus; et super omnem terram gloria tua*]. Se repite este verso, aparecido ya anteriormente, con el fin de confirmar nuestra fe con esta promesa: que sobre todas las criaturas ha de reinar la gloria de su nombre.

Conclusión del salmo

¿Quién puede hablar de la virtud de este salmo, quién puede proclamar dignamente su bondad? Cristo ruega, para enseñarnos; resurge, para hacernos resurgir; alaba al Padre, para instruirnos. Con razón se lee [192] que —cabe el Padre— nuestro Abogado es nuestro camino y nuestra redención. Amemos al clemente defensor, a fin de no tener que padecer la severidad del Juez. Va más allá de toda locura que el reo, con todas las fuerzas de su corazón, no eleve sus súplicas a Aquél que, con tan abundantes admoniciones, nos invita a los gozos eternos.-----

SALMO CINCUENTA Y SIETE

Para el fin. No destruyas a David en la inscripción del título¹.

[*In finem, ne disperdas David in tituli inscriptione*].

Aunque estas palabras se repitan con frecuencia, no tendremos pereza, sin embargo, en seguir refiriéndonos a ellas en cada uno de los lugares en que aparezcan, para poder así resaltar la dignidad del salmo de que se trate. Es como una invitación a entrar confiadamente en una casa, de cuyo interior en el mismo frontispicio ya se nos da feliz noticia. **Para el fin** significa a Cristo, que es quien va a hablar en este salmo. **No destruyas a David en la inscripción del título**. Ya hemos dicho muchas veces que **David** significa también a Cristo, porque era rey y porque su nombre se traduce por *de mano fuerte* o *deseable*, lo cual adecuadamente se ajusta también al Señor. Se insta, pues, a Poncio Pilato

¹⁰No debe entenderse aquí el hombre, en general, sino Cristo el Señor, según su humanidad.

¹Véase la explicación del título del salmo cuarenta y seis.

a *no destruir el título*, que proclamaba al Señor como rey, porque no se podía proceder impunemente contra lo que había sido escrito por mandato divino. En efecto, ¿quién podría destruir al que es el Creador del cielo y de la tierra?. Se repite esto frecuentemente, para arrebatarse todo pretexto a aquéllos que son contrarios.

División del salmo

En la primera parte del salmo, Cristo el Señor y Salvador, mediante poderes y advertencias, reprueba la maldad de los judíos. Pero, al tiempo que a ellos les recrimina por sus obras, nos amonesta a nosotros, a fin de que no vayamos a incurrir en hechos semejantes. En la segunda parte, por medio de muy oportunas comparaciones, pone de manifiesto las retribuciones de aquéllos. En la tercera, se recuerda cuál sea la corrección de los justos, a causa del castigo de los pecadores.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Si en verdad, habláis justicia, juzgad las cosas justas, hijos de los hombres**² [*Si vere utique iustitiam loquimini, iusta iudicate*³, *filius hominum*]. Cristo el Señor reconviene⁴ a los judíos acerca de aquellas cosas, que, desde largo tiempo atrás, habían venido haciendo. En efecto, **hablan** falsamente **la justicia** de la ley quienes no están dispuestos a juzgar con rectitud, aun cuando sus palabras sean idénticas a las que dicen los que sí van a obrar con justicia. En efecto, la palabra que se dice con rectitud debe estar en conformidad con la vida. Así, pues, se arguye aquí contra aquellas palabras de los judíos, cuando capciosamente decían: *Maestro, sabemos que has venido de Dios, y que enseñas en la verdad el camino de Dios* (Mt 22,16). Estas cosas, en verdad, eran **justas**, pero ellos en modo alguno **hablaban** verazmente, porque, si hubiera hablando con total sinceridad de espíritu, sus juicios habrían sido irreprochables y no habrían dicho, después, a Pilato: *¡Crucifícalo, crucifícalo!, porque afirma que es el Hijo de Dios* (Jn 19,6-8). En efecto, juzgaron así, para que fuese puesto de manifiesto que *hablaron la justicia* fingidamente. En los Tópicos, a este tipo de argumentación es conocido con el nombre de *a contrario*. En efecto, cosas contrarias son hablar rectamente y obrar de manera perversa. Pero algunos parecen hallar en este punto como una suerte de inconveniente. No cabe duda de que el precepto —tal es su argumento— es aquí el siguiente: **Juzgad las cosas justas**, pero vemos que, en el Evangelio, está escrito: *No juzgad, para no ser juzgados* (Lc 6,37). Siendo esto así, tal afirmación no nos priva, sin embargo, de la licencia de juzgar, pues la expresión: *No juzguéis* debe ser entendida con referencia a aquellos hechos, que nuestro sentido no puede considerar. Existen, de hecho, ciertas formas de obrar, cuya intención con toda seguridad ignoramos. Efectivamente, pudiendo ser para lo bueno o para lo malo, parecería —cuando menos— temerario que sobre ellas el hombre expresara un juicio determinado. Pero aquí se nos manda juzgar sobre cosas que manifiestamente son **justas**. Viene a resultar así que las dos sentencias anteriores, una vez examinadas, en modo alguno son contrarias entre sí. El padre Agustín, en libro segundo, capítulo 18, de su obra *Sobre el sermón de la*

²El texto hebreo dice así: אֱלֹהִים צֶדֶק תְּדַבְּרוּן מִיִּשְׁרָיִם תִּשְׁפָּטוּ בְּנֵי אָדָם [¿Por ventura... pronunciáis de verdad justicia,? ¿juzgáis rectamente, hijos de Adán?]. En esta traducción he dejado en puntos suspensivos el término que causa algún problema, esto es: אֱלֹהִים [’elēm]. Dicho término admite tres líneas de interpretación: a) vocalizado *ūlām*, es una partícula interrogativa con respuesta afirmativa. Los LXX traducen por ὅρα, partícula de refuerzo: *Si, en verdad, ciertamente...* y Vlg. por *utique*; b) vocalizado en *ēlīm*, significando entonces *Divinidades*; c) vocalizado, finalmente, en *’elīm*, y pasando a significar *carneros*, como títulos de poder o autoridad (A. SCHÖKEL-C. CARNITI, o. c. [I], págs. 782-783. Las traducciones son dispares. Dejo esto así. De todos modos, el término se aplica aquí a los que tienen el poder de juzgar.

³TL., *iusta iudicate*; Vlg., *recta iudicate*.

⁴TL., in textu: *invehitur* [ms. A., *convenit*].

montaña⁵, trató amplia y diligentemente sobre este asunto.

Verso 2.— **Y pues en el corazón obráis iniquidades en la tierra, vuestras manos concitan la iniquidad** [*Etenim in corde iniquitates operamini in terra, iniquitatem manus⁶ vestrae concinnant*]. ¿Cómo pudisteis juzgar acerca de mí, vosotros que **obráis las iniquidades en** vuestro **corazón**, donde el crimen es consumado, aún antes de que suceda, y se hace merecedor de castigo todo mal, que el deseo de una perversa voluntad acusa? A buen seguro dice: **En la tierra**, ya sea en lo más recóndito del corazón, ya sea sobre el pueblo, que los príncipes y fariseos soliviantaban. Y observa que, un poco antes, ha hablado de las **iniquidades del corazón** y que también ahora, mediante la palabra **manos**, alude a las cosas, que expresan acción, con objeto de representar no sólo el crimen, que se piensa cometer, sino también el pecado ya cometido. **Concitan**, expresión por la que se significa que la perversidad, procedente de muchas partes, se concentra en una sola.

Verso 3.— **Alejados están los pecadores desde el útero, erraron desde el vientre, hablaron cosas falsas** [*Alienati sunt peccatores ab utero⁷, erraverunt a ventre⁸, locuti sunt falsa*]. Dice con toda razón que los pecadores son como abortos, arrojados del seno de la Iglesia, que por la solidez de ninguna doctrina han sido perfeccionados, sino que —como inconsistente blandura, propia de un animal aún muy tierno— son arrojados no a la luz de la vida, sino a las tinieblas de la maldad. Con razón, pues, habla aquí del **útero** de la Iglesia, la cual, por medio del sagrado bautismo, nos introduce en la luz perpetua. Pero, ¡ay de aquéllos que, inmaduros, salieron de sus entrañas!. Sigue: **Erraron desde el vientre, hablaron cosas falsas**. Ciertamente, **erraron desde el vientre** todos aquéllos que siguieron enseñanzas contrarias a las de la Madre y no veneran su seno santo con piadosa devoción. En efecto, también **hablaron cosas falsas** los que se extraviaron de sus santas tradiciones.

Verso 4.— **Su ira es semejante a la de la serpiente, como la del áspid sordo y que tapa sus orejas** [*Ira illis⁹ secundum similitudinem serpentis, sicut aspidis surdae et obturantis aures suas*]. Por medio de una adecuadísima comparación, queda definida la **ira** de los judíos, pues irrevocable es, ciertamente, la ira de los hombres obstinados, que, para no escuchar la predicación de los maestros, se procuran a sí mismos una voluntaria sordera. A esta clase de mal se equipara la costumbre del **áspid**, el cual, para no oír las palabras del encantador y no abandonar su escondrijo, se **tapa** uno de sus oídos, doblando su cola, y aprieta el otro contra el suelo. Con todo acierto, vienen comparados con este animal aquellos judíos, que —obstruidos los oídos del corazón— no quisieron escuchar los salubérrimos mandamientos de las sagradas Escrituras. En efecto, el verbo *tapar* está tomado de la práctica de los sacerdotes, que taponaban sus oídos con incienso, con objeto de que la memoria de sus recitaciones no se perturbara, al confundirse con otras palabras, que nada tuvieran que ver con ellas.

Verso 5.— **Que no escuchará la voz de los encantadores ni los hechizos que son cantados por el sabio** [*Quae non exaudiet vocem incantantium, et veneficia quae incantantur a sapiente¹⁰*]. Prosigue en la comparación. En efecto, refiriéndose todavía al áspid, dice: **Que no escuchará la voz de los encantadores**. Ciertamente, porque, condenados los oídos, se volvió sorda y se negó a escuchar aquella voz, que la hubiese podido sacar a la luz. ¡Oh, género humano, qué ciego estaría, si la

⁵AUG., *De sermone Domini in monte secundum Matthaeum* (PL 34, 1296-1298).

⁶TL., *in terra, iniquitatem manus vestrae*; Vlg., *in terra iniustitias manus vestrae*.

⁷TL., *in textu: ab utero* [ed., a vulva].

⁸TL., *a ventre*; Vlg., *ab utero*.

⁹TL., *ira illis*; Vlg., *furor illis*,

¹⁰TL., *et veneficia quae incantantur a sapiente*; Vlg., *et venefici incantantis sapienter*.

misericordia divina no lo quisiera iluminar!. En efecto, creado [193] a imagen de Dios, quiere ser semejante a la serpiente. Decimos que es **sabio** el obrador de las artes mundanas, el cual con hábil destreza lleva a término, con la ayuda del Señor, el hecho que se propone. Observa, por tanto, que están también los que son llamados *sabios*, pero en sentido negativo. Sobre éstos se lee así: *¿Dónde está el sabio, dónde el escriba?* (1Cor 1,20), y cosas semejantes a éstas.

Verso 6.— **Dios triturará los dientes de ellos; en su boca el Señor romperá las quijadas de los leones** [*Deus conteret dentes eorum; in ore ipsorum molas leonum confringet Dominus*]. Se abre la entrada de la segunda parte, en la que se describen los males, que habrán de sufrir aquéllos que —como áspides— despreciaron ser salvados por la divina predicación. Dice, en primer lugar, que **sus dientes serán triturados** particularmente, cuando sus palabras engañosas y sus preguntas capciosas sean reducidas a la nada, como vino a sucederles, cuando dolosamente preguntaban si se debía pagar el impuesto del César [Mt 22,17]. Pero recibieron del Señor una respuesta tal que, allí donde su intención fue morder, hubieron de marcharse como con los dientes partidos. Dice, en efecto: *Dad al César lo que del César y a Dios lo que es de Dios* (Mt 22,21). Sigue: **En su boca el Señor romperá las quijadas de los leones**. Aquí no sé qué hecho se acumula, pues ha mencionado **leones** y **quijadas**, significando seguramente a aquéllos que —no ya con palabras capciosas, sino mediante un bramido, semejante al de las bestias— determinaron levantarse juntamente, para dar muerte al Señor. Fueron como *áspides*, cuando insidiosamente le preguntaron: *¿Es lícito pagar el tributo al César?* (Mt 22,17). Fueron como *leones*, cuando con boca cruel gritaron: *¡Crucifícalo, crucifícalo!* (Lc 23,21). De este modo, su locura viene descrita no sólo por la comparación del veneno de la serpiente, sino con la comparación también de la ferocidad de bestias más grandes. Por su parte, la expresión: **En su boca eran rotas las quijadas** hace alusión al hecho de ser incapaces de responder con palabras veraces.

Verso 7.— **Se reducirán a la nada como agua que corre; tuvo tensado su arco hasta que sean debilitados**¹¹ [*Ad nihilum devenient velut aqua*¹² *decurrens; intendit arcum suum donec infirmetur*]. Antes ha hablado de áspides y de leones. Llega ahora a los torrentes que, acrecidos por las lluvias invernales, bajan repentinamente, arrastrando consigo cuanto encuentran a su paso. Son terribles, porque llegan de improviso; son peligrosos, porque irrumpen con gran violencia. Pero, después, una vez pasado el ímpetu y como si depusieran sus altivos cuellos, desfallecen —sereno ya el cielo— los que con las nubes, que dejan caer las aguas, se engrandecen. Esta figura retórica recibe el nombre de *synathroismos*, en latín, *congregatio*, según la cual en una determinada narración reunimos un buen número de cosas y —en este caso— de delitos. ¡Oh, inaudita crueldad de los judíos!. A ellos son comparados tantos y tan grandes males, origen de peligros extraordinarios. Añade: **Tuvo tensado su arco hasta que sean debilitados**. Se muestra aquí la clemencia del poder virtud divino, cuyo **arco está tensado** para la salvación. En efecto, Dios *tensa* las armas de su poder contra los malvados y los aterra, durante todo el tiempo, hasta que cedan **debilitados** y, mejorado su espíritu, se vuelvan a la salvación, fruto de la confesión.

Verso 8.— **Como cera derretida serán arrebatados; sobre ellos cayó el fuego, y no vieron**

¹¹El texto hebreo es confuso: *הַצִּיָּן כְּמוֹ יַחְמֹלֵלֹו* (הַצִּיָּן) *יִדְרֹךְ*, y las traducciones de los autores, múltiples: *Arroje sus saetas, y en un instante sean cortados* (Scio); *Que se marchite como hierba pisoteada* (Schökel); *Calpestino le loro frecce come coloro che sono finiti* (Ravasi); *Marchítense como hierba en el camino* (Kraus), y otras muchas más. Los LXX leyeron: *ἐντενεί τὸ τόξον αὐτοῦ ἕως οὗ ἀσθενήσουσιν* [*se tensará su arco hasta que desfallezcan*], y de ahí la Vlg.

¹²TL., *velut aqua*; Vlg., *tamquam aqua*.

el sol¹³ [*Sicut cera liquefacta auferentur; super eos cecidit ignis*¹⁴, *et no viderunt solem*]. Se ha referido más arriba a aquéllos que se han de convertir, movidos por el terror del Señor. Habla ahora a aquellos otros que, practicando la maldad, se han endurecido en su obstinación. A éstos se les da la retribución debida, de modo que –**como cera derretida**– aquella dureza de corazón desaparezca completamente. Dice: **Serán arrebatados**. Lo serán, ciertamente, de la presencia del Señor, cuando sean entregados a los tormentos de la *gehenna*. Y termina, diciendo: **Sobre ellos cayó el fuego, y no vieron el sol**. Llama **fuego** al ardor de una mente perversa, fuego con el que en este mundo, cegados los sentidos, se abrasaron; fuego que oscurece, en lugar de iluminar; que no abre, sino que cierra la posibilidad de ver. En efecto, tal fuego cae sobre los impíos, para que no puedan ver el sol verdadero, es decir, al Señor Salvador, como también ellos mismos dirán en el juicio futuro: *No ha nacido el sol para nosotros, y la luz de la justicia no nos brilló* (Sab 5,6). En efecto, no pueden contemplar aquel sol, sino los que lo miran con un espíritu limpio y santificado.

Verso 9.– **Antes de que vuestras espinas produzcan cambrones; como a vivientes, como en la ira los consumirá** [*Priusquam producant spinae vestrae rhamnos*¹⁵; *sicut viventes, sicut in ira absorbet eos*]. El **cambrón** es un género de espinas muy desagradable, que empieza crecer, primero, como hierba muy suave, pero que cuando, ya en la edad adulta, llega a su plena actividad, produce pequeños ramos puntiagudos, endureciendo, después, sus puntas con la dureza propia de un árbol. Así, pues, con esto amenaza a los judíos la presente sentencia: a **ser consumidos** antes de que, por la prolongación de sus días, sea curada su malicia, como también, con referencia a ellos, en otro lugar se dice: *Los hombres de las sangres y dolosos no dividirán en dos sus días* (Sal 54,26). Sigue la celeridad de la perdición de éstos, pues dice: **Como a vivientes**, porque parecen vivir, pero están muertos. En efecto, todo pecador, que sigue viviendo en la perversidad, muere para la verdad, como dice el Apóstol: *Viuda que en los placeres está, muerta está en vida* (1Tim 5,6). Pero las palabras siguientes: **Como en la ira los consumirá** significan que el Señor, no estando airado, derriba a los pecadores como si lo estuviera. Sobre esto está escrito: *Pero tú, Señor de los poderes, juzgas con serenidad* (Sab 12,18). En efecto, mediante las palabras *los consumirá*, se significa la subitánea destrucción de éstos, porque cuanto mayor ha sido la paciencia del Señor en soportarlos tanto mayor será el golpe en la celeridad del juicio. Y observa que así como anteriormente, refiriéndose a los pecados, el aumento fue de dos versos, así también aquí, por medio de otros cuatro, crece en cuanto a las penas.

Verso 10.– **Se alegrará el justo al ver el castigo de los impíos; lavará sus manos**¹⁶ **en la sangre del pecador** [*Laetabitur iustus cum viderit vindictam impiorum; manus*¹⁷ *suas lavabit in sanguine peccatoris*]. Llega a la tercera parte de la narración, en la que dice que la alegría de los justos y el castigo de los malvados tienen lugar también en este tiempo. En efecto, **el justo verá el castigo de los impíos**, al considerar que éstos obran cosas tales por las que siempre deban sentir temor. Tal

¹³Hebr., כְּמִזְ שֶׁבִלְוִל תִּמָּס יְהִלֵּךְ נֶפֶל אֵשֶׁת בִּלְחֹזוֹ שֶׁמֶשׁ [como caracol que se deshace, vayan; como aborto de una mujer, no vean el sol]. Pero los LXX leen: ὥσει κηρὸς ὁ τακεῖς ἀνταναιρεθήσονται ἐπέπεσε πῦρ καὶ οὐκ εἶδον τὸν ἥλιον [como cera que se derrite serán eliminados; ha caído fuego y no ha visto el sol].

¹⁴TL., *liquefacta auferentur; super eos cecidit*; Vlg., *quae fluit, auferentur; supercecidit*.

¹⁵TL., *Priusquam producant spinae vestrae rhamnos, sicut in ira*; Vlg., *Priusquam intelligerent spinae vestrae rhamnum, sic in ira*.

¹⁶Hebr., פְּעָמָיו יֵרַחֵן [sus pies lavará], expresión tomada de la costumbre de los guerreros victoriosos, para resaltar la gran derrota y matanza hecha en los enemigos. Pero los LXX ha traducido por τὰς χεῖρας αὐτοῦ νίψεται [sus manos lavará] y de ahí la Vlg. Como se ve, la interpretación de Casiodoro –y también la de S. Agustín– va por camino muy distinto.

¹⁷TL., *vindictam impiorum; manus*; Vlg., *vindictam; manus*.

es así, pues todo mal cometido comporta su castigo, porque, por el remordimiento de conciencia, él mismo opera en sí propia pena. Por el contrario, aun cuando se sienta oprimido por multitud de adversidades, **el justo se alegrará**. Efectivamente, el justo es libre en el espíritu, que es de donde surge siempre la verdadera alegría. Así, las dos clases de hombres sostienen en sí mismos la cualidad de sus propias acciones. Continúa diciendo: **Lavará sus manos en la sangre del pecador**. Pero, ¿cómo puede entenderse que el mismo que mandó orar por los enemigos diga ahora que **las manos** de los justos **serán lavadas en la sangre** de los pecadores?. Sin embargo, si analizamos esto con la debida diligencia, hallaremos un ejemplo más bien de corrección que de crueldad. En efecto, cuando la *sangre del pecador* es derramada, **las manos** –es decir, las obras justísimas– son corregidas. En efecto, pereciendo el impío, se da aviso al que es inocente de que debe conducirse con mucha más cautela y diligencia. Viene a resultar así que la sangre del pecador lava no cruelmente, sino piadosamente las manos del justo. Como dice Salomón: *Pereciendo el necio, el sabio se hace más astuto* (Prov 21,11).

Verso 11.– **Y dirá el hombre: Si de cierto hay fruto para el justo, de cierto hay Dios, que los juzga en la tierra** [*Et dicet homo: Si utique est fructus iusto, utique est Deus iudicans eos in terra*]. Cuando las cosas anteriormente dichas llegan a suceder, entonces el fiel entiende y dice: Si los justos también aquí consiguen los premios de sus obras buenas, manifiesto es que asimismo Dios juzga en esta tierra acerca de aquéllos a los que no les permite vivir en una santidad infructuosa. En efecto, quiere que se entienda que, en el tiempo presente, en ningún modo los malos –aunque parezcan florecer– están libres del castigo, ni tampoco los buenos –a pesar de ser oprimidos por los pesos mundanos– son privados de beneficios [194]. A esta forma de argumentación se la conoce con el nombre de *a consequentibus*. Y con razón, pues, cuando al justo le son dados los premios, justo es Dios.

Conclusión del salmo

He aquí el verdadero Sol, que –disipando nuestras tinieblas y oscuridades– nos muestra qué debemos sentir en verdad. Nadie dude ya, nadie murmure, pues sabemos que en este mundo Dios examina ocultamente las acciones humanas, cosa que en este tiempo presente realiza de manera manifiesta. Con razón, llamamos a este Sol el día absolutamente verdadero, que en el número de horas señalado, por medio de los doce apóstoles, nos infundió la luz de su verdad. En efecto, así dice Él: *Abrahán deseó ver mi día; lo vio y se alegró* (Jn 8,56). Éste es el día de las almas bienaventuradas, el día de los justos. A él no se opone la oscuridad de las nubes, ni jamás le sucede la noche tenebrosa.

SALMO CINCUENTA Y OCHO

Para el fin. No destruyas a David en la inscripción del título. Cuando envió Saúl y custodió su casa, para matarlo (1Sam 19,11).

[*In finem, ne disperdas David in tituli inscriptione: quando misit Saul, et custodivit domum eius, ut eum interficeret*].

Ya se ha dicho qué significa **para el fin** y, varias veces, se ha explicado también que la expresión: **No destruyas a David en la inscripción del título** hace referencia a la pasión del Señor. En vano, ciertamente, intentaba la insania de los judíos destruir lo que tantas veces la autoridad divina prohibió que se destruyera. En efecto, por medio de la imperecedera **inscripción** de este título, pone de manifiesto la inamovible firmeza del reino del Señor. Sigue: **Cuando envió Saúl y custodió su casa, para matarlo**. También esto se adapta, de manera totalmente adecuada, a la pasión del Señor.

Efectivamente, la palabra **casa** indica el sepulcro donde descansó, mediante muerte de tres días, y a donde los jefes de los judíos enviaron guardias, para custodiarlo, con el fin de destruir –por decirlo de algún modo– la gloria de su nombre y con objeto de que, con mentira, no se llegara a saber que había resucitado, hecho éste que Cristo con anterioridad había anunciado y que ellos perfectamente habían escuchado [Mt 27,62 ss.]. Pero mejor fue que los enemigos prefirieran cerciorarse de esto por sí mismos, a fin de que todo el mundo pudiese conocer con mayor certeza lo sucedido. Testimonio de calidad inmejorable es, ciertamente, el presentado por alguien que no es considerado persona grata, y no puede tenerse por cosa agradable algo que asegura el que es reo. Nadie discute, por ello, que todas estas razones hacen referencia a la pasión del Señor, de la cual este salmo va a hablar. Pero debemos tener cuidado en distinguir que, cuando es Cristo el Señor el que habla, determinadas cosas debemos entenderlas, según la humildad de la carne, y otras, en cambio, según la excelencia de su Divinidad, pero no considerando que se trata de dos hijos –como sueña la sacrílega iniquidad de Nestorio–, sino que en las dos naturalezas unidas y perfectas permanece Cristo el Señor, como la autoridad de los doctísimos Padres del santo concilio de Calcedonia testimonia. Dice, en efecto, este concilio: (*Parte II., ac. 5*): *Todos somos instruidos y unánimemente enseñamos confesar que uno y el mismo es el Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en la Divinidad, y el mismo perfecto en la carne; el mismo verdaderamente Dios y hombre; el mismo con alma racional y cuerpo; ὁμοῦσιον, es decir, de la única esencia que el Padre, según la Divinidad, y ὁμοῦσιον, esto es, el mismo para nosotros, según la humanidad, semejante a nosotros en todas las cosas, menos en el pecado [Heb 4,15]. Que ciertamente ha nacido del Padre antes de los siglos, según la Divinidad, pero que en los últimos días él mismo, por nosotros y por nuestra salvación, ha nacido de María Virgen, θεοτόκον, es decir, la Madre de Dios, según la humanidad; que ha de ser conocido el único y mismo Cristo Hijo de Dios, Señor unigénito, en dos naturalezas, sin mutación, sin división y sin separación. Que en nada existe diferencia de naturalezas, en modo alguno amputada por causa de la unidad; antes bien, salvada la propiedad de una y otra naturaleza, uniéndose en una única persona y en una única subsistencia. Y confesamos que no está dividido ni partido en dos personas el uno y mismo Hijo unigénito, Dios verdadero, Jesucristo el Señor*¹. Fe santa; verdad inviolable; predicación, que se ha de abrazar; que justamente, efundida de manera conveniente por medio del Espíritu santo, es confesada por la Iglesia, a lo largo y ancho del mundo entero.

División del salmo

En la primera parte del salmo, surgiendo –a modo de luz material– de lo más hondo de su ser y elevándose, poco a poco, a la cima excelentísima de su resurrección, Cristo el Señor –no en cuanto Dios, engendrado del Padre, sino en cuanto hombre, nacido de la Virgen María– ruega no sufrir daño de parte de los enemigos. Expresa, en la segunda, cómo los judíos, al final del tiempo, se habrán de convertir y una oración, en favor de ellos, brota con admirable piedad. En la tercera, indica qué harán, después de la conversión, y atestigua que se alegran en medio de sus santos. Estas partes están separadas, en su final, por sendas pausas, para indicar no tanto que sean examinadas, pero tampoco descuidadas.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Líbrame de mis enemigos, Dios mío; y de los que se levantan contra mí sálvame** [*Eripe me de inimicis meis, Deus meus, et ab insurgentibus in me libera me*]. Al suplicar la humanidad del Señor Salvador **ser librada de** las insidias sus **enemigos** espirituales –de los que, sin embargo, no era cautiva, como Él mismo dice: *Vendrá el príncipe de este mundo, y nada encontrará en mí* (Jn

¹DS 301-302.

14,30)—, nos enseña a nosotros la necesidad ineludible de la oración. Él, verdaderamente sin mancha de pecado, suplica con ostensible humildad que el diablo o sus ministros judíos le estén lejanos. Pero nosotros, cautivos y prisioneros, pedimos igualmente que, por la misericordia divina, seamos librados de los espíritus inmundos. El que es nuestra Cabeza lo pide, ciertamente, pero sin estar sometido a la ley del pecado; los miembros suplican lo mismo, aunque cautivos de sus delitos. Ahora bien, en este verso y en el siguiente, se nos muestran con claridad cuatro clases de **enemigos**. Primero, ha pedido solamente **ser librado de los enemigos**, que podían tener realmente la intención de matar, pero que no sentían el ardiente deseo de hacerlo enseguida. Añade, en segundo lugar: **Y de los que se levantan contra mí líbrame**, como si dijera: Líbrame de los que sienten ya el impulso exacerbado de su maldad y están preparados, con indignación de ánimo, para calamidades futuras.

Verso 2.— **Líbrame de los que obran la iniquidad, y de los hombres de las sangres sálvame** [*Eripe me de operantibus iniquitatem, et de viris sanguinum libera me*]. Se refiere ahora a la tercera clase de enemigos, esto es, a aquéllos que, con espíritu endurecido, [195] ya habían perpetrado el crimen y no muestran su maldad sólo con el pensamiento, sino incluso con la consumación material de la obra. Sigue: **Y de los hombres de las sangres sálvame**. Dice, por último, en cuarto lugar, que estos enemigos no quedan satisfechos sólo con las afrentas, sino que también corren de prisa al derramamiento de la sangre. Pero aquí da a entender a los judíos, los cuales reclamaron con sacrilego delito la sangre del inocente, cuando dijeron: *¡Crucifícalo, crucifícalo!* (Lc 23,21), y también: *Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos* (Mt 27,25). Con razón, a éstos se les llama **hombres de las sangres**, porque cargaron sobre sí el peso de una muerte injusta. Pide, pues, en razón de la debilidad humana, ser librado y puesto a salvo de ellos Aquél que, no obstante, todo lo soportaba voluntariamente. Y observa que, haciendo uso de la figura retórica llamada *epembasis*, en latín, *iteratio*, en estos dos versos, ha repetido los verbos *líbrame* y *sálvame*.

Verso 3.— **Porque he aquí que se han apoderado de mi alma, irrumpieron los fuertes contra mí; ni iniquidad mía ni pecado mío, Señor** [*Quia ecce occupaverunt² animam meam, irruerunt in me fortes; neque iniquitas mea, neque peccatum meum, Domine*]. Aquí la palabra **alma** tiene el sentido de vida corporal. Siendo de otro modo, ninguna adversidad podía adueñarse del alma del Señor Salvador, cuya alma se mantuvo unida a Dios con vida inmaculada. Por lo cual, al decir que **se han apoderado de su alma**, está dando a entender los días de la pasión. Sigue: **Irrumpieron los fuertes contra mí**. La palabra *fuertes* significa aquí al diablo junto con sus ministros, como Él mismo dice en el Evangelio: *Nadie puede entrar en la casa del fuerte y arramplar con sus enseres, si primero no ata al fuerte* (Mc 3,27). En efecto, ellos —el diablo y sus ministros— entraron en el corazón de Judas, para hacer que el Salvador fuese entregado a la muerte. Ellos incitaron al pueblo con las peores instigaciones, de manera que, con pérfida voluntad, condenara al liberador del género humano. Por esto son llamados **los fuertes**: porque superan las frágiles fuerzas de los mortales. De ninguna de las maneras, los *fuertes* podían ser las potencias de Cristo, que fue el que los ató con poderes divinos. Añade: **Ni iniquidad mía ni pecado mío, Señor**. Aunque la fuerza diabólica se hubo levantado contra Él, ya colocándolo en el pináculo del templo, ya ofreciéndole riquezas [Mt 4,5-6], sin embargo, de nada se atrevieron a gloriarse en su contra, cuales son las pecaminosas tentaciones, que de modo tan eficaz suelen arrojar contra nosotros. En este caso, el vocablo **iniquidad** se ha de entender en el sentido de *malevolencia*; pero el **pecado** hace referencia a la realización del delito, que de cierto fue cosa del todo ajena al Señor. En efecto, la naturaleza humana, que el Señor asumió, no conoció la culpa; pero, en cuanto que aceptó compartir la fragilidad de nuestra carne, sí hubo de hacer frente a la fuerza del tentador. Y no de otro modo podía suceder que la muerte perdiera justamente su derecho,

²TL., *occupaverunt*; Vlg., *ceperunt*.

es decir: si no hubiese llegado hasta el Autor de la vida. Así como, con la llegada de un moderado calor, se disipa el triste frío, así también la noche tenebrosa se aleja, cuando llega la claridad de la luz serena. Ahora bien, el que es nuestra Cabeza dice estas cosas, refiriéndose a sí mismo. Fuera de esto, tal manifestación no puede convenir a los miembros, que le están sometidos.

Verso 4.— **Sin iniquidad he corrido y era encaminado³; levántate a mi encuentro, y mira** [*Sine iniquitate cucurri, et dirigebar⁴; exsurge in occursum mihi, et vide*]. Alguien puede **correr** y no **ser encaminado**. En efecto, no son encaminados aquéllos, cuya vida es empujada a rodar por sendas tortuosas y, al no ser dirigidos por verdad alguna, no saben llegar al camino recto. Pero Cristo transcurrió su vida en el mundo, yendo por el sendero recto, y la iniquidad, que siempre tuerce los actos de los hombres, jamás pudo salirle al encuentro. Sobre Él dice el salmo dieciocho: *Exultó como gigante para recorrer el camino; desde el más alto cielo su salida, y su encuentro hasta lo más alto de él* (Sal 18,5-6). Esto era, en efecto, *ser encaminado*: volver al lugar de donde había venido. Pero igual que vino del Padre, no se aparta del Padre; igual que se separó del mundo, no abandona a los fieles, como Él mismo dice: *No os dejaré huérfanos* (Jn 14,18). Y también: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos* (Mt 29,28). Sigue diciendo: **Levántate a mi encuentro**. Se expresa ya aquí, mediante alusiones alegóricas, el poder de la resurrección, pidiendo que el Padre **le salga al encuentro**, es decir, viniendo a Él. Dice esto, en razón de tan inaudito acontecimiento⁵, pues, por lo que a la naturaleza divina se refiere, Él nunca se aparta del Padre ni el Padre tampoco se aparta de Él, como Él mismo dice en el Evangelio: *Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí* (Jn 14,11). Ahora bien, las palabras, que siguen —**y mira**— tienen aquí el significado de *haz que sea vea*, como le fue dicho a Abrahán: *Ahora he conocido que amas al Señor tu Dios* (Gén 22,12), es decir, *te he hecho conocer*. En efecto, es ésta una locución alegórica y abundantísimamente empleada en las Escrituras divinas.

Verso 5.— **Y tú, Señor, Dios de los poderes, Dios de Israel** [*Et tu, Domine Deus virtutum, Deus Israel*].

Verso 6.— **Atiende a visitar a todas las gentes; no tengas misericordia de todos los que obran la iniquidad** [*Intende ad visitandas omnes gentes; non miserearis omnibus qui operantur iniquitatem*]. Estos dos versículos se han de explicar como si se tratase de uno solo, porque están en clara dependencia recíproca. En efecto, tras la narración admirable de la resurrección, el piadoso Abogado ruega por nosotros, diciendo al Padre: **Y tú, Señor, Dios de los poderes, Dios de Israel**, Tú, que no eres tenido por ser Dios solamente de Israel —es decir, de un solo pueblo—, **atiende ahora a visitar a todas las gentes**, a fin de que crezca el número de las naciones, que crean en Ti, ya que has comprobado la esterilidad de la fe en el pueblo judío. Y fíjate en que dice: **Todas las gentes**, porque, por la gracia de Dios, todas las naciones de la tierra habían de creer, como está escrito: *Y te daré en heredad tuya las naciones, y en posesión tuya los confines de la tierra* (Sal 2,18). Pero, allí donde se hace referencia a los judíos, dice: **No tengas misericordia de todos los que obran la iniquidad**. Esta oración, si bien se la mira, en ningún modo disiente de los preceptos del Señor. En efecto, al decir: **No tengas misericordia de todos**, muestra que será misericordioso con todos aquéllos que supliquen con pureza de espíritu. Pues, aunque todos los hombres **obran la iniquidad**, sin embargo, no hay duda de que han de ser perdonados aquéllos que han sido predestinados y, con espíritu devoto, se acogen a Él.

³Hebr., יְרֻצוּן וְיִבְרָחוּ בְלִי-עֵוֹן [*Sin iniquidad corren y se previenen*]. Los LXX: ἀνευ ἀνομίας ἔδραμον καὶ κατέυθυναν [*Sin iniquidad corrieron y fueron derechos*].

⁴TL., *et dirigebar*; Vlg., *et direxi*.

⁵Entiéndase el hecho de la encarnación.

Verso 7.— **Se convertirán a la tarde, y padecerán hambre como perros, y rodearán la ciudad** [*Convertentur ad vespem, et famem patientur ut canes, et circuibunt civitatem*]. Se ha llegado a la segunda parte del salmo, en la que se proclama la futura conversión del pueblo judío. Significa, por consiguiente, que parte numerosísima de este pueblo, al final del mundo, creará en el Señor, como dice el Apóstol: *No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para que no sedáis sabios en vosotros mismos, que la ceguera ha venido de parte de Israel, hasta que la plenitud de las gentes entre, y así todo Israel llegue a ser salvo*, etc. (Rom 11,25). Ves que allí ha sido prometido también que —sea siquiera tarde— se salvarán, sin embargo, gracias finalmente a una saludable conversión. Por ello y a modo de comparación, el fin del mundo es nombrado de manera adecuada, mediante la palabra **tarde**. Sigue: **Y padecerán hambre como perros**. Significa esta expresión la voluntad de los judíos de aquel tiempo, pues así como ahora están endurecidos por una crudelísima obstinación, así también entonces **padecerán** los más ardientes deseos de creer. Con razón, estos judíos vienen comparados a los **perros**, porque, apartados del calor de la fe, siguen con religiosos ladridos a aquel Anticristo, bestia feroz y monstruosa. De hecho, la palabra latina *canes* viene del verbo *canere* [cantar]. Mejores serán entonces los perros de lo que ahora lo son estos hombres, cuando pongan su empeño en defender celosamente la ley, en la que ahora delinquen. En efecto, la palabra **hambre** tiene aquí el significado de avidez de la palabra celestial, como dice el profeta: *He aquí que yo envío hambre sobre la tierra, no hambre de pan ni sed de agua, sino hambre de escuchar la palabra de Dios* (Am 8,11). Añade: **Y rodearán la ciudad**. Sigue con la misma comparación. Ciertamente, pues es costumbre de los perros defender aquellos lugares en los que saben que hay comida. Así también los judíos, ya convertidos, defenderán la **ciudad** —es decir, la santa Iglesia—, a la que **rodearán** con rectas predicaciones. La sagrada Escritura atestigua efectivamente que los *perros* son comparados con los fieles. Dice la mujer cananea: *Es verdad, Señor, pero también los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores* (Mc 7,28). Esta figura retórica recibe el nombre de *aenigma*, es decir, sentencia oscura, figura ésta emparentada también con la alegoría, en cuanto que dice una cosa, pero significa otra.

Verso 8.— **He aquí que ellos mismos hablarán en su boca, y una espada en sus labios, porque, ¿quién ha oído?**⁶ [*Ecce ipsi loquentur⁷ in ore suo, et gladius in labiis eorum; quoniam quis audivit?*]. Entonces claramente **hablarán en su boca** lo que ahora no merecen tener en el corazón y convertirán a otros a los bienes, que ellos antes no quisieron creer. Sigue: **Y una espada en sus labios**. Ciertamente, habrá **en sus labios una espada** celestial; una espada, que —según se lee— de doble filo, que corta parte de uno y otro Testamento, y que con su herida lleva hasta la salvación a las almas bienaventuradas. De ello dice el Apóstol: *Y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios* (Ef 6,17). Añade: **¿Quién ha oído?**. Bien ha dicho, primero, que *en sus labios hay una espada* —es decir, que en su boca hay abundantísimas predicaciones—, porque raros serían los gentiles, cuyos oídos estuviesen atentos, mientras permanecieren en la depravada religión del Anticristo. Aquí el pronombre **quién** ha de entenderse en el sentido del peso que tiene una determinada cosa, como si se dijera *nada*, algo absolutamente raro. En efecto, muy a menudo esta palabra significa *ninguno*, como en el siguiente ejemplo: *¿Quién hay semejante a ti?* (Miq 7,18). Otras veces, tiene el significado de *único*, como en este otro ejemplo: *¿Quién dará desde Sion la salvación a Israel?* (Sal 13,7).

Verso 9.— **Y tú, Señor, te burlarás de ellos; por nada tendrás a todas las gentes**⁸ [*Et tu,*

⁶Hebr., כִּי־מִי שִׁמַּעַ [Porque, ¿quién hay que oiga?]. Los LXX: ὅτι τίς ἤκουσεν [porque, ¿quién ha oído?].

⁷TL., *Ecce ipsi loquentur*; Vlg., *Ecce loquentur*.

⁸Hebr., תִּלְעַגְ לְכָל־גּוֹיִם [Te mofarás de todas las gentes]. Pero los LXX tradujeron: ἐξουθενώσεις πάντα τὰ ἔθνη [en nada tendrás a todas las gentes]. Y éste es también el sentido de la Vlg.

Domine, deridebis eos; pro nihilo habebis⁹ omnes gentes]. Dice que serán burlados aquéllos que no quisieron escuchar las rectas predicaciones, como dice Salomón: *Mas no prestasteis atención a mis reprensiones e hicisteis nulos mis consejos; por ello, también yo reiré en vuestra perdición, me congratularé cuando cuando os llegue la ruina* (Prov 1,25-26). **Serán burlados**, cuando –inanes y fatuos– sean rechazados de la entrada del reino eterno. Sigue: **Por nada tendrás a todas las gentes**. Bien se sabe que el vocablo **gentes** puede entenderse en sentido positivo o negativo. Pero en este caso se refiere a aquéllos que, con cruel obstinación, perseveran en su maldad. Ciertamente, el Señor **tiene por nada** a los que no lo adoran como Hacedor de todas las criaturas. En efecto, si no entiendes que esto se dice de manera universal, ¿de dónde será construida la Iglesia del Señor?. Pero es habitual en la sagrada Escritura decir el todo por la parte, según aquello que dijo el Señor: *Pues, cuando viniere el Hijo del hombre, ¿consideras que encontrará fe en la tierra?* (Lc 18,8). Pues, si también quieres entender esto en sentido general, ¿a quiénes se les habrá de decir: *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo* (Mt 25,34)?. Por tanto, resta sólo que por la expresión: **Todas las gentes** entiendas aquí a aquéllos que, por la maldad hecha, deberán ser condenados. Ciertamente, pues así como consta que los justos son congregados de todas las naciones, así también de entre todas habrán de perecer.

Verso 10.– **Para ti mi fortaleza custodiaré¹⁰, porque, oh Dios, tú eres mi auxiliador¹¹** [*Fortitudinem meam ad te custodiam, quia, Deus, susceptor meus es tu*]. Más arriba hemos dicho que los *fuertes* eran el diablo y sus secuaces, quienes, poniendo su **fortaleza** en sí mismos, se cayeron precipitados de la eterna excelsitud. Pero Cristo el Señor, mostrando a la ignorancia humana la imagen de la verdad, dice que la *fortaleza* de su humanidad se ha de atribuir a los beneficios del Señor, para que así como, por medio de aquel insidiador, hemos aprendido lo que es malo, mediante el verdadero Redentor, conozcamos las cosas, que son provechosas. En efecto, la expresión: **Para ti custodiaré**, cambiando una sílaba, pasa a significar *por medio de ti custodiaré mi fortaleza¹²*, cosa que se encuentra con frecuencia en las divinas Escrituras. Esta figura retórica recibe el nombre de *prothesios parallage*, cuando una proposición viene empleada en lugar de otra. Sigue: **Porque, oh Dios, tú eres mi sostenedor**. Con razón, dice que su *fortaleza* ha de ser atribuida a Aquél que era su **auxiliador**.

Verso 11.– **Dios mío, su misericordia me tomará la delantera; Dios mío, muéstrate a mí entre mis enemigos¹³** [*Deus meus, misericordia eius praeveniet me; Deus meus, ostende mihi inter inimicos meos¹⁴*]. Explica lo que anteriormente ha dicho, es decir: *Para ti mi fortaleza custodiaré*. En efecto, nada digno le aportó la condición humana, de suerte que mereciera gozar de la generosidad de su favor. ¡Oh, piedad verdaderamente asombrosa del Creador!. De sí mismo nos enseña lo que en nosotros debemos entender y custodiar. Pero, ¡ay de aquéllos que, declinando esta regla, determinan apoyarse en el arbitrio del hombre, para merecer llegar a los favores de Dios!. Ciertamente, pues Él

⁹TL., *pro nihilo habebis*; Vlg., *ad nihilum deduces*.

¹⁰Hebr., עָזוֹ אֱלֹהֶיךָ אֲשַׁמְרָה [Para ti reservaré la fortaleza de él], es decir, la fortaleza de mi enemigo, en el sentido de que tú pelearás por mí.

¹¹Hebr., אֲשַׁמְרָה כִּי־אֱלֹהִים מְשֹׁנֵבִי [porque tú eres mi baluarte]. Los LXX: tradujeron el entero verso como sigue: τὸ κράτος μου πρὸς σέ φυλάξω ὅτι ὁ θεὸς ἀντιλήμπτωρ μου εἶ [Fortaleza mía, por ti aguardaré, pues, oh Dios, protector mío eres].

¹²Quiere decir, cambio de las preposiciones **ad** / **per**.

¹³Hebr., אֱלֹהִים יֵרָאֵי בְשָׁרֵי [Dios me hará ver en mis enemigos]. Se omite el complemento directo. Se habrá de sobreentender, pues, *el castigo*. Es decir: *Dios me dará ver la victoria sobre mis enemigos*, o también, *ver cumplido mi deseo en mis enemigos*. Los LXX omiten igualmente dicho complemento, y traducen: ὁ θεὸς δείξει μοι ἐν τοῖς ἐχθροῖς [Dios me señalará entre mis enemigos].

¹⁴TL., *ostende mihi inter inimicos meos*; Vlg., *ostendet mihi super inimicos meos*.

nos da, para que deseemos lo bueno; nos conduce, para que podamos llegar a sus premios, como con toda claridad proclamó el Apóstol: *Pero, ¿qué tienes tú que no hayas recibido? Mas, si lo recibiste, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?* (1Cor 4,7). Cese, por tanto, la herejía pelagiana de suscitar falsas interpretaciones. Nada bueno podemos tener por nosotros mismos, si no lo recibimos del Señor. Sigue: **Dios mío, muéstrate a mí entre mis enemigos**. Expone la segunda parte del beneficio, esto es: que el poder de su Majestad **sea mostrado entre sus enemigos**. Es decir: que de los blasfemos nazcan hombres religiosos; y de los de los que se conducen perversamente, hombres justísimos.

Verso 12.— **No los mates, por temor de que algún día se olviden de tu ley¹⁵; dispérsalos en tu poder, y destrúyelos, protector mío, Señor** [*Ne occideris eos, nequando obliviscantur legis tuae¹⁶; disperge illos¹⁷ in virtute tua, et destrue¹⁸ eos, protector meus Domine*]. Esto es lo que se ha dicho anteriormente: *Dios mío, muéstrate a mí entre mis enemigos*. Es decir: que ha sido levantada la ira de encima de estos enemigos, que —por la generosidad de Dios— habrán de creer, a fin de que no ignoren la ley del Señor hasta el final del tiempo, y comiencen así a perecer del tal modo que ninguno de ellos pueda producir frutos buenos. En efecto, **olvida la ley** del Señor el que no cumple sus mandamientos, aunque parezca tener en el ánimo sus palabras. Ruega, por tanto, que el pueblo judío no perezca completamente, sino que reconozca, antes bien, con gloriosa penitencia el hecho de haber errado. Añade: **Dispérsalos en tu poder**. La dispersión de que fueron objeto confirma lo que aquí se dice acerca de los judíos, esto es: que están divididos y dispersos por casi todo el mundo. En efecto, aun estando sujetos al derecho¹⁹ romano, viven, sin embargo, según sus propias costumbres, dispersos por doquier. Esto significa la expresión: **No los mates**, pues, si hubiesen sido aniquilados, como merecían, habría muerto del todo la esperanza de su conversión. Así, pues, los judíos **son dispersados**, o bien, para que ser incitados al deseo de conversión, o bien —como opinan otros—, para que, en medio de las disputas libradas con los herejes, tuviera la Iglesia a su disposición, de parte de sus propios enemigos, el testimonio de la ley antigua, pues indudablemente es digno de gran crédito todo aquello que viene confirmado con el asentimiento del adversario. Sigue diciendo: **Y destrúyelos, protector mío, Señor**. Continúa en el mismo tenor de las súplicas, es decir: que, **destruidos** los judíos, sean reconstruidos para mejor y que, después de la ruina, sea saludable la elevación. En efecto, el apóstol Pablo no se habría levantado para la salvación, si no hubiese merecido caer, al escuchar aquella voz del Señor [Hch 9,4].

[197] Verso 13.— **Los delitos de su boca, la palabra de sus labios, y sean presos en su misma soberbia, y de la execración y de la mentira serán arrancados** [*Delicta oris eorum, sermo labiorum ipsorum²⁰, et comprehendantur in superbia sua, et de exsecratione et mendacio evellentur²¹*]. **Los delitos de su boca** —es decir, sus dementes pensamientos— tuvieron su momento, cuando celebraron concejo, para entregar a la muerte al Señor Salvador [Mt 26,3]. Asimismo, **la palabra de**

¹⁵Hebr., אֶל-תִּתְּהִיגֵם כְּיִשְׁכְּחוּ עִמִּי [no los mates, no sea que se olvide mi pueblo]. Por su parte, los LXX leyeron: μή ἀποκτείνης αὐτούς μήποτε ἐπιλάθωνται τοῦ λαοῦ μου [no los mates, no sea que se olvide de mi pueblo]. Así también Vlg. Pero Casiodoro —igual que S. Agustín— dice: *De tu ley*.

¹⁶TL., *Ne occideris eos, nequando obliviscantur legis tuae*; Vlg., *Ne occidas eos, nequando obliviscantur populi mei*.

¹⁷TL., *disperge illos*; Vlg., *disperge eos*.

¹⁸TL., *destrue*; Vlg., *depone*.

¹⁹TL., in textu: *iuri* [ed., iugo].

²⁰TL., *Delicta oris eorum, sermo labiorum ipsorum*; Vlg., *Delictum oris eorum, sermonem labiorum ipsorum*.

²¹TL., *evellentur*; Vlg., *annuntiabuntur*.

sus labios fue pronunciada, cuando gritaron: *Es reo de muerte* [Mt 26,66]. Sigue: **Sean presos en su misma soberbia**. Sucedió esto, cuando dijeron: *¿Quién te ha dado este poder. Y con qué potestad haces estas cosas?* (Mt 21,23). En efecto, fueron *presos en su soberbia*, cuando más tarde vieron resucitado al que antes rechazaron, aun viendo que realizaba milagros. Continúa: **Y de la execración y de la mentira serán arrancados**, o sea, cuando –después de la conversión– se aparte de ellos la ignominia, que padecen ahora, en medio de todas las gentes. Ellos *serán arrancados de la execración y de la mentira*, cuando, con iluminación veraz, lleguen a conocer las Escrituras divinas, que ahora falsamente interpretan.

Verso 14.– **En la ira de la consumación y no serán, y sabrán que Dios se enseñoreará de Jacob y de los confines de la tierra** [*In ira consummationis et non erunt*²²; *et scient quia Deus dominabitur Iacob et finium terrae*]. De la **ira** del Señor puede hablarse de dos maneras distintas. La primera es, cuando el Señor la vindica para la salvación, como por ejemplo: *Flagela a todo hijo que recibe* (Heb 12,6). La segunda, cuando la refiere al fuego eterno, como en otro salmo se lee: *Señor, Señor, no me reprendas en tu ira, y no me corrijas en tu furor* (Sal 6,1; 37,2). Se trata, ciertamente, de algo impropriamente traído de la condición humana, porque, cuando los hombres vindicamos una determinada culpa, nos dejamos llevar malamente por la ira. Dios, en cambio, todo lo juzga con serenidad, porque no cabe en Él mezcla de perturbación alguna. Pero habla también de aquella **consumación**, que cada cual sufre, cuando el recuerdo de sus pecados lo atormenta, castigándolo interiormente. Ciertamente, **no serán** soberbios, en cuanto que habrán de llegar a la humildad de la penitencia. Sigue diciendo: **Y sabrán que Dios se enseñoreará de Jacob y de los confines de la tierra**. Cuando los judíos hayan sido establecidos verdaderamente en la religión perfecta, entonces reconocerán que Cristo **se enseñoreará de Jacob**, cosa que antes no creían. **Y de los confines de la tierra**, es decir: de la Iglesia Católica, que está extendida por todo el orbe, cosa que ahora no saben, por tener endurecido el corazón.

Verso 15.– **Se convertirán a la tarde, y padecerán hambre como perros, y rodearán la ciudad** [*Convertentur ad vespem, et famem patientur ut canes, et circuibunt civitatem*]. Después de la interposición de la segunda pausa, se llega a la tercera parte, en la que de nuevo se ponen de manifiesto la conversión de los judíos y la resurrección del Señor. Y aunque se trate del mismo verso que, con las mismas palabras, se expuso ya en la segunda parte, adquiere ahora sin embargo, un sentido distinto. Es algo que –como ya hemos dicho– sucede a menudo en las sagradas Escrituras. En efecto, aquel verso de la primera parte hacía referencia al final del tiempo; éste, en cambio, se refiere a la pasión del Señor. En efecto, así se ponen claramente de manifiesto las consecuencias de ambos, y por ello su aplicación se debe buscar, según las causas expresadas anteriormente. Efectivamente, en la división anterior dijimos que la **tarde** significaba el fin del tiempo; pero aquí se muestra el comienzo mismo de la hora sexta, que es la *tarde*, cuando viene el Señor Salvador para la salvación del mundo. En efecto, sobre Él dice Moisés: *Mataréis el cordero a la tarde* (Éx 12,6). Tras el milagro de su resurrección, la multitud de los judíos creyó. Sigue: **Y padecerán hambre como perros**. El **perro**, animal muy voraz e impertinente, acostumbra a defender con sus ladridos las casas en las que sabe que puede saciar su voracidad con el pan que le echan. Con ellos justamente son comparados los judíos, pues éstos, robustecidos por el ministerio de la fe cristiana, correrán en defensa de la Iglesia de Dios, por medio de clamorosas predicaciones, como sucedió en el caso del apóstol Pablo, que fue, en un primer momento, perseguidor del nombre de Cristo y –por encargo divino– agregado, más tarde, al número de los apóstoles. Añade: **Y rodearán la ciudad**. La **ciudad** significa aquí Jerusalén, que universalmente está difundida por el mundo entero. Por ello sus cartas, tan provechosas para el género

²²TL., *In ira consummationis, et non erunt*; Vlg., *In consummatione: In ira consummationis, et non erunt*.

humano, que –como sagrados instrumentos divinos– resonaron por todo el orbe, dan testimonio de que Pablo **rodeó** a esta ciudad. ¡Oh, este bienaventurado perro!, que corre en pos de los pueblos infieles, que echa afuera a los ladrones y custodia los santos rediles, cuyo ladrido por el mundo entero, a modo de sonora trompeta, hizo resonar.

Verso 16.– **Ellos se dispersarán, para comer; pero, si no quedaren saciados, también murmurarán** [*Ipsi dispergentur ad manducandum; si vero non fuerint saturati, et murmurabunt*]. Por tanto, éstos, que merecieron tener la verdadera doctrina, **se dispersarán, para comer**, es decir: para comer el alimento espiritual, en modo que se conviertan los pueblos, que llegan a la fe católica, como en la visión le fue dicho al apóstol Pedro: *Mata, y come* (Hch 10,13). Sigue: **Pero, si no quedaren saciados, también murmurarán**. Ciertamente, los maestros **quedan saciados**, cuando ven que los pueblos reciben con ansia sus predicaciones. **Murmuran**, por el contrario, como si quedaran ayunos, cuando perciben que sus palabras no logran producir frutos en los espíritus de los malvados. Dice, pues, que estos dispensadores de la palabra del Señor pueden *murmurar, si no quedaren saciados*, gracias a la fe de los pueblos, como en el salmo treinta y cuatro se dice: *Me retribuían males por bienes, esterilidad para mi alma* (Sal 34,14).

Verso 17.– **Pero yo cantaré tu poder, y exultaré por la mañana tu misericordia, porque has sido hecho mi sostenedor y mi refugio en el día de mi tribulación** [*Ego autem cantabo virtutem tuam*²³, *et exultabo mane misericordiam tuam; quia factus es susceptor meus et refugium meum in die tribulationis meae*]. Tras hablar de la conversión de los judíos, de repente se dirige al Padre. Esta figura literaria recibe el nombre de *prophonesis*, en latín, *exclamatio*. En efecto, Él **cantará** en sus santos, cuando sus miembros estén gozándose. ¡Y cuán grande es el gozo de alegrarse siempre de la contemplación del Señor!. Ciertamente, pues así como la virtud divina nunca desfallece, tampoco desfallece el gozo, que proviene de su contemplación. Sigue diciendo: **Y exultaré por la mañana tu misericordia. Por la mañana**, es decir, cuando –una vez pasada la oscura noche de este mundo presente– la **misericordia** del Señor resplandece ya en la remuneración de los santos, pues allí Él mismo exultará como Rey y Señor, al contemplar a su pueblo alegrarse en Él. Añade: **Porque has sido hecho mi sostenedor**. Expresa así por qué causa *ha exultado* la humanidad en Cristo el Señor: *Porque ha sido hecho mi sostenedor*. En efecto, Él mismo es sostenido, cuando toda la Iglesia es salvada, cual es el siguiente ejemplo: *Si alguno lo hizo a uno de estos más pequeños, conmigo lo hizo* (Mt 25,40). Añade: **Y mi refugio en el día de mi tribulación**. ¡Oh, cuán grato es el refugio, cuando es ofrecido en tiempo de tribulación!. Toda carne ha sido mirada, en el momento en que escucha: *Venid, benditos de mi Padre*, etc. (Mt 25,34). Y es entonces cuando el **refugio** se hace eterno: cuando se llega a esta voz deseadísimas. Esto –como anteriormente dijimos– ha de ser entendido con referencia a los miembros.

Verso 18.– **Ayudador mío, salmodiaré para ti, porque, oh Dios, eres mi sostenedor, mi Dios, mi misericordia** [*Adiutor meus, tibi psallam, quia, Deus, susceptor meus es, Deus meus misericordia mea*]. Hemos dicho que el salmo se refiere a la virtud, que la carne del Señor Salvador manifestó también en este mundo, mediante santas y venerables obras. Asimismo, con frecuencia repite los beneficios, para mostrarnos cómo debemos dar gracias. En efecto, el **sostenedor** de nuestra humanidad [198] es el Verbo, que en el vientre de la Virgen María se dignó asociarla y unirla a sí, sin que tuviera lugar, en modo alguno, confusión o mezcla de sustancias, sino permaneciendo una unidad inefable e inenarrable. Añade: **Mi Dios, mi misericordia**. Sentencia admirable y muy digna de ser meditada. Efectivamente, habiendo dicho muchas cosas, pero no todas unidas entre sí, las ha resumido,

²³TL., *virtutem tuam*; Vlg., *fortitudinem tuam*.

al final, por medio de una sola expresión: ¿Qué es mi **Dios**?: Mi **misericordia**. Todos los beneficios están allí donde están representados todos los bienes. Pues, ¿qué bien no es experimentado, allí donde ha sido dada la *misericordia*?

Conclusión del salmo

Hemos aprendido, Cristo Señor, cuántas cosas realizaste en la carne y que siempre orabas por tus perseguidores. ¡Oh Juez verdaderamente piadoso, ante quien nadie, que te confiese, tiene motivos para desesperar!. En efecto, ¿quién de entre los tuyos puede tener miedo a perecer, si Tú oras hasta por los enemigos?. Danos hacer lo que mandas; danos cumplir lo que conviene, porque así como sin Ti nada somos, Contigo podemos realizar todo lo que nos proponamos.

SALMO CINCUENTA Y NUEVE

**Para el fin. Por aquéllos que serán cambiados,
en la inscripción del título, para enseñanza al mismo David¹.
Cuando incendió la Mesopotamia de Siria y Siria Sobal, y volvió Joab,
y derrotó a doce mil de Edom en el valle de las Salinas.**

*[In finem, pro his qui immutabuntur,
in tituli inscriptione ipsi David in doctrinam;
cum succendit Mesopotamiam Syriae, et Syryam Sobal², et convertit Ioab,
et percussit Edom³ in valle Salinarum duodecim millia].*

La variedad de nombres presentes en este título y el suceso bélico que en él se menciona harían, ciertamente, que su explicación resultase un tanto prolija. Intentemos, pues, resumirlo todo en pocas palabras. Hallamos, en primer lugar, la expresión: **Para el fin. Por aquéllos que serán cambiados. Son cambiados para el fin** aquéllos que, abandonado el extravío del hombre viejo, se ponen al servicio del Señor con pura intención de espíritu. Sobre ellos está escrito: *Fuisteis una vez tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor* (Ef 5,8). Ahora bien, en qué modo pueden ser *cambiados*, a continuación, lo dice: **En la inscripción del título, para enseñanza al mismo David**. Las palabras **inscripción del título** significan que Jesucristo es Rey. Y añade: **Para enseñanza** —así, nada más—, pero añade tú el adjetivo *cristiana*, porque a nadie le es suficiente con decir que Jesucristo es su Rey, si no pone todo su empeño en obedecer también sus mandatos. Sigue diciendo: **Cuando incendió la Mesopotamia de Siria**, etc. Después de suceder a Saúl en el reino, la historia del libro de los Reyes (2Sam 8) cuenta las victorias obtenidas por David, victorias éstas que parecería no tener mucho sentido referir aquí por su orden, en cuanto que, en el libro citado, se encuentran narradas con todo detalle. Debemos advertir, sin embargo, que estas guerras adquieren aquí un sentido figurado, en razón de las victorias del Señor Salvador, victorias que, en todo el mundo, obtiene sobre los paganos y malvados, acerca de los cuales este salmo va a hablar, para que, derribados verdaderamente de la

¹Hebr., לְמַנְצָחַ עַל־שׁוֹשֵׁן עֲדוֹת מִכְתָּם לְדָוִד לְלִמּוּד [Para el maestro del coro. Sobre 'al-šūšan 'edūf]. Estas últimas palabras pueden traducirse por *azucena de testimonio* o *rosa de adorno*. Y no se sabe bien si era el nombre de un instrumento musical o el comienzo de alguna canción popular. Los LXX traducen: εἰς τὸ τέλος τοῖς ἀλλοιωθησομένοις ἔτι εἰς στηλογραφίαν τῷ Δαυιδ εἰς διδασχὴν [Para el cumplimiento. Para los que aún serán cambiados. De David, Para enseñanza]. Véanse los títulos de los salmos 44 y 31.

²TL., et Syriam Sobal; Vlg., et Sobal.

³TL., in textu: Edom [ed., Idumaeam].

antigua superstición, merezcan ser cambiados, por obra de la gracia, a la condición de hombre nuevo.

División del salmo

En la primera parte del salmo, aquel pueblo, que había permanecido atado por los antiguos errores, habiendo venido a la nueva gracia de la santa religión, suplica que –tras la aflicción padecida en penitencia por su pecado– se sienta ahora restablecido, en virtud de un nuevo beneficio. En la segunda parte, una vez interpuesta la pausa, el mismo pueblo ruega que, tras las tribulaciones por las que atravesó, el Señor lo conduzca a la ciudad fortificada, pidiendo que, a causa de la tribulación, le sea concedido el auxilio, que sólo el Señor puede otorgar.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Oh Dios, nos has rechazado y nos has destruido; te has airado, y te has apiadado de nosotros** [*Deus, repulisti nos et destruxisti nos; iratus es et misertus es nobis*]. Aquel pueblo, que estaba atado por los antiguos errores, recuerda que **fue rechazado y destruido** bajo la acción de la gracia, para poner de manifiesto que aquellos estragos de los pueblos derrotados en la batalla, que el título ha cantado como obra David –*fuerte de mano y deseable*, como ya se ha dicho–, Cristo los llevó a cabo en el mundo entero, pero no con el poder del hierro, sino con el deseo de la conversión; no por medio de fuego visible, sino por el ardor de la caridad, que es la manera en que, sin que se vea, la Divinidad acostumbra a derrotar y obtener la victoria. Este pueblo suplica que –destruido, a causa de la antigua superstición, y cambiado a un santo propósito– pueda conseguir la gracia de una nueva regeneración. Y no cause extrañeza encontrar aquí el número plural, *nosotros*. En efecto, cuando se dice *pueblo*, no hay duda de que en él están significados muchos. Así, pues, cuando dicen: **Nos has rechazado**, muestran que, por favor divino, han sido revocados del deseo del pecado, a fin de que su vida no terminara en enseñanzas perversas. Sigue diciendo: **Y nos has destruido**. Con razón, llega esta destrucción a la acción de gracias, la cual de tal modo derriba que construye; de tal modo arroja al suelo que levanta; de tal modo humilla que conduce al reino de los cielos. En efecto, no entiendas estas palabras como propias de gente no agradecida; entiéndelas, antes bien, como propias de quienes sienten alegría. Añade: **Te has airado, y te has apiadado de nosotros**. Por **airado** debemos entender los adversarios, cuyas supersticiones y vicios echó por tierra, mediante el poder de su justicia. Muy adecuadamente dice también que el Señor se airó con él, cuando pecó; pero que se **apiadó**, cuando se acogió al remedio de la conversión. Hizo así que ambas causas fueran entendidas cada una con sus propias palabras. Esta figura retórica recibe el nombre de *emphasis*, en latín, *exaggeratio*. Mediante ella, se logra un entendimiento más claro que el que las palabras manifiestan por sí mismas. Ira misericordiosa, indignación saludable, cautividad libre, adversidad fructuosa. *Se airó*, por tanto, cuando destruyó sus supersticiones; *se apiadó*, cuando los condujo al culto de la verdadera religión.

Verso 2.– **Moviste la tierra y la conturbaste; cura sus quebrantos, porque ha sido movida** [*Commovisti terram et conturbasti eam; sana contritiones eius, quia mota⁴ est*]. Por **tierra** debemos entender aquí a todo pecador, que es movido por la venida del Señor, como también en otro salmo se dirá: *Vio, y fue conmovida la tierra* (Sal 96,4). Así, pues, los pecadores **fueron movidos**, cuando llegaron a conocer que sus cultos a Dios eran abominables, cuando finalmente entendieron que sus ídolos eran de piedra. Reconocieron también que las riquezas y honores y todas las demás cosas de este mundo, que antes consideraron ellos principales, para Dios eran las últimas. También **fueron**

⁴TL., *mota*; Vlg., *commota*.

conturbados, cuando –entre otras cosas– oyeron: *Aprended la enseñanza, por miedo a que se enoje el Señor y os salgáis del camino justo* (Sal 2,12). Pero fíjate bien en qué orden tan precioso va desenvolviéndose el relato de este salmo. En efecto, sucedió, en primer lugar, que *fueron movidos*; después, que fueron conturbados. Sigue diciendo: **Cura sus quebrantos, porque ha sido movida**. Son mostradas las heridas al Médico celestial, a fin de que la medicina adecuada venga en socorro de los enfermos, que yacen **quebrantados**. Pero entendamos desde cuándo dice que están afligidos, hasta llegar al punto de ser quebrantados. Es éste un quebranto que nos hace más fuertes; un debilitamiento que nos vuelve más vigorosos. En efecto, somos quebrantados en el espíritu, cuando descendemos a la humildad con toda intención de ánimo, como ya se ha dicho en el salmo cincuenta: *Un corazón quebrantado y humillado Dios no lo desprecia* (Sal 50,18). Y, para impetrar la misericordia del Juez clementísimo, añade: **Porque ha sido movida**, es decir, trasladada del primitivo error, para que te obedezca a Ti, Señor, la que antes servía a los ídolos.

Verso 3.– **Mostraste a tu pueblo cosas duras; nos diste a beber vino de compunción**⁵ [*Ostendisti populo tuo dura; potasti nos vino compunctionis*]. Después de las saludables victorias que, a causa de la reconciliación de este mundo, obtuvo el Señor, por medio de la gracia, dice: **A tu pueblo**, es decir: al que está sometido a ti y te es devoto. En efecto, **mostró cosas duras** a sus fieles, cuando, mediante crueles sufrimientos, adquirió muchedumbres de mártires. Mostró, ciertamente, a los justos cosas duras, en este mundo pasajero, para hacerles entrega en la eternidad futura de aquellas otras que son preciosas. En efecto, no manda a sus servidores estar sin hacer nada, ni dejarse llevar por una ociosa dejadez, sino que, ejercitándose en duros trabajos, se hagan merecedores de ser llevados a la palma de su misericordia. A este respecto dice el apóstol Pablo: *Nadie recibe la corona, si no ha combatido convenientemente* (2Tim 2,5). Añade: **Nos diste a beber vino de compunción**. Con el **vino** viene comparada la virtud, que cambia en buen propósito el deseo de nuestra voluntad, y hace saber las cosas que son rectas, después de que, por ello, merecieran los hombres colmarse de la generosidad divina. Por el contrario, esta humana copa de vino, que trastorna la cordura del espíritu, introduce palabras de vanidad. Pero aquella otra no es bebida propia de la boca, sino del espíritu. No está preparada por industria humana, sino que es concedida por inspiración divina, como anteriormente en otro salmo se dijo: *Y tu copa que embriaga, ¡qué excelente es!* (Sal 22,5). En efecto, qué sea esta copa, de manera bella y breve se define: *Vino*, en el que no hay abundancia de vicios, sino riqueza de **compunción**.

Verso 4.– **Diste a los que te temen una señal, para que huyan de la presencia del arco**⁶ [*Dedisti metuentibus te significationem, ut fugiant a facie arcus*]. **Dio a los que temen una señal**, cuando, por medio de sus sagradas Escrituras, enseñó a sus más fieles a soportar, en este mundo, sufrimientos en gran número, como dice en el Evangelio: *Pues os llevarán ante los reyes y notables, y os azotarán en sus sinagogas, y seréis odiados por todas las gentes a causa de mi nombre* (Mt 10,17-18). También el apóstol Pedro afirma: *Es el tiempo de que el juicio comience desde la casa de Dios* (1Pe 4,17). Ves, por tanto, que *dio una señal a los que le temen*. Tal es la razón por la que suceden estas cosas: a fin de que se pueda eludir la pena del juicio futuro. Insiste en lo mismo: **Para que huyan de la presencia del arco**. La **presencia del arco** manifiesta, de manera evidente, el día del juicio, en el que todo el pueblo es juzgado como por los dos yugos encorvados del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pero no recibe la saeta –es decir, la sentencia– de este arco aquél que, con piadosa intención, se llegase a postrar en humilde confesión. Demos, pues, gracias al Señor que, mediante las

⁵Hebr., יין תרעלה [vino de aturdimiento]. Los LXX: οἶνον καταλύξεως [vino de estupor].

⁶El hebr., קֶשֶׁף [qošēf] puede explicarse de dos maneras: a) arco, y entonces se ha de leer קֶשֶׁף [qēšēf]; b) verdad o justicia, y entonces debe leerse קֶשֶׁף [qošēf]. Se prefiere la primera.

señales de la predicación, hizo que *temiéramos* este arco, por el cual, en el juicio del Señor, es herido todo aquél que menosprecia la religión.

Verso 5.— **Para que sean liberados tus dilectos; sálvame con tu diestra, y escúchame** [*Ut liberentur dilecti tui; saluum me fac dextera tua, et exaudi me*]. Aquel pueblo de fieles, subyugado ya por las virtudes divinas, entra en la segunda parte de la súplica, pidiendo con insistencia que el poder de Dios convierta sus tribulaciones en gozo desbordante. Y bien ruega este pueblo **ser salvado con la diestra**, porque en esa misma parte serán colocados los que merezcan pasar al gozo de la felicidad perpetua. Ciertamente, podía suplicar ser salvado también en este mundo, como se pide en las enfermedades, como se ruega en las tribulaciones. Ruega, sin embargo, *ser salvado por la diestra* del Señor, donde la salvación es eterna y la alegría no tiene fin.

Verso 6.— **Dios ha hablado en su santo: me alegraré, y dividiré a Siquem, y mediré el valle profundo de los tabernáculos** [*Deus locutus est in sancto suo: Laetabor, et dividam⁷ Sichinam, et convallem tabernaculorum metibor*]. El Padre **Dios ha hablado en su santo**, cuando el Verbo se hizo carne y se hizo manifiesto el Salvador del mundo. Pero la expresión: **Ha hablado** significa la verdad del Evangelio, por medio de la cual vino la redención de los fieles y la felicidad de los santos. Añade: **Me alegraré, y dividiré a Siquem**. Con razón, *se alegraba* el pueblo al que felizmente *había hablado* el Señor. Ahora bien, estos nombres hebreos, que encontramos a lo largo de éste y de los tres versos siguientes, mezclados con palabras griegas y latinas, originan el llamado *sardismos*, figura retórica que se forma por la combinación de varias lenguas. Vengamos ahora a la explicación de las palabras. La palabra **Siquem** se traduce por *hombros*⁸ y, puesto que los hombros se adaptan adecuadamente para portar el peso divino, dice aquí: **Y dividiré a Siquem**, es decir, el peso de la devoción divina, peso que, por la distribución celestial, es concedido a cada uno. Es éste un peso que, si falta, caemos; si lo llevamos, permanecemos en pie. De ello está escrito: *Mi yugo es suave y mi carga ligera* (Mt 11,30). Así, pues, el pueblo dice, alegre, que **divide** sobre sus hombros la gracia de la servitud y de la fe, gracia que sabe llevar como si de un ligerísimo haz se tratase. Añade: **Y mediré el valle profundo de los tabernáculos**. El patriarca Jacob, riquísimo en ajuar y ganados, habiendo determinado separarse de su suegro Labán [Gén 31,44 ss.], vino a establecerse en el valle de Siria, donde se cuenta que descansaron sus ovejas, llamando a aquel lugar **tabernáculos**, nombre tomado del lugar de su residencia. Y, puesto que las ovejas de Jacob se adaptan aquí adecuadamente a la plebe judía, nombra al pueblo, que es tipo de la santa Iglesia: *Y mediré el valle profundo de los tabernáculos*, es decir, poseeré una parte no pequeña del conjunto de la gente judía. Consta, en efecto, que la Iglesia del Señor —como si de diversas flores se tratara— está formada de varias naciones en una sola forma de corona. La palabra latina *convallis* [valle profundo] viene a significar algo así como *cavata vallis* [valle cavado].

Verso 7.— **Mío es Galaad, y mío es Manasés; Efraín, la fuerza de mi cabeza; Judá es mi rey**⁹ [*Meus est Galaad, et meus est Manasses, et Effrem¹⁰ fortitudo capitis mei; Iuda rex meus*]. Analicemos estos nombres, porque es manifiesto que en ellos —como ya dijimos— se contiene el significado de las cosas. **Galaad** significa *montón del testimonio*¹¹, algo que, sin lugar a dudas, puede

⁷TL., *et dividam*; Vlg., *et partibor*.

⁸HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 828).

⁹Hebr., יהודה מִיְחֻקִּי [*Judá, mi legislador*]. Los LXX: Ἰουδας βασιλεύς μου [*Judá, mi rey*].

¹⁰TL., in textu: *Effrem* [ms. A., Ephraim].

¹¹HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 824).

ser referido a los mártires. En efecto, la palabra griega *μάρτυρες* significa, en latín, *testes* [testigos]. Por tanto, aquel *montón del testimonio*, que fue reunido de la multitud de los granos celestiales, significa la gran congregación de los mártires. En efecto, el montón, surgiendo de lo más bajo, va tendiendo a lo más alto. Con acierto, viene éste comparado con los mártires, porque éstos, llevados a los dones inmortales, toman posesión de la sumidad de los cielos. Y con razón, a este montón, del que está formado, el pueblo fiel lo llama **suyo**. Sigue diciendo: **Y mío es Manasés**. El nombre de **Manasés** se traduce por *olvidado*¹². En efecto, en medio de aquellas tribulaciones de los fieles, la Iglesia soportaba un oprobio grande, porque todo [200] cristiano, que fuese encontrado, venía condenado a la pena capital, por mandato de los príncipes paganos. Este oprobio ha sido ya abolido y pasado a feliz *olvido*, pues, hoy día, es motivo de gloria que el cristiano esté en el orbe romano. Con razón, pues, dice el pueblo fiel que aquel olvido, que a causa de la abolición de los delitos había de venir, era *suyo*, como dice José: *Hizo Dios que yo olvidara el dolor y la casa de mi padre* (Gén 41,51). Prosigue: **Efraín, la fuerza de mi cabeza**. **Efraín** significa *fructificación*¹³. Y en qué consista esta fructificación, a continuación, lo dice: **La fuerza de mi cabeza**. ¿Quién otro es el Señor, sino el Salvador, el cual, al morir en la carne, produjo por su gloriosísima resurrección el fruto abundantísimo de nuestra esperanza?. Pues así dice el Señor en el Evangelio: *Si el grano de trigo, cayendo en la tierra, no muere, permanece él solo; pero, si muere, da mucho fruto* (Jn 12,24). Añade: **Judá es mi rey**. Con el nombre de **Judá** se significa a *Cristo*, que desciende –según la carne– de la estirpe de Judá. Por tanto, no discrepa este pueblo de aquella inscripción del título, que testimonia que su rey es Judá, esto es: el Salvador. Y, junto con esta exultación, se ha de decir: **Judá es mi rey**, pues ésta es la alabanza gloriosa de los fieles.

Verso 8.– **Moab, olla de mi esperanza; contra Idumea extenderé mi calzado; los extranjeros me están sometidos** [*Moab olla spei meae; in Idumaeam extendam calceamentum meum; mihi allophyli subditi sunt*¹⁴]. El vocablo **Moab** se emplea aquí en lugar de las *gentes*¹⁵, de donde de antemano anunciaba que sería congregada la Iglesia. Mediante la expresión **olla de esperanza**, se significa la tribulación, pero aquella tribulación que en este mundo sufren los cristianos y que, con la ayuda de Dios, tiende a la esperanza de la vida eterna, como dice el Apóstol: *Nos gloriamos en las tribulaciones, sabedores de que la tribulación obra la paciencia; la paciencia, la prueba; la prueba, la esperanza, pero la esperanza que no defrauda*, etc. (Rom 5,4). Ahora bien, la palabra *olla* se emplea también en sentido negativo, en cuanto que, en esta segunda acepción, entendemos que se eleva, al hervir, como una onda de destrucción. De ello está escrito: *Olla encendida en el Aquilón* (Jer 1,13), lo cual significa, ciertamente, las maquinaciones del diablo, que dijo: *Pondré mi sede hacia el Aquilón* (Is 14,13). Sigue: **Contra Idumea extenderé mi calzado**. **Idumea** significa las *cosas terrenales*¹⁶, con las que el mundo es tenido sujeto. A estas cosas llega el Evangelio, cuando con la clemencia divina acude en socorro de los pecadores. En efecto, por el vocablo **calzado** entendemos convenientemente la predicación del Evangelio, porque, así como los calzados protegen nuestros pies, evitando las punzadas de las espinas y demás posibles lesiones, así también la autoridad evangélica protege de antemano el gloriosísimo recorrido de nuestra vida, que con frecuencia viene comparado con los pasos,

¹²HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 840).

¹³HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 822).

¹⁴TL., *mihi allophyli subditi sunt*; Vlg., *mihi alienigenae subditi sunt*

¹⁵Pero HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 833) explica: *Moab, de patre*.

¹⁶HIER., *Liber de situ et nominibus locorum hebraicorum* (PL 23, 950): *Idumaea, regio Esau, quae ex eo quod ille Edom vocabatur, nomen accepit. Est autem circa urbem Petram, quae nunc dicitur Gebalene*. Y también Jerónimo, el libro sobre los nombres hebreos, ya varias veces citado, dice: *Edom, rufus sive terrenus* [PL 23, 822]. Pero léase 8 a pie de página, donde se lee: *Hinc Pseudo Hieronymus in eundem psalmum CXXXVI: 'Edom, inquit, interpretatur terrena et sanguinem'*.

de manera que, protegidos con tal beneficio, pasemos por este mundo, con la ayuda de Dios, sin sufrir daño alguno. Pues está escrito: *¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la paz, de los que traen buenas noticias!* (Is 52,7). Y también: *Y calzados los pies para la preparación del Evangelio* (Ef 6,15). Éste es, pues, el *calzado*, que nos protege contra los vicios; ésta, la defensa, que atraviesa las espinas de este siglo, de suerte que no puedan hacernos daño aquellas cosas, que están armadas con insidias puntiagudas. Sigue diciendo: **Los extranjeros me están sometidos**. Esto mismo llama el pueblo cristiano a los *extranjeros*, o sea, a la gente de otra tierra a ellos sometida, de la que hay constancia de que realmente ya han confesado. Pero, por estos **extranjeros** quiere dar a entender aquellos fingidos cristianos, que en buen número se encuentran mezclados entre los fieles, pero que no tomarán parte en el reino del Señor, pues viven con ánimo perverso.

Verso 9.— **¿Quién me conducirá a la ciudad fortificada? ¿Quién me conducirá hasta Idumea?** [*Quis deducet me in civitatem munitam? aut quis¹⁷ deducet me usque in Idumaeam?*]. Movido por el deseo de la felicidad futura, el pueblo fiel clama al Señor: **¿Quién me conducirá?**, es decir: nadie me conducirá allí, sino Tú solo, oh Dios. Llama **ciudad fortificada** a la Jerusalén futura, que de tal modo estará fortificada y será perfecta que por ninguna persecución será turbada, ni habrá en ella aquella mezcla de extranjeros, que ahora pacientemente la Iglesia soporta. Sigue: **¿Quién me conducirá hasta Idumea?** **Idumea** —como más arriba hemos dicho— significa las cosas terrenales. La expresión: **¿Quién me conducirá** ha de leerse con sentido interrogativo. Me conducirá Él mismo, es decir, Dios, cuyo nombre se pronuncia a continuación. Desea, en efecto, que sean asociados a sí aquellos pueblos, que todavía no han merecido alcanzar la perfección, a fin de que, completado el número de los predestinados, lleguen juntamente a las alegrías de la felicidad eterna.

Verso 10.— **¿Acaso tú, oh Dios, que nos has rechazado, y no saldrás, oh Dios, con nuestros poderes?** [*Nonne tu, Deus, qui repulisti nos, et non egredieris, Deus, in virtutibus nostris?*]. Al decir: **¿Acaso tú, oh Dios?**, está refiriéndose a aquel *quién* del versículo anterior. En verdad, oh Señor, a nosotros nos conducirás a tu reino. Tú, que hiciste que condenáramos nuestros ídolos, para que nos fuera bien, yendo en pos de Ti. Tú, a quien con toda evidencia hemos reconocido como nuestro solo Creador. Tú, el único que puede ser propicio. Dice, en efecto: **Que nos has rechazado**, esto es: nos apartaste del mal, para que no nos condujéramos erróneamente, siguiendo nuestra propia voluntad. Ciertamente, el Señor **ha rechazado** de la religión perversa a aquél que Él se digna conducir a la verdad cristiana, como también en el verso primero de este salmo se ha dicho: *Oh Dios, nos has rechazado y nos has destruido; te has airado, y te has apiadado de nosotros* (Sal 59,1). Sigue: **¿Y no saldrás, oh Dios, con nuestros poderes?**. El sentido de esta expresión es el siguiente: aunque en el futuro nos alegremos por la esperanza de tu misericordia, sin embargo, en el tiempo presente no percibimos, con claridad, el hecho de que vengas en nuestra ayuda, de tal modo que, con tu favor, podamos derrotar a nuestros enemigos. Al no suceder esto, sino al vernos expuestos, por el contrario, a toda clase de aflicciones, los enemigos consideran que **no sales con nuestros poderes**. Pero es éste un fingimiento saludable y una prueba gloriosa, como dice el Apóstol: *Pues esto, que en el tiempo presente es algo momentáneo y ligero, propio de nuestra tribulación, obra en nosotros, sobre toda medida, un pesado caudal de eterna gloria* (2Cor 4,17).

Verso 11.— **Danos auxilio a causa de la tribulación, y vana es la salvación del hombre** [*Da nobis auxilium de tribulatione, et vana¹⁸ salus hominis*]. Tras haber dicho la santa congregación que, en este tiempo presente, en modo alguno halla resarcimiento, pasa a la oración consoladora, con el fin

¹⁷TL., *aut quis*; Vlg., *quis*.

¹⁸TL., *et vana*; Vlg., *quia vana*.

de que, a causa de la **tribulación** de este mundo, que continuamente padecía, pueda obtener el auxilio del Señor, consciente de que cada cual será consolado allí, en la medida de la gravedad con que haya sido afligido aquí, por el honor de su nombre, como dice en el Evangelio: *Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,10). Sigue: **Y vana es la salvación del hombre**. El necesitado de salvación no puede ofrecer la salvación, y por ello no debe esperar en el hombre, que es débil en sus propias fuerzas. De aquí lo que dice el profeta Jeremías: *Maldito el hombre que pone su confianza en el hombre, y aparta su corazón del Señor* (Jer 17,5).

Verso 12.– **En Dios pondremos la fuerza, y él reducirá a la nada a los que nos atribulan** [*In Deo faciemus virtutem, et ipse ad nihilum deducet tribulantes nos*]. Dejada a un lado la confianza humana, el pueblo de los bienaventurados dice que **en Dios pone su fuerza**. En efecto, contra el diablo no se ha de pelear con el fuego y con la espada, sino con aquellas fuerzas con las que el mismo Cristo luchó, y ello de tal modo que, mediante la humildad, vencamos la soberbia y, por la pobreza, sobrepasemos todas las riquezas del mundo. Finalmente, *pone la fuerza en Dios* [201] aquél que, perseverando siempre en sus mandatos y contando con su misericordia, llega a pisotear las tentaciones diabólicas. Sigue: **Y él reducirá a la nada a los que nos atribulan**. ¿Para qué, oh hombre fidelísimo, te son necesarias las armas, a ti, que cuentas con tales auxilios?. En efecto, por ti lucha Aquél a quien nadie le resiste, de quien nadie puede escapar, si Él lo persigue. Ciertamente, *reduce a la nada* a los enemigos de sus fieles, porque los borra del libro de los vivos, donde los grandes creían estar inscritos.

Conclusión del salmo

Si es llevada, según el mandato del Señor, he aquí la bienaventurada contrición de este mundo. He aquí la humildad, más alta que las cumbres terrenales, porque no puede desalentarse aquél a quien, a causa de la tribulación, le llega el auxilio y, en el mismo peligro, encuentra el bien, que acostumbró a pisotear. En efecto, sin Ti, oh Dios, el universo mundo es reo del principado. Para él cualquier poder es agitado, y por medio de Ti se goza la humildad. Recónditos son tus tesoros, Señor. Una cosa aparece al exterior; otra haces Tú que tenga dentro la verdad. ¿Quién puede narrar tu magnificencia, Tú, que conviertes las tribulaciones temporales en alegrías eternas? Y precioso es para Ti aquello que, en este mundo, para los hombres impíos es merecedor de desprecio.

SALMO SESENTA

Para el fin. En los himnos de David¹.

[*In finem, in hymnis David*].

El texto latino y lo resumido del título dan a entender claramente que se trata de un salmo completo y muy breve. En efecto, no está lleno –como en el caso anterior– de nombres extraños y de alusiones históricas, a fin de que aparezca con evidencia que lo insinuado en los títulos es realmente preludio de salmos saludables. Nadie ignora –pues ya se ha dicho en más de una ocasión– que las palabras **para el fin** se refieren al Señor Salvador. En cuanto a aquellas otras: **En los himnos**, digamos que se trata de una locución griega, que se debe traducir al latín por *in laudibus* [en las alabanzas],

¹Hebr., לְמַנְצֵחַ עַל־נְגִינָת לְדָוִד [Para el maestro del coro. 'al- n°gînat. De David]. Los LXX: εἰς τὸ τέλος ἐν ὑμνοῖς τῷ Δαυιδ [Para el cumplimiento. En himnos. Para David]. Sobre este título véase la explicación dada para el título del Sal 4.

porque todo el presente salmo hará resonar las alabanzas de Cristo. Finalmente, el nombre de **David** significa al mismo Señor Salvador, cuya alabanza canta el pueblo cristiano, que está extendido por todo el orbe.

División del salmo

En la primera parte del salmo, desde los extremos de la tierra, suplica el pueblo fiel que su oración sea escuchada, de suerte que, perseverando en la santa Iglesia, se sienta protegido al abrigo de sus alas. Da gracias, en la segunda, porque Aquél, que es piadoso y compasivo, ha concedido su heredad a los justos y ha consagrado su nombre para la gloria eterna. Por todo lo cual, promete el pueblo fiel que alabará continuamente al Señor.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Escucha, oh Dios, mi súplica; atiende a mi oración** [*Exaudi, Deus, deprecationem meam; intende orationi meae*]. Encendido por la santa caridad, el pueblo fiel, que son los miembros del Señor, pide que su oración sea escuchada. Pero parémonos un momento a considerar qué diferencia exista entre **escuchar su súplica** y **atender a su oración**, si es que de algún modo pudiéramos diferenciar tales cosas con la debida precisión. La palabra **súplica** hace referencia, ciertamente, al ruego común y corriente, con que a menudo nos dirigimos también a aquellos hombres de quienes solicitamos alguna cosa. Pide al Señor que **la escuche**. Pero pide también que **atienda a su oración**, oración que, a justo título, sólo debemos a la santa Trinidad. Ha pedido, pues, el pueblo fiel a la santa Trinidad que—propicia— mire su oración y que tenga piedad, porque él la ofrecía, purísima, a la mirada divina. Tal es su virtud que, cuando es presentada confiadamente, obtiene el cumplimiento del deseo digno de ser concedido.

Verso 2.— **Desde los extremos de la tierra a ti clamé; cuando mi corazón estaba angustiado, en la piedra me exaltaste. Me condujiste**² [*A finibus terrae ad te clamavi; dum anxietur cor meum, in petra exaltasti me: deduxisti me*]. La santa asamblea de los justos, que es la heredad del Señor, oprimida por los males del tiempo presente y gimiendo en medio de todas las gentes junto a las que habita, clama al Señor, ella que estaba sometida a las necesidades de la carne y corría presurosa con anhelante espíritu a abandonar sus pecados. En efecto, **clama desde los extremos de la tierra**, es decir, desde el orbe entero de la tierra, en el que está constituida la Iglesia del Señor todopoderoso. Pero no sólo desde los extremos de la tierra se oye el clamor, sino también desde el interior y centro mismo de la tierra, como en el salmo dieciocho ya se dijo: *A toda la tierra salió su sonido* (Sal 18,4). Clama, pues, a gritos este pueblo, que anteriormente había dicho: *Escucha, oh Dios, mi súplica; atiende a mi oración* (Sal 60,1). Dice también cuándo este clamor—como un sacrificio— ha sido ofrecido a Dios: **En la angustia del corazón**, esto es: cuando con más fuerza se clama a Dios, cuando se piden los remedios necesarios para el alma, que está en peligro. Siguen ahora la acogida favorable del clamor y el premio singular de los justos: **En la piedra me exaltaste**. La **piedra**, palabra que significa al Señor Salvador, como dice el Apóstol: *Pero la piedra era Cristo* (1Cor 10,4). Proclama que él—el pueblo— es exaltado en esta *piedra*, en la que todo cristiano está edificado. **Es exaltado**, en efecto, aquél que está asentado sólidamente allí. Y añade: **Me condujiste**, es decir, me llevaste a aquella futura quietud, que el Señor promete a sus bienaventurados. En efecto, la

²Hebr., בְּצוּר־יְרֵחַ מִמֶּנִּי תְּנַחֲנִי [*A la piedra, que es más alta que yo, llévame*]. Los LXX: ἐν πέτρᾳ ὑψώσας με [*en la roca me has ensalzado*]. Obsérvese cómo los LXX y la Vlg., a diferencia del hebreo, enlazan el verbo final de este versículo con el comienzo del siguiente: *Me condujiste, porque...*

expresión: *Me condujiste* es propia del lenguaje profético. Se emplea, para decir, por medio de cosas pasadas, cosas que están por venir, como ya quedó dicho en el salmo veintiuno : *Horadaron mis manos y mis pies; contaron todos mis huesos* (Sal 21,18-19). Esta figura retórica recibe el nombre de *prolepsis*, es decir, el conocimiento anticipado de las cosas futuras.

Verso 3.— **Porque has sido hecho mi esperanza, la torre de mi fortaleza delante del enemigo** [*Quia factus es spes mea, turris fortitudinis meae a facie inimici*]. Explica por qué causa ha sido llevado al premio: porque había puesto su **confianza** en el Señor, que edifica a los que confían en Él y exalta siempre a los que en Él se glorían, como dice el Apóstol: *Nos gloriamos en las tribulaciones, sabedores de que la tribulación obra la paciencia; la paciencia, la prueba; la prueba, la esperanza, pero la esperanza que no defrauda*, etc. (Rom 5,4-5). Sigue una comparación, en verdad, preciosa: **Torre de mi fortaleza delante del enemigo**. Mediante la expresión: **Torre de fortaleza**, significa al mismo Señor Salvador. En efecto, la **torre** reclama, a título propio, los muros de la ciudad y de lo alto de ella hiere el defensor a los enemigos invasores. Así defiende a su pueblo el poder del Señor: abatiendo abiertamente al enemigo con la réplica de su boca. Ahora bien, aquella *torre* está repleta de virtudes, no de espadas; combate con la palabra, no con la pelea; ordenándolo todo, no entrando en la lucha. *Torre* a la que ningún ariete daña y ninguna máquina de guerra debilita, y que no defiende sólo en un lugar concreto, sino que guarda a sus siervos, dándoles protección invencible, a lo largo y ancho del mundo entero.

Verso 4.— **Habitaré en tu tabernáculo por los siglos. Seré protegido con el velo de tus alas** [*Inhabitabo in tabernaculo tuo in saecula; proteger in velamento alarum tuarum*]. Una vez más nos tropezamos con el silogismo categórico, construido aquí del siguiente modo: *El justo habita en el tabernáculo del Señor. Todo el que habita en el tabernáculo del Señor es protegido por los siglos con el velo de sus alas. Luego el justo es protegido por los siglos con el velo de alas del Señor*. Pero vayamos ya a la explicación de las palabras. El santo espíritu de Cristo el Señor confía para sí mismo los beneficios, que en abundancia se le han de conceder, para perseverar en medio de los peligros de este mundo, protegido plenamente en el **tabernáculo** del Señor. Y esto, no durante un breve espacio de tiempo, sino hasta que los siglos de esta vida, por disposición divina, lleguen a su término. En efecto, terminada aquí su existencia, el futuro pueblo fiel será preservado en el *tabernáculo del Señor* por los siglos infinitos. Pero veamos por qué razón el **velo de las alas** viene comparado —y ello con bastante frecuencia— con las sagradas defensas del Señor. En primer lugar, porque las alas de las aves se extienden —a modo de palmas— como si de cierta hermosísima costilla se tratara. En segundo lugar, porque, así como defienden, no pueden oprimir. Y en tercer lugar, porque, con afectuosa protección, preservan a sus queridos polluelos de la inclemencia del calor y del frío. De este modo, la defensa del Señor —si piadosamente nos acogemos a Él— hace ineficaces sobre nosotros los poderes del aire³, de suerte que ni la llama de su furor cause daño ni el frío de su veneno llegue a matar, a causa de su naturaleza viperina. Con razón, pues, la defensa del Señor tiene como comparación las alas, alas que no oprimen a los que acogen bajo ellas, pero que curan la herida de toda adversidad.

Verso 5.— **Porque tú, oh Dios, escuchaste mi oración, diste heredad a los que temen tu nombre** [*Quoniam tu, Deus⁴, exaudisti orationem meam; dedisti haereditatem timentibus nomen tuum*]. Interpuesta la pausa, el pueblo fiel llega a la segunda parte, alegre y exultante, porque se gloria de que su oración ha sido escuchada. Mediante la figura retórica de la *aitiología* —es decir, la causa y razón de una determinada cosa—, añade por qué se alegra en el velo y protección de las alas del Señor:

³TL., *aereas*; prop., *aerías*.

⁴TL., *Deus*; Vlg., *Deus meus*.

porque su **oración ha sido escuchada**. Sigue diciendo: **Diste heredad a los que temen tu nombre**. La **heredad** significa el reino del siglo futuro, prometido a los siervos bienaventurados. *Heredad*, que no es abandonada, una vez llegada la muerte, sino poseída, junto con su generoso Dador, como beneficio perpetuo. De tal modo llega ésta a los hijos que, en manera alguna, es descuidada por el testador. Esta heredad no tiene fin, sino que, una vez recibida, jamás se separa de nosotros, debido a intercambio de ninguna clase.

Verso 6.— **Añadirás días sobre los días del Rey; sus años hasta el día del siglo y los siglos** [*Dies super dies Regis adicies; annos eius usque in diem saeculi et saecula*⁵]. Significa la eternidad del Señor Salvador, que verdaderamente es llamado nuestro **Rey**, porque por Él somos regidos y por su poder somos salvados. En efecto, la expresión: **Días sobre los días** es propia de la manera humana de hablar. Por esto se dice que los días son muchos: porque a los días les suceden también las noches. Pero en aquella eternidad uno solo es el día, día que no tendrá fin ninguno, como en otro salmo dice: *Porque mejor es un solo día en tus atrios más que millares* (Sal 83,11). Lo mismo debemos entender con relación a los **años**, porque tales cosas —en sentido figurado— se dicen acerca de Cristo el Señor. El verso termina, diciendo así: **Hasta el día del siglo y los siglos**, para mostrar así que un solo día hay en el Señor, que trasciende estos siglos. **Siglos** se les llama, ciertamente, porque en ellos se desarrollan los tiempos.

Verso 7.— **Permanecerá en eterno en la presencia de Dios; su misericordia y su verdad, ¿quién de ellos buscará?**⁶ [*Permanebit in aeternum in conspectu Dei; misericordiam et veritatem eius quis requireret eorum*⁷?]. He aquí claramente expresada aquella eternidad del día. Pero —como consta en otros muchos lugares— esto debe entenderse ya con referencia a los miembros, en cuanto que las cosas, que ahora siguen, en modo alguno pueden adecuarse al que es la Cabeza. Dice, en efecto: **Permanecerá eternamente en la presencia de Dios**, afirmación ésta que puede corresponder con más conveniencia al pueblo fiel. También lo siguiente pone de manifiesto este mismo hecho, pues añade: **La misericordia y la verdad, ¿quién de ellos las buscará?**. En efecto, ¿por qué se busca la misericordia allí donde nadie hay que sea miserable?. ¿Por qué se busca la verdad allí donde todos verán a Dios?. Ninguno de ellos, en verdad, estará necesitado de tales bienes, cuando posean el reino de los cielos, como el mismo Señor dice a sus apóstoles: *Ahora ciertamente tendréis tristeza; pero os veré de nuevo, y se alegrará vuestro corazón, y vuestro gozo nadie os lo arrebatará* (Jn 16,22). *En aquel día no me pediréis nada* [Jn 16,23]. Resulta así que ninguno de los santos *busca la misericordia o la verdad*, en cuanto que ya están disfrutando del regalo inestimable de aquella contemplación.

Verso 8.— **Así salmodiaré para tu nombre, oh Dios, por el siglo del siglo; para cumplir mis votos de día en día** [*Sic psallam nomini tuo, Deus, in saeculum*⁸ *saeculi; ut reddam vota mea de die in diem*]. **Así** significa *de tal manera*⁹, o sea, cómo proclamará en lo sucesivo. En efecto, dice el pueblo bienaventurado que él **salmodia** para el nombre sempiterno, pero no durante un poco de tiempo, sino **por el siglo del siglo**, significando con ello que su devoción permanecerá en inmutable perennidad. Sigue: **Para cumplir mis votos de día en día**. Se repite lo mismo, pero expresado con elegancia de manera distinta. Efectivamente, el significado de la locución: *Por el siglo del siglo* es el

⁵TL., *saeculi et saecula*; Vlg., *generationis et generationis*.

⁶Hebr., מִסְדֵּר נְאֻמָּת מִן יִצְרָהוּ [*misericordia y verdad prepara, que lo guardarán*]. Los LXX: ἡλεος καὶ ἀλήθειαν αὐτοῦ τίς ἐκζητήσει [*su compasión y verdad, ¿quién las busca?*].

⁷TL., *quis requireret eorum*?; Vlg., *quis requireret*?

⁸TL., *Sic psallam nomini tuo, Deus, in saeculum*; Vlg., *Sic psalmum dicam nomini tuo in saeculum*.

⁹TL., *Sic significat ita*.

mismo que este otro **de día en día**, es decir, *por siempre*, de manera que aquí **cumplamos** nuestros **votos** y cantemos allí con alegría inacabable las alabanzas del Señor. Así, pues, promete cumplir sus votos al Señor, para reconocerle suficientemente gracias eternas, como también otro salmo dice: *Cumpliré al Señor mis votos en los atrios de la casa del Señor, en presencia de todo su pueblo, en medio de ti, Jerusalén* (Sal 115,8-9). Cumplamos, pues, nuestros votos en este día transitorio, para que, con su ayuda, en aquella eternidad merezcamos cantar las alabanzas del Señor.

Conclusión del salmo

Escuchen los donatistas que la Iglesia clama desde los extremos de la tierra y cesen de decir, una y otra vez, que se trata de una iglesia local. Contra la voz del mundo, ¿quién puede ser escuchado? Insolente es sobremanera hablar contra un triple testimonio, y ¿no se avergüenzan de armarse impudicamente contra la sentencia general?. ¿Por qué fatigan a las almas con nuevas invenciones? Acepten, ciertamente, aquello que creen, no lo que con su iniquidad pervierten. El pueblo fiel ora desde los extremos de la tierra, porque el Señor ha sido hecho su esperanza; y, tras haber sido escuchado, se alegra con himnos de exultación, porque aparecerá por siempre en la presencia del Señor. ¿Cuál será ya la satisfacción, si esto no sacia?. Vemos diariamente que se cumple lo que prometió, vemos que el mundo se acoge a las reglas de la fe cristiana. Y, ¡oh dolor!, la falsedad se esfuerza por ocultar lo que la Verdad decretó que fuese manifiesto. Por otra parte, tampoco el número, que corresponde a este salmo, está privado de sentido. En efecto, el número sesenta guarda relación con los castos y viudas, cosa que la inflexión mutua de sus mismos dedos indica¹⁰. De ahí que este salmo prometa a los fieles del Señor los premios propios de los sesenta años, no porque allí falten mártires o vírgenes, orgullosos del fruto centenario, sino porque en la asociación de muchos puede especialmente indicar también a algunos que practican tal clase de continencia.

[203] SALMO SESENTA Y UNO

Para el fin. Por Yedutún¹. Salmo de David

[In finem, pro Idithum psalmus David]

Entre las palabras del título ya conocidas, vuelve a aparecer el nombre de **Yedutún**, del que no hace mucho –en el salmo treinta y ocho– ya hemos hablado. Ciertamente, mediante el significado de este nombre, se anuncia siempre algo de importancia no menor. En efecto, su traducción es *el que les pasa por encima*², es decir, el soldado de Cristo, que –despreciados los placeres del mundo– pasa por encima de los que aman este tiempo presente. Pero, puesto que esta acción de *pasar por encima* significa para nosotros un feliz propósito, viene introducido en la narración cierto hombre santo, que abandona los deseos del mundo y permanece en el Señor con esperanza firmísima. Efectivamente, este tal Yedutún anuncia de antemano a Aquél que es el **fin**, es decir, a Cristo el Señor. Sigue también la palabra **salmo**, o sea, una vida merecedora de toda de aprobación, obediente a los mandatos del Señor. Viene unido, por último, el nombre de **David**, de manera que aparezca que una vida digna de alabanza

¹⁰TL., *quod digitorum ipsorum mutua designat inflexio* [ms. A., F., inflexio], expresión ésta que no se acaba de entender bien del todo.

¹Como ya se dijo en la explicación del título del Sal 38, Yedutún era uno de los tres maestros principales de música (1Crón 16,41; 25,1), a quien le fueron entregados algunos salmos, para que les pusiese música y se cantasen.

²HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 872): *Idithum, transiliens eos sive saliens eos*.

tiende a Cristo el Señor, donde se encuentra la perfección saludable y absoluta.

División del Salmo

En la primera parte del salmo, al ver que toda la tierra está repleta de crueles errores, en los que –unos en calidad de perseguidores, otros como herejes, otros arrastrados por vanos deseos– todos están implicados, este hombre –al que hemos definido como *el que pasa por encima* de los vicios del mundo– profesa que su alma esta sometida a Dios, porque, por medio del Hijo unigénito, ha recibido un oficio saludable: argüir contra aquéllos que desean que sólo de nombre se les llame cristianos. En la segunda parte, dice de nuevo que su alma está sometida a Dios Padre, porque, por medio de su Verbo, ha obtenido la paciencia saludable, confirmando al pueblo en la confesión fiel, de modo que con todo el afecto del corazón pueda esperar siempre en el Señor. En la tercera parte, exhorta a los pueblos, que yerran, a fin de que pongan su confianza en Dios y no en la felicidad caduca de este mundo.

Exposición del salmo

Verso 1.– **¿Acaso no estará mi alma sometida a Dios?³, porque de Él es mi salvación** [*Nonne Deo subdita⁴ erit anima mea? Ab ipso enim salutare meum*]. A lo largo de todo el salmo, en la persona de todos los santos en general, es introducido un único fiel, que, abandonando los vicios del mundo, proclama su sometimiento sólo a Dios. En efecto, en esto consiste decir que se está sometido a Dios: en vaciarse de los vicios mundanos y llenarse de la santidad de la fe. Es, ciertamente, una forma increpatoria de argumentar contra aquéllos que lo ven como el que disfruta de la tranquilidad de una extraordinaria prosperidad y como ocioso en la alegría de su reposo. El adverbio **acaso** necesita ser modificado, con objeto de que el sentido de la oración aparezca con más claridad. En lugar de decir: *¿Acaso no estará mi alma sometida a Dios?*, digamos mejor: *¿Estará mi alma no sometida a Dios?*. Esta figura retórica recibe el nombre de *anastrophe*; en latín, *conversio*. Está sometido, ciertamente, a Dios el que siempre, con humildad y esfuerzo, cumple aquello que atañe a sus mandamientos. En Él se deleita y en Él se restablece y, fuera de Él, el espíritu bienaventurado ninguna otra cosa desea. **Estará** significa el tiempo infinito, pues por ningún final será concluido. Sigue ahora por qué justísima causa **el alma** del bienaventurado está **sometida a Dios** Padre. Pues dice: **Porque de Él es mi salvación**, o sea: el Hijo unigénito, que justamente es **salvador** para los creyentes. Las palabras **porque de Él** significan al Hijo. En efecto, el único Dios, Trinidad santa, tiene como propias estas cosas: que el Padre es ingénito; el Hijo es engendrado; el Espíritu santo procede del Padre y del Hijo. En esto consiste la integridad de la fe. Esto es lo que profesa la Iglesia católica. Por consiguiente, bien profesas, Yedutún, que estás sometido a Dios, de quien testimonias haber recibido un beneficio inestimable. Pero, a fin de honrar con una única e igual⁵ veneración, entiende bien lo que sigue.

Verso 2.– **Y en verdad Él es mi Dios y mi salvador; mi ayudador, no seré conmovido en adelante** [*Etenim⁶ ipse est Deus meus et salutaris meus; adiutor⁷ meus, non movebor amplius*].

³Hebr., אֵל־אֱלֹהִים דִּוְמִיָּה נִפְשִׁי [En Dios solamente está callada mi alma]. Los LXX: οὐχὶ τῷ θεῷ ὑποταγήσεται ἡ ψυχὴ μου [¿Acaso no se someterá a Dios mi alma?].

⁴TL., in textu: *subdita* [mss. A., F., *subiecta*].

⁵TL., in textu: *aequabili* [ms. A., *aequali*].

⁶TL., *Etenim*; Vlg., *Nam et*.

⁷TL., *adiutor*; Vlg., *susceptor*.

Anteriormente había dicho que el autor de la salvación fue engendrado por el Padre. Ahora, mediante una triple confesión, explica quién es este salvador. En primer lugar, con objeto de que no creas que es menor, dice: **Él es mi Dios**, como arriba dice del Padre en cuanto que es Dios. En efecto, la igualdad del mismo nombre muestra la substancia y el poder de la unidad. De aquí que el padre Agustín, en el libro quinto sobre la Trinidad, se exprese del siguiente modo: *Dada la razón a los inteligentes, claro es que en la substancia de la verdad no sólo el Padre no es mayor que el Hijo, sino que tampoco los dos juntamente son algo mayor que el Espíritu Santo solo, o que cualquiera de los dos en la misma Trinidad es algo mayor que uno solo; o que los tres juntamente sean algo mayor que cada uno individualmente* (cap. 3, *ante med.*⁸). Repite: **Mi salvador**. Ciertamente, pues la salvación del género humano, que en Adán se había malogrado, es reintegrada por medio de Cristo el Señor. Sigue: **Mi ayudador**, porque al que está envuelto en las contiendas de este mundo, Él solo le ha prestado ayuda, de suerte que pudiera vencer los vicios del mundo. La expresión: **No seré conmovido en adelante** no es una manera de hablar que denote soberbia. En efecto, no **podía ser conmovido** aquél, cuyo Dios y salvador era el mismo Cristo el Señor. En este caso, quizá podamos descubrir aquí la figura retórica llamada *epidiorthosis*, en latín, *superioris rei correctio* [corrección del asunto anterior]. Pero, mediante las palabras **en adelante**, está dando a entender que, en alguna ocasión, sí ha sido conmovido. En efecto, hubo un tiempo en que este Yedutún, sobrecargado por la debilidad de la carne, se mostró titubeante; pero, tras haber sido lleno de la luz de la verdadera doctrina, ya no podía ser conmovido el que, con la ayuda de Dios, persistía en la firmeza de la fe.

Verso 3.— **¿Hasta cuándo os arrojáis contra los hombres, los matáis a todos, como a pared inclinada y cerca empujada?**⁹ [*Quousque irrutis in homines, interficitis universos*¹⁰, *tanquam parieti inclinato et maceriae impulsae*¹¹]. Después de hacer —por tres veces— pública proclamación de su fe, dirige ahora sus palabras a los perseguidores de los cristianos. Les dice: ¿Durante cuánto tiempo, preparado vuestro ejército, vais a estar arremetiendo contra hombres inocentes?. No os hace retroceder el temor divino. Y por el siguiente motivo vuestra rabia es todavía mayor: porque sabéis que los cultos demoníacos son despreciables. Y, para que no creas que esta persecución se reduce a menudeces o que se resuelve con cosa de livianos castigos, añade: **Matáis a todos**, es decir, llevan hasta la muerte a aquéllos que consideran que han entregado su vida a Dios. Ahora bien, el adjetivo **todos** hemos de entenderlo como referido a aquellos hombres que muestran ser hombres religiosos. Siguen ahora dos comparaciones muy adecuadas. La primera es: **Como a pared inclinada**, es decir, pared que, aunque no se la empuje, se derrumba por sí sola, en cuanto que todo lo que se halle torcido con relación a su línea de estabilidad está abocado a la caída. La segunda comparación: **Y cerca empujada**. La **cerca** es una sencilla construcción de piedras, levantada hasta quedar rematada sin trabazón alguna de argamasa. Y, para que no creas que, por ser de construcción nueva, tiene cierta firmeza, dice que es como cerca **empujada**, dando así a entender que, al ser golpeada con fuerza —bien por los embates del viento, bien por cualquier otra clase de fuerte impacto— con facilidad puede venirse abajo. Pero bien sabemos que estas comparaciones [204] apuntan a aquel otro sentido. ¿Acaso consideráis, sacrílegos perseguidores, que el pueblo cristiano, al que asesináis con determinación impía, no tiene un defensor firmísimo?.

⁸AUG., *De Trinitate*, XV, 3.5 (PL 42, 1060).

⁹Hebr., עַד-אַנְהָ תְהוֹתִחוּ עַל אִישׁ תְּרַצְחוּ כָּלֵכֶם בְּקִיר נְטוּי נָדָר, [¿Hasta cuándo maquinareis contra un hombre? Seréis muertos todos, como pared inclinada y vallado deshecho]. Los LXX: ἕως πότε ἐπιτίθεσθε ἐπ' ἄνθρωπον φονεύετε πάντες ὡς τοίχῳ κεκλιμένῳ καὶ φραγμῷ ὀσμένῳ [¿Hasta cuándo os imponéis contra el hombre? Matáis a todos, como a muro inclinado y valla abatida].

¹⁰TL., *in homines, interficitis universos*; Vlg., *in hominem, interficitis universi vos*.

¹¹TL., *impulsae*; Vlg., *depulsae*.

Verso 4.— **Ciertamente pensaron rechazar mi honor¹², corrí en la sed¹³; con su boca bendecían, y con su corazón maldecían** [*Verumtamen honorem meum¹⁴ cogitaverunt repellere, cucurri in siti; ore suo benedicebant, et corde suo maledicebant*]. El verso anterior mira a los paganos, pero éste se refiere a los judíos y a los que fingen ser cristianos. En efecto, de dos maneras sufre la Iglesia, a saber: cuando el error de los gentiles la persigue, o cuando los herejes la dilaceran con perversa hostilidad. El **honor** del santo varón era la Iglesia católica y fiel, el mismo Cristo, que es Cabeza y dignidad para sus miembros. Los infieles meditaban **rechazar** su **honor**, cuando, a fin de que no fuera honrado con corazón sincero, le salían al encuentro con sus sacrílegas enseñanzas. Añade: **Corrí en la sed**. Entonces, el santo varón terminaba el recorrido de su vida en la esterilidad de la **sed**, porque no podía encontrar a quién dar de beber. En efecto, esto quiere decir aquí la **sed**: el deseo de trasvasar a sus propios miembros el agua, que está afuera. De ahí lo que se lee en el Evangelio: *Tengo sed* (Jn 19,28). Y también: *Mujer, dame de beber* (Jn 4,7). No pidió de aquella mujer simplemente que le diera agua, sino que quiso trasvasarle la bebida de la fe, con la que sería ella la que quedase saciada. Dice también cuál es la causa de la **sed**: **Con su boca bendecían**. Esto sucede con aquéllos que, sin meditarla sinceramente, pasan a la ligera por la ley del Señor y no manifiestan con sus obras lo que con su boca dicen. Añade: **Y con su corazón maldecían**. En efecto, *maldicen con el corazón* quienes interpretan las sagradas Escrituras, dejándose llevar por el mal de la novedad.

Verso 5.— **Pero mi alma estará sometida Dios, porque de Él es mi paciencia** [*Verumtamen Deo subdita erit¹⁵ anima mea, quoniam ab ipso est patientia mea*]. Después de la pausa, llega Yedutún a la segunda parte del salmo, repitiendo palabras semejantes a las dichas anteriormente —es decir, que su *alma está sometida a Dios*—, con el fin de que la misma repetición logre grabar en nuestro espíritu la fuerza misma de la fe. Pero, de todos modos, examinemos esto con un poco de más detenimiento, porque la causa de la alegría, en lo que a las palabras se refiere, no parece ser la misma. En efecto, anteriormente, había dicho: *De Él es mi salvación*; pero ahora dice: **Porque de Él es mi paciencia**. No obstante, si bien se lo considera, aunque se emplean, ciertamente, palabras distintas, entendemos que se dice una misma cosa. En efecto, nuestra **paciencia** es Cristo el Señor, por el cual padecemos de buena gana las adversidades y nos alegramos con la observación de la regla recibida. De hecho, así se canta también en el salmo setenta: *Porque tú eres mi paciencia, Señor* (Sal 70,5). Y, para que en esta palabra puedas apreciar el mismo sentido, las cosas que siguen así lo manifiestan.

Verso 6.— **Y, en efecto, él es mi Dios, y mi salvador; mi ayudador, no saldré fuera. En Dios está mi salvación y mi gloria; Dios de mi auxilio, y mi esperanza está en Dios** [*Etenim ipse est Deus meus¹⁶, et salutaris meus; adiutor meus, non emigrabo. In Deo salutare meum et gloria mea; Deus auxilii mei, et spes mea in Deo est*]. En estos dos versos, es manifestado Cristo el Señor, de quien más arriba se dijo: *Paciencia mía*. Y, como si se le preguntara: ¿Quién es éste, que es tu paciencia?, responde: **Él es mi Dios, y mi salvador**, porque ya entonces sabía que, verdaderamente, la salvación de su alma venía por medio del Verbo, que se habría de encarnar. Añade: **Mi ayudador**, a fin de no

¹²Hebr., אֲדָךְ מִשְׁאָחוֹ יַעֲצוּ לְהַרְיֵם [Sólo de su elevación deliberan derribarlo]. Los LXX: πλὴν τὴν τιμὴν μου ἐβουλεύσαντο ἀπώσασθαι [Es más, mi honor han planeado destruir].

¹³Hebr., יָרַצוּ כֶּבֶד [Se deleitan en la mentira]. Los LXX: ἔδραμον ἐν δόψει [corrieron en la sed], es decir, corrieron en persecución, sedientos de sangre. Posiblemente se trate —así piensan no pocos— de un error de los copistas, que vieron ἐν δόψει [en la sed] en lugar de ἐν ψεύδει [en la mentira], como se lee en el texto hebreo.

¹⁴TL., *honorem meum*; Vlg., *pretium meum*.

¹⁵TL., *subdita erit*; Vlg., *subiecta esto*.

¹⁶TL., *Etenim ipse est Deus meus*; Vlg., *Quia ipse Deus meus*.

atribuir a sus propias fuerzas aquello de lo que logró escapar. Sigue: **No saldré fuera**, es decir, de esta fe que poseo, como en el salmo diez ya se dijo: *En el Señor confío. ¿Por qué decís a mi alma: emigra al monte como un pájaro?* (Sal 10,1). Por eso afirma que no va a cambiar de opinión: porque tenía la seguridad de que lo que poseía le era del todo provechoso. Reitera que su **salvación está en Dios**, no como los dioses de los gentiles, en quienes está la muerte perpetua. Añade también: **Y mi gloria**, con objeto de expresar que el hecho de haber creído en Él no es sólo causa de salvación, sino también de gloria. Dice asimismo: **Dios de mi auxilio**, a fin de mostrar que en nada se siente deudor de la debilidad humana. Finalmente, para darlo todo por terminado, reafirma el santo varón: **Mi esperanza está en Dios**, poniendo así a cuenta del Señor todas las cosas recibidas en el pasado y del mismo modo atribuyendo a Él su felicidad futura.

Verso 7.— **Esperad en Él, toda la muchedumbre del pueblo; derramad en su presencia vuestros corazones: Dios es nuestro ayudador** [*Sperate in eum, omnis conventus plebis*¹⁷; *effundite coram illo corda vestra: Deus adiutor noster*¹⁸]. Tras haber hablado abiertamente de lo profundo de su fe, dirigiéndose ahora a la muchedumbre del pueblo, que padecía, a causa de las distintas y vanas supersticiones, la exhorta a que ponga su esperanza en el poder del Señor. Dice, en efecto: **Esperad en Él**, es decir, en Aquél que él en persona había confesado como su Dios y salvador y en calidad de todo lo demás anteriormente expresado. **Toda la muchedumbre del pueblo**. Al referirse al **pueblo**, no excluye a los poderosos, porque, en las Escrituras divinas, es cosa corriente hablar, dirigiéndose sólo a una parte, pero sin excluir, por ello, a los demás. Añade: **Derramad en su presencia vuestros corazones. Derrama su corazón** ante el Señor el que, con lágrimas abundantes, confiesa sus pecados. En efecto, no de otra manera puede *derramarse el corazón*, si no es por medio de una abundante lluvia de lágrimas, como en el salmo cuarenta y uno ya quedó ha dicho: *He recordado estas cosas y he derramado en mí mi alma* (Sal 41,5), característica ésta que, no sin razón, anotamos en la cuenta de lo que es propio de las divinas Escrituras.

Verso 8.— **Pero vacíos son los hijos de los hombres, mendaces los hijos de los hombres en las balanzas; para engañar ellos, a causa de la vaciedad en ello mismo**¹⁹ [*Verumtamen vani filii hominum, mendaces filii hominum in stateris; ut decipiant ipsi de vanitate in idipsum*]. Pasada la segunda pausa, llega a la tercera parte, en la que echa en cara a los hombres sus maldades. Por tal razón fueron proclamados abiertamente los misterios de este saludable salmo: para que, corregida favorablemente la voluntad, abandonaran los hombres sus perversas persuasiones. En efecto, se vuelve aquí a aquella sentencia tan a menudo repetida: **Vacíos son los hijos de los hombres**, de manera que, reconociendo la humanidad su pecado, corra presurosa a suplicar al Autor de la salvación y de la verdad. Pues, así quedó dicho en el salmo treinta y ocho: *Pero vanidad total es todo hombre que vive* (Sal 38,7), sentencia ésta que el Sabio repite también con frecuencia, cuando dice: *Todo es vaciedad de vaciedades* (Qo 1,2). Sin embargo, a no pocos suele causarles extrañeza lo siguiente: ¿Por qué en los salmos se lee que *los hijos de los hombres son vacíos*, y en Salomón que *todo es vaciedad*?. ¿Acaso los seres celestes y terrestres por Dios creados y todas las demás cosas, en sí buenas, todas ellas son vaciedad?. Ciertamente que no lo son. Pero, comparadas con las que son más excelentes, se les da a aquéllas la consideración de ser mucho menores y vacías. Como dice el bienaventurado Jerónimo:

¹⁷TL., *in eum, omnis conventus plebis*; Vlg., *in eo, omnis congregatio populi*.

¹⁸TL., *noster*; Vlg., *noster in aeternum*.

¹⁹Hebr., *במאזניים להעלות המה מהבלי יחד* [*en balanzas, para subir ellos menos que un soplo todos juntos*]. Como si se dijera: Son de tan poca sustancia los hijos de los hombres que, si todos juntos se pusieran en un platillo de la balanza y la vanidad en el otro, más pesaría ésta que aquéllos. Los LXX: *ἐν ζυγοῖς τοῦ ἀδικῆσαι αὐτοὶ ἐκ ματαιότητος ἐπὶ τὸ αὐτό* [*en balanzas para hacer injusticia, ellos de vanidad en conjunto*]. Pero véase la interpretación de Casidoro. S. Agustín, en cambio, apenas si toca este punto.

*La lucerna, en comparación con la lámpara, se tiene por nada; la lámpara, en comparación con la estrella, no luce; compara la estrella con la luna, y la estrella está ciega; une la luna al sol, y la luna no resplandece; compara el sol con Cristo, y se hacen las tinieblas*²⁰. Así, todas las cosas que se comparan con otras que son mejores, se hacen vacías, bajan en su grado de esplendor. Por lo mismo, cuando los hombres son comparados con la eterna verdad, con razón, se dice que son vacíos. Ahora bien, a todo este asunto añade el mal por el que, de manera particular, sufre la humanidad. Dice: **Mendaces los hijos de los hombres en las balanzas**. Esta expresión o bien hace referencia a aquéllos que, valiéndose de pesas trucadas, engañan a los ingenuos compradores, o bien a aquellos otros que, complaciéndose en sí mismos, quieren aparecer como justos e incorruptibles, siendo así que son hombres falaces, movidos constantemente al engaño. La expresión: **En las balanzas** viene a significar que, puestos –por así decirlo– en la balanza de la justicia, se ve que no aman la mentira. Sigue: **Para engañarse ellos a causa de la vaciedad en ello mismo**. En efecto, caso de que su maldad estuviera al descubierto, difícilmente podrían engañar. Pero [205], al ser tenidos por hombres justos, encubierta su maldad, engañan más fácilmente. **En ello mismo**, es decir, en la equidad, que falsamente los hombres malvados consideran poseer.

Verso 9.– **No esperad en la iniquidad, y en las rapiñas no sintáis codicia** [*Nolite sperare in iniquitate, et in rapinis*²¹ *nolite concupiscere*]. Arguye todavía contra los que estaban viciados por costumbres detestables. Enseña que no deben poner su esperanza allí donde no pueden encontrar frutos provechosos. En efecto, quien **espera** en la maldad, se engaña a sí mismo, porque ningún provecho nace de ello, sino que quien lo hace se procura, por el contrario, la pena eterna, como en otro salmo ya se dijo: *Pero quien ama la iniquidad, odia su propia alma* (Sal 10,7). Se dirige también a los pobres, quienes, por la necesidad de alimentarse, buscan con ansia algo que comer, aunque sea robado. Dice: **Y en las rapiñas no sintáis codicia**. En efecto, la indigencia no puede justificar el delito de la rapiña, y no puede ser excusado lo que está sujeto a castigo, pues nos sostiene, antes bien, Aquél que *hace llover sobre justos e injustos* [Mt 5,45] y *da de comer a toda carne* [Sal 135,26]. De gran necesidad, por tanto, es dejar a un lado el poder del Creador y poner la esperanza en aquello que es delictivo. Pero, para que no creas que solamente los pobres son reconvenidos, en el siguiente verso, se dirige a los ricos, de modo que, introducido un saludable equilibrio, ni aquél se deje llevar por la ambición ni se engría éste por la soberbia.

Verso 10.– **Si las riquezas afluyeran, no apeguéis el corazón** [*Divitiae si affluant, nolite cor apponere*]. No condena las riquezas abundantes de las que se hace un uso razonable. En efecto, si **el corazón no se apega** a ellas, en modo de considerar que allí se encuentra una singular felicidad, las riquezas son, ciertamente, necesarias. Ciertamente, pues con ellas se ayuda a los menesterosos, se facilitan cuidados a los enfermos, se cubre la desnudez de los pobres y muchos llegan al reino de los cielos. Por el contrario, *quien apega su corazón a las riquezas*, no quiere gastar el oro, sino guardarlo; ambiciona acrecentar continuamente su patrimonio; y, mientras pone en ello toda su esperanza, el apetito desmedido de tales cosas va siempre en aumento. Con razón, pues, manda a los ricos que no pongan todo su amor en lo que poseen, como dice el Apóstol: *Recomienda a los ricos de este mundo que no sean soberbios y que no esperen en lo inseguro de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas, para que las disfrutemos. Que sean ricos en obras buenas, que de buena gana repartan*, etc. (1Tim 6,17-18).

Verso 11.– **Dios ha hablado una vez. Estas dos cosas escuché: Que el poder es de Dios, y**

²⁰HIER., *Epist. Ad Pammachium*, 48,14.

²¹TL., in textu: *in rapinis* [ms. A., et rapinas]; TL., *in rapinis*; Vlg., *rapinas*.

a ti, Señor, es la misericordia, porque tú devolverás a cada uno según sus obras [*Semel locutus est Deus; duo haec audiui: quia potestas Dei est, et tibi, Domine, misericordia; quia tu reddes singulis secundum opera eorum*²²]. Así como el salmo tiene su inicio en el Padre y el Hijo, una vez recorrida la sucesión de los hechos, de la misma manera se cierra. Dice, en efecto: **Dios ha hablado una vez**. Si esta expresión la entiendes de manera literal, se plantea un problema de no poca importancia. En efecto, frecuentemente Dios ha hablado a nuestros padres: a Noé, Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés y a todos sus demás santos. Pero, **una vez** –y ello de manera especial– ha hablado a su Hijo, como dice el salmo dos: *El Señor me dijo: Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy* (Sal 2,7). En efecto, es del todo evidente que el Padre a ningún otro le dijo cosa parecida. También –como es opinión de algunos– **Dios ha hablado una vez**, porque, antes de los tiempos, engendró al único Verbo consustancial a Él, inmenso, coeterno e igual en poder. Es, en efecto, engendrado, Dios verdadero de Dios verdadero, luz de luz, inmortal de inmortal, invisible de invisible, omnipotente de omnipotente, y todo lo demás que aquella unidad incomprensible creemos, realmente, que posee en común. Pero veamos qué son estas **dos cosas** que dice **haber escuchado** Yedutún, tras haber pasado por encima de los vicios humanos, transportado a la contemplación divina y escuchado con el oído del espíritu. Escuchó, primero, que el Hijo tiene **poder** en sí mismo, como está escrito en el Evangelio: *Tengo poder para entrehar mi vida, y poder para tomarla de nuevo* (Jn 10,18). Sigue lo segundo: **Y a ti, Señor, la misericordia**, expresión a la que se ha de añadir: *Gusta* [placet]²³. En efecto, ambas cosas –poder y misericordia– son propias de la Divinidad: misericordiosamente puede²⁴ y poderosamente se apiada. No obstante, para que entiendas que esto se dice más claramente con relación a Cristo, sigue el tiempo del juicio: **Porque tú devolverás a cada uno según sus obras**, según está escrito: *El Padre a nadie juzga, sino que todo juicio lo ha entregado al Hijo* (Jn 5,22).

Conclusión del salmo

En este salmo, vemos brillar las luces de las sentencias, como si fueran cirios encendidos. Reluce la fe; resplandece la verdad, que el pueblo cristiano debe considerar, a fin de que siga la senda de la recta fe, no siendo cegado por las tinieblas de este mundo. Que se aleje el error de los gentiles, que cesen las murmuraciones de los herejes, que desaparezcan la vanidad y la mentira. Que no se gloríen en el ingenio ni en las enseñanzas del mundo, sino que se ponga la esperanza en la verdadera sabiduría, sabiduría que suele dar cosas tales que nadie puede aducir en su contra. Haz, Señor, que también nosotros pasemos por encima de los vicios, para que, purgados nuestras almas, podamos llegar a Ti.

²²TL., *singulis secundum opera eorum*; Vlg., *unicuique iuxta opera sua*,

²³Posiblemente habría sido mejor traducir el latín *et tibi, Domine, misericordia* por *tuya es, Señor, la misericordia*, pero, en tal caso, lo que sigue con referencia al sobreentendido *placet* no habría tenido cabida. Casiodoro quiere decir que lo segundo que Yedutún ha conocido es que *al Hijo le gusta la misericordia*, ser misericordioso.

²⁴TL., in textu: *possit* [mss. A., F., prossit].

SALMO SESENTA Y DOS

Salmo de David, estando en el desierto de Idumea¹.

[*Psalmus David, cum esset in deserto Idumaeae*].

Las palabras **salmo** y **David** se refieren frecuentemente a Cristo el Señor y frecuentemente a la Iglesia, porque Cristo está en sus miembros y los miembros se contienen en su Cabeza. En efecto, si algo padece la Cabeza, lo padecen también los miembros; y, al contrario, si los miembros sufren tormento, la cabeza, sin duda alguna, se compadece, como dice el Apóstol: *Si algo padece un solo miembro, todos los miembros se compadecen; o, si un solo miembro es glorificado, todos los miembros se alegran conjuntamente* (1Cor 12,26). Por ello, a la Iglesia, que es la que en este salmo va a hablar, con justicia le son propuestas las palabras que designan al Señor Salvador. En efecto, ésta habita **en el desierto de Idumea**, es decir, en la aridez de este mundo, lugar donde está sedienta, donde desea, donde pide con ansia la misericordia del Señor, hasta que merezca llegar a aquella gloria eterna. **Idumea** es, en efecto, aquella región donde se escondió David, huyendo de la persecución de Saúl [1Sam 22,1]. La traducción de este nombre –como varias veces hemos dicho– es *cosas terrenales*, de manera que, con toda claridad, entendamos que este desierto significa las acciones completamente despojadas de los bienes espirituales. Por ello, al despuntar el día, la Iglesia está en vela para el Señor, rogando no ser envuelta por los errores de este mundo.

División del salmo

Aquella esposa espiritual, que acoge en su seno a los miembros del Salvador, dice, en la primera parte, que ha sido arrebatada por el insaciable deseo de contemplar la grandeza del Señor, anhelando que su alma sea colmada de la grosura de todos los bienes, hasta tanto pueda ser hallada digna de sus alabanzas. En la segunda parte, da gracias, porque bajo [206] el velo de las alas del Señor ha eludido las turbulencias de este mundo, asegurando que sus enemigos serán enviados a sufrir condena a los lugares inferiores de la tierra. Pero proclama que Cristo Rey se ha de alegrar en Dios Padre en compañía de con los santos.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Dios, Dios mío, para ti desde la luz estoy en vela²; en ti estuvo sedienta mi alma** [*Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo; sitivit in te anima mea*]. En primer lugar, la repetición misma del Nombre digno de toda reverencia muestra el afecto de la piadosa súplica. En efecto, al decir: **Dios, Dios mío**, está expresando, en cierto modo, que es suyo, de manera que con tal deseo pueda mostrar mejor que es el nombre propio de Él. Añade: **Para ti desde la luz estoy en vela**. *Se está en vela para Él*, siempre que se está dormido para la ambición del mundo, pues logramos obtener las cosas de

¹Hebr., בְּהִיְתוֹ בְּמִדְבַּר יְהוּדָה [Cuando estaba en el desierto de Judá]. Este salmo de David hace referencia, ciertamente, al tiempo de sus persecuciones, aunque no se puede determinar con exactitud cuándo tuvo la lugar la persecución a la que se refiere. No pocos son los que piensan que se trata de la huida de David al desierto de Zif, huyendo del furor de Saúl (1Sam 23,14-15). Los LXX traducen: ψαλμὸς τῷ Δαυιδ ἐν τῷ εἶναι αὐτὸν ἐν τῇ ἐρήμῳ τῆς Ιουδαίας [Salmo de David, cuán él estaba en el desierto de Judea].

²Hebr., אֶשְׁחַרְרֶךָ [a ti madrugaré], aunque las traducciones son variadas. Véanse algunas: dall'alba io desidero te solo (Ravasi); por ti madrugo (Schökel- Carniti); yo te busco (Kraus). Los LXX vertieron por πρὸς σὲ ὀρθρίζω [a voy de madrugada].

arriba, si nos damos prisa en abandonar las cosas de aquí abajo. Bien dice: **Desde la luz**, tiempo en que brilló la luz de la resurrección de Señor, en modo de cantar sus alabanzas, cuando vivificó al género humano, mediante el hecho probatorio de su resurrección. Sigue: **En ti estuvo sedienta mi alma**. Ha dicho: **Estuvo sedienta**, sedienta, ciertamente, del agua de la que habla el Evangelio: *Mujer, si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide agua, tú la pedirías de él, y él te daría agua viva* (Jn 4,10). Así, pues, el **alma** de los fieles *tiene sed* de Dios, cuando ansía sus mandamientos y sus excelsas virtudes, cuando desea ver a Aquél de quien fluyen las fuentes de toda clase de bienes. Ella es, por tanto, el *alma* que, cultivada por las realidades celestes, considera el mundo como algo desierto. El alma que siempre está ardiente, que siempre tiene sed, hasta tanto mereciera llegar a la fuente de la misericordia divina.

Verso 2.— **¡Ay, de cuántas maneras mi carne a ti!. En el desierto, y donde no hay camino, y donde no hay agua** [*Quam multipliciter tibi caro mea! In deserto, et in invio, et inaquoso*³]. Dijo anteriormente que su alma estaba sedienta de Dios. Ahora dice que también su **carne de muchas maneras** afirma tener un deseo semejante, para expresar que así como de ambas partes —alma y carne— el autor es Dios, así también vehementemente las dos lo desean. Pero entendamos que, al decir: **¡Ay, de cuántas maneras!**, está dando a entender que la carne está aún más sedienta de Dios, pues cuanto más frágil se es tanto más ardientemente se siente el deseo del Médico piadoso. Así, pues, el alma del pueblo bienaventurado tiene sed de las virtudes que la santa Escritura recomienda. Pero, una vez más, son innumerables las cosas que la carne pide de Dios para sí misma. Una y otra necesitan ser salvadas, pero la carne necesita más. Necesita alimento, bebida, vestido, medios para desplazarse, sueño, moderación de las aguas, salubridad del aire, dinero con que comprar y todas las demás cosas, que el alma no necesita, pero de las que cuerpo, por exigencia natural, de ningún modo puede prescindir. Dice ahora dónde *está su carne sedienta de muchas maneras*. Lo está **en el desierto**, como también el título ha dicho, o sea: en la indigencia y en la hambrienta esterilidad de este mundo. Sigue diciendo: **Y donde no hay camino**, porque el mundo no tiene camino en sí mismo, si no es el Señor Salvador, que es camino para los ciegos y rectitud salvadora para los que yerran. Y añade: **Y donde no hay agua**, es decir, en lugar estéril e infructuoso. En efecto, decimos que un lugar es *acuoso*, porque en él hay abundancia de agua. *No acuoso*, por el contrario, es lo árido y estéril, donde, con razón, el alma se endurece, a consecuencia de la excesiva sequedad. De este modo, por medio de estos tres nombres, viene descrita la indigencia de este mundo.

Verso 3.— **Así en lo santo me mostré a ti⁴, para ver tu poder y tu gloria** [*Sic in sancto apparui tibi, ut viderem virtutem tuam et gloria tuam*]. Sufriendo la sed de la carne y del alma en el desierto, donde no hay camino ni tampoco agua, dice la Iglesia que ella *se mostró en el santo* y fiel propósito, cuando conoció que Cristo es verdadero Dios. Pero entendamos bien lo que dice: **Me mostré a ti, para ver tu poder**, porque nadie ve la verdad, si no puede presentarse, primero, a Dios. En efecto, si el sol de este mundo nos hace ver, cuando con la luz de su claridad resplandece, ¡cuánto más lo hará el poder divino, sin el cual nada bueno podemos recibir ni nada bueno poseer!.

Verso 4.— **Porque mejor es tu misericordia que la vida⁵; mis labios te alabarán** [*Quia*⁶

³TL., *In deserto, et in invio, et inaquoso*; Vlg., *In terra deserta, et invia, et inaquosa*.

⁴Hebr., *כִּן בְּקֶדֶשׁ חַיְיִתִּיךָ* [*Así te vi en el santuario*]. Los LXX: οὕτως ἐν τῷ ἁγίῳ ὡφθην σοι [*Así en lo santo me he aparecido a ti*].

⁵Hebr., *מִחַיִּים* [*mejor que las vidas*], en plural. Los LXX leen también ὑπὲρ ζωάς [*sobre, más que las vidas*], como la Vlg., *super vitas*, y también S. Agustín, pero no así Casiodoro.

⁶TL., *Quia*; Vlg., *Quoniam*.

*melior est misericordia tua super vitam*⁷; *labia mea laudabunt te*]. Llama **misericordia** a los premios, que con generosa piedad promete Dios a sus santos y que con mucho es preferible a la vida presente. En efecto, a ésta la invaden innumerables tribulaciones; a aquélla la acompaña la tranquilidad eterna, que tanto dista de la luz del mundo cuanto los tormentos pueden diferenciarse de la quietud eterna. De aquí que también las multitudes de los mártires busquen de buen grado la muerte de este tiempo actual, porque saben que, a cambio de esta muerte temporal, gozarán de la victoria, que permanece siempre, como dice el Apóstol: *No son de comparar los sufrimientos de este tiempo con la gloria futura que se revelará en nosotros* (Rom 8,18). Sigue: **Mis labios te alabarán**. Después de los beneficios dichos anteriormente, promete el obsequio de una devota alabanza, obsequio de gran agrado a los ojos de Dios, como el Señor dice en el Evangelio: *¿Acaso no han quedado limpios los diez? ¿No se ha hallado quien volviera y dar alabanza a Dios, sino este samaritano?* (Lc 17,18). En efecto, el alma santa no quiso ocultar aquello que era merecedor de acusación.

Verso 5.— **Así te bendeciré en mi vida, y en tu nombre alzaré mis manos** [*Sic benedicam te in vita mea, et in nomine tuo levabo manus meas*]. Vuelve a considerar lo anteriormente dicho, o sea: *Porque mejor es tu misericordia que la vida*. **Vida**, palabra breve en sílabas, pero ingente promesa en cuanto a la cantidad. Pues, ¿qué otra cosa mayor podía ofrecer el hombre que de buen grado entregar el alma a su Creador?. En efecto, cada uno *bendice en su vida* a Dios de manera perfecta, cuando, mediante las buenas obras, habita en esta luz. Añade: **Y en tu nombre alzaré mis manos**. **Alza** sus **manos en el nombre** del Señor el que, perseverando en las buenas obras, eleva su oración al Señor con los brazos extendidos, para que el modo mismo de orar sea como un dibujo de la señal de la santa cruz. En efecto, a menudo se nos recomienda adoptar tal postura, durante la oración, pues también Moisés, cuando luchó contra los amalecitas, extendidas las manos al cielo, así elevaba sus súplicas (Éx 17,11). Y en otro salmo se lee también: **He extendido mis manos hacia ti** (Sal 142,6). Asimismo dice el Apóstol: *Alzando las manos puras, sin ira ni rencillas* (1Tim 2,8). Y entiende que, en este gesto de extender las manos, se nos recuerda que debemos realizar la obra santísima, que la santa fe recomienda y que ninguna fealdad mancilla.

Verso 6.— **Como de enjundia y de manteca se colme mi alma; y los labios de exultación alabarán tu nombre** [*Sicut adipe et pinguedine repleatur anima mea; et labia exsultationis laudabunt nomen tuum*⁸]. Sabemos que las sagradas Escrituras revelan frecuentemente los misterios celestiales, sirviéndose de comparaciones tomadas de cosas terrenales. Así, la **enjundia** es la envoltura grasienta de las vísceras, envoltura que cubre y contiene el interior del hígado. La **manteca** es la obesidad propia del animal que ha sido bien cebado. Esta manteca fue digna para los sacrificios y adecuada en las inmoluciones. Haciendo uso, por tanto, de esta similitud, la Iglesia pide que su **alma** fuera engordada con la manteca de las virtudes, para poder ser ofrecida dignamente a Dios. En efecto, el alma no puede verse lustrosa, si no brilla apacentada por el Señor. Ahora bien, la manteca del alma es el conocimiento de las realidades divinas: la fe recta, la paciencia inconcusa, y todas las demás cosas, por medio de las cuales, la hambrienta delgadez de este mundo resulta vencida. Sigue: **Y los labios de exultación alabarán tu nombre**. En efecto, resecos los **labios** por la aridez del pecado, no podían [207] ocuparse de las alabanzas divinas, como también en otro salmo se lee: *Pero dijo Dios al pecador: ¿por qué narras tú mis justicias, etc.?* (Sal 49,16). Pero, al recibir el alma devota la manteca de la misericordia del Señor, con digna **exultación alabará su nombre**.

Verso 7.— **Si me he acordado de ti sobre mi lecho, en las mañanas meditaré en ti** [*Si memor*

⁷TL., *super vitam*; Vlg., *super vitas*.

⁸TL., *et labia exsultationis laudabunt nomen tuum*; Vlg., *et labiis exsultationis laudabit os meum*.

fui tui super stratum meum, in matutinis meditabor in te]. En éste y en el verso siguiente, de este modo se nos presenta nuevamente el silogismo hipotético: *Si me he acordado de ti sobre mi lecho, también en las mañanas meditaré en ti, porque has sido hecho mi ayudador, y en el cobijo de tus alas exultaré. Pero me he acordado de ti sobre mi lecho, y en las mañanas meditaré en ti, porque has sido hecho mi ayudador. Luego, en el cobijo de tus alas exultaré.* Así, pues, una vez enumeradas las dificultades de este tiempo presente, que en lo desierto y donde no hay camino ni agua padeció la Iglesia, llega a la segunda parte, donde afirma que su seguridad está sujeta al Señor, porque bajo el velo de sus alas pudo evitar las perfidias de los enemigos, manifestando así que al Señor se le debe buscar en las tribulaciones y que, en la seguridad, se ha de salmodiar su nombre. En efecto, al decir la Iglesia: **Si me he acordado**, está dando a entender que ella se ha acordado siempre del Señor y que no lo ha olvidado en la prosperidad, que es cuando los humanos corazones suelen permitir que caigan de la memoria los beneficios recibidos. En efecto, mediante la palabra **lecho**, significa aquel lugar de reposo, donde acostumbramos a dejar que nuestro cuerpo se entregue al sueño y placenteramente pueda recuperarse de su cansancio. Así, pues, la palabra *lecho* se ha referir aquí a cosas prósperas y serenas, cuando con dificultad tenemos a Dios en la memoria. **En las mañanas meditaré en ti.** Vuelve ahora a aquello que ya dijo anteriormente: *Para ti desde la luz estoy en vela.* En efecto, el hombre fiel justamente vigila **en las mañanas**, porque ni siquiera en medio de sus prosperidades podía olvidarse de quien es el Autor de la luz. A estos fieles les dice el Apóstol: *Vosotros sois hijos de la luz e hijos del día* (1Tes 5,5).

Verso 8.— **Porque has sido hecho mi ayudador y en el velo de tus alas exultaré** [*Quia factus es⁹ adiutor meus, et in velamento alarum tuarum exultabo*]. Este verso y el siguiente contienen los beneficios que, por la generosidad del Señor, le habían sido concedidos. Ciertamente, en los peligros fue para ella un **ayudador**, cuando estaba en el desierto y donde no hay camino ni agua. **Y en el velo de tus alas exultaré.** Bajo la sombra de sus alas exulta la Iglesia, cuando está *sobre su lecho*, es decir, establecida en la prosperidad. Así, en la brevedad de un solo verso ha incluido la intención de todo el salmo.

Verso 9.— **Mi alma se apegó detrás de ti; me acogió tu diestra** [*Adhaesit anima mea post te; me suscepit dextera tua*]. Consideremos el deseo del que suplica. En efecto, no dice que la Iglesia está cerca, sino que **se ha apegado** al Señor. Este verbo *–apegarse–* implica una relación unitiva tal que el que *se apeg*a al Señor jamás retrocede ya de su buen propósito. Y es que una caridad extraordinaria produce un afecto también extraordinario, en modo de amar hasta tal punto que podamos estar siempre apegados a Dios, como también dice el Apóstol: *Quien se apeg*a al Señor es un único espíritu (1Cor 6,17). Añade: **Detrás de ti.** Ciertamente, **detrás**, porque el apóstol Pedro pecó, cuando quiso ir delante y escuchó entonces que le dijo el Señor: *Ve detrás de mí, Satanás* (Mc 8,33). Es esto algo propio de la Escritura divina, o sea: que el Señor es más favorable a liberar a aquéllos a los que les ordena ir detrás de Él, donde no hay lugar alguno para el error. Sigue: **Me tomó tu diestra.** La **diestra** del Padre es Cristo el Señor, que **acoge** a la Iglesia, para protegerla bajo el velo de sus alas.

Verso 10.— **Mas ellos mismos en vano buscaron mi alma; entrarán en los lugares más bajos de la tierra** [*Ipsi vero in vanum quaesierunt animam meam; introibunt in inferiora terrae*]. Cuando dice: **Ellos mismos**, está refiriéndose a los que, con impía oposición, intentaron acabar con Cristo, en quien todos hallan su sanación, en quien todos viven placenteramente. **En vano buscaron su alma.** Esto sucedió, cuando, con falsas incriminaciones, decretaron derramar la sangre de Aquél que, pasados tres días, había de resucitar para la gloria sempiterna. Sigue la pena que caerá sobre los

⁹TL., *factus es*; Vlg., *fuisti*.

pecadores: **Entrarán en los lugares más bajos de la tierra**, porque no son llevados al cielo, sino que, allá abajo, serán devorados por las entrañas de la tierra. En efecto, los malos pensamientos caen en las profundidades de la tierra, porque de ellas salen, y al mismo cenagal de donde salieron son devueltos nuevamente. Claramente sucedió esto a los judíos, cuando maquinaron derramar, de manera blasfema, la sangre de un inocente.

Verso 11.— **Serán entregados a manos de la espada, serán partes de las zorras** [*Tradentur in manus gladii, partes vulpium erunt*]. La nación judía fue **entregada a manos de la espada**, cuando los emperadores romanos Vespasiano y Tito la devastaron con muerte e incendio. En efecto, la **zorra** es —entre las fieras— un animal sumamente astuto, que se procura el alimento con ardides y custodia su salud con hábiles engaños. A justo título, son comparados con las **zorras** los hombres dolosos, que con disimulada astucia maquinan llevar a cabo sus iniquidades. Se aplica esto muy bien a Herodes, de quien el Señor dijo: *Id, y decid a esa zorra: No será aprehendido un profeta fuera de Jerusalén* (Lc 13,32.33). Y en el Cantar de los Cantares se lee: *Cazadnos las zorras que exterminan la viña* (Ct 2,15). Este género de bestezuela se emplea frecuentemente en sentido negativo, porque —como hemos dicho— está dotado en una extraordinaria astucia. En efecto, los judíos no quisieron creer las cosas celestiales y fueron hechos **partes de las zorras**, es decir: pasaron a participar de la maldad de los engañadores. O bien, la expresión: *Serán partes de las zorras* podría referirse a aquella devastación de Jerusalén, en que los cadáveres de los judíos fueron alimento de las **zorras**, así como de otras fieras. O también —según es el parecer de algunos— los judíos son *partes de las zorras*, cuando deciden unirse con perversa voluntad a los hombres mentirosos y fraudulentos.

Verso 12.— **Pero el Rey se alegrará en el Señor; serán alabados todos los que juran en él** [*Rex vero laetabitur in Domino*¹⁰; *laudabuntur omnes qui iurant in eo*]. Llama **Rey** al Señor. En efecto, Él es Rey por siempre, como aquel título inalterable de la pasión mostró que particularmente le conviene. En efecto, también a Pilato, que lo interrogaba sobre su persona, el mismo Señor le respondió: *Yo para esto he nacido* (Jn 18,37). Dice también: **Se alegrará en el Señor**, es decir, en el Padre, como Él mismo atestigua: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí* (Jn 14,10). Añade: **Serán alabados todos**. Cuando los santos de Dios alaban a Cristo, ellos mismos se hacen indudablemente dignos de alabanza, porque no pueden narrar dignamente sus alabanzas, sino aquéllos que merecieren llegar a la palma de la indulgencia. Añade: **Los que juran en él**. No ha dicho los que juran *por* Él, a fin de que creas que se manda jurar, hecho éste que, en otro lugar, quedó prohibido, conforme a lo que está preceptuado: *No juréis, ni por el cielo, ni por la tierra*, etc. (Mt 5,34). Pero **jurán en Él** aquéllos que le prometen el obsequio inviolable del espíritu. En efecto, también en otro lugar, esta expresión tiene el significado de una promesa fiel, como en aquel salmo se lee: *El Señor ha jurado verdad a David, y no lo engañará* (Sal 131,11). Ciertamente, la Divinidad, al no tener nadie semejante a ella, no podía jurar por otro.

Porque tapada fue la boca de los que hablan cosas inicuas [*Quia obstructum est os loquentium iniqua*]. Expresa la causa de la alegría, por la que el Rey se alegra en el Señor, y se alegran todos los que fielmente le cumplieron el voto de su promesa: **Porque tapada fue la boca de los que hablan cosas inicuas**. No callan completamente en este mundo quienes con afán dedican su tiempo a malintencionados discursos, pero se advierte mejor el día de aquel juicio, cuando toda clase de iniquidad —una vez universalmente convicta— tiene que guardar silencio [208] y ya no hablará más de aquello que en modo alguno le aprovecha. Y fíjate en que, en los dos anteriores versos, ha hecho referencia al castigo de los pecadores y ha narrado la felicidad de los santos en compañía del Señor. A esta figura literaria, en la lengua griega, se le llama *syndiasmos*; en latín, *collatio* [unión], cosa que

¹⁰TL., *in Domino*; Vlg., *in Deo*.

aquí estimo que se adapta convenientemente, en cuanto que, una vez hecha la unión, se han referido las cosas buenas y malas relativas a las diversas partes.

Conclusión del salmo

Oh, verdaderamente santa Madre Iglesia, que nutres de tus sagradas ubres a los fieles de Dios, y haces que, sin dolor, se lleven las adversidades que, en medio del combate de este mundo, aseguras soportar de buen grado, hasta llegar al final. Dices también que siempre se han de dar gracias al Señor, a fin de que nunca nos abrume la tribulación, dándonos tú a conocer en nosotros mismos aquello que podemos amar. Muestras, finalmente, qué puede acaecer a los malos y qué a los buenos, hasta tanto llegue el momento en que –disipada ya toda duda– se sirva al Príncipe verdadero con todas las fuerzas de la verdadera piedad. Concédenos, Rey eterno, que nosotros, que nos alegramos ahora en la predicación de la santa Madre, disfrutemos del don futuro de tu indulgencia.

SALMO SESENTA Y TRES

Para el fin. Salmo de David.

[In finem, psalmus David].

Las palabras de este título –como se ha dicho ya muchas veces– se refieren absolutamente a Cristo el Señor, que es el que, a lo largo de todo el salmo, va a hablar. Están escritas, en efecto, sin relación alguna a ningún episodio de la historia, de tal suerte que la claridad misma del título parezca inspirarnos la luz del salmo, cuya lectura emprendemos. En efecto, es el Señor el que va a hablar de su pasión, que da la vida al mundo e infunde la luz de la fe. Escuchemos, por tanto, con espíritu solícito, pues, aunque muchas veces estas palabras se repitan, sin embargo, siempre recibimos de ellas un beneficio nuevo. Este salmo es el sexto de los que hablan brevemente de la pasión y resurrección del Señor.

División del salmo

En la primera parte, el Rey y Cabeza nuestra, Cristo el Señor, manifestando que realmente va a asumir la condición humana, ruega ser librado del temor del pueblo judío, evocando sus engaños e impías obras, como si ya hubiesen tenido lugar. Da a conocer que, por medio de sus persecuciones, ellos lo habían entregado a la muerte, pero que Él había llegado a la gloria de la resurrección. Se burla, en la segunda, de la crueldad de los judíos, en cuanto que son ellos los que, más bien, quedaron desconcertados, a la vista de sus propios crímenes, cuando –al resucitar el Señor– fue proclamada su fortaleza. En efecto, se hicieron manifiestos entonces la alegría de los justos y el poder de la recta fe.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Escucha, oh Dios, mi oración, cuando estoy atribulado; libra mi alma del temor del enemigo** [*Exaudi, Deus, orationem meam, cum tribulor*¹; *a timore inimici eripe animam meam*]. En razón de la humanidad asumida, en la que iba a padecer, ruega Cristo el Señor que, en su tribulación, **sea escuchada su oración**, pidiendo con todas sus fuerzas aquello que le es beneficioso. Pero escuchemos diligentemente qué es lo que pide. En efecto, ha seguido diciendo: **Libra mi alma**

¹TL., *cum tribulor*; Vlg., *cum deprecor*.

del temor del enemigo. No pide, en manera alguna, morir por la salvación de todos –de aquí que reconvenga a Pedro, cuando éste le dice: *¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!* (Mt 16,22)–, sino que, **librada el alma del temor** al pueblo perseguidor, se cumpla su pasión santa y voluntariamente aceptada. Ciertamente, así se llevan a efecto los buenos propósitos: cuando no se teme al hostigador. En efecto, si la debilidad humana cede, la iniquidad no es vencida; antes al contrario, al aumentar, se robustece.

Verso 2.– **Me protegiste del conciliábulo de los malvados, de la multitud de los que obran la iniquidad** [*Protexisti me a conventu malignantium, a multitudine operantium iniquitatem*]. Consideremos cómo dice que fue protegido el que padeció y no nos dolamos del hecho de la muerte que la voluntad de los impíos intentó infligir a los fieles del Señor. **Fue protegido** plenamente **del conciliábulo de los malvados**, porque –al haber creído ellos, de manera general, que estaba muerto– quedaron confundidos por la gloria de su resurrección. *Fue protegido*, después, por el poder de su Divinidad, porque era, ciertamente, hijo de hombre y el mismo Hijo de Dios, una sola persona, en dos naturalezas: *Teniendo poder de entregar su alma y volver a tomarla de nuevo* (Jn 10,18). *Fue protegido*, finalmente, porque con la virtud de su poder venció las insidias de los malvados. Añade: **De la multitud de los que obran la iniquidad**. Más arriba había dicho: *Del conciliábulo de los malvados*, cosa que puede referirse a las decisiones tomadas, pero ahora dice: *De la multitud de los que obran la iniquidad*, para expresar así el hecho mismo de su pasión.

Verso 3.– **Porque afilaron, como espada, sus lenguas; tensaron el arco, cosa amarga** [*Quia exacuerunt ut gladium linguas suas; intenderunt arcum rem amaram*]. A lo largo de estos cuatro versos, hasta llegar a la división, sirviéndose de diversas alegorías, va describiendo la persecución de los judíos. Pero, en el presente verso, da a conocer por qué justísima causa *ha sido protegido de la multitud de los que obran la iniquidad*. En efecto, cuanto más ellos **afilaban sus lenguas, como espada** mortífera, tanto más era quebrada su iniquidad, de suerte tal que las maldades, que preparaban, para derramar sangre inocente, se volverían, más bien, en su contra. En efecto, es habitual entre los pecadores el hecho de que aquéllos que se dan prisa por causar daño a otro, se perjudican, primero, a sí mismos. Pero fijémonos en lo que dice: **Afilaron sus lenguas**, es decir, se hace referencia a aquel momento en que, como un solo hombre, gritaron: *¡Crucificalo, crucificalo!* (Lc 23,21). Ciertamente, en sustitución del hecho criminal, se da a conocer la sentencia. Y no importa quién sea el que mate, si alguien proclama que el inocente debe ser ajusticiado. Sigue diciendo: **Tensaron el arco**, o sea, las insidias ocultas, que –según ellos consideraban– no serían descubiertas en modo alguno. En efecto, por treinta monedas de plata, compraron al pérfido Judas, que había sido discípulo suyo, para que traicionase al maestro [Mt 26,15-16]. ¡Oh, **cosa amarga** y peor que toda hiel es el hecho de que aquél que fue llamado al convite, se corrompiera para la traición; el que fue discípulo, para la muerte; el que guardaba la bolsa del dinero, para obtener una ganancia que no estaba prevista!.

Verso 4.– **Para asaetear en lo escondido al que está sin mancha; de improviso lo asaetearán, y no temerán** [*Ut sagittent in occultis immaculatum; subito sagittabunt eum, et non timebunt*]. Este versículo está en dependencia de los anteriores: *Tensaron el arco*, **para asaetear en lo oculto al que no tiene mancha**. La expresión: **En lo oculto** se ha de entender en el sentido de que así lo consideraron los judíos. Por lo demás, su acción no podía estar oculta para Cristo, ya que en más de una ocasión la anunció, antes de que sucediera. Esta otra expresión: **Al que no tiene mancha**, puede entenderse de dos maneras distintas. La primera es que con ella se hace referencia a aquellos hombres corrientes, *sin mancha*, los cuales, lavados por la misericordia del Señor, se han vuelto absolutamente puros, como en el salmo cincuenta se dijo: *Me lavarás, y blanquearé más que la nieve* (Sal 50,8). Pero decimos [209] –y ésta es la segunda manera de entender– que verdaderamente *sin*

mancha es solo Cristo, que ninguna mácula de pecado contrajo, sino que, limpiísimo con pureza celestial, estuvo lejos de todo delito. Con razón, pues, refiriéndose a sí mismo, dijo: *Para asaetear al que no tiene mancha*, de manera que el temor a los judíos, que se apresuraron a derramar la sangre del inocente, creciera en mayor medida. Sigue diciendo: **De improviso lo asaetearán, y no temerán. De improviso.** También aquí se ha de entender que así lo consideraron los enloquecidos judíos. En efecto, ¿cómo se ha de creer que sucede *de improviso* algo que, en más de una ocasión, fue predicho a los discípulos?. Como se lee en el Evangelio: *He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado, para ser crucificado* (Mt 20,18), y otras cosas semejantes, que predijo acerca de su pasión². **Lo asaetearán, y no temerán**, palabras que muestran, en efecto, la plasmación de la perversa decisión tomada, a fin de que aparezca manifiestamente que el crimen no sólo se ha urdido, sino que también se ha llevado a cabo.

Verso 5.— **Afianzaron para sí una palabra mala; determinaron esconder los lazos; dijeron: ¿quién nos verá?** [*Firmaverunt sibi verbum malum; disposuerunt³ ut absconderent laqueos; dixerunt: Quis videbit nos⁴?*]. **Afianzaron para sí una palabra mala**, cuando dijeron: *Es reo de muerte* (Mt 26,66); o cuando profesaron: *Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos* (Mt 27,25). Dice: **Afianzaron**, hecho debido realmente a una durísima obstinación, no a una decisión consolidada por la fuerza de la verdad. Continúa diciendo: **Determinaron esconder los lazos; dijeron: ¿quién nos verá?**. Se describe aquí la costumbre de los que pecan. En efecto, todo el que maquina el engaño se detiene a considerar cómo engañar al hombre, para poder así llevar a efecto sus malas acciones. De este modo, los judíos, perversamente obcecados en su espíritu, considerando que Cristo era sólo un hombre, no creían que su maldad sería conocida por Aquél para quien todas las cosas —celestes y terrestres— le son manifiestas, de manera incluso muchísimo más verdadera que el conocimiento que ellos pudiesen tener de ellas.

Verso 6.— **Escudriñaron iniquidades; desfallecieron los que escudriñaban el escrutinio. Se acercará el hombre al corazón profundo⁵, y será exaltado Dios** [*Scrutati sunt iniquitates; defecerunt scrutantes scrutinium. Accedet homo ad cor altum⁶, et exaltabitur Deus*]. Este verso está dividido en estas dos partes. En efecto, dice, primero, cómo son confundidas las decisiones tomadas perversamente; después, cómo desfallece la mente maligna, a la hora de llevar a la práctica su propio pensamiento. Por el contrario, la voluntad buena y el sentido iluminado muestran quién obtiene la ganancia, esto es, el que cuanto más se acerca a Dios tanto más conoce que la Divinidad ha sido exaltada en él. Los judíos **escudriñaron iniquidades**, que, ciertamente, debieron omitir, en cuanto que ningún fruto de salvación de sus propias personas podían encontrar en ellas. Dijeron, en efecto: *Si le dejamos que continúe así..., vendrán los romanos, y nos quitarán nuestro lugar y la nación* (Jn 11,48). **Escudriñaron** también *iniquidades*, cuando oyeron que el Señor dijo al paralítico: *Tus pecados te son perdonados* (Mt 9,2). Consideraron ellos —sin ni siquiera dudarlo— que blasfemaba, y el Señor les dice:

²La cita anterior corresponde al tercer anuncio de la pasión en Mateo, pero anteriormente había sido anunciada en Mt 16,21 y 17,22. También Marcos y Lucas presentan tres anuncios de la pasión (Mc 8,31; 9,39; 10,32; Lc 9,22; 9,44; 18,3).

³TL., *verbum malum; disposuerunt*; Vlg., *sermonem nequam. Narraverunt*.

⁴TL., *Quis videbit nos?*; Vlg., *Quis videbit eos?*.

⁵Versículo en parte corrompido y de diversa lectura. Hebr., *יִתְחַשְׁבוּ עוֹלֹת תַּמְנוּ חֶפֶז מִחֶפֶז וְקָרַב אִישׁ לִבּוֹ עֵמֶק* [*Proyectan crímenes, ejecutan los proyectos bien pensados; pero los interiores del hombre y el corazón son un abismo*]. Los LXX, por su parte, leyeron: *ἐξερευνήσαν ἀνομίας ἐξέλιπον ἐξερευνῶντες ἐξερευνήσει προσελεύσεται ἄνθρωπος καὶ καρδίᾳ βαθεῖα* [*Investigaron iniquidades, se eclipsaron investigando en investigación; se acercará el hombre y el corazón profundo*]. De ahí la Vlg.: *Defecerunt scrutantes scrutinium. Accedet homo et cor altum*.

⁶TL., *scrutantes scrutinium. Accedet homo ad cor*; Vlg., *scrutantes scrutinio. Accedet homo et cor*.

¿Por qué pensáis lo malo en vuestros corazones? [Mt 9,4]. Como dice el Evangelio, *escudriñaron* asimismo *iniquidades*, cuando recurrían a preguntas capciosas, para encontrar con qué acusarlo. Sigue la pena de los que pecan: **Desfallecieron los que escudriñaban el escrutinio**, porque desfallecen siempre en sus pensamientos los que se esfuerzan por llegar a las cosas peores. Con respecto a éstos se dice también en otro lugar: *Y fueron debilitados, y no hubo quien ayudara* (Sal 106,12). Sigue la segunda parte de la sentencia: **Se acercará el hombre al corazón profundo, y será exaltado Dios**. Al decir: **Se acercará el hombre al corazón profundo**, está significando a aquéllos que buscan las cosas divinas con piadosa intención. En efecto, entonces el **corazón es profundo**: cuando piensa en las cosas celestiales y evita las que son terrenas. Éste no desfallece como desfallecen aquéllos que *escudriñan el escrutinio*, sino que crece más y más, y llega hasta alcanzar lo siguiente: creer, a consecuencia de ello, que Dios es sumo y todopoderoso, no porque Dios se haga más profundo, sino porque la Divinidad, contemplada en el corazón de un hombre santo, siempre resulta engrandecida. Y observa que, más arriba, con referencia a los pérfidos judíos, se dijo que *desfallecieron en sus pensamientos*; pero ahora se habla de los apóstoles y de todos los fieles, en cuyo corazón tanto más es exaltado Dios cuanto más hicieron penetrar en las mentes puras los pensamientos más verdaderos y santos.

Verso 7.— **Saetas de niños se hicieron sus plagas**⁷ [*Sagittae parvulorum factae sunt plagae eorum*]. Tras la exposición detenida de la perversidad de los judíos, que intentaron poner el punto y final en la muerte del Señor, llega a la segunda parte, donde, sirviéndose de una muy adecuada comparación, se burla de su griterío y de la dureza de sus planes. Esta figura retórica recibe el nombre de *ironía*. En efecto, ¿qué puede resultar más ridículo y sin sentido que acusar falsamente al que es el Juez verdadero, que querer dar muerte a quien resucitaba a los muertos, que entregar atado a quien desataba las ataduras del mundo?. Armas inofensivas son ciertamente las **saetas de niños**, que —entre sus juegos— solían lanzar al aire endebles cañas, figurándose que eran flechas. Así los crudelísimos deseos de los judíos, de ineficaz maldad, no condujeron a una muerte que se había de llorar, antes al contrario, a una pasión gloriosísima, y causaron heridas tales que, por ellas, la misma muerte moriría, y la prometida salvación del mundo con toda prontitud llegaría a realizarse.

Verso 8.— **Y se han debilitado contra ellos sus lenguas**⁸; **se han conturbado todos los que los veían** [*El infirmatae sunt contra eos linguae eorum; conturbati sunt omnes qui videbant eos*]. En este verso bueno es seguir la traducción de Orígenes, a fin de que podamos tener constancia de una sentencia precisa. Verdaderamente, **se debilitaron las lenguas** de los judíos, cuando dijeron: *Si es el Hijo de Dios, que baje de la cruz* (Mt 27,40). Y vieron, después, que se levantaba del sepulcro Aquél que no creían que podía bajar del patíbulo de la cruz. ¿Dónde está, oh judíos, vuestra incredulidad?. Del que aún estaba vivo decíais: *Si es el rey de Israel, que baje de la cruz* (Mt 27,42). A vosotros mismos os consulto, de vosotros mismos pido juicio: ¡Cuánto más admirable es que un muerto pueda resucitar y no que, estando aún vivo, quisiera bajar de la cruz!. Cosas pequeñas pedisteis, mientras que otras mayores habrían de acontecer. Añade: **Fueron conturbados todos los que los veían**. Veían,

⁷Nada se lee en el texto hebreo de flechas de niños, sino que dice así: **וַיִּרְאוּ אֲלֵהֶם חֵץ פְּתָאִים הָיוּ מִכּוֹתָם** [*Pero una saeta dispara Dios. De repente serán heridos*]. Véase, como antítesis, el verso 4 del presente salmo. Sin embargo, los LXX vertieron: **καὶ ὁψωθήσεται ὁ θεός βέλος νηπίων ἐγενήθησαν αἱ πληγαὶ αὐτῶν** [*saeta de los que aún no hablan, las heridas de ellos*]. La razón está en que éstos el adverbio **פְּתָאִים** [*pit^eōm*, o sea, *repentinamente, de improviso*] lo entendieron por **פְּתָאִים** [*pitā'im*, esto es, *de los simples, de los niños*].

⁸Hebr., **וַיִּכְשִׁילוּהוּ עַל־לִשְׁוֹנָם** [*Y harán caer sobre sí sus mismas lenguas*]. Como siempre, la traducción de la Vlg. se debe a la lectura de los LXX, que dice así: **καὶ ἐξουθενήσαν ἐπ' αὐτοὺς αἱ γλῶσσαι αὐτῶν** [*Y se debilitaron contra ellos sus lenguas*], en lugar de decir: **καὶ ἐξουθενήσαν αὐτὸν αἱ γλῶσσαι αὐτῶν** [*y por nada lo tuvieron sus lenguas*], como aparece en el Salterio romano.

ciertamente, a los litigantes y avergonzados, contra cuyas lenguas la resurrección gloriosa de Cristo actuó. ¡Oh, nuevo y admirable endurecimiento del espíritu!. A causa de su vergüenza, algunos se sentían perturbados, pero su impudencia no podía inclinarse al arrepentimiento. *Conturbados fueron*, en efecto, ciertos creyentes de entre ellos, cuando vinieron a decir a los apóstoles: *¿Qué hemos de hacer, hermanos?* (Hch 2,37). Recibiendo de ellos saludables consejos, por medio del santo bautismo, merecieron ser librados de la condenación eterna.

Verso 9.— **Y temió todo hombre; y anunciaron las obras de Dios, y comprendieron sus hechos** [*Et timuit omnis homo; et annuntiaverunt opera Dei, et facta eius intellexerunt*]. Ya hemos dicho que a menudo el *todo* se emplea en lugar de la parte. En efecto, la expresión **todo hombre** ha de entenderse aquí como referida no al hombre en su totalidad, sino referida a aquél que, considerado el poder de Dios, teme el juicio futuro. En efecto, para que comprendas que se habla sólo de los fieles, fíjate en lo que sigue: **Y anunciaron las obras de Dios**, es decir: la gloria de la resurrección, el reconocimiento en la fracción del pan [Lc 24,31], la ascensión a los cielos [Lc 24,50], y todas las demás cosas que, después de su resurrección, por medio de sus apóstoles, el Señor Salvador tuvo a bien manifestar. En efecto, estas cosas las **anunciaron**, predicando a pueblos muy diversos. Y —¡oh, dolor!— esos pueblos [210], por los milagros de los que oyeron hablar, sí abrazaron la fe, aunque no los vieron, milagros, sin embargo, ante los cuales aquellos judíos —aun habiéndolos visto— no quisieron rendir su espíritu. Sigue: **Y comprendieron sus hechos**. Ciertamente, **comprendieron** que son obras divinas, porque tales cosas la fragilidad humana, en modo alguno, las podía realizar.

Verso 10.— **Se alegrará el justo en el Señor, y esperó en él; y se alegrarán todos los rectos de corazón** [*Laetabitur iustus in Domino, et speravit⁹ in eo; et laudabuntur omnes recti corde*]. Hemos escuchado la promesa del Señor y la sentencia del que juzga con toda verdad. Dice que el **justo se alegrará** en el futuro, porque bien sabía que sus discípulos habrían de ser acosados aquí por las aflicciones de diversos sufrimientos. Pero *se alegrarán*, cuando se sienten en el día de juicio, para juzgar a las doce tribus de Israel. Tristes están temporalmente, pero se alegrarán por siempre, porque mayores son los premios del Señor que todo lo que —por favor suyo— los fieles le ofrecen. Pero, para que no creas que esto anterior se refiere solamente a los apóstoles, sigue ahora una sentencia general: **Y se alegrarán todos los rectos de corazón**. Los **rectos de corazón** son los que andan por los rectos caminos del Señor. Ciertamente, el que retirare el pie de aquella regla, termina por torcerse, y nadie puede ser llamado **recto**, sino el que vive en consonancia con aquella verdad predicada. En efecto, tales cosas se hacen siempre laudables, porque alaban al Señor y de la Verdad misma reciben alabanza. Pues, ¿qué cosa hay más laudable que escuchar del mismo Juez, gloriosa y ardorosamente, en presencia de todos los ángeles: *Venid, benditos de mi Padre* (Mt 25,34), y todas lo demás que el texto evangélico nos enseña?.

Conclusión del salmo

Muy provechosamente nos ha instruido el Señor Jesús en propia persona, al darnos cuenta Él mismo de su propia pasión, cuyo sentido nadie puede refutar. En efecto, cuando decimos a los judíos: *La Iglesia católica habla*, ellos acaso reciben esto con negligencia. Cuando les ponemos delante a su profeta, recurren, sin embargo, a falsas interpretaciones, para obtener algún argumento como excusa de haber asumido la mentira. ¿Qué han de decir ahora los obstinados, que oyen hablar al mismo Señor acerca de acontecimientos futuros referidos a Él mismo, a quien se gloriaron de hacerle pasar por una crudelísima pasión, cuya resurrección —acaecida entre ellos— el mundo conoció y que promete a los

⁹TL., *et speravit*; Vlg., *et sperabit*.

incrédulos las penas merecidas, pero los premios eternos a que permanecen fieles?. Suplicad, judíos, mientras hay tiempo; buscad –en tanto os sea posible– ser recibidos a la derecha, entre los corderos, a fin de que no sea vuestro destino ser arrojados a la izquierda, haciendo compañía a los cabritos.

SALMO SESENTA Y CUATRO

Para el fin. Salmo de David.

Cántico de Jeremías y Ezequiel sobre el pueblo de la transmigración, cuando comenzaban salir¹.

[In finem, psalmus David, canticum Ieremiae et Ezechiel de populo transmigrationis, cum inciperent proficisci].

Para el fin. Salmo de David. Palabras ya de sobra conocidas. Pero nos queda por explicar todo lo que sigue. Cuando el pueblo hebreo –cautivo, a causa de su desobediencia– fue deportado por la gente caldea, los profetas **Jeremías y Ezequiel** dijeron que, una vez transcurridos setenta años, volvería nuevamente a su patria, para reconstruir la ciudad de Jerusalén, devastada por los enemigos (Jer 25,11). Añade: **Sobre el pueblo de la transmigración**. Se trata, ciertamente, del pueblo hebreo, que fue deportado a la ciudad de Babilonia, hecho histórico, que en sentido espiritual significa que, a causa de nuestros pecados, somos conducidos bajo el poder del diablo. **Babilonia** –como a menudo se ha recordado– se traduce por *confusión*², confusión que tiene que ver especialmente con el diablo. Este pueblo, que –dejado atrás el cautiverio y una vez abandonada Babilonia– corría deprisa, para llegar a Jerusalén, la ciudad del Señor, tiene a la vista a aquéllos que, condenada la confusión de este mundo, se esfuerzan por entrar en la Iglesia de Cristo. A éstos –según afirma la autoridad de los Padres– se ajusta todo este salmo, porque, cuando el pueblo regresaba a Jerusalén, a Jeremías y Ezequiel ya se los había llevado la muerte. Pero, para salvar la dificultad de este asunto, tal será para nosotros el orden de las palabras: *Para el final. Salmo de David. Según la profecía de Jeremías y Ezequiel sobre el pueblo de la transmigración, cuando comenzaban salir*³. De este modo, se entiende con mayor claridad que las palabras de este título se refieren al pueblo y no a Jeremías y a Ezequiel.

¹En el título del texto hebreo se lee solamente: שִׁיר לְדָוִד מִזְמוֹר לְמַנְצֵחַ [Para el maestro del coro. Salmo de David. Cántico]. Sin embargo, los LXX añaden: Ἱερεμίου καὶ Ἰεζεκιηλ ἐκ τοῦ λόγου τῆς παροικίας ὅτε ἐμελλον ἐκπορεύεσθαι [de Jeremías y Ezequiel por el asunto de la residencia en país extranjero, cuando iban a salir]. Véase la Vlg. Sigo aquí la nota de SCIO DE SAN MIGUEL: Se cree, por tanto, que esto, que aparece en el texto griego, fue añadido en tiempos muy posteriores. Suponiendo la autoría de David, entre los autores antiguos, hay quienes piensan que este rey pudo componer el presente salmo con espíritu profético, para que fuese cantado por los israelitas al tiempo de su salida de Babilonia y vuelta de su cautiverio a Judá, conforme a las profecías de Jeremías y Ezequiel, que profetizaron este retorno. Otros son de la opinión de que se trata de una composición himnica en acción de gracias por alguna copiosa lluvia caída, tras un largo tiempo de severa sequía, como la que se refiere en 2Sam 21,1. 10-14, composición que se cantaba en el tabernáculo sobre música del mismo David y que, muchos siglos después, por haberse perdido dicha música, Jeremías y Ezequiel –personajes distintos de los dos célebres profetas y buenos maestros de música– la adaptaron a aquel tono y así la cantaron. Tal hecho –opinan estos autores– se añadió después al título del salmo, como una tradición. Sin embargo, todo lo dicho anteriormente no tiene otro apoyo que la mera conjetura. Pero, entre los autores modernos que venimos consultando, ni SCHÖKEL ni RAVASI hacen referencia a este asunto. Sólo en KRAUS leemos: Por lo demás, no entendemos por qué los LXX. y Vlg. relacionan este salmo con Jeremías, Ezequiel y los desterrados que regresaban a la patria... Será muy difícil señalar la fecha de la composición del salmo o incluso de una sola de sus partes. Las dos partes podrían ser anteriores al destierro. S. Agustín dedica una amplia reflexión a este título, pero véase la explicación de Casiodoro.

²HIER., Liber de nominibus hebraicis (PL 23, 820).

³In finem, psalmus David, per prophetiam Ieremiae et Ezechiel de populo transmigrationis, cum inciperent proficisci.

División del salmo

En la primera parte del salmo, este pueblo, que abandonó los pecados del mundo, volviendo al Señor Salvador y reconociéndolo como autor de su liberación, pide que su oración sea escuchada, afirmando que sólo es dichoso aquél que pueda merecer llegar a sus atrios. En la segunda parte narrando, mediante semejanzas alegóricas, sus diversas alabanzas y su poder, dice que la esperanza es el Señor de todos los confines de la tierra y que con Él se alegran sus santos, exultantes con himnos de júbilo.

Exposición del salmo

Verso 1.— **A ti, oh Dios, se te debe⁴ un himno en Sion; y a ti se cumplirá el voto en Jerusalén** [*Te decet hymnus, Deus, in Sion; et tibi reddetur votum in Ierusalem*]. Una vez vuelto al Señor desde la cautividad del pecado, el pueblo prorrumpe en una magna exultación, proclamando que sólo **a Dios se le debe un himno**, y no a las turbas demoníacas, como antes consideraba la gentilidad. Ésta —la gentilidad— había cantado, en otro tiempo, cánticos dedicados a los espíritus inmundos y a los ídolos. Pero, una vez llevada a la luz de la verdad, proclama que sólo debe ser alabado Aquél que es el Creador de todo cuanto existe, pero que se le ha de alabar no en cualquier parte, sino **en Sion**, es decir, en el lugar de la *contemplación*⁵, que es lo que significa este nombre. Ahora bien, esta contemplación proclama la luz de la recta fe. En efecto, en ella se canta el verdadero **himno** al Señor, mediante cántico sujeto a las buenas normas, no a través de un desagradable griterío de voces. Pero, para que esto penetrara más claramente, añade: **Y a ti se cumplirá el voto en Jerusalén**. Los infieles cumplían los votos a Marte, a Venus y todos los demás seres demoníacos. Si alguien regresaba con vida del campo de batalla, se sacrificaba a Gradivo⁶. Caso de que otro cayera en el repugnante crimen de adulterio, se consideraba necesario adorar a la diosa de la pasión. Pero ahora, una vez conocida la verdad, dice que el voto de las buenas obras se ha cumplir al único Dios, en Jerusalén, nombre que significa *visión de la paz*⁷, en la que permanece fija e inamovible la felicidad.

Verso 2.— **Escucha mi oración; a ti vendrá toda carne** [*Exaudi orationem meam; ad te omnis caro veniet*]. Este pueblo, que anteriormente había dicho: *A ti, oh Dios, se te debe un himno en Sion*, aclama ahora al Señor con súplica hecha de himnos, diciendo: **Escucha mi oración**, en modo de hacer él, primero, [211] lo que había predicho que los demás harían después. Aquel mismo pueblo, que más arriba hemos nombrado, pide que su **oración sea escuchada**. En efecto, sabiendo que había de morir, rogaba a Aquél, ante el cual había de comparecer, una vez acabada esta vida, que lo perdonara aquí, de manera que ya no tuviera que hacer allí juicio ninguno acerca de él. En efecto, así dice el Apóstol, refiriéndose a aquel juicio: *Pues todos compareceremos ante el tribunal de Cristo, para recibir cada uno las cosas propias del cuerpo, según hizo, o bueno o malo* (2Cor 5,10). En efecto, la palabra **carne** no debemos entenderla aquí como referida sólo a los santos, sino como referida a todo hombre, porque

⁴Hebr., לך דמיה תהלה אלהים בציון [A ti el silencio es la alabanza, oh Dios, en Sion], como diciendo que el silencio es la mayor alabanza que se puede dar a Dios, en cuanto que Él excede todo elogio y encarecimiento por parte de los hombres. Pero los LXX leyeron así: σοὶ πρόκειται ὁ θεός ἐν Σιών [Para ti es apropiado, oh Dios, un himno en Sion].

⁵HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 874).

⁶Uno de los sobrenombres de Marte. El término procede del latín *gradior* [marchar], o bien de la acción de arrojar el dardo. A este dios se le daba este nombre en tiempos de guerra, cuyo comienzo presidía. Se le representaba armado de una pica y en acción de caminar apresuradamente. Tenía un templo dedicado bajo este nombre.

⁷HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 885).

todos comparecerán ante Él, ya para ser condenados, ya para ser establecidos en el descanso eterno. Y observa que en las Escrituras divinas, con frecuencia, el alma sola o la carne sola vienen empleadas en lugar del hombre. Se lee, por ejemplo, en el libro del Génesis: *Y entraron en Egipto con Jacob setenta y cinco*⁸ *almas* (Gén 46,27⁹). Y aquí se lee: **A ti vendrá toda carne**. En este lugar, resulta utilísimo recordar la figura retórica llamada *synecdoche*, que significa el todo por la parte.

Verso 3.— **Las palabras de los malvados prevalecieron sobre nosotros, y tú te mostrarás propicio a nuestras impiedades** [*Verba iniquorum praevaluerunt super nos, et impietatibus nostris tu propitiaberis*]. Ciertamente, **las palabras de los malvados prevalecieron**, cuando los padres paganos inculcaron a sus hijos los antiguos ritos y sacrilegios practicados por ellos. En efecto, educados de este modo, a lo largo de la infancia, siguieron adelante, después, con aquello que, en edad todavía tan temprana, habían recibido. Dice: **Sobre nosotros**, como si de un mar profundísimo se tratara, el cual engulle por la fuerza de sus corrientes toda clase de objetos y no permite que se salve del naufragio nada que pudiese tragar. Mas la piedad divina subvino a estos errores, cuando concedió al mundo la salvación, merced a la venida del Señor Salvador. Pero hemos de averiguar qué se pueda entender aquí por *propiciación*. Propiamente, decimos esto con referencia a los sacerdotes, cada vez que, por medio de los sacrificios ofrecidos por nuestros pecados, hacen *propicia* a la Divinidad, de suerte que la ira que los delitos merecían se trueque en gracia de salvación, quedando absueltos, por favor divino, quienes con toda justicia eran tenidos por reos. Así, la Divinidad **se mostró propicia** para con el género humano, cuando nos entregó —como sacerdote y víctima— al mismo Cristo, según las palabras del Apóstol: *Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no imputándoles sus delitos* (2Cor 4,19).

Verso 4.— **Bienaventurado aquél a quien elegiste y tomaste, habitará en tus tabernáculos** [*Beatus quem elegisti et assumpsisti, inhabitabit in tabernaculis*¹⁰ *tuis*]. Consideran algunos que este verso se debe aplicar al Señor Salvador. Sin embargo, nosotros somos de la opinión que debe ser referido, más bien, al hombre bienaventurado, en general. En efecto, con anterioridad había dicho: *Tú te mostrarás propicio a nuestras impiedades*, y ahora prosigue diciendo: **Bienaventurado aquél a quien elegiste y tomaste**, de forma que quede bien entendido que esto no lo ha dicho expresamente de Aquél, que no tenía mancha de pecado, sino con relación al pecador, en general. Por consiguiente, *es bienaventurado aquél a quien el Señor elige*. Pero fíjate en que dice: **Elegiste**, con objeto de que nadie tuviese la pretensión de aplicar esta elección a sus propios merecimientos, como Él mismo dice en el Evangelio: *No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros* (Jn 15,16). Por su parte, la expresión: **Ser tomado** significa ser establecido en aquel descanso eterno, que el piadoso Señor promete a sus santos. Pero qué es lo que a éstos corresponde, a continuación se dice: **Habitará en tus tabernáculos**. Decimos que **habitan** aquéllos que por causa ninguna abandonan el lugar donde están establecidos. Mas de qué *habitación* se trate, en otro salmo se dice: *Ardientemente anhela y desfallece mi alma por los atrios del Señor* (Sal 83,2). En efecto, *habitar* allí es ya un premio, porque allí no pueden entrar, sino aquéllos a los que la misericordia celestial se ha dignado *elegir*.

Verso 5.— **Seremos colmados de los bienes de tu casa: santo es tu templo** [*Replebimur in bonis domus tuae: sanctum est templum tuum*]. Si se quisiera escudriñar los bienes de la casa de Dios —es decir, de la Jerusalén futura— la inteligencia humana carecería de los recursos necesarios. De ellos

⁸TL., in textu: *septuaginta quinque* [ms. A., septuaginta due].

⁹El texto hebreo habla de שבעים [setenta], y así también la Vlg. [septuaginta]. Los LXX, sin embargo, leen ἐβδομήκοντα πέντε [setenta y cinco].

¹⁰TL., in textu: *in tabernaculis* [ms. A., in atriis]; TL., *in tabernaculis*; Vlg., *in atriis*.

dice el Apóstol: *Lo que el ojo no vio, ni el oído escuchó, ni al corazón del hombre sube, lo que Dios ha preparado para aquéllos que lo aman* (1Cor 2,9). Pero, pues está permitido hablar, según lo oído decir, los **bienes de su casa**, que el Señor promete allí a sus santos fieles, son los frutos del treinta, sesenta y cien por ciento [Mt 13,8]. Mas también los *bienes de su casa* están aquí. A ellos se refiere el Apóstol, cuando dice: *A uno se le da el don de la sabiduría; a otro, el don de la ciencia; a otro, la fe en el mismo Espíritu; a otro, la gracia de la curación; a otro, el don de las lenguas; a otro, el don de interpretar las palabras* (1Cor 12,8-9). Pero fíjate bien en que ha dicho: **Seremos colmados**, como queriendo dar a entender que, según nuestra medida, según lo que podamos coger, eso tomaremos, significando así lo que en el mismo Apóstol leemos: *Pero a cada uno de nosotros es dada la gracia, según la medida del don de Cristo* (Ef 4,7). Sigue: **Santo es tu templo**. Esto, o bien hace referencia a la casa de Dios, que es la Iglesia, o bien se refiere a la encarnación del Señor, como en el Evangelio está escrito: *Destruid este templo, y en tres días lo edificaré* (Jn 2,19), y un poco más adelante explica el evangelista: *Pues decía esto, refiriéndose al templo de su cuerpo* (Jn 2,21).

Verso 6.— **Admirable en la equidad. Escúchanos, Dios, salvador nuestro** [*Mirabile in aequitate. Exaudi nos, Deus salutaris noster*]. La expresión: **Admirable en la equidad** hace relación al templo antes mencionado. En efecto, de muchas maneras el templo puede ser digno de admiración, pero ha añadido: **En la equidad**, de manera que puedas advertir aquí aquella venida suya, en la que separará a los buenos de los malos y a cada uno retribuirá, según sea lo merecido. Pero, para que entendamos esto como referido a Él mismo, sigue diciendo: **Escúchanos, Dios, salvador nuestro**. En efecto, Él es nuestro Dios y Salvador, que ha dado al mundo la salvación y, conforme a su piedad, socorre al género humano.

Verso 7.— **Esperanza de todos los confines de la tierra, y lejos en el mar** [*Spes omnium finium terrae, et in mare longe*]. Tras haberse derramado en humilde oración aquel pueblo convertido y habiendo manifestado asimismo estar colmado de los bienes divinos, llega a la segunda parte, en la que describe las alabanzas y virtudes del Señor. En efecto, este sentimiento siega con la hoz de la verdad las creencias y perversas doctrinas de los herejes. Y es que la **esperanza** del Señor no está limitada a ningún lugar ni pertenece a un único pueblo, sino que es **esperanza de todos los confines de la tierra**, pues para Él los humildes deseos están extendidos por el mundo entero. A justo título, Él es *la esperanza de todos*, pues a todos los fieles les ha prometido los premios eternos. Pero, para que no entiendas esto como referido solamente a la *tierra*, a la que llaman grande, ha añadido: **Y lejos en el mar**. Esta expresión, o bien se refiere a las islas, las cuales parecían no estar incluidas en los confines de la tierra, o bien se refiere a la anchura del mar, es decir, habitáculo del mundo entero. De este mar se lee en otro salmo: *Este mar grande y espacioso de manos* (Sal 103,25). Es ancho, porque en él se contienen naciones innumerables. El mismo Señor da confirmación también de que por **mar** puede entenderse el mundo, pues dice a sus discípulos: *Os haré pescadores de hombres* (Mt 4,19). En efecto, ¿dónde están los peces, sobre todo, si no es en el mar?. Así, pues, con razón este mundo es comparado con el mar, porque es amargo por las falsedades, golpeado por las olas diabólicas y agitado por las tempestades de los vicios.

Verso 8.— **Que preparas los montes en tu fortaleza, ceñido de poder** [*Praeparans montes in virtute tua, accintus potentia*]. Examinemos este verso con un poco de más cuidado, pues es profundo por la sutilidad de sus palabras. En efecto, la expresión: **Que preparas los montes en tu fortaleza** no se refiere, en modo alguno, a las alturas terrenales. De hecho, no decimos **preparar**, sino [212] cuando nos referimos a algo provisto de la cualidad necesaria para otros usos oportunos. Y así, considerado esto en sentido alegórico, entendemos convenientemente que tales **montes preparados** son los apóstoles, que fueron elegidos para el ministerio de la predicación, teniendo la fortaleza de la

fe y la altura de la santidad, humildes en el modo de vida, pero excelsos en el merecimiento. El Señor los preparó **en su fortaleza**, porque, por su medio, obró grandes milagros, y ello de tal manera que, por la grandeza de la palabra, convirtieran a los incrédulos y, por la maravilla de los hechos, pudieran reblandecer los más duros corazones. Pero en qué modo ha *preparado* estas cosas, a continuación lo dice: **Ceñido de poder**, o lo que es lo mismo: revestido de su Majestad. En efecto, la humanidad del Verbo del Señor está **ceñida de poder**, de suerte que lo que, en cuanto hombre, no poseía, la fortaleza divina lo aportara. Nos *ceñimos*, ciertamente, con el honor del cinturón, con tal de que una sea, sin embargo, la dignidad del cingulo y otra distinta la naturaleza del que se ciñe. Así quedó dicho también en el salmo cuarenta y cuatro: *Cíñete tu espada alrededor de tu muslo, oh poderosísimo* (Sal 44,4). Y en otro lugar: *Me ceñiste de alegría* (Sal 29,12). En efecto, estas cosas y otras semejantes indican las dos naturalezas de Cristo el Señor, plenísimas y perfectas en una misma persona, como la entera Iglesia católica confiesa.

Verso 9.— **Tú que conturbas lo profundo del mar; ¿el estruendo de sus olas quién lo soportará?**¹¹. **Serán turbadas las gentes** [*Qui conturbas profundum maris; sonum fluctuum eius quis sustinebit? Turbabuntur gentes*¹²]. Tras haber dicho, sirviéndose de la alegoría de los montes, que los apóstoles fueron preparados, dice ahora qué ha obrado el Señor, por medio de ellos. En efecto, mediante la predicación de los apóstoles, el Señor **conturbó** no sólo la superficie, sino también **lo profundo del mar**, o sea: los corazones de los gentiles, que estaban hundidos, hasta lo más profundo. Efectivamente, considerando que sus númenes guardaban silencio y viendo asimismo que habían sido reducidos a la nada, con razón, *fueron conturbados en el corazón*, pues reconocían que sus esperanzas se habían desvanecido. Y es que, al dar al mundo el nombre de *mar*, coherentemente los corazones de los necios son comparados con su *fondo*. En efecto, de ahí surge todo aquello que levanta las olas de los pecadores; de ahí procede la conmoción inesperada, que sacude la inocencia y extenúa a los santos. Sigue: **¿El estruendo de sus olas quién lo soportará?**. Se significan aquí a los perseguidores, los cuales, levantándose como olas altísimas, su **estruido** —es decir, la crueldad de sus palabras— en modo alguno podrían los hombres soportarlo, a no ser que su perversidad —con la ayuda de la gracia divina y una vez quebrantada— acabase por ser vencida. **¿Quién lo soportará?**. Se dice esto en cuanto que hace referencia a la frágil condición humana. En efecto, con el favor del don del Señor, los mártires pudieron soportar su violencia. Tal es la razón, sobre todo, por la que estaban conturbadas las gentes: porque reconocían que los hombres más fieles, estando en vida, realizaban prodigios y, una vez muertos, cumplían los deseos de los que pedían su intercesión. Por el contrario, sus númenes y su presunto poder estaban como asustados y se negaban a responder. En efecto, entonces Apolo Delfico guardó silencio; Diana se separó de Delfos; Venus Citerea sintió vergüenza. Pero, pregunto: ¿qué podían hacer las gentes, al ver que sus dioses se estremecían?.

Verso 10.— **Y temerán todos los que habitan los confines de la tierra, a causa de tus signos; en la salida de la mañana y por la tarde te deleitarás** [*Et timebunt omnes qui habitant fines*¹³ *terrae a signis tuis; exitus matutini et vespere delectaberis*¹⁴]. Se significa aquí el tiempo en que los apóstoles realizaban los más diversos signos. En efecto, forzosamente la totalidad de los habitantes del orbe de la tierra tenía que estremecerse a la vista de tales signos, acerca de los cuales ningún escrito había dado

¹¹Hebr., מְשִׁיבֵי יָם שְׁאוֹן גְּלִיָּהֶם [Tú que apaciguas el estruendo de los mares, el estruendo de sus olas]. Los LXX: ὁ συνταράσσων τὸ κύτος τῆς θαλάσσης ἤχους κυμάτων αὐτῆς [El que conturba la cavidad del mar, los estruendos de sus olas].

¹²TL., *sonum fluctuum eius quis sustinebit? Turbabuntur*; Vlg., *sonum fluctuum eius? Turbabuntur*.

¹³TL., *timebunt omnes qui habitant fines terrae*; Vlg., *timebunt qui habitant terminos*.

¹⁴TL., *delectaberis*; Vlg., *delectabis*. Es preferible la lección de la Vlg.

noticia ni visión alguna los había revelado. Efectivamente, el mismo pueblo, que está ahora en uso de la palabra, dice de dónde pudo concebirse aquel temor, es decir: **A causa de tus signos**. Y añade: **En la salida de la mañana y por la tarde te deleitarás**. La expresión: **En la salida de la mañana** indica el tiempo en que alguien, dejando a un lado los placeres de este mundo, se convierte al Señor Creador. En efecto, **la mañana** es el momento en el que el día empieza a clarear y, durante su desarrollo, va embelleciéndose con la hermosura de la luz. Ahora bien, mediante la expresión: **Y por la tarde te deleitarás**, está significando aquel otro tiempo en que todo está oscuro para los que sufren graves adversidades, pero que –muy a pesar de todo– llegan al Señor Creador, que sus tristezas las transforma en alegría. Así, **a causa de la salida** de ambas cosas, **se deleitará** el Señor, porque de todas partes va sumando devotos, gracias a la abundancia de su generosidad.

Verso 11.– **Visitaste la tierra y la embriagaste; multiplicaste enriquecerla**¹⁵ [*Visitasti terram et inebriasti eam; multiplicasti locupletare eam*]. Por la palabra **tierra** debemos entender aquí el género humano, que fue saciado y restablecido, cuando el Señor se dignó venir. Pero de dónde proceda la **embriaguez** de esta tierra, en otro salmo se dice: *Y tu copa que embriaga, ¡cuán preclara es!* [Sal 22,5]. Feliz ebriedad, saciedad saludable, que cuanto más copiosamente se toma tanta más sobriedad se digna dar a las almas. Por tal razón, este modo de hablar debe considerarse como propio de las Escrituras divinas, pues, por lo general, dicho vocablo se emplea en ellas en sentido positivo. Por el contrario, en las escrituras profanas o en las fábulas corrientes, la palabra *ebriedad* adquiere siempre un sentido negativo. Añade: **Multiplicaste enriquecerla**. Estas palabras dan a entender un don de inestimable medida. En efecto, quien **multiplica enriquecer** no dice cuán grande sea una determinada cosa, sino que es llevado hasta la inmensidad aquello que con tales palabras promete. De hecho, el vocablo latino *locuples* [rico] indica algo que tiene muchos lugares [*loca plura*]. Es la **tierra** que se dignó asumir, no la que pisó, según acostumbra hacer el hombre. Leemos, en efecto, que esta *tierra* por la que caminamos no será enriquecida, sino que será, antes bien, transformada, como en el profeta Isaías está escrito: *Y habrá un cielo nuevo y una tierra nueva* (Is 65,17).

Verso 12.– **El río de Dios**¹⁶ **está colmado de aguas; les preparaste su comida**¹⁷, **porque así es tu preparación** [*Flumen Dei repletum est aquis; parasti cibum illorum, quia ita est praeparatio tua*¹⁸]. Bien es comparada la misericordia de Dios con un río rebosante de agua. En efecto, ninguna sequedad puede hacer que disminuya el caudal, que no puede agotarse por mucho que se beba de él. El agua del mundo o bien aumenta por las lluvias o disminuye por la sequía. Pero **el río de Dios** siempre está lleno, siempre permanece igual. Sobre ello está escrito: *El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios* (Sal 45,5). Y el mismo Señor dice en el Evangelio: *Quien bebiere del agua que yo le doy, nunca más tendrá sed; sino se hará en él una fuente de agua que salta hasta la vida eterna* (Jn 4,13). Y no cause extrañeza el hecho de que la palabra **río**, en unos lugares, se escriba en plural y, en otros, en singular. En efecto, virtud de la unidad es abrazar muchas cosas. Ciertamente, pues sabido es que, cuando decimos *Iglesias*, nos referimos, no obstante, a la sola Iglesia católica, como ya ha sido recordado en diversas ocasiones. Ahora bien, tras haber hablado de la bebida del río, habla ahora del

¹⁵Hebr., רַבַּחַת הָאָרֶץ וְהַשְׂקָהָ רַבַּחַת הַעֲשָׂרָה [visitas la tierra y la haces rebosar, la enriqueces sobremanera]. Los LXX: ἐπεσκέψω τὴν γῆν καὶ ἐμέθυσας αὐτὴν ἐπλήθυνας τοῦ πλουτίζειν αὐτὴν [has visitado la tierra y la has embriagado, la has multiplicado para enriquecerla].

¹⁶Hebr., נַחַל אֱלֹהִים [Río de Dios]. Hebraísmo en lugar de *río grandísimo*. Los LXX: ὁ ποταμὸς τοῦ θεοῦ [el río de Dios].

¹⁷Hebr., הַנָּחַל [el trigo o grano de ellos], es decir, sus trigales, en cuanto que éste es el alimento principal. Los LXX: τὴν τροφήν αὐτῶν [el alimento de ellos].

¹⁸TL., *praeparatio tua*; Vlg., *praeparatio eius*.

alimento espiritual, de suerte que tan copioso banquete del Señor no deje a sus amigos privados de parte alguna. Dice, en efecto: **Les preparaste su comida**. Se trata de una **comida** que no se mastica con los dientes, sino que se devora con la avidez del alma. También sobre esto está escrito: *Les dio pan del cielo. Pan de los ángeles comió el hombre* (Sal 77,27-28). De este modo, todo es referido adecuadamente a la *sagrada comunión*, en la que bebemos su sangre y nos alimentamos de su carne. Y, a fin de no creas que algo se debe a la pura causalidad, como la gentilidad –no merecedora de ser muy tenida en cuenta– considera, sigue diciendo: **Porque así es tu preparación**. En efecto, todas las cosas sucedieron tal como Él había tenido a bien disponerlas. Y así está escrito en el Evangelio: *¿Acaso no se venden cinco pajarillos por dos ases, y ni uno de ellos cae a tierra sin la voluntad de vuestro Padre?* (Lc 12,6).

Verso 13.– **Embriaga sus arroyos¹⁹, multiplica sus generaciones; en sus estilicidios se alegrará, cuando saliere** [*Rivos eius inebria, multiplica generationes eius²⁰; in stillicidiis eius laetabitur cum exorietur²¹*]. También aquí, a los apóstoles o cualesquiera otros fieles que bebieron de aquel río de Dios, siempre a rebosar, los llama **arroyos** [213]. Pero, para que no creas que su bebida era muy ligera, dice que los mismos **arroyos serán embriagados**, de suerte tal que lleguen a una saciedad tan grande que de sobra baste para ellos y alcance también para los demás cuanto les sea conveniente, pues dice: **Multiplica sus generaciones**, esto es, las generaciones de aquel **arroyo** que fluye del río santo, para que, a lo largo de las **generaciones** sucesivas, no falte nunca una provechosa predicación, antes al contrario, **sea multiplicada** la fuente de donde crezca siempre la Iglesia católica, y ello de tal modo que los que ahora rebosan ya de la enseñanza sagrada, puedan enseñar, después, a otros, cosa que con certeza sabemos que diariamente sucede. Hasta aquí, refiriéndose a los cristianos de formación ya muy avanzada²², ha hablado de los **arroyos**. Habla ahora de los **estilicidios²³**, similar con el que se hace referencia a los cristianos, que aún se están iniciando, ya que sus limitados comienzos les impiden penetrar en doctrinas de mayor calado. Acerca de ellos escribe el Apóstol: *No os pude hablar como a espirituales, sino como a carnales; como a párvulos en Cristo os di leche como bebida, no alimento sólido* (1Cor 3,1-2). Los **estilicidios** son, en efecto, gotas que caen de los techos y que van penetrando poco a poco, no por el peso, sino por la asiduidad. En qué medida se diferencien éstos de los arroyos la imagen misma de cada uno nos lo pone de manifiesto. En sus comienzos, por tanto, todo fiel **se alegrará, cuando saliere**. Ciertamente, cuando saliere del agua y del Espíritu santo, que es cuando, verdaderamente, renacemos y cuando, por su inapreciable valor, somos dispuestos para gloria del Señor. En efecto, grande es nuestra alegría, cuando, depuesta la vetustez del antiguo hombre, somos transformados para las alegrías de la nueva regeneración. Pero, aun cuando, en orden a su importancia, pareciera que estos dones de Dios deberían de ser dispuestos de manera distinta, sin embargo, tal como están presentados aquí, muestran con toda certeza el proceso en nuestro crecimiento espiritual. En efecto, en un primer momento, la aridez de la fe va siendo animada, por medio de estilicidios, o sea, el agua caída mansamente, gota a gota. Después, una vez llegada su hora, recibimos el riego abundante de los arroyos, que fluyen del río del Señor. Y, como dice el verso anterior, finalmente llegamos, con la ayuda de Dios, a la plenitud de aquel río. De este modo, mediante estos

¹⁹Hebr., תִּלְמִיךָ רִיָּה [sus surcos riegas]. Los LXX dicen: τοὺς αὐλάκας αὐτῆς μέθυσον [sus surcos embriaga], pero Vlg. ha leído: *Rivos eius inebria*.

²⁰TL., *generationes eius*; Vlg., *genimina eius*.

²¹TL., *laetabitur cum exorietur*; Vlg., *laetabitur germinans*.

²²TL., in textu: *profectos* [ed., perfectos].

²³Se suele traducir esta palabra por *lloviznas*, *lluvia menuda*, *muy ligera*..., y está bien. Sin embargo, propiamente el término *estilicidio* significa el hecho de derramarse un líquido *gota a gota*. Casiodoro lo explica muy bien. S. Agustín no se detiene mucho en ello.

tres momentos, queda puesto de manifiesto el desarrollo ordenado del don divino.

Verso 14.— **Bendecirás la corona del año de tu benignidad, y tus campos se llenarán de riqueza**²⁴ [*Benedices coronam anni benignitatis tuae, et campi tui replebuntur ubertate*]. Se entiende convenientemente que la **corona del año** es todo este mundo, a lo largo y ancho de cual se dilata la Iglesia católica. En efecto, el Señor **bendice** a los que, en verdad, hiciera cristianos mediante el **río**, el **arroyo** y el **estilicidio**, de los que ya ha hablado más arriba. Pero fíjate en lo que sigue después: **Y tus campos se llenarán de riqueza**. Llama **campos** a los hombres fieles y justos. Éstos, por la llaneza de su corazón, con acierto hallan su comparación en la extensa paridad de los labrantíos. En efecto, **serán llenos de riqueza**, porque, por la generosidad del Señor, darán fruto al treinta, sesenta y cien por ciento.

Verso 15.— **Engordarán los confines del desierto**²⁵, **y se ceñirán de exultación las colinas** [*Pinguescent fines deserti*²⁶, *et exultatione colles accingentur*]. Los **confines del desierto** son los pueblos de la gentilidad, a los que ningún profeta había sido enviado, pues todos profetizaban dentro de la nación judía. Así, pues, **los confines del desierto engordaron**, cuando, por gran beneficio de la Divinidad, llegó hasta ellos la santa predicación de los apóstoles y, por la gracia del Señor, se hicieron hermosos —abrazando la fe— aquéllos a los que la horrenda delgadez de la incredulidad, en otro tiempo, los afeaba. De este modo, la primera siembra tuvo lugar, por medio de los profetas, en la nación judía; la segunda fue difundida, a lo largo y a lo ancho del mundo, por obra de los apóstoles. Pero más trigo cosechó el poder del Señor de estos *confines del desierto* que el que obtuvo de aquellas tierras, que parecían haber sido cultivadas, como dice el profeta: *Alégrate, estéril, que no pares; irrumpe y clama, tú que no has parido, porque muchos hijos para la desierta, más que para aquéllas que tienen su marido* [Is 54,1]. Ahora bien, por **colinas** debemos entender el número incontable de los mártires, porque, después de los apóstoles, ellos son los más excelsos. Esto significa, en efecto, la expresión: **Y se ceñirán de exultación**, pues, con la ayuda de Dios, llegan al premio eterno, a través de la paciencia en los sufrimientos.

Verso 16.— **Se vistieron los carneros de ovejas**²⁷, **y los hondos valles tendrán abundancia de trigo. Ciertamente clamarán y cantarán un himno** [*Induti sunt arietes ovium, et convalles abundabunt frumento: etenim clamabunt et hymnum dicent*]. La expresión: **Se vistieron** da a entender aquella vestidura nupcial con la que se vestirán **los carneros de ovejas**, es decir, los apóstoles y los demás santos, que fueron para el pueblo cristiano guías de la buena²⁸ doctrina. Los **hondos valles** significan los pueblos humildes, porque nada hay más humilde que aquéllos que —por así decirlo— se hunden en el seno de la tierra. Estos humildes, por tanto, **tendrán abundancia de trigo**, esto es, de doctrina espiritual y obras virtuosas, como *abundancia de trigo* tuvo aquel publicano, que ni siquiera se atrevía a levantar sus ojos al cielo y, en modo alguno, ponía en sí su confianza, presumiendo de sus

²⁴Hebr., עֲטַרְתָּ שָׁנָתְךָ טוֹבָתְךָ וּמַעְגְלֶיךָ יִרְעֲפוּן דְּשֵׁן [*coronarás el año con tus bienes, y tus ruedas destilarán grosura*]. Por *ruedas* se entienden las señales que los carros, al pasar, dejan marcadas en la tierra. Los LXX traducen: εὐλογήσεις τὸν στέφανον τοῦ ἐνιαυτοῦ τῆς χρηστότητός σου καὶ τὰ πεδία σου πλησθήσονται πιότητος [*Bendecirás la corona del año de tu bondad, y tus campos se llenarán de opulencia*].

²⁵Hebr., יִרְעֲפוּ נְאוֹת מִדְבָּר, [*destilan los pastos del desierto*], pues con la lluvia brotará hierba en el desierto para pasto del ganado. Los LXX: πιαυθήσονται τὰ ὠραῖα τῆς ἐρήμου [*Engrosarán los frutos del desierto*].

²⁶TL., *fines deserti*; Vlg., *speciosa deserti*.

²⁷Hebr., לְבִישׁוּ כְרִיִּים הַצֵּאן, [*se visten las llanuras de rebaños*], porque la abundancia y bondad de la hierba, que ha brotado, hará que el ganado se multiplique en gran número. Los LXX: ἐνεδύσαντο οἱ κριοὶ τῶν προβάτων [*Se han vestido los carneros de los rebaños*].

²⁸TL., in textu: *bonae* [ms. G., bono].

propios méritos [Lc 18,9-14]. *Tuvo abundancia de trigo*, porque fue como **valle hondo**; fue levantado porque, con la ayuda del Señor, se humilló él a sí mismo. Y por la siguiente razón fue hecho más fuerte: porque hizo confesión de la debilidad de sus fuerzas. Añade: **Y clamarán, y cantarán un himno**. Esta conclusión final nos remite a aquellas alusiones sobre las que anteriormente dijo que se habían de entender en sentido alegórico. En efecto, ni los desiertos ni los hondos valles ni los carneros de ovejas ni ninguna de las demás cosas, anteriormente mencionadas, **clamarán y cantarán himno**, sino que *clamarán y cantarán himno* aquéllos a los que acertadamente estas cosas, en sentido figurado, representan. Primero, en efecto, dice que *clamarán*. Pero, para que no creas que se trata de un clamor confuso, añade, después: *Y cantarán un himno*, es decir, una alabanza, hecho éste –como es sabido– que gratamente se refiere a las criaturas racionales.

Conclusión del salmo

Entendamos con qué dulzura se ha alegrado aquel pueblo dichoso, que viene a Cristo el Señor, y conozcamos el don inestimable, que con tanta exultación se lee que es celebrado. ¡Con cuán graciosa variedad ha embellecido también el himno, que había sido prometido en el primer verso del salmo!. Describiendo brevemente la alabanza de su encarnación, el fiel institutor ha mostrado asimismo su ofrecimiento. Dice, por último, que en la resurrección futura todos sus santos se alegrarán en Él, exultantes de júbilo. Así, pues, con admirable brevedad, ha narrado las realidades presentes y, para suscitar en nosotros la mayor de las esperanzas, nos ha prometido los premios futuros. Concédenos, oh Rey celestial, que también nosotros, arrancados de la aridez del pecado y bañados con abundancia por el río de tu misericordia, merezcamos hallar grosura, de manera que, junto con tus santos, podamos cantar sin descanso un himno, que te sea agradable.

SALMO SESENTA Y CINCO

Para el fin. Salmo de David. Cántico de resurrección¹.

[In finem, psalmus David, canticum resurrectionis].

Aunque estos nombres, que figuran al comienzo del título, son sobradamente conocidos por exposiciones anteriores, sin embargo, no estará de más—incluso para los que los conocen— repetir, de vez en cuando, las mismas cosas, con el fin de que el propósito del entero título pueda percibirse con mayor claridad. Como ya se ha dicho, la expresión: **Para el fin** se refiere al Señor Salvador [214], como dice el Apóstol: *En efecto, el fin de la ley es Cristo para justicia a todo creyente* (Rom 10,4). Sin lugar a dudas, la palabra **salmo** hace referencia también al mismo Señor, porque el *salmo*—como instrumento musical— emite su sonido desde su parte más alta, como desde lo más alto resonaron también las obras y palabras del Señor. Por otra parte, ya se ha dicho, más de una vez, que el nombre de **David** se traduce por *deseable y fuerte de mano*², palabras éstas que se refieren, de manera especial, a Cristo, nuestro Rey y Señor. Resta ahora explicar lo que sigue. Todo este **cántico**, que los nombres

¹El título hebreo de este salmo dice solamente לְמַנְצֵחַ שִׁיר מְזִמֹּר [Para el maestro del cor. Cántico de salmo]. En los LXX, sin embargo, encontramos añadido el genitivo ἀναστάσεως [de la resurrección]. Puesto que en este salmo se contiene la ferviente experiencia de un pueblo, que —tras la larga y vergonzosa cautividad sufrida— vuelve ahora a la libertad y da gracias al Señor por su liberación, la Iglesia ha considerado, ya desde muy antiguo, que bajo la imagen de la libertad de los judíos se significa la gloriosa resurrección de Jesucristo. En el salmo se anuncia también la vocación de los gentiles a la fe.

²HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 858).

anteriores muestran que se aplica al Señor Salvador, versa sobre su gloriosa **resurrección**. Por su medio, la Iglesia incita a las gentes –que de antemano, por la gracia de Dios, sabía que finalmente abrazarían la fe– a que se alegren juntas por aquellas cosas que serían restablecidas en Aquél, que es su Cabeza. Pero, puesto que los judíos consideraban que sólo ellos –como pueblo– estaban destinados a obtener los premios de la vida bienaventurada, pues entre las demás naciones –entregadas aún todas ellas al servicio de los ídolos– únicamente él poseía la ley del Señor, aun cuando su infidelidad lo conduciría al pecado, la santa Iglesia, impulsada por el espíritu de profecía, entona este *cántico*, en la certeza de que aquella esperanza de la resurrección no sería sólo prerrogativa de los fieles judíos, sino que también la habría de poseer la universalidad de las naciones, como dice el Señor: *Vivo yo, dice el Señor, y llenaré de mi gloria toda la tierra* (Núm 14,21). Finalmente, también este salmo empieza así: *Aclamad jubilosos a Dios, tierra entera*.

División del salmo

Contra el convencimiento de los judíos, que decían que ellos solos, frente a todos los demás, estaban destinados a la vida bienaventurada, la madre Iglesia –interpuestas tres pausas– canta con alegría la esperanza de la resurrección universal. En la primera parte, exhorta a todos en general a que se alegren por la resurrección del Señor, que habría de conceder a todos los fieles los premios eternos. En la segunda parte, invita a todos a que vengan a considerar las obras de Dios, de manera que una sola fe sea vínculo de unión para todos los que aguardan un mismo premio. En la tercera parte, exhorta de nuevo a las gentes a que bendigan al Señor, que –a pesar de ponernos a prueba, mediante diversas tribulaciones– nos conducirá, no obstante, al descanso de su misericordia. En la cuarta parte, invita otra vez a la gente en general a que, prevenida³ por el ejemplo de su liberación, confíe con más fuerza en el Señor, dándole gracias, porque se ha dignado escuchar su oración.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Con júbilo aclamad a Dios, tierra entera; cantad salmo a su nombre; dad gloria a su alabanza** [*Jubilare Deo, omnis terra; psalmum dicite nomini eius; date gloriam laudi eius*]. La santa Iglesia –como hemos dicho– proclama que se alegre la **tierra entera**, llamada a creer en Cristo el Señor. En efecto, el **júbilo** es la alegría del corazón, que –por ser una alegría tan grande– no puede explicarse con palabras. De ahí que, con razón, escogiera tal palabra como comienzo del salmo, esto es: para manifestar el gozo inefable de un beneficio extraordinario. En efecto, cuando dice: **Toda la tierra**, no está refiriéndose al suelo que se pisa, sino a los fieles y devotos, los únicos que podían alegrarse de milagro tan maravilloso. Esta figura retórica recibe el nombre de *metonymia*, en latín, *transmutatio*, o sea, cuantas veces, por el continente se manifiesta el contenido. Con tal proclamación, en efecto, llena de total confusión a los judíos, quienes creían que la esperanza de la feliz resurrección había sido prometida exclusivamente a ellos. Sigue diciendo: **Cantad salmo a su nombre**. Después de aquel **júbilo** inenarrable, era conveniente exhortar a los futuros pueblos creyentes a cantar salmos, en modo de exteriorizar también, mediante cánticos inspirados, lo que había concebido en el espíritu. En efecto, este sentimiento interior sólo Dios lo conocía, pero su manifestación exterior debía ser escuchada también por los hombres, como está escrito: *Con el corazón se cree para la justicia; pero con la boca se confiesa para la salvación* (Rom 10,10). Por su parte, la expresión: **A su nombre** significa al Señor Salvador, con cuya venida fueron curadas las heridas del mundo. Pero fijémonos también en las palabras que siguen: **Dad gloria a su alabanza**, y obtengamos de ellas el antídoto celestial, que los espíritus resecos necesitan. En efecto, *da gloria a su alabanza* aquél que, con

³TL., in textu: *commonita* [ed., communita].

inmensa alegría, celebra las grandezas del Señor, de manera tal que, atribuyéndolo todo a Él, nada considera que se debe aplicar a las fuerzas humanas. De este modo, se ha de huir de la tentación –y rechazarla con firme convencimiento– de creer que la fragilidad humana –merecedora, más bien, de justa reprobación– pueda ser elevada, por medio de sus propias alabanzas.

Verso 2.– **Decid a Dios: ¡Qué terribles son tus obras! En la multitud de tu poder te mentirán⁴ tus enemigos** [*Dicite Deo: Quam terribilia sunt opera tua*⁵! *In multitudine virtutis tuae mentientur tibi inimici tui*]. En la primera parte del verso, escuchemos qué enseña la Iglesia que deben decir las gentes y con qué gran causa religiosa brevemente se cierra. **¡Qué terribles son tus obras!**. Aunque afirme que las *obras del Señor son terribles*, no ha dicho, sin embargo, cuánto tengan de terror, sino que las obras del Señor han de ser temidas –éste es mi parecer– por la siguiente razón: para que consideremos qué nos podrá suceder, si aquella Majestad, que miró al mundo compadecida, llegara a encolerizarse ahora, a causa nuestros pecados. En efecto, el mismo Dios se dignó hacerse hombre por nosotros, como dice el papa León, doctor apostólico, cuando escribe a Flaviano: *El Creador de los ángeles consintió ser uno de los mortales; invisible en los suyos, se hizo visible en los nuestros; inabarcable, quiso ser abarcado; permaneciendo ante de los tiempos, quiso comenzar desde el tiempo. El Señor de la universalidad, oscurecida la inmensidad de su Majestad, asumió la forma de siervo. El Dios impasible no ha desdeñado ser hombre pasible; y el inmortal, someterse a las leyes de la muerte* (Epist. 23, a Flaviano, cap. 4⁶). Si bien consideramos estas cosas, **terribles son** para nosotros **las obras** del Señor, porque no podemos mostrar a dignidad tan grande lo que, por nuestra salvación, la piedad del cielo se digna recordarnos. En efecto, también en otro lugar, está escrito: *Señor, he oído tu noticia, y he temido; he considerado tus obras, y te tenido miedo* (Hab 3,2). Pero es éste un temor lleno de ternura y piedad; un temor dulce, que no amargo; un temor que engendra esperanza y no crea desconfianza; que acumula el deseo y no extingue el ardor de la caridad. Continúa diciendo: **En la multitud de tu poder te mentirán tus enemigos**. Mostraba **la multitud de su poder**, cuando curaba a los hombres, que sufrían por enfermedades diversas. Pero con relación a este poder **mentían** sus **enemigos**, cuando decían: *Éste no arroja a los demonios, sino en Beelzebub, el príncipe de los demonios* (Mt 12,24). También *mintieron en la multitud de su poder*, cuando, al decir Él: *Veréis al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo* (Mt 26,64-65), ellos respondieron, diciendo: *Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?*. Finalmente, *mintieron en la multitud de su poder*, cuando, tras su gloriosa resurrección, una vez comprados con dinero, dieron a los guardianes la siguiente consigna: *Decid que vinieron de noche sus discípulos y, mientras nosotros dormíamos, lo robaron* (Mt 28,13). De este modo, la venerable Madre Iglesia, mediante breve resumen, ha manifestado los misterios de la santa encarnación futura.

Verso 3.– **Que toda la tierra te adore y que salmodie para ti; que cante salmo a tu nombre, oh Altísimo** [*Omnis terra adoret te, et psallat tibi; psalmum dicat nomini tuo, Altissime*]. Una vez denunciada la mentira de los enemigos, exhorta ahora a la gente, en general, a que **adore** verdaderamente a Cristo el Señor [215]. Y añade: **Y que salmodie para ti**, obsequio que, en verdad, conviene ofrecer al poder divino. Sigue: **Que cante salmo a tu nombre, oh Altísimo**. Primero, había dicho: *Que salmodie para ti*. Nuevamente ha repetido, después, casi las mismas palabras. Casi las mismas, es cierto, pero que –para los que saben fijarse bien– encierran un significado distinto. Efectivamente, en primer lugar, quiso que se entendiera el hecho en sí de salmodiar; pero, después,

⁴Hebr., יִכְחָשׁוּ לְךָ [vendrán a adularte]. Los LXX: ψεύσονται σε [te mentirán].

⁵TL., *opera tua!*; Vlg., *opera tua, Domine!*.

⁶LEO I, MAGNUS, *Epist.* 28, 4, *ad Flavianum* (PL 54, 765-767). Por error, Migne cita la epístola 10.

ha querido recordar las obras de la santidad. Como más arriba se ha dicho, las palabras **a tu nombre, oh Altísimo** significan al mismo Señor Salvador, el cual –a justo título– es llamado **Altísimo**, pues nada existe más alto que esté por encima de Él, en cuanto que –como el Padre y el Espíritu Santo– todo lo posee. Este nombre está puesto, para confundir especialmente la soberbia de los judíos, que de tal modo lo creyeron despreciable que no sintieron temor en crucificarlo. Al mismo tiempo, también con este nombre fueron confundidos los arrianos, pues quien es *Altísimo* en su Divinidad, no puede tener otro que esté por encima de Él.

Verso 4.– **Venid y ved las obras del Señor: ¡cuán terrible en los designios sobre los hijos de los hombres!** [*Venite et videte opera Domini: quam terribilis⁷ in consiliis super filios hominum!*]. En la segunda parte, la esposa del Rey eterno invita a las gentes a que, con espíritu devoto, contemplen los milagros del Antiguo Testamento, para que conozcan que lo que al pueblo hebreo le aconteció en figura, en Él se ha realizado en toda su realidad. Pero apropiadamente se ha dicho: **Venid**, como si todavía estuvieran lejos, como si habitaran aún en la ciudad de Babilonia. Se ha dicho también: **Ved**, es decir: conoced con la luz del corazón. Por lo demás, era imposible que pudieran ver con los ojos de la cara aquellos hechos que sucedieron en tiempos pasados. Dice: **Las obras de Dios**. No estas obras, que todos ven por igual, tales como el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Les invita a contemplar, de manera particular, aquellas cosas que los hombres fidelísimos conocieron espiritualmente, esto es: que el mar se abrió –dividiéndose en dos partes– ante los hebreos, que iban huyendo; que, por espacio de cuarenta años, todo aquel pueblo fue alimentado hasta la saciedad en medio del desierto; que las aguas del Jordán se separaron, permitiéndoles pasar a pie enjuto, y todas las demás cosas que –en figura– acontecieron a los hebreos. Añade: **Cuán terrible en los designios sobre los hijos de los hombres**. Hizo a los *hijos de los hombres* terribles y dignos de ser temidos⁸, cuando, por medio de ellos, mostró grandes milagros. Pero en qué consistan estas obras, que hasta las gentes rudas desea que conozcan, los hechos que siguen las irán dando a conocer.

Verso 5.– **El que convierte el mar en tierra árida, y los ríos se atravesarán a pie; allí nos alegraremos en ello mismo**⁹ [*Qui convertit mare in aridam, et flumina¹⁰ pertransibunt pede; ibi laetabimur in idipsum¹¹*]. Éstas son las *obras del Señor*, que el verso anterior ha recordado. **Convirtió el mar en tierra árida**, cuando hizo que el pueblo hebreo pisara un camino de tierra por en medio de las olas. **Atravesó los ríos a pie**, cuando, dividido el Jordán a derecha e izquierda, condujo a la muchedumbre judía a la tierra de promisión. Pero podría valer la pena indagar a qué puede deberse el hecho de que la palabra **ríos** aparezca aquí en número plural, siendo así que leemos que sólo en el río Jordán acontecieron los hechos en cuestión. No sin razón, porque, aunque este suceso tuviera lugar sólo en este río, sin embargo, otros hechos semejantes acontecieron a menudo también en él. En efecto, también por él atravesó Elías y las corrientes de este río se abrieron, para dejar paso a su discípulo, que venía de regreso (2Re 2,8-14). O puede deberse también a que, en las divinas Escrituras, no es algo infrecuente tomar el singular por el plural, o a la inversa. Sigue: **Allí nos alegraremos en ello mismo**. Se apresura a mostrar ya aquí los misterios de aquellas obras, porque, en la prefiguración de ellas, verdaderamente se alegró, más tarde, el pueblo cristiano. En efecto, el hecho de que el pueblo judío pasara por en medio del mar, era anuncio del futuro bautismo de Cristo. El hecho de que atravesaran

⁷TL., *opera Domini: quam terribilis*; Vlg., *opera Dei: terribilis*.

⁸L., in textu: *fecit terribiles atque metuendos, cum* [ms. A., *factus terribilis atque metuendus, cum, etc.*].

⁹Hebr., *שָׁם נִשְׂמְחָה בּוֹ* [*allí nos alegraremos en él*]. Los LXX: *ἐκεῖ εὐφρανθήσόμεθα ἐπ' αὐτῷ* [*allí nos alegraremos en él*].

¹⁰TL., *et flumina*; Vlg., *in flumine*.

¹¹TL., *in idipsum*; Vlg., *in ipso*.

los ríos, sin miedo a hundirse, a pie enjuto, significaba que los torrentes de este mundo sí podían atravesarse sin peligro y llegar a los segurísimos lugares de la penitencia. De aquí que fuera necesario que la Iglesia, junto con sus fieles santos, dijera que ella **se alegraría en ello mismo**, es decir, allí donde se halla la fuente de nuestra alegría y está dispuesto el origen de la salvación eterna. Pero, en cuanto a la repetición *allí y en ello mismo*, sólo cabría decir que se trata de algo de empleo corriente en las Escrituras divinas.

Verso 6.— **El que domina por su poder eternamente, sus ojos miran sobre las gentes** [*Qui dominatur in virtute sua in aeternum, oculi eius super gentes respiciunt*]. Ha explicado lo dicho anteriormente: *Nos alegraremos en ello mismo*. Ciertamente, nos alegraremos en el Aquél **que domina con su poder eternamente**. En efecto, también los príncipes de la tierra pueden **dominar**, pero no **en su poder**, ni tampoco **eternamente**. Por tal razón se han añadido estas dos cosas: para poner de manifiesto la fuerza del Rey todopoderoso. Además, con objeto de que la gentilidad —aún ciega— no llegase a considerar como algo vacío las promesas antes dichas, añade: **Sus ojos miran sobre las gentes**, de manera que lo que éstas no podían ver por sí mismas, sí pudieran contemplarlas, inspiradas por la mirada de la verdadera luz. En efecto, el Señor ilumina a los que mira; dispone a los que visita, y los libera.

Verso 7.— **Los que provocan a la ira, no sean exaltados en sí mismos** [*Qui in ira provocant¹², non exaltentur in semetipsis*]. Se ha descrito con la adecuada brevedad algo que es costumbre de nuestra fragilidad, o sea: que cuando —buscando excusar nuestros pecados— nos exaltamos, más bien, en nosotros mismos, hacemos cosas tales que acaban provocando la ira del Señor. Prohíbe así *exaltarse en sí mismos* a quienes más les debe interesar ser hallados en humildad. En efecto, no en sí mismos, sino en Cristo conviene ser exaltados, allí donde la altura es segura y la subida nunca será motivo de caída.

Verso 8.— **Benedicid, gentes, a nuestro Dios, y escuchad la voz de su alabanza** [*Benedicite, gentes, Dominum, et audite¹³ vocem laudis eius*]. Llega a la tercera parte, en la que exhorta a las **gentes** a que, con voces armoniosas, glorifiquen al verdadero Dios. Continúa diciendo: Y **escuchad la voz de su alabanza**, es decir: recibid con fiel acogida lo que el Padre dice acerca del Hijo. En efecto, la **voz de su alabanza** es: *Éste es mi Hijo amado, en el que bien me he complacido* (Mt 3,17). Una voz que conviene que sea escuchada con puros y fidelísimos corazones, de manera que Cristo el Señor sea creído uno y el mismo, Aquél que, antes de todos los siglos, fue engendrado por el Padre, que es consustancial a Él, y que, concebido de María Virgen, se dignó hacerse igual a nosotros, asumiendo nuestro cuerpo mortal. En efecto, la santa Iglesia vive en esta fe y en esta fe camina, a fin de que se crea que en Cristo el Señor no hay humanidad sin verdadera Divinidad, ni Divinidad sin verdadera humanidad.

Verso 9.— **El que dispuso mi alma para la vida, y no permitió que mis pies se conmovieran** [*Qui posuit animam meam ad vitam, et non dedit commoveri¹⁴ pedes meos*]. Enumera ahora por qué causas se anuncia de antemano la misericordia del Señor. Dos son estos misterios de nuestra liberación. El primero es que, por el sacramento del bautismo, nos lleva a la vida. En efecto, no llegamos a ella por nuestros propios méritos, sino que es el don de su misericordia el que nos atrae. El segundo es que no permite que seamos expulsados de allí, nosotros que estamos abrumados por la

¹²TL., *Qui in ira provocant*; VL., *qui exasperant*.

¹³TL., *et audite*; Vlg., *et auditam facite*.

¹⁴TL., *commoveri*; Vlg., *in commotionem*.

gravedad de nuestros pecados. Antes al contrario, nos **dispone para la vida** Aquél que dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). **No permite que se conmuevan nuestros pies** el que tendió su mano a Pedro, impidiendo que se hundiera (Mt 14,31). Y, para que no creas que estas cosas se dicen como en vacío, a continuación da cuenta de qué peligros el alma fue liberada.

Verso 10.– **Porque nos pusiste a prueba, oh Dios; nos examinaste a fuego, como con el fuego se examina la plata** [*Quoniam probasti nos, Deus; igne nos examinasti, sicut igne examinatur*¹⁵ *argentum*]. Hasta aquí ha profetizado la Iglesia, empleando el número singular. Ahora, en razón de sus miembros, habla en plural, exponiendo, a lo largo de los tres versos siguientes, cuántas son las tribulaciones que afligen a los fieles del Señor. Dios hace que **seamos probados**, cuando, a través de diferentes [216] clases de tentaciones, por la confesión de su nombre, nos concede –indulgente– la capacidad de soportar de buen grado los sufrimientos. En efecto, Él no nos conoce, probándonos, sino que conoce, sabiéndolo todo de antemano. Siguen las distintas penalidades de los mártires. En efecto, **se examina con el fuego** de la caridad la conciencia bienaventurada, que sólo se enciende con el amor de Cristo el Señor, para vencer así los tormentos de las llamas abrasadoras. Pero éste no es un fuego destructor, sino un fuego que purificador. Se pone, por ello, el ejemplo de la plata, que, examinada por el crisol del fuego, se vuelve aún más pura. En efecto, depreciada quedaría la plata con sus suciedades, si el beneficio de un calor muy grande no hiciera desaparecer su impureza nativa.

Verso 11.– **Nos llevaste hasta dentro del lazo; pusiste tribulaciones en nuestras espaldas** [*Induxisti nos in laqueum; posuisti tribulationes in dorso nostro*]. **Nos llevaste hasta dentro del lazo**, esto es: nos hiciste entrar en las cadenas de la cárcel, que los mártires merecieron soportar. **Lazo** éste que no engaña, sino que somete a la prueba. **Lazo** que, ciertamente, amarra; pero que deshace los nudos del alma. **Lazo** que no conduce al pecado, sino que ofrece los dones de la absolución. Añade: **Pusiste tribulaciones en nuestras espaldas**, es decir, los latigazos que Pablo sufrió y que soportó la restante muchedumbre de los fieles. Pero para esto fueron humillados con los azotes: para que, junto con los placeres de este mundo, repelieran la soberbia del diablo. En efecto, cuando dice: *Pusiste tribulaciones en nuestras espaldas*, está dando a entender los dolores que soportaban en su cuerpo, a causa de los correazos.

Verso 12.– **Impusiste hombres sobre nuestras cabezas**¹⁶; **atravesamos por fuego y por agua, y nos hiciste entrar en el refrigerio** [*Imposuisti homines super capita nostra; transivimus per ignem et aquam, et induxisti*¹⁷ *nos in refrigerium*]. **Impusiste**, dice, para que quedase constancia de que todas las cosas habían sucedido, conforme a la voluntad divina, como dice el Señor a Pilato: *No tendrías poder sobre mí, si no te hubiese sido dado de lo alto* (Jn 19,11). Sigue diciendo: **Hombres**, significando aquí a los pecadores, que, en las crueles persecuciones, realmente afligían a los santos mártires, haciendo uso de variados tormentos. **Sobre nuestras cabezas**, o sea, dándoles la potestad de dictar sentencia capital contra nosotros. Añade: **Atravesamos por fuego y por agua**, cosa que es cierto que sucedió, cuando a unos mártires los consumió el fuego; a otros los tragó el agua; y, a través de diversos medios, la muerte se hizo presente en ellos. Sigue la feliz promesa de la edad futura: **Y nos hiciste entrar en el refrigerio**, a fin de que no creas que todos estos padecimientos de la Iglesia tenían

¹⁵TL., *sicut igne examinatur*; Vlg., *sicut examinatur*.

¹⁶Hebr., הָרִכְבָּת אִנּוֹשׁ לְרֹאשֵׁנוּ [*hiciste cabalgar hombre sobre nuestra cabeza*], expresión que se puede entender por *nos impusiste el cruel yugo de amos, que nos obligaban a trabajar como si fuésemos bestias*, o alguna otra paráfrasis parecida. Los LXX leyeron: ἐπεβίβασας ἀνθρώπους ἐπὶ τὰς κεφαλὰς ἡμῶν [*has montado hombres sobre nuestras cabezas*].

¹⁷TL., *induxisti*; Vlg., *eduxisti*.

como fin un abominable castigo, sino que conducían a la felicidad del descanso. En efecto, tras los sufrimientos temporales, el **refrigerio** es la deliciosa y agradable seguridad, que en la retribución aquella recibirán cuantos merecieron sufrir con entereza por el nombre del Señor.

Verso 13.— **Entraré en tu casa con holocaustos; te cumpliré mis votos** [*Introibo in domum tuam in holocaustis; reddam tibi vota mea*]. Vuelven aquí los miembros de Cristo al número singular. En efecto, dice que su cuerpo **entrará** felizmente **en su casa**, es decir, en aquella Jerusalén futura, en donde se piden no los holocaustos de animales, sino la pureza de las almas. Y observa que, así como en los tres versos anteriores ha venido hablando de los sufrimientos de los mártires, así también ahora, en otros cuatro, hasta el final de esta tercera parte, y con el fin de infundir fuerzas a los fieles en medio de sus tribulaciones, evoca los bienes de los bienaventurados, a los que tan grandes premios les promete. En efecto, llámase **holocausto** a la presentación de aquella ofrenda destinada a ser consumida completamente por las llamas. Y, pues antes había dicho que fue probado por el fuego —como se acrisola la plata— dice ahora, con razón, que va a ofrecer un *holocausto*, o lo que es lo mismo: que su alma quedará purificada de todos sus delitos. Sigue: **Te cumpliré mis votos**, es decir: cantaré tus alabanzas perpetuamente y —junto con los ángeles, potestades, tronos y dominaciones— entonaré por siempre himnos a tu misericordia. Éstos son, en efecto, los **votos** de los fieles, éstos son los deseos de los cristianos humildes: que los que estuvieron unidos por la santidad de la fe y de las obras sean recibidos en aquella asamblea del cielo.

Verso 14.— **Los que distinguieron mis labios, y habló mi boca en mi tribulación** [*Quae distinxerunt labia mea, et locutum est os meum in tribulatione mea*]. Da cuenta de aquellos *votos* de los que habló anteriormente, o sea, **los que distinguieron mis labios**. En efecto, aunque hayan sido sometidos a aflicción —como lo fue Job—, los fieles alaban al Señor y siempre se acusan a sí mismos. Y, por tal razón, *distinguen los votos con sus labios*: porque, sin lugar a dudas, se debe separar lo que es atribuido a la humanidad y lo que es ofrecido siempre a la Divinidad. Y considera la feliz santidad del sufrimiento, hasta el punto de decir que, después de la resurrección, Él cumple aquellos votos de alabanza, que cantó en medio de la tribulación, tiempo en que —por su debilidad— la carne peca con frecuencia; y al alma —vencida por los sufrimientos— se le impide, por lo general, llevar a término cualquier propósito digno de aprobación. Pero se muestra aquí, por don de Dios, tan gran abundancia de caridad, para manifestar que todas las adversidades han sido superadas.

Verso 15.— **Te ofreceré holocaustos medulosos con incienso y carneros** [*Holocausta medullata offeram tibi cum incenso et arietibus*¹⁸]. Sigue exponiendo todavía los votos, de que más arriba ha hecho mención. **Holocaustos medulosos** son los sacrificios que, con un corazón puro y sincero, ofrecemos en presencia de la Divinidad. En efecto, cuando en lugar del holocausto, ofrecemos la contrición del corazón, es necesario que haya dentro *é* una fe purísima; que habiten en su interior las obras propias de la fe; que ofrezca —a la misma vez que la médula— una oblación muy enjundiosa, de manera que no sea árido ni vacío a la mirada divina aquello que como sacrificio le ofrecemos. Promete, por lo cual, ofrecer *holocaustos* tales que contengan —juntas— la consistencia de la médula y la enjundia de la fe. Añade: **Con incienso y carneros**. El **incienso** significa las oraciones, que —a modo de timiama¹⁹— son ofrecidas en la presencia de Dios, como en otro salmo se lee: *Suba recta mi oración, como incienso, en tu presencia* (Sal 140,2). Pero, por medio de los **carneros**, son significados los apóstoles, los cuales, con sus piadosas predicaciones, fueron guías para el pueblo cristiano. Y observa que une ambas cosas, diciendo: *Con incienso y carneros*. En verdad, es agradabilísimo al

¹⁸TL., *cum incenso et arietibus*; Vlg., *cum incenso arietum*.

¹⁹Confección olorosa, reservada al culto divino entre los judíos.

Señor el mismo incienso, que está unido a las tradiciones de los apóstoles. Pero recuerda que este verso y el siguiente deben entenderse en sentido alegórico. En efecto, mediante el significado de los animales, se da a entender el sentido de la oblación de los fieles.

Verso 16.— **Te ofreceré bueyes junto con machos cabríos** [*Offeram tibi boves cum hircis*]. Por **bueyes** entendemos los predicadores, los cuales, labrando venturosamente los corazones de los hombres, con sus sentidos celestiales, reunían en un todo las fructuosas semillas de la palabra. Pero por **machos cabríos** debemos entender aquéllos que, deseando ardientemente las perversidades diabólicas, están como revestidos de vicios erizados. En efecto, el nombre latino de *macho cabrio* [*hircus*] trae a la mente algo así como *hirsuto*. Pero la Iglesia también a éstos los ofrece junto con los bueyes, cuando —una vez convertidos— confiesan a Cristo el Señor. *Macho cabrio* fue, en efecto, aquel ladrón que pendía de la de la cruz. Pero, enseguida, fue hecho *buey*, cuando —al mirarlo el Señor— pasó a la conversión de la Verdad. Dijo, en efecto: *Acuérdate de mí, Señor, cuando llegues a tu reino* (Lc 23,42).

Verso 17.— **Venid y escuchad todos los que teméis al Señor, y os narraré cuántas cosas hizo a mi alma** [*Venite et audite, et narrabo, omnes qui timetis Dominum, quanta fecit animae meae*]. Llega a la cuarta parte, en la que convoca no ya a la gente ruda, sino a los fieles y devotos, anunciando que ya no va a hablar de sus sufrimientos, sino que todo cuanto va a decir versará sobre la liberación de su alma. **Escuchemos cuántas cosas hizo a su alma**, para que también nosotros aprendamos a pedir [217] lo que a nuestra Madre el Señor le ha concedido.

Verso 18.— **A él mismo clamé con mi propia boca, y lo exalté bajo mi lengua** [*Ad ipsum ore meo clamavi, et exaltavi sub lingua mea*]. Cumplidas diligentemente estas dos cosas, se hace perfecto el cristiano. Dice, en primer lugar, que **clama** a Dios **con su propia boca**, es decir, con conciencia recta, no con voluntad perversa. En efecto, de aquéllos que, por alguna determinada doctrina, resultan engañados decimos que no tienen un criterio propio, que hablan, dejándose llevar por creencias ajenas. Por tanto, *clama con su propia boca* el que, con pureza, dice humildemente a Dios que no es nuestro, sino enteramente del diablo, aquello de cuya perversidad no hay duda alguna. Sigue, en segundo lugar: **Y lo exalté bajo mi lengua**. Dice: **Bajo mi lengua**, esto es: en la conciencia, porque nuestro corazón está *bajo* nuestra *lengua*, donde, con callada meditación, alabamos y **exaltamos** a Aquél que siempre es Altísimo. Y observa el orden de las palabras. Ha hablado, primero, del *clamor de su boca*, para llegar, después, al afecto purísimo del corazón, donde también nosotros —en silencio— solemos ser escuchados.

Verso 19.— **Si he considerado la iniquidad en mi corazón, que Dios no escuche** [*Iniquitatem si conspexi in corde meo, non exaudiat²⁰ Deus*]. Aquello que había dicho: *Lo exalté bajo mi lengua*, eso mismo diligentemente lo explica ahora. En efecto, quien alaba al Señor en su corazón, no debe mezclar su sentimiento con variada fantasía, ni **considerar iniquidad** alguna, sino que debe entregar a Dios el espíritu con toda solicitud, a fin de que el diablo no pueda hallar en él ningún resquicio por donde entrar. Ciertamente, pues sólo a condición de lo siguiente es recibida la pureza del orante, esto es: a condición de que no esté manchado por ninguna suciedad de pensamientos. Dice, por tanto: Si hice esto, **que Dios no escuche**, dando a entender de este modo que quienes hacen tales cosas se engañan con vacías imaginaciones.

Verso 20.— **Por esto me escuchó Dios, y atendió a la voz de mi oración** [*Propterea exaudivit*

²⁰TL., *si conspexi in corde meo, non exaudiat*; Vlg., *si aspexi in corde meo, non exaudiet*.

*me Deus, et intendit voci orationis*²¹ *meae*]. Porque no había considerado la iniquidad en su corazón, por eso dice que **fue escuchado**. Sube, en verdad, al Señor el clamor de aquél en quien no hay suciedad alguna de cosas humanas. En efecto, cuando *atendemos* nosotros a Él, recibimos como respuesta que también a nosotros Él nos **atiende** con misericordia. Finalmente, dice lo siguiente: **Y atendió a la voz de mi oración**. Supliquemos, pues, que nos conceda una oración totalmente pura, a fin de que, suplicando fielmente, también Él nos escuche en plenitud desde el sagrario de su piedad.

Verso 21.— **Bendito el Señor, que no alejó mi súplica y su misericordia de mí** [*Benedictus Diminus, qui non amovit deprecationem meam*²² *et misericordiam suam a me*]. Cuando Dios **no aleja la súplica**, sin duda, concede su misericordia. En efecto, cuando nuestra oración es abandonada, también se aleja su misericordia. Consideremos asimismo a partir de qué verdad fue concebido el comienzo de esta cuarta parte, pues fue esto lo que dijo: *Venid y escuchad cuántas cosas hizo a mi alma*. Tuvo lugar, al final, el efecto de una certísima promesa, porque **ni se alejó de su súplica** ni suspendió tampoco **su misericordia**.

Conclusión del salmo

Este salmo ha transcurrido con exposición, en verdad, dispersa. Pero nos toca ahora a nosotros aunar su composición, a fin de que la virtud de este cántico pueda conocerse con toda claridad. En primer lugar, la santa Iglesia se ha dirigido saludablemente a todas las gentes, para que, de manera general, se ocupen de las alabanzas del Señor, de modo que el deseo de los bienes de arriba haga desaparecer el afecto de las realidades mundanas. Las invita, después, a aprender que los milagros del Antiguo Testamento fueron concedidos, más bien, a modo de prefiguración, con el fin de que el pueblo, que venía detrás, se sintiera estimulado a la mayor esperanza, ya que las cosas dadas al primer pueblo eran anuncio de los dones de la regeneración futura. Nos enseñó también a nosotros que, por la misericordia del Señor, el pueblo cristiano es liberado del sufrimiento de las diversas calamidades presentes y que, por gracia también de su misma generosidad, llega a aquella patria feliz. Singular promesa, deseable compromiso es ser custodiado aquí —siendo Él el protector— y, por virtud de su generosidad, ser establecido allí en la realidad del premio eterno. Si, con espíritu firme, a esto tendemos siempre, jamás tengamos miedo de los peligros de este mundo, sino que, con alegría suma, cantaremos lo que al final de este salmo está escrito: *Bendito el Señor, que no alejó mi súplica, y su misericordia de mí*.

SALMO SESENTA Y SEIS

Para el fin. En los himnos. Salmo del cántico de David.

[*In finem, in hymnis, psalmus David*].

Estos dos nombres, **himno** y **cántico**, si no se los examina con cuidado, parecerían indicar un idéntico misterio, porque tanto el uno como el otro vienen a significar la alabanza del Señor. Llamamos *himno* a un canto compuesto, según una determinada norma métrica, como consta que todos los salmos de la lengua hebrea han sido formados. Cada vez que estos himnos aparecen en los títulos, se quiere

²¹TL., *et intendit voci orationis; et attendit voci deprecationis*;

²²TL., *deprecationem meam*; Vlg., *orationem meam*.

significar que han sido puestos en acto, mediante instrumentos musicales, tales como el tímpano y el órgano. Pero en este *himno*, que ahora canta el profeta, las palabras **para el fin** ocupan el primer lugar, porque toda la oración va dirigida, sin lugar a duda alguna, a Cristo el Señor. Por su parte, la expresión: **Salmo del cántico** corresponde a aquel tipo de salmo que se canta, valiéndose sólo de la modulación de la voz humana. Pero aquí, puesto que ambos vocablos –salmo y cántico– aparecen juntos, se podría estar dando a entender que la recitación de este salmo habría tenido lugar, mediante la participación conjunta de instrumentos músicos y la voz humana. Y por tal razón, todo canto es también *himno*; pero no todo *himno* es asimismo canto. En efecto, la confirmación de esta distinción la hallamos en lo siguiente: en que los salmos carentes de cántico podían interpretarse, utilizando solamente los instrumentos musicales.

División del salmo

Después del *cántico de Resurrección* del salmo sesenta y cinco, el profeta, guardando un orden admirable, ha añadido su propia súplica, a fin de que, bendecidos nosotros, merezcamos ser llevados al conocimiento divino, conocimiento al que nuestros propios méritos no pueden llegar. Así, pues, en la primera parte del salmo, dirigiendo la palabra a los fieles, suplica al Señor que se digne bendecirlo a él junto con ellos, de manera que, iluminados en el corazón, conozcan que Cristo el Señor será predicado en medio de todas las gentes. En la segunda parte, dirigiéndose ahora al Señor, le dice, con espíritu profético, que Él será alabado²³ por los pueblos, porque juzga a las gentes con equidad. Finalmente, en la tercera, repite el mismo verso con que comienza la parte anterior, pero añadiendo este misterio: *La tierra ha dado su fruto*. Y así, repetida la misma la sentencia, una y otra vez, pide que seamos bendecidos.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Que Dios se compadezca de nosotros, y nos bendiga; ilumine su rostro sobre nosotros, y se compadezca de nosotros** [*Deus misereatur nostri, et benedicat nos*¹; *illuminet vultum suum super nos, et misereatur nobis*²]. Dirigiéndole su súplica [218], ha corrido el profeta en pos del auxilio del nombre que es necesario, diciendo: **Que Dios se compadezca de nosotros**. De manera conveniente ha pedido, en primer lugar, **ser compadecido** aquél que no se glorió de la obra de sus propios méritos. En efecto, fue necesario, primero, que el Señor tuviera compasión de los que erraban y que les diera, después, los dones de su bendición. Añade: **Y nos bendiga**. Ciertamente, pues la bendición de Dios siempre es para nosotros motivo de aumento. Efectivamente, cuando somos nosotros los que lo bendecimos, hacemos sólo lo que debe hacerse; pero, cuando es Él el que nos bendice, concede a nuestra alma los dones que le han de ser de provecho. Pero, veamos qué clase de bendición pide el profeta, porque muchas son las que, por la generosidad del Señor, nos son concedidas. Bendijo a Adán, antes del pecado, diciendo: *Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y dominad sobre ella* (Gén 1,28). Bendijo a Abrahán, cuando dijo: *Ciertamente te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está junto al mar* (Gén 22,17). Bendijo también las tierras en sus diversos frutos, para desterrar la indigencia de nuestra debilidad. Pero aquí pide aquella bendición, que manifiesta a continuación, esto es: que, *alejando de nuestro espíritu las tinieblas, nos ilumine con la claridad del Señor Salvador*. Sigue diciendo: **Ilumine su rostro sobre nosotros**. Ésta era la bendición que se pedía: que *iluminara su rostro sobre ellos*, porque no podían verlo quienes,

²³Recuérdese que el verbo latino *confiteri* puede traducirse, según el contexto, por *confesar* o por *alabar*.

¹TL., *benedicat nos*; Vlg., *benedicat nobis*.

²TL., *misereatur nobis*; Vlg., *misereatur nostri*.

según sus propias fuerzas, no tenían los beneficios de la luz. En efecto, el sentido humano es incapaz de verlo, a no ser que sea inundado por la claridad de su esplendor. Dice de nuevo: **Y se compadezca de nosotros**. Repetición necesaria, porque empezamos a avanzar, por virtud de la misericordia del Señor, y seguimos avanzando, manteniéndonos en la esperanza, gracias a su generosidad. Esta figura retórica recibe el nombre de *epembasis*, es decir, repetición frecuente de una determinada sentencia.

Verso 2.— **Para que conozcamos en la tierra tu camino, en todas las gentes tu salvación** [*Ut cognoscamus in terra viam tuam, in omnibus gentibus salutare tuum*]. Ha puesto de manifiesto con toda claridad lo dicho anteriormente, es decir: *Que nos bendiga e ilumine su rostro sobre nosotros*. En efecto, para esto aprovechan tales cosas: para que en este mundo **conozcamos** aquel **camino** de la verdad, o sea: al Señor Salvador, que nos conduce a la vida, en la que nadie puede errar, a no ser el que se ufana de desviarse de sus preceptos. Y, para que nouviésemos necesidad de probar esto —es decir, quién es el **camino**— y nadie pudiera pensar que se trata de un camino propio de un único lugar, dice consiguientemente: **Tu salvación en todas las naciones**, manifestando también qué beneficio reporta al mundo el hecho de que, por el testimonio de su nombre, dicho camino pueda ser conocido. Este nombre —**salvación**— fue aplicado con toda evidencia a Cristo el Señor, cuando el bienaventurado Simeón, tomándolo en sus brazos, exclamó: *Ahora despide a tu siervo en paz, porque mis ojos han visto tu salvación, que has preparado ante las faz de todos los pueblos*, etc. (Lc 2,29). Considera también que, en el primer verso, el profeta habla al pueblo fiel, pero que, de manera repentina, se vuelve a Cristo el Señor, no por ello mostrando afrenta alguna, en cuanto que hablar a los miembros es hablar asimismo al que es la Cabeza. Esta figura retórica recibe el nombre de *prosphonesis*, es decir, exclamación, cuantas veces, en medio del asunto que se está tratando, sin mediar aviso alguno, nos volvemos al Señor.

Verso 3.— **Que te confiesen los pueblos, oh Dios; que te confiesen todos los pueblos** [*Confiteantur tibi populi, Deus; confiateantur tibi populi omnes*]. Después de haber rogado el profeta que la fe produjera frutos en los fieles, llega a la segunda parte, diciendo al Señor: **Que te confiesen los pueblos, oh Dios**. La expresión: **Que te confiesen** es ambigua. Ya hemos dicho que el término **confesión** puede aplicarse o bien a las alabanzas de los fieles, o bien a las lamentaciones de los pecadores. Pero, en lo que a este caso se refiere, debemos abarcar ambas cosas. En efecto, se debe entender que *los pueblos confiesen* sus pecados y que no dejen de *proclamar*, al mismo tiempo, *la gloria del Señor*. Véase, además, que en este verso el verbo *confesar* está repetido dos veces, y ello con el fin de que conozcas que todo se ha de hacer por obra del pueblo fiel³. En efecto, la adición del adjetivo **todos** destruyó la errónea creencia de los donatistas, que consideran que la Iglesia del Señor no está extendida por todo el orbe de la tierra.

Verso 4.— **Alégrense y exulten las gentes, porque juzgas a los pueblos en equidad, y gobiernas las naciones en la tierra** [*Laetentur et exultent gentes, quoniam iudicas populos in aequitate, et gentes in terra dirigis*]. Nos toca averiguar por qué razón exhorta a las gentes a **alegrarse** y **exultar**, a pesar de haber dicho que el Señor hará juicio. Ciertamente es que la conciencia que siente sobre ella el peso de la acusación puede tener miedo, al escuchar que el Dios veraz habrá de juzgar. Sin embargo, refiriéndose a aquéllos que ya han confesado sus pecados, dice el profeta que no deben sentir temor de ningún juicio futuro. En efecto, de los que por propia confesión se declararon culpables Cristo no es juez, sino abogado. Por tal razón, que exulten y se llenen de alegría las gentes, que en la confesión merecieron llegar a su presencia. Sigue la causa de la alegría, que es ésta: haberse confesado al Juez misericordioso, que sana los corazones de los humildes y doblega las cervices de los soberbios.

³TL., in textu: a *fideli populo* [mss., A., F., ad *fidelem populum*].

Efectivamente, para que puedas advertir aquella confesión de la que antes hemos hablado, dice: **Y gobiernas las naciones en la tierra**. Realmente las gobiernas en este mundo, donde haces que las gentes confiesen sus pecados y no se dejen arrastrar por el error diabólico.

Verso 5.– **Que te confiesen los pueblos, oh Dios; que te confiesen todos los pueblos** [*Confiteantur tibi populi, Deus; confiteantur tibi populi omnes*]. Llega a la tercera sección, donde repite –como puede verse– el mismo verso de la segunda parte, pero añadiendo, sin embargo, una nota del todo distinta. En efecto, en el verso anterior se dijo: *Alégrense y exulten las gentes*, pero ahora dirá que *toda la tierra ha dado su fruto*, de manera que, aunque sea un mismo comienzo el que resuene, no obstante, las cosas que siguen hagan ver que el sentido tiende a razones diferentes. Por otra parte, a estos pueblos, con frecuencia repetidos, algunos han querido darles el sentido de las doce tribus que, en aquel juicio, obtendrán la gracia de la remuneración.

Verso 6.– **La tierra ha dado su fruto; que nos bendiga Dios, nuestro Dios** [*Terra dedit fructum suum; benedicat nos Deus, Deus noster*]. **La tierra ha dado su fruto**, es decir, las confesiones de los pueblos, hecho del que anteriormente hizo mención con repetición hecha a propósito. Realmente el **fruto** recibido fue **suyo**, gracias a la piadosa generosidad de Dios, no aquel otro fruto que produjo la semilla del diablo. También *dio la tierra su fruto*, cuando la multitud de las diversas naciones recibió al Señor Salvador. Ciertamente, aquella tierra, que –por el pecado de Adán– estaba llena de espinas⁴ y abrojos, dio frutos de vida, cuando prestó obediencia a los mandamientos del Señor. En efecto, fue entonces cuando la fe de los apóstoles, llena de Espíritu santo, prorrumpió en la diversidad de lenguas; cuando el mundo conoció prodigios inestimables; cuando la tierra dio realmente su fruto, abandonado las espinas y los abrojos del diablo. Y, pues el fruto llegó a producirse, con razón se pide la bendición. Dice, en efecto: **Que nos bendiga Dios, nuestro Dios**. Una sola vez había pronunciado la palabra **Dios**. Pero, para que no se creyera que se trata del dios de los gentiles –pues también ellos afirman dar culto a dios, aun hallándose envueltos en vacíos errores– añade: **Nuestro Dios**, de manera que se crea que Él es el único Dios, digno de toda adoración, al que la santa Iglesia rinde culto y lo confiesa como Padre, Hijo y Espíritu santo.

Verso 7.– **Que Dios⁵ nos bendiga, y que le teman todos los confines de la tierra** [*Benedicat nos Deus, et metuant eum omnes fines terrae*]. **Que nos bendiga**, cosa muchas veces repetida y que sin interrupción se ha de desear, porque siempre es necesaria, siempre provechosa. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *tautologia*, es decir, la repetición de una misma sentencia. Veamos también en qué modo –entre [219] sus grandes beneficios– se demande el **temor** de Dios. Y es que causa extrañeza el hecho de que, después de haber pedido la bendición, se ruegue que **a todos los confines de la tierra** les sea dado su temor. Pero no se crea así, pues, entre los primeros dones de Dios, está el temor, ya que quienes saben temerlo, no dejan también de amarlo. En efecto, así dice Salomón: *El comienzo de la sabiduría es el temor de Dios* (Sir 1,16). Y en otro salmo se lee: *Tema al Señor toda la tierra* (Sal 32,8). Pero este temor no es algo debido a la agitación humana, sino otorgado por inspiración divina. Por consiguiente, el profeta, lleno de compasión, deseó el *temor para los confines de la tierra*, a fin de que comenzaran todos a creer y, con prudente solicitud, guardaran aquello creído.

⁴TL., in textu: *spinis* [ms. G., peccatorum sipinis].

⁵Obsérvese que en estos tres versos finales aparece el nombre de Dios, por tres veces, siempre con un solo verbo en singular, hecho éste que puede significar perfectamente el misterio de la Trinidad de personas en una sola esencia, como muy bien anotaron los Padres. Casiodoro lo ha subrayado en otras ocasiones, pero no en ésta. Obsérvese también que, el segundo de estos tres versos, no se dice simplemente *Dios*, sino *Dios nuestro*, en razón de la persona del Hijo, el cual asumió nuestra condición humana. S. Jerónimo sí lo hace notar.

Conclusión del salmo

¡Con qué gratísima brevedad ha abrazado este salmo los anchísimos campos de la fe!. En efecto, ha suplicado a Cristo el Señor que, mediante su venida, se dignara bendecirnos con generosa piedad, de manera que la esperada salvación del mundo se diese a conocer a todas las naciones y de la más perfecta religión percibieran el fruto de su misericordia. Así, pues, sea también para nosotros este salmo gratísimo por la brevedad y preclaro por la dignidad de la profecía, pues predijo –antes de tantos siglos– lo que ahora el mundo saludablemente ya ha conocido. Concede, Rey eterno, que así como hemos conocido que Tú has venido en la humildad de la carne, así también sintamos que nos has sido dado como Juez clemente en el poder de la Divinidad.

SALMO SESENTA Y SIETE

Para el fin. Salmo del cántico de David.

[*In finem, psalmus cantici David*¹].

Para el fin. La razón por la que debemos considerar la importancia de esta expresión es que, aunque en ella se hable de **fin**, siempre aparece puesta al principio. Significa, en efecto, el comienzo de las cosas y el principio eterno, como Él mismo dice en el Evangelio: *Yo soy el principio, por lo que también hablo a vosotros* (Jn 8,26). Sigue: **Salmo del cántico**, himno que –como ya se ha dicho– suele cantarse sólo con la voz humana. En cuanto al nombre de **David**, éste designa al mismo Señor, a quien también aquel *fin* anuncia. Largo es este salmo y, para que la fatiga nos sea aliviada, cinco son las pausas que en él se observan y por las que nosotros hemos señalado convenientemente las divisiones. En efecto, aunque en otros salmos el ingenio humano –según el Señor favorezca– las investigue con todo cuidado, con todo, estas cesuras establecidas por la autoridad divina, mediante los interludios, se han seguir cumplidamente. En otro orden de cosas, se ha de saber que, a lo largo de todo el salmo, sirviéndose de comparaciones místicas, es el salmista el que habla. Colmado está este salmo de los misterios evangélicos y es el primero que piadosamente describe la ascensión de Cristo.

División del salmo

En la primera parte del salmo, lleno el profeta del espíritu del conocimiento de lo que está por venir, anuncia –a modo de deseo– qué acontecerá en el juicio futuro tanto a los enemigos del Señor como a sus fieles, y ello con el fin de que, a la vista del castigo, los malvados se llenen de terror y, por la remuneración prometida, los servidores del Señor se sientan rebosantes de alegría. En la segunda parte, da a conocer las gracias que el Señor concedió al pueblo judío, y refiere, después, en qué modo colmó de ellas a la Iglesia. En la tercera, mediante la figura del monte, pone de manifiesto al Señor Salvador, significando los beneficios dados a la Iglesia, al elevarla por el don de su resurrección. Anuncia, en la cuarta parte, que la soberbia de los enemigos del Señor será quebrantada, y dice que incluso de entre los más significados impíos de uno y otro sexo se producirán conversiones y martirios, cuando la venida salvadora del Señor llegue a iluminar el mundo. Dice, en la quinta parte, que en las comunidades, donde los apóstoles y el mismo Cristo anunciaron su mensaje, se debe bendecir al Señor, suplicándole que se digne conservar los dones que tuvo a bien conceder a sus fieles. Apremia también a que vengan pronto al Señor los que moran en este mundo, como en Egipto y Etiopía. En la sexta

¹TL., *psalmus cantici David*; Vlg., *psalmus cantici ipsi David*.

parte, exhorta a todos, en general, a que salmodien a Cristo el Señor, que ya hizo manifiestos los milagros de su resurrección. Y concluye finalmente el salmo con la alabanza del Señor.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Levántese Dios y sean dispersados sus enemigos; y que huyan de su presencia los que lo odiaron** [*Exsurgat Deus, et dissipentur inimici eius; et fugiant a facie eius qui oderunt eum*²]. Con confianza, pide a Dios el profeta aquello que bien sabe él que habrá de venir. Pide, en efecto, la resurrección de Cristo, en la que **sean dispersados** los adversarios, es decir, los judíos, los cuales, al ver el poder de su resurrección, se asustarán de las maldades de sus propios delitos. Con un solo verbo, ciertamente, se describe su castigo. En efecto, el mismo pueblo no es reunido en una sola nación, sino que, difundida la caridad, *es dispersado* por el orbe entero de la tierra. Sigue la pena inapreciable del maldito: **Que huyan de su presencia**, de la faz de Aquél que se halla en todas en partes. Ciertamente, pues, ¿qué es tener que huir continuamente y no poder evitar la presencia del Juez airado?. Añade: **Los que lo odiaron**, para significar a aquéllos que se endurecieron en su pertinacia. En efecto, debemos aborrecer aquellas cosas que nos impiden absolutamente hallar algún tipo de reposo.

Verso 2.— **Como se desvanece el humo, se desvanezcan** [*Sicut deficit fumus, deficient*].

Verso 3.— **Como la cera se derrite en la presencia del fuego, así perezcan los pecadores en la presencia de Dios** [*Sicut fluit cera a facie ignis, sic pereant peccatores a facie Dei*]. En estos dos versos, mediante un doble símil, se pronostica la pena de los pecadores. En efecto, el **humo**, que surge de esta llama corruptible, es un conglomerado tenebroso, que cuanto más se levanta en el aire tanto más se debilita. Con razón, los pecadores son comparados con él, porque de la llama de su maldad salen acciones semejantes al humo, que, aunque con arrogancia se alcen a lo alto, cuanta más altura alcanzan tanto más necesariamente se disipan, como sucede con el humo. Sigue la segunda comparación. La **cera** es una sustancia tierna y suave, obtenida de los panales, que de tal modo se derrite por el calor del fuego que su consistencia se consume completamente. Tal similitud se ajusta perfectamente a los que delinquen, porque, en el día del juicio divino, los pecadores perecerán ante la presencia de Dios lo mismo que la cera se derrite, cuando se la acerca al fuego. Y considera que aquí no dice que los pecadores, que serán atormentados con el fuego eterno, pueden consumirse en su propia sustancia, sino que dice que éstos **han de perecer en la presencia de Dios**, porque nunca llegarán a obtener su gracia y beneficios, como algunos de los que andan equivocados intentaron sostener. Y observa que, en estos versos, la figura retórica empleada es la conocida con el nombre de *parabole*, es decir, la comparación de cosas disímiles entre sí. En efecto, el *humo* y la *cera* vienen comparados con los pecadores.

Verso 4.— **Y banqueteen los justos, y exulten en la presencia de Dios; que se deleiten en alegría** [*Et iusti epulentur, et exsultent in conspectu Dei; delectentur*³ *in laetitia*]. Así como más arriba ha hablado de la pena de los pecadores, así narra ahora la remuneración futura de los justos. Llamamos **banquetes** a los exquisitos y abundantes festines, que desde luego reconfortan el cuerpo, pero que, por lo general, aumentan el deseo [220] de comer más. Con ellos vienen comparados el alimento de los fieles y la comida de los justos, los cuales, aun estando ya saciados, siguen deseando todavía más y más, y nunca llegan a saciarse por completo de las delicias celestiales. Pero dónde se hallan estas delicias, a continuación lo dice: **En la presencia de Dios**, donde está siempre la deseable y verdadera alegría. En efecto, ¿qué es **exultar** bajo la mirada de Juez tan grande, sino el hecho de podernos alegrar

²TL., *et fugiant a facie eius qui oderunt eum*; Vlg., *et fugiant qui oderunt eum a facie eius*.

³TL., *Dei; delectentur*; Vlg., *Dei; et delectentur*.

—una vez liberados, por don suyo— ante la mirada de Aquél, a quien justamente aquí temimos?. Añade: **Que se deleiten en alegría**, de suerte que pueda **deleitarlos** aquello que los alegró, esto es: que, sabedores de que su alegría no conocerá final alguno, más dulcemente se deleitan en aquel gozo del que nunca serán alejados. De este modo, la felicidad futura de aquel estado de beatitud queda indicada, mediante determinadas luces, que brillan en menor medida.

Verso 5.— **Cantad para Dios, salmodiad para su nombre; preparadle el camino⁴, a él que asciende sobre el ocaso; su nombre es el Señor⁵; exultad en su presencia** [*Cantate Deo, psalmum dicite nomini eius; iter facite ei, qui ascendit super occasum; Dominus nomen est ei; exsultate⁶ in conspectu eius*]. Después de haber narrado las penas de los impíos y los premios futuros de los justos, el profeta exhorta a los pueblos a que, gloriándose con espíritu fiel en aquellas cosas que habían escuchado, celebraran juntos las alabanzas del Señor con alegría de himnos. En efecto, **canta para Dios** quien, con espíritu puro y fiel, persevera siempre en su contemplación. **Salmodia para su nombre** el que realiza las obras que Él ordena. Continúa diciendo: **Preparadle el camino**, es decir, disponed vuestros corazones purificados, para que la santidad del Señor se digne entrar en ellos. O bien, empapad a todos de santas predicaciones, como dice el profeta Isaías: *Preparad los caminos del Señor, enderezad sus sendas* (Is 40,3). Pero anuncia que se prepare este **camino** para el **que asciende sobre el ocaso**. Ciertamente, **asciende sobre el ocaso** Cristo el Señor, al resucitar de entre los muertos, para llevar cautiva a nuestra cautividad y hacer que la muerte dejase en libertad a los que mantenía presos por las ataduras del pecado. Necesario fue que se retirara el tenebroso **ocaso**, por encima del cual surgió el Sol de la justicia. Y, para que no quedase incertidumbre alguna acerca de quién es el **que asciende sobre el ocaso**, dice: **Su nombre es el Señor**, de manera que nadie pusiera en duda que es Dios, el **Señor** Salvador, a quien los impíos judíos estimaron que se le había de dar muerte, como si de un hombre cualquiera se tratara. Sigue: **Exultad en su presencia**. No en la presencia de los hombres, donde la alegría es caduca, sino **en su presencia**, donde la pureza del espíritu se recrea de manera permanente y de cualquier desgracia, que aquí pudiera sufrir, se recupera siempre, ante la perspectiva del premio futuro.

Verso 6.— **Se turbarán en presencia de él, padre de huérfanos y del juez de viudas. Dios en su lugar santo** [*Turbabuntur a facie eius Patris orphanorum et Iudicis viduarum: Deus in loco sancto suo*]. Tras haber dicho a los bienaventurados que se alegrarán en la presencia del Señor, afirma ahora que serán expulsados **de su presencia** los ladrones e impíos, que dilaceran con cruel avidez a huérfanos y viudas. En efecto, **turbados** y sobremanera aterrorizados, son arrojados estos tales *de la presencia de Dios*, en el momento en que oyeren: *Id al fuego eterno, que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles* (Mt 25,41). Mas hace saber quién es éste, de cuya presencia son arrojados: **Padre de huérfanos y juez de viudas**. De Él se lee en otro lugar: *Tú serás ayuda para el impúber y la viuda* (Sal 9,14⁷). ¿Cuál será, pues, el castigo que merecerá el depredador de aquéllos que, estando protegidos por su Juez, él oprimió con impía laceración?. Pero observa que las palabras *Padre* y *Juez* van en caso genitivo, con objeto de que, mediante estas aposiciones, pueda mostrarse quién es Dios. Añade también: **Dios en su lugar santo**. Se ha de sobreentender aquí: Aquél que mantiene una inmutable y firme sentencia, como

⁴Hebr., לָרֶכֶב בְּעֵרְבֹת, סֶלֶךְ [alza el camino al que cabalga en lugares desiertos]. Los LXX leyeron: ὁδοποιήσατε τῷ ἐπιβεβηκότῃ ἐπὶ δυσμῶν [Preparad el camino al que cabalga sobre el ocaso].

⁵Hebr., בְּיָהוָה שְׁמוֹ, [en Jawheh su nombre]. Aparece aquí la abreviación —יה— del nombre inefable de Dios: יהוה. Los LXX: τῷ θεῷ τῷ ὀνόματι αὐτοῦ [a Dios, su nombre].

⁶TL., *nomen est ei; exsultate*; Vlg., *nomen illi et exsultate*.

⁷Ningún texto de la Vlg. dice así. Sal 9,10 habla de *pauperi adiutor*.

sobre ello dijo el padre Agustín: *Mudas los tiempos, y no cambias los consejos* (Conf., I,4⁸).

Verso 7.— **Dios, el que hace habitar unánimes⁹ en la casa; el que hace salir a los presos en fortaleza¹⁰** [*Deus, qui habitare facit unanimes in domo¹¹; qui educit vinctos in fortitudine*]. En este verso y en los dos siguientes, por medio de la duodécima especie de definición, que los griegos llaman κατ' ἐπαινον, y los latinos, *per laudem* [por medio de la alabanza], se pone de manifiesto quién es Dios, esto es: **El que hace habitar unánimes en la casa**, como se lee en los Hechos de los Apóstoles: *Pero era propio de la multitud de los creyentes un solo corazón y una sola alma* (Hch 4,32). O puede entenderse también que los profetas y evangelistas –sintiéndose como si fueran uno solo en la casa del Señor– anunciaron la palabra de la Verdad con predicación concorde. Y, en otro lugar, se va a decir: *¡He aquí qué bueno y qué hermoso es habitar los hermanos en uno solo!* (Sal 132,1). En efecto, **habitan en su casa** los que viven unidos en mutua caridad. Ahora bien, la expresión: **En la casa** significa a la Iglesia. Sigue: **El que hace salir a los presos en fortaleza**. Con ello se significa aquí la entera humanidad, a la cual, hallándose cautiva por la ley del pecado, Él la liberó con el poder de su fortaleza. En efecto, una vez atado el diablo, **hizo salir a los presos**, que éste retenía cautivos. Pero bien dijo: *Hizo salir*, porque, liberándolos del infierno, los elevó a los gozos del reino celestial.

Verso 8.— **De modo semejante a los que incitan a la ira, que habitan en los sepulcros¹²** [*Similiter eos qui in iram provocant¹³, qui habitant in sepulcris*]. Sigue hablando todavía de los cautivos, que hace salir con su fortaleza. En efecto, **incitan a la ira** al Señor los blasfemos y los que llevan adelante su vida con el peor de los comportamientos posibles. Ellos son, ciertamente, los que –aun estando vivos– **habitan en los sepulcros**, es decir, los que están sepultados en una fétida y carnal actividad. Sobre ellos, ya en otro lugar, también quedó dicho: *Sepulcro abierto es su garganta* (Sal 5,11). En efecto, independientemente de que –en alguna ocasión– devolviera a la vida a los que habían muerto, *rescató al género humano de los sepulcros*, cuando, por medio de la verdadera fe, les restituyó los deseados gozos de la vida.

Verso 9.— **Oh Dios, cuando salías delante de tu pueblo, cuando marchabas en el desierto** [*Deus, cum egredereris coram populo tuo; dum transgredereris¹⁴ in deserto*]. Se ha de añadir a este verso el verbo *conoces¹⁵*. En efecto, sigue todavía en la alabanza de sus obras. Ciertamente, **salió Dios en presencia del pueblo** de Israel, cuando se mostró en la columna de fuego, cuando en el desierto los sació con abundancia de maná. No obstante, esto se ajusta mejor al pueblo cristiano. Sale, ciertamente, delante del pueblo, cuando hace salir con su fortaleza a los que están presos; cuando son resucitados los que habitan en los sepulcros. En efecto, el hombre fiel lo mira, cuando en las grandes obras conoce su piedad y su misericordia. Asimismo, **marchó en el desierto**, cuando fue a las gentes, a las que

⁸AUG., *Confessionum libri tredecim*, I, 4 (PL 32, 663).

⁹Hebr., אֱלֹהִים מוֹשִׁיב יְחִידִים בְּיָתָהּ [*Dios hace habitar a los solitarios en una casa*], es decir, da casa a los que no la tienen. Pero, en los LXX, se lee μονοτρόπους [*los que son de un solo modo, de un solo pensar o rito*]. De ahí que la Vlg. haya traducido por *unanimes*.

¹⁰Hebr., בְּכֹשֶׁרֹת [*en prosperidad*]. LXX, ἐν ἀνδρείᾳ [*en hombría, en fuerza*].

¹¹TL., *facit unanimes in domo*; Vlg., *facit unius moris in domo*.

¹²Hebr., שָׁכְנוּ צְחִיחָה [*habitaron en lugar seco*], con referencia al desierto. Pero los LXX, al traducir ἐν τάφοις [*en los sepulcros*] parece referirse, más bien, a aquéllos que, habiendo irritado a Dios en el desierto, quedaron en aquella sequedad tendidos, como yaciendo en un sepulcro.

¹³TL., *qui in iram provocant*; Vlg., *qui exasperant*.

¹⁴TL., *coram populo tuo; dum transgredereris*; Vlg., *in conspectu populi tui, cum pertransires*.

¹⁵*Oh Dios, Tú conoces, cuando salías...*

ningún profeta antes se hubo llegado, gentes que –como desierto desolado– eran ajenas a la palabra del Señor.

Verso 10.– **La tierra se conmovió, pues los cielos destilaron en la presencia de Dios, el monte Sinaí en la presencia del Dios de Israel** [*Terra mota est; etenim caeli distillaverunt a facie Dei, mons Sina a facie Dei Israel*¹⁶]. Interpuesta la pausa, llega a la segunda parte, en la que enumera las cosas que el poder divino concedió al pueblo israelítico. **La tierra se conmovió**, es decir: los hombres terrenales creyeron, al ver tan grandes milagros. **Los cielos destilaron en la presencia de Dios**, cuando –a modo de rocío– descendió el maná [Éx 16,14]. **En la presencia de Dios**, cuando, por medio de la columna de fuego y de la nube, se hacía manifiesta su presencia [Éx 13,21]. También, en la presencia de Dios, el **monte Sinaí** comenzó a despedir humo, cuando el bienaventurado Moisés recibió la ley grabada en dos tablas. En efecto, también en el libro del Éxodo está escrito: *Pero todo el monte Sinaí echaba humo, porque Dios había descendido sobre él* (Éx 19,18).

Verso 11.– **Tú que segregas lluvia a voluntad, oh Dios, para tu heredad, porque se debilitó, pero tú la restableciste**¹⁷ [*Pluviam voluntaria segregans*¹⁸ *Deus haereditati tuae; etenim infirmata est*¹⁹, *tu vero perfecisti eam*]. **Tú que segregas lluvia a voluntad**. Esto es explicación de lo dicho anteriormente, es decir, que *los cielos destilaron*. Se trata, ciertamente, de aquella **lluvia a voluntad**, que el hambriento pueblo judío mereció [221] comer en aquel tiempo, o sea, el *maná*. En efecto, para dar satisfacción a su *voluntad*, el mundo fue testigo de un milagro antes no experimentado. Y, puesto que aquella lluvia cayó **a voluntad**, no se trata de la misma lluvia que cae por todas partes. Prosigue: **Oh Dios, para tu heredad**, porque el Señor no dio a las demás gentes lo que, por su misericordia, concedió al pueblo hebreo. En efecto, su **heredad** fue el pueblo de Israel, como está escrito: *Y fue la porción del Señor su pueblo; Jacob, el lote de su heredad* (Dt 32,9). Sigue diciendo: **Porque se debilitó, pero tú la restableciste**. Esta heredad, aunque **se debilitó**, durante algún tiempo, al creer, sobre todo, en el Señor Salvador, **Él la restableció** como heredad suya, cuando admitió a las demás naciones para suplemento de la fe.

Verso 12.– **Tus animales habitarán en ella**²⁰; **la preparaste en tu dulzura para el pobre, oh Dios** [*Animalia tua inhabitabunt in ea; parasti in dulcedine tua pauperi, Deus*]. Puesto que más arriba, refiriéndose a la heredad del Señor, había dicho: *Pero tú la restableciste*, explica ahora de dónde la restableció. Dice: **Tus animales habitarán en ella**. Los **animales** fueron los pueblos privados de la verdadera religión. Pero, cuando se allegaron al Señor, fueron enriquecidos por su poder, de suerte que ya no carecieran de nada, antes al contrario, fueran inundados de la luz racional y plena. Estos pueblos **habitarán** en la Iglesia, cuando, por la misericordia de Dios, gustaren el culto de la religión verdadera. Y, de nuevo, explica qué son estos *animales*. Dice, en efecto: **La preparaste en tu dulzura para el**

¹⁶TL., *a facie Dei, mons Sina a facie Dei Israel; a facie Dei Sinai, a facie Dei Israel*.

¹⁷Hebr., *וְשָׁם נִדְבֹת תִּנְיָף אֱלֹהִים נִחְלֶתְךָ וְנִלְאָה אֶתְּהָ כּוֹנֵנְתָהּ* [*Lluvia de larguezas tú esparciste, oh Dios, sobre tu heredad y, cuando estaba extenuada, tú la restableciste*]. Los LXX leen: *βροχὴν ἐκούσιον ἀφορεῖς ὁ θεός τῇ κληρονομίᾳ σου καὶ ἡσθένησεν σὺ δὲ κατηρτίσω αὐτήν* [*Una lluvia espontánea designarás, o Dios, para tu heredad, y se ha debilitado, pero tú la restauraste*].

¹⁸TL., *segregans; Vlg., segregabis*.

¹⁹TL., *etenim infirmata est; Vlg., et infirmata est*.

²⁰Hebr., *וַיִּשְׁבּוּ בָהּ חִיתֶיךָ* [*tus animales han habitado en ella*]. Bien puede entenderse esto, en sentido literal, de los ganados, que estaban al servicio del pueblo. De hecho, los LXX –y, con ellos, la Vlg.– leyeron: *τὰ ζῷά σου κατοικοῦσιν ἐν αὐτῇ* [*tus animales viven en ella*], pero el sentido más natural parece ser el del texto hebreo: *tu animales, tu rebaño –tu pueblo– habitó en ella*.

pobre, oh Dios. Dice: **Preparaste.** Este verbo indica aquí a los predestinados, que, desde los comienzos mismos del mundo, por la misericordia divina, fueron preparados. **En tu dulzura,** es decir, no allí donde los **pobres** de Dios padecen las amarguras de este siglo, sino en aquel estado de beatitud por el que se elevan hasta una altura mayor que la que nunca pudieran alcanzar los reyes más opulentos.

Verso 13.— **El Señor dará la palabra a los que anuncian muchos poderes**²¹ [*Dominus dabit verbum evangelizantibus virtutes multas*²²]. Las palabras de este verso deben ser ordenadas de la siguiente manera: *El Señor dará muchos poderes a los que anuncian la palabra*²³. En efecto, **dio muchos poderes** a los apóstoles, que anunciaban su palabra, proclamándola de manera venerable, cuando les concedió potestad, para curar a las turbas debilitadas. Efectivamente, consta también que el mismo Evangelio tiene *muchos poderes*. Pues, ¿qué poder más fuerte hay que salvar las almas, que, a causa de los males de sus propios errores, podían estar abocadas a la muerte?. En efecto, así dice el apóstol Santiago: *Debe saber que el que hiciere a un pecador convertirse del error de su camino, salva su alma, y cubrirá muchedumbre de delitos* (Sant 5,20).

Verso 14.— **El Rey de los poderes del amado**²⁴; **y la hermosura de la casa, repartir los despojos** [*Rex virtutum dilecti, et species*²⁵ *domus dividere spolia*]. Examinemos con más cuidado el presente verso, pues, por la profundidad de las palabras, viene a resultar un poco oscuro. En efecto, por el **amado** debemos entender el Hijo del Padre, como se lee en el Evangelio: *Éste es mi Hijo amado, en el que bien me he complacido* (Mt 3,17). Esta figura retórica recibe el nombre de *antonomasia*; en latín, *vice nominis posita* [puesta en lugar de un nombre], o sea, cuando se emplea una determinada palabra, pero siendo necesario entender otra distinta. Así, pues, el Padre del *amado* es el Rey de los ángeles y de las potestades, el que rige los poderes, todo lo cual puede entenderse con igual conveniencia como referido al Hijo, de quien en otro salmo se dice: *El Señor de los poderíos, él es el Rey de la gloria* (Sal 23,10), cosa que conviene asimismo a la santa Trinidad. Aquí, sin embargo, debe entenderse el Padre, porque seguidamente dice: **Del amado,** es decir, de Cristo. Continúa: **Y la hermosura de la casa, repartir los despojos.** Se conoce la **hermosura** de la casa divina, cuando el botín del diablo —es decir, los hombres criminales— son llevados al seno de la Iglesia del Señor. Los **despojos** del diablo son los pueblos que —una vez atado el fuerte²⁶— liberó el Señor, como Él mismo dice en el Evangelio: *Nadie entra en la casa del fuerte y arrambla con sus enseres, si antes no atare al fuerte, y entonces arramblará con su casa* (Mc 3,27). Con estos *despojos*, en efecto, adornó la casa de su potestad e hizo que se alegrara la santa Iglesia, porque frustró los deseos del enemigo feroz.

²¹Hebr., אֲדֹנֵי יְהוָה אֲמַר הַמְּבָשָׂרוֹת צָבָא רַב [el Señor da la palabra; las que anuncian buenas nuevas, un gran número]. Obsérvese el femenino הַמְּבָשָׂרוֹת [*ham^e bašš^e rōt*, es decir, *las que anuncian buenas nuevas*], que puede explicarse por lo que solían hacer las doncellas, en tiempos de guerra, cantando por las plazas y calles la buena nueva ante la noticia de una victoria lograda en el campo de batalla. Los LXX emplearon el participio εὐαγγελιζόμενοι [*los que traen buenas noticias*], nominativo plural, cosa que facilita grandemente la interpretación de los Padres y, concretamente, ésta de Casiodoro.

²²TL., in textu: *virtutes multas* [ms. A., *virtute multa*].

²³*Dominus dabit virtutes multas evangelizantibus verbum.*

²⁴Hebr., מֶלֶכִּי צְבָאוֹת יְהוָה יְהוָה [Los reyes de los ejércitos huían, huían]. Los LXX leyeron τοῦ ἀγαπητοῦ τοῦ ἀγαπητοῦ [*del amado del amado*], o sea, *el muy amado*, quizá por confundir el imperfecto qal יָהִי, del verbo נָדָד [*nādad*, *huir*] con el constructo יָדִיד [*y^d did*, *amado*].

²⁵TL., *Rex virtutum dilecti, et species*; Vlg., *Rex virtutum dilecti dilecti, et speciei*.

²⁶El fuerte es el diablo.

Verso 15.— **Si dormís entre medio de las suertes²⁷, alas plateadas de paloma; y lo posterior de su espalda, en la belleza del oro** [*Si dormiatis inter medios clerios, pennae columbae deargentatae, et posteriora dorsi eius in specie auri²⁸*]. Sobreentiéndase: *Os recibirán*. El verbo **dormir** no significa aquí la insensibilidad propia del sueño o el olvido de cosas que nos suele ocurrir, cuando estamos dormidos, sino que llama *durmientes* a los que descansan en los preceptos del Señor y en ello mismo encuentran su descanso. Ateniéndonos a la autoridad de los Padres²⁹, por la palabra **suertes** debemos entender aquí los dos Testamentos, en medio los cuales aconseja a los cristianos que permanezcan y descansen. Por consiguiente, la frase del principio habría de traducirse de la siguiente manera: *Si dormís entre los dos Testamentos*, o sea: si, en la dormición postrera, hacéis reposar vuestra alma en las Escrituras divinas. Pero, en el Evangelio, el Señor atestigua que la palabra *dormición* viene empleada en lugar de *muerte*, allí donde dice: *Nuestro amigo Lázaro duerme; pero vayamos a despertarlo del sueño* (Jn 11,11). Sigue: **Alas plateadas de paloma**. Como se ha dicho anteriormente, después de la anterior coma, debe sobreentenderse *os recibirán*³⁰. Las **alas** significan la celeridad. Ellas nos conducen a la patria aquella, si aquí merecemos descansar en la ley del Señor. La expresión: **De paloma plateada** significa a la Iglesia, la cual justamente es llamada *paloma plateada*, porque tiene la inocencia de la paloma y, por las palabras divinas, resplandece con el color de la plata. Sobre ello está escrito: *Una sola es mi paloma, una sola es mi amada* (Ct 6,8). **Lo posterior** de esta paloma —es decir, las partes últimas— brillan iluminadas **con la belleza del oro**, porque —tras abandonar este mundo— más que el oro relucirá por su gracia. Y observa que, en este mundo, es comparada con la plata; pero, en aquella resurrección, dice que se ha de adornar con la belleza del oro, como en el salmo cuarenta y cuatro ya se dijo: *De pie, a tu derecha, está la reina con vestido de oro, ceñida de variedad* (Sal 44,10).

Verso 16.— **Cuando el celeste discierne a los reyes sobre la tierra³¹, blanquearán como nieve en el Selmón** [*Dum discernit caelestis reges super terram³², nive dealbabuntur in Selmon*]. Después del silencio de la pausa, llega a la tercera parte del salmo, donde enumera los dones que el Señor ha entregado a la Iglesia, merced a la gloria de la resurrección. Los **reyes del celeste** son los apóstoles y los santos pontífices o los demás fieles, que de manera digna de loor merecieron regir, con el favor divino, sus propios cuerpos. En efecto, la palabra *rey* viene de *regir*. Y, con razón, les ha sido impuesto este nombre a aquéllos que, con la fuerza divina, pudieron refrenar las pasiones propias de este mundo, como dice el Apóstol, increpando a algunos: *Sin nosotros reináis, y ojalá reinéis, para que también nosotros podamos reinar con vosotros* (1Cor 4,8). Por consiguiente, el Señor **discierne** y en buena

²⁷El hebreo אִם-תִּשְׁכְּבוּ בֵּין שְׁפָתַיִם se podría traducir así: *Aunque seáis echados entre las ollas*. En este caso, su significado sería: Tras haber estado vosotros, pueblo de Dios, durante largo tiempo en vergonzosa esclavitud, como los que andan en las cocinas entre ollas y calderos, medio asfixiados por el humo, el Señor os sacará de vuestra deshonra y os restituirá a vuestra antigua gloria y esplendor. La interpretación tendría sentido, en cuanto que el término שְׁפָתַיִם [*šəfātāyīm*] aunque es de significado incierto y muy discutido, puede significar también *ollas* o *trébedes* ya recubiertos de hollín por su mucho uso (SCHÖKEL, o.c., I, pág. 872). Con todo, si se le varía la puntuación (cf. Jue 5,16), su significado puede ser asimismo *suertes* o *términos*, que es como lo entienden los LXX, que tradujeron: ἀνὰ μέσον τῶν κλήρων [*en medio de las suertes*] y, con ellos, la Vlg. Entre los Padres, tales como S. Agustín, así suele entenderse. Y lo mismo Casiodoro.

²⁸TL., *in specie auri*; Vlg., *in pallore auri*.

²⁹Parecer referirse aquí a S. Agustín, que en su comentario a este verso, donde, a su vez, recoge la opinión de otros autores, dice: *Estas suertes las tomaron no pocos por los dos Testamentos, de modo que el dormir en medio de las suertes sea descansar en la autoridad de los dos Testamentos, es decir, asentir a los testimonios de ambos Testamentos, de manera que, cuando por ellos se profiera algo y se pruebe, termine toda controversia en pacífico sosiego* (S. AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los salmos*, vol. 2, BAC, Madrid 1965, pág. 716).

³⁰Es decir, *os recibirán alas plateadas de paloma*, etc.

³¹Hebr., בְּכָפֶשׁ שָׁדַי מְלָכִים בָּהָ [cuando el todopoderoso dispersó a los reyes en ella]. El *todo poderoso*, שָׁדַי, šadday, que los LXX traducen por τὸν ἐπουράνιον [*el que habita en los cielos*] y Vlg. por *caelestis*.

³²TL., *super terram*; Vlg., *super eam*.

armonía distribuye a estos *reyes* sobre aquella paloma, de la que más arriba se ha hablado³³, cuando éstos llegan a **blanquear más que la nieve en el Selmón**, es decir, cuando los que fielmente rigen y ordenan la Iglesia relucen por encima de la blancura de la nieve³⁴. El nombre de este monte, que en hebreo significa *sombra*³⁵, se interpreta aquí adecuadamente como la *fuerza divina*. En efecto, ella nos defiende del calor de los pecados y nos restablece. Ella nos concede los dones celestiales, como el ángel anunció a santa María: *El Espíritu santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra* (Lc 1,33). Y en otro lugar: *Bajo la sombra de tus alas protégeme* (Sal 16,9). Ésta es la sombra que se emplea en sentido positivo. A continuación, en el verso siguiente, va a proclamar la alabanza del monte. Hay que decir, no obstante, que el verbo **blanquear** se usa también en sentido negativo. Véase el siguiente ejemplo de los Hechos de los Apóstoles: *Te golpeará el Señor, pared blanqueada* (Hch 23,3). Y, en el Evangelio, está también escrito: *Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que están llenos de los huesos de los muertos* (Mt 23,27).

Verso 17.— **Monte de Dios, monte fértil**³⁶; **monte cuajado**³⁷ [222], **monte pingüe** [*Montem Dei montem uberem; mons coagulatus, mons pinguis*³⁸]. Por medio de la quinta especie de definición, que los griegos llaman κατὰ τὴν λέξιν, y los latinos, *ad verbum* [a la letra], expone el profeta qué es aquel *monte Salmón*, del que más arriba se ha hablado. Y como si dijera: Hablo del *monte* —es decir, el mismo Señor Salvador— del que cantó el profeta Isaías: *Y será preparado en los últimos días el monte de la casa del Señor en el vértice de los montes, y se elevará sobre las colinas, e irán a él todas las gentes* (Is 2,2). Añade: **Monte fértil**, de donde bajan continuos y suaves manantiales, monte de aguas que riegan a su paso y dulces por la dulzura celestial. Sigue diciendo: **Monte cuajado**, es decir, cuajado en atención a los más pequeños, que necesitan alimento y aún no pueden ingerir sustancias sólidas, sino sólo tomar leche cuajada. Añade: **Monte pingüe**, porque, debido a su feracidad, está siempre en plena lozanía. ¡Oh monte, alabado con pocas palabras, ciertamente, pero copioso en la calidad de los bienes celestiales: monte, de donde bajan corriendo las aguas vivas; donde se prepara la leche, para nutrir a los más pequeños; donde se encuentra la consistencia espiritual; en el que, por la gracia del Señor, todo lo que se considera bueno, en grado sumo está allí establecido!.

Verso 18.— **¿Para qué tomaste los montes fértiles?**³⁹ **El monte en el cual plació a Dios habitar en él** [*Utquid suscepisti*⁴⁰ *montes uberes? Mons in quo beneplacitum est Deo habitare in eo*].

³³Paloma, que es la Iglesia, como se ha dicho anteriormente.

³⁴TL., cuya traducción —salvo opinión contraria— considero correcta, ofrece alguna dificultad, pues dice así: *Hos ergo reges dum super eam columbam quam superius dixit, discernit concorditer Dominus atque distribuit, super nivem dealbuntur in Selmon, id est supra candorem nivis elucescunt*.

³⁵HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 866).

³⁶Hebr., הַר-בָּשָׁן. Por lo general, el vocablo hebreo בָּשָׁן [*bāšān*] se entiende como el nombre propio de un monte. Pero *bāšān* significa *fértil, untuoso*. De ahí que los LXX hayan traducido por ὄρος πῖον [*monte fertil*].

³⁷Hebr., הַר גִּבְנִים [*monte de las cuajadas o de los quesos*] y, por ello, los LXX vertieron por ὄρος τετυρωμένον [*monte abundante en quesos*]. No faltan traducciones como *montes de muchas cumbres* o *cerros*.

³⁸TL., *Montem Dei montem uberem; mons coagulatus, mons pinguis*; Vlg., *Mons Dei, coagulatus, mons pinguis. Mons coagulatus, mons pinguis*.

³⁹Heb., לָמָּה תִּרְצְדֹן הָרִים גִּבְנִים [*¿Por qué miráis con envidia, montes de muchos picos?*]. Como si dijera: Todos los otros montes, aunque altísimos y por ello llamados *montes de Dios* (Sal 35,7), por más fértiles y elevados que sean, deben ceder el primer grado de honor al monte Sion, el cual, aunque bajo y estéril, es el que Señor ha escogido con asiento de su santo templo. Los LXX traducen: ἵνα τί ὑπολαμβάνετε ὄρη τετυρωμένα [*¿Por qué suponéis, montes cuajados...?*]. A partir de esto, las interpretaciones pueden ser múltiples. Véanse las de S. Agustín y Casiodoro. También puede entenderse que toda altura de imperio mundano debe abajarse ante el reino de Cristo en su Iglesia.

⁴⁰TL., in textu: *suscepisti* [ed., *suscepisti nos*].

Antes dijo que por **monte** debe entenderse el Señor Salvador. Pero ahora el profeta asume una actitud de cierta censura. Y, a fin de que nadie considere que –aun siendo comparados con la altura de los apóstoles y, por la gracia de Dios, dotados también ellos de gran fertilidad– éstos montes no son, sin embargo, aquel *monte*, a tal efecto, añade: **El monte en el cual plació a Dios habitar en él**. Pero deberíamos prestar atención por ver cuál es el monte que, con toda claridad, indica. Ciertamente, sólo Cristo es el monte en el que el Padre se complació habitar, como Él mismo atestigua: *Éste es mi hijo amado, en el que bien me he complacido* (Mt 3,17). En efecto, la expresión: **Habitar en él** es común al Padre, al Hijo y a los dos, como Él dice en el Evangelio: *Yo en el Padre, y el Padre en mí* (Jn 14,10). Así, pues, cuando dice: *En el cual plació a Dios habitar en él*, las indicaciones **en el cual** y **en él**, dado que no se ajustan al modo de hablar común, las entendemos en el sentido de un modo de expresión propio de las sagradas Escrituras, como, en el salmo sesenta y seis, tuvimos también ocasión de apreciar: *Allí, en ello mismo*⁴¹ (Sal 66,6).

Veros 19.– **Y, en efecto, habitará el Señor hasta el fin** [*Etenim Dominus habitabit usque in finem*⁴²]. Tras haber dicho que aquellos montes no debían entenderse en el mismo sentido que los que eran comparados con la altura de los apóstoles –porque hablaba del Señor, que es el Monte de los montes, el Santo de los santos, el Rey de los reyes y el Señor de los señores–, vuelve al Autor de la salvación, diciendo que Cristo el **Señor habita** en aquellos montes –en los apóstoles– **hasta el fin**, es decir, hasta el término perfectísimo de su Majestad, que es el fin sin fin, y la plenitud perfecta de todos los bienes.

Verso 20.– **El carro de Dios, con muchas decenas de millares, millares**⁴³ **de los que se alegran; el Señor en ellos en el Sinaí, en el santuario** [*Currus Dei decem millium*⁴⁴ *multiplex, millia laetantium; Dominus in illis in Sina in sancto*]. Es costumbre de las Escrituras divinas hablar en sentido alegórico, de manera que, cuando dice una cosa, quiere decir otra distinta, hecho éste que, en el presente salmo, encontrarás frecuentemente. De ahí que la palabra *carro* venga a significar aquí la unión de los hombres, pues la caridad une a los santos como las correas y el yugo unen a los animales. De ahí también las palabras del Señor: *Mi yugo es suave, y mi carga es ligera* (Mt 11,30). Así, pues, la asamblea unánime de los santos es el **carro de Dios** sobre el que Él –como auriga– está sentado y con su ley salvífica lo gobierna para servicio de su voluntad. Pero, para mostrar que este *carro* no está entregado a los caballos, sino dado a las consideraciones humanas, dice: **Con muchas decenas de millares**, cosa que claramente hay que referirla a los pueblos innumerables, y no a los caballos. Y añade: **Millares de los que se alegran**, algo que, con toda evidencia, debe entenderse como referido a los fieles. Y, para manifestar la plenitud de la alegría, dice: **El Señor en ellos**, pues Él es el grado sumo de toda alegría y la dulzura admirable de todos los bienes. Continúa diciendo: **En el Sinaí, en el santuario**. El **Sinaí** es un monte del desierto, en el que Moisés recibió la Ley y se da a conocer su mandato, monte donde verdaderamente descansa el Señor, porque, en los santos mandamientos, suele contemplarse su presencia.

Verso 21.– **Subió a lo alto, condujo cautiva a la cautividad** [*Ascendit in altum, captivam duxit captivitatem*⁴⁵] ;De qué manera tan hermosa, por medio de la figura retórica de la *idea*, se va a describir

⁴¹*ibi... in idipsum.*

⁴²TL., *usque in finem*; Vlg., *in finem*.

⁴³S. Agustín se detiene aquí en la explicación de estos números, cosa que, de manera extraña, Casiodoro omite, siendo tan aficionado a ello.

⁴⁴TL., *decem millium*; Vlg., *decem millibus*.

⁴⁵TL., *Ascendit in altum, captivam duxit captivitatem*; Vlg., *Ascendisti in altum, cepisti captivitatem*.

la acción del triunfador!. La *idea* es cierta representación, por la suscitamos un movimiento de espíritu, como ofreciendo a los ojos una cosa futura. En efecto, aquel crucificado descendió a los infiernos y condujo a los cielos a los liberados de la cautividad. Necesario fue que pereciera la muerte, cuyo reino fue invadido por la vida. Éstos son aquellos despojos, de los que se hizo mención más arriba, despojos con los que se adorna la santa Iglesia y de los que los reinos⁴⁶ de Dios se han de colmar. **Asciende**, ciertamente, el mismo que baja por nosotros, para desenterrarnos⁴⁷. **A lo alto**, es decir, arriba, a los cielos de los cielos. Y, porque está sobre todas las alturas y honores, está sentado a la derecha del Padre. ¿Quién de entre los fieles duda ya de la libertad concedida, siendo así que muerta ha sido la muerte y la cautividad cautiva?.

Verso 22.— **Dio dones a los hombres, porque quienes no creen habitar, Señor Dios**⁴⁸ [*Dedit dona hominibus; etenim qui non credunt inhabitare, Dominus Deus*⁴⁹]. Prosigue todavía en aquel símil del triunfo, pues, para suscitar gozos inmensos, se anuncia una festividad y se dan dones. En efecto, los **dones** del Señor fueron los grandes prodigios del Espíritu santo venidos sobre los apóstoles; o bien lo que el maestro de los gentiles dice: *Pero a cada uno de nosotros fue concedida la gracia, según la medida del don de Cristo* (Ef 4,7). Sigue: **Porque quienes no creen habitar**. Para que nos conste el sentido completo de la frase, se debe anteponer aquí la expresión: *Él convierte a aquéllos*⁵⁰. En efecto, **quienes no creen habitar**, esto es, a aquéllos que no se esfuerzan por llegar a lo secreto del Señor, en modo de habitar en su casa en compañía de los fieles, el **Señor Dios**, compadecido del género humano, los convierte, concediéndoles el don de la fe. En efecto, la fe es la gracia que se nos da de balde, porque los bienes del Señor nos toman la delantera, incluso cuando se nos concede desear el mismo bien.

Verso 23.— **Bendito el Señor de día en día; nos hará próspero el camino**⁵¹ **nuestro Dios de salvación** [*Benedictus Dominus de die in diem*⁵²; *prosperum iter faciet nobis Deus salutaris noster*⁵³]. Después de aquella descripción triunfal, se da paso a una alabanza, ciertamente, breve, pero magnífica. **Bendito el Señor de día en día**, es decir: que ha de ser bendecido todos los días y en todo tiempo. *El que subió a lo alto, condujo cautiva a la cautividad y dio dones a los hombres*, también **nos hará próspero el camino**. El **camino** significa el curso de la vida, un camino ya próspero, porque el mundo ha conocido a su Redentor. Añade: **Nuestro Dios de salvación**, a fin de que nadie pueda dudar de la *prosperidad del camino*, cuyo guía de salvación es Cristo el Señor. Que me digan, los que se deleitan

⁴⁶TL., in textu: *regna* [ed., castra].

⁴⁷TL., in textu: *eruendos* [ed., erudiendos].

⁴⁸Respeto con esta traducción mía el texto latino de Casiodoro y tengo en cuenta la explicación que de este versículo ofrece el autor. Sin embargo, la oscuridad, que aún permanece, creo que desaparecería, si adoptamos mejor el texto de la Vlg.: *Etenim non credentes inhabitare Dominum Deum*, y traducimos por *incluso a los que no creen que el Señor habita*. El hebreo dice: וְאֵין סוֹרְרִים [y aun los rebeldes, los que no creen], teniéndose en cuenta que, en el verso latino, la conjunción *etenim* está puesta en lugar de *etiam*, en cuanto que también la conjunción hebrea אֲפ [ap] se puede traducir por *etiam*, *verumtamen*, *insuper*. El sentido, pues, sería éste: *Diste tus dones aun a aquellos pueblos que no creían que el Señor Dios moraba allí*, es decir, en Sion. Los LXX leyeron: καὶ γὰρ ἀπειθοῦντες [también los que desobedecían].

⁴⁹TL., *Dedit dona hominibus; etenim qui non credunt inhabitare, Dominus Deus*; Vlg., *accepisti dona in hominibus. Etenim non credentes inhabitare Dominum Deum*.

⁵⁰*Eos convertit*. Para que así pueda leerse: *Porque el Señor Dios convierte a aquéllos que no creen habitar*. El sentido seguiría permaneciendo un tanto oscuro. Véanse la explicaciones de Casiodoro y S. Agustín, y la nota anterior sobre este punto.

⁵¹Hebr., יַעֲבִידֵנוּ לְנֶרְוָה [lleva nuestras cargas]. Los LXX: κατενοδῶσει ἡμῖν [nos dará prosperidad].

⁵²TL., *de die in diem*; Vlg., *die quotidie*.

⁵³TL., *Deus salutaris noster*; Vlg., *Deus salutarium nostrorum*.

con los espectáculos de los hombres, qué tal ven en las representaciones pomposas de los cónsules. Aquí encorvan los ánimos, tuercen la boca; allí miran saludablemente con el corazón, de donde resulta que no están destinados a una alegría pasajera, sino a los gozos eternos.

Verso 24.— **Nuestro Dios, Dios para hacer salvos; y [223] del Señor, la salida de la muerte** [*Deus noster, Deus salvos faciendi; et Domini exitus mortis*]. Tras intercalar la pausa, llega a la cuarta parte, donde declara cómo nos salvará de la muerte. Dice, en efecto: **Nuestro Dios, Dios para hacer salvos**. Se deberán sobreentender aquí las palabras *tiene poder*⁵⁴, es decir, *tiene poder para salvarnos*. Por lo cual, el mismo que nos salvó, que es nuestro Dios⁵⁵, Jesucristo, que por nosotros se dignó morir, que subió a lo alto y realizó todo aquello dicho anteriormente. Continúa, después, diciendo: **Del Señor, la salida de la muerte. La salida de la muerte**, la muerte que padeció el Señor. Él nos libra, nos hace salir de la muerte perpetua. Considero que esto se ha añadido convenientemente, para salir al paso de la fragilidad humana, que se lamenta, diciendo: ¿Por qué muero?, ¿por qué desfallezco?. Se ha ofrecido una gran cura para nuestras quejas: **Del Señor, la salida de la muerte**. *La salida de la muerte es del Señor*, esto es: la prometida resurrección de los fieles. En verdad, la *salida* fue para Él singular y admirable, porque salió de los infiernos y de ahí, por su favor, nos ha concedido salir también a nosotros.

Verso 25.— **Pero Dios quebrantará las cabezas de sus enemigos; la punta del cabello de los que deambulan en sus delitos** [*Verumtamen Deus conquassabit*⁵⁶ *capita inimicorum suorum, verticem capilli perambulantium in delictis suis*]. A fin de que no se crea que las malas obras de los pertinaces no son castigadas, dice: **Pero Dios quebrantará las cabezas de sus enemigos**, de manera que así conozcas que sobre los pérfidos y pertinaces sobreviene también el castigo. **Las cabezas de los enemigos** son, ciertamente, los autores de la sedición judía, pero, sin duda, también los maestros de los herejes. En efecto, aquéllos persiguieron a Cristo en la carne, pero éstos —si así es permitido decirlo— se ensañaron más cruelmente contra la misma Divinidad. Sigue: **La punta del cabello de los que deambulan en sus delitos**, es decir aquellos tales que se procuran las minucias más sutiles, de manera que parecen como si deambularan y escudriñaran las **puntas de los cabellos**, significando con ello los artificios de las cuestiones vacías, que dejan a un lado las cosas provechosas y, en medio de detestables disputas, investigan con todo detalle aquellas otras que para nada son necesarias. Y, para probar la inutilidad de sus esfuerzos, añade: **En sus delitos**, allí donde estuvo el pensamiento del necio, que lo condujo a la culpa, tales como son los maniqueos, los priscilianistas, los donatistas, los montanistas y todos los demás, que se mezclaron con los hedores de una cenagosa enseñanza.

Verso 26.— **Dijo el Señor: Los haré volver de Basan; los haré volver de las profundidades del mar** [*Dixit Dominus: Ex Basan convertam; convertam de profundis maris*⁵⁷]. En este verso se ha de seguir cumplidamente la autoridad de Jerónimo, autor que consideramos doctísimo, porque su lúcida traducción aleja de nosotros toda clase de dudas. **Dijo el Señor**. Preguntemos qué dice, porque no sé cuán gran promesa es la que el Señor anuncia. **Basán** significa *sequedad*⁵⁸, la sequedad que se había adueñado del género humano, a causa de la aridez del pecado. Pero el Señor la **hizo volver** a su anterior lozanía, cuando derramó sobre ella los torrentes de la salvación e hizo que de aquella que anteriormente

⁵⁴*Habet potestatem.*

⁵⁵TL.; in textu: *Deus* [ed., *Dominus*].

⁵⁶TL., *conquassabit*; Vlg. *confringet*.

⁵⁷TL., *de profundis maris*; Vlg., *in profundum maris*.

⁵⁸HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 868).

era espectáculo de desolación volviera a germinar el fruto de la vida. Añade: **Los haré volver de las profundidades del mar**, es decir: hará que regresen los pueblos, que liberó de lo profundo de este mundo. En efecto, la palabra **mar** —como ya varias veces se ha dicho— debe entenderse en el sentido de este mundo, que es amargo⁵⁹ para el gusto y agitado por las olas de los vicios.

Verso 27.— **Para que se tiña tu pie en la sangre; la lengua de tus perros a causa de los enemigos, por él mismo**⁶⁰ [*Ut intinguatur pes tuus in sanguine; lingua canum tuorum ex inimicis, ab ipso*]. Aquel pueblo, del que antes había dicho que lo haría volver de las profundidades del mar, dice ahora a dónde es conducido. Es conducido, ciertamente, a que su **pie** —o sea, la puesta en práctica de sus buenos propósitos— llegue hasta la sangre del martirio. En efecto, al que antes marchaba por el mar voluptuoso, lo hizo caminar, después, **en la sangre**, porque duro para la carne es caminar, pero dichoso es para el alma el camino que, ayudados por su misericordia, atravesamos, si en Él ponemos nuestra esperanza y nuestros corazones. Sigue ahora una sentencia, ciertamente, oscura, pero merecedora de recibir la debida atención: **La lengua de tus perros por causa de los enemigos, por el mismo**. El vocablo **perros** se emplea tanto en sentido negativo, como dice el Apóstol: *Ved los perros, ved los malos operarios* (Flp 3,2), como en sentido positivo. Tal es este caso. Acerca de estos perros aquella mujer cananea dice así en el Evangelio: *Ciertamente, Señor, pues también los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores* (Mt 17,27). Y en otro salmo se lee: *Se convertirán a la tarde, y padecerán hambre como perros* (Sal 58,15). En efecto, éstos son los **perros** que no dejan de ladrar por el Señor y, con cautísima sagacidad, custodian su casa. Dice aquí, por tanto: **La lengua de tus perros por causa de los enemigos**. Porque fueron anteriormente enemigos los que, después, con ladridos clamorosos reclamaron la Iglesia del Señor. Pero añade por parte de quién se pudo llevar a efecto tal cosa: **Por él mismo**. Ciertamente, *por el mismo* Señor, que cambia lo amargo en dulzura, trueca la tristeza en gozo y las detestables enfermedades, en salud.

Verso 28.— **Fueron vistos tus pasos, oh Dios; la entrada de mi Dios, del Rey, que está en su santuario**⁶¹ [*Visi sunt gressus tui, Deus; ingressus Dei mei, Regis*⁶², *qui est in sancto ipsius*]. Todo el presente verso pone de manifiesto la encarnación del Señor Salvador. Dice, en efecto: **Fueron vistos tus pasos, oh Dios**. O bien por la figura del cuerpo en que se encarnó, o bien por las huellas dejadas por su predicación, fueron vistos los santos pasos con que, sin causar daño alguno, caminó por este mundo. Y, para mostrar de manera evidente que es el Señor Salvador, añade: **La entrada de mi Dios, del Rey**, porque el mismo Rey entró en este mundo de manera extraordinaria. Sobre Él está escrito en el título de la pasión: *El Rey de los judíos* (Mc 15,26). En efecto, también de manera clara se refirió a

⁵⁹En cuanto que es salado.

⁶⁰Hebr., לַמַּעַן תִּמְחֹץ רַגְלְךָ בַּדָּם לְשׁוֹן כְּלָבֶיךָ מֵאֵיבִים מִנְהוּ [para que laves tus pies en sangre, la lengua de tus perros su porción de entre tus enemigos]. El sentido de este verso es que ese pie se tiña en la sangre de los enemigos y la lengua de tus perros se tiña también de la misma sangre. La palabra del texto hebreo que hace oscuras las traducciones griega y latina es מִנְהוּ [minnehū, su porción], palabra compuesta del sustantivo מֵן [men, porción, parte], en estado constructo, y el sufijo de tercera persona masculino singular הוּ [hū, de él], sufijo que los griegos tradujeron por παρ' αὐτοῦ y los latinos por *ab ipso*, pero que se refiere a la sangre, nombre que, en griego, es de género neutro y masculino, en latín. En efecto, los LXX dicen: ὅπως ἂν βαφῇ ὁ πούς σου ἐν αἵματι ἢ γλῶσσαι τῶν κυνῶν σου ἐξ ἐχθρῶν παρ' αὐτοῦ [Para que se hunda tu pie en sangre; la lengua de tus perros, en la de los enemigos]. Como podrá verse en su explicación, Casiodoro —y también S. Agustín— va por otra parte.

⁶¹Es bastante común, entre los autores, explicar este verso como referido a lo que sucedió, tras el paso del mar Rojo, cuando Moisés, de un lado, acompañado de los hombres y, por el otro, María, junto con las mujeres, entonaron al son de panderos y sonajas cantos de fiesta en honor y acción de gracias al Dios de Israel. Otros piensan que se trate de la solemne pompa y acompañamiento con que fue conducida el arca de la alianza, después del estrago de los amorreos y basanitas. Véase la interpretación de Casiodoro.

⁶²TL., *Visi sunt gressus tui, Deus; ingressus Dei mei, Regis*; Vlg., *Viderunt ingressus tuos, Deus; ingressus Dei mei, Regis mei*.

su cuerpo, diciendo: **Que está en su santuario**. Ciertamente, el **santuario** fue el templo del cuerpo de Cristo el Señor, pues en Él estaba la plenitud de la Divinidad, que los impíos no podían ver.

Verso 29.— **Fueron delante los príncipes, unidos a los que salmodiaban en medio de las jóvenes que tocaban panderos**⁶³ [*Praevenerunt principes coniuncti psallentibus in medio iuvenum*⁶⁴ *tympanistriarium*]. Los **príncipes** significan a los apóstoles, que también son *príncipes* entre los creyentes, y **fueron delante** de todos en la santidad de la doctrina. Y por esto fueron constituidos como guías, porque, más tarde, los siguieron los pueblos. Añade: **Unidos a los que salmodiaban**. Para que no creas que fueron pocos, adecuadamente ha añadido también que estaba unida a ellos la multitud de los que *salmodiaban*, los cuales no sólo con la voz, sino también con las buenas obras hacían ya resonar las alabanzas del Señor. Sigue: **En medio de las jóvenes que tocaban panderos**. Y, para que no creas que el sexo femenino era objeto de desdén, dice que este acto se celebraba **en medio de las jóvenes que tocaban panderos**, es decir, entre las jovencitas en la flor de la primera edad, que convirtieron sus panderos —es decir, la tensión del cuerpo— en alabanza y gloria del Señor, mortificándose con ayunos y alegrándose mejor en la aflicción de su propia carne, cosa que también hoy el poder divino obra en muchas vírgenes. Algunos quisieron que al genitivo **de los panderos** se le diera el sentido *de las iglesias*⁶⁵, cuyos atrios —a modo de panderos— celebran con júbilo popular las alabanzas del Señor. De estas iglesias se va a hablar en verso siguiente.

Verso 30.— **En las iglesias bendecid a Dios el Señor, desde las fuentes de Israel** [*In ecclesiis benedicite Deum Dominum*⁶⁶, *de fontibus Israel*]. Interpuesta la pausa, llega a la quinta parte del salmo, en la que dice dónde debe ser bendecido el Señor. En efecto, dice así a los fieles: **En las iglesias bendecid a Dios el Señor**, no en los conventículos de los paganos o en los antros de los herejes, sino *en la Iglesia católica debe ser bendecido el Señor*, que es donde se encuentran la recta fe y la verdadera alabanza. En efecto, a justo título, es alabado allí donde no es maldecido. Pues, ¿cómo podrá recibir alabanza de aquél que se ensucia con impías supersticiones [224]? Sigue: **Desde las fuentes de Israel**, es decir, desde la doctrina cristiana, que los apóstoles infundieron a las gentes. Ciertamente, la **fuentes** de la religión desde donde se difundió entre las demás naciones. En efecto, la palabra latina *fons* [fuente] viene del verbo *fovere* [reconfortar], porque su agua reconforta nuestros cuerpos, cansados por el esfuerzo.

Verso 31.— **Allí Benjamín, el más joven en el temor**⁶⁷; **los príncipes de Judá, sus guías; los**

⁶³Hebr., עֲלֻמֹת תוֹפִפוֹת, אַחֲרֵי נְגִינִים אֲחֵרִים שָׁרִים [Los cantores iban delante; detrás, los tañedores y, en medio, doncellas que tocaban panderos]. Los LXX: προέφθασαν ἄρχοντες ἐχόμενοι ψαλλόντων ἐν μέσῳ νεανίδων τυμπανιστριῶν [Preceden príncipes, seguidos de los que entonan salmos, en medio de doncellas que tocan panderos].

⁶⁴TL., *iuvenum*; Vlg., *iuvencularum*.

⁶⁵Así, S. Agustín en el comentario a este verso: ¿Por qué, cuando oís a las doncellas tañer los timbales, pensáis en deleites carnales...? Por este místico simbolismo se os dan a conocer las iglesias, puesto que ellas son las doncellas ataviadas con la nueva gracia, etc.

⁶⁶TL., *Deum Dominum*; Vlg., *Deo Domino*.

⁶⁷Hebr., שָׁם בְּנִימִן צָעִיר רִאשׁוֹן [Allí el pequeño Benjamín precediéndolos], porque su primer rey, Saúl, era de esta tribu, y éste puede ser el sentido más natural. Los LXX leen ἐν ἐκστάσει [en éxtasis]; Vlg., *in mentis excessu*; S. Agustín, *in extasi*, y Casiodoro, *in pavore*. Estas expresiones podrían deberse a que la tribu de Benjamín, por ser la más joven, manifestó su piedad, mostrándose como extática, fuera de sí, al admirar la grandeza y gloria de Dios. Después, nombra la tribu de Judá, de la que David fue su segundo rey. Por último, menciona a Zabulón y Neftalí, en cuanto que estas dos tribus se distinguieron —entre todas las demás— en la victoria de Débora y Barac (Jue 4,4; 5,14-15.18).

príncipes de Zabulón, los príncipes de Neftalí [*Ibi Beniamim adolescentior in pavore*⁶⁸; *principes Iuda duces eorum; principes Zabulon, principes Nephthalim*]. Ya se ha dicho que el hecho de entremezclar diferentes nombres hebreos, para resaltar el significado de un determinado misterio, es un modo de expresión, propio de las Escrituras divinas. En efecto, no hay duda de que todos los profetas desearon la llegada del tiempo feliz de la predicación del Evangelio, tiempo éste que –deseado ahora ardorosamente por el salmista– muestra claramente, mediante los nombres de las tribus, que señalaba a Cristo el Señor y a los apóstoles. **Allí Benjamín, el más joven en el temor.** Allí, es decir, en el templo de Jerusalén, donde Pablo oyó las palabras del Señor, cosa que también el libro de los Hechos de los Apóstoles relata con claridad [¿Hch 22,3?]. O bien –según otros quieren– el adverbio *allí* puede referirse a la Iglesia, lugar donde dijo que se había de salmodiar. **Benjamín** designa al apóstol, descendiente de la tribu de Benjamín, pues él mismo dice: *Pues también yo soy israelita, de la stirpe de Abrahán, de la tribu de Benjamín* (Flp 2,5). **El más joven en el temor**, porque, en verdad, fue joven en edad, como en los Hechos de los Apóstoles, en el relato del martirio del bienaventurado Esteban, dice Lucas: *Y los falsos testigos dejaron sus vestiduras a los pies de cierto joven, de nombre Saulo* (Hch 7,57). Éste, aun cuando fuera joven en edad, fue todavía **el más joven en el temor**, cuando se derrumbó a la voz del Señor, que, compadecido de él, tronó: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Hch 9,4). Ahora bien, la palabra latina *adolescens* [adolescente, joven] viene del verbo *adolesco*, es decir, ir en aumento. La expresión **príncipes de Judá** designa al Señor Salvador, que descende de la tribu de Judá, como Juan dice en el Apocalipsis: *El león de la tribu de Judá, raíz de David* (Apc 5,5). Añade: **Sus guías**, es decir, guías de los pueblos que estaban establecidos en la Iglesia, hecho que se ha de aplicar no sólo a Pablo o al Señor, sino también a los que se nombran a continuación: **Los príncipes de Zabulón, los príncipes de Neftalí.** *Zabulón* y *Neftalí* fueron tribus establecidas en la región de Judá, de donde –según leemos– eran originarios los demás apóstoles. Y, con razón, todos estos son llamados **príncipes**, porque, siendo dignísimos en honor y primado, la muchedumbre de los fieles los seguía. En efecto, reciben el nombre de *príncipes* también los que no son reyes, como se lee en el libro de Éxodo, en el episodio de la dedicación del Tabernáculo: cómo los doce príncipes ofrecieron dones, cada cual por cada una de las tribus de Israel (Éx 35,27). Será provechoso indicar también los significados de estos nombres, porque éstos se aplican igualmente a la misma Iglesia. **Judá** significa *confesión*⁶⁹; **Zabulón**, *habitáculo de fortaleza*⁷⁰; **Neftalí**, *mi dilación*⁷¹. Significados todos ellos que, si miras con atención, podrás adaptar convenientemente a la Iglesia católica⁷².

Verso 32.– **Manda, oh Dios, a tu fortaleza; confirma, oh Dios, lo que has obrado en nosotros** [*Manda, Deus, virtuti tuae; confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis*]. Después de aquella felicísima predicación sobre la venida del Señor –como si de un inestimable don ya se tratara– el profeta se vuelve al Padre, diciendo: **Manda, oh Dios, a tu fortaleza.** La **fortaleza** del Padre es Cristo el Señor, como dice el Apóstol: *Cristo, fortaleza de Dios y sabiduría de Dios* (1Cor 1,24). **Manda** es un verbo que hace referencia al carácter distintivo de las personas, en cuanto que les confiere perpetuamente un solo querer, un solo poder. Pero dice qué es aquello que le es mandado: **Confirma, oh Dios, lo que has obrado en nosotros.** Gran ruego es que *Dios confirme en nosotros* su fe, la fe que Él se dignó regalar. En efecto, fue obra de Dios que la ciega gentilidad, inspirada por la luz de la verdad, hubiese podido conocer al Señor Salvador, según las palabras del Apóstol: *Bendito sea Dios y Padre*

⁶⁸TL., *adolescentior in pavore*; Vlg., *adolescentulus in mentis excessu*.

⁶⁹HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 825).

⁷⁰HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 830).

⁷¹HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 826).

⁷²Resulta interesante la explicación de estos nombres, aplicados a la Iglesia, dada por S. Agustín, que Casiodoro omite (AGUSTÍN, o.c., vol. 2, págs. 740-741).

de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los cielos, en el cual nos eligió también, antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados en él (Ef 1,3-4).

Verso 33.— **Desde tu templo que está en Jerusalén, los reyes te ofrecerán dones** [*A templo tuo quod est in Ierusalem*⁷³, *tibi offerent reges munera*]. Aunque los dones solían ofrecerse en el templo, dice, sin embargo, que se ofrecerán **desde el templo que está en Jerusalén**. Así, pues, *desde el templo de Jerusalén ofrecen dones los reyes*, que, morando en la Iglesia de Dios con un modo de vida recto, ofrecen la pureza de su corazón, una vez se llega ya al premio, cuando el grano se separa de la paja y se convierte Jerusalén en madre única de todos los que vivieron bajo la ley de Cristo. Podemos entender también por **reyes** a los emperadores y hombres fieles. A los emperadores, porque también ellos —a modo de dones— *se ofrecieron* a sí mismos a Dios; a los hombres fieles, porque merecieron *regir* su propio cuerpo, por medio de la gracia de Dios. Y observa que sólo llama templo del Señor a **Jerusalén**, donde está la *visión de la paz*⁷⁴ y la hostilidad de los herejes, que se han separado, no la perturba.

Verso 34.— **Increpa a las fieras de las selvas**⁷⁵; **la reunión de los toros entre las vacas de los pueblos** [*Increpa feras silvarum; concilium taurorum inter vaccas populorum*⁷⁶]. Para reafirmar con la fortaleza de la confesión aquella santa credulidad, dice el profeta: **Increpa a las fieras de las selvas**, es decir, arguye contra los hombres soberbios y feroces, que se obstinan en su depravada persuasión, con objeto de que la reprensión de éstos sea defensa sólida de los fieles. En efecto, en vez de hombres malvados o del diablo habla de **fieras**, como en otro salmo se dice: *La exterminó el jabalí procedente de la selva, y el onagro solitario pació en ella* (Sal 79,13). Añade: **La reunión de los toros entre las vacas de los pueblos**. Sobreentiéndase también aquí el verbo *increpar*. Increpa, esto es, a los indómitos herejes, que, con cerviz erguida, seducen a las almas inocentes y las arrastran a su grey, engañándolas con nefasta sagacidad. Las **vacas** son también las mujeres, ligerísimas por su dúctil voluntad, que siguen a los maestros de la perfidia, como las vacas siguen a los toros. De ellas dice el Apóstol: *Porque de éstos son los que penetran en las casas y llevan cautivas a las mujerzuelas cargadas de pecados, que son arrastradas por diversas pasiones, que siempre están aprendiendo, pero nunca llegando al conocimiento de la verdad* (2Tim 3,6-7). Por qué razón estos tales deban ser increpados, a continuación, lo explica.

Verso 33.— **Para que no sean excluidos aquéllos que han sido probados como la plata**⁷⁷, **dispersa a las gentes que quieren las guerras** [*Ut non excludantur hi*⁷⁸ *qui probati sunt argento; disperge gentes quae bella volunt*]. Se ha mostrado la conveniencia de aquella increpación, pues, cuando la falsedad es rebatida, la verdad, por el contrario, queda confirmada. En efecto, es necesario

⁷³TL., *tuo quod est in Ierusalem*; Vlg., *tuo in Ierusalem*.

⁷⁴HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 855).

⁷⁵Hebr., *יְנַעַר חַיֵּית הַבְּרָצִי* [*Increpa a las fieras del cañaveral*]. Por el verbo *increpar* puede entender aquí, por metalepsis, *destruir, apartar, reprimir*. Las *fieras del cañaveral*, es decir, los cocodrilos, que suelen esconderse entre las cañas, que pueblan las riberas del Nilo, entendiendo por este río al propio Faraón. Los LXX: ἐπιτίμησον τοῖς θηρίοις τοῦ καλάμου [*Reprime a las fieras del cañaveral*].

⁷⁶TL., *feras silvarum; concilium taurorum inter vaccas populorum*; Vlg., *feras harundinis; congregatio taurorum in vaccis populorum*.

⁷⁷Hebr., *בְּרִצְיָהּ כֶּסֶף בְּרִצְיָהּ* [*pisoteando las piezas de plata*]. Los LXX: τοῦ μὴ ἀποκλεισθῆναι τοὺς δεδοκιμασμένους τῷ ἀργυρίῳ [*para que no sean encerrados los que han sido probados como la plata*]. Nótese que, contra la Vlg. y también S. Agustín, que leen *ut* [para que], Casiodoro entiende *ut non* [para que no]. El sentido del verso sigue siendo el mismo: eliminar todo lo negativo, para que lo positivo no se estropee, pero en Casiodoro parece quedar más claro.

⁷⁸TL., *Ut non excludantur hi*; Vlg., *ut excludant eos*.

increpar a las fieras de las selvas, rechazar a los toros, quitar de enmedio las vacas de los pueblos, de manera que sean fortalecidos y progresen **aquéllos que han sido probados**, es decir, aquéllos que, eliminadas a fuego las suciedades de los vicios, la caridad espiritual –**como plata** limpiísima– los condujo a la pureza del alma. Se añade también la sentencia, que dispersa a los herejes. En efecto, ellos son las **gentes que quieren las guerras**, o sea, los que, debido a las contiendas, no tienden al provecho del alma, sino que, con sus perversas persuasiones, toman cautivas a las almas inocentes.

Verso 36.– **Ofrecen prontamente desde Egipto; Etiopía se da prisa en dar las manos a Dios** [*Offerunt velociter ex Aegypto; Aethiopia festinat manus dare Deo*⁷⁹]. No resulta problemática la comprensión de este verso, si se tiene en cuenta la traducción del padre Jerónimo, traducción que es conveniente seguir, por haber seguido él la llamada *veritas hebraica*, liberándonos así de cualquier posibilidad de equívoco⁸⁰. Debido al tenebroso color negro de la piel de sus habitantes, **Egipto y Etiopía** han tenido, desde siempre, una consideración negativa. Esta figura retórica recibe el nombre de *synecdoche*, es decir, el todo por la parte. En efecto, este color significa el mundo que, preso por las densas tinieblas [225] de los pecados, estaba oprimido por el diablo, pero que, una vez iluminado por la luz del Señor, mereció llegar a los dones de la vida eterna. El profeta de las gentes apremia, pues, para que **desde Egipto ofrezcan prontamente** presentes a Dios, es decir, a que ofrezcan sus almas, purificadas ya de la suciedad mundana. Que también **Etiopía se dé prisa en dar las manos a Dios**. Es ésta una metáfora tomada de los combatientes derrotados, los cuales, a fin de que no acabasen con sus vidas de manera cruel, daban sus manos a los vencedores, de modo que, una vez depuestas las armas, pudieran eludir el peligro de muerte. Se advierte así a Etiopía que no tarde en entregarse a Dios, de suerte que pudiera florecer, estando cautiva, aquélla que, gozando de libertad, la suciedad la cubría.

Verso 37.– **Reinos de la tierra, cantad a Dios, salmodiad para el Señor** [*Regna terrae, cantate Deo, psallite Domino*]. También se ha coronado esta parte con una hermosa exhortación. En efecto, al decir: **Reinos de la tierra**, ha querido significar a todo el género humano, porque, aunque existan pueblos que no tienen rey, sin embargo, en esta palabra se encierra todo lo que se considera que es propio de las gentes. La expresión: **Cantad** mira a la pureza del alma. **Salmodiad** se refiere a las obras santísimas, que mucho agradan al Señor.

Verso 38.– **Salmodiad a Dios, que asciende sobre los cielos de los cielos⁸¹ desde Oriente; he aquí que dará su voz, la voz de su poder** [*Psallite Deo, qui ascendit super caelos caelorum ab Oriente*⁸²; *ecce dabit vocem suam, vocem virtutis suae*⁸³]. Después de la interposición de la quinta pausa, llega el profeta a la sexta parte, en la que exhorta a los fieles a que **salmodien a Dios**, que resucitó de entre los muertos. Se dice, en efecto, para qué Dios es la salmodia: Para **el que ascendió**

⁷⁹TL., *Offerunt velociter ex Aegypto; Aethiopia festinat manus dare Deo*; Vlg., *Venient legati ex Aegypto; Aethiopia praeveniet manus eius Deo*.

⁸⁰Hebr., יִצְחָקוּ חֲשֵׁמִינִים מִנִּי מִצְרָיִם בֹּשׂ תַרְיִץ יָדָיו לְאֱלֹהִים [*Vendrán legados desde Egipto. Etiopía extenderá hacia Dios sus manos*]. Los LXX dicen igualmente: ἡξουσιν πρέσβεις ἐξ Αἰγύπτου Αἰθιοπία προφθάσει χεῖρα αὐτῆς τῷ θεῷ [*Vendrán legados desde Egipto, Etiopía adelantará sus manos a Dios*]. La traducción de S. Jerónimo es la que recoge la Vlg.: *Venient legati ex Aegypto; Aethiopia praeveniet manus eius Deo*, que es también la de S. Agustín. Desconozco de dónde viene el texto de Casiodoro.

⁸¹Hebr., בְּשָׁמַיִם שְׁמֵי-קָדָשׁ [*en los cielos, los cielos antiquísimos*]. Los LXX traducen por ἐπὶ τὸν οὐρανὸν τοῦ οὐρανοῦ [*sobre el cielo del cielo*], y de ahí la Vlg. El *cielo del cielo* es el cielo más alto de todos, los cuales –según la opinión de los antiguos hebreos– eran tres. El primero, por donde vuelan las aves, que es la región del aire. El segundo, donde están las estrellas, que es el firmamento. El tercero, el cielo de los bienaventurados.

⁸²TL., *super caelos caelorum, ab Oriente*; Vlg., *super caelum caeli, ad Orientem*.

⁸³TL., *ecce dabit vocem suam, vocem virtutis suae*; Vlg., *ecce dabit voci suae, vocem virtutis*.

sobre los cielos de los cielos, sí, el Señor Jesús, que bajó del cielo, para liberar la debilidad de nuestra naturaleza. Subió, de nuevo, *sobre los cielos de los cielos* y está sentado a la derecha del Padre. Pero se ha de considerar que, aun cuando en el libro del Génesis se lea: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra* (Gén 1,1), con frecuencia, en las Escrituras divinas encontrarás la palabra *cielo* escrita en plural, es decir, *cielos*. Sin embargo, cuando *cielos* aparece en número plural, leemos *cielos y tierras*. En efecto, esta clase de locución da pie ampliamente para que, por abusión, empleemos el singular por el plural, y el plural por el singular. Por otra parte, por lo que se refiere a la expresión: **Desde Oriente**, ésta hace clara referencia a Jerusalén, ciudad que está situada en las regiones orientales y lugar desde donde el Señor, a la vista de los apóstoles, subió a los cielos. Tierra colmada de muchos milagros, donde la fe de los fieles se nutre más por las visiones que por las lecciones. Sobre ella, de manera verdaderamente bella, dijo el padre apostólico León: *Y lo que en otro lugar no se permite no ser creído, allí no puede no ser visto. En efecto, ¿por qué se fatiga el intelecto de aquél, cuyo maestro es la mirada? Y ¿por qué las cosas leídas o escuchadas son dudosas, allí donde todos los misterios de la salvación se imponen a la vista y al tacto?*⁸⁴. Juzgo de ahí que tampoco se ha de pasar por alto el hecho de que, en la epístola a los Hebreos, el apóstol Pablo, de manera admirable aplicó también la imagen del tabernáculo a aquella triunfal ascensión, diciendo: *Mas estando Cristo ya presente, Pontífice de los bienes venideros, por otro más excelente y perfecto tabernáculo, no hecho por mano, es decir, no de esta creación, ni por la sangre de machos cabrios o de becerros, sino por su propia sangre, entró una sola vez en el santuario, habiendo hallado la redención eterna* (Hb 9,11-12). Y de nuevo: *Porque no entró Jesús en un santuario hecho por mano, que era figura del verdadero, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros* (Heb 9,24). Por tanto, viene mostrado así que este hecho magnífico, que ahora se describe, mediante esclarecidos gozos, es prefigurado adecuadamente por aquel tabernáculo. Sigue: **He aquí que dará su voz, la voz de su poder**. Esto puede entenderse de varios modos. **Dio su voz**, cuando dijo al paralítico: *Levántate y anda* [Mc 2,9]; cuando resucitó a Lázaro [Jn 11,43-44]; cuando ordenó a los demonios que salieran de los poseídos [Mc 1,23; 5,8]. También **dará la voz de su poder**, cuando, en el último día, dé la orden de la resurrección del género humano. ¿Qué hay, en efecto, más fuerte que hacer que las cenizas vuelvan a ser un cuerpo en movimiento y sustancia viva, y llevar aquella naturaleza mortal a los dones de la vida eterna?. Pues así se lee en el Evangelio: *Llegará la hora en que también los que están en los sepulcros oirán su voz, y se adelantarán* (Jn 5,28).

Verso 39.– **Dad honor a Dios sobre Israel; su magnificencia y su poder en las nubes** [*Date honorem*⁸⁵ *Deo super Israel; magnificentia eius et virtus eius in nubibus*]. Insiste en las mismas exhortaciones de los fieles. En efecto, al decir: **Dad honor a Dios**, los alienta a ennoblecerse aún más, pues quien alaba a Dios, se hace a sí mismo laudable y quien da honor al Señor, sin duda, se dignifica en su persona. **Sobre Israel**, expresión con la que se significa a la Iglesia católica, en la que Dios verdaderamente es contemplado, cuando se cree con fe sincera. En efecto, el nombre de **Israel** se traduce por *el hombre que ve a Dios*⁸⁶. Por lo cual, no puede ser visto en otra parte, sino allí donde el pueblo verdaderamente lo confiesa. Prosigue: **Su magnificencia y su poder en las nubes**. Suya es la **magnificencia**, porque siempre hace obras grandes. Suyo es el **poder**, en cuanto que el efecto está en función de su mandato. *Porque todas las cosas que quiso, las hizo el Señor en el cielo, en la tierra* (Sal 134,6). Pero dice que esta **magnificencia y poder** están **en las nubes**, no estas nubes visibles, que dejan derramar la lluvia o caer copos de nieves⁸⁷, sino que se refiere dicha expresión a ciertas poderosas

⁸⁴LEO I MAGNUS, *Ad Iuvenalem Ierosolymitanum Episcopum*. Epist. 139, 1 (PL 54, 1103).

⁸⁵TL., *Date honorem*; Vlg., *Date gloriam*.

⁸⁶HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 832).

⁸⁷TL., *aut corpulenta qualitate densantur* [o se condensan con consistente cualidad].

potestades dotadas de una razón superior y que, con naturaleza espiritual, están al servicio de los mandatos divinos. De ellas está escrito: *Ordenaré a mis nubes que no derramen lluvia sobre la tierra* (Is 5,6). En efecto, esta palabra está llena de muchas significaciones, pues se aplica también a los apóstoles y a los profetas.

Verso 40.— **Admirable Dios en sus santos**⁸⁸, **Dios de Israel** [*Mirabilis Deus in sanctis suis, Deus Israel*]. He aquí que, para que no pienses que se está refiriendo a aquellas nubes del aire, dice: **Admirable Dios en sus santos**, ya en sus ángeles, ya en los hombres, que secundan sus mandatos. De nuevo repite la expresión: **Dios de Israel**, a fin de que quede grabada en los corazones de los hombres el lugar donde se muestra el **Dios admirable**.

Él dará virtud y fortaleza a su pueblo, Dios bendito [*Ipse dabit virtutem et fortitudinem plebi*⁸⁹ *suae, benedictus Deus*]. A fin de que, a causa de la debilidad humana, nadie cayera en la desconfianza y se negase a creer que puede llegar a tan grandes premios, se afirma con promesa veraz que el Señor **dará** a sus fieles la **virtud** de la paciencia y la **fortaleza** de la fe, de manera que puedan alcanzar los premios eternos. Y, para manifestar más claramente que puede *dar* lo que más arriba ha dicho, añade: **Dios bendito**, es decir: el que por los labios de todos debe ser bendecido, para que así como Él nunca cesa en sus beneficios, así también reciba siempre bendiciones. En efecto, no creamos que con dos palabras se ha de explicar brevemente su alabanza, pues el que medita sus Escrituras, *bendice* a Dios; el que, por las obras santas, practica la justicia, *bendice* a Dios, y el que con fidelidad lo confiesa, *bendice* a Dios. ¡Ojalá esta breve alabanza se cumpla sin interrupción alguna, durante todo el tiempo de nuestra vida!

Conclusión del salmo

Ha transcurrido este copioso salmo, a modo de ingentes ríos, que cuantas más tierras atraviesan tanto más fecundan los campos. Río, que no con la boca, sino, más bien, con los oídos se agota; río, que se bebe con el espíritu, no con el cuerpo; río, que sin humedad alguna siempre está bien provisto de agua, embriagando los sentimientos puros, conduciendo a la sobriedad del espíritu a los que están ebrios, a causa de los pecados. Agua que, al mismo tiempo, quita la sed y el hambre, que no se agota por mucho que se reparta [226], sino que, al recibirse, aumenta siempre. Oremos, para que este río nos posea sin interrupción. No seremos arena estéril –antes bien, campo fecundo– si, por favor del Señor, su seno nos tiene siempre poseídos. Pero recuerda que, por encima de los demás, este salmo ha descrito con esplendor admirable la ascensión del Señor.

⁸⁸Hebr., נִרְאָה אֱלֹהִים מִמִּקְדָּשָׁיו [Terrible Dios desde tus santuarios]. Los LXX: θαυμαστός ὁ θεὸς ἐν τοῖς ἁγίοις αὐτοῦ [Admirable Dios entre sus santos].

⁸⁹TL, in textu: *plebi* [ed., plebis].

SALMO SESENTA Y OCHO

Para el fin. Por aquéllos que serán cambiados. Para David¹

[In finem, pro his qui commutabuntur, David]

Nadie ignora ya que la expresión: **Para el fin** se refiere al Señor Salvador, que es el que en este salmo va a narrar su pasión, de tal modo que la autoridad del Evangelio dé testimonio de sus palabras y nos enseñe el Apóstol a tomar ejemplo de Él. Se lee, en efecto, en el Evangelio: *Y me dieron como comida hiel, y como bebida me dieron a beber vinagre* (Jn 2,17). Y en otro lugar: *El celo de tu casa me consume* (Sal 68,10). También el apóstol Pablo dice: *Conviértase su mesa delante de ellos mismos en lazo y en paga y en escándalo; oscurezcanse sus ojos, para que no vean, y encorva siempre su espalda* (Rom 11,9-10). Todos estos versículos –atento lector– los encontrarás escritos aquí un poco más adelante. Por esta razón, ¿quién puede poner en duda que este salmo conviene a la pasión del Señor, a la que tal y tan gran autoridad le sale en apoyo para su entendimiento?. Sigue: **Por aquéllos que serán cambiados**. Así, pues, este *cambio* tiene que ver con los pueblos cristianos, los cuales, despuerta la maldad del hombre viejo, **son cambiados** por el don de la nueva regeneración. Ahora bien, las palabras **por aquéllos** se han de entender en el sentido de que, en verdad, la pasión del Señor tuvo lugar² para beneficio de todos los fieles. Aparece también en este título el nombre de **David**, de forma que el fin y el principio converjan en Cristo el Señor, como sobre Él está escrito: *Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin* (Apc 1,8). Y así la virtud de este salmo viene puesta de manifiesto por el orden de este título. Pero recuerda que éste es el cuarto de los salmos, que con mayor amplitud hablan de la pasión y resurrección del Señor.

División del salmo

Hasta aquí, he venido marcando con seguridad las divisiones de los salmos, valiéndome de las pausas interpuestas, en la certeza de que la separación estaba puesta justamente allí donde los silencios divinos tuvieron lugar. Pero ahora oremos al Señor, para que el que, en la tierra, ofrece el camino, Él mismo garantice también, en los abismos, recorridos seguros. Como hemos dicho, a lo largo de todo el salmo habla Cristo en su condición de siervo. En la primera parte, ruega del Padre ser salvo, porque –sin culpa alguna, por su parte– está padeciendo muchas tribulaciones y persecuciones, a causa de los judíos. En la segunda parte, pide –en razón de los miembros– que la esperanza de los fieles, fijada en su resurrección, no sea defraudada, aduciendo haber soportado Él con entereza de ánimo todos los males que la iniquidad de los hombres le habían infligido. Suplica, en la tercera, que su oración sea escuchada, de manera que su vida, llevada a cabo sin mancha alguna, sea liberada del lodazal de este mundo. Dice, en efecto, que Dios es sabedor de con cuántas insidias lo atacan sus enemigos, para llegar –tras ser maquinado el delito– hasta el total cumplimiento de la pasión. En la cuarta parte, por la virtud de la presciencia, anuncia las cosas futuras que podían sobrevenir a los enemigos. En la quinta, en razón de su condición de siervo, profesa que Él es pobre. Por ello dice también que alabará la clemencia paterna, exhortando a los fieles a que confíen en el Señor, que libró a su Iglesia de la adversidad de este mundo y miró por sus santos en esta felicidad perpetua.

¹Hebr., לְמַנְצֵחַ עַל-שׁוֹשְׁנִים לְדָוִד [Al maestro del coro sobre šōšānîm. Para David]. Sobre el vocablo hebreo שׁוֹשְׁנִים, [šōšānîm] véase lo dicho en la nota a pie de página sobre el título del Sal 44. Los LXX: ὑπὲρ τῶν ἀλλοιωθησομένων τῷ Δαυιδ [sobre los que serán transformados].

²TL., in textu: *collocata* [ms. G., collata].

Exposición del salmo

Verso 1.— **Sálvame, oh Dios, porque las aguas entraron hasta mi alma** [*Salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam*]. Toda mente cuerda profesa que la Divinidad de Cristo es impasible, pero que asumió nuestra debilidad humana, para poder así someterse a la muerte. En virtud de esta misma dispensación³, clama ahora: **Sálvame, oh Dios**, es decir: porque no quiso huir de la muerte, a cuyo encuentro iba con libre voluntad, pidió el auxilio de la resurrección, de suerte que su humanidad pudiese ser salvada lo más pronto posible. En efecto, Él padeció porque así lo quiso; los mártires padecen, aunque no lo quieran. Así, el mismo Señor dijo al apóstol Pedro: *Cuando seas viejo, otro te ceñirá, y te llevará a donde tú no quieres* (Jn 21,18). Expresa ahora por qué causa pedía *ser salvado*: **Porque las aguas entraron hasta mi alma**. Las Escrituras divinas atestiguan que, con frecuencia, por **aguas** deben entenderse las sediciones de la plebe y los tumultos de los pueblos, como en el siguiente ejemplo se dice: *Quizá nos habrían absorbido como agua; nuestra alma atravesó el torrente. Quizá habría atravesado nuestra alma el agua insuperable* (Sal 123,4-5). Por lo cual, aquel pueblo judío **entró hasta el alma** del Señor Salvador, cuando —enloquecido— se glorió de haberlo clavado en una cruz.

Verso 2.— **Estoy clavado en el limo de lo profundo, y no hay sustancia; he llegado a la profundidad del mar y la tempestad me ha hundido**⁴ [*Infixus sum in limum profundi, et non est substantia; veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me*]. Debe decirse, en primer lugar, que esta figura retórica recibe el nombre de *characterismos*, en latín, *informatio* o *descriptio*. En efecto, el Señor describe su futura pasión, sirviéndose de determinadas alusiones. Pero veamos con más cuidado este verso, pues creemos que su contenido es de no poca profundidad. Ciertamente, cuando Dios creó todo cuanto existe, formó al hombre *del limo de la tierra* [Gén 2,7], pero no de lo *profundo*. Sin embargo, los hombres fueron hechos **limo de lo profundo**, cuando fueron tenidos presos, a causa del pecado original y de los pecados de la vida ordinaria. Por este *limo de lo profundo* fue **clavado** el Señor, cuando la enloquecida turba judía clamaba: *¡Crucifícalo, crucifícalo!* (Jn 19,6). El *limo* era la carne de estos dementes, sometida al pecado original; pero la malicia criminal le añadía la condición de *profundo*. Sigue: **Y no hay sustancia**. Todo mal no es **sustancia**, porque no puede llamarse *sustancia* lo que no ha sido creado por Dios. En efecto, no subsiste, sino que acaece; y no permanece extrínsecamente, sino que sólo tiene apariencia de ser, mientras sucede. Niega, por tanto, que verdaderamente la naturaleza corrompida haya sido *sustancia*, en cuanto creada por Él. Y así, se lee también en otro salmo: *Y que mi sustancia como nada es ante ti* (Sal 38,6), es decir, no aquélla que pudo crear el Señor, sino la que, por seducción del diablo, sucumbió corrompida⁵. O bien podemos entender sencillamente lo siguiente: Estoy crucificado, a causa de la maldad de los judíos, y no está en el poder de la carne eludir la pasión, que lleva consigo la muerte. Sigue diciendo: **He llegado a la profundidad del mar y la tempestad me ha hundido**. El que caminó sobre el mar con pasos firmes, y alargó su mano a Pedro, para impedir que se hundiera [Mt 14,25.31], ¿cómo es que ahora **dice que la tempestad lo ha hundido**?. Asimismo, la **tempestad** es la violenta agitación de la plebe enloquecida. Ella, en efecto, **hundió** al Señor Salvador

³Entiéndase *plan, disposición, providencia, ministerio, misión, cometido...* todo ello, conforme a la voluntad de Dios y en orden a la salvación

⁴Hebr., וְשִׁבַּלְתִּי שֶׁטְפָתַי [y la corriente me ha arrastrado]. Los LXX: καὶ καταγίγς κατεπόντισέν με [y un vendaval me ha hundido].

⁵Casiodoro se separa también aquí de la explicación de S. Agustín, que va por otra parte y que, ciertamente, es más sencilla, pues dice: *¿Qué significa 'no hay sustancia'? ¿Por ventura no es sustancia el lodo?... Entenderemos —si podemos— qué significa 'no hay sustancia', si primeramente entendemos qué es sustancia. Se llaman sustancias las riquezas. Según esto, decimos: tiene o no tiene sustancia, es decir, tiene hacienda o perdió su hacienda, etc.* (S. AGUSTÍN, o.c., vol. 2, pág. 757).

nuestro, cuando lo hizo llegar hasta la cruz.

Verso 3.— **Me he fatigado clamando, ronca se ha vuelto mi garganta; desfallecieron mis ojos, mientras espero en mi Dios** [*Laboravi clamans, raucaefactae sunt fauces meae; defecerunt oculi mei, dum spero in Deum meum*⁶]. Hemos de preguntarnos cómo es que dice aquí: **Me he fatigado clamando**, siendo así que en el Evangelio leemos: *No respondía [227] a sus palabras* [Mt 26,63], cosa que también confirma el profeta Isaías: *Como oveja llevada al matadero, y como cordero ante el esquilador, así no abrió su boca* (Is 53,7). Una y otra cosa son verdad, ambas se cumplieron. En efecto, guardó silencio, cuando era traicionado, a fin de que su actitud sirviera de saludable ejemplo para el mundo. Pero clamaba, ciertamente, cuando decía: *Padre justo, el mundo no te ha conocido* (Jn 17,26). O también: *Si puede hacerse, pase de mí este cáliz* (Mt 26,39). Y, de nuevo: *Padre, perdónalos, porque no saben qué hacen* (Lc 23,53). En efecto, también *clamó fatigándose* en aquel tiempo en que decía: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!* (Mt 23,13); *¡Ay del mundo, a causa de los escándalos!* (Mt 18,7), y otros lugares semejantes a éstos. Así, pues, *se fatigaba clamando*, cuando los malvados no escuchaban sus palabras. En efecto, la *fatiga* significa un clamor no escuchado, pues no decimos que *se fatigan* aquéllos sobre los que damos testimonio de haber cumplido sus votos. Sigue diciendo, finalmente: **Ronca se ha vuelto mi garganta**. Cuando la roquera se adueña de nuestra **garganta**, nuestras palabras llegan confusas a los oídos de los demás. Por tanto, con razón, dice que *enronqueció su garganta*, porque nunca el pueblo impío tuvo a bien escuchar sus palabras. Añade: **Desfallecieron mis ojos, mientras espero en mi Dios**. Creamos que los ojos que **desfallecieron** en el Señor fueron estos ojos carnales, cerrados por la muerte, porque, en su Divinidad, tuvo siempre abiertos los ojos del corazón Aquél que nunca pecó, según la ley de la carne.

Verso 4.— **Se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza los que me odiaron en balde** [*Multiplicati sunt super capillos capitis mei qui oderunt me gratis*]. Sabido es que nuestros *cabellos* nos han sido dados para heroseamiento de la cabeza. Por la misma razón, los apóstoles son dados a la Iglesia, es decir: para así como la cabellera embellece la cabeza, así también todos los fieles sean adorno de la Iglesia. Por consiguiente, para dar a entender que el número de los infieles era mayor que el de los fieles, dice que los pérfidos judíos **se han multiplicado más que los cabellos de su cabeza**, es decir, muy por encima del número de los creyentes. Si quisieras entender esto en sentido literal, sepas que se ha hecho uso aquí de la figura retórica llamada *auxesis* [exageración], por medio de la cual se quiere resaltar la turba ingente del pueblo judío. Sigue: **Los que me odiaron en balde**. Absolutamente **en balde**, en cuanto que persiguieron a Aquél que debieron desear propicio. En efecto, decimos **haber odiado en balde**, cuando maldecimos a alguien de quien no hemos recibido ofensa alguna, como en el salmo treinta y cuatro ya quedó dicho: *Porque en balde me ocultaron la perdición de su lazo* (Sal 34,7).

Verso 5.— **Se han robustecido mis enemigos, los que me persiguen injustamente; lo que no robé, yo lo pagaba entonces** [*Confortati sunt inimici mei, qui me persequuntur⁷ iniuste; quae non rapui, tunc exsolvebam*]. Más que los cabellos se han multiplicado los enemigos. Y, para que creas que estos numerosos enemigos fueron causantes también de un gran daño, añade: **Se han robustecido**. *Se robustecieron*, cuando maquinaron llevar a cabo aquello que, más tarde, no dejaron de cumplir. Y, para que sepas asimismo que aquellos enemigos estaban soliviantados, a causa de su propia culpa, sigue diciendo: **Los que me persiguen injustamente**, es decir, lo mismo que un poco antes había dicho, o sea, sin motivo. Injusto fue, en verdad, que Aquél que había venido para salvación del pueblo judío, lo

⁶TL, in textu: *meum* [ms. G. et ed., *vivum*].

⁷TL., *persequuntur*; Vlg., *persecuti sunt*.

encontrase, por el contrario, como enemigo suyo. Sigue diciendo: **Lo que no robé, yo lo pagaba entonces.** Adán **robó** en el momento en que, seducido por el diablo, se atrevió a tomar lo que el mandato divino le había prohibido. Y, con razón, fue condenado, en cuanto que fue su elección despreciar al Preceptor de la vida. Pero Cristo no cometió pecado ni conoció delito alguno. Y, sin embargo, como si algún delito hubiese cometido, tomó la cruz y **pagó** por nosotros lo que, ciertamente, no realizó por sí mismo. Y, para vaciar el quirógrafo de nuestra muerte, Él mismo pagó en su totalidad la cantidad a la que ascendía a culpa.

Verso 6.— **Oh Dios, tú conoces mi insipiencia, y mis delitos no te son ocultos** [*Deus, tu scis insipientiam meam, et delicta mea a te non sunt abscondita*]. Llega a la segunda parte, donde habla ya en razón de los miembros. En efecto, Cristo no puede ser insipiente. Al respecto, dice el Apóstol: *Poder de Dios y sabiduría de Dios* [1Cor 1,24]. A pesar de todo, dice que tiene **insipiencia**, poniéndose en el lugar de aquéllos que —como dice el título— *han sido cambiados*. En efecto, siendo *insipientes*, fueron hechos verdaderamente sabios, porque, después de tan grandes delitos, recibieron la gracia de la recta religión. Sobre ellos dice el Apóstol: *Dios eligió lo necio de este mundo, para confundir a los sabios* (1Cor, 1,27). De manera semejante, asumiendo el lugar de su cuerpo, Cristo Cabeza habla diciendo: **Y mis delitos no te son ocultos.** Ciertamente es totalmente, pues todo lo que nosotros obramos es manifiesto para Dios. Nosotros, en cambio, eludiendo la responsabilidad de nuestras culpas, desconocemos a menudo aquello que realizamos. Sobre la ignorancia humana ya se dijo: *¿Quién conoce los delitos?* (Sal 18,13). Con razón, pues, estos **delitos** se han de ser referir a aquéllos que tienen necesidad de ser absueltos de sus deudas. Pero Cristo el Señor no conoció el pecado, como Él mismo afirma: *He aquí que vendrá el príncipe de este mundo y nada encontrará en mí* (Jn 14,30). Y, a tal propósito, lo mismo asegura también Isaías: *No cometió pecado, y engaño no fue encontrado en su boca* (Is 53,9). Así, pues, no cometió pecado, sino que —antes al contrario y como dice el Apóstol— *el que no había cometido pecado, se hizo pecado por nosotros* (2Cor 5,21). Es decir, el Padre constituyó a su Hijo, para ser inmolado como víctima por nuestros pecados. En su libro *Enchiridion* (cap. 41), el padre Agustín aborda este tema, desarrollándolo con su habitual agudeza⁸. Por lo cual, todo lo referente a la *insipiencia* y a los *delitos* debemos entenderlo de los miembros. Esta figura retórica recibe el nombre de *tapinosis*, es decir, humillación, cuando, mediante palabras muy humildes, se disminuye la grandeza de un determinado asunto.

Verso 7.— **No se avergüencen por mí los que te esperan, Señor, Dios de los poderes; no teman por mi causa los que te buscan, Dios de Israel** [*Non erubescant in me, qui te expectant, Domine Deus⁹ virtutum; non reveantur super me, qui requirunt te¹⁰, Deus Israel*]. He aquí que este verso ha expresado, en razón de los miembros, lo dicho anteriormente. En efecto, Jesucristo ruega que **no se avergüencen** por su causa aquéllos que gloriosamente esperaban, anhelantes, su resurrección, acontecimiento que, sin embargo, no podían ver con los ojos de la carne, como el mismo Señor dijo: *Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y escuchar lo que vosotros escucháis* (Mt 13,17). Pide, pues, la flaqueza de la carne que no suceda en modo distinto de como el profeta lo había predicho, por medio del Espíritu santo. En efecto, al decir: **Señor, Dios de los poderes**, está poniendo de manifiesto que nada hay imposible para su omnipotencia. Ciertamente, para el que tiene *poder sobre los poderes*, nada existe que no se realice, conforme a su voluntad. Y fíjate bien en cómo da el paso al misterio de la resurrección. Dice, en efecto: **No teman por mi causa los que te buscan**, es decir, no soporten por largo tiempo los insultos humanos, a causa de mi dormición, aquéllos que **te buscan**. Y

⁸AUG., *De fide, spe et charitate*, cap. 41 (PL 40, 252.253).

⁹TL., *Domine Deus*; Vlg., *Domine Domine*.

¹⁰TL., *non reveantur super me, qui requirunt*; Vlg., *non confundantur super me, qui quaerunt*.

bien ha añadido: **Dios de Israel**, de manera que quienes podían ver su Divinidad¹¹, no se sintieran seducidos por la debilidad propia de la carne.

Verso 8.— **Porque por tu causa soporté el improperio; el temor cubrió mi rostro** [*Quoniam propter te supportavi improprium; operuit reverentia faciem meam*¹²]. A lo largo de estos seis versos siguientes y casi hasta el final de la división, vuelve a su persona, enumerando los diversos improperios que hubo de sufrir de parte de los judíos. Esta figura retórica recibe el nombre de *synathroismos*, en latín, *congregatio*, cuando acumulamos muchas cosas en una sola totalidad, con el fin de acrecentar —en este caso— el odio. En efecto, **soportó el improperio**, cuando los judíos le decían: *En Belzebú arrojas los demonios* (Mt 12,24). Y en otro lugar: *He aquí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores* (Mt 11,19). Y también: *¿No es éste el hijo del carpintero?* (Mt 13,35), y otras cosas semejantes a éstas. Sigue aquello que, en el buen sentido, suele suceder a los que son difamados: que con tanta más intensidad se entristecen —sea siquiera momentáneamente— cuanto más conocen las maldades, que circulan en torno a ellos.

Verso 9.— **He sido hecho extraño para mis hermanos, y huésped [228] para los hijos de mi madre** [*Extraneus factus sum fratribus meis, et hospes*¹³ *filiis matris meae*]. A los judíos, que estaban unidos a él por la vecindad de la sangre, los llama aquí **hermanos**. **Se hizo extraño** para ellos, cuando se negaron a creerle. En efecto, siendo Él de la estirpe de Abrahán, según la carne, al ser rechazados ellos, a causa de sus malas obras, fueron segregados de la ascendencia patriarcal, como dice en el Evangelio: *Si fuerais hijos de Abrahán, habríais hecho las obras de Abrahán* (Jn 8,39). Añade: **Y huésped para los hijos de mi madre**. Llamamos **huésped** a cualquier persona que, durante un tiempo, vive en nuestra casa, pero que no es recibido en ella en razón de lazos de consanguinidad, sino como alguien forastero. Y llama **madre** suya a la Sinagoga, de la que procedía, cuando se dignó nacer en el seno del pueblo judío. Llama, pues, **hijos de la madre** a los mismos que anteriormente había llamado *hermanos*. Pero estos *hijos*, si hubiesen sido verdaderos, no lo habrían considerado como *huésped*, sino que habrían recibido a Cristo el Señor como hermano queridísimo.

Verso 10.— **Porque el celo de tu casa me devora, y los oprobios de los que te reprueban cayeron sobre mí** [*Quoniam zelus domus tuae comedit me, et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me*]. De esta sentencia hacen mención también los evangelistas [Jn 2,17]. Por lo cual, que nadie ponga en duda el hecho de que este salmo predice la verdad de la pasión del Señor, en cuanto que también el Hijo de Dios, hecho carne, pronunció las mismas palabras. En efecto, **lo devoraba el celo de la casa** de Dios, cuando, luego de hacer un azote, volcó los puestos de los vendedores de palomas y las mesas de los cambistas (Jn 2,15), enseñando que una cosa es el templo santo y otra el lugar donde hacer negocios. Pero cuáles fueran las consecuencias de este celo con toda claridad quedan puestas de manifiesto: **Y los oprobios de los que te reprueban cayeron sobre mí**. En efecto, tras reprobar con saludables amonestaciones la indignidad de aquellos hombres, como si de haces de flechas se tratara, lanzaron oprobios contra Él, respondiendo a aquellas santas reconvenciones con una gran hilera de insultos. Decían, en efecto: *¿No es éste el hijo de María y de José?* (Lc 4,22). Y en otro lugar: *Pero éste sí sabemos de donde viene* (Jn 9,29), y otras cosas parecidas, que de la boca de la demente turba de los judíos iban saliendo una tras otra. **De los que te reprueban**. Reprobación, ciertamente, referida al Padre. Sin embargo, comoquiera que, durante la pasión del Señor, en ningún lugar leemos que los judíos hiciesen semejante cosa, se ha averiguar el porqué de tal reprobación. Ahora bien, sí reprobaron

¹¹Que esto significa *Israel*, es decir, el que ve a Dios.

¹²TL., *supportavi improprium; operuit reverentia*; Vlg., *sustinui opprobium; operuit confusio*.

¹³TL., *hospes*; Vlg., *peregrinus*.

al Padre, como en el salmo setenta y siete se dirá: *Y hablaron mal acerca de Dios. Dijeron: ¿Acaso podrá Dios preparar una mesa en el desierto?* (Sal 77,22). O cuando aquellos dementes, refiriéndose al toro que se habían fabricado, decían: *Éstos son tus dioses, Israel, los que te sacaron de la tierra de Egipto* (Éx 32,5). De ahí que justamente diga ahora Cristo el Señor que sobre Él **cayeron los oprobios**, que, en tiempos anteriores, afrentaban a Dios Padre, a fin de que te des cuenta de que tal cosa se debió más a una antigua e impía costumbre que a un hecho totalmente novedoso. Sigue: **Cayeron sobre mí**, para manifestar así el efecto de la muerte, efecto que recibió en la aceptación de la cruz. Ciertamente, los males caen sobre nosotros, cuando no podemos evitarlos.

Verso 11.— **Y cubrí con el ayuno mi alma**¹⁴, **y se hizo de mí oprobio** [*Et operui in ieiunio animam meam, et factum est in opprobrium*]. Llamamos **ayuno** a cuantas veces nos abstenemos de alimentos carnales y, renunciando a tomar comida alguna, decidimos no calmar nuestra hambre. De conformidad con este símil, dice Cristo el Señor que Él ayunó, porque sentía una gran hambre de la fe de los hombres, fe que de ningún modo podía encontrar, como en el salmo treinta y cuatro ya se dijo: *Pero, como me fueren molestos, me vestía yo de cilicio, y en el ayuno humillaba mi alma* (Sal 34,15-16). Del mismo modo, dice tener sed, cuando llegó a la samaritana y le pidió agua, diciendo: *Tengo sed, dame de beber* (Jn 4,8), en modo de conocer de ella la fe que buscaba. Pero, puesto que soportaba este ayuno, a causa de la irreligión humana, dice: **Cubrí mi alma**, como si dijera: Me recubrí con un manto de tristeza. Sigue: **Y se hizo de mí oprobio**. Los buenos son siempre motivo de oprobio para los malos, porque éstos nunca dan reposo a sus malas acciones, en cuanto que con ellas denigran con ahínco a aquéllos con los que por vínculo de ninguna clase se sienten unidos. Dan testimonio de estos *oprobios* las bofetadas, los azotes, los salivazos, que el Señor Salvador hubo de aguantar, de parte de la plebe enloquecida.

Verso 12.— **Y por vestido me puse un cilicio, y como parábola fui hecho para ellos**¹⁵ [*Et posui vestimentum meum cilicium, et factus sum illis in parabolam*]. Por medio de la palabra **cilicio**, se significan la tristeza y las lágrimas con las que, conmovido por la fragilidad del género humano, lloró el mismo Señor, que había de resucitar a Lázaro [Jn 11,35]. En efecto, en ningún lugar se lee que el Señor hubiese hecho uso del cilicio. También para los judíos **fue hecho como parábola**, cuando, por medio de ciertas comparaciones, enseñaba al pueblo carnal, como en el Evangelio se lee: *Todo esto dijo el Señor en parábolas a la gente* (Mt 13,34). Y en otro salmo: *Abriré mi boca en parábolas* (Sal 77,2). La parábola es, en efecto, la comparación que, por alguna similitud, se hace de cosas por naturaleza diferentes. Según costumbre de su providencia, pretendía con ello que los que no podían captar las realidades celestes, pudiesen percibir las cosas oídas, por medio de las comparaciones terrenas¹⁶.

¹⁴Hebr., וָאֵכְפָה בְּצוּם נַפְשִׁי [Y lloré en ayuno de mi alma]. Los LXX: καὶ συνέκαμψα ἐν νηστείᾳ τὴν ψυχὴν μου [Y he doblegado con ayuno mi alma].

¹⁵Hebr., וָאֵהִי לָהֶם לְמִשְׁלָל [Fui hecho para ellos en proverbio]. Los LXX: καὶ ἐγενόμην αὐτοῖς εἰς παραβολήν [Me convertí para ellos en proverbio].

¹⁶De todos modos, por *parábola* deberíamos entender aquí otra cosa distinta. En efecto, además del significado positivo de **canto** o **poema**, compuesto para tratar de un argumento importante, en un estilo sublime y figurado, sentido éste que se encuentra, a menudo, en los oráculos y vaticinios proféticos, como por ejemplo: *Y, continuando su parábola, dijo Balaán* (Núm 23,7); *Añadió también Job, continuando su parábola, y dijo* (Job 27,1); o aquel otro significado también positivo de **sentencia breve**, compuesta para instrucción de la vida y de las costumbres, tales como: *Y pronunció Salomón tres mil parábolas* (1Re 5,12); *Considerará la parábola y su interpretación* (Prov 1,6), el vocablo *parábola* tiene también, en las sagradas Escrituras, el sentido de **habladuría popular**, que se saca de cualquier ejemplo vergonzoso e infamante, y como manifestación de un desprecio grande. Además del caso del presente salmo, véanse los ejemplos siguientes: *La convertiré en parábola* (2Crón 7,20); *Me hecho yo parábola de las gentes, en escarnio delante de ellos* (Job 17,6); *Los haré motivo de vejación, aflicción para todos los reinos de la tierra, de oprobio y parábola, de proverbio y maldición* (Jer 24,9); *Serás oprobio y blasfemia, parábola y estupor para todas las gentes* (Ez 5,15). Obsérvese que en todos estos casos, los respectivos

Verso 13.— **Se irritaban contra mí los que se sentaban en la puerta; y para mí salmodiaban los que bebían vino** [*Adversum me exercebantur*¹⁷ *qui sedebant in porta; et in me psallebant qui bibebant vino*]. **Se sientan en las puertas** aquéllos que, con morbosa curiosidad, se juntan para andar en dimes y diretes. En efecto, lo mismo que por la **puerta** pasan grupos de gentes, que van y vienen, así también las diversas calles o plazas se llenan por la gran cantidad de personas que las frecuentan. Ciertamente, a la *puerta* se la llama así, porque a través de ella se *portan*¹⁸ toda clase de cosas. Dice, en efecto, que su pasión fue fábula entre la gente judía, a fin de que nadie, que no estuviera involucrado en tal asunto, en modo alguno quedara, por tal razón, excluido. Ejemplo de ello es aquel pasaje del Evangelio, donde el Señor, no habiéndose aún dado a conocer, preguntó a Cleofás y éste le respondió: *¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe qué ha pasado allí en estos días?* (Lc 24,18). En efecto, al llamar *forastero* al que parecía desconocer qué había sucedido en aquel lugar, dio a entender que todos los de la ciudad estaban muy al corriente de las mismas habladurías. Hasta aquí ha venido hablando de los oprobios e injurias de los judíos. Ahora —en cuanto a mí me parece— empieza a hablar con referencia a los fieles. **Y para mí salmodiaban los que bebían vino. Salmodian** para Dios los que son llevados por una acción meredora de aprobación y cumplen, mediante las obras, los mandatos celestiales, que por las admoniciones reciben. En efecto, para que podamos entender que esto se refiere a los fieles, dice: **Los que bebían vino.** Pero no el vino que provoca la ebriedad, sino el vino espiritual, del que se lee: *Y tu copa que embriaga, ¡qué excelente es!* (Sal 22,7). *Salmodiaban*, ciertamente, los que, por el conocimiento superno, se empapaban de aquel néctar saludable. Otros aplican esto a aquellos judíos, que —como si no tuviesen otra cosa en qué pensar— no dejaban de parlotear un instante sobre la muerte del Señor, como si estuvieran totalmente borrachos¹⁹.

Verso 14.— **Pero yo mi oración a ti, Señor; tiempo de beneplácito, oh Dios, en la multitud de tu misericordia** [*Ego vero orationem meam ad te, Domine; tempus beneplaciti, Deus, in multitudine misericordiae tuae*]. Llega a la tercera parte, donde, contra las maldiciones de los judíos, el Maestro celestial ha hecho expresa la santidad de su oración, manifestando que se ha de marchar hacia adelante no con pependencias humanas, rebosantes de pependencias, sino con piadosas oraciones. Veamos ahora qué significa la expresión: **Tiempo de beneplácito.** Es el tiempo en que, por el beneficio de su encarnación, liberó al mundo, que estaba en peligro de muerte inminente. Éste es el *tempo de beneplácito* del que también el Apóstol Pablo dice: *He aquí ahora el tiempo favorable, he aquí el tiempo de la salvación* (2Cor 6,2). El tiempo que venció a todos los siglos; el tiempo que fortaleció al mundo tambaleante; el tiempo que dispensó la eternidad y la salvación. Pero cómo viene a manifestarse este tiempo, de manera conveniente lo da a conocer, pues dice: **En la multitud de tu misericordia.** Ciertamente, pues, de no haber habido *multitud de misericordia*, nunca los oprimidos habríamos podido ser liberados [229]. En efecto, no fue pequeña la misericordia, que superó tan ingentes pecados. Hubo, en verdad, multitud de delitos, pero mucho más numerosa fue la misericordia que los venció, como en el salmo cincuenta se dijo: *Y según la abundancia de tus compasiones, borra mi iniquidad* (Sal 50,2).

Verso 15.— **Escúchame en la verdad de tu salvación** [*Exaudi me in veritate salutis tuae*].

términos hebreo, griego y latino son siempre: מַשָּׁל [māšāl], παραβολή, *parabola*. En el versículo siguiente Casiodoro adoptará este sentido.

¹⁷TL., in textu: *exercebantur* [ed., *loquebantur*].

¹⁸*Porta* > *portare*.

¹⁹Dice aquí S. Agustín: *El vino del error, el vino de la impiedad, el vino de la soberbia* (S. AGUSTÍN, o.c., vol. 2, pág. 774). Y S. Hilario comenta: *Por lo que respecta a los ebrios, que cantaban coplas y a los que murmuraban sentados a la puerta, se alude a esa costumbre popular por la cual se entienden las ofensas dirigidas hacia Él de todos los pusilánimes* (S. HILARIO DE POITIERS, *Tratado sobre los salmos* (1-100), Ciudad Nueva, Ciempozuelos (Madrid) 2019, pág. 402).

Recordado el tiempo de la misericordia, en el que –por su pasión– dio la salvación al mundo, era natural que suplicase que también viniera a Él la resurrección, que verdaderamente había prometido, a través de los profetas. Ruego, pues, al Padre, no en cuanto a la naturaleza de su Divinidad –en la que siempre es igual a Él–, sino en razón de la debilidad de la condición humana asumida, por la cual, ciertamente, es menor que el Padre.

Verso 16.– **Sácame del lodo, para no quedar pegado; líbrame de los que me odian, y de lo profundo de las aguas** [*Eripe me de luto, ut non inhaeream; libera me ex odientibus me, et de profundo aquarum*²⁰]. Mediante la fragilidad de la carne asumida, en la cual miserablemente yace el género humano, se expresa poderosamente. Aprendamos, pues, también nosotros a rogar a Dios con las mismas palabras con las que oró el que es nuestra Cabeza. Pero se ha de analizar cuidadosamente por qué antes ha dicho que estaba hundido en el *lodo* y aquí ruega *no quedar pegado* a él. Ciertamente, estuvo hundido en el lodo, porque era retenido por la debilidad de la carne asumida, de donde también resultó la muerte de cruz. Pero aquí pide adecuadamente que su alma sea alejada de los deseos fangosos, es decir, de los placeres de este mundo. Esto bien se entiende como referido a los miembros, porque **no podía quedar pegado al lodo** Aquél que no tenía mancha de pecado. **Líbrame de los que me odian**. Resulta claro que tales palabras hacen referencia al pueblo judío, porque, al resucitar Cristo, se desvanecieron –frustrados– sus odios. En efecto, no puede haber duda alguna de que con la expresión: **Y de lo profundo de las aguas**, quiera referirse también al mismo pueblo, que era profundo por la maldad de sus planes y turbulento por sus sediciones.

Verso 17.– **No me sumerja la tempestad de agua, ni me absorba lo profundo, ni el pozo apriete con fuerza su boca sobre mí** [*Non me demergat tempestas aquae, neque absorbeat me profundum, neque urgeat super me puteus os suum*]. De manera parecida a algo dicho anteriormente, se expresa también este verso. En efecto, en el segundo verso de este salmo se dijo así: *He llegado a la profundidad del mar y la tempestad me ha hundido*. Pero aquí ruega **no ser sumergido** por las olas, es decir, por la crudelísima tempestad de este siglo, que –a modo de mar embravecido– cubrió las almas, arrollándolas con el pecado de la maldad. Esto mismo manifiesta, después, a lo largo de toda la exposición, pues dice: **Ni me absorba lo profundo**. Propio de los pecadores es, ciertamente, lo **profundo**, que vorazmente se traga las almas de los impíos, a fin de que no puedan volver a arrepentirse quienes, a causa de la maldad de sus acciones, llegan a la desesperación, como está escrito: *El pecador, cuando llega a lo profundo de los males, llega también al desprecio* (Prov 18,3). Usando otras palabras, repite nuevamente la idea que se acaba de expresar. Dice: **Ni el pozo apriete con fuerza su boca sobre mí**. En efecto, el **pozo** es un trozo de tierra en la que se ha cavado un hoyo profundo. En sentido alegórico, en verdad, caen en él los pecadores, cuando no se apartan de su vida pecaminosa, y **sobre ellos aprieta con fuerza su boca**, cuando éstos persisten en su pésima voluntad, hasta que llega el momento de su muerte. Y, pues no tenía contagio alguno de pecado, pide que todo esto sea ajeno a Él, de manera que sus miembros supieran a cuántos peligros estarían sometidos, si no respiraren con el favor del Dios clementísimo. Esta figura retórica recibe el nombre de *metabole*, en latín, *iteratio*, es decir la repetición de un mismo asunto, pero empleando palabras diferentes. La palabra *pozo* se usa también en sentido negativo, como en el libro del Génesis: *Pero el valle silvestre tenía muchos pozos de betún* (Gén 14,10). A ellos se envían los sacrílegos y profanos. También se mencionan en sentido positivo. Son aquellos pozos que significan las Escrituras divinas, custodiadas en altísima profundidad, cuales fueron los pozos del patriarca Abrahán [Gén 21,25], Isaac [Gén 26,25], Jacob [Jn 4,12] y aquel pozo del desierto, con cuyas aguas, por mandato del Señor, sació Moisés la sed del pueblo hebreo [Núm

²⁰TL., *ut non inhaeream; libera me ex odientibus me, et de profundo aquarum*; Vlg., *ut non infigar; libera me ab iis, qui oderunt me, et de profundis aquarum*.

20,11]. Así, una y otra clase de pozos reciben el mismo nombre, pero en sentidos diferentes. En efecto, aquéllos conducen al tártaro; éstos llevan al reino de los cielos.

Verso 18.— **Escúchame, Señor, porque benigna es tu misericordia; según la multitud de tus compasiones, mírame** [*Exaudi me, Domine, quoniam benigna est misericordia tua; secundum multitudinem miserationum*²¹ *tuarum respice me*]. Una vez expuestos —como convenía— los peligros de la flaqueza humana, mediante la voz de los miembros, se vuelve ahora a aquel ruego saludable. Dice, en efecto: **Escúchame, Señor**. Y añade por qué desea ser escuchado: no porque la humanidad lo mereciera, sino **porque benigna es la misericordia** del Señor, y está siempre dispuesta a hacer el bien, a condición de que se le pida piadosamente y se la suplique con toda pureza. Y, para expresar el piadoso Maestro la misma benignidad, continúa diciendo: **Según la multitud de tus compasiones, mírame**. Vuelve siempre a aquella misma misericordia, protectora de los débiles, ante la cual ceden todos los pecados, por muchos que éstos sean. Y observa que allí donde se pide la piedad, siempre es mirado el hombre, pues, si se miraran los pecados, inevitable sería la condena.

Verso 19.— **No apartes tu rostro de tu niño, porque estoy atribulado; prontamente, escúchame** [*Ne*²² *avertas faciem tuam a puero tuo, quoniam tribulor; velociter, exaudi me*]. Se conserva la condición de siervo, que había asumido. En efecto, así como antes suplicó ser mirado, ahora ruega que **no aparte su rostro de su niño**. Ciertamente es que, a causa de su pura inocencia, a menudo, se lee que Cristo el Señor es llamado **niño**, al cual la ingenuidad de la edad le concede con largueza este beneficio, es decir: no amar la maldad de este mundo, como Él mismo dice en el Evangelio: *Porque de los que son como éstos es el reino de los cielos* (Mt 19,14). En efecto, se lee **niño**, según aquello que está escrito en el profeta Isaías: *He aquí mi siervo al que elegí, mi amado en quien se ha complacido mi alma* (Is 42,1). Y en otro lugar: *Un niño nos ha nacido, y un hijo se nos ha dado* (Is 9,6)²³. Con razón, pues, pide ser socorrido **prontamente** el que experimenta estar atribulado. En efecto, se pide la salvación con todas las fuerzas, cuando la necesidad apremia.

Verso 20.— **Mira atento a mi alma, y líbrala; a causa de mis enemigos, sácame a salvo** [*Intende animae meae, et libera eam; propter inimicos meos eripe me*]. Dice: **Mira atento a mi alma**, de manera que verdaderamente obtuviese la libertad, cuando la Divinidad con ojos propicios la mirare. Sigue también la razón por la que debe ser *mirado atentamente*: **A causa de mis enemigos, hazme salvo**. En efecto, pedía el auxilio de la resurrección, **por causa de los enemigos**, a fin de que aquéllos que lo despreciaron en la cruz, viéndolo resucitado al tercer día, llegasen a la fe y, liberados por tan gran beneficio, pudieran ser excluidos de la condenación eterna.

Verso 21.— **Pues tú conoces mi impropio, mi confusión y mi vergüenza; a tu vista están todos los que me atribulan** [*Tu enim scis improprium meum, confusionem et verecundiam meam; in conspectu tuo sunt omnes tribulantes me*²⁴]. En favor del género humano, el Señor Salvador recibió **impropio, confusión y vergüenza**, o sea: la muerte. En efecto, no sufrió todo esto, a causa de un

²¹TL., in textu: *miserationum* [ed., *miserickordiarum*].

²²TL., *Ne*; Vlg., *Et ne*.

²³Sólo que, en el primer ejemplo tomado de Isaías, el término hebreo es עֶבְדִּי [*‘ab^eddī, mi siervo*] y, en el segundo, יָלֵד [*yēlēd, niño*]. Bien es verdad que, en uno y otro caso, griegos y latinos traducen por παῖδον [*siervo*] y *puer* [*niño*] respectivamente.

²⁴TL., *Tu enim scis improprium meum, confusionem et verecundiam meam; in conspectu tuo sunt omnes tribulantes me*; Vlg., *Tu scis improprium meum, et confusionem meam, et reverentiam meam; in conspectu tuo sunt omnes qui tribulant me*.

delito suyo, sino que –aun siendo inocente y apiadándose– padeció todas estas cosas, para instruirnos a nosotros en ellas, poniendo ante nuestros ojos –como buen Maestro– el ejemplo de sus sufrimientos. Padeció **improperio**, cuando los judíos decían: *Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos?* (Mt 26,65). Sufrió **confusión**, cuando la enloquecida plebe gritaba: *A otros ha salvado y no puede salvarse a sí mismo* (Mt 27,42). **Vergüenza**, cuando [230] era abatido por bofetadas y azotes, y cuando –aun siendo cordero sin mancha– fue entregado como reo a Poncio Pilato. Sigue diciendo: **A tu vista están todos los que me atribulan**, es decir, quienes tales cosas hacían estaban puestos ya ante los ojos de Dios, pese a que no fueran conducidos todavía al momento crítico del juicio. Tiene esto como objeto exacerbar la mala voluntad, es decir: haber cometido un crimen nefando, en la presencia de Dios.

Verso 22.– **Improperio y miseria aguardó mi corazón, y esperé a quien se entristeciera conmigo, pero no lo hubo; y a quien me consolara, mas no lo hallé** [*Improperium expectavit cor meum, et miseriam; et sustinui qui simul contristaretur, et non fuit; et consolantem me*²⁵, *et non inveni*]. **Improperio y miseria aguardó su corazón**, cuando, por su propia voluntad, soportó las iniquidades de manos de los judíos y las diversas circunstancias padecidas; y cuando, en consideración del peligro que corría la humanidad, aceptó benigne su pasión, como se lee en el Evangelio: *Con deseo deseé comer esta pascua con vosotros* (Lc 22,15). Ciertamente, el hecho mismo de la crucifixión no habría podido tener lugar, si tal no hubiese sido su deseo. Contra su deseo y voluntad, en modo alguno habría podido prevalecer la demencia de los judíos. Sigue: **Y esperé a quien se entristeciera conmigo, pero no lo hubo**. Si buscas en la pasión del Señor, hallarás que tanto sus discípulos como muchos otros fieles se contristaron, ciertamente, cuando fue entregado a Pilato y era arrastrado hasta la cruz. Pero aquí no debemos entender que se trata de esta tristeza que sintieron los fieles, al conocer con todo detalle el hecho de la pasión –razón por la que escuchó Pedro aquellas palabras: *Vuelve atrás, Satanás* (Mc 8,33)–²⁶, sino que hemos de entender, más bien, la tristeza de los perseguidores, tristeza que sus impíos corazones desecharon todos a una, cuando perpetraban –alegres– su crimen. También por ellos oraba el Señor sufriente, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23,21). En efecto, no tuvo compañero en la tristeza por parte de aquéllos en los que bien veía que, con espíritu obstinado, estaban decididos a llevar a término su delito. Añade: **Y al que me consolara no lo hallé**. El pueblo aquel, en el que las palabras de la predicación se abren camino, da consuelo a sus santos preceptores. Pero, puesto que la pertinacia de los judíos oponía resistencia al Señor Salvador, con razón, dice no haber encontrado a nadie que consolara su espíritu.

Verso 23.– **Y dieron como mi comida hiel, y para mi sed me dieron a beber vinagre** [*Et dederunt in escam meam fel, et in siti mea potaverunt me aceto*]. Este verso es el que consumó la venerable pasión del Señor. Lo refiere, en efecto, el evangelista Mateo, cuando, al decir el Señor: *Tengo sed* (Mt 27,34), se le ofrece hiel mezclada con vinagre, con objeto de que el amargor y austeridad de su bebida indicaran verdaderamente los hechos de los judíos. En efecto, Él dijo: *Tengo sed*, porque no podía encontrar en ellos la fe deseada. Mostraron sus amarguísimos deseos los que, mediante ningún signo de arrepentimiento, quisieron convertirse.

Verso 24.– **Hágase su mesa, delante de ellos, en lazo, y en retribución, y en tropiezo** [*Fiat*

²⁵TL., *et consolantem me*; Vlg., *et consolaretur*.

²⁶El texto latino, no del todo claro, dice así: *Se hic non istam contristationem fidelium debemus accipere, quando illi eam modis omnibus habuerunt, pro qua Petrus audivit: Redi retro, Satanas*. Puede entenderse que los discípulos, al escuchar, por primera vez, de labios de Jesús el anuncio de su pasión, viniéndose abajo las ilusiones que los habían animado a seguirlo, sintieron una profunda tristeza. Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprenderle, no aceptando que las cosas fuesen a terminar de este modo. Y fue entonces, cuando Jesús, volviéndose y mirando a sus discípulos, recriminó a Pedro, diciéndole: *¡Quítate de mi vista, Satanás, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!*

*mensa eorum coram ipsis in laqueum, et in retributionem*²⁷, *et in scandalum*]. Tras haber expresado en la oración su pasión ya cercana, llega a la cuarta parte y, a lo largo de toda ella –no con el deseo de maldecir, sino de predecir lo que habría de suceder–, expone abiertamente las cosas futuras de las que la obra de los judíos se había hecho merecedora. La **mesa** del Señor es el banquete espiritual de una y otra ley, en el que –a modo de comensales– se alimentan quienes, con avidez espiritual, tienen hambre de las delicias del Señor y se llenan de la salubérrima ebriedad del Espíritu santo. Es la misma *mesa* que, rodeándola el círculo de los apóstoles, consumía los manjares del regalo celestial. En efecto, la palabra *mesa* puede emplearse tanto en sentido positivo como negativo, conforme a lo que dice el Apóstol: *No podéis ser también partícipes de la mesa de los demonios* (1Cor 10,21). Los judíos, pues, poseyeron aquella mesa santa, cuando cumplieron en su integridad los mandamientos del Señor. Pero, después de que empezaron a ayunar en la fe, **su mesa, delante de ellos** fue entregada a las gentes, para que, ante ellos mismos, fuera más grande el dolor, a causa de la felicidad que les había sido arrebatada, como –recriminándolos– dice el Señor en el Evangelio: *Os será quitado el reino de Dios y le será dado a un pueblo que dé su fruto* (Mt 21,43). Pero, para que no causen extrañeza el hecho de que diga: **Su mesa**, que es, en verdad, la mesa del Señor, observa cómo el Señor, de manera semejante, dice en otro lugar del Evangelio: *Está escrito en vuestra ley* (Jn 8,17), no porque la ley fuera propiedad los judíos, sino porque a ellos les había sido dada. Sigue: **Para engaño**, es decir: para que, obligados por la letra de la ley con la que intentaban amarrar a otros, fueran ellos los que, más bien, cayeran en ella. Añade: **Y para retribución**, porque, quitada aquella mesa y dada a las gentes, fue *retribución* para los impíos, pues, no queriendo alimentarse en ella, con razón, se vieron excluidos. Continúa diciendo: **Y para tropiezo**, porque, al abandonar al Autor de la paz, ellos mismos se incendiaron, mediante riñas intestinas y perversos deseos. Venganza grave, castigo severo es haber desechado el alimento espiritual del género humano, dejando la boca en ayunas.

Verso 25.– **Sean oscurecidos sus ojos, para que no vean; y encorva siempre sus espaldas** [*Obscurentur oculi eorum ne videant; et dorsum illorum semper incurva*]. Consta que ésta fue la pena de los crueles judíos: que, por ser **oscurecidos sus ojos**, no vieran al que es el Sol verdadero. En efecto, a los que no quisieron mirar con atención, se les desea la misma pena, es decir: **Que no vean**. Añade: **Y encorva siempre sus espaldas**. Esto es lo que sucede a los que, agobiados por el excesivo peso de los pecados, al inclinarse, encorvan siempre su cerviz a tierra y no les es dada la posibilidad de mirar al cielo a quienes se ven aplastados por la carga de sus culpas. En efecto, la palabra **espaldas** es como si, en latín, se dijera *que descende abajo*²⁸. Por su parte, el adverbio **siempre** hace referencia a los impíos, que no llegaron a convertirse, mediante arrepentimiento de ninguna clase.

Verso 26.– **Derrama sobre ellos tu ira, y que la indignación de tu ira los agarre** [*Effunde super eos iram tuam, et indignatio*²⁹ *irae tuae apprehendat eos*]. Al decir: **Derrama**, está significando la magnitud de su **ira**, que –a la manera de un río– baja torrencialmente. Esto mismo indica también la expresión: **Sobre ellos**, mediante la cual se pone de manifiesto que no sólo puede tocarlos, sino que puede también hundirlos. Sigue: **Y la indignación de tu ira**. Ésta tiene lugar, cuando la vehemencia del castigo concluye en la muerte del pecador y de ello se sigue el temor. Añade: **Que los agarre**, como si con ciertas manos apresara a los condenados y aterrorizados, para impedir que fuese esquivado aquello que, a causa de los crímenes, necesariamente se debe sufrir.

Verso 27.– **Hágase desierta su morada, y en sus tabernáculos no haya quien habite** [*Fiat*

²⁷TL., *et in retributionem*; Vlg., *et in retributiones*.

²⁸*Dorsum > deorsum*.

²⁹TL., *indignatio*; Vlg., *furor*.

habitatio eorum deserta, et in tabernaculis eorum non sit qui inhabitet]. Manifiesto es que ambas cosas sucedieron a los judíos, cuando la ciudad de Jerusalén fue asolada con numerosa deportación. Sucedió, en efecto, que las casas de propiedad particular quedaron desiertas y los **tabernáculos**, es decir, el templo del Señor o el palacio del Rey se quedaron sin habitantes. Y observa que para las casas privadas ha elegido la palabra **morada**, pero para el templo del Señor, el verbo **habitar**. En efecto, *moramos* allí, en una mansión hecha de cosas materiales; pero *habitamos* aquí, donde constantemente estamos presentes con el afecto de un espíritu lleno de devoción.

Verso 28.— **Porque persiguieron al que tú golpeaste; y sobre el dolor de mis heridas añadieron** [*Quoniam quem tu percussisti, persecuti sunt; et super dolorem vulnerum meorum addiderunt*]. Entre las justísimas penas de los infieles se incluye la causa de la pasión del Señor, porque **persiguieron** al que fue **golpeado** y mataron, con detestable fiereza, al que les fue entregado, como Él mismo dijo: *No tendrías poder sobre mí, si no se te hubiese dado de lo alto* (Jn 19,11). Se lee [231] asimismo: *El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros* (Rom 8,32). Escrito está también, sin lugar a equívoco, que Dios golpea frecuentemente con el fin de poder salvar, como en el libro del Deuteronomio se dice: *Yo mataré y haré vivir, golpearé y curaré* (Dt 32,39). Por ello, dice el Señor Jesucristo que Él fue golpeado, a causa del designio salvífico, por el cual padeció. Pero tal es la razón por la que los judíos fueron detestables: porque aquello que fue necesario que sucediera en favor del mundo, con cruel deseo se llevó a cabo, por medio de ellos. Sigue: **Y sobre el dolor de mis heridas**. El mismo sentido tiene también esta otra sentencia. Para el piadoso Señor era **dolor de las heridas** por qué, a causa del pueblo infiel, no saciaba su hambre y su sed. Sigue: **Añadieron**. Los judíos *añadieron* el hecho de la pasión. Pasión gloriosa, ciertamente, para el Señor; pero sumamente perjudicial para ellos, en cuanto que entregaron a una muerte infame a Aquél que había venido para la salvación de todos.

Verso 29.— **Pon iniquidad sobre la iniquidad de ellos, y no tengan entrada en tu justicia** [*Appone iniquitatem super iniquitatem ipsorum*³⁰, *et non intrent in tuam iustitiam*]. La primera **iniquidad** de la nación judía fue matar a los profetas, que les fueron enviados. Pero **sobre su iniquidad fue puesta la iniquidad**, cuando decidieron también crucificar al mismo Señor nuestro, Jesucristo, como en la parábola evangélica de los arrendadores y la viña se atestigua: *Un hombre tenía una viña, y la rodeó con una cerca* (Mt 21,33), hasta el lugar donde dice: *Y, arrojándolo fuera de la viña, lo mataron* (Mt 21,39). Así, pues, empleando una expresión figurada, dice: **Pon iniquidad**, según está escrito: *Endureció el Señor el corazón del faraón* (Éx 10,20), no porque el Señor pusiera algo que fuese malo, sino porque permitió que sucediera aquello que consideró conveniente para la salvación de todos. Se añade asimismo la pena del pecado: **Y no tengan entrada en tu justicia**, es decir: que no sean hechos partícipes de Cristo en aquel reino de justicia. En efecto, llegan a la justicia —esto es, al reino del Señor— los que aquí la contemplan con serena luz de espíritu, cosa que no puede suceder a los pérfidos, que se han cegado a sí mismos por su dureza de corazón. O puede entenderse también: *Pon iniquidad sobre la iniquidad de ellos*, porque dieron muerte a los profetas y mataron al Señor.

Verso 30.— **Sean borrados del libro de los vivos, y con los justos no sean inscritos** [*Deleantur de libro viventium, et cum iustis non scribantur*]. Es de sobra conocido que, en sentido figurado, tales palabras se dicen, a menudo, con referencia a Dios. En efecto, *borrar*, *inscribir*, *libro* son cosas propias del hombre, en razón de la capacidad de su memoria, de modo que todo aquello que no le fuera posible retener en el recuerdo, dadas las limitaciones de su mente, lo pudiese conocer cada vez que le fuese necesario, gracias a la ayuda de la escritura. En efecto, así también dice Moisés al Señor: *Si no perdonas*

³⁰TL., *ipsorum*; Vlg., *eorum*.

a este pueblo, bórrame del libro de los vivos (Éx 32,32). Pero este libro es el conocimiento inviolable y la sentencia firme del Señor. En efecto, con relación a los judíos se dice aquí lo siguiente: **Sean borrados del libro de los vivos**. Sean borrados no porque estuvieran inscritos, sino porque ellos consideraban que sí lo estaban. Y es que lo que en ese libro está escrito no puede ser borrado, en cuanto que todo está consolidado en la predestinación y ningún otro acontecimiento podrá cambiar lo que la providencia superna ha tenido a bien decretar. Sigue: **Y con los justos no sean inscritos**. Es éste un modo distinto de expresar la misma idea, es decir: que Dios pone por escrito aquello que habrá de obrar en el juicio futuro, como se dice en el Evangelio: *Sino alegraos, más bien, por esto: porque vuestros nombres están escritos en los cielos* (Lc 10,20). Niega, en efecto, que esto suceda a los que –según se afirma en el título– no han sido cambiados, mediante piadosas satisfacciones.

Verso 31.– **Pobre y doliente yo soy, y la salvación de tu rostro, oh Dios, me tomó sobre sí** [*Pauper et dolens ego sum, et salus vultus tui*³¹, *Deus, suscepit me*]. Después de haber deseado convenientemente a los judíos todas aquellas cosas que, de acuerdo con la predicación profética, habrían de suceder, llega a la quinta parte, en la que de muchos modos expone la santidad de su propósito, conforme a la providencia de su encarnación. Dice, en efecto: **Pobre y doliente soy**. **Pobre**, según palabras del Apóstol: *Quien por nosotros, siendo rico, se hizo pobre, para que por su pobreza nos hiciésemos ricos* (2Cor 8,9). **Doliente**, porque, como dice Isaías: *Llevó nuestras debilidades, y se dolió por todos nosotros* (Is 53,4). Pero, ¿por qué dice: **Yo soy**, siendo así que muchos son los pobres que se duelen?. Sin embargo, tal es la razón por la que se ha arrogado esta propiedad: porque ningún otro soportó este dolor, a causa de la culpa de todo el mundo. Ahora bien, esto se dice, haciendo uso de la figura retórica llamada *metriasmos*, en latín, *mediocritas*, es decir, cuando, con sentimiento humilde, rechazamos algo de gran importancia, cosa ésta que muy a menudo se aplica a Cristo el Señor. Sigue: **Y la salvación de tu rostro, oh Dios, me tomó sobre sí**. Ciertamente, el Verbo todopoderoso **tomó sobre sí** a la entera humanidad, cuando se dignó reconciliar el mundo con Dios. **La salvación de tu rostro**, es decir: la naturaleza del Unigénito de Dios, en la que es igual al Padre. Con razón, dice que es **saludable** aquella salvación, por cuyo medio se ofrece a los fieles la medicina, que necesitan. **Me tomó sobre sí**, palabras dichas en razón de aquello por lo que es menor que el Padre³², de tal manera que, colocado a su derecha, quedase liberado de la pobreza y el dolor.

Verso 32.– **Alabaré el nombre de Dios con cántico, y lo engrandeceré con alabanza** [*Laudabo nomen Dei cum cantico, et magnificabo eum in laude*]. Bien puede entenderse esto de aquéllos que han sido cambiados, es decir, con referencia a los miembros. Efectivamente, la Iglesia **alaba con cántico el nombre** del Señor, nuestra Cabeza, cuando con exultación himnica es congregada la gran asamblea de los fieles. Él mismo **alaba y engrandece** en nosotros, porque conoce que nosotros verdaderamente lo alabamos. En efecto, si Él tiene hambre de nosotros, que estamos hambrientos, y sed de nosotros, que estamos sedientos, ¿cómo no va a alabar también con nosotros, que alabamos?.

Verso 33.– **Y agradará a Dios más que un novillo joven, al que le están despuntando los cuernos y las pezuñas** [*Et placebit Deo super vitulum novellum, cornua producentem et ungulas*]. Se expresa aquí la virtud de la salmodia, o sea: que la alabanza, que procede de un corazón puro, **agradará a Dios** muy por encima de cualquier sacrificio de animales. **Más que un novillo joven**. Éste fue, ciertamente, fue el modo primero de la oblación: el ofrecimiento por los pecados de un **novillo joven**. Esta víctima significaba, en efecto, los futuros dones de una vida inocente y nueva, que tendría la defensa en los cuernos y la protección en las pezuñas, con las que, por medio de un comportamiento

³¹TL., in textu: *et salus vultus tui* [ms., *salus tua*].

³²Es decir, en cuanto que es hombre.

santo, pudiéramos pisar las asperezas propias de este mundo. Por su parte, la expresión: **Al que le están despuntando los cuernos y las pezuñas** viene a significar que el pueblo cristiano va creciendo continuamente, día tras día, merced al poder del Señor.

Verso 34.— **Vean los pobres y alégrense; buscad al Señor y vivirá vuestra alma** [*Videant pauperes et laetentur; quaerite Deum, et vivet anima vestra*]. Después de haber dicho que los sacrificios de alabanza valen más que los sacrificios de animales, se dirige a los **pobres**, exhortándolos a que **se alegren**, porque la oblación ya no depende de las posibilidades de cada uno, sino del afecto del corazón, donde también el pobre es sumamente rico. Por consiguiente, no os enorgullezcáis vosotros, los ricos, que podéis tener a vuestra disposición tiernos novillos, cuyos cuernos y pezuñas están creciendo, porque todo esto lo ha rechazado el Señor y prefiere aquel corazón completamente puro, del que, más bien, son poseedores los que, con espíritu humilde, no andan buscando vuestras riquezas. Sigue diciendo: **Buscad al Señor y vivirá vuestra alma**. Anima a los pobres a buscar el alimento del espíritu, no el del cuerpo, y a que tiendan a desear el pan de los ángeles, que es de donde el alma verdaderamente puede saciarse. Pero, comoquiera que también el alma de los pecadores está viva, veamos qué significa la expresión: **Y vivirá vuestra alma**. En efecto, decimos propiamente que **vive** aquello que está establecido en el gozo de la bienaventuranza. Por el contrario, con toda razón consideramos que está muerto, aun estando vivo [232], todo aquello sobre lo que pesa la tristeza perpetua y los más graves dolores.

Verso 35.— **Porque el Señor ha escuchado a los pobres, y no ha despreciado a sus cautivos** [*Quoniam exaudivit pauperes Dominus, et vinctos suos non spreuit*]. Hemos oído —con agrado, ciertamente— que los **pobres son escuchados**. Pero veamos con más cuidado de qué pobres se trata. Son los *pobres* de Cristo, quienes —como muchas veces hemos dicho— desprecian las riquezas y placeres de este mundo, y prefieren la pobreza de los bienes temporales, para poder así saciarse de los alimentos espirituales. Dice que Cristo el Señor ha escuchado a quienes se han llenado de la indigencia del mundo y, como si lo poseyeran todo, se alegran así de la serenidad, que les regala su pobreza, según palabras del Apóstol: *Como los que nada tienen, pero todo lo poseen* (2Cor 6,10). Mas, en cuanto a la expresión: **Y no ha despreciado a sus cautivos**, hay que decir que todos, en general, somos cautivos de la ley del pecado y —como por ciertas cadenas— impedidos, en cuanto que andamos en busca de las apetencias humanas. Pero *el Señor no ha despreciado a sus cautivos*, esto es: no ha despreciado a los que se han sometido a sus leyes. En efecto, libera de los lazos de la carne a los que sabe que están sujetos a sus mandatos.

Verso 36.— **Alábenlo los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos** [*Laudent eum caeli et terra, mare et omnia quae in eis sunt*]. Se dicta ahora una sentencia —breve, pero absoluta, pues afecta a la creación entera—, según la cual todas las criaturas celestes y terrestres, y las que surcan los mares también deben alabar al Señor. Y, para que la conclusión sea perfecta, dice: **Y todo lo que hay en ellos**. Así concluye también el Apóstol su himno a los Filipenses: *Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, de los seres celestes, terrestres, de los infiernos, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, en la gloria de Dios Padre* (Flp 2,10).

Verso 37.— **Porque Dios salvará a Sion, y serán edificadas las ciudades de Judá; y habitarán allí, y la adquirirán en heredad** [*Quoniam Deus salvam faciet Sion, et aedificabuntur civitates Iudae; et inhabitabunt ibi, et haereditate acquirant eam*]. Al exhortar al cielo, a la tierra, al mar y a todo lo que hay en ellos, a que todos alaben al Señor, por la misma grandiosidad de las alabanzas, de manera poderosa se advierte cuál es la obra del Señor en la construcción de su Iglesia, esto es: que Él **salvará a Sion**, fatigada aquí, a causa de muchas persecuciones y angustias. En efecto, el vocablo

Sion está vinculado al templo de Jerusalén. Se trata, en verdad, de un collado de poca altura, pero engrandecido por el significado de su nombre, que –según se dijo– es *contemplación*³³. Contemplación por la que solamente se mira a Dios; contemplación que dirige los corazones de los fieles, y que es la única felicidad de todas las criaturas racionales, si es que, en verdad, contemplan al Señor, su Creador. En efecto, **las ciudades de Judá son edificadas**, cuando la Iglesia católica, por medio de una piadosa humildad, es difundida por el orbe entero. Y es que el Señor no se goza en los edificios construidos a base de muros –que sin falta perecerán, cuando vayan envejeciendo–, sino que se goza en la piedad de los fieles, es decir, en las piedras vivas, de donde es construida la Jerusalén futura. Y, con razón, ha dicho: **Las ciudades de Judá**, esto es, las ciudades del Señor Salvador, el cual desciende, según la carne, de la estirpe de Judá, como acerca de Él se lee: *Venció el león de la tribu de Judá* (Apc 5,3). Pero, para que no consideres que se refiere sólo a las **ciudades** y no también a sus habitantes, añade: **Y habitarán allí**, porque propio es de los fieles **habitar** allí donde constantemente viven en pureza de espíritu. Pero los cristianos habitan aquí en esta Iglesia. Por su parte, la expresión: **Y la adquirirán en heredad** hace referencia al momento en que, por la misericordia del Señor, hayan llegado a la Jerusalén eterna. En efecto, se trata de la **heredad**, que –como ya se ha dicho– no tendrá como testador la muerte, sino Aquél que vive eternamente.

Verso 38.– **Y la semilla de sus siervos la poseerán, y los que aman su nombre habitarán en ella** [*Et semen servorum eius possidebit eam, et qui diligunt nomen eius inhabitabunt in ea*]. Una promesa felicísima cierra este salmo. Pero cuanto más grande es el premio tanto mayor empeño hemos de poner en comprender su significado. A la palabra **semilla** se le ha de dar aquí el significado de *obra santa*, y no aquel otro de procreación carnal. Sabido es, en efecto, que aquéllos que se gloriaban de descender de la estirpe de Abrahán, escucharon de labios del Señor las siguientes palabras: *Si fueraís hijos de Abrahán, haríais las obras de Abrahán* (Jn 8,39). Si aquí –como también en otros muchos lugares– entendemos esta *semilla*, dándole el significado de obras buenas, aparecerá ante nosotros el sentido pleno de la frase. En efecto, todos los que son imitadores de quienes, por la bondad de sus obras, fueron gratos a Dios **poseerán** la tierra futura, la cual por ningún final será ya cambiada, es decir: poseerán el reino de Dios, reino que fielmente es prometido a sus santos. Y con objeto, tal vez, de que no reduzcas el significado de esta semilla al mero origen carnal, que es donde los judíos, de manera particular, ponen su orgullo, añade una regla general: **Y quienes aman su nombre habitarán en ella**. En efecto, lo que anteriormente llamó *semilla de los siervos*, es lo mismo que ahora llama *los que aman su nombre*. Dice: **Habitarán en ella**, esto es: poseerán la felicidad que no acaba. Una tierra que ya no produce espinas y abrojos; que no alimenta a los hombres a base de su sudor; que no cría cosas envenenadas; que nunca pierde a los que la habitan; que no se alumbra con las salidas y puestas del sol ni de los demás astros, sino una tierra –hecho éste el de mayor felicidad– que brillará perpetuamente por la luz de su Creador. Y observa que el contenido de este salmo se completa, siguiendo un orden bien preciso. Tiene su inicio en la persona de Cristo. Pasa, en segundo lugar, a la oración. En un tercer momento, rememora la pasión del Señor. En cuarto lugar, se expresa en armonía con las palabras de los evangelios. Finalmente, concluye su exposición en la esperanza del pueblo fiel. Así, éste es el cuarto salmo que profetizó la pasión del Señor predicha en la Ley.

Conclusión del salmo

Por gracia celestial, hemos escuchado este salmo admirable, según el cual, cuanto grande es el poder que hay en la Divinidad tanta es la humildad que existe en la humanidad. El Verbo santo asumió la naturaleza de nuestra debilidad, como dice el título: *Por aquéllos que serán cambiados*, es decir: para

³³HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 874).

que, por medio de su inmerecida muerte, podamos nosotros ser liberados de una muerte justísima. Penetró los claustros de Erebo³⁴, a fin de que se abrieran los infiernos. Por la venida del Salvador, la muerte fue vencida, y justamente disipó las tinieblas perpetuas, después de recibir la luz eterna. Derrotó al diablo, por medio de la naturaleza humana, a la que éste tenía sometida; y, por la fragilidad de la carne fue superado el fuerte, cuando sobre todas las criaturas racionales sobresalió lo que era más débil que todas las espirituales. Como dice el Apóstol: *Pues, ¿a qué ángel dijo: Siéntate a mi derecha?* (Heb 1,13). En efecto, ninguna otra naturaleza está unida a Cristo, sino sólo la ascensión glorificada de nuestra carne. En verdad, es omnipotente y verdaderamente misericordioso Aquél que llevó la alegría a lo que estaba condenado, que rescató lo que estaba perdido, que liberó lo que estaba sometido a esclavitud, que alejó de nosotros nuestras propias miserias y que, mediante su propia muerte, al hombre –creado para la inmortalidad, pero que el diablo lo había hecho morir– quiso ofrecerle la vida. Dios todopoderoso, Tú que, en nuestro favor, te has dignado padecer en la carne, danos aquello que te dignas coronar.

[233] SALMO SESENTA Y NUEVE

Para el fin. David, en recuerdo de que el Señor me salvó¹.

[In finem David², in rememorationem quod salvum fecit me].

El **fin** es también David, que –como muchas veces se ha dicho– significa al Señor Salvador, a quien van dirigidas las palabras de los fieles, en cuanto que este salmo se dice en la persona de los mártires, los cuales realmente sufrían, a causa de diversas persecuciones, pero que, en manera alguna, dejaban de tener puesta su esperanza en el Señor. Se añade: **En recuerdo**. De dos modos, en efecto, recordamos. El primero es, cuando tememos la justicia superna, a causa del recuerdo de los pecados. El segundo, cuando, nuevamente con corazón purísimo traemos a la memoria los beneficios recibidos. Por tal razón, en el salmo treinta y siete, donde aparecen también estas palabras, se encuentran el miedo del juicio futuro y el recuerdo de los pecados. En éste, por el contrario, se contienen la esperanza de la liberación y la certeza del premio futuro. En efecto, a fin de mostrar este recuerdo, añade: **De que el Señor me salvó**, para poner así de manifiesto que tal recuerdo no es suscitado por el miedo, sino por causa del beneficio recibido. Puesto que, en el salmo anterior, Cristo el Señor había narrado su propia pasión e inspirado la esperanza de la resurrección, era conveniente que, después de su Cabeza, también los miembros hablaran de modo semejante, de suerte tal que los fieles dieran a conocer sus propios sufrimientos y nacieran a la esperanza de la resurrección deseada.

División del salmo

El pueblo de los mártires y confesores –muy numeroso, ciertamente, pero que sufría en feliz desgracia– ruega al Señor, en un primer momento, que lo libre del peligro de sus perseguidores y que haga inútiles sus burlas, de manera que –una vez se hayan convertido– se avergüencen provechosamente de haber proferido tales palabras. Suplica, después, que exulte la multitud de los fieles, engrandeciendo al Señor, porque Él se digna socorrer y liberar a sus pobres y necesitados.

³⁴In textu: TL., *erebi* [ms. A., aerea].

¹Hebr., לְמִנְצָה לְדָוִד לְהַזְכִּיר [Para el maestro del Coro. De David. Para memoria]. Obsérvese que en el título hebreo faltan las últimas palabras, que sí aparecen en el texto griego: εἰς τὸ σῶσαί με κύριον [para que me salve el Señor].

²TL., *In finem David*; Vlg., *In finem, psalmus David*.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Oh Dios, atiende a mi socorro; Señor, date prisa en ayudarme** [*Deus, in adiutorium meum intende; Domine, ad adiuvandam me festina*]. Comienza el salmo con un piadoso reconocimiento de **Dios**, de quien procede la ayuda para los que están en peligro. Y, para que la asamblea de los bienaventurados mártires pudiese manifestar sus penas, dice: **Atiende a mi socorro**. Ciertamente, pedimos **socorro**, cuando estamos expuestos a los peligros, de manera que, levantados por algún auxilio, podamos vencer las calamidades de los sufrimientos. Dice, pues: **Atiende**, esto es: mira propicio, pues el Señor todo lo conoce, incluso cuando no se le suplica. Pero propio es de los que se sienten en peligro creer que son liberados, si se saben mirados por el Señor. Y, para que no se creyera que estaba aún lejos el beneficio, de cuya realización tenía seguridad plena, añade: **Señor, date prisa en ayudarme**. Ésta es la expresión: **Date prisa**, como si la misericordia divina se pudiera retrasar y, debido a la tardanza de su venida, los tormentos llegasen a ser todavía más graves. Así, pues, el que urgía ser liberado de las desgracias de este mundo, exclama: **Señor, date prisa en ayudarme**. En efecto, a Él está unida la voluntad y apresurado el cumplimiento, pues todas las cosas están al servicio del Creador, en cuanto que todas están sometidas a su imperio. Así, en un solo versículo, se hallan contenidas muchas cosas. Esta figura retórica recibe el nombre de *epitrochasmos*, o sea, la acción de redondear³ una expresión, esto es, cuando aquello que debería expresarse de manera más extensa, queda explicado brevemente. Pero no ha de seguirse aquí a Casiano —fecundísimo, por lo general, en todo— quien, en su décima *Collatio* [cap. 10⁴], disertando ampliamente sobre la bondad de este verso, con tanto honor lo pondera que llega a decir que cualquier cosa que los monjes se dispusieran a realizar no la emprendieran, sin repetir antes, por tres veces, este versículo. Así, al redoblarlo varias veces con reiterada alabanza, muestra que su recuerdo es sobremanera provechoso.

Verso 2.— **Queden confundidos y avergonzados mis enemigos, que buscan mi alma; que retrocedan y se sonrojen los que piensan cosas malas para mí** [*Confundantur et revereantur inimici mei, qui quaerunt⁵ animam meam; avertantur retrorsum et erubescant qui cogitant⁶ mihi mala*]. El pueblo de los mártires, imitador de su Cabeza, pidiendo vehementemente la enmienda de sus enemigos, dice: **Queden confundidos y avergonzados mis enemigos**. Se dice **quedar confundido**, cuando una conciencia inicua, reconociendo las inclinaciones de su espíritu, por el deseo de la verdad, queda conturbada, a causa de la perversidad de sus acciones. **Avergonzarse** es, cuando reconocemos que, mediante nuestras obras, hemos dañado la justicia y sentimos, por ello, el temor de poder ser castigados. Esto sucede a aquéllos que, una vez condenada su perversidad, se dan prisa por volver a la piedad del Señor con deseo de conversión. Sigue: **Los que buscan mi alma**. Bien le ha parecido conveniente a la multitud de los fieles poner la palabra **alma** en número singular, porque —como dice la Escritura— para ellos *una sola era el alma y uno solo el corazón* (Hch 4,3). Así, pues, **los enemigos buscaban el alma** de los fieles no para honrarla, sino —como satisfacción de su odio—, para separarla de su cuerpo. Esto sucedió en la pasión de los mártires, cuando el hostil perseguidor los sometía a una muerte cruel. El verbo **buscar** se lee también en sentido positivo. Véase, por ejemplo, el salmo ciento cuarenta y uno, donde dice: *Pereció de mí la huida, y no hay quien busque mi alma* (Sal 141,5). Y puesto que esta

³TL., *dicti rotatio*.

⁴No he podido localizar el texto latino.

⁵TL., *revereantur inimici mei, qui*; Vlg., *revereantur, qui*.

⁶TL., *qui cogitant*; Vlg., *qui volunt*.

palabra es homónima, añade: *Para arrebatarla*⁷, de manera que –en este caso– deberás entender el verbo *buscar* en sentido negativo. Continúa diciendo: **Que retrocedan y se sonrojen los que piensan cosas malas para mí.** Como varias veces se ha dicho, **retrocede** aquél que, apartándose de su mal propósito, sigue con humildad los mandatos del Señor. El sentido, pues, es el siguiente: *Quienes piensan cosas malas para mí* reciban esta recompensa, a fin de que no persistan en su iniquidad. ¡Oh, piedad de los santos, incluso en la adversidad!. Como ya si estuvieran establecidos en la felicidad, más deseable les era pedir en favor de los enemigos que en beneficio de sí mismos.

Verso 3.– **Que retrocedan de inmediato llenos de vergüenza, quienes me dicen: ¡bien, bien!** [*Avertantur statim erubescences, qui dicunt mihi: Euge, euge*]. Consecuencia de lo anterior es que, llenos de vergüenza por su propósito, se sientan impelidos a **retroceder de inmediato** aquéllos que, con falsas alabanzas, increpan a los hombres de probada fidelidad. En efecto, la interjección **¡bien!** es propia del que alaba, pero aquí tiene un sentido irónico, es decir, debe entenderse que se dice con la intención de zaherir, porque sale de los labios de los que son enemigos. O puede entenderse también en el sentido de increpación a aquéllos que colman de elogios las aflicciones y penas de los mártires, pero no refieren a la gloria del piadoso Hacedor las fuerzas que generosamente les ha concedido, para salir victoriosos de la prueba. En efecto, ambas cosas son en sí malas: burlarse de las desgracias ajenas y alabar a los hombres, a motivo de sus propias capacidades.

Verso 4.– **Exulten y alégrense en ti todos los que te buscan, Señor, y digan siempre: Sea engrandecido el Señor, los que aman tu salvación** [*Exsultent et laetentur in te omnes qui quaerunt te, Domine, et dicant semper: Magnificetur Dominus, qui diligunt salutare tuum*]. Después de haber hablado de la maldad y conversión de los perseguidores, en la segunda parte, ruega que **exulten y se alegren todos los que** aman a Cristo el Señor. En efecto, a aquéllos les desea la confusión y la vergüenza; a éstos, la *exultación* y la *alegría* sin fin [234], como dice el Señor en el Evangelio: *Y éstos irán al suplicio eterno; mas los justos, a la vida eterna* (Mt 25,46). Pero convenientemente explica esta forma de verdadera alegría. En efecto, al decir **en ti**, está dando a entender que la alegría que se vanagloria de los merecimientos humanos es una alegría caduca. Añade: **Todos los que te buscan, Señor**, movidos no por sus propias fuerzas, sino por tu piedad. Ciertamente, a fin de que el género humano te buscara, tú lo has buscado, mirándolo con misericordia desde el cielo. De hecho, Él mismo vino a nosotros, para que nosotros mereciéramos ir a Él. Sin embargo, a éstos que buscan al Señor se les recuerda saludablemente cuáles deben ser sus palabras, o sea: **Y digan siempre: Sea engrandecido el Señor.** El adverbio **siempre** muestra un tiempo continuo, en cuanto que la alabanza del Señor nunca debe cesar. De todos modos, con el fin de que el sentido de la anterior frase aparezca ante nosotros de manera más clara, se habría de cambiar el orden de las palabras del siguiente modo: *Digan siempre los que aman tu salvación: Sea engrandecido el Señor.* Entendamos que esta última expresión –*sea engrandecido el Señor*– corresponde al modo con que juzgan los hombres. En efecto, *es engrandecido* aquél que crece con las alabanzas; el que, por su buena fama, aparece grande a los ojos de los demás. Pero Dios no experimenta ningún crecimiento, porque Él es todo en sí mismo, único, entendido como plenitud inefable. Por otra parte, en modo alguno puede crecer Aquél que hace que todas las criaturas crezcan. Con todo, al engrandecerlo, de ello nos beneficiamos a nosotros mismos y, cuando alabamos a Dios con espíritu puro, nuestra conciencia siempre experimenta crecimiento.

Verso 5.– **Pero yo soy necesitado y pobre; oh Dios, ayúdame. Mi ayudador y liberador eres**

⁷Sin embargo, la expresión: *Para arrebatarla* [ut auferant] no corresponde al Sal 141,5, que el autor ha traído como ejemplo, sino al Sal 39,15, que dice así: *Confundantur et reveantur simul, qui quaerunt animam, ut auferant eam*, etc.

tú, Señor; no tardes [*Ego vero egenus et pauper sum; Deus adiuva me. Adiutor meus et liberator meus es tu, Domine; ne tardaveris*⁸]. Al imitar la multitud de los fieles el ejemplo de la pasión del Señor, trasladó también a su salmodia las mismas palabras que Él dijera. En efecto, en otro salmo dice el Señor sobre su propia persona: *Pero necesitado y pobre soy yo; el Señor tiene cuidado de mí* (Sal 39,22), lo mismo que aquí se dice con relación a los bienaventurados. Mas cuando dice: **Pero yo soy necesitado y pobre**, está significando que ellos eran los ricos de este mundo, de los que un poco más arriba se dijo: *Queden confundidos y avergonzados mis enemigos, que buscan mi alma*. Pero veamos: siendo rica sobremanera la gloriosa pobreza, en virtud del tesoro celestial, ¿cómo dice que, en todas partes, está necesitada y pobre?. Ciertamente, porque no tiene riquezas mundanas y allí donde es rica –esto es, en lo hondo de sí misma– siempre ambiciona, siempre desea, siempre recibe. Conforme dice el Apóstol: *Hermanos, yo no creo haberlo alcanzado todavía* (Flp 3,13). Y también: *Si alguien considera saber algo, aún no lo ha conocido como se debe conocer* (1Cor 8,2). Ves que, con razón, se dice que esos necesitados, esos pobres son los que continuamente ansían crecer en la gracia de Dios. Somos, pues, **necesitados**, cuando siempre sentimos que estamos faltos; **pobres**, cuando sin pausa corremos, ávido nuestro espíritu, para alcanzar los dones divinos. Sigue: **Oh Dios, ayúdame**, es decir: sal en mi ayuda en la tribulación del mundo, donde luchamos contra la adversidad de los vicios, donde somos víctimas de los inmundos enemigos del espíritu, pero también liberados por virtud de la misericordia de Dios. Continúa diciendo: **Mi ayudador y liberador**. Unidas, afirma dos cosas: que el Señor es **ayudador**, en las necesidades, y **liberador** de las calamidades de este mundo. Y date cuenta de que dice: **Eres tú, Señor**, a fin de que toda nuestra esperanza esté fija, mirándolo a Él. Y concluye: **No tardes**. Habitual es en aquéllos que están en peligro considerar que –aun cuando se preste rápidamente– el auxilio siempre llega tarde. Él, en efecto, todo lo lleva a cabo de manera adecuada y con mesura, pero nosotros consideramos que siempre llega con retraso lo que pedimos con ansioso deseo.

Conclusión del salmo

Todo este salmo resplandece con la luz de la filosofía celestial. Está formado, en efecto, de una gran probidad moral. Pide, primero, remedio en las aflicciones y la vergüenza provechosa de los enemigos, a fin de que –sintiendo sonrojo– abandonen sus maldades aquéllos que secundan las más perversas acciones. Promete, después, la alegría de los dones y los gozos eternos. Y, pues es auxilio en la suma aflicción, suplica que venga prontamente el Señor, para que, por medio de su venida, aleje las insoportables angustias de este mundo. En efecto, a su vista, hace fracasar la soberbia del diablo, que imperaba, en otro tiempo, con impía dominación. Atado fue el que con las cadenas del pecado tenía prisionero al mundo, hasta que fue reducido por el poder del Señor, de manera que ahora sienta temor de los santos el mismo que –tiempo atrás– se enseñoreaba perversísimo sobre el género humano. De aquí que ardientemente y con mucha frecuencia haya de decirse: *Mi ayudador y liberador eres tú, Señor; no tardes*.

⁸TL., *Ne tardaveris*; Vlg., *Ne moreris*.

SALMO SETENTA

Salmo de David, de los hijos de Yonadab, y de los primeros cautivos¹.

[*David psalmus, filiorum Ionadab, et priorum captivorum*].

Por su frecuente repetición, las palabras **David** y **salmo** nos son sobradamente conocidas. Pero la expresión: **De los hijos de Yonadab, y de los primeros cautivos** indica las razones históricas que dieron ocasión al salmo, anunciando –a modo de antesala– lo que se halla en el interior. En efecto, el profeta Jeremías (Jer 8,9²) refiere que Yonadab, sacerdote de Dios, ordenó a sus hijos vivir en el templo y que observaran una conducta de intachable sobriedad, orden que éstos cumplieron, hallando ante Dios la gran gracia de su obediencia. Éstos son tenidos ahora como ejemplo de hombres fieles y devotos, pues incluso el mismo nombre indica la causa. En efecto, **Yonadab** significa *voluntario del Señor*³, es decir, el que servía a Dios con espontáneo deseo, como está escrito: *Voluntariamente sacrificaré para ti* (Sal 53,6). Sigue: **Y de los primeros cautivos**. El texto del libro de los Reyes narra esta historia. Efectivamente, habiendo despreciado el pueblo de Israel los mandatos divinos, le había sido decretado el sometimiento a una primera, segunda y tercera cautividad⁴. Pero, a fin de que –reconociendo su pecado– volvieran sus miembros a suplicar al Señor con espíritu arrepentido, antes de que llegara el tiempo de la primera cautividad, por medio del profeta, les anunció que tal desastre habría de tener lugar. Ellos, sin embargo, con su consabida maldad, permanecieron firmes en su obstinación. Y así son tenidos ahora como ejemplo de contumacia, pues –aun advertidos muchas veces– no tuvieron a bien corregirse. En este título, se nos exhorta, por consiguiente, a que sintamos devoción por la conducta de los hijos de *Yonadab* y rechacemos la contumacia de los judíos, que quisieron hacerse merecedores, ciertamente, de conocer el cautiverio. En efecto, la totalidad de este salmo hace referencia al hombre fiel que, rehusando la esperanza del mundo, permanece, con sentimientos puros, firme en el Señor, recomendándonos con toda solicitud la gracia divina, mediante la cual podamos romper las cadenas de nuestros pecados.

División del salmo

Mediante la figura retórica de la *ethopoeia* [etopeya⁵], se introduce una persona general, la cual, liberada de la cautividad de los pecados, se adhería a los mandatos divinos, anunciándonos [235] la eximia caridad de Cristo, caridad que, sin mérito alguno precedente, se da siempre con total gratuidad. En la primera parte del salmo, dicha persona pide ser liberada siempre de las iniquidades humanas, para

¹El texto hebreo no tiene título. El que leemos en la versión de los LXX: υἱῶν Ἰωνάδαβ καὶ τῶν πρώτων αἰχμαλωτισθέντων [*de los hijos de Yonadab, y de los primeros que se llevaron cautivos cautivos*] parece ser una adición hecha en tiempos posteriores, como una nota de tradición, por la que se nos informa de que los hijos de Yonadab habían cantado este salmo por aquel tiempo, probablemente para implorar la misericordia y perdón del Señor, porque la necesidad –al parecer– los había obligado a abandonar las costumbres y ritos de sus padres y el solemne canto de los salmos. Los hijos de Yonadab son los recabitas, de los que se habla en 2Re 10,15; Jer 35,2, y los primeros cautivos de la época del rey Joaquín (1Re 24,12).

²Ésta es la cita que aparece en el TL, pero extraña que así sea. En efecto, la orden que el sacerdote Yonadab, hijo de Rekab, dio a sus hijos y el cumplimiento de dicha orden por parte de éstos aparecen en Jer 35,6.16.18.

³HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 861).

⁴De estas tres cautividades o deportaciones informa el libro segundo de los Reyes. Respectivamente: 2Re 15,5-6; 24,10-17; 25,6-28.

⁵Figura literaria por la que se describe el carácter, las acciones y las costumbres de una persona. Véase la introducción.

merecer dar gracias a Dios. Suplica, en la segunda, no ser privada, en la vejez, de los beneficios con que fue protegida en la juventud. En tercer lugar, enumerando los dones del Señor, promete dar gracias de manera continua.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Oh Dios, en ti esperé; Señor, no quede yo avergonzado en eterno** [*Deus, in te speravi; Domine, non confundar in aeternum*]. De nuevo nos sonríe el bello rostro del silogismo hipotético, formado aquí de la siguiente manera: *Oh Dios, si esperé en ti, Señor, no quede yo confundido en eterno; y pues esperé en ti, oh Dios, no quedaré, por tanto, confundido eternamente*. Pero ahora, con la ayuda de Dios, nos ocuparemos de las demás cosas. Viene elegido uno cualquiera de entre los fieles, que estuvo en los primeros tiempos y no deja de estar en el presente, y que con perfecta solidez de espíritu permanece en el Señor hasta el final de los tiempos. Éste, poniendo toda su esperanza en el Señor, nos recomienda los sacramentos de la gracia divina, a fin de que no seamos privados de la felicidad de su don, caso de falsamente nos gloriemos en nosotros mismos. Entendamos bien en qué consiste lo que pide: en **no quedar avergonzado en eterno**. Se refiere, esto es, a aquella retribución del juicio, donde *quedar avergonzado* es, ciertamente, causa de condena. En efecto, a menudo somos avergonzados para bien nuestro, cuando se nos hace volver atrás de nuestras malas intenciones y —llevados de nuevo al bien— experimentamos una saludable vergüenza, los que tiempo atrás nos gozábamos de nuestros delitos. Así, pues, pone por delante el motivo por el que no debe quedar avergonzado en eterno: porque ha **esperado en el Señor**.

Verso 2.— **En tu justicia líbrame, y rescátame; inclina tu oído hacia mí, y líbrame** [*In tua iustitia libera me, et eripe me; inclina aurem tuam ad me, et libera me*⁶]. Mediante la expresión: **En tu justicia**, pide la misericordia divina. Ciertamente, es propio de su justicia perdonar al que suplica. En efecto, de más agrado ha sido a su equidad conceder el perdón al hombre que condenar sus acciones. Dice: **Líbrame**, es decir, sácame de los peligros inminentes. **Rescátame**, o sea: sácame del poder del diablo, para no ser condenado, junto con él, por toda la eternidad. En efecto, cuando dice: **Inclina**, confiesa que él yace en la humildad, pues, si la gracia divina no se inclinara hacia el hombre, para liberarlo, el hombre nunca podría alcanzar, por sus propios méritos, la misericordia deseada. En efecto, si el que es misericordioso —inclinándose— no se llega a los pecadores, en ningún hombre se halla mérito que pueda llegar a Él.

Verso 3.— **Sé para mí Dios protector, y lugar fortificado, para que me salves⁷; porque mi firmeza y mi refugio eres tú** [*Esto mihi in Deum protectorem, et in locum munitum, ut salvum me facias, quoniam firmamentum meum et refugium meum es tu*]. Puede resultar chocante a algunos —a no ser que se fijen bien— lo que se ha dicho más arriba, es decir, el hecho de que a la protección divina se le haya agregado un lugar fortificado, como si, en verdad, el lugar pudiera defender a alguien que el poder supremo no reclama como suyo. Ahora bien, en la primera parte de la súplica —**Sé para mí Dios protector**— ruega que su alma sea protegida de los enemigos espirituales. Sigue pidiendo, después, el bienestar del cuerpo, bienestar que, a causa de las lanzas y espadas de los enemigos, bien exige un **lugar fortificado** sólidamente. La metáfora es tomada de los castillos. En efecto, eludimos a los adversarios, cuando somos protegidos por lugares bien pertrechados. Pero dicho lugar es la protección divina, como

⁶TL., *libera me*; Vlg., *salva me*.

⁷Hebr., הָיָה לִי לְצוּר מְעוֹן לְבוֹא תְּמִיד צוֹיֵת לְהוֹשִׁיעַנִי [*Sé para mí roca de habitación, para entrar continuamente: has dispuesto salvarme*]. Los LXX: γενού μοι εἰς θεὸν ὑπερασπιστὴν καὶ εἰς τόπον ὄχυρόν τοῦ σώσαι με [*Sé para mí Dios protector y lugar firme, para salvarme*].

en otro salmo se dice: *Bajo la sombra de tus alas protégeme* (Sal 16,9). En efecto, cuando estamos con Cristo, no tememos ninguna insidia del diablo, porque allí donde está la protección divina, aquel impío por excelencia se ve frustrado en su deseo. Y observa cómo cada cosa es referida convenientemente a aquello que le es propio. La palabra **firmeza** viene puesta en relación con *protector*; **refugio**, con *lugar fortificado*. Con razón, creyó que estas dos cosas le vienen de Dios, pues nada atribuyó a sus propias fuerzas. Considero que esto puede entenderse también en otro sentido, a saber: Dios es *firmeza* en este tiempo, donde también se requiere la paciencia; pero es *refugio* en aquel estado de la felicidad eterna, donde ya ningún peligro es temido.

Verso 4.— **Dios mío, rescátame de la mano del pecador, y de la mano del que obra contra la ley, y del inicuo** [*Deus meus, eripe me de manu peccatoris, et de manu contra legem agentis, et iniqui*]. Pues había sido cautivo de la ley del pecado, pero confiaba ser absuelto por la gracia divina, clama aquel hombre general **ser rescatado** del poder fatal del **pecador**, que siempre se afana por realizar aquello que ni con la ley divina ni con la equidad está de acuerdo. Pero, puesto que se había referido al pecador en un sentido general, ahora habla de él, según dos partes, pues dice: **De la mano del que obra contra la ley, y del inicuo. Obra contra la ley** aquél que, habiéndola recibido, actúa contra lo que establecen sus mandatos. Tal es el caso de los judíos, los cuales —como bien es sabido— recibieron la ley, escogidos de entre las restantes naciones. Pero, aunque también lo son los judíos, los **inicos** son los paganos, los cuales por ninguna ley del Señor son refrenados, sino que —a modo de las fieras— hacen todo aquello que les place. Se da a entender así que, mediante estas dos partes, se abarca a todo pecador. También el Apóstol habla de ambas clases de pecadores: *Los que pecaron sin la ley, sin la ley perecerán; y quienes pecaron en la ley, por la ley serán juzgados* (Rom 2,12).

Verso 5.— **Porque tú eres mi paciencia, Señor, mi esperanza desde mi juventud** [*Quoniam tu es patientia mea, Domine; spes mea a iuventute mea*]. Dice por qué debía ser rescatado de la mano del pecador: porque **el Señor era su paciencia** y, puesto que a Él tendía y por Él creía que se había de salvar, todo lo soportaba con ánimo alegre. En efecto, la *paciencia* es causa de honradez o de provecho, firmeza libre y duradera, para soportar las cosas arduas y difíciles. Sigue: **Mi esperanza desde mi juventud**. Pone por delante la *paciencia* y justamente sigue detrás su **esperanza**, como también dice el Apóstol: *La tribulación obra la paciencia; la paciencia, la prueba, y la prueba, la esperanza* (Rom 5,3-4). En efecto, lo primero es ser probados por la gracia de Dios en la paciencia, para merecer obtener, después, por medio de su mismo don, la fructuosa virtud de la esperanza. Añade: **Desde mi juventud**, significando aquella edad en la que creyó en el Señor. En efecto, cualquiera que sea la edad de la vida en la que se llegue a Él, a esa edad, con razón, se la llama nuestra *juventud*, porque en ella somos consolidados con plenísimo vigor. O también la expresión: *Desde mi juventud* podría significar el tiempo, a partir del cual, se comienza a luchar contra las argucias del diablo. En efecto, ésta es la edad en la que se está dispuesto para la lucha y preparado para librar, con todo el necesario vigor natural, los combates de mayor aspereza.

Verso 6.— **En ti he sido fortalecido desde el útero; desde el vientre de mi madre tú eres mi protector**⁸. **En ti mi cántico siempre** [*In te confirmatus sum ex utero; de ventre matris meae tu es protector meus. In te cantatio mea semper*]. Examinemos este verso con un poco de más cuidado, con objeto de que con nada absurdo nos podamos tropezar. En efecto, en el verso anterior acaba de decir: *Mi esperanza desde mi juventud*. ¿Acaso su fortalecimiento podía estar en Dios, cuando era alimentado en el vientre materno, sin ninguna facultad racional que lo sustentara, máxime cuando en otro salmo

⁸Hebr., אִמִּי אֶתָּה גִּדַּלְתָּנִי [de las entrañas de mi madre tú el que me sacaste]. Los LXX: ἐκ κοιλίας μητρός μου σύ μου εἶ σκεπαστής [desde el seno de mi madre tú eres mi protector].

se lee: *He aquí que en las iniquidades he sido concebido, y en los delitos me parió mi madre* (Sal 50,6)?. Sin embargo, por **útero** debemos entender aquí el seno de la santa Madre la Iglesia, donde, primero, vamos siendo concebidos, mediante los principios elementales de la fe, y generados, después, por el agua y el Espíritu santo⁹. Entonces realmente puede ser el Señor nuestro fortalecimiento: cuando, por medio del don de la, fe hayamos llegado a Él. Sigue diciendo: **Tú eres mi protector**. Ciertamente que lo es, porque contra [236] la maldad del diablo Él nos protege y defiende, y nos ayuda a escapar en este mundo, a fin de que no acabemos perdiéndonos, a causa del peso de los pecados. **En ti mi cántico siempre**. Sigue la retribución de los premios, de modo que así como continuos son siempre los dones, continua sea siempre también la alabanza. En efecto, si el tiempo no está falto de beneficios, ¿por qué alguien deja de glorificarlo?. Se significa así el tiempo presente y futuro, pues aquí le cantamos, dándole gracias por la liberación; allí le damos gracias por la eterna remuneración. Resulta, de este modo, que el Señor debe ser alabado siempre, porque es continuo todo lo que nos ofrece.

Verso 7.— **Como prodigio he sido hecho para muchos; y tú, fuerte ayudador** [*Tanquam prodigium factus multis; et tu adiutor fortis*]. En el tiempo presente, el hombre fiel se hace **prodigio**, cuando persigue cosas distintas a las que acostumbra a amar la multitud de los pecadores. Unos buscan las riquezas; él, la pobreza. A otros les gustan los banquetes; éste prefiere el ayuno. En resumen, los pecadores buscan los gozos; el fiel, la tristeza. En efecto, ¿cómo no se ha de ver como *prodigio* aquél, cuyo modo de vida es del todo contrario al sentir de la gran mayoría?. Esto es lo que los oradores dieron en llamar género humilde¹⁰ de una causa, el cual es tenido por despreciable en tal modo que, más bien, se lo considera como una suerte de *prodigio*. Pero estas maliciosas arremetidas humanas deben ser rechazadas, en cuanto que las virtudes divinas están a nuestro favor. En efecto, allí donde el **ayudador** es muy fuerte, todo lo que le es contrario resulta caduco. Pero, al decir *ayudador*, nos exhorta también a nosotros a que, ayudados por la gracia de Dios, nos esforcemos por tender al bien, para no ser hallados contrarios a los beneficios divinos.

Verso 8.— **Que se llene mi boca de tu alabanza, para que pueda yo cantar tu gloria, tu magnificencia todo el día** [*Repleatur os meum laude tua, ut possim cantare gloriam tuam, tota die magnificentiam tuam*¹¹]. Hasta aquí ha hablado de la multitud de beneficios con los que ha favorecido al género humano. Pero ahora pide también del Señor poder darle gracias adecuadamente. En efecto, si Él no **llena nuestra boca**, tampoco la lengua se mueve, ni se inflaman nuestros más puros deseos. Si así lo consideramos, nuestra gran felicidad consiste en pedirlo todo y en no sentir temor de estar pidiendo incesantemente. Ciertamente, pues mayor aún es la ofensa a nuestro Creador, si dejamos de suplicarle con piadosa insistencia. Da a conocer seguidamente la causa de haber deseado **llenar su boca de las alabanzas** de Cristo, pues dice: **Para poder cantar tu gloria**. La **gloria** es la alabanza celebrada por boca de muchos. **Todo el día**. Añade así a este bien la nota de perpetuidad. En efecto, al decir *toda el día*, ¿está acaso dando a entender que las alabanzas del Señor deben callar durante la noche, que es precisamente el tiempo en que la Iglesia católica se consuela, sobre todo, con las alabanzas divinas?. El pueblo fiel vela, ciertamente, por la tarde, de noche y por la mañana. Sin embargo, en la palabra *día*, va incluido también el tiempo nocturno, como en el libro del Génesis está escrito: *Fue una tarde, y fue una mañana: el día primero* (Gén 1,5). Esta figura retórica recibe el nombre de *sinécdoque*, es decir, cuando el todo se toma por la parte. Pero habla también de **magnificencia**, porque, en verdad, concede cosas grandes, tales como inclinar su oído al humilde, proteger al que está en peligro, librar de la mano

⁹Parece hablarse aquí del bautismo de adultos, aunque no se desconozca el bautismo de párvulos..

¹⁰In textu: *humile* [ed., humilis].

¹¹TL., *laude tua, ut possim cantare gloriam tuam, tota die magnificentiam tuam*; Vlg., *laude, ut cantem gloriam tuam, tota die magnitudinem tuam*.

de los pecadores, fortalecer desde el útero y tener a bien conceder su protección ya desde el vientre materno. De este modo, en la sola palabra *magnificencia* queda incluida la totalidad de la alabanza por los dones antes referidos.

Verso 9.— **No me rechaces en el tiempo de la senectud; cuando decayere mi fuerza, no me abandones** [*Ne proicias me in tempore senectutis; cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me*]. Llega a la segunda parte, en la que, con más ahínco todavía, suplica al Señor que **no lo rechace en el tiempo de la senectud**, pues dice que cuanto más se vayan agotando sus fuerzas corporales tanto más necesario le será su socorro. Sin embargo, esta vejez no debemos entenderla solamente en el sentido de la etapa final de la vida, sino también en aquel otro sentido en que, a consecuencia de las muchas tribulaciones y sufrimientos, el vigor del alma va asimismo envejeciendo. Esto significa, en efecto, la expresión: **Cuando decayere mi fuerza**, es decir, cuando la firmeza de mi sufrimiento llegara a debilitarse por el cansancio y no le fuera ya posible sostener con sus solas fuerzas el peso de las adversidades. Pide, por tanto, **no ser abandonado** entonces, pues con Él, ciertamente, todo lo podrá soportar.

Verso 10.— **Porque han hablado mis enemigos contra mí, y los que custodiaban mi alma tuvieron juntos consejo** [*Quia dixerunt inimici mei mihi, et qui custodiebant animam meam consilium fecerunt in unum*]. Se vuelve a la causa por la que se ha de invocar el auxilio del Señor: que, al haberse dado cuenta los insidiadores de su estado de debilidad, más todavía se avivó el fuego en ellos, en tanto que creían poder engañar más fácilmente a quien, al haberle flaqueado las fuerzas, ya no estaba en condiciones de ofrecer resistencia. Y, para que no se crea que los **enemigos** de su alma eran de poco peso, habla contra aquéllos que lo **custodiaban**, pero no deseando su salvación, sino con la intención, ciertamente, de inducirlo a engaño. Sigue diciendo: **Tuvieron juntos consejo**. Siempre inspiran más temor los enemigos reunidos en solo grupo que estando divididos, pues todo lo que no está separado en partes se lleva con más dificultad que si se lo agrupa en un solo haz. En efecto, de qué clase sea este **consejo** inmediatamente lo da a conocer, pues continúa diciendo:

Verso 11.— **Los que dicen: Dios lo ha abandonado; perseguidle y prendedle, porque no hay quien lo libere** [*Dicentes: Deus dereliquit eum; persequimini, et comprehendite eum, quia non est qui eripiat eum*]. Esto es lo que a aquel varón fidelísimo —ya debido a sus aflicciones, ya a su avanzada edad— lo llenaba de temor. En efecto, los enemigos carnales, que piensan que el beneficio divino se manifiesta sólo con relación a las fuerzas corporales y que prestan atención, sobre todo, a las cosas mundanas, al ver agotado a aquel hombre, a consecuencia de sus numerosas desgracias, creen que **Dios lo ha abandonado**. Dijeron: **Perseguidle**, porque no podía huir. **Prendedle**, porque no tenía fuerzas, para hacer frente a la violencia de sus perseguidores. Tal era, pues, la razón por la que consideraban que Dios lo había abandonado: el convencimiento de que había sido entregado a su propia maldad. Algunos fueron de la opinión de que este hecho se había de aplicar también al Salvador¹². Más apropiado parece, sin embargo, guardar el hilo de lo que hasta ahora se ha venido diciendo, con objeto de no introducir abruptamente cambios inadecuados respecto de la persona que nos ha acompañado hasta el presente momento¹³. Sigue: **Porque no hay quien lo libere**. Dementes, sobremanera, quienes tomaban en consideración sólo lo que veían, como si Dios dejara sin premio a los que expone a las injurias y no se dignase, antes bien, coronar a quienes permite que sean sometidos al peso de la prueba. Así delibera el que juzga sólo lo que ve con los ojos de la cara. Éste, creyendo que, al no hacerse presente a la vista de los hombres, por eso ya no existe, negó la presencia del Señor, el cual juzgó oportuno venir en

¹²Se refiere —entre otros— a la opinión de S. Agustín, que en su comentario de este verso, afirma: *Esto se dijo de Cristo, el cual repentinamente se debilitó entre las manos de los enemigos y, como inválido, fue apresado.*

¹³Se trata de aquella persona general de la que se habla al comienzo de este salmo.

auxilio de sus fieles de manera no visible.

Verso 12.— **Oh, Dios, no te alejes de mí; Dios mío, vuélvete a mirar en mi ayuda** [*Deus, ne elongeris a me; Deus meus, in adiutorium¹⁴ meum respice*]. La flaqueza humana considera que Dios está lejos, cuando tarda en llegar en su auxilio. En efecto, Él ni avanza, moviéndose, ni se traslada de un lugar a otro, sino que, colmando inefablemente todas las cosas, todo lo administra con las potencias de su voluntad. Pide, pues, que su gracia no se aparte de él y que no sea expuesto a las graves insidias de los enemigos. Añade: **Dios mío, vuélvete a mirar en mi ayuda**. Puesto que estaba seguro de que sería afligido, ruega que, por la ayuda de Dios, le sea concedida una digna paciencia. Ciertamente, pues aquél que recibe su ayuda, no desfallece abatido por los males, sino que cuanto más lo sobrecarga el peso de las tribulaciones tanto más se yergue en virtud de la esperanza.

Verso 13.— **Sean avergonzados y desfallezcan los detractores de mi alma; que sean cubiertos de confusión y de sonrojo los que buscan males para mí** [*Confundantur et deficiant detrahentes animae meae; operiantur confusione et pudore qui quaerunt mala mihi*]. Llega a las increpaciones salubérrimas, según acostumbro hacer la Iglesia católica [237]. Dice, en efecto: **Sean avergonzados**, al ver que tus disposiciones no son cambiadas. **Desfallezcan los detractores de mi alma**, es decir, los que hablan injurias sin fundamento, los que suelen murmurar con descalificaciones mordaces. En efecto, mediante la virtud de la paciencia, anima a estar por encima de tales individuos, recomendando solamente tener paciencia con ellos, a fin de que se vea claro que son ellos mismos los que, a causa de sus propias arremetidas, realmente desfallecen y así, fatigados ya por sus excesivos intentos, cejen de una vez en su empeño, si es que —convencidos por la fuerza de la razón— no llegan finalmente a desistir en sus propósitos. Sigue: **Que sean cubiertos de confusión y de sonrojo**. Con muy acertadas palabras se describe la futura corrección de los malvados. Dice, en efecto: **Que sean cubiertos de confusión y de sonrojo**, como si con cierto velo rosáceo de vergüenza fueran cubiertos sus rostros, cosa que suele suceder a los que, habiéndose convertido a un modo de vida mejor, condenan sus antiguas acciones. Añade: **Los que buscan males para mí**, como aquella mujer decía al doliente Job, su propio esposo: *Maldice a Dios y muérete* (Job 2,9). Esto es lo que acostumbran a hacer los malvados persuasores, los cuales, elogiando la salud del cuerpo, arremeten contra las almas y las hieren ocultamente.

Verso 14.— **Pero yo esperaré siempre en ti, y añadiré sobre toda alabanza tuya** [*Ego autem semper in te sperabo, et adiiciam super omnem laudem tuam*]. Concluida la súplica por los pecadores, a quienes bien les desea su conversión, vuelve a lo que es su deleite y bienestar, esto es: que, así como aquéllos desesperaban del poder divino, él asegura que **espera siempre** en el Señor. Esta figura retórica recibe el nombre de *syncrisis*, en latín, *collatio*, cuando alguien muestra que su causa es mejor que la del adversario. Sigue: **Y añadiré sobre toda alabanza tuya**. Ciertamente es que esta expresión, si no se la examina con cuidado, podría resultar un tanto oscura. En efecto, aunque bien es verdad que nada pueda añadirse a las alabanzas divinas, en cuanto que su perfección inefable no es susceptible de aumento alguno, sin embargo, hay algo que sí puede ser engrandecido por los hombres, gracias al anuncio del Evangelio. Efectivamente, si digo que *la Palabra del Padre hizo el cielo y la tierra y todo lo que en ellos se contiene* [Gén 1,3 ss.], estoy alabando al Señor con una alabanza perfecta. Pero si añado que *la Palabra se hizo carne por la salvación de todos* [Jn 1,14], estoy añadiendo un grado sumo a aquella alabanza ya perfecta en sí misma. En efecto, todo lo que viene a continuación atestigua que este aumento de la alabanza se refiere en su totalidad a la encarnación del Verbo todopoderoso.

¹⁴TL., *in adiutorium*; Vlg., *in auxilium*.

Verso 15.— **Mi boca proclamó tu justicia, todo el día tu salvación, porque no he conocido negocios**¹⁵ [*Os meum pronuntiavit*¹⁶ *iustitiam tuam, tota die salutare tua, quia non cognovi negotiationes*¹⁷]. La **justicia** del Padre es el Señor Salvador, que Él promete que **será anunciado** a las gentes. Y, para que no creas, tal vez, que existe otra *justicia*, añade: **Tu salvación**. En efecto, ¿qué otra cosa pudo anunciar el hombre fiel, sino aquello de donde surgió la fe cristiana, aquello de donde las Iglesias florecieron fecundas en todo el orbe, de donde provino la salvación del mundo, gracias a su gloriosa encarnación?. Ahora bien —como ya se ha dicho varias veces—, la expresión: **Todo el día** indica el tiempo continuo. Sigue: **Porque no he conocido negocios**. Esta parte del verso, a no ser que sea bien entendida, no deja de plantear cierto problema. En efecto, si todo negociante —en general— es merecedor de condena, quiere ello decir que tampoco evitan este castigo aquéllos que ejercen las restantes artes. Ciertamente, pues ¿qué otra cosa es un **negocio**, sino poder comprar¹⁸ al más bajo precio aquellas cosas que con más ganas se quisieran poseer?. De ahí que, en las vidas de los Padres, leamos que Pafnucio¹⁹, hombre de gran santidad, por medio de una revelación, fue comparado a un negociante, y también hoy en la Iglesia de Dios encontramos, en verdad, a hombres que tratan con mercancías, pero sobresalientes por su extraordinaria fe. En efecto, es condenado el hecho muy malo en sí, pero no la cosa honesta. Y así, aunque leemos que *muy difícil le es al rico entrar en el reino de los cielos* [Mt 19,23], leemos también, sin embargo, que Job y los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob fueron poseedores de cuantiosas riquezas. Por tanto, son considerados despreciables aquellos negociantes que, no considerando en manera alguna la justicia del Señor, están manchados por la ambición inmoderada del dinero, gravando sus mercancías más con los perjurios que con los precios. A esos tales los arrojó el Señor del templo, diciendo: *No convirtáis la casa de mi Padre en casa de negocios, en cueva de ladrones* (Jn 2,16). Así, pues, el sentido de esta expresión se ha de completar —éste es nuestro parecer— de la siguiente manera: *Mi boca proclamó tu justicia, porque no he conocido los negocios*, es decir, aquellos asuntos que estaban manchados por las malas acciones.

Verso 16.— **Entraré en el poder del Señor; Señor, me acordaré de tu sola justicia** [*Introibo in potentiam*²⁰ *Domini; Domine, memorabor iustitiae tuae solius*]. Se gozan los hombres en adquirir **poder**, haciendo negocios, y llegar así a ser importantes en este mundo. Despreciado tal propósito, dice este hombre bienaventurado que **entra en el poder del Señor**, esto es, en el reino de los cielos, donde el hecho de haber llegado es verdaderamente la felicidad segura. Ahora bien, dice: **Entraré**, para poner de manifiesto que la Jerusalén del cielo está cerrada para los pérfidos, pero abierta para los fieles. Y qué habrá de hacer allí, a continuación, lo dice: **Señor, me acordaré de tu sola justicia**, es decir, en el tiempo aquel en que separará los corderos de los machos cabríos, en que juzgará a todas las naciones con instantánea equidad, en que enviará a los impíos a la *gehenna* y a los fieles al descanso sempiterno [Mt 25,31-46]. Entonces, en efecto, realmente **se acordará de la sola justicia** del Señor, porque ésta es admirable y única.

¹⁵Hebr., כִּי לֹא יָדַעְתִּי כְּפָרוֹת [porque no he conocido las letras]. Otros traducen: *porque no he conocido los números*. Los LXX han traducido: ὅτι οὐκ ἔγνων γραμματείας [porque no he conocido las letras], pero el códice B (Vaticano) lee ὅτι οὐκ ἔγνων πραγματείας [porque no he conocido negocios]. S. Agustín, que conoce ambas variantes —*negotiationes* y *litteraturam*—, dedica amplio espacio a las dos, pero se detiene en la segunda, entendiendo por *litteratura* no sólo el quehacer de los gramáticos, sino la ley escrita del Antiguo Testamento (S. AGUSTÍN, o.c., vol. 2, pág. 842-848). Casiodoro sólo habla de la segunda.

¹⁶TL., *pronuntiavit*; Vlg., *annuntiabit*.

¹⁷TL., *quia non cognovi negotiationes*; Vlg., *quoniam non cognovi litteraturam*.

¹⁸TL., in textu: *constare* [ed., comparari].

¹⁹Pafnucio (ca. 251 - Egipto, 360) fue un discípulo de San Antonio Abad y obispo posiblemente de Pispir, una ciudad en la Tebaida. Sobre el hecho que refiere Casiodoro no he podido encontrar información.

²⁰TL., *in potentiam*; Vlg., *in potentias*.

Verso 17.— **Oh Dios, me instruiste desde mi juventud, y hasta ahora proclamaré tus maravillas** [*Deus, docuisti me a iuventute mea, et usque nunc pronuntiabo mirabilia tua*]. Ya hemos dicho anteriormente que por **juventud** debe entenderse el tiempo, a partir del cual el hombre comienza a llegar a la gracia divina, porque entonces empieza a afirmarse y a robustecerse en el vigor del alma. Pero la expresión: **Me instruiste** hace referencia tanto a los libros divinos como a la fe divinamente infundida. Y, para que no creas que esta ciencia es adquirida sólo en los comienzos, sigue diciendo lo que suele acontecer a los espíritus bienaventurados: **Y hasta ahora**, de manera que vea que, con el correr del tiempo, su doctrina ha venido experimentando crecimiento. Continúa diciendo: **Proclamaré tus maravillas**. Maravillas fueron, ciertamente, enseñar al ignorante; hacer del malvado una persona devota; del pecador, un hombre lleno de justicia. Así, pues, **proclama** que anunciará estas cosas, que la clemencia divina había realizado en él mismo.

Verso 18.— **Y hasta la ancianidad y la decrepitud, oh Dios, no me abandones, hasta tanto yo anuncie tu brazo a la generación** [*Et usque in senectam et senium, Deus, ne derelinquas me; donec annuntiem brachium tuum generationi*]. Entre los griegos, estos dos nombres son distintos. En efecto, llaman **ancianidad** a la edad que ya va pesando, y **decrepitud**, a la última edad de la vida²¹. Pero, puesto que la lengua latina no retuvo consigo estos dos significados, estas dos edades vienen llamadas aquí con un nombre parecido: *senecta* y *senium*. El sentido, pues, es el siguiente: puesto que antes había dicho que *desde su juventud había sido instruido, para anunciar la sola justicia del Señor*, pide ahora que *ni en la edad madura ni en la senil sea abandonado de Dios*, de manera que, consolidado en su fortaleza, pueda narrar, hasta su mismo final, las alabanzas debidas. Pero veamos a qué tiempos se han de asignar estas edades. La *juventud* de la Iglesia tuvo lugar, cuando Cristo el Señor fue crucificado; cuando la multitud de los mártires libró su combate y, por la muerte de los fieles, apareció el vigor de la Iglesia. Pero llamamos *ancianidad* a la edad, que ahora transcurre, acercándose al final, edad en que avanza la fe y por todas las Iglesias va creciendo el pueblo de Dios, al decrecer los fugaces tiempos de este mundo. Creo, finalmente, que por *decrepitud* se ha de entender aquel tiempo final en que vendrá el cruel tirano y la muchedumbre de los mártires concluirá esta vida con el deseado final. Sigue: **Hasta tanto yo anuncie tu brazo [238] a la generación**. Aquella persona fiel, introducida al principio de este salmo, suplica ahora al Señor poder permanecer en la asamblea de la Iglesia *hasta la ancianidad y la decrepitud*, hasta predicar a la siguiente generación el **brazo** del Padre, es decir, hasta predicar al Señor Salvador, según está escrito: *Y el brazo del Señor ¿a quién fue revelado?* (Is 53,1), de suerte que, a través de la adhesión religiosa de todo el mundo, se dilate la religión cristiana, máxime, cuando al final de los tiempos se complete el número predestinado de los santos.

Verso 19.— **A toda la que ha de venir, tu poder y tu justicia, oh Dios, hasta a lo más alto** [*Omni quae ventura est, potentiam tuam et iustitiam tuam, Deus, usque in altissima*]. La expresión: **A toda la que ha de venir** ha de unirse con el final del verso anterior, es decir, con *generación*²². Y por si acaso consideraras que el *brazo* del Señor —Cristo— se había de anunciar sólo a los que vivieron en el tiempo en que Él se dignó encarnarse por nosotros, añade: **Que ha de venir**, de manera que sepas que dicho anuncio ha de seguir difundiéndose hasta el final de los tiempos. Sigue diciendo: **Tu poder y tu justicia, oh Dios**. De nuevo, se ha de volver aquí a lo dicho anteriormente, es decir: *Hasta tanto yo anuncie*. En efecto, el **poder** se refiere a la gracia de la encarnación, por medio de la cual se dignó liberar al hombre; la **justicia** mira al juicio, al que la muerte arrastró al desobediente Adán. Y no cause extrañeza el hecho de que las cosas se digan en orden invertido, pues esto es algo que se encuentra muy a menudo en las Escrituras santas. Ahora bien, dado que ambas cosas —*poder y justicia*— son admirables

²¹En efecto, los LXX leen: καὶ ἕως γήρους καὶ πρεσβείου [y hasta la vejez y la senectud].

²²Hasta tanto yo anuncie tu brazo a toda la generación venidera. Así Vlg. y S. Agustín.

y gloriosas, la expresión: **Hasta a lo más alto** pone de manifiesto que el hombre –que antes justamente había sido condenado, en razón de la justicia– ha sido ahora restaurado, en razón de la gracia. Alcemos también nosotros nuestra espíritu *hasta lo más alto*, porque el Dios-hombre está sentado a la derecha del Padre, reinando con Él y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos infinitos.

Verso 20.– **¡Qué portentos hiciste! Oh Dios, ¿quién es semejante a ti?** [*Quae fecisti magnalia. Deus, quis similis tibi?*]. Después de haber dicho que la gracia y la justicia del Creador se habían alzado hasta lo más alto, llega a la tercera parte, donde con himnica exultación proclama cuán grande es la justicia, que muestra a los que pecan, y cuán grande la clemencia con que nuevamente ha condescendido en favor de los que se convierten. Con razón, ciertamente, privó al desobediente Adán de las delicias del paraíso. Pero al ladrón, que lo confesó, inmediatamente lo introdujo en sus alegrías. Éstas son *las maravillas que ha hecho* el Señor: mostrarse singularmente fuerte en el juicio, pero inigualable a la hora de perdonar. **¡Qué!**, palabra que debe leerse en sentido admirativo²³, porque nadie puede comprender lo suficiente, nadie puede alabar dignamente. **Portentos**. En efecto, a causa de su grandeza, así son llamados estos hechos. Debido a su extraordinaria excelencia, tales cosas suscitan el estupor en el espíritu de los hombres. Dice también: **¿Quién es semejante a ti?**, porque único es Él, a causa de sus obras. En efecto, la grandeza del hecho testifica el poder de su autor.

Verso 21.– **¡Cuántas tribulaciones, muchas y malas, me mostraste! Y, vuelto, me vivificaste** [*Quantas ostendisti mihi tribulationes multas et malas! Et conversus vivificasti me*]. También la primera palabra de este verso debe leerse en sentido exclamativo, o sea: **¡Cuántas!**, como si de sufrimientos innumerables se tratara. Presta atención asimismo a la expresión: **Me mostraste**, porque pone de manifiesto las duras tribulaciones que los fieles padecen en el presente y, aunque éstas tribulaciones sean **muchas y malas**, se truecan, sin embargo, en algo positivo, porque tienden a producir beneficios. Por tanto, el adjetivo *muchas* indica la cantidad; *malas*, la cualidad. Sigue: **Y, vuelto, me vivificaste**. Si consideras la naturaleza del Verbo, bien es sabido que ésta es siempre inconvertible e inamovible. Por eso, el participio **vuelto** tiene aquí un sentido figurado, es decir: *hiciste que yo me volviera*, porque había sido atormentado por la ley del pecado. Ciertamente, la tribulación de los fieles conduce a la vida, como en el Evangelio se dice: *Dichosos los que lloran, por ellos serán consolados* (Mt 5,5).

Verso 22.– **Y de los abismos de la tierra me hiciste volver de nuevo; multiplicaste tu justicia y, volviéndote, me has exhortado** [*Et de abyssis terrae iterum reduxisti me; multiplicasti iustitiam tuam, et conversus exhortatus*²⁴ *es me*]. **Los abismos de la tierra**. Verdad es que leemos que los **abismos** son las profundidades del sentimiento divino, como en otro lugar dice el salmista: *Tus juicios, un abismo profundo* (Sal 35,6). Pero, por el siguiente motivo se ha añadido aquí la palabra **tierra**: para que así puedas entender que –en este caso– se hace referencia a las profundas alturas y rincones de los pecados, desde donde, con frecuencia, confiesa que ha sido vuelto a llamar a los placeres de la vida. Pero veamos qué significan, en este caso, las palabras **de nuevo**. Esta expresión se emplea aquí en lugar de *frecuente*, es decir, en el sentido de que una determinada cosa se repite de muy diversas maneras. Siguiendo la autoridad de los mayores, ya dijimos –en el comentario al salmo seis– que el Señor nos concede la remisión de los pecados de siete modos distintos. El primero, por el bautismo; el segundo, por el martirio; el tercero, por las limosnas; el cuarto, cuando condonamos las deudas a nuestros deudores; el quinto, por la conversión de los hermanos; el sexto, por la abundancia de la caridad; el séptimo, finalmente, por la penitencia. Y, quizá, nuestra debilidad necesite todavía ser ayudada por otras

²³Vlg. y S. Agustín lo leen, sin embargo, como pronombre relativo unido a la expresión anterior, en el sentido de *hasta lo más alto* han llegado *las maravillas que hiciste*.

²⁴TL., *iustitiam tuam, et conversus exhortatus*; Vlg., *magnificentiam tuam, et conversus consolatus*.

remisiones. Se ha de saber, sin embargo, que se ha dicho *de nuevo*, para indicar su medicina más frecuente. En efecto, mediante la expresión: **Multiplicaste tu justicia**, se explica el sentido anterior, que es el siguiente: el Señor *multiplica su justicia*, al dignarse venir en nuestro socorro, a través de diversas formas de aflicciones. Pues muchas veces se habla de **justicia** del Señor, cuando el Señor obra con misericordia. Inversamente, a su misericordia se la llama también *justicia*, porque una y otra están íntimamente unidas, como en el salmo cien se lee: *Cantaré la misericordia y el juicio* (Sal 100,1). Sigue: **Y, volviéndote, me has exhortado**. Debemos tomar conciencia de cuánta ternura paterna se contiene en estas palabras. Ciertamente, porque, aun cuando con el rigor debido castigue a sus siervos, no soporta, sin embargo, que permanezcan en la tristeza, en tanto que, por medio de las reconfortantes palabras de las Escrituras divinas, les hace llegar su santo consuelo. Por tal razón, la expresión: **Me has exhortado** debe entenderse aquí en el sentido de aquel consuelo que reconforta los ánimos, alivia las aflicciones y devuelve la salud al espíritu, maltrecho por diferentes adversidades.

Verso 23.— **Pero a ti yo confesaré tu verdad en los vasos de los salmos**²⁵ [*Ego autem confitebor tibi in vasis psalmorum*²⁶ *veritatem tuam*]. Tras haber prometido el Señor a sus fieles los premios eternos, mediante piadosas exhortaciones, aquel justo general **confiesa** —ya con alegría— que canta salmos, en la seguridad de que las promesas del Señor se han de cumplir, por cuanto que no puede dejar de realizarse aquello que la Verdad eterna promete. Pero de modo exquisito se ha referido a **los salmos**, definiéndolos como **vasos de la verdad**, o sea, como grandes vasijas espirituales, que conservan el vino del Señor con inalterable sabor.

Verso 24.— **Salmodiaré para ti, oh Dios, con la cítara, santo de Israel** [*Psallam tibi, Deus, in cithara, sanctus Israel*]. Varias veces hemos dicho que las dos mayores virtudes de los fieles cristianos son la espiritual, para bien creer; y la actual, para bien obrar. Promete aquí que, mediante interpretaciones musicales, las dos se las va a ofrecer al Señor. En efecto, por lo que se refiere a la virtud espiritual, en el verso anterior su promesa ha sido que entonará *salmos*. En lo que concierne a la actual, dice que **alaba** al Señor **con la cítara**. En efecto —como a menudo ya se ha dicho—, el salmo resuena desde lo alto. La cítara, en cambio, hace pasar el canto desde abajo hacia arriba. Y dice también para quién se canta la salmodia o se tañe la cítara: para el **santo de Israel**, no aquel falso dios que la gentilidad imaginaba, sino el que la verdadera fe había dado a conocer a nuestros padres.

Verso 25.— **Gozarán mis labios, mientras te cantare a ti [239], y mi alma, que tú redimiste** [*Gaudeabunt*²⁷ *labia mea, dum cantavero tibi; et anima mea quam redemisti*]. Llama **labios** a la boca del hombre interior. En efecto, también el espíritu tiene su voz, con la que calladamente clama al Señor. Mas, a fin de que entiendas esto en sentido espiritual, añade: **Mi alma, que tú redimiste**. Se goza, pues, en sus labios interiores aquella alma que experimenta haber sido redimida.

Verso 26.— **Pero también mi lengua todo el día meditará tu justicia, cuando fueren avergonzados y llenos de sonrojo los que buscan males para mí** [*Sed et lingua mea tota die meditabitur iustitiam tuam, cum confusi et reveriti fuerint qui quaerunt mala mihi*]. Así como más arriba dijo: *Confesaré tu verdad en los vasos de los salmos y salmodiaré con la cítara*, queriendo significar las virtudes del alma y del cuerpo, así también promete que habrán de cantar los labios de su

²⁵Hebr., בְּכִלֵּי־נָבֶל אֲדִירָה אֲדִירָה אֲדִירָה [Asimismo, te alabaré con instrumento de cuerda]. Los LXX: καὶ γὰρ ἐγὼ ἐξομολογήσομαι σοι ἐν σκευῇ ψαλμοῦ [También, pues, yo te alabaré con vaso de salmo], aunque el sustantivo σκεῦος puede admitir distintos significados.

²⁶TL., *Ego autem confitebor tibi in vasis psalmorum*; Vlg., *Nam et ego confitebor tibi in vasis psalmi*.

²⁷TL., *Gaudebunt*; Vlg., *exultabunt*.

corazón. Pero ahora añade que su **lengua meditará la justicia** de Dios, es decir: la sustancia de su cuerpo, que meditará plenamente las alabanzas del Señor, cuando, en la resurrección, llegue a alcanzar su reino. Pero, para que se pueda entender aquí que se trata del final de los tiempos, añade: **Cuando fueren avergonzados y llenos de sonrojo los que buscan males para mí**, cosa que acontecerá, de manera definitiva, cuando los justos sean colocados a la derecha y los impíos a la izquierda. En efecto, de dos maneras los enemigos **son avergonzados y llenos de sonrojo**: o bien, cuando hacen penitencia y reconocen haber errado; o bien, en el advenimiento del Salvador, cuando aquellas cosas que ellos pensaban que nunca sucederían, aparezcan patentemente delante de sus ojos. Así, pues, a los santos les llegará el tiempo de una alegría segura, cuando los impíos no tengan ya lugar alguno de dominio. Y se alegrarán los justos, cuando advenga el final de todos los males y les conceda el Señor bienes sin fin, allí donde la alabanza de los cristianos es permanente.

Conclusión del salmo

Al mismo tiempo que, a lo largo de toda su redacción, el presente salmo solícitamente nos encarece la gracia del Señor, que con toda gratuidad nos es regalada, así también nos recuerda que, con feliz afinidad, se ha de proclamar la encarnación del Verbo, por medio de la cual el género humano obtiene la salvación, a la manera del sol, que elevándose con luz ya cercana, anuncia la llegada de la rosácea aurora, para que el ojo –ya bien dispuesto– pueda contemplar la gracia del luminoso resplandor. Consideraron, en efecto, nuestros Padres que el número total de los salmos se había de dividir, según los misterios contenidos en el Antiguo y Nuevo Testamento, es decir, disponiendo siete decenas hasta el sábado, lo cual corresponde, ciertamente, al tiempo del primer culto; pero asignando otras ocho a este tiempo nuestro, en cuanto que nosotros celebramos la resurrección del Señor en el día octavo de cada semana. Y así, sumando las dos cifras, viene a resultar que este sagrado número de salmos contiene el Antiguo y Nuevo Testamento. En efecto, el número de ciento cincuenta, contados los salmos uno por uno, equivale a quince veces diez, tomados éstos según una agrupación denaria. Y de ello se tiene que este modo de contar los salmos se ajusta adecuadamente al Nuevo y al Antiguo Testamento. Pero se ha de decir que, con toda certeza, en la primera parte –en el Antiguo Testamento– se hallan también mezclados misterios que corresponden al Nuevo. En efecto, en el número compuesto de siete decenas, se habla también de la pasión de Cristo el Señor y, en el número formado por las otras ocho, se dicen igualmente otras muchas cosas que tienen que ver con el Antiguo Testamento, de manera que aparezca que, de cualquier modo que se mire, ambos Testamentos son conformes a nuestro culto. Pero debemos recordar que los salmos mencionan frecuentemente la aritmética y otras disciplinas, sobre las cuales –en lo sucesivo y en la medida en que fuere oportuno– alguna que otra cosa, sea siquiera sucintamente, tendremos ocasión de apuntar, de manera que –aun dichas con toda brevedad– pueda verse, sin embargo, que desde luego no carecen de importancia. Sólo digamos ahora una cosa y es ésta: que, con toda diligencia, huyamos de la astrología sacrílega, disciplina que los juicios de los más nobles filósofos dieron también en condenar. Por lo cual, pongamos fin a la primera parte de la presente obra, en modo que el reposo –bien que sea por poco tiempo– haga que el lector recupere fuerzas, y la siguiente parte de los salmos, separada de la anterior, tome inicio convenientemente a partir de la noticia del Nuevo Testamento. Amén.

EXPOSICIÓN EN OCHO DÉCADAS EN CONFORMIDAD CON EL NUEVO TESTAMENTO

PREFACIO

Explicadas –como se ha dicho– las siete décadas, conforme a la figura del Antiguo Testamento, vengamos ahora a las ocho restantes, cuyo número con claridad sabemos que hace referencia al misterio de la resurrección del Señor, de manera que, examinadas con toda diligencia estas partes, aparezca que el libro de los salmos encierra verdaderamente el tesoro de la totalidad de las divinas Escrituras. En efecto, aunque todas las cosas estén llenas de riquezas espirituales e iluminadas con luces magníficas, sin embargo –así lo creo yo–, apenas hallarás libro alguno que muestre estar colmado de tan grandes cosas celestiales. Y no cause extrañeza el hecho de que la primera parte, que –según dijimos– pertenece al misterio del Antiguo Testamento, tome comienzo a partir de la bienaventuranza del Señor Salvador. Y, al revés, que en los salmos siguientes encuentres hechos tratados con frecuencia en los primeros tiempos. Estas cosas, de ningún modo, deben considerarse opuestas, porque el Antiguo Testamento está lleno de hechos relativos al Nuevo, y el Nuevo hace mención muy frecuente de cosas que corresponden al Antiguo. Vayamos ahora al título, el cual, por la interpretación del nombre que en él se lee, se refiere al misterio del Nuevo Testamento. Su título, en efecto, es éste: *Para Salomón*.

EXPOSICIÓN DEL SALMO SETENTA Y UNO

In Salomonem¹. [*Para Salomón*].

Salomón significa *pacífico*¹. Pero, ¿quién es verdaderamente pacífico, sino Cristo el Señor, que al hombre, engañado por la astucia del diablo, lo volvió a llamar a la complacencia de su Creador e hizo que adorara al príncipe de la salvación aquél que seguía –misérrimo– al autor de la muerte? En efecto, el mismo Mediador entre Dios y los hombres intercede, aún hoy, en favor de nosotros. Sus palabras dan testimonio de que, con verdad, lo llamamos *pacífico*, allí donde dice: *Mi paz os doy, mi paz os dejo* (Jn 14,27). Pero esta paz no es la que las guerras logran romper, no es la que cualquier inquietud hace que se estremezca, sino la que permaneciendo siempre inalterada y eterna, ninguna contrariedad enemiga puede deshacerla. Es la paz de la que el profeta dice: *Os daré el verdadero solaz, paz sobre la paz* [Is 57,18-19²].

¹Hebr., לְשָׁלוֹם [De Salomón]. Los LXX: εἰς Σαλωμων [Para Salomón].

¹HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 879).

²Is 57,18-18 [LXX] dice así: καὶ ἔδωκα αὐτῷ παράκλησιν ἀληθινὴν ἱρήνην ἐπ' εἰρήνην [Y le he dado un consuelo verdadero, paz sobre paz].

División del salmo

Es el profeta el que habla, a lo largo de todo el salmo, y en él da a conocer la venida del Señor Salvador, a quien presenta –alternativamente y de manera evidente– en una sola y única persona,[240], ora según su humanidad, ora según su Divinidad. En la primera parte, habla al Padre, pidiendo dé juicio al Hijo, para juzgar a los pueblos, hecho éste, sin embargo, que –por naturaleza– tiene predestinado desde antes de la creación de los siglos. Afirma, en la segunda, que los hijos de los pobres serán salvados en el juicio del Señor y que, sin duda alguna, la soberbia del diablo será humillada. En efecto, mediante ciertas similitudes, incluso el mismo parto de la Virgen es presentado también de manera admirable. En la tercera parte, hace referencia a aquellos bienes que, por el nacimiento de Cristo el Señor, proceden del Espíritu Santo y de María Virgen. Dice, en la cuarta, que todos los reyes adorarán al Señor, porque liberó al género humano del dominio del diablo. Proclama, en quinto lugar, que, al haberse manifestado a la vista de los hombres, se hizo sostén de los creyentes y camino seguro los justos. Dice, en la sexta parte, que por consenso de todo el mundo se han de presentar alabanzas al Señor eterno. Con gozosísima devoción, ofrece, en la séptima, un himno a Cristo el Señor. Resulta así que, a lo largo del desarrollo de este salmo, el inicio del Nuevo Testamento queda expresado de manera clara y manifiesta.

Exposición del salmo

Verso 1.– **Oh Dios, da tu juicio al Rey, y tu justicia al Hijo del Rey** [*Deus, iudicium tuum Regi da, et iustitiam tuam Filio Regis*]. **Oh Dios.** Al decir así, no parecería haber señalado persona concreta de la Trinidad. Pero, puesto que sigue la expresión: **Da al Hijo**, aparece, con toda evidencia, que es el Padre el que ha sido invocado. En efecto, aquél –Dios– es un nombre relacional³, pero éste –Hijo– indica incluso lo que no dice. Se trata del mismo caso que, cuando –por ejemplo– se dice *siervo*, donde se entiende también que hay un *amo*. Pero, debemos saber que, para distinguir y manifestar las personas de la santa Trinidad, estos solos nombres pueden ser suficientes. De hecho, cuando dices *Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo*, cierto es que has proclamado plenamente las personas de la santa Trinidad. En efecto, en la santa Trinidad sólo éstos son nombres propios de cada una de las personas. Todos los demás –naturaleza, poder, eternidad, omnipotencia y los que son semejantes a éstos– bien se sabe que son comunes. Por lo cual, el muy bienaventurado profeta, inflamado por un glorioso deseo, pide del Padre que **dé al Hijo el juicio** futuro, como en el Evangelio se lee: *El Padre non juzga a ninguno, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo* (Jn 5,22). En efecto, la palabra latina *iudicium* es como si se dijera *iuris dictio* [jurisdicción], en cuanto que en el juicio se expresa el derecho. Y, para poner de manifiesto se trata de una petición veracísima, la repite otra vez en la segunda parte del versículo. En efecto, lo que ahora dice: **Y tu justicia al Hijo del Rey**, es lo mismo que lo dicho anteriormente: *Oh Dios, da tu juicio al Rey*. Y es que, en las sagradas Escrituras, una vez expuesta una determinada cosa, con frecuencia encontramos que, a continuación, se la vuelve a repetir, como, por ejemplo: *El que habita en los cielos se burlará de ellos, y el Señor los escarnecerá* (Sal 2,4); o también: *Los cielos narran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos* (Sal 18,1). Efectivamente, también el verso siguiente está compuesto de este mismo modo. Esta figura retórica recibe el nombre de *epimone*, es decir, la repetición frecuente de una sentencia, cuantas veces una misma cosa se vuelve a decir de nuevo, pero empleando palabras distintas, con el fin de inculcar el hecho de que se trate. Pero debemos recordar que en cuantas ocasiones observamos que o bien es el mismo Cristo el Señor el que, en persona, pide para sí, o bien es otro el que pide en su favor,

³Es decir, que implica relación, pues se puede referir indistintamente al Padre, al Hijo o al Espíritu Santo.

en todas esas ocasiones se pone de manifiesto, con total evidencia, la naturaleza de su condición humana, en cuanto que resulta del todo claro que el Verbo omnipotente, poseyendo todo lo que es del Padre, nada necesita que le sea dado, como Él mismo dice en el Evangelio: *Todo lo que es del Padre es mío* (Jn 16,15).

Verso 2.— **Para juzgar a tu pueblo en tu justicia, y a los pobres en el juicio** [*Iudicare populum tuum in tua iustitia, et pauperes tuos in iudicio*]. Da a conocer por qué ha pedido que el juicio le fuese dado al Hijo, esto es: **para juzgar** toda la tierra, por medio de justicia del Padre, la cual, sin embargo, es indudablemente también del Hijo. En efecto, dice al Padre: **En tu justicia**, para que nadie, con sacrilego atrevimiento, considere que la santa Trinidad en algo discrepa dentro de sí misma. Sigue: **Y a tus pobres en el juicio**. Nombra también a los **pobres** del Padre, al declarar que son igualmente los pobres de Cristo el Señor, de manera que se entienda que, en aquella Majestad, no existe división alguna de poder, como Él mismo dice en el Evangelio: *Todo lo que tiene el Padre es mío* (Jn 16,15). Por consiguiente, los *pobres* de Dios son aquéllos que, tras abandonar la soberbia mundana, se entregaron en todo a la humildad. En efecto, si el pobre se ensoberbece, no es *pobre* de Dios; y si el rico ama la humildad, no es rico del mundo. Y es que se prestar atención a las actitudes de tales personas, no a lo que dicen sus nombres.

Verso 3.— **Reciban los montes la paz para tu pueblo; y los collados, la justicia** [*Suscipiant montes pacem populo tuo*⁴, *et colles iustitiam*]. Ya hemos dicho que, con frecuencia, por **montes** se han de entender los apóstoles y los profetas, quienes, elevados con firmeza a las alturas, están próximos a la gracia celestial. Éstos, pues, reciben la **paz**, es decir, reciben a Cristo, que ha de ser anunciado al pueblo fiel. En efecto, éste es el **pueblo** del Señor, que ha creído en Él y se ha conducido con un modo de vida espiritual. Sigue: **Y los collados, la justicia**. Llama **collados** a los demás bienaventurados de grado inferior, que anuncian rectamente los mandamientos del Señor. En efecto, presenta al Señor Salvador como el que es la *paz* —como anteriormente dijo— y a ese mismo Señor lo anuncia también como el que, sin duda alguna, es la **justicia**, conforme en otro lugar está escrito: *La justicia y la paz se besan* (Sal 84,11). En efecto, se dice que verdaderamente es *paz*, porque, por medio de Él, el hombre ha sido reconciliado con Dios. Se dice que es *justicia*, porque juzgará con equidad el orbe de la tierra Aquél que ha vencido al diablo, más por la justicia que por la virtud del poder.

Verso 4.— **En su justicia juzgará a los pobres del pueblo, y salvará a los hijos de los pobres; y humillará al calumniador**⁵ [*In sua iustitia iudicabit pauperes populi*⁶, *et salvos faciet filios pauperum; et humiliabit calumniatorem*]. Hasta aquí ha venido expresando un deseo, ahora, al llegar a la segunda parte, merced a la virtud de la profecía, evoca con hermosísima variedad de parábolas las cosas que se habían de cumplir con el advenimiento del Señor. En efecto, habiendo dicho anteriormente refiriéndose al Padre: *En tu justicia*, ahora dice, con relación al Hijo: **En su justicia**, para que tengas la absoluta seguridad de que nada hay allí discrepante o dividido, sino que la *justicia*, que es propia del Padre, lo es también, sin lugar a dudas, propia del Hijo. Pero puede entenderse también de otra manera. Sabido es que los **pobres** de Cristo son rechazados por la forma de pensar de este mundo, en cuanto que no son aceptados como testigos y no tienen acogida entre la gente honorable. Pero Dios **juzgará a los pobres** no conforme a la justicia humana, sino **según su justicia**, porque tuvo a bien elegir a aquéllos a los que la soberbia de los mortales quiso despreciar. Añade también: **Del pueblo**, expresión a la que

⁴TL., *populo tuo*; Vlg., *populo*.

⁵Hebr., עוֹשֵׁק אֶת הַבָּרִיָּה [y aplastará al opresor]. Los LXX leen: καὶ ταπεινώσει συκοφάντην [y humillarán al calumniador].

⁶TL., *In sua iustitia iudicabit pauperes populi*; Vlg., *iudicabit pauperes populi. iudicabit pauperes populi*

se le ha añadir el adjetivo *fiel*. En efecto, el Señor no eligió a pobres cualesquiera, sino a aquéllos de los que Él mismo habla en el Evangelio: *Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,3). Sigue: **Y salvará a los hijos de los pobres**. Los *pobres* de Cristo son los apóstoles y los profetas, quienes, elegida la pobreza del Señor, despreciaron la opulencia de este mundo. Sobre ello está escrito: *El cual, siendo rico, se hizo pobre por nosotros* (2Cor 8,9). Sus **hijos** son los pueblos cristianos, pues fueron engendrados por la predicación de aquéllos que les cupo la dicha de tener como maestros, como dice el Apóstol: *Hijitos míos, de los que otra vez estoy de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros* (Gál 4,19). Y también: *En Cristo Jesús por medio del Evangelio yo os he engendrado* (1Cor 4,15). Así, pues, **salvará** a aquéllos que reconozca que son hijos de los apóstoles. Añade: **Y humillará al calumniador [241]**. El **calumniador** indica al diablo, es decir, al soberbio, cruel, insaciable, príncipe de todos los males. Pero veamos por qué es llamado *calumniador*. Los antiguos jueces grababan la letra K en las condenas judiciales⁷; y, puesto que el cruel acusador es favorable a las condenaciones ajenas, dieron en llamar *calumniador* al soldado de la letra K. Y así, *calumniador* es el aquél que, con rebuscada maquinación, se esfuerza por conducir al pecado la inocencia ajena, cosa que se adapta convenientemente al diablo, el cual, a lo largo de tantos siglos, arremete⁸ con sus engaños contra el género humano. En efecto, ¿qué otra cosa más falsa hay que ser el autor de los crímenes y querer reclamar la adoración de la tierra entera?. Por consiguiente, el Señor **humillar** a este tirano espiritual, cuando, una vez condenado junto con los malvados, vea a los fieles reinando con Cristo.

Verso 5.— **Y permanecerá con el sol, y ante la luna⁹, por los siglos de los siglos** [*Et permanebit cum sole, et ante lunam, in saeculum saeculi*¹⁰]. Se expone aquí el honor de la santa encarnación, que permanece unida con el Verbo, pues está sentado a la derecha del Padre, reinando en la gloria sempiterna. El sustantivo **sol** se dice, ciertamente, como referido al Verbo del Padre, el Hijo de Dios, que es Dios-hombre, uno de dos y en dos naturalezas distintas y perfectas **permanece** Cristo. Acerca de Él, en efecto, van a decir los impíos: *El sol no ha nacido para nosotros, y la luz de justicia no nos ha alumbrado* (Sab 5,6). Sigue: **Y ante la luna, por los siglos de los siglos**. Se ha de sobreentender el verbo del comienzo del versículo, o sea, *permanecerá*. Cristo *permanece*, en verdad, **ante la luna**, es decir, ante la mirada de la Iglesia. Ella lo contempla siempre con las luces del corazón. En efecto, con razón, la *luna* es comparada con la Iglesia, en cuanto que se trata de un astro que no tiene esplendor propio, sino que, de determinados modos, recibe su luz del sol, hecho éste que —entre otras cosas— los astrónomos con particular diligencia. Digno de toda admiración y del más profundo asombro que, por don del Creador, tantos recorridos de los astros, tantas elevadas y sutiles medidas de cosas ingentes hayan podido llegar hasta el conocimiento de los hombres. Así, pues, la Iglesia recibe mensurablemente la luz del verdadero Creador: ella que, a veces, parece quedar disminuida, a causa de las persecuciones, y de nuevo —reencontrada la tranquilidad— se vuelve a llenarse de la alegría de la más clara luz. En efecto, la expresión: **Por los siglos de los siglos** viene a indicar el tiempo de total perpetuidad, como

⁷En el procedimiento criminal público también se aplicó una pena por acusación calumniosa. Según una *Lex Remmia de calumniatoribus* (anterior al año 8 a. C.), al *calumniator* se le marcaba en la frente una K (abreviatura de *calumniator*), perdiendo así sus derechos de ciudadano, tales como acceder a cargos públicos o votar en la elecciones. Se le tachaba como persona infame, con lo que quedaba inhabilitado, para nombrar o actuar como representante, y se le castigaba quizá con una pena pecuniaria (J. ADAME GODDARD, *Comentario al libro primero de las sentencias de Paulo*, Título 5. *De calumniatoribus*, pág. 150).

⁸TL., in textu: *impetere* [ms. A., impedire].

⁹Esta construcción resulta, ciertamente, extraña y los autores discrepan en la traducción. El texto hebreo literalmente dice: יְרֵאֲוֶה עִם־שֶׁשׁ וְלִפְנֵי יָרֵחַ [y te temerán con el sol y en presencia de la luna]. Los LXX leyeron: καὶ συμπαρμενεῖ τῷ ἡλίῳ καὶ πρὸ τῆς σελήνης [y persistirá con el sol y más que la luna], de donde la traducción de la Vlg.

¹⁰TL., in *saeculum saeculi*; Vlg., in *generatione et generationem*.

está escrito: *Y su reino no tendrá fin* (Is 9,7).

Verso 6.— **Y bajará como lluvia en el vellón¹¹, y como mansas lluvias que caen goteando sobre la tierra** [*Et descendet¹² sicut pluvia in vellus, et sicut stillicidia stillantia super terram*]. Se da a conocer aquí el misterio mismo de la gloriosa natividad. En efecto, aquel Señor de los poderíos, ante cuya presencia, la tierra se conmueve estremecida y toda criatura se conturba, pues en modo alguno se le puede poner freno, cuando es su voluntad ser conocido en el ejercicio manifiesto de su poder, aquel Señor de los poderíos —digo— quiso **bajar** al seno virginal **como lluvia en el vellón** de oveja, sin estrépito alguno, mansamente, como queriendo atemperar aquella potencia inefable, para mostrar con ello aún más su poderío, como dice el Apóstol: *El cual, aun siendo de condición divina, no retuvo como presa ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho en semejanza de los hombres y hallado en su apariencia como un hombre* (Flp 2,6-7). Pero detengámonos a considerar cuál ha sido la similitud escogida para expresar hecho tan grande. Los **vellones** de lana se obtienen de las ovejas. Se caracterizan éstos porque, cuando se mojan, no sufren deterioro alguno, sino que, una vez secos, vuelven a recuperar de nuevo su anterior tersura. Escuchad, si algunos permanecéis aún en la incredulidad, y sea motivo de vergüenza no creer acerca del Dios sumo esto que veis que las más pequeñas criaturas revelan. Sigue: **Y como mansas lluvias que caen goteando sobre la tierra**, es decir, que —a modo de rocío— bajan con suma suavidad. Estas cosas, si las consideras con espíritu puro, harán que no abrigues recelo alguno sobre el parto de la Virgen. En efecto, a fin de que pudiera ser creído, sin dejar lugar a duda alguna, confirmó aquel ingente milagro, sirviéndose de un doble ejemplo. Sobre este punto —a modo de cierta lámpara de la Iglesia— brilló Ambrosio con admirable fulgor, diciendo (Tom. V, *hym.* 24¹³):

*Ven, Redentor de las gentes,
Muestra el parto de la Virgen,
Admírese todo el mundo,
Tal parto conviene a Dios*

De donde resplandeció también con brillo semejante al relámpago, un sermón, obra del bienaventurado papa León, en el que dice: *Fue concebido ciertamente del Espíritu santo dentro del seno de la Virgen madre, que lo dio a luz, salvada así su virginidad, lo mismo que, salvada su virginidad, lo concibió* (Epist. 10, ad Flaviam, cap. 2¹⁴). Dignos y esclarecidos Padres por la dignidad pontificia, cuyo dulcísimo magisterio tan grande misterio¹⁵ fue capaz de proclamar.

Verso 7.— **Nacerá en sus días la justicia y la abundancia de paz, hasta que sea quitada la luna** [*Orietur in diebus eius iustitia et abundantia pacis, donec extollatur¹⁶ luna*]. Llega ahora a la tercera parte, en la que ordenadamente serán descritas cuáles y cuán grandes cosas haya realizado el

¹¹Sin embargo, el vocablo hebreo תָּרַח no se aplica sólo al vellón de lana, sino también a la hierba que se corta en el prado. Por eso, alguno autores —antiguos y modernos— explican este verso en este segundo sentido. Entre ellos, Schökel-Carniti, Ravasi y Kraus, que venimos siguiendo. Los LXX tradujeron por ἐπὶ πόκον [*sobre vellón*] y la Vlg., *in vellus*. También S. Agustín habla del vellón. Pero ya se use vellón, ya hierba, el significado viene a ser el mismo.

¹²TL., *Et descendet*; Vlg., *Descendet*.

¹³AMBROSIUS, *Hymni*, 4 (PL 16, 1410).

¹⁴Así en el TL, pero véase LEO I MAGNUS, *Ad Flavianum*, Epist. 28, 2 (PL 54,759), contra la perfidia y herejía de Eutiques.

¹⁵TL., in textu: *miraculum* [ms. A., *mysterium*].

¹⁶TL., *extollatur*; Vlg., *auferatur*.

Señor. Entendamos, pues, qué significa la expresión: **Nacerá la justicia**. Dice esto como si antes no hubiese existido aquella justicia, que siempre reinó con majestuosidad digna de adoración¹⁷. Lo dice aquí, sin embargo, tomando como punto de partida la santa encarnación, tiempo en que despuntará la justicia, en virtud del parto de la Virgen. En efecto, la *justicia* es el Verbo del Padre, que hizo todas las criaturas y todos los tiempos. Sobre ello se lee: *La verdad ha nacido de la tierra, y la justicia ha mirado desde el cielo* (Sal 84,11). Añade: **La abundancia de paz, hasta que sea quitada la luna**. También aquí hay que sobreentender el verbo *nacerá*. Hay, por tanto, **abundancia de paz**, cuando la religión cristiana se expande por todo el orbe. **Hasta que sea quitada la luna**, es decir, mientras que se extienda y crezca la Iglesia, o bien se complete el número establecido de los predestinados.

Verso 8.— **Y dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines del orbe tierra** [*Et dominabitur a mari usque ad mare, et a flumine usque ad terminos orbis terrae*¹⁸]. Dice: **Y dominará**. Cristo el Señor, sobre el que cantan las cosas antes dichas y seguirán hablando las que siguen, se da a conocer, ciertamente, de manera más extensa, mediante el culto de la religión. Ahora bien, de ningún modo puede esto referirse a Salomón, el hijo de David, que fue rey sólo entre la gente de Judá. En efecto, por la palabra **mar** debemos entender aquí el Océano, que —como algunos dicen— encierra la superficie la tierra entera, rodeándola con sus orillas. Porque, si por los *mares* quisieras entender estos mares nuestros, la totalidad de la superficie del mundo, que es lo que este verso quiere significar, no tendría cabida en tu apreciación. Sigue: **Y desde el río hasta los confines del orbe tierra**. Resumen hermoso, ciertamente, pero que abre ante nosotros ingentes misterios. Dice: **Desde el río**, esto es, desde el Jordán, desde donde, para extenderse por todo el **orbe de la tierra**, emanó la salubérrima regla del sagrado bautismo. Entiéndase, sin embargo, que aquí se hace uso de la figura retórica conocida con el nombre de *periphrasis*, en latín, *per circuitum*, significando —en este caso y mediante las palabras *mar* y *río*— la superficie de todo el mundo en derredor.

Verso 9.— **En su presencia se postrarán los Etiópes, y sus enemigos lamerán la tierra** [*Coram illo procident Aethiopes, et inimici eius terram lingent*]. Por **Etiópes** debemos entender los pueblos pecadores. En efecto, así como la piel de la gente de este pueblo causa una gran repugnancia, así también las almas de los que delinquen se ennegrecen con la oscuridad de los pecados. Así, pues, estos *etíopes* —que son los pecadores— **se postrarán** ante Él, cuando se prosternan por la humildad de la penitencia. Sigue diciendo: **Y sus enemigos lamerán la tierra**. Por la misericordia del Señor han de ser perdonados aquéllos de los que dijo que *se han de postrar en su presencia*. Pero a los judíos pertinaces y afianzados en su obstinación, los llama **sus enemigos**. ¿Cuál es, por tanto, su pena?. Dice: **Lamerán la tierra**, es decir, tendrán el sabor de la tierra. En efecto, a cada cual le da sabor aquello que *lame*. Éstos —a semejanza de la serpiente [242] y en señal de castigo— tienen la tierra por comida [Gén 3,14]. Con razón, decimos que esto se ha de referir a su estado de total abyección, pues quienes no quisieron reconocer a Cristo como Dios, han de ser condenados con semejante castigo.

Verso 10.— **Los reyes de Tharsis y las islas ofrecerán regalos; los reyes de los Árabes y de Saba traerán dones** [*Reges Tharsis et insulae munera offerent; reges Arabum et Saba dona adducent*]. Según refiere el Padre Jerónimo (*In Isai.*, cap. XXIX, vers. 1), la palabra **Tharsis** se traduce por *contemplación*¹⁹, cosa que, sin lugar a duda, se ha de referir a los fieles, cuyos ojos están fijos en la contemplación divina. Por tanto, los **reyes de Tharsis** —esto es, los dominadores de los vicios— ofrecen

¹⁷TL., in textu: *adoranda* [ms. A., in adorando].

¹⁸TL., *orbis terrae*; Vlg., *orbis terrarum*.

¹⁹En realidad, se trata de Is 23,1 (PL 25,275). Sin embargo, en el libro, ya varias veces citado, sobre los nombres hebreos, leemos que *Tharsis* significa *exploratio gaudii* HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 867).

sus dones al Señor, cuando le sirven con espíritu devoto. Pero las **islas** son los que eliminaron de sus cuerpos los vicios del mundo, que corren en su derredor, y no domina en ellos el mar mundano, infuso en los corazones de los pérfidos. En efecto, la *isla* recibe este nombre porque está en medio del mar²⁰. Así, pues, los que son de corazón puro son los **regalos que se ofrecen** en los divinos altares, el mismo sacrificio que, suavemente ofrecido, recibe el Señor. Sigue: **Los reyes de Arabia y de Saba traerán dones**. El nombre de **Arabia** se emplea aquí en lugar de los hombres que pasan su vida, entregados a los dulces placeres terrenales. Pues así como aquel país agasaja el sentido del olfato con muy diversos aromas, así también éstos, merced a los encantos seculares, son invitados a los más dulces deleites. Los **reyes de Arabia** son, por tanto, aquéllos que someten los apetitos del cuerpo a una rígida disciplina. De manera semejante, **Saba**, de donde viene el nombre de *sabeos*, aun cuando se caracterice por la delectación corporal y esté relacionada con los más agradables olores, sin embargo, sus pueblos –una vez convertidos– ofrecen los dulcísimos regalos de las virtudes. **Traerán**, expresión con el significado aquí de que ellos mismos son la ofrenda, en cuanto que, después de la venida del Señor, cesaron ya las inmolaciones de animales.

Verso 11.– **Y lo adorarán todos los reyes de la tierra; todas las gentes lo servirán** [*Et adorabunt eum omnes reges terrae; omnes gentes servient ei*]. Llega a la cuarta parte, donde dice que el Señor será adorado por todas las naciones, dando a conocer, después, sus beneficios. Mediante la expresión: **Todos los reyes**, quiso darnos a entender todas las naciones, porque ninguna nación hay que, en parte de su pueblo no *adore* a su propio Hacedor. Así y para que no creas que dice tales cosas en relación sólo con los reyes, añade: **Todas las gentes lo servirán**, es decir, las gentes que, a lo largo y ancho del mundo, se dividen en lenguas y patrias. Se reconoce convicta, de este modo, la perfidia de Donato, el cual considera a la Iglesia como una sociedad solamente local, siendo así, por el contrario, que está extendida por el mundo entero. Y fíjate en que dice: **Los reyes adorarán**, es decir, adorarán quienes consideran que son ellos los que deben ser adorados. Pero dice que **las naciones lo servirán**, esto es: lo servirán las que tienen señores terrenales.

Verso 12.– **Porque liberó al pobre del poderoso, y al desvalido para quien no había ayudador** [*Quia liberavit²¹ pauperem a potente, et inopem²² cui non erat adiutor*]. Explica por qué razón todas las naciones deben servir a Cristo el Señor: porque al **pobre** –esto es, al pueblo fiel– lo **liberó del poderoso**, es decir, del diablo, a quien antes había llamado *calumniador*. A este mismo, en otro lugar, lo califica con el nombre de *el fuerte*, como en el siguiente ejemplo del Evangelio se dice: *Nadie entra en la casa del fuerte, para arramblar con sus muebles, a no ser que lo ate primero* (Mt 12,29). Estos vocablos significan su malicia, no su honor; su astucia nefanda, no su laudable principado. Sigue diciendo: **Y al desvalido para quien no había ayudador**. También aquí hay que sobreentender el verbo *liberó*. Pero llamamos **desvalido** a aquél que es aún más que pobre, aquél que no tiene medios de vida y de ningún modo puede valerse por sí mismo. A éstos, pues, los *liberó* Cristo el Señor, cuando, viniendo a este mundo, rindió todo la astucia del diablo y a la indigencia de los hombres le concedió gratuitamente los dones de la abundancia espiritual. Con razón, pues, añade: **Para quien no había ayudador**, porque, con execrable superstición, el género humano había querido entregarse al culto de los ídolos. En efecto, ¿cómo podía recibir ayuda de cosas que ni siquiera están dotadas de los sentidos que sí poseen los animales?.

Verso 13.– **Se apiadará del pobre y del desvalido, y salvará las almas de los pobres** [*Parcet*

²⁰*Insula > In salum.*

²¹TL., *Liberavit*; Vlg., *liberabit*.

²²TL., *pauperem*; Vlg., *inopem*.

pauperi et inopi, et animas pauperum salvas faciet]. Al decir: **Se apiadará**, está refiriéndose a todos los pecadores en general. *Se apiada*, por tanto, de todos aquéllos que están retenidos en algún delito. Por consiguiente, *se apiadará* también de sus propios elegidos, los cuales, aun cuando brillen por un modo de vida santo, tienen necesidad, no obstante, de ser perdonados, a causa de algún hecho concreto. Pero, para que no se considere que la piedad del Señor llega sólo hasta aquí —esto es, sólo hasta el punto de liberar a los pobres de los tormentos—, añade: **Y salvará las almas de los pobres**, es decir: concede también los premios futuros a quienes les perdona los pecados. En efecto, **serán salvados** los mismos que poseerán el reino de Dios. De aquí que tampoco esto —o sea, el hecho de salvar las almas— pueda adecuarse a la persona de Salomón, pues tal poder, ciertamente, sólo puede darse en Dios.

Verso 14.— **De las usuras y de iniquidad liberó sus almas; y su nombre, preclaro en su presencia**²³ [*Ex usuris et iniquitate liberavit*²⁴ *animas eorum, et praeclarum*²⁵ *nomen eorum coram ipso*]. La palabra **usura** viene de *uso*. Ésta se afana siempre por dar aumento el dinero prestado. Para los que viven en el pecado, así crece la *usura* de las maldades, porque todo aquello que delinquen en la conducta temporal lo reciben en desgracia eterna. De estas *usuras*, pues, o de la misma atadura del pecado **son liberadas las almas** fieles, cuando por la penitencia son devueltas, una vez liberadas, a los dones divinos. Continúa diciendo: **Y su nombre, preclaro en su presencia**. Es, en verdad, un **nombre preclaro** ser llamados *cristianos*, brillar por el resplandor de quien es su Rey y gloriarse de la dignidad que en tal nombre se contiene. Sabido es, sin embargo, que el profeta Isaías, increpando a los judíos, ya predijo esto, diciendo: *Os dará muerte el Señor Dios, y llamará a sus siervos con otro nombre* (Is 65,15), o sea, con el nombre de *cristianos*. Añade también: **En su presencia**, porque habrán de vencer en su presencia y en su reino. Feliz presencia es estar siempre ante Dios, al que ya no temes ofender. Añade que verlo a Él es un premio tal que en modo alguno —ni aun con el pensamiento— puede alcanzar el hombre. Así, en estas tan breves palabras, se perfila ante nosotros —sea siquiera de manera oscura— algún atisbo de aquella felicidad.

Verso 15.— **Y vivirá**²⁶, **y le será dado del oro de Arabia, y orarán siempre a causa de él; todo el día le bendecirán** [*Et vivet, et dabitur ei de auro Arabiae, et adorabunt de ipso semper; tota die benedicent eum*]. He aquí ya la quinta forma de la visión antes referida, donde afirma que la presencia del Señor ha dispensado el deseo de la fe y los fundamentos de las tierras. En efecto, al decir: **Y vivirá**, pone de manifiesto la eternidad de su Majestad, como en el Antiguo Testamento frecuentemente se lee: *Vive el Señor*. Vive, pues, no con la vida de una criatura cualquiera ni con aquélla que poseen los ángeles, sino con una beatitud singular, de la que sólo la santa Trinidad disfruta enteramente. Sigue: **Y le será dado del oro de Arabia**. Dicen que el **oro de Arabia** es, por su esplendor, más puro y precioso que todas las demás calidades de oro existentes en la tierra. Esto se adapta muy bien a la sabiduría, pues está escrito: *Recibid la sabiduría como la plata, y la sabiduría como el oro acrisolado* (Prov 8,10). Así, pues, de esta sabiduría —significada por el *oro de Arabia*— le **será dada** al Señor la ofrenda, cuando los fieles, con el corazón del todo purificado, lleguen hasta Él. O, tal vez, pueda esto significar las ofrendas

²³Hebr., בְּעֵינָיו דָּמָם דְּהֵמָּה [y será preciosa la sangre de ellos delante de sus ojos]. Leen los LXX: καὶ ἔντιμον τὸ ὄνομα αὐτῶν ἐνώπιον αὐτοῦ [y precioso el nombre de ellos ante él].

²⁴TL., *liberavit*; Vlg., *redimet*.

²⁵TL., *praeclarum*; Vlg., *honorabile*.

²⁶Hebr., וְיָחַי [wîhî], expresión que muchos piensan que debe entenderse en sentido de exclamación: ¡Que viva!, con referencia al rey. Otros, sin embargo, han querido aplicarla al pobre, a quien socorrerá el príncipe y, por eso, se orará por Él continuamente y todo el día se le bendecirá. Pero esta segunda posibilidad hallaría ciertos inconvenientes, en los que no creo necesario entrar. Los LXX leen: καὶ ζήσεται [Y vivirá].

de los Magos, que, con razón, son comparadas con el *oro de Arabia*, porque fueron ofrecidas con plena pureza de corazón [Mt 2,11]. A lo que tenían por el color más hermoso le dieron los antiguos el nombre de *áureo*, y tal fue el motivo por el que estaban convencidos de que la palabra **oro** procedía [243] de *aura*²⁷: porque el oro resplandece con un color agradabilísimo en extremo. En efecto, también hoy llamamos *áureo* a todo aquello que consideramos que está dotado de gran hermosura. Sigue: **Y orarán siempre a causa de él**. No cabe duda de que esto hace referencia a su humanidad, es decir, cuando con sus propias palabras nos enseñó cómo se debía orar [Mt 6,9]. Conocido es, en efecto, el beneficio de la oración del Padrenuestro, de la que constantemente hace uso la Iglesia y que el santísimo Padre Cipriano de Cartago –obispo y mártir y el primero en explicarla– supo ampliar su densísima brevedad con la admirable riqueza de la elocuencia²⁸. Añade: **Todo el día lo bendecirán**. La expresión: **Todo el día** indica el tiempo de toda nuestra vida, la cual, con razón, es llamada *día*, porque ninguna clase de tinieblas logra oscurecer los corazones de los fieles.

Verso 16.– **Y será fundamento en la tierra, en las alturas de los montes; por encima del Líbano descollará su fruto**²⁹ [*Et erit firmamentum in terra, in summis montium; superextolletur super Libanum fructus eius*]. Las **alturas de los montes** significan la excelencia de los profetas, a los que, con frecuencia, hemos dicho que debemos entender por *montes*. Pero el **fundamento** de estos **montes** es, ciertamente, Cristo el Señor, porque todo lo que ellos profetizaron acerca de Él, en su venida ha hallado cumplimiento. Sigue: **Por encima del Líbano descollará su fruto**. Pues anteriormente ha comparado a los santos de Dios con los *montes* y Él mismo es el monte de los montes, ha sido escogido aquí el monte, cuyo fruto es comparado con Cristo el Señor. Como varias veces hemos dicho, es en el **Líbano** donde se crían, ciertamente, los cedros más excelentes y poderosos, a causa de su extraordinaria altura. Sin embargo, ¿qué cosa puede hallarse que se asemeje a los frutos del Señor, origen de la excelsitud de los santos?. Y es que, por mucho que los majestuosos árboles crezcan hasta no se sabe qué altura o incluso lleguen a rozar las nubes, nada hay, en efecto, que se pueda comparar con la esbeltez de los bienaventurados, que elevan hasta alcanzar los gozos del reino celestial.

Verso 17.– **Y florecerán de la ciudad como el heno de la tierra**³⁰. **Bendito sea su nombre por los siglos** [*Et floreant de civitate sicut fenum terrae. Sit nomen eius benedictum in saecula*]. El hecho de que ahora se compare el **heno de la tierra** con la vida eterna parecería plantear cierto problema, en cuanto que, con frecuencia, leemos que el heno de la tierra guarda relación con los impíos. Tal cosa, no obstante, en absoluto nos debería causar extrañeza. En efecto, así como a Cristo se le

²⁷Aurum > aura. Pero aquí debemos entender el latín *aura* no con el significado de *brisa*, *soplo ligero* o *viento apacible*, sino en aquella otra acepción de *resplandor*, *brillo*, *luz del día*, *aurora*.

²⁸CYPRIANUS CARTHAGINENSIS, *Liber de oratione dominica* (PL 4, 519-544).

²⁹Hebr., יְהִי כְפִתִּיבֵר בְּאֶרֶץ בְּרָאשׁ הָרִים יִרְעַשׁ כְּלִבְנוֹן פָּרִי, [*Haya abundancia de grano en la tierra; en las cumbres de los montes se agitará como el Líbano su fruto*]. El sentido de la segunda parte del versículo es oscuro. ¿Qué se puede plantar en las cimas de los montes, de manera que, habiendo crecido, su fruto se agite como el Líbano?. Plantas, que produjesen grano –como el trigo o la cebada, cuyos tallos ya altos se agitaran al viento– parecerían no encontrar en las alturas de los montes el lugar apropiado para su siembra, a lo más, las viñas, los olivos u otros árboles frutales. Los autores recurren a la conjetura. Véanse comentarios. Los LXX leyeron: ἐπὶ ἄκρων τῶν ὀρέων ὑπεραρθῆσεται ὑπὲρ τὸν Λίβανον ὁ καρπὸς αὐτοῦ [*habrá firmeza en la tierra sobre la cima de los montes, aventajará al Líbano su fruto*], de donde la traducción latina.

³⁰Hebr., יִצְיָצוּ מֵעִיר כְּעֵשֶׂב הָאָרֶץ, [*Y florecerán de la ciudad como el heno de la tierra*]. También el hebreo de este verso presenta dificultades de comprensión. Se pasa, primero, al verbo en plural: יִצְיָצוּ [*wēyāsūsū*, *y florecerán*]. ¿Cuál es su sujeto?. También resulta problemática la inesperada aparición de מֵעִיר [*me'ir*, *de la ciudad*]. Algunos interpretan que por esta expresión se pueda entender *los ciudadanos*, cosa que justificaría el plural, pero que se antoja poco consistente. Otros opinan que, en lugar de מֵעִיר [*me'ir*, *de la ciudad*], se habría de leer עֵמִיר [*āmīr*, *gavillas*], cosa que tendría mejor encaje en el verso. Los LXX leen: ὡσεὶ χόρτος ἥς γῆς [*como la hierba de la tierra*].

llama *león*, ya que el león es el poderoso rey de las fieras, pero también –por parte contraria– el diablo es entendido como león, pues notoria es su ferocidad y truculencia, así también el *heno de la tierra*, visto como el fruto primero que de ella brota –hierba verdeante y de aspecto agradabilísimo– no sin sentido viene comparado con los santos del Señor. Pero, si se lo mira bajo otro aspecto, es decir, en el sentido de que se trata de una hierba que se seca rápidamente, llegándole pronto el momento de la siega, entonces, con razón, se asemeja a los pecadores. Viene a resultar así que, examinadas sus distintas cualidades, una misma y única cosa admite comparación de modos diferentes³¹. Así, pues, los justos –es decir, la Iglesia de Dios– **florecedrán de la ciudad como el heno de la tierra**, del cual no la edad, sino su lozano verdor es el punto de comparación con los santos. Y hay que considerar atentamente que dice: *Florecedrán de la ciudad*, no en la ciudad, porque desde la ciudad de este tiempo presente *florecedrán* en aquella otra ciudad con felicidad que no se acaba. En efecto, son afligidos aquí por las tribulaciones, para ser coronados allí en alegría perpetua. Sigue: **Bendito sea su nombre por los siglos**. Después de haber descrito la felicidad de los santos, vuelve a la alabanza del Señor, en la que ellos son bienaventurados. Como si dijera: Eternamente sea alabado Dios, al que se le ha de dar gloria eterna.

Verso 18.– **Antes que el sol permanece su nombre³², y serán bendecidas en él todas las tribus de la tierra; todas las gentes lo engrandecerán** [*Ante solem permanet nomen eius, et benedicentur in ipso omnes tribus terrae; omnes gentes magnificabunt eum*]. Se abre la puerta de la sexta parte, donde se significan la eternidad del Señor y el servicio universal de todas las tierras. Y para que nadie considere con blasfemo pensamiento que el santo Hijo de Dios es de naturaleza temporal, ha profesado que **su nombre permanece antes** que toda criatura, como dice el Evangelio: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba cabe Dios, el Verbo era Dios. Éste estaba en el principio cabe Dios* (Jn 1,1-2). He aquí que *su nombre permanece* por siempre. En efecto, para que entiendas que se trata de aquel Verbo, que está establecido **antes que el sol**, sigue diciendo: *Todas las cosas fueron hechas por medio de él, y sin él nada fue hecho* (Jn 1,3). Ves, por tanto, que *su nombre* existía antes que todas las criaturas, puesto que Él es el Creador de todo cuanto existe. En efecto, el *nombre* es aquello que da a conocer la cosa en sí misma. La palabra **sol** viene empleada aquí en lugar de todas las criaturas, porque es el que con más agrado brilla a nuestros ojos. De nuevo, se encuentra aquí la figura retórica llamada *synecdoche*, que significa tomar la parte por el todo. Sigue diciendo: **Y serán bendecidas en él todas las tribus de la tierra. En Él**, en Cristo el Señor, como también le fue dicho a Abrahán: *En tu semilla serán benditas todas las tribus de la tierra* (Gén 22,18). Y, pues ha nombrado las **tribus**, a fin de que no creas que, con ello, se refiere a aquel pequeño número de familias, las cuales –distribuidas en grupos llamados con este nombre– llegaron a formar un pueblo, añade: **Todas las gentes lo engrandecerán**. La expresión: **Lo engrandecerán** significa, ciertamente, que lo alabarán. En efecto, ¿quién podrá aumentar la grandeza de Aquél, al que todos los poderes y alturas le prestan solícitos servicios?. Antes al contrario, al proclamarlo a Él, nos *engrandecemos* a nosotros mismos, porque su misma alabanza es para nosotros causa de progreso. En efecto, nadie puede negar –a no ser que carezca de todo raciocinio– que esto se dice para exaltación de su Divinidad.

Verso 19.– **Bendito el Señor, Dios de Israel, el que hace maravillas solo** [*Benedictus Dominus Deus Israel, qui facit mirabilia solus*]. Se entra en la séptima y última parte, donde, recorridas ya todas las cosas, Cristo el Señor es alabado con gran exultación. Cuando alabamos al Señor, decimos, ciertamente, que lo bendecimos. Y no porque, a través de nosotros, Él se santifique o crezca, sino porque, cuando Él nos santifica con su bendición, entonces se deja ver su protección

³¹TL., in textu: *aptissime* [ed., diversimode].

³²Hebr., שְׁמוֹ לְעוֹלָם לְפָנֵי-שֶׁשׁ [será su nombre para siempre en la presencia del sol]. Los LXX: ἔστω τὸ ὄνομα αὐτοῦ εὐλογημένον εἰς τοὺς αἰῶνας πρὸ τοῦ ἡλίου [Sea su nombre bendito por siempre, más que el sol].

y se produce en nosotros el crecimiento. Y quién sea este Señor, por medio de la quinta especie de definición, con toda claridad lo expresa: El **Dios de Israel**, es decir, el Dios de toda la tierra, como otro profeta dice: *El que te rescató, el Dios de Israel, él será llamado Dios de toda la tierra* (Is 54,5). Añade: **El que hace maravillas solo**, porque no necesita de ayuda alguna, En efecto, aunque también los ángeles y muchos santos realizan milagros, no los hacen por sí solos, sino en virtud del favor de Dios.

Verso 20.— **Y bendito el nombre de su majestad en eterno y por los siglos de los siglos; y será llena de su majestad toda la tierra: así sea, así sea** [*Et benedictum nomen maiestatis eius in aeternum, et saeculum saeculi; et replebitur*³³ *maiestate eius omnis terra: fiat, fiat*]. En el verso anterior ha dicho que *Dios es bendito*. Dice ahora que es **bendito el nombre de su majestad**. Ciertamente, porque el calificativo de *cristianos* viene de Cristo, nombre que ha llenado de sagrada veneración los confines del orbe entero, pues así como Él es eterno, así también persisten **en eterno** las alabanzas de su nombre. Sigue: **Y será llena de su majestad toda la tierra**. En efecto, mediante esta expresión, llama *santos* a los que están llenos de su glorificación, pues aquí la palabra **tierra** debemos entenderla en el sentido de todo fiel, cual el Señor verdaderamente se ha dignado **llenarla**. Añade: **Así sea, así sea**. La expresión: **Así sea** es propia de alguien que desea una cosa. Pero el hecho de repetirla dos veces seguidas es ya propio de aquél, cuyo deseo es absolutamente imperioso. Esto debemos entenderlo, más bien, con relación al misterio contenido en algunos salmos y no —como algunos piensan— en el sentido de conducir la unidad del libro a muchas secciones. Magnífico salmo, al que siguen deseos repetidos. En efecto, la venida del Señor tuvo que ser, en verdad, ardientemente deseada.

244] Conclusión del salmo

Apreciemos —óptimos oyentes— que contra las impías arremetidas de Eutiques y Nestorio nos fueron dispensadas, ya en otro tiempo, las armas de la recta fe, es decir: creer que, en dos naturalezas verdaderas y perfectas y en una única persona, está y permanece Dios, el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, de manera que no tengamos nosotros que esforzarnos ahora en rebatir a aquéllos que, por la fuerza de tan gran autoridad, fueron ya rebatidos. En efecto, al encontrar nosotros expresadas, ya en este salmo, ambas naturalezas, queda invalidada la perversa doctrina de Eutiques, que defiende una sola naturaleza. Pero, al proclamarse la única persona de Cristo el Señor, se condenan los venenos de Nestorio, porque, aun hablando este salmo de dos operaciones, sostiene, sin embargo, que en Cristo el Señor existe una sola persona. En efecto, nada ha expresado este salmo en número plural, porque fue su propósito que se creyese en el único Hijo. En efecto, éste es el Hijo, engendrado por el Padre antes de todos los siglos; el que, en el vientre de la Virgen, asumió la mortalidad de nuestra carne; el que es igual al Padre en cuanto a la Divinidad, e igual también a nosotros, en cuanto a la humanidad; el que, siendo invisible, por ser Dios, se hizo visible, por ser hombre. En cuanto hombre, se dignó padecer por nosotros; en cuanto Dios, es —por sí— impasible, no disminuyendo en modo alguno la sumidad de su naturaleza divina, sino exaltando la humildad de la carne. Esto dice la santa profecía y manifiesta muy frecuentemente el texto evangélico; esto canta la bienaventurada madre la Iglesia, a lo largo y ancho del mundo, en modo de ser considerado ajeno de la fe católica aquél que no estuviera afianzado en tal solidez. Recuerda, además, que éste es el cuarto salmo de aquéllos que —según dijimos más arriba— hablan de las dos naturalezas.

³³TL., *in aeternum, et saeculum saeculi; et replebitur*, Vlg., *in aeternum; et replebitur*, Salmo 71

SALMO SETENTA Y DOS

Terminaron las alabanzas de David, hijo de Jesé¹. Salmo de Asaf.

[*Defecerunt laudes David, filii Iesse. Psalmus Asaph*].

Mientras que en los títulos anteriores aparecía escrito solamente el nombre de **David**, viene complementado, en esta ocasión, con la expresión: **Hijo de Jesé**. En efecto, para que entendamos bien que –en este caso– se trata de aquel David, padre que fue de Salomón, se ha añadido a su nombre dicho complemento, con objeto de identificar convenientemente la persona del profeta. Ésta es la novena especie de definición, que los griegos llaman καθ' ὑποτύπωσιν, en latín, *per quamdam imaginationem*² [por medio de cierta imagen], esto es, cuando, nombrado el padre o la madre, se conduce nuestro sentido al conocimiento de la persona de que se trata. Se suelen añadir también otras varias indicaciones, para caracterizar afablemente³ a una determinada persona. Por ejemplo: Sócrates, hijo de Sofronisco, cuya madre es Fenáreta, calvo, ventroso, chato. En efecto, todas estas referencias indican y describen únicamente a la persona de Sócrates. Pero, en el asunto que nos ocupa, se han de aportar tantas cosas cuantas puedan diferenciar individualmente a la persona en cuestión de todas las demás. **Terminaron las alabanzas de David**. Afirma, en efecto, que las *alabanzas* de este David llegaron a su término. Sin embargo, el hecho de decir que los elogios del profeta terminaron ya, estando todavía prácticamente a la mitad de la obra, resulta a todas luces inconsecuente, a no ser que nos paremos a considerar las cosas con detenimiento todavía mayor. Investiguemos, por tanto, desde su origen a qué responde tal afirmación. Al ser liberado de la tierra de Egipto, merced a los milagros realizados a la vista de los hombres, el pueblo del Israel alababa a Dios, en acción de gracias por los beneficios recibidos, por medio de sacrificios de animales y melodías interpretadas con instrumentos músicos. Estas cosas se realizaron en figura hasta llegar la plenitud del tiempo en que tuviera lugar el venida de Cristo el Señor. Por consiguiente, estas *alabanzas* temporales, que se ofrecían por los beneficios divinos, *terminaron* y experimentaron un cambio radical, en cuanto que ahora la Iglesia católica celebra el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Cristo y canta los santos salmos. Sigue: **Salmo de Asaf**. En la lengua hebrea el nombre de **Asaf** significa *sinagoga*⁴, la cual verdaderamente daba culto al Señor, pero que se había dejado llevar por nefastas consideraciones, al ver que los malos florecían. En la persona de ésta, habla en este salmo la persona de *Asaf*, que en su propio nombre contiene el significado de Sinagoga. En efecto, acerca de los pueblos gentiles y de aquéllos que recibieron la ley del Señor dirá muchas cosas, que serán también de gran utilidad para nuestra propia enmienda, en modo que no nos manchemos con consideraciones semejantes a las de aquélla.

¹Estas palabras no constan en el título del texto hebreo, que solamente dice: מְזִמּוֹר לְאַסָּף [Salmo de Asaf]. La expresión: כָּלּוּ תְּפִלּוֹת דָּוִד בֶּן־יֵשׁׁי [Terminaron las alabanzas de David, hijo de Jesé] es la conclusión del salmo anterior, también en los LXX, que dice: ἐξέλιπον οἱ ὕμνοι Δαυὶδ τοῦ υἱοῦ Ἰεσσαὶ [Han terminado los himnos de David, hijo de Jesé]. Asimismo, en la Vlg. Pero S. Agustín lo incluye también al comienzo de este salmo.

²TL., in textu: *imaginationem* [ed., imaginem].

³TL., in textu: *communiter* [ed., comiter].

⁴HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 872): congregans.

División del salmo

Como hemos dicho, **Asaf** –en cuanto figura de la Sinagoga– es el que habla, a lo largo de todo el salmo. En la primera parte, dice que, al considerar el bienestar de los pecadores, ha sentido él envidia de la felicidad del mundo, admirándose de por qué los enemigos de Dios y los paganos disfrutaban de prosperidad tan grande que parecerían levantar su boca hasta lo alto del cielo. Dice, en la segunda, que su pueblo volverá al consejo saludable y sentirá vergüenza de la maldad de su anterior pensamiento, al haber merecido entender y contemplar el fin último de los malvados. En la tercera parte, da testimonio de que a los impíos les vienen los males a consecuencia de sus engaños, pues, por su aparente su felicidad, eran motivo de tropiezo para los hombres santos. Asegura, sin embargo, que él ha sido liberado de estos males por beneficio del Señor. En la cuarta parte, dice cómo llegar, por la misericordia divina, al conocimiento perfecto.

Exposición del salmo

Verso 1.– **¡Cuán⁵ bueno es Dios para Israel, para los que son de corazón recto!** [*Quam bonus Israel Deus his qui recto corde⁶ sunt*]. El recordado **Asaf**, en cuanto que había sentido envidia de los que eran felices en este mundo y de ahí que, al ver que el Señor da pie en este mundo al florecimiento de los pecadores, entrara en una profunda tristeza, pronunció –en sentido condenatorio para consigo mismo– una verdadera y dulce sentencia, diciendo: **¡Cuán bueno es Dios!**. Es bueno, ciertamente, pero lo es **para los que son de corazón recto**, es decir, para aquéllos que comprenden sus obras con deseo de piedad. De donde se advierte a los perversos y retorcidos mortales que su mandamiento desaprueba las consideraciones sacrílegas. Así el sol refulge serenísimo a los ojos que están sanos, pero es oscuro –por el contrario– para aquéllos, cuyas luces están impedidas por la enfermedad.

Verso 2.– **Pero mis pies casi se han conmovido, casi se dispersaron mis pasos** [*Mei autem pene moti sunt, pene effusi sunt gresus mei*]. Para que entiendas que este santo varón ha pronunciado la anterior sentencia en contra de sí mismo, cosa que es muy corriente entre los justos, confiesa su error, diciendo que, por poco no había caído, dejándose llevar por aquél al que irracionalmente desagradaba el modo de obrar por parte gobierno del Señor. En sentido tropológico, la Escritura entiende frecuentemente el **pie** en el sentido de juicio del espíritu, por el cual se asienta con firme voluntad. Dice que este pie **casi se ha conmovido**, cuando su espíritu disentía de la verdadera inteligencia. En efecto, al decir: **Casi**, trae inmediatamente a la memoria que él ha vuelto al camino de la verdad, es decir, que se daba prisa por condenar el error, que ocultamente meditaba. Sigue diciendo: **Casi se dispersaron mis pasos**. Ya hemos dicho que con la palabra **pasos** se significan los actos humanos, mediante los cuales caminamos por las sendas de nuestra vida. Así, pues, alejándose de un modo de vida recto, estos **pasos casi se dispersaron**, yendo a parar a otra parte, cuando con ingratitud de espíritu veía [245] que a los impíos les eran dados bienes de importancia tan extraordinaria. Pero fíjate en que dice que *se dispersaron*, y no que *resbalaron*⁷, y ello para que

⁵Hebr., אֵד טוֹב [En verdad es bueno]. Principio impetuoso, ciertamente, sin conexión aparente con nada inmediatamente anterior, que parece dar a entender el estado de confusión y zozobra en que se halla el espíritu del profeta, al constatar la prosperidad de que gozan los impíos, en este mundo, y las calamidades, a su vez, que padecen los justos. Éste será, en efecto, el tema central del salmo. Los LXX dicen: ὡς ἀγαθός [Cuán bueno].

⁶TL., in textu: *recto corde* [ed., rectis corde].

⁷Lapsi sunt.

entiendas que el vigor de nuestro espíritu puede dispersarse como una sustancia líquida, cuando comienza a disenter del pensamiento recto. De donde entendemos que, con frecuencia, también en los hombres santos se hallan ocultos los malos pensamientos, pero que vuelven, de nuevo, a la primitiva pureza, cuando rápidamente se corrigen por ellos mismos, asistidos por la ayuda del Señor.

Verso 3.— **Porque sentí celos de los pecadores, al ver la paz de los que pecan** [*Quia zelavi in peccatoribus*⁸, *videns peccatorum pacem*]. Explica por qué casi se dispersaron sus pasos: porque de tal modo sintió envidia de pecadores que, con dificultad, soportaba verlos estar tranquilos. ¡Oh insensato celo: envidiar a los que van a perecer y considerar felices a los que, con toda certeza, son destruidos por la condenación eterna!. Sigue diciendo: **Al ver la paz de los que pecan**. Ciertamente, porque esta paz no se entiende, sino que se ve, eludiendo nuestras miradas, pero engrandeciéndose en su ruina. En efecto, cuando se ve que los pecadores son poderosos, que dominan a muchos pueblos y no temen nada en este mundo, se considera que tienen paz. Pero esta paz litiga siempre con la conciencia, riñe interiormente. Y, al no hallar enemigo, lucha contra ella misma.

Verso 4.— **Porque no hay prevención⁹ para su muerte, y firmeza en su llaga** [*Quia non est declinatio mortis*¹⁰ *eorum, et firmamentum in plaga eorum*]. Habla todavía de la prosperidad de los impíos. Dice, en efecto: **Porque no hay prevención para su muerte**, esto es, no se precaven ante el hecho de la muerte ni se agobian por el próximo día final, sino que, aun concediéndoseles un tiempo de vida, para que se arrepientan, antes al contrario, siguen aumentando sus delitos. Continúa diciendo: **Y firmeza en su llaga**. Debe sobreentenderse: *No hay*, porque, incluso si se ven afectados aquí por alguna adversidad, no parece que su tristeza les dure mucho tiempo. Y, por tal razón, no acuden al médico: porque nunca quedaron tendidos, largo tiempo, en medio de los males de este mundo.

Verso 5.— **En los trabajos de los hombres no están, y con los hombres no serán flagelados** [*In laboribus*¹¹ *hominum non sunt, et cum hominibus non flagellabuntur*]. Por **hombres** entendemos aquí a los santos varones, que soportan, durante esta vida, pesados trabajos y sufren los flagelos de las diversas aflicciones, de manera que —así corregidos— merezcan llegar al Señor. No tiene lugar en los contumaces pecadores esto que sí les es dado a los fieles, en orden a su salvación. Pero, si consideramos lo dicho con respecto a las maldades espirituales, lo mismo puede advertirse con relación a aquéllos que, en este mundo, no reciben el castigo que merecen sus pecados, pues añade: **Y con los hombres no serán flagelados**. *No serán flagelados con los hombres* que —junto con sus seguidores— serán condenados por mandato divino. Ciertamente, la tribulación sufrida en este tiempo presente es corrección agradable para los fieles, corrección que no reciben los impíos, porque serán excluidos de los premios futuros.

Verso 6.— **Por esto los retuvo su soberbia; cubiertos están de su propia iniquidad e**

⁸TL., *in peccatoribus*; Vlg., *super iniquos*.

⁹La palabra hebrea חַרְצָבוֹת [*har^ssubbōt*] es de significado incierto. Por lo general, se traduce por *ataduras*, *cadena*, *cepos* [cf. Is 58,6]. En este salmo, los autores suelen atribuirle un sentido figurado: *penalidades*, *tormentos*, *dolores*, *afanes*. Los LXX traducen por ἀνανεώσεις [*renovación*].

¹⁰TL. *declinatio mortis*; Vlg., *respectus mortis*.

¹¹TL., *in laboribus*; Vlg., *in labore*.

impiedad¹² [*Ideo tenuit eos superbia eorum*¹³; *operti sunt iniquitate et impietate sua*]. Comprendamos cuál es el final de la resoluta seguridad de los pecadores y dejemos ya de envidiar las alegrías de los que se precipitan a la fosa. Ciertamente, la libertad de los malvados conduce, sin falta, a la soberbia, en tanto que la insolencia, no castigada, alimenta siempre el desprecio y no cree estar sujeto a los males aquél que nada teme que pueda salirle al encuentro. Pero dice: **Retuvo**, esto es: como quien los agarra con las manos, para que no puedan escapar, cuando ya son tenidos sujetos. Dice: **Su soberbia**, soberbia que realmente es del diablo. En efecto, por su autoría tuvo origen este delito, que le acarreó la condena del tormento eterno. Sigue diciendo: **Cubiertos están de su propia iniquidad e impiedad**. Si hubiese dicho *vestidos*, tal vez, les habría quedado libre la cabeza; pero, al decir: **Cubiertos**, nos da entender que están hundidos totalmente. En efecto, la **iniquidad** puede ser más o menos grande, pero a ella se le añade la **impiedad**, que es –como bien es sabido– el punto extremo de todas las maldades. Y observa que este verso y los siguientes describen los delitos y costumbres de los malvados.

Verso 7.– **Como de la grosura nació su iniquidad**¹⁴; **pasaron a disposición del corazón** [*Prodiit*¹⁵ *quasi ex adipe iniquitas eorum; transierunt in dispositionem*¹⁶ *cordis*]. De la delgadez proviene la malicia, cuando alguien, desposeído de riquezas mundanas, medita cómo cometer un determinado delito. Pero **de la grosura** proviene la **iniquidad**, cuando aquéllos que –por beneficio del Señor– nadan en la abundancia de los bienes de este mundo, delinquen en alguna cosa para ofensa divina. Ciertamente, más craso y robusto es el pecado cometido por decisión propia que aquel que se comete, cuando la necesidad aprieta. En efecto, con objeto de exacerbar la culpa, afirma que en mayor grado han delinquido aquéllos, a cuya disposición había de abundancia de bienes, que aquellos otros que tomaron la determinación de delinquir, obligados por una escasez extrema. Añade: **Pasaron a la disposición del corazón**. Dice: **Pasaron**, como si se hubieran extraviado del sendero recto. En efecto, también decimos *nos pasó*, cuando nuestro sentido se extravía de una determinada verdad. En efecto, los pecadores *pasaron a disposición del corazón*, es decir: los pecadores erraron, cuando, por suerte de incalificable depravación, los hombres dotados de razón se hicieron servidores de ídolos carentes de sentidos.

Verso 8.– **Pensaron y hablaron la maldad; hablaron la iniquidad en lo Excelso**¹⁷

¹²Hebr., לְכֹן עֲנִקְתָּמוּ נֶאֱוָה יַעֲטֶה-שִׁית חֶמֶס לָמוֹ [Por eso la soberbia los cerca a modo de collar, la violencia los cubre como un vestido]. Los LXX: διὰ τοῦτο ἐκράτησεν αὐτοὺς ἡ ὑπερηφανία περιέβαλοντο ἀδικίαν καὶ ἀσέβειαν αὐτῶν [Por eso se ha apoderado de ellos la arrogancia, se han vestido de su injusticia e impiedad].

¹³TL., *superbia eorum*; Vlg., *superbia*.

¹⁴Hebr., יָצָא מִחֶלֶב עֵינֵימוֹ עָבְרוּ מִשְׁכִּיּוֹת לֵבָב [Sale de la grosura el ojo de ellos; van más allá de las imaginaciones del corazón]. Los LXX: ἐξελεύσεται ὡς ἐκ στέατος ἡ ἀδικία αὐτῶν διήλθοσαν εἰς διάθεσιν καρδίας [Saldrá como de grosura su injusticia, han pasado a antojo del corazón].

¹⁵TL., in textu: *Prodiit* [ms. G., provenit].

¹⁶TL., in *dispositionem*; Vlg., in *affectum*.

¹⁷Hebr., יִמְיוֹן וַיְדַבְּרוּ בְרָעָה מִמַּרְוֶה עֲשָׂק מִמַּרְוֶה וַיְדַבְּרוּ [Se burlan y hablan en la maldad; opresión desde lo alto dicen]. Los LXX: διεννοήθησαν καὶ ἐλάλησαν ἐν πονηρίᾳ ἀδικίαν εἰς τὸ ὕψος ἐλάλησαν [Han pensado y han hablado con maldad, de injusticia contra lo alto han hablado]. TL., por el hebreo מִמַּרְוֶה [mimmārōt, desde lo alto], expresión que traduce por *in Excelso*, ha entendido una referencia a Dios. Los LXX leen εἰς τὸ ὕψος [en lo alto], véase el artículo neutro singular, aunque, bien es verdad, que la expresión es ambigua. En efecto, ¿cómo traducir la preposición εἰς: *hasta, hacia, contra...*? Vlg., por su parte, no emplea la letra mayúscula. En la explicación de este versículo, Casiodoro se decide claramente por entender *contra lo Alto*, hecho que, en latín, no conviene a un caso ablativo regido por la preposición *in*. S. Agustín vierte por *en lo alto*. Pero véase cómo, un poco más adelante –ya sin lugar a dudas– el adjetivo latino *excelsus* es correctamente entendido en el sentido de *Excelso* o *Altísimo*, pues aquí sí responde al hebreo עֲלִיּוֹן [ʿēlyōn] y al griego ὁ ὕψιστος, ambos vocablos con este último significado.

[*Cogitaverunt et locuti sunt nequitiam; iniquitatem in Excelso locuti sunt*]. Doble mal es **pensar la maldad** y mostrarla públicamente, como si se tratara de algo bueno. En efecto, aquél que, por haber pensado en cometer un delito, más le convendría hacer penitencia, hace doble su culpa, cuando da a conocer a oídos de todo el mundo el delito que pensaba cometer. Impío es ya, en gran manera, el hecho de haberlo pensado; sacrilegio, el de decirlo. Sigue: **Hablaron la iniquidad en lo Excelso**. Esto es lo que la pérfida mente había estado meditando: proferir palabras blasfemas contra su propio Autor, de manera que la injuriosa palabrería llegase a encender la ira de Aquél, cuya alabanza nunca puede ser suficiente.

Verso 9.— **Pusieron en el cielo su boca, y su lengua pasó sobre la tierra** [*Posuerunt in coelo*¹⁸ *os suum, et lingua eorum transivit super terram*¹⁹]. **Pone en el cielo su boca** el que considera que Júpiter, Mercurio y todos los demás portentos son Divinidades semejantes a Dios. También **pone en el cielo su boca** el que, transgrediendo los asuntos humanos con voluntad tiránica, considera que ninguna de sus perversidades será vengada, sino que —dominado, antes bien, por una arrogante iniquidad— cree que Dios no conoce aquello que aplaza ahora, para vindicarlo a su tiempo. Sigue: **Y su lengua pasó sobre la tierra**. Ciertamente, **pasan sobre la tierra** quienes hablan más allá de la medida que corresponde al hombre y —aun siendo ellos frágiles, por la debilidad que les es propia— consideran estar en posesión de dignidades inmortales.

Verso 10.— **Por eso regresará aquí mi pueblo, y días plenos serán hallados en ellos**²⁰ [*Ideo revertetur huc populus meus*²¹, *et dies pleni invenientur in eis*]. Tras haber descrito el libertinaje de los malvados y las costumbres de los que son aún peores, pasando ahora a la segunda parte, dice que tal es la razón por la que **habrá de regresar el pueblo**, esto es: porque tiene que ser colmado de la iluminación del Señor. Ahora bien, puesto que ya han regresado los que salieron de los lugares patrios, conveniente es que entendamos aquí a aquellos pueblos que permanecieron antaño en la ley recibida del Señor, pero que, debido a las variadas apetencias mundanas, fueron dispersados y —una vez corregidos— volvieron nuevamente a los preceptos divinos. Por ello dice Asaf que ha vuelto a él este pueblo que, por favor del Señor, ha regresado al conocimiento de la verdad. Sigue: **Y días plenos serán hallados en ellos**. [246] Fueron **días plenos** aquellos días en que Cristo el Señor —llegada la plenitud de los tiempos anunciada por los profetas— se dignó venir entre nosotros, como dice el Apóstol: *Pero, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo* (Gál 4,4). Así, pues, a causa de la perfidia de su gente, *los días plenos* hallaron vacío al pueblo judío, aunque bien es verdad que algunos de entre ellos, puesto al descubierto el corazón, merecieron reconocer a Cristo el Señor.

Verso 11.— **Y dijeron: ¿Cómo lo supo Dios? ¿Acaso hay conocimiento en el Excelso?** [*Et dixerunt: Quomodo scivit*²² *Deus; et si est scientia in Excelso?*]. Antes hizo mención de aquéllos que habían regresado; ahora da a conocer claramente qué clase de pensamientos han dejado atrás, de tal suerte que proclaman la misericordia del Señor, misericordia que a los blasfemos los transforma en hombres justos, y de los ignorantes del pueblo saca hombres prudentes y fieles. Dudaron, en efecto, de que Dios fuese conocedor de tantos y tan grandes males, obra de los malvados, a los que todas

¹⁸TL., in textu: *in coelo* [ed., in coelum].

¹⁹TL., *super terram*; Vlg., in terra.

²⁰Hebr., וַיִּמְצְאוּ יָמֵי מַלְאָכָא לְהוֹמֵי [y *aguas de abundancia son exprimidas para ellos*]. Los LXX: καὶ ἡμέραι πλήρεις εὐρεθήσονται αὐτοῖς [y *días llenos serán encontrados en ellos*].

²¹TL., *revertetur huc populus meus*; Vlg., *revertetur populus meus hic*.

²²TL., *scivit*; Vlg., *scit*.

las cosas del mundo les eran favorables, inconscientes de que incurrieran en penas aún más graves quienes, habiendo sido esperados por tan largo tiempo, permanecieron, sin embargo, en su propia obstinación. A este respecto, también el salmo noventa y tres dirá en su momento: *Y dijeron: No verá el Señor, y no sabrá el Dios de Jacob* (Sal 93,7). Sigue: **¿Acaso hay conocimiento en el Excelso?**. Blasfemo es este sentimiento y sólo puede ser concebido por una voluntad ignorante el hecho de dudar que existe conocimiento precisamente en Aquél que da sabiduría al ingenio humano y que, con la luz de su providencia, enriquece incluso a los mismos ángeles y poderes celestiales. En efecto, en latín se dice *scitus* [conocedor], como si se dijera: *scire citus* [veloz en el saber]. De ahí que, el salmo citado más arriba diga un poco más adelante: *¿El que plantó la oreja, no escuchará? ¿o el que formó el ojo, no examina atentamente?* (Sal 93,9).

Verso 12.– **He aquí que los mismos pecadores, y los que abundan en el siglo obtuvieron riquezas** [*Ecce ipsi peccatores et abundantes in saeculo obtinuerunt divitias*]. Mostrado queda aquello que llenaba de desazón los corazones de los insipientes, cuyo raciocinio carecía de razón; su discurso, de consejo; su pensamiento, de sustancia. Y por esto consideraban que Dios desconocía lo que estaba sucediendo, es decir: que los pecadores poseían riquezas, mostrándose solícito con ellos, como si fueran justos y fieles, y negándoselas, en cambio, a los pobres del mundo, a los que les había prometido el reino de los cielos.

Verso 13.– **Y dije: ¿Sin causa, por tanto, justifiqué mi corazón, y entre los inocentes lavé mis manos?** [*Et dixi: ergo sine causa iustificavi cor meum, et lavi inter innocentes manus meas?*]. Asaf confiesa que también él se sintió zarandeado por fatuas lucubraciones, conforme más arriba dijo: *Pero mis pies casi se han movido, casi se dispersaron mis pasos* (Sal 72,2), de suerte que, al confesar que él repudiaba tales cosas no penetrase en nuestros sentidos pensamiento perverso alguno. Por tal motivo, a la expresión: **¿Sin causa, por tanto, justifiqué mi corazón?** debe dársele un sentido recriminatorio, algo así como si alguien, al no haber recibido en este mundo el fruto de justicia esperado, se sintiese desengañado, como si hubiese aguardado en vano. En efecto, la palabra **causa** viene de *caso*, tanto si se le da un sentido positivo como negativo. A este género de causa los oradores lo llaman *ambivalente*²³, cosa que aparece, sobre todo, en las deliberaciones, cuando el espíritu se halla en la encrucijada de por dónde ha de seguir. Añade: **¿Y entre los inocentes lavé mis manos?**. Insiste todavía en aquello mismo con que comenzó. Como si dijera: ¿qué provecho me ha reportado haber observado un comportamiento intachable, si quienes no abandonan el pecado son los que poseen las riquezas?. En efecto, **lava entre los inocentes sus manos** aquél que realiza obras piadosas con actitud digna de alabanza. Siendo esto así, Pilato *no lavó sus manos entre los inocentes*, cuando, tras haber ordenado que lo azotaran, entregó al Señor al suplicio de la cruz.

Verso 14.– **Y fui flagelado todo el día; y mi acusador, en la mañana** [*Et fui flagellatus tota die, et index meus in matutino*²⁴]. Dice esto como si aún recordara sus penas. Penas que –según él pensaba– sufría inútilmente, en tanto que, aun siendo pobre, **fue flagelado**, mientras que el impío poseía, seguro, sus riquezas. Pésima consideración, pero corrección ya cercana. Es como lo que suele suceder a los enfermos, durante largo tiempo inactivos: que, una vez superada la enfermedad, es cuando experimentan un sentido de liberación, tal que si fueran encendidos por una llama aún más viva que todas las fiebres pasadas. Sigue: **Y mi acusador en la mañana**. He aquí que vuelve ya al equilibrio de la sensatez aquél que se abrasaba con morbosas calenturas. Llama su **acusador** a Cristo el Señor, el cual, mediante el anuncio del Evangelio, nos señaló el camino de la verdad. Y, al

²³TL., *anceps*, es decir, que tiene dos caras, ambiguo, de doble sentido.

²⁴TL., *et index meus* [in textu: mss. G. et F., *et castigatio mea*]. También Vlg.

resucitar por la **mañana**, arrancando de este mundo nuestra esperanza, la encamina al reino de los cielos.

Verso 15.— **Si yo decía: Así será mi relato: he aquí la nación de tus hijos, para la cual dispuse**²⁵ [*Si dicebam: Narrabo sic: ecce natio filiorum tuorum, cui disposui*²⁶]. Instruido ya por la cercana verdad, delibera él consigo mismo. Y, conducido a asunto de tan gran importancia, fluctúa entre múltiples consideraciones. Decía, en efecto: Si anunciara yo a la gente que Dios no se cuida de las cosas temporales, ello supondría ir en contra de las exhortaciones hechas antaño a los israelitas, en el sentido de que dieran culto al Dios, creador de cielo y tierra, el cual, por medio de su sabiduría, dispuso todas las cosas, retribuyendo a buenos y malos, según la cualidad de sus obras. ¿Cuál —si no éste— podría **ser el relato** de aquél, que anteriormente había enseñado tales cosas?.

Verso 16.— **Consideraba yo conocer esto, trabajoso es ante mí** [*Existimabam ut cognoscerem hoc, labor est ante me*]. Es el primer grado del saber: empezar a entender que bien poco conocemos aquello que antes teníamos por completamente sabido. En efecto, anteriormente estaba convencido de que Dios no se cuida de las cosas temporales, en cuanto que veía que eran los pecadores los que poseían las riquezas. Ahora, sin embargo, **considera** que es necesario indagar, a fin de merecer conocer la verdad del asunto de que se trata. Queda rechazado, pues, el sentido primero, en cuanto que se busca otro que permita entender mejor. Sigue: **Trabajoso es ante mí**. En verdad era esto laborioso para aquél que ardía por conocer con lúcida certeza asunto de tan gran importancia, esto es: menospreciar las prosperidades de los pecadores y alabar la paciencia del Señor, mediante la consideración de su misma verdad. **Ante mí**, expresión que pone de manifiesto la importancia de la dificultad que se tiene por delante. En efecto, ¿quién podría atravesar esta mastodóntica ignorancia, si no estuviera asistido por la gracia de la Divinidad?. Como se lee en otro salmo: *Y en mi Dios atravesaré el muro* (Sal 17,31).

Verso 17.— **Hasta que yo entre en el santuario de Dios, y mi conocimiento penetre en sus postrimerías**²⁷ [*Donec intrem in sanctuarium Dei, et intelligam in novissima*²⁸ *eorum*]. Entiende, por fin, Asaf aquello que le corría prisa comprender. Repite, en efecto, que de ningún otro modo habría podido conocer la verdad de la cuestión planteada, si, en la consideración atenta de la ley divina —que esto es el **santuario de Dios**—, no hubiese llegado a entender el fin último de los pecadores, o sea: que en el juicio futuro será condenada la felicidad humana, que aquí, por un poco de tiempo, había hecho gala de su florecimiento. Al concluir de esta manera, toda duda quedó despejada, porque el espíritu piadoso no debe sentirse ofendido, una vez se ha dado cuenta de que cosas como éstas sirven para instruirlo de modo mucho más profundo. Este género de argumentación

²⁵Obsérvese, en la nota siguiente, la lección variante de la Vlg., que es, sin duda preferible, y que es la que se lee también en S. Agustín: *He aquí que reprobé la nación de tus hijos*. Extraña, además, que Casiodoro —contra su costumbre— no ofrezca explicación alguna a un texto que, de por sí, presenta problema de comprensión. En efecto, *para la cual dispuse*, dice el texto de Casiodoro. ¿Qué dispuso? ¿Reprobación? Entonces el sujeto del verbo *dispuso* sería el Señor. El hebreo no presenta dificultad, pues dice así: אֲסַפְּרָה כְּמוֹ הָנָה דָּוִד בְּנִיךָ בְּנִדְתִּי [Si yo dijera: Hablaré como ellos, he aquí que traicionaría a la generación de tus hijos]. Los LXX entendieron correctamente, con alguna pequeña variante: εἰ ἔλεγον διηγῆσθαι οὕτως ἰδοὺ τῇ γενεᾷ τῶν υἱῶν σου ἡσυνθέτηκα [Si yo dijera: Hablaré así, he aquí que a la generación de tus hijos habría sido infiel]. Por tal razón, no se entiende bien el texto de la Vlg., y mucho menos el de Casiodoro, en este punto concreto. Ciertamente es que en la explicación del presente versículo, y en los siguientes, quedará perfectamente aclarado lo que se quiere decir.

²⁶TL., *ecce natio filiorum tuorum, cui disposui*; Vlg., *ecce nationem filiorum tuorum reprobavi*.

²⁷Hebr., עַד-אֲבוֹא אֶל-מִקְדָּשֵׁי-אֱלֹהִים אֲבִינָה לְאַחֲרֵיהֶם [hasta que entré en los santuarios de Dios, comprendí el fin de ellos]. Los LXX: ἕως εἰσελθῶ εἰς τὸ ἁγίαστήριον τοῦ θεοῦ καὶ συνῶ εἰς τὰ ἔσχατα αὐτῶν [Hasta que yo entre en el santuario de Dios y comprenda las postrimerías de ellos].

²⁸TL., *in novissima*; in textu: [ed., novissimis].

recibe el nombre de *deliberativo*, porque, por una parte, vienen expuestas las razones que nos hacen dudar, y, por la otra, se hace surgir la sentencia que conviene a la conveniencia y a la virtud. En efecto, expresó, primero, el hecho que le hacía tropezar: *Si yo decía: Así será mi relato*. Aquella enojosa dificultad le salía realmente al encuentro: *He aquí la nación de tus hijos para quien dispuse*. Se llega finalmente a la conclusión, que a todo le da el justo sentido: *Hasta que yo entre en el santuario de Dios, y mi conocimiento penetre en sus postrimerías*. Así, el género deliberativo es completado en sus partes, gracias a una observación, conforme a las reglas. Bien se ha de saber que, ciertamente, todos los modos de argumentar proceden de los Tópicos²⁹; pero que, cuando se emplean en un sentido general [247], se acomodan, más bien, a los dialécticos y, cuando se expresan en modo particular, no hay duda de que se ajustan mejor a los oradores.

Verso 18.— **Ciertamente, a causa de los engaños dispusiste males para ellos³⁰; los derribaste, cuando se elevaban³¹** [*Verumtamen propter dolos posuisti eis mala; deiecisti³² eos dum allevarentur*]. Llega Asaf a la tercera parte, donde menciona los castigos de los pecadores, castigos que —como antes había dicho— les serían impuestos en el tiempo futuro. Pero, para que los malvados no se consideraran totalmente inmunes en este mundo o creyesen que, de todos modos, sus crímenes quedarían sin castigo, dice: **Dispusiste males para ellos**, es decir: que, aun habiendo disfrutado de la felicidad mundana, arrastran siempre consigo el peso de la culpa, que imposible es que deje completamente en paz a los criminales. En efecto, a menudo, también estos tales caen aquí en desgracias, de las que ni por asomo sospechaban que se les podrían venir encima. Sigue diciendo: **Los derribaste, cuando se elevaban**. Al decir: **Los derribaste**, está significando que fueron arrojados de lo alto. Y, para que puedas captar el pleno sentido de esto que dice, añade: **Cuando se elevaban**, es decir: cuando trepaban en busca del prestigio con la ruinosa ampulosidad de la soberbia. Y observa bien que el tiempo mismo de la elevación coincide con el de la ruina. En efecto, no ha dicho: *Después de que se elevaron*, sino: **Cuando se elevaban**. Es decir, su erigirse es caer; su elevarse, hundimiento, porque tienden a aquella cima, que se desmorona con súbita precipitación, como ya en otro salmo quedó dicho: *Vi al impío grandemente exaltado, y elevado más que los cedros del Libano. Y pasé, y he aquí que no estaba* (Sal 36,37-38), y todo lo que viene después.

Verso 19.— **¡Cómo fueron hechos para desolación! Al punto desfallecieron; perecieron, a causa de su propia iniquidad³³** [*Quomodo facti sunt in desolationem! Subito defecerunt; perierunt propter iniquitatem suam*]. El adverbio **cómo** tiene aquí un sentido de admiración, a fin de lograr el efecto de una subitánea desolación en aquél, cuya estima personal era espléndida, a causa tan gran felicidad. *Desolado*, ciertamente, abandonado de todo aquello que —cual numerosa familia— tenía a su alrededor. En efecto, no cabe duda de que tal cosa puede suceder a los malvados, cuando se precipitan al débito de una muerte pavorosa. Sigue: **Al punto desfallecieron**. Expresa también cómo llegan a la **desolación** los que antes se admiraban de que a los malvados les acontecieran cosas felices. En efecto, la expresión: **Al punto desfallecieron** significa el advenimiento de una muerte

²⁹Entiéndase por *Tópicos* el título de un tratado de Cicerón, que trata sobre la invención de los argumentos oratorios.

³⁰Hebr., אֵךְ בְּהִלָּקוֹת תִּשִׁית לָמוֹ [*Ciertamente en resbaladeros los pusiste*]. Los LXX: πλὴν διὰ τὰς δολιότητας ἔθου αὐτοῖς [*Pero con engaños les has puesto trabas*].

³¹Hebr., הִפַּלְתָּם לְמִשּׁוּאוֹת [*los hiciste caer en desolaciones*]. Los LXX leen aquí κατέβαλες αὐτοὺς ἐν τῷ ἐπαρθηναί [*los derribaste, al alzarse*]. De ahí la Vlg.

³²TL., *posuisti eis mala; deiecisti*; Vlg., *posuisti eis mala; deiecisti*.

³³Hebr., מִן־בְּלֹהוֹת [*a causa de los terrores*]. Pero los LXX traducen por διὰ τὴν ἀνομίαν αὐτῶν [*por su desprecio de la ley o también por su maldad*].

repentina. Y, para que no creas que se trata de un morir general, añade: **Pecieron, a causa de su propia iniquidad**, porque los malvados, además de perecer en este mundo, mueren nuevamente –y con muerte perpetua– en aquella condenación final.

Verso 20.– **Como sueño del que se levanta, Señor, en tu ciudad**³⁴ **a nada reducirás su imagen** [*Velut somnium exsurgentis*³⁵, *Domine, in civitate tua imaginem ipsorum ad nihilum rediges*]. Hermosa comparación. Dice que tal felicidad de los malvados es como el **sueño** de los que se despiertan. En efecto, encandilados por determinadas formas de prestigio, a menudo soñamos con llegar a aquello que, en la vida real, perseguimos con avidez. Y es que, cuando se está soñando, el pobre se vuelve rico, de manera inusitada; otro hay que disfruta del cónyuge de su deseo; llega a poseer un tercero el poder ambicionado. Pero, una vez que abrimos los ojos, al desaparecer al instante todas estas cosas, dejamos ya de ver aquello que bien podíamos distinguir, estando la luz apagada³⁶. He aquí que aquella admirable felicidad de los impíos queda reducida al sueño. En efecto, del mismo modo que los muertos ya no pueden poseer riquezas, de ese mismo modo se convirtieron las alegrías de los que se levantan del sueño. Ahora bien, en cuanto que lo que sigue depende de lo anterior, la pausa se ha de fijar precisamente aquí, en esta primera mitad del verso. Sigue: **Señor, en tu ciudad a nada reducirás su imagen**. Expresa ya aquí cómo en aquella Jerusalén celeste los impíos no pueden aparecer ante la presencia del Señor, sino que así como en este tiempo presente mancillaron en sí mismos la **imagen** del Señor, igualmente mancillada se verá también, en aquella patria futura, la imagen de los que serán enviados a la separación³⁷ de la *gehena*. Perecerá, pues, la *imagen*, cuando la misma Verdad –al retirarse– se sustraiga de ellos, no pudiendo retener la semejanza de Aquél, de cuya beatitud no poseerán nada. En efecto, la *imagen* es la semejanza formada de alguna realidad existente.

Verso 21.– **Porque se ha deleitado**³⁸ **mi corazón, y mis riñones se han liberado**³⁹ [*Quia delectatum est*⁴⁰ *cor meum, et renes mei resoluti sunt*⁴¹]. Acaba de profetizar que los impíos serán apartados del reino del Señor. Vuelve ahora a la causa por la que, debido a precisamente a esos impíos, hizo que su **corazón** envidiara con nocivo deleite las prosperidades mundanas. Aparece de aquí, por una parte, que es un gravísimo pecado facilitar la ocasión de embarrar la conciencia de otro; así como la importancia, por la otra, de dar ejemplo, con la ayuda del Señor, a los buenos. Añade: **Y mis riñones se han liberado**. Tomamos, con frecuencia, la palabra *riñones* en lugar de *constancia del espíritu*. Efectivamente, del mismo modo que éstos preservan la salud del cuerpo, así también custodia aquélla el bienestar del alma. Dice, pues, que sus **riñones se han liberado**, porque, con incauta voluntad, había buscado la felicidad de las cosas mundanas.

³⁴Las palabras *en tu ciudad* no aparecen en el texto hebreo; sí, en los LXX: ἐν τῇ πόλει σου [*en tu ciudad*].

³⁵TL. *exsurgentis*; Vlg., *surgentis*.

³⁶Permítaseme la broma, pero ¿acaso leyó estas palabras el eximio Calderón?.

³⁷TL., *in sequestratione*; prop., *in sequestrationem*.

³⁸Hebr., כִּי יִתְחַמֵּן לִבִּי וְכִלְיֹתַי אֵשְׁתַּוֶּן [*Cuando mi corazón se agriaba*]. Los LXX tradujeron aquí por ὅτι ἐξεκαύθη ἡ καρδία μου [*Porque ha ardido mi corazón*], y la Vlg., *quia inflammatum est cor meum*. No se entiende, pues, la versión de Casiodoro, que es la de S. Agustín, *delectatum est cor meum*. Ello supondría leer, en griego, ἡὐφράνθη [*se ha alegrado*] en lugar de ἐξεκαύθη [*ha ardido*], variante que no he encontrado documentada en ninguna parte. Sólo SCIO DE SAN MIGUEL, o.c., pág. 128, en nota 20 a pie de página, la da por segura.

³⁹Hebr., וְכִלְיֹתַי אֵשְׁתַּוֶּן [*y sentía punzarme los riñones*]. Los LXX: καὶ οἱ νεφροὶ μου ἠλλοιώθησαν [*y mis riñones han sido cambiados*], que es la traducción de la Vlg. y también la de S. Agustín: *renes mei mutati sunt*. Tampoco se entiende bien, por tanto, la lección variante de Casiodoro: *renes mei resoluti sunt*.

⁴⁰TL., *delectatum est*; Vlg., *inflammatum est*.

⁴¹TL., *resoluti sunt*; Vlg., *commutati sunt*.

Verso 22.— **Y yo a nada fui reducido, y no supe; como jumento he sido hecho en tu presencia** [*Et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi; ut iumentum factus sum apud te*]. Con razón, **a nada fue reducido** el que se apegaba a tales deseos, envidiando a los pecadores, para afrenta de su Creador. En efecto, **a nada** termina por ser reducido el que está vacío del fruto de la verdadera sabiduría. Y dice también: **Y no supe**, pues la más profunda ignorancia es *no saber* que pecas, como en otro salmo se dijo: *¿Quién conoce los delitos?* (Sal 18,13). Sigue: **Como jumento he sido hecho en tu presencia**. Dice, con razón, que es como un **jumento** aquél de quien la emulación carnal se había adueñado, como si de un animal irracional se tratara. En efecto, en la presencia de Dios, se comportan como los brutos los que se resisten a cumplir sus preceptos y quieren experimentar otra cosa distinta de lo que las santas reglas contienen, como en otro salmo se dice: *No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento* (Sal 31,12).

Verso 23.— **Y yo siempre contigo; cogiste mi mano derecha** [*Et ego semper tecum; tenuisti manum dexteram meam*]. Cuando dice: **Y yo siempre contigo**, muestra que él, ajeno a los ídolos, ha creído con pureza de espíritu en el Señor creador. Pero erraba en esto: en que carecía de un adecuado discernimiento con relación a la felicidad de los pecadores. Y aquí, donde la sentencia ya ha quedado completa, es donde se ha de fijar la pausa. Sigue: **Cogiste mi mano**. Dice que *cogió la mano*. Pero, para que no pienses que se trata de la izquierda, en cuanto que también esta parte del cuerpo tiene una mano, añade: **Derecha**. En efecto, aquél a quien el Señor le toma esta extremidad del cuerpo queda siempre absuelto y liberado, como cuando el Señor tomó la mano derecha de Pedro, que se estaba hundiendo e hizo que caminara sobre las aguas [Mt 14,31⁴²].

Verso 24.— **En tu voluntad⁴³ me condujiste, y con gloria me asumiste** [*In voluntate tua deduxisti me, et cum gloria assumpsisti⁴⁴ me*]. Se significa también aquí la gracia del Señor, con la que redime a los pecadores. No dice, en efecto: *Según mis méritos*, sino que dice: **En tu voluntad me condujiste**, es decir, lo llevó a un entendimiento salubérrimo, entendimiento al que —como si hubiese sido sacado del lugar del sepulcro, tras mortíferas lucubraciones— lo reintegró el Señor, que da la vida. Sigue: **Y con gloria me asumiste**. Anuncia aquí la encarnación futura, por la que, en virtud de su piedad, se dignó **asumir** la condición humana. En efecto, ¿qué hay más admirable que el hecho de que la naturaleza mortal, por la encarnación del Verbo, sea colocada a la derecha del Padre, y que aquella condición humana —sometida a las tentaciones diabólicas, después del pecado del primer hombre— esté destinada a juzgar a vivos y muertos?. De aquí también que, de manera excelente y clara, el obispo Juan de Constantinopla dijera: *Conozcamos [248] cuál es la naturaleza de aquél a quien dijo: Sé partícipe de mi sede; aquella naturaleza que oyó: ‘Eres tierra y a la tierra irás’* (Gén 3,19)⁴⁵.

Verso 25.— **Pues, ¿qué queda para mí en el cielo? Y, fuera de ti, ¿qué he querido en la tierra?** [*Quid enim mihi restat in⁴⁶ caelo, et a te quid volui super terram*]. Después de haber dicho cómo el hombre, por voluntad del Señor, fuera liberado de tal sentimiento perverso, se llega a la cuarta parte, en la que —una vez libre— enumera los bienes de su misericordia⁴⁷. En efecto, cuando

⁴²Sin embargo, el evangelista no especifica. Dice sólo que lo agarró de la mano: ὁ Ἰησοῦς ἐκτείννας τὴν χεῖρα [*Jesús, extendiendo la mano*].

⁴³Hebr., בְּעֵצְתְּךָ [*con tu consejo*]. Los LXX: ἐν τῇ βουλή σου [*en tu consejo*].

⁴⁴TL., *assumpsisti*; Vlg., *suscepisti*.

⁴⁵J. CHRYSOSTOMOS, *In homil., de Ascensione* (PL 62, 152).

⁴⁶TL., *restat in*; Vlg., *est in*.

⁴⁷TL., *bona misericordiae*; in textu: [*ed., bonam misericordiam*].

dice: **¿Qué queda para mí en el cielo?**, se ha de sobreentender: ¿Qué cosa más grande pediré, es decir, qué otra cosa más grande existe que aquello que vas a dar al mundo?. Se refiere al beneficio de la santa encarnación, al hecho de que Dios-hombre, de dos y en dos naturalezas distintas y perfectas, aparezca como el único Cristo y absuelva, por medio de la gracia de la redención, al condenado por la ley del pecado. Pero, en cuanto a lo que sigue, entiéndase que viene dicho en sentido de increpación contra sí mismo: **Y, fuera de ti, ¿qué he querido en la tierra?**, como si dijera: Yo, desconocedor de la verdad, ¿qué cosas esperaba en la tierra?. ¿Acaso querer poseer bienes caducos, que también poseen los pecadores, mientras que Tú preparabas dones que habrían de permanecer por siempre?. Éstas son, sobre todo, las riquezas que saludablemente debemos desear; ésta es la felicidad, cuya abundante posesión alegra verdaderamente al cristiano: pobreza en este mundo, pero riqueza en el cielo.

Verso 26.— **Desfalleció mi carne y mi corazón. Dios de mi corazón, y porción mía, Dios, por los siglos**⁴⁸ [*Defecit caro mea et cor meum. Deus cordis mei, et pars mea Deus in saecula*]. Se dice que algo *ha desfallecido*, porque ha dejado de tener efecto⁴⁹. Sí, **había desfallecido el pensamiento carnal**, que en él había errado. Pero se confiesa a Aquél, ante quien reconocer la culpa es ya el remedio, esto es: confesar los delitos supone la tranquilidad del espíritu. Y observa que, en un mismo verso, la palabra **corazón** se utiliza en sentido positivo y negativo. *Desfalleció el corazón*, es decir: desfalleció, ciertamente, el pensamiento perverso. Pero dice asimismo: **Dios de mi corazón**, expresión que significa el buen entendimiento, al reconocer saludablemente que había errado. Se ha de notar también lo siguiente: que, con frecuencia, en las Escrituras divinas se habla de este órgano del cuerpo como del lugar de donde nacen los consejos, conforme a lo que está escrito: *Del corazón del hombre proceden los malos pensamientos* (Mt 15,19). Y, aunque digan algunos que la sede de la sabiduría está en el cerebro, por lo que al corazón respecta, se ha de dar mayor crédito a Aquél que creó nuestros corazones. Sigue: **Y porción mía, Dios, por los siglos**. Dios es **porción** de aquel hombre que, por la fe, se asocia a su Majestad con el aval de acciones dignas de aprobación. Por su parte, la expresión: **Por los siglos** constituye la promesa de que, por siempre, está unido a Él. Propio de los perfectos es, en verdad, no querer separarse nunca de Aquél que, cuando está ausente, su lugar siempre lo ocupa el lugar el error.

Verso 27.— **Porque he aquí que los que se alejan de ti perecerán; hiciste que se perdieran todos los que fornican apartándose de ti** [*Quia ecce qui elongant se a te peribunt; perdidisti omnes qui fornicantur abs te*]. Vuelve a hacer mención de aquéllos de los que anteriormente dijo: *Al punto desfallecieron; perecieron a causa de su propia iniquidad* (Sal 72,19). En efecto, se **alejaron** de Él los que, sirviendo a los ídolos, no adoraron al Dios verdadero. Como ya varias veces se ha dicho, bien es cierto que este Asaf, que sí creía en Dios, se había alejado de Él, por un poco de tiempo, para volver, una vez hubo reprimido los perversos pensamientos, que suscitaba en él la felicidad de los pecadores. Sigue: **Hiciste que se perdieran todos los que fornican, apartándose de a ti**. Dice: **Los que fornican, apartándose de a ti**, esto es: cuando, dejándonos llevar por bastardos pensamientos, nos alejamos de la castidad propia del amor y, prefiriendo la lujuria del mundo, desdeñamos la enseñanza celestial. De todo manifiesto es que esto lo practican aquéllos que deciden abandonarse a los vanos cultos idolátricos y a las supersticiones de la impiedad. En resumidas cuentas: todo cuanto es creído contra la fe católica es **fornicar** con sucios sentimientos.

⁴⁸Hebr., צוֹרֶלְבָבִי וְחֶלְקִי אֱלֹהִים לְעוֹלָם [roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre]. Los LXX: ὁ θεὸς τῆς καρδίας μου καὶ ἡ μερίς μου ὁ θεὸς εἰς τὸν αἰῶνα [el Dios de mi corazón; y mi parte, Dios para siempre].

⁴⁹*Defectus est > deest effectus.*

Verso 28.— **Pero bueno es para mí estar adherido a Dios, poner en Dios mi esperanza, para proclamar todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion**⁵⁰ [*Mihi autem adhaerere Deo bonum est, ponere in Deo spem meam: ut annuntiem omnes laudes*⁵¹ *tuas in portis filiae Sion*]. He aquí puesto de manifiesto el sentimiento aquel, al que antes nos referimos, esto es: que, a pesar de que los pensamientos perversos habían logrado ensuciarlo, no se alejó, sin embargo, del culto del Señor, pues dice: **Bueno es para mí estar adherido a Dios**. Se **adhiera**, en verdad, a Dios todo el que se une a Él con verdadera fe y buenas acciones. En efecto, así como dice que los impíos se han alejado, así confiesa haberse adherido él al Señor, de tal suerte que, haciendo lo contrario de lo que hacen aquéllos, pueda hallar una diferente posibilidad de remuneración. Sigue: **Poner en Dios mi esperanza**. Explica la expresión inmediata anterior. En efecto, *se adhiere a Dios* quien **pone su confianza** en el Señor, porque nada puede suponer dicha más grande que entregarlo todo a Aquél que convenientemente dará a sus adoradores los premios futuros. Añade: **Proclamar todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion**. Hemos dicho, varias veces, que **Sion** es un monte, que se eleva en Jerusalén y que, en nuestra lengua latina, lo traducimos por *speculatio* [contemplación]. Consta, por consiguiente, que esta **hija de Sion** —es decir, hija de la contemplación— es la Iglesia católica, donde verdaderamente **proclama las alabanzas** del Señor todo el que, con espíritu puro, asintiere en la fe. **En las puertas**. Por esta expresión es preferible entender la entrada misma en la vida cristiana: cuando el pueblo de la nueva regeneración es conducido, para recibir la fe verdadera.

Conclusión del salmo

¡De qué admirable manera este *Asaf*, cuyo nombre significa *sinagoga*, ha rechazado los errores del pasado y recibido los dones de la fe futura!. En efecto, deliberó con sabiduría y eligió en modo excelente, de suerte que, tras aquella salutífera promesa sobre la venida del Señor, no sin razón, parezca convenir a este salmo el número setenta y dos del Salterio, porque con equilibrada moderación —como discerniendo la totalidad, haciendo uso de una balanza muy exacta— sopesó ambos aspectos de sus lucubraciones. Mediante estas admoniciones, queda completado el proceso de formación del cristiano, de suerte que no se abandonen a los malos pensamientos cuantos corren presuroso a entregarse al Señor. Concédenos, oh Dios, no sentir envidia de aquéllos que en tu verdad condenas; danos, por el contrario, que también nosotros aborrezcamos a los que Tú aborreces y que amemos de verdad a los que Tú amas, porque no pueden tener parte Contigo, si no acatan con verdadero espíritu de fe los mandatos de tu voluntad.

SALMO SETENTA Y TRES

Inteligencia para Asaf

[*Intellectus Asaf*]

Inteligencia significa la inspección divina, que este salmo contempla, en todo momento, con gran deseo de piedad. Como varias veces se ha dicho, el nombre de **Asaf** se traduce por *sinagoga*, llamada ahora *Iglesia*. Con piadosa lamentación, deplora ésta las desgracias de la ciudad de Jerusalén. ¡Admirable piedad, asombrosa clemencia: hacer que la calamidad futura sea para ella

⁵⁰En el texto hebreo no aparece la expresión: *En las puertas de la hija de Sion*, pero los LXX cierran el salmo, diciendo: ἐν ταῖς πύλαις τῆς θυγατρὸς Σιών [*En las puertas de la hija de Sion*]. De donde también la Vlg.

⁵¹TL., *laudes*; Vlg., *praedicationes*.

motivo de llanto presente y lamentar así las desgracias que todavía están por venir, como si experimentara ya haberlas sufrido!. Encontrarás que, además del presente salmo, este modo de expresión –lleno de caridad y de compunción por amor al prójimo– será cantado también en los salmos setenta y ocho y ciento treinta y seis. Pero, puesto que las lágrimas, fruto de la tristeza, son comunes a todos ellos, debemos averiguar qué diferencia existe entre quienes hacen penitencia y los que se lamentan. Los *penitentes* ruegan por sus propios pecados o por los errores de los demás, de manera que el Señor [249], en su juicio, perdone los delitos cometidos y no castigue los errores. Por su parte, *los que se lamentan* lloran con sentido de piedad las calamidades de la ciudad y la perdición de sus ciudadanos, males que¹ o bien ya han sufrido o que, ciertamente, habrán de sufrir. De aquí las palabras del Apóstol, exhortando a la caridad para con el prójimo: *Gozar con los que gozan, llorar con los que lloran* (Rom 12,15). Consideremos ahora el mismo orden y argumentación de los salmos. En el salmo setenta y uno se halla la promesa de la futura encarnación del Señor. En el setenta y dos –una vez dejados atrás los errores– elige Asaf el camino a seguir. Pero, en el presente salmo setenta y tres, se deplora la ruina de la ciudad, a fin de que el corazón de los judíos, sobremana endurecido, se llene de terror, a la vista de las desgracias acaecidas a su propia ciudad. Todo lo hizo el Médico bueno, si el enfermo hubiese querido curarse. Pero recordaremos que la autoridad de la Iglesia transmite que –en aquellos días, en que la crudelísima plebe judía crucificó a Cristo el Señor– la ciudad de Jerusalén fue devastada², de manera que no hubiese duda de que el desastres de aquella época fue consecuencia de los excesos propios de la soberbia. Pasemos ahora a las demás cosas.

División del salmo

Es el pueblo israelita, que representa la figura devotísima de la Sinagoga, el que habla a lo largo de todo el salmo. En la primera parte, deplora por qué fueron entregados a los gentiles, hasta el punto de que la audacia de los enemigos llegara a profanar el santuario del Señor, recordando que fue el corazón impenitente de algunos judíos el causante de la severidad del juicio del Señor. Dice en la segunda que, merced a la venida de Cristo, las iniquidades y supersticiones de los hombres fueron destruidas, enumerando las diversas maravillas que hizo el Señor, entre las cuales suplica que acuda en socorro de los judíos errantes. Ruega en la tercera parte que, acordándose de sus promesas, libere de la muerte a los descendientes de Abrahán y llegue hasta Él la soberbia de los romanos, que en manera desmesurada³ llegaron a engrandecerse. Escuchemos este salmo, muy atentos los sentidos, pues es, en verdad, admirable su lamento por la catástrofe de Jerusalén.

Exposición del salmo

Verso 1.– **¿Por qué, oh Dios, has rechazado para siempre? Encendido está tu furor contra las ovejas del rebaño tuyo** [*Utquid, Deus, repulisti in finem? Iratus est furor tuus super oves gregis tui*⁴]. Viene introducido el pueblo, suplicando a Dios que se digne apartar de los israelitas la destrucción, que se vislumbraba ya inminente. **¿Por qué?**. No dice esto el que imputa, sino el que pregunta. Ciertamente, con razón, preguntaba aterrorizado por qué el santuario del Señor habría de padecer tan nefanda desolación, con el temor de que –pues la destrucción del templo fue permitida–

¹TL., *quem*; in textu: [ms., A., quae].

²Se refiere aquí a S. Agustín, el cual, de manera más clara, expresa este mismo hecho, cuando dice: *Acordaos de lo que dije: que fue arrasada la ciudad de Jerusalén, cuando se celebraba la solemnidad de la Pascua, en cuya festividad también los judíos crucificaron a Cristo.* (S. AGUSTÍN, o.c., vol. 2, pág. 938).

³TL., *immaniter*; in textu: [ms., A., F., inaniter].

⁴TL., *gregis tui*; Vlg., *pascuae tuae*.

también el pueblo judío fuera exterminado completamente. En efecto, ¿quién puede considerarse a salvo, si observa que ni siquiera no guarda respeto para con los lugares santos?. **Has rechazado**, es decir: has arrojado de Ti, nos has apartado de tu protección. **Para siempre**, expresión que significa, en este caso⁵, la desolación y cautividad, que –según cuenta la historia– sufrió Jerusalén en tiempos de Tito y Vespasiano, emperadores de Roma. Continúa diciendo: **Encendido está tu furor contra las ovejas del rebaño tuyo**. Llama **ovejas** al pueblo judío, a fin de que, nombrado el rebaño, se conmueva la misericordia del piadoso Pastor. Añade el adjetivo posesivo **tuyo**, porque siempre nos resarcimos con mayor moderación de aquéllos que recordamos que, en otro tiempo, fueron nuestros.

Verso 2.– **Acuérdate de tu comunidad, que tú creaste desde el principio; liberaste la vara de tu heredad⁶, del monte Sion, en el que habitaste** [*Memento⁷ congregationis tuae, quam creasti⁸ ab initio; liberasti⁹ virgam haereditatis tuae, montis¹⁰ Sion, in quo habitasti¹¹*]. Observa con cuidado de cuántos modos busca la benevolencia del Juez, para que así puedas apreciar cómo los argumentos de los orantes van alcanzado altura. En efecto, se enumeran los bienes antes concedidos, con objeto de que el ánimo del buen Juez se sienta movido a conceder los dones acostumbrados. Ruega, por lo cual, que se digne mirar, más bien, los beneficios con que los agració antaño, que no sus errores de hoy. En efecto, la **comunidad** de los judíos, gracias a su auxilio, tuvo mucha mayor preponderancia, cuando los hacía crecer bajo el poder del pueblo egipcio, y cuando –conforme a su pláceme– se dignó liberarlos, por medio de milagros extraordinarios. Y es que, aunque todos los pueblos sean creación suya y a todos los gobierne, a los judíos los **creó** –por así decirlo– de una manera especial, dándoles la ley, enviándoles a los profetas y realizando en medio de ellos signos portentosos. Dice: **Desde el principio**, esto es, el principio de la fe y del culto, que el pueblo hebreo recibió, siendo Moisés intermediario. Prosigue: **Liberaste la vara de tu heredad**. La **heredad** del Señor fue el pueblo judío, mientras que, con corazón sincero, le servía. A esta **heredad** la llamó **vara**, a causa de Moisés, su siervo, a quien le fue dado realizar maravillas, sirviéndose de una **vara**, para que, robustecidos con la fuerza divina, salieran valerosos del país de Egipto. En efecto, por medio de esta vara fue doblegada la dureza del faraón [Éx 7,20], por medio de ella ríos de agua manaron de la sequedad de la roca [Éx 17,6]. Y, con razón, esta **heredad** fue llamada **vara**, vara que tan grandes portentos pudo realizar. He aquí la razón por la que estas cosas vienen al recuerdo: mostrar cuán grandes prodigios fueron hechos por su medio. Añade también el colmo insigne de la perfección, es decir: el **monte Sion, en el que habitaste**. En efecto, aquellos milagros precedentes llegaron hasta los beneficios de este **monte**. No hay duda, ciertamente, de que cuantos hechos son narrados en el Antiguo Testamento por la siguiente razón¹² tuvieron lugar: para fuesen anticipo de la verdad contenida en el Nuevo. En efecto, la expresión: *En el monte Sion, en el que habitaste* significa realmente la ciudad de Jerusalén, en la que el pueblo israelita residía, donde corporalmente **habitó** Cristo el Señor, a fin de impedir que se precipitaran hacia una desastrosa desolación aquellos lugares en los que Él se dignó mostrarse

⁵Explica que, *en este caso*, la expresión *in finem* no hay que referirla a Cristo –como, como frecuencia se ha dicho–, sino que tiene el significado de *por siempre*.

⁶Hebr., נִצַּלְתָּ שֶׁבֶט נַחֲלֶיךָ [redimiste la vara de tu heredad]. Los LXX: ἐλυτρώσω ῥάβδον κληρονομίας [*libera la vara de tu heredad*]

⁷TL., *Memento*; Vlg., *memor esto*.

⁸TL., *creasti*; Vlg., *possedisti*.

⁹TL., *liberasti*; Vlg., *redimisti*.

¹⁰TL., *montis*; in textu: [ms., A., mons].

¹¹TL., *in quo habitasti*; Vlg., *in quo habitasti in eo*.

¹²TL., *ideo*; in textu: [mss., a Deo].

a los ojos humanos. Tierra enteramente refulgente, en virtud de los milagros; digna de ser venerada, por la visita del Señor; tierra en la que fue dado ver a los ojos carnales –o mejor creer– aquello que es la felicidad suma. Este argumento se conoce, en latín, con el nombre de *a laude rei laesae* [a motivo de la alabanza de una cosa lastimada], de manera que tanto más aumentara el odio a los enemigos cuanto mayor había sido la santidad de los lugares devastados por su arrogancia.

Verso 3.– **Levanta tu mano contra su soberbia hasta el fin**¹³. **¡Cuántas maldades cometió el enemigo en tus cosas santas!** [*Eleva manum tuam in superbiam eorum in finem; quanta malignatus est inimicus in sanctis tuis!*¹⁴]. Estas palabras no son propias del que está airado, sino del que desea, más bien, el remedio de la corrección. Prevaleció, ciertamente, la súplica israelita. En efecto, ¿dónde floreció más extensamente el culto de la religión cristiana que en la ciudad de Roma, ciudad que, antaño, reivindicó para sí las supersticiones de los gentiles, en medida aún mayor que las tierras restantes?. **Se levantó**, pues, contra ellos el poder del Señor, cuando cambió su soberbia por la gracia de la humildad y los condujo así **hasta el fin**, esto es: hasta el Señor Salvador. En efecto, ¡cuán sobremanera nefandos son allí los signos de los templos! ¡Cuánto resplandecieron los dones de las celestiales Iglesias y de los bienaventurados mártires!. De manera que, consideradas ambas cosas, se entienda cuán grande es, en verdad, el poder de Cristo el Señor, que de tan supersticiosa plebe hizo que naciera la más santa de las ciudades. Sigue diciendo: **¡Cuántas maldades cometió el enemigo en tus cosas santas!**. El **enemigo** es aquí el pueblo romano, que en aquel tiempo –como se ha dicho– era tenido por adorador insigne de los ídolos. Éste **cometió maldades en sus lugares santos**, cuando los sacerdotes y todos los servicios del templo [250] fueron abiertos y entregados a la rapiña, y toda la gente hebrea o pereció a filo de espada o fue sometida al oprobio de la cautividad. Esta crudelísima guerra viene narrada en los siete libros de historia de Flavio Josefo¹⁵.

Verso 4.– **Y se gloriaron los que te odiaron en medio de tu atrio**¹⁶; **pusieron como signos**

¹³Hebr., הָרִימָה כְּעִמְיָה לְמִשְׁאוֹת נֶצַח [Alza tus pies a las ruinas perpetuas]. LXX: ἔπαρον τὰς χεῖράς σου ἐπὶ τὰς ὑπερηφανίας αὐτῶν εἰς τέλος [Levanta tus manos contra las arrogancias de ellos hasta fin].

¹⁴TL., *Eleva manum tuam in superbiam eorum in finem; quanta malignatus est inimicus in sanctis tuis!*; Vlg., *Leva manus tuas in superbiis eorum in finem; quanta malignatus est inimicus in sanctis tuis!*

¹⁵FLAVIO JOSEFO, *La guerra los judíos*. La obra se divide en siete libros, como ya avanza el propio Josefo en el proemio. El libro I narra los acontecimientos desde la sublevación de los Macabeos (167 a. C.) hasta la muerte de Herodes I el Grande, siendo el único de los reyes judíos sobre el cual Josefo se extiende con detalle. El libro II avanza desde ese momento (4 a. C.) hasta el año 66, centrándose en los sucesores de Herodes y el gobierno de los procuradores romanos, describiendo los inicios de la revuelta judía en Cesarea y las primeras actividades en Galilea del propio Josefo como líder militar. El libro III versa sobre la campaña de los romanos en Galilea hasta otoño del año 67, relatando la llegada al frente de Vespasiano, la toma de Jotapata y la rendición de Josefo. El libro IV da cuenta de las últimas actividades de los romanos en Galilea, la conquista de Gamala y el ascenso al trono de Vespasiano, tras la muerte de Nerón, en el llamado año de los cuatro emperadores (69). Los libros V y VI son los más destacados de la obra, al narrar el asedio y la caída de Jerusalén (70) y la destrucción del Segundo Templo por orden de Tito, hechos a los que asistió el propio Josefo como testigo directo. Por último, el libro VII es un añadido posterior, y menos riguroso, que se centra en las últimas operaciones militares romanas en Judea, como la conquista de las tres últimas fortalezas judías rebeldes (el Herodión, Maqueronte y Masada), los honores recibidos por los Flavios en Roma y las postreras revueltas judías de Egipto y Cirene (Ed. Porrúa, México 2008).

¹⁶TL., שָׂאוּ צִרְיָהֶם בְּקֶרֶב מוֹעֵדָךְ [Bramaron tus enemigos en medio de tu lugar de reunión]. LXX: καὶ ἐνεκαυχήσαντο οἱ μισοῦντές σε ἐν μέσῳ τῆς ἐορτῆς σου [Y se jactaron los que te odian en medio de tu solemnidad].

sus propios signos, y no conocieron¹⁷ [*Et gloriati sunt qui oderunt te in medio atrio tuo*¹⁸; *posuerunt signa sua signa, et non cognoverunt*]. A causa del desprecio del templo sacratísimo, va creciendo ya por ello un odio aún mayor contra los soberbios, a fin de que, en la inculpación del violador de la santa religión aparezca claramente en qué grado fue despreciada la Divinidad. Pero, como a todo delito debe seguir el castigo, se ha puesto aquí: **Se gloriaron**, con objeto de se vea que no sólo pecaron, sino que también arrastraron el mal para su propia gloria. Añade también: **Los que te odiaron**, en modo de no tener que sufrir pacientemente lo perpetrado por los enemigos. Sigue diciendo: **En medio de tu atrio**. Tienen como fin estas palabras expresar un gran desprecio: precisar que el sacrilegio no se cometió en un lugar alejado cualquiera, sino *en medio del atrio*. Sigue: **Pusieron como signos sus propios signos, y no conocieron**, es decir: águilas, dragones y demás cosas que el ejército romano solía usar en la batalla, o también las estatuas, que – como recordatorios de sus victorias– erigían los emperadores para su propia gloria sobre los arcos triunfales de las entradas de la ciudad. Sigue de nuevo –pero dicha ahora con dolor– la palabra **signos**, con el fin de que la misma repetición mueva al justo Juez al desquite inminente. Esta figura retórica recibe el nombre de *epembasis*, cuantas veces, para obtener la amplificación de una determinada cosa, se repiten de cerca las mismas palabras, dando a entender que se ha aplicado a las fuerzas humanas lo que, por dispensación divina, había sido permitido. En efecto, para que entiendas que éste es el sentido pretendido, añade: **Y no conocieron**. Porque, si hubiesen conocido, ciertamente, habrían sacrificado para Ti y no habrían elegido rendir culto al demonio. Esta cautividad o ruina, profetizada entonces, tuvo lugar mucho tiempo después. En efecto, cuando se decían estas cosas, el templo de Jerusalén aún no existía, pues leemos que éste fue construido por su hijo Salomón. De donde se hizo verdaderamente manifiesta la gran virtud de la profecía celestial: predecir su misma destrucción, aún antes de haber tenido lugar su construcción.

Verso 5.— **Como en el camino sobre lo más alto, como en un bosque de árboles, a hachazos destrozaron sus puertas en él mismo; con destreal y azuela la derribaron** [*Sicut in viam*¹⁹ *super summum, quasi in silva lignorum securibus exciderunt ianuas eius in idipsum; bipenni et ascia*²⁰ *deiecerunt eam*]. Cuanto más se expresa el desprecio de los enemigos tanto más se urge la llegada del desquite. En efecto, en estos dos versículos se expresa vehementemente el ánimo del que se duele, en modo de decir: Así *pusieron sus propios signos* en tu templo, como suelen ser colocadas las estatuas de los príncipes en las plazas, en lugares elevados, para que se reavive, a su vista, la memoria de los que por ellos pasan. En efecto, ¿qué otra cosa más execrable hay que atreverse a hacer en los interiores del templo aquello de lo que en las plazas se jactan los sacrílegos?. Sigue otro deplorable lamento, dentro de la misma comparación, y es que aquellas **puertas** del templo veneradísimo habían sido destrozadas **a hachazos**, como suelen hacer los leñadores furtivos en los bosques, donde no hay guarda ni nadie que pueda impedirlo. Pero quisieron los antiguos que la palabra latina *ianuae* [puertas] procediese de Jano, porque por él –como creían– tenía lugar el comienzo del año. Añade también la expresión: **En él mismo**, es decir, en el templo, de manera que la naturaleza en sí del hecho, debido a la dignidad del lugar, causara un dolor más grande todavía. Sigue: **Con destrales y azuelas la derribaron**. La **destreal** es una herramienta de hierro trabajada

¹⁷Al final del verso 4, los LXX dicen: καὶ οὐκ ᾔγνωσαν [Y no conocieron]. Sin embargo, en el texto hebreo, la lectura es otra. En efecto, al comienzo del verso 5, se dice יִיְיָ וְעַל כָּתֹבֹתָיָהּ [yiwwāda' kēmebî], cuyo significado es *parece como si alguien*. Y, así, el sentido general de los versos 5-6 sería el siguiente: *Como el que levanta en alto hachas, para usarlas en la espesura de un bosque, cortando sin distinción, a diestro y siniestro, todo lo que encuentra a su paso, así ahora ellos con hachas y machetes han destrozado todas sus entabladuras*.

¹⁸TL., *in medio atrio tuo*; Vlg., *in medio sollemnitis tuae*.

¹⁹TL., *Sicut in via*; Vlg., *Sicut in exitu*.

²⁰TL., *bipenni et ascia*; Vlg., *in securi et ascia*.

por ambas partes, que se utiliza para la tala de árboles y que resulta muy a propósito para cortar vigas. Su nombre latino *–bipennis–* se debe a que tiene doble filo. En efecto, los antiguos llamaban *pinnum* a algo que era agudo. La **azueta** es una herramienta de hierro curvado, a modo de nariz aguileña, mediante la cual la mano del artesano busca con mayor cuidado lo que se debe cortar en trozos más menudos. Por consiguiente, para indicar que la ciudad fue devastada enteramente, haciendo uso de estos instrumentos fabriles, fueron destruidas tanto las cosas grandes como las más pequeñas. En efecto, la mano cruel destruyó todo lo que con el *hacha de dos filos* pudo cortar o con la *azueta* conseguir. A este respecto, para expresar el dolor del profeta, léanse las siguientes palabras de Jeremías: *Mirad si hay dolor como el dolor que me fue dado [...]. Me entregó el Señor en sus manos y no podré estar en pie* (Lam 1,12.14).

Verso 6.– **Incendiaron con fuego tu santuario; en la tierra mancillaron el tabernáculo de tu nombre** [*Incenderunt igni sanctuarium tuum; in terra polluerunt tabernaculum nominis tui*]. Crece el dolor, allí donde aumenta la tragedia de la destrucción. En efecto, el hacha de doble filo y la azuela pudieron destrozar únicamente los maderos, pero correspondió después al fuego devorarlo todo al mismo tiempo. Mas, ¿qué pudo suceder –pregunto– con las casas privadas, allí donde el furor del enemigo no respetó el **santuario** del Señor?. Ahora bien, en la literatura profana, donde incluso se permite decir cosas que resultan claramente superfluas, la expresión: **Incendiaron con fuego** se conoce con el nombre de *pleonasmos*. Sin embargo, dicha figura literaria –tal es mi parecer– no es conforme a las Escrituras divinas, pues en ellas todo es útil, todo es necesario y todo es perfecto. Por ello, mediante este modo de locución, debemos entender, más bien, lo que comúnmente se entiende, cuando decimos: oí con mis oídos, vi con mis propios ojos, siendo así que no es posible ver con los ojos de otro o escuchar con oídos que no son los nuestros. Sigue diciendo: **En la tierra mancillaron el tabernáculo de tu nombre. El tabernáculo de su nombre** fue el templo, que con admirable fábrica construyó Salomón, en cuya dedicación –orando– así decía: *Pero yo edificué la casa de su nombre* (1Re 8,21), y todo lo que viene después. Por tanto, la mano del devastador profanó este **tabernáculo**, que el poder del cielo visitaba, y hasta la tierra misma derribó las alturas, que fueron construidas para alabanza del Señor. Y observa que, en estos cuatro versos, aparece la conocidísima figura literaria llamada *auxesis*, en latín, *augmentum* [aumento]. En efecto, la atrocidad del hecho va creciendo de más en más, a fin de que, como remedio a tan desmesurados excesos, haya de salir al encuentro la omnipotencia misma del Juez. Hecho éste que halla aplicación, sobremanera útil y conveniente, ya sea en la alabanza ya en el vituperio, como dice el Apóstol, cuando escribe a los romanos: *Sabiendo que la tribulación obra la paciencia; la paciencia, la prueba; la prueba, la esperanza, pero la esperanza no defrauda* (Rom 3,4-5).

Verso 7.– **Dijeron en su corazón los de su parentela²¹ entre sí: Venid, suprimamos de la tierra todas las solemnidades del Señor** [*Dixerunt in corde suo cognatio eorum inter se²²: venite comprimamus omnes solemnitates Domini²³ a terra*]. Habrían podido suscitar la misericordia del Señor los males antes enumerados, si los judíos no hubiesen seguido obstinándose, aún más, en la soberbia. En efecto, pese a haber padecido semejantes cosas, su espíritu no llegó a apartarse de las blasfemias. **Dijeron en su corazón**. Y, con objeto de que no se crea que se trata sólo de unos pocos,

²¹Hebr., אָמְרוּ בְּלִבָּם יְנִיחַ [Dijeron en su corazón: destruyámoslo de una vez], entendiéndose aquí el hebreo יְנִיחַ [nīnām] como futuro qal primera persona del verbo יָהַן [yhn, destruir, arrasar] más sufijo de tercera persona plural masculino. Otros, sin embargo, hacen derivar dicha expresión hebrea de נִין [nīn, parentela, descendencia] más el mismo sufijo, es decir: la parentela de ellos, los hijos de ellos. Así lo entendieron los LXX, al traducir: ἡ συγγένεια αὐτῶν [la familia, la descendencia de ellos]. De donde también la Vlg.

²²TL., *inter se*; Vlg., *simul*.

²³TL., *venite comprimamus omnes solemnitates Domini*; Vlg., *quiescere faciamus omnes dies festos Dei*.

añade: **Los de su parentela entre sí**, de manera que, con razón, la desgracia no quedase sin efecto en el corazón impenitente. Sigue: **Venid, suprimamos de la tierra todas las solemnidades del Señor**. Se refieren aquí las palabras de los judíos enfurecidos, porque habían visto [251] destruida su ciudad y profanado el templo santo de Dios. Con necedad y llenos de furia, dijeron: *Abandonemos la ley del Señor, que ha desdeñado vengarnos*, no considerando que podían merecer cosas mucho más graves los que pusieron todo su empeño en crucificar a Cristo el Señor. En efecto, Asaf, al que la inteligencia previamente anunciada en el título lo adornaba, no podía decir en persona tales cosas.

Verso 8.— **No hemos visto nuestros signos; ya no hay profeta, y no nos conocerá más**²⁴ [*Signa nostra non vidimus*²⁵, *iam non est propheta; et nos non cognoscet amplius*]. Hombres en gran manera dementes, que —tras el crimen cometido— consideraban para sí que se les podían ofrecer **signos**, tales como aquéllos que habían merecido antes de incurrir en tan extraordinaria culpa. Les venía, ciertamente, al pensamiento cuántas naciones, con la ayuda del Señor, habían postrado sus padres, cuántos reinos sometieron, después de luchas que duraron poco tiempo. Y, afianzados en la culpa extrema, afirmaban que a ellos se les habían arrebatado aquellos *signos* que antaño les fueron concedidos a sus piadosos padres. Porsigue: **Ya no hay profeta, y no nos conocerá más**. Son aún palabras de los judíos, sumidos en la desesperación. En efecto, en los tiempos antiguos, siempre que los israelitas se sentían oprimidos por alguna desgracia, acudiendo a los profetas, bajo mandato del Señor, recibían de ellos instrucción sobre qué habían de hacer, aunque la dureza de sus corazones desdeñara obedecerlos. Pero, al no tenerlos —llegado el tiempo culminante de la venida del Señor— decían que el Señor les había abandonado, en cuanto que no estaban ya a su vista aquellos profetas por los que solían ser amonestados en el pasado. En efecto, sobre estos tales está escrito: *El pecador, cuando llega a lo profundo de los males, llega al desprecio* (Prov 18,3). Nadie, a no ser el pueblo judío, pudo decir estas cosas, porque los romanos servían por entonces a los ídolos nefandos. En efecto, Asaf —inteligente y fuera de lo común en santidad— oró con súplica admirable por el pueblo judío. Pero, con objeto de que no se considerase inclemencia de la Divinidad, ya que no fue obtenida respuesta en favor de éstos, añadió las culpas y desesperación de los judíos, de modo que justamente recibieran el castigo merecido aquéllos en los que, a pesar de tantos y tan grandes delitos, nunca existió el arrepentimiento que hubiera sido de esperar.

Verso 9.— **¿Hasta cuándo, oh Dios, durará la afrenta del enemigo? ¿Irrita el adversario tu nombre para siempre?** [*Usquequo, Deus, improperebit inimicus; irritat adversarius nomen tuum in finem?*]. Clama como el que suplica que alguien le ayude; gime como el herido, que pide un médico, diciendo al Señor: ¿Por cuánto tiempo vas a soportar los improprios, que el incrédulo judío mueve contra Ti?. Dice esto no para buscar la perdición de aquéllos que considera que sí debían llorar, sino para que, por el beneficio de la confesión, cambiaran éstos para mejor. Sigue diciendo: **¿Irrita el adversario tu nombre para siempre?**. Explica con esto lo dicho anteriormente. Largo tiempo soporta el Señor las murmuraciones de los malvados, hasta que —compadecido— hace llegar a sus enemigos a la confesión de su nombre. En efecto, de tal modo puede Él hacer cambiar a los detractores, que a aquéllos que, en un primer momento, hablaron con lengua mortífera, se les oye, después, alabarlos con palabras agradecidas. En efecto, el verbo **irritar** parecería estar tomado del hábito de los perros, en cuyos ladridos suena muchísimo la letra R. Las palabras **para siempre** significan aquí el final del mundo, tiempo en el que el pueblo judío habrá de creer en su mayor parte.

²⁴Hebr., וְלֹא־אֶתְּנוּ יָדָעַ עַד־כַּחַּ [y entre nosotros nadie sabe hasta cuándo]. Los LXX: καὶ ἡμᾶς οὐ γινώσκεται ἔτι [y ya no nos conocerá].

²⁵TL., in textu: *vidimus* [ed. *videmus*].

Verso 10.— **¿Por qué apartas tu rostro²⁶, y tu derecha de en medio de tu seno por siempre?** [*Utquid avertis faciem tuam²⁷ et dexteram tuam de medio sinu tuo in finem?*]. Habla al Señor, que —a modo de quien está ofendido, como alguien que se siente airado— se niega a mirar a los pueblos pecadores, a fin de que se vea que perseveran aún en su maldad. En efecto, una vez aplacado, a los que —por dispensación admirable— tuviese a bien escuchar, hace que les llegue su corrección y a los que propiciamente mirare, su curación. Sigue: **¿Y tu derecha de en medio de tu seno por siempre?**. Aparece aquí otro hecho misterioso del Antiguo Testamento. En efecto, así como a Moisés le fue concedido el poder de hacer milagros, sirviéndose de una vara, así también se le ordenó meter su **derecha** en el seno y, después, una vez sacada, se vio que estaba cubierta de lepra. Y se le mandó que metiera, de nuevo, la mano en el seno y, al momento, quedó curada (Éx 4,3-7). Se significaba así que el pueblo judío, al alejarse de Cristo el Señor, se haría impuro; pero, vuelto a Él, recibiría la primitiva salud. Por tal razón se evoca aquí este hecho: para predecir la vuelta del pueblo judío a su originario estado de salvación. Este modo de argumentar recibe el nombre de *ab eventu*, es decir: cuando la súplica tiene como objeto aquello que se sabe que se habrá de realizar. Pero, con el fin de no demorarse, por más tiempo, en el recuerdo de tal episodio, pasa de prisa a las alabanzas del Señor, para decir todo cuanto sea posible a Aquél que tan extraordinarias obras ha realizado.

Verso 11.— **Pero Dios, Rey nuestro antes de los siglos, ha obrado la salvación en medio de la tierra** [*Deus autem, Rex noster ante saecula, operatus est salutem in medio terrae*]. Llega a la segunda parte aquella inteligencia de Asaf, que el título vaticinaba. Y predice así, por el espíritu de profecía, la futura venida del Señor Salvador, enumerando, mediante el empleo del género demostrativo de argumentación, cuántos y cuán grandes milagros hiciera en el cielo y en la tierra. Y, pues se dispone a hablar de su encarnación, con objeto de que nadie creyera que el Señor estaba sujeto al tiempo, atestigua que, *antes de la creación del mundo, ya era rey*, como él mismo en el Evangelio dice: *Yo para esto he nacido* (Jn 18,37). En efecto, a los **siglos** se les llama así, porque en ellos se desarrollan los tiempos. Sigue: **Ha obrado la salvación**. Aunque esto puede entenderse también con relación a los hechos milagrosos, que —como bien se sabe— realizó visiblemente en presencia de los hombres, sin embargo, mejor es que lo refiramos a la **salvación** de las almas, obra de su palabra vivificadora. **En medio de la tierra**, es decir: abarcando a todos los pueblos que, en la misma palabra **tierra**, entendemos que están incluidos. Esta figura literaria recibe el nombre de *metonymia*, cuando por el continente se muestra el contenido.

Verso 12.— **Tú, por tu poder, afianzaste el mar; aplastaste sobre las aguas las cabezas de los dragones²⁸** [*Tu confirmasti in virtute tua mare; contrivisti²⁹ capita draconum super aquas³⁰*]. Para mostrar, en verdad, lo dicho anteriormente —es decir, que el Señor Salvador fue *rey antes de los siglos*, que se dignó padecer por nosotros, destruyendo con su muerte a la misma muerte; dando libertad a los cautivos y favores a los reos— hace referencia a los milagros que obró antaño en medio

²⁶Hebr., יָדְךָ [tu mano]. También los LXX dicen τὴν χεῖρά σου [tu mano] y asimismo la Vlg. y S. Agustín. ¿De dónde, pues, el *tu rostro* de Casiodoro?

²⁷TL., *faciem tuam*; Vlg., *manum tuam*.

²⁸Hebr., שִׁבַּרְתָּ רִאשֵׁי תַנִּינִים עַל-הַמַּיִם [tú quebraste las cabezas de los monstruos sobre las aguas]. Los LXX: σὺ συνέθλασας τὰς κεφαλὰς τοῦ δράκοντος [tú has aplastado las cabezas del dragón], hecho que puede entenderse por las cabezas de los caudillos del ejército egipcio, perseguidores hasta dentro del mar Rojo. Y la expresión del verso siguiente: אָתָּה רָצַצְתָּ רִאשֵׁי לֵוִיָּתָן [tú machacaste las cabezas del Leviatán] puede referirse al Faraón, representado bajo la figura de este monstruo. Véase la explicación G. RAVASI, o.c. (II), págs. 552-553.

²⁹TL., *contrivisti*; Vlg., *contribulasti*.

³⁰TL., *super aquas*; Vlg., *in aquis*.

del pueblo judío. En efecto, **afianzó** las profundidades de las corrientes del mar Rojo, cuando hizo de tal manera que, a uno y otro lado, quedaran quietas las aguas, a fin de que el mar navegable se convirtiera en camino de tierra [Éx 14,22]. Sigue diciendo: **Aplastaste sobre las aguas las cabezas de los dragones**. Esta frase expresa convenientemente el misterio anterior, en el sentido de que aquel paso del mar Rojo prefiguraba las aguas del santo bautismo, donde las **cabezas de los dragones** –es decir, las cabezas de los espíritus inmundos– son reducidas a la nada, en cuanto que la fuente saludable purifica las almas que aquéllos inquinan con las suciedades de los pecados. Y observa que, en éste y en los otros cuatro versos siguientes, por medio de la figura de conocida con el nombre de *synathroesmos*, va acumulando diferentes alabanzas, a fin de que la misma enumeración de las virtudes atemperase el ánimo del poderosísimo Juez ofendido.

Verso 13.– **Tú quebrantaste la cabeza del dragón; lo diste como comida al pueblo de los etíopes**³¹ [*Tu confregisti caput draconis; dedisti eum in escam populo*³² *Aethiopum*]. Dijo anteriormente: *Cabezas de los dragones*, en plural, queriendo significar las maldades espirituales. Pero utiliza ahora el singular: **Cabeza del dragón**, de modo que con ello se entienda al mismo Satanás, que cuanto más fuerte es, con tanta mayor perversidad actúa. Mediante el uso del número singular, se significa asimismo que –entre los espíritus inmundos– ninguno otro se encuentra que se le pueda igualar [252]. En efecto, **fue quebrantada su cabeza**, cuando su soberbia fue arrojada del cielo y no mereció retener la primitiva claridad el que se mancilló a sí mismo con una oscuridad voluntaria. Añade: **Lo diste como comida al pueblo de los etíopes**. Bien entendemos por **etíopes** aquéllos que, en otro tiempo, habían sido sobremana aborrecidos, a causa de su espíritu tenebroso, pero que –una vez convertidos al Señor– comenzaron a tener al diablo por comida, hastiados ya de su maldad. De hecho, aún hoy, cuando queremos señalar a alguien como la peor de todas personas, lo llamamos también *diablo*. En efecto, debido al cúmulo de culpas, éste es exorcizado y es llamado autor de todo error. Y del mismo modo que él persigue a los cristianos, así también todos huyen de él, presa de un horror execrable. Vino a suceder, por tanto, que el que antes había sido para los paganos merecedor de grandes honores, ahora es recomido por los cristianos con los mordiscos del abandono. O, quizá, pueda esto significar que –una vez convertidos– los fieles pueden tener al diablo por comida, cuando avanzan en el camino, gracias precisamente a sus propias maquinaciones y tentaciones. En efecto, debido a sus persecuciones, logran llegar al martirio y sus mismas aflicciones los coronan con la virtud de la paciencia. Por tales razones, justamente se dice que el diablo sirve de comida a aquéllos a los que, mediante sus incesantes acosos, los lleva a alcanzar la meta deseada.

Verso 14.– **Tú rompiste las fuentes y los torrentes; tú secaste los ríos de Etán**³³ [*Tu dirupisti fontes et torrentes, tu siccasti fluvios Ethan*]. En sentido alegórico, todo esto se dice con

³¹Dudosa es la traducción aquí del hebreo לְעַם לְצִיִּים [literalmente, *al pueblo, a las fieras*]. En efecto, el plural צִיִּים [*s^eyyim*] puede admitir el significado de *animal salvaje, gato montés, hiena...*, pero, en el contexto del presente versículo, habría que pensar en un animal marino, ¿tal vez, tiburones?. Pero, ¿por qué se habla de *etíopes*, nombre que no aparece en el texto hebreo?. Una explicación podría ser que, al parecer, los hebreos daban el nombre de *Etiopía* a ambas costas del mar Rojo, lugares desiertos, donde abundaban las fieras. De ahí que, tal vez, se haya de pensar aquí en las fieras que devoraron los cadáveres de los egipcios, ahogados en el mar y arrojados a las playas. Los LXX tradujeron por λαοὶς τοῖς Αἰθίοψιν [*a los pueblos etíopes*], de donde la Vlg. S. Agustín, que habla de etíopes, identificándolos con los gentiles, no nos ayuda en este punto. No se tiene la explicación de S. Jerónimo, que posiblemente habría aclarado esta cuestión. Pero véase G. RAVASI, o.c. (II), pág. 553, y SCHÖKEL-CARNITI, o.c., II, pág. 989.

³²TL., *caput draconis; dedisti eum in escam populo*; Vlg., *capita draconis; dedisti eum escam populis*.

³³Hebr., אֶתְּהָן הַנְּהָרוֹת אֶתְּהָן [tú secaste ríos de perpetuidad, o sea, *inagotables*]. Los LXX dieron al nombre común אֶתְּהָן [*‘étān*], que significa *perpetuidad, permanencia*, la condición de nombre propio. Dicen así: οὐ ἐξήρανας ποταμούς Ηθαμ [*tú secaste los ríos de Etham*].

referencia a los pecadores. Llama **fuentes** a aquéllos de los que fluían sin cesar cosas perversas. Llama **torrentes**, a los que –excitándose abruptamente– irrumpían con furiosas arremetidas. Ciertamente, a estos dos tipos de pecadores los **rompe** el Señor, cuando los aparta de la servidumbre del diablo. Sigue: **Tú secaste los ríos de Etán**. Completa la idea anterior. En efecto, dice que no sólo rompe y divide los ríos –esto es, los distintos torrentes de agua, que se desbordan por la iniquidad diabólica–, sino que también los **seca** y los hace desaparecer. En verdad, cuando un río se seca, no cabe duda de que es reducido a la nada. Se hizo esto manifiesto, cuando, al perdonar a la multitud de los pecadores, perecieron los inagotables consejos del diablo. En la lengua hebrea, la palabra **Etán** se traduce por *fuerte*³⁴, atributo que –como ya dijimos– tiene como significado el diablo.

Verso 15.– **Tuyo es el día y tuya es la noche; tú hiciste el sol y la luna** [*Tuus est dies y tua est nox; tu fecisti solem et lunam*]. A este verso y al siguiente se les puede aplicar un sentido del todo literal, pues bien cierto es que el Señor es creador de todo cuanto existe. Parecería, sin embargo, más adecuado examinarlos en sentido espiritual. Entendamos, pues, por **día** los hombres justos, para los cuales irradia siempre la luz de la sabiduría. Pero entendamos por **noche** los hombres terrenales, a los que los pecados cometidos oscurecen por completo, como en otro salmo ya se dijo: *El día al día eructa la palabra, y la noche a la noche denuncia la noticia* (Sal 18,2). Pero, al decir: **Tuyo es el día y tuya es la noche**, está significando que, en ambas cosas, Dios obra grandes milagros, en modo de iluminar al justo con el don de su piedad y, una vez enmendado su pecado, hacer al pecador partícipe de su reino. Añade: **Tú hiciste el sol y la luna**. Todas estas cosas pueden explicarse con más claridad, acudiendo a algunos ejemplos. El **sol** significa al hombre sabio; la **luna**, al necio, como está escrito: *El sabio permanece como el sol; pero el necio cambia como la luna* (Sir 27,12). Hermoso relato: manifestar, por medio de similitudes, las asombrosas maravillas del Omnipotente. En todas ellas se ha de entender, no obstante, que el Señor Creador muestra siempre su acostumbrada y abundantísima piedad.

Verso 16.– **Tú hiciste todos los términos de la tierra; el verano y la primavera los hiciste tú: acuérdate de esta criatura tuya** [*Tu fecisti omnes terminos terrae; aestatem et ver tu fecisti³⁵ ea: memor esto huius creaturae tuae³⁶*]. De manera no inapropiada, llamamos **términos de la tierra** a todos los apóstoles y profetas. En efecto, así como los términos de los campos delimitan los confines³⁷, así también los predicadores de Cristo custodian las leyes de la verdadera fe. Sigue: **El verano y la primavera los hiciste tú**. Por medio de estas dos estaciones del año, se significan dos tipos de fieles, apreciados por cualidades diversas. Unos, en efecto, son como el **verano**, ardientes por el fuego de la fe, que los lleva hasta el martirio. Otros, atemperados por la mansedumbre, son como la **primavera**, sumisos al Señor con devoción constante. En efecto, todas estas cosas –unas y otras– Él mismo las hizo, por cuya gracia se concede lo que es dado a conocer en la buena voluntad de los hombres. Y añade: **Acuérdate de esta criatura tuya**. Explica por qué razón tal relación de los hechos ha sido ofrecida de antemano, esto es: para dar a conocer que Aquél que, en uso de su poder, acostumbró a realizar obras magníficas, en virtud de su misericordia, perdona también a los judíos que delinquieron. Y por ello, con el fin de suscitar la benevolencia del piadoso Señor, enumera frecuentemente sus beneficios, a fin de que se digne recordar a aquéllos que tuvo a bien crear.

³⁴Pero véase HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 854): *Etam, avis eorum*.

³⁵TL., *fecisti*; Vlg., *formasti*.

³⁶TL., *memor esto huius creaturae tuae*; Vlg., *memor esto huius*.

³⁷TL., in textu: *finis* [ed., funes].

Verso 17.— **El enemigo afrentó al Señor, y un pueblo insipiente exacerbó tu nombre** [*Inimicus impropertavit Domino, et populus insipiens exacerbavit*³⁸ *nomen tuum*]. Haz tú memoria de las palabras acabadas de decir algunos versos más arriba: *Venid, suprimamos de la tierra todas las solemnidades del Señor* (Sal 73,7), etc. Ciertamente, el **enemigo** fue este pueblo judío, que tales cosas dijo contra el Señor, haciendo ver que reprobaba a Aquél al que de ningún modo criatura alguna puede bastar para darle gracias. Sigue: **Y un pueblo insipiente exacerbó tu nombre**. Fue, ciertamente, **insipiente** aquél que actuó de manera indigna, al escuchar detenidamente aquellas cosas de las que, sin dudarlo ni siquiera un instante, habría debido huir. Y, por ello, provocaron la ira del Señor: porque no reconocieron que tales cosas habían ocurrido como consecuencia de sus pecados, sino que consideraron injusto a Dios, que permitía que la muerte se apoderara de ellos, tratándolos igual que a los que nada merecen. Consideremos, por tanto, el orden salubérrimo que debe seguir el que suplica: orar por los culpables, a fin de hacerles reconocer que los errores son siempre de ellos. Si, con corazón humilde, los judíos hubiesen obrado así, habrían podido evitar en su mayoría los castigos merecidos.

Verso 18.— **No entregues a las bestias las almas que confían en ti**³⁹; **no olvides para siempre las almas de tus pobres** [*Ne tradas bestiis animas confitentes tibi; animas*⁴⁰ *pauperum tuorum ne obliviscaris in finem*]. Llega Asaf a la tercera parte. Con razón, al comienzo del salmo, éste fue presentado como *inteligencia*, de manera que así como anteriormente confesó los pecados del pueblo, del mismo modo anticipe ahora que los fieles serán liberados por el Señor. En efecto, suplica el santo varón por aquello que sabía que había de suceder: que el Señor no entregue las almas de los fieles, a fin de que el diablo no vea cumplidos sus deseos. Ciertamente, pues también entonces había en aquel pueblo vasos de misericordia, entre los cuales Simeón, Nicodemo, Natanael—de quien el Señor da testimonio, diciendo: *He aquí verdaderamente un israelita, en el que no hay engaño* (Jn 1,47)—y todos los demás, que fueron gratos al Señor por la pulcritud de sus corazones. **Bestias**. Así llamó al diablo y a sus ministros, cuyas cabezas—como se dijo más arriba—aplastó sobre las aguas. Sigue: **No olvides para siempre las almas de tus pobres**. Dice esto acerca de aquéllos que, una vez repudiada la soberbia del mundo, se acercaron a la santísima humildad, rogando que, pues se convirtieron en sus pobres, no les fuesen negados los dones del Señor Salvador, sino que—antes al contrario—les fuera concedido poder enriquecerse con su generosidad.

Verso 19.— **Vuelve los ojos a tu testamento, porque se han colmado los que se han oscurecido, tierras de casas de iniquidad**⁴¹ [*Respice in testamentum tuum, quia repleti sunt qui obscurati sunt terrae domorum*⁴² *iniquitatum*]. Dice: **Vuelve los ojos**, de modo que te dignes llevar a término las cosas que anteriormente has prometido, conforme a lo que está escrito: *He aquí que vendrán días, dice el Señor, y consumiré con la casa de Israel y con la casa de Judá un testamento nuevo, no según el testamento que dispuse con sus padres* (Jer 23,5). Ciertamente, en el pacto aquel las promesas fueron temporales, como lo fueron la tierra de promisión y el sometimiento de los enemigos [253]. En efecto, tales cosas las hubo de conceder a un pueblo rudo, a fin de que luego

³⁸TL., *exacerbavit*; Vlg., *incitavit*.

³⁹Hebr., אֶל-הַתַּיִן לַחַיִּיתָ נֶפֶשׁ הַדּוֹרָה [No entregues a la bestia el alma de tu tórtola]. Sobre todo, el profeta Oseas comparaba a Israel con una paloma (Os 7,11; 11,11; véase Ct 5,2). Los LXX tradujeron por μή παραδῶς τοῖς θηρίοις ψυχὴν ἐξομολογουμένην σοι [No des a las fieras el alma que te confiesa].

⁴⁰TL., *animas pauperum*; Vlg., *et animas pauperum*.

⁴¹Hebr., כִּי מָלְאוּ מְחֹשֶׁת-אֶרֶץ נְאוֹת חָמָס [porque se han llenado los lugares tenebrosos de la tierra de guaridas de violencia]. Los LXX: ὅτι ἐπληρώθησαν οἱ ἐσκοτισμένοι τῆς γῆς οἴκων ἀνομιῶν [porque se han llenado las oscuridades de la tierra de casas de transgresores].

⁴²TL., *domorum*; Vlg., *domibus*.

podiese correr intrépidamente a conseguir los bienes espirituales. Pero, en el Nuevo Testamento, la promesa consiste en una vida imperturbable, en un reino que no tendrá fin, en una felicidad perpetua y en la misma contemplación gloriosa del Señor. Así, pues, dice al Señor que **vuelva los ojos a este testamento**, a fin de poder ofrecer prontamente al pueblo errante los beneficios futuros. En verdad, fue hecho inteligente Asaf, que pide cosas de naturaleza tal que por ellas el mundo entero pudiese ser absuelto. Y observa con qué sabiduría hace que vaya discurriendo todo: puesto que no eran buenas las cosas que –al tratarse de un pueblo pecador– habría podido rememorar, se acuerda de la promesa del Señor, que siempre llega a su cumplimiento. Sigue otra causa digna de piedad y que se expresa como cualidad absoluta: **Porque se han colmado los que se han oscurecido**, esto es, los pecadores, que se han hundido, a causa de la oscuridad de la ignorancia, como también el mismo Señor, clavado en la cruz, suplicó por ellos, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23,24). Pero repitamos nuevamente este verso, con objeto de que el orden de las palabras aparezca con mayor claridad. Dice: *Porque se han colmado los que se han oscurecido*. En efecto, se habían **colmado** de iniquidades y era del todo natural que la **oscuridad** siguiera a los que, con razón, son comparados con las tinieblas, porque han perdido la luz de la sabiduría. Añade: **Tierras de casas de iniquidad**. Éstos son las *tierras de las casas de las iniquidades*, es decir: los hombres terrenales, que proceden de la casa de las maldades. Y, a fin de que en modo alguno entendieras aquí la palabra *tierra* en sentido positivo, bien ha quedado definido qué es el cuerpo de los infieles: una **casa de iniquidades**, porque –como si de cierta posada se tratara– reciben todos los vicios aquéllos que se ensucian con sus malas acciones.

Verso 20.– **No sea apartado el humilde, siendo avergonzado. El pobre y el desvalido alabarán tu nombre** [*Ne avertatur humilis factus confusus; pauper et inops laudabunt nomen tuum*]. En el lugar de aquéllos que ofendían, pone a los que solieron gozar de la gracia del Señor, a fin de que el amor de los fieles atemperase el odio de los contumaces. Este tipo de argumento ha de aplicarse particularmente, cuando en el puesto de alguien que es detestable se coloca una persona que inspira complacencia. Pero **ser avergonzado** no es algo propio del que es **humilde**, sino del soberbio, el cual, aun no reconociendo la gloria de Dios, si –por favor del Señor– algo bueno recibiera, lo atribuiría a los méritos humanos. Por el contrario, los *humildes* alaban continuamente a Dios y siempre se acusan a sí mismos, entendiendo que pertenece a la Divinidad aquello que proporciona juicio y es propio de cada uno, ciertamente, aquello otro que les lleva delinquir. Ruega que éstos no *sean avergonzados*, porque todo bien que recibieren saben que debe atribuirse al favor del Señor. Sigue: **El pobre y el desvalido alabarán tu nombre**. Veamos cuán gloriosa sea esta pobreza, cuán dichosa se muestre la indigencia, que también en el silencio **alaba** al Señor y resuena por la virtud de su paciencia. Mudo está el soberbio, aunque entone salmos. El pobre y el desvalido alaban al Señor, incluso cuando parecen estar en silencio. ¡Oh inestimable bien, si fuere apreciado interiormente!. El *pobre* de Dios es llamado, el rico del mundo es nombrado. El uno es del Rey eterno; el otro, ciertamente, del tiempo que termina. No retiene para sí el que es rico por fuera. A éste es al que, antes bien, se le ha de llamar afortunado: al que en los tesoros del alma ha guardado las más altas virtudes.

Verso 21.– **Levántate, Señor, juzga tu causa**⁴³; **acuérdate de tus impropiedades, de aquéllos que a causa del insipiente están todo el día** [*Exurge, Domine, iudica causam tuam; memor esto impropiorum tuorum, eorum quae ab insipiente sunt tota die*]. Después de todo lo dicho, expone ahora la causa del Juez. Y, para moverlo más eficazmente a actuar, introduce la cualidad del asunto. Dirige ahora la palabra al mismo Dios, buscando ardientemente que juzgue su causa contra los que

⁴³S. Agustín dice: *Juzga mi causa*.

no dejan de hacer ruido con perversísimas murmuraciones. Así, pues, **juzga su causa**, cuando hace que los extraviados reconozcan la evidencia, de modo que pregonen —una vez se hayan convertido— aquello a lo que, dejándose arrastrar por insensatos pensamientos, habían opuesto resistencia. Sigue diciendo: **Acuérdate de tus impropiedades**, es decir, de los de que más arriba se han mencionado: *Ya no hay profeta, y no nos conocerá más*. Prosigue: **De aquéllos que a causa del insipiente están todo el día**. También esto se halla en dependencia de lo expresado anteriormente, en cuanto que tales impropiedades fueron dichos por hombres rebosantes de insipiente. Y, para que no se considere que se trata impropiedades difundidos sólo pasajera, añade también: **Todo el día**, con objeto de que la continuidad en el tiempo muestre la mansedumbre del pacientísimo Juez.

Verso 22.— **No olvides las voces de los que te buscan; la soberbia de los que te odiaron suba siempre a ti** [*Ne obliviscaris voces quaerentium te*⁴⁴; *superbia eorum qui te oderunt ascendat*⁴⁵ *semper ad te*]. En la primera parte del verso, ha reunido de nuevo los deseos de los fieles, a fin de no dejar de lado los ruegos de los que claman a Él con todo el afecto del corazón, de manera que encuentren a Aquél que buscan y merezcan comprender⁴⁶ lo que con ansia desean. Sigue: **La soberbia de los que te odiaron suba siempre a ti**. Con la intención de mover vehementemente al Juez poderosísimo contra los enemigos de Jerusalén, entendemos que, con toda conveniencia, se dice esto con referencia a los romanos, respecto de los cuales ya se había dicho más arriba: *En medio de tu atrio pusieron sus signos*. En efecto, se trata de la **soberbia** que el Señor execra de manera particular, la misma por la que el ángel llegó a corromperse y la felicidad del primer hombre conoció también su final. Y considera cuán sabiamente ha reservado el último lugar para el pecado más grave, esto es: para indicar, después de todo lo dicho, aquello que queda escondido en los últimos rincones de la memoria. Así deploran sencilla y prudentemente los que, con espíritu puro, son fieles devotos del Señor; así, por medio del dolor, aunque en exceso no pueden engañarse, los que viven en la obediencia de los piadosos preceptos.

Conclusión del salmo

Habéis conocido, egregios auditores, cuán dulces son para los hombres de probada fidelidad los oficios de la piedad; cómo no quieren que sus prójimos soporten la tristeza, en modo de afligirse con tan profusas lágrimas, a la vista de sus desgracias futuras. Ésta es, en verdad, la santa perfección de la caridad: ofrecer como propios los peligros venideros, que —como bien se teme— un día caerán sobre el prójimo. ¿Qué haría éste frente a la desgracia, ya ésta ante sus ojos, desgracia que⁴⁷ lamentó con corazón compungido?. Consideremos, por tanto, con qué gran verdad concuerden con él las santas Escrituras, es decir, el hecho de que Asaf derramase lágrimas por una Jerusalén todavía floreciente, la misma que —muchos años después— lloró Jeremías, una vez consumada la cautividad. Los dos piadosos, los dos gloriosos; pero no sé en qué manera fue más misericordioso el que, constituido aún en la prosperidad, se sintió violentamente conmovido por el más amargo de los dolores. Pues en cuanto que está embellecido por el entretejido de una variedad esplendorosa —ya sea el júbilo de los que sea alegran, ya el gemido de los que hacen penitencia, ya una disposición interior saludable, ya el dolor de los que se lamentan, ya la encarnación anunciada, ya la promesa de los premios, ya el miedo de las penas, ya las alabanzas del Señor—, nos conviene considerar, por todas estas razones, el texto del Salterio en su totalidad, de manera que así como una corona,

⁴⁴TL., *quaerentium te*; Vlg., *inimicorum tuorum*.

⁴⁵TL., *ascendat*; *in textu* [ed., *ascendi*].

⁴⁶TL., *cernere*; *in textu* [ms. G., ed., *certe*].

⁴⁷TL., *quam*; *in textu* [ms. A., *quando*].

entretejida con flores preciosísimas, exhala un olor agradabilísimo⁴⁸, así también sus tan variadas virtudes hagan sentir toda la fragancia de este libro.

[254] SALMO SETENTA Y CUATRO

Para el fin. No corrompas¹. Salmo de cántico de Asaf.

[*In finem, non corrumpas, psalmus cantici Asaph*].

Las palabras de este título, si no son consideradas en su orden, resultan oscuras. Como ya hemos dicho más de una vez, el nombre de **Asaf** significa la Sinagoga, esto es, la comunidad que ha creído, no la que permanece en la obstinación. Tras la resurrección del Señor, leemos, en efecto, que muchos miles de judíos confesaron la fe. De ello da testimonio el libro de los Hechos de los Apóstoles [Hch 2,41.46]. Por tal razón, Asaf exhorta ahora a este pueblo, que obtuvo el don de creer y halló el fruto de la salvación, a que no **corrompa** su fe **en el fin**, es decir, en el Señor. En efecto, en la medida en que no se dispersan, estamos nosotros a salvo; pero, en caso de que se *corrompan*, nos volvemos ajenos a la presencia del Rey. Ahora bien, decimos que un salmo es **salmo de cántico**, cuando, mediante la contemplación espiritual, discernimos las realidades del tiempo presente, cosa que, a lo largo de todo este salmo, diligente lector, vas a encontrar.

División del salmo

En la primera parte, los fieles judíos declaran que van a proclamar todas las maravillas del Señor. Habla, en la segunda, el mismo Rey, Jesucristo, prometiendo juzgar con justicia, cuando llegue el tiempo de la resurrección general. Exhorta asimismo a que nadie ose alardear contra los mandatos divinos, a fin de no ser atormentado con el castigo eterno.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Te confesaremos a ti, oh Dios; te confesaremos, e invocaremos tu nombre; narraré todas tus maravillas** [*Confitebimur tibi, Deus; confitebimur tibi, et invocabimus nomen tuum; narrabo² omnia mirabilia tua*]. En este primer verso se expone, por su orden, la regla de la santa adhesión a la fe. En efecto, aquel pueblo judío, que había de creer en Cristo y al que el título da la advertencia: **Para el fin. No corrompas**, levanta con fuerza su voz y piadosísimamente se dispone a su propia confesión. Como varias veces ya hemos dicho, **confesar** es profesar algo con la participación de diversas personas que hablan conjuntamente³. En efecto, aunque se diga que es uno solamente el que confiesa, va implícito que dicho confesor está asociado ya en la fe a los que le preceden o a los que le siguen. Continúa diciendo: **Te confesaremos**. La repetición misma de esta expresión atestigua la solidez de la promesa, que nunca se entiende como algo transitorio, sino que por ella se indica la firmeza del espíritu, como dice otro salmo: *Preparado está mi corazón, oh Dios, preparado está mi corazón* (Sal 56,11), y otras cosas semejantes a éstas. Dice: **A ti**, para negar el culto a otros, porque la verdadera fe es aquélla que justamente adora al único Creador. Ahora bien,

⁴⁸TL., *gratiosam*; prop., *gratiosum*.

¹Véase la explicación de esta expresión en nota a pie de página, correspondiente al título del Sal 56.

²TL., *narrabo*; Vlg., *narrabimus*.

³Así la expresión *multorum confatione*, expresión que el mismo editor, como extrañado, señala con un *sic*. El vocablo latino *confatio* significa la acción de decir o hablar conjuntamente.

consideremos atentamente lo siguiente: cuando es un juez terrenal el que juzga –dado que, con mucha frecuencia, el resultado final es la sentencia de muerte–, los crímenes se confiesan sólo una vez. Por el contrario, la confesión frecuente en la presencia de Dios no es causa de peligro, sino de salvación. El orden de las palabras discurre de manera correctísima. Dice, primero, que **confiesa**, es decir: llora los pecados. Dice, después, que **invoca el nombre** del Señor. En efecto, así como es conveniente purificar antes nuestros corazones, gracias a su favor, de igual modo es conveniente también invocar el nombre del Señor, para así recibir su auxilio. Pues, ¿a quién podría venir Él, sino a aquél que ya conoce como suyo propio?. En efecto, si alguien de reconocida impiedad es el que lo invoca, éste pide para sí juicio y no salvación. Por tanto, para que podamos invocar confiadamente la clemencia divina, todas estas cosas se han de tener bien en cuenta. Prosigue: **Narraré todas tus maravillas**. Tras haberse expresado anteriormente en número plural, diciendo: *Confesaremos*, pasa ahora al singular. Dice: **Narraré**, porque ambas cosas convienen al pueblo de Dios, o sea, tanto decir, en singular, como sentir, en plural. Pero esta **narración** es la voz de los fieles, voz que viene introducida, en cuanto que no son merecedores de evocar las maravillas divinas, sino aquéllos que sirven al Señor con un corazón puro. Así se lee, en efecto, en otro salmo: *Pero dijo Dios al pecador: ¿Por qué narras mis justicias?* (Sal 49,16), etc. Pero, ¿quién podría narrar **todas las maravillas** supernas, sino sólo aquél que, sin dubitación alguna, confiesa a la santa Trinidad como creadora de todo cuanto existe y atribuye a la voluntad de cada una de sus Personas todo lo que, con gobierno inefable, tiene lugar en el cielo y en la tierra?.

Verso 2.– **Cuando yo haya tomado el tiempo⁴, juzgaré las justicias** [*Cum accepero tempus, ego iustitias iudicabo*]. El cambio de persona nos hace entrar en la segunda parte. Pero de aquí es dado a entender cómo, en el primer verso, comprende Asaf la regla de la perfecta religión, en modo de merecer ser escuchado con tanta prontitud. En efecto, habla ya Cristo el Señor. Dice: **Cuando yo haya tomado el tiempo**, en cuanto que asumió la condición humana, como está escrito en el Evangelio: *Le dio el poder de juzgar, porque es el Hijo del Hombre* (Jn 5,27). Pero, en cuanto que es escuchado, a causa de su naturaleza divina, dice: *Todo lo que tiene el Padre es mío, y todo lo mío es del Padre* (Jn 16,15). Pero, tanto por la naturaleza que recibe cuanto por la que da, es el único Cristo el Señor, como dice el Apóstol: *Y el único Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él* (1Cor 8,6). Sigue: **Yo juzgaré las justicias**, de manera que, antes del día del juicio, estando todavía en este mundo, los corazones arrepentidos rueguen con mayor deseo su absolución, a fin de que no tengan ya que escuchar, en aquel examen futuro, la inapelable sentencia del Juez.

Verso 3.– **Se ha derretido la tierra y todos los que habitan en ella; yo afiancé sus columnas** [*Liquefacta est terra, et omnes habitantes⁵ in ea; ego confirmavi columnas eius*]. Dice el Señor que, antes de su venida, la **tierra** es el género humano, que de aquella solidez de la verdad quedó diluido en la caída del pecado. Ciertamente, porque, abandonando al Creador, prefirió entregarse al servicio de los ídolos nefandos. Pero en qué modo, mediante su encarnación salvadora, haya acudido en socorro de la **tierra derretida**, a continuación lo dice: **Yo afiancé sus columnas**. Por **columnas** debemos de entender aquí a los apóstoles, los cuales **fueron afianzados**, gracias al acontecimiento de la resurrección del Señor, en cuanto que les había asaltado la duda, a la vista de los hechos de la pasión. Los **afianzó** también, cuando dijo al apóstol Pedro: *Pedro, ¡cuántas veces*

⁴Hebr., כִּי אֶקְחָ מוֹעֵד [*cuando yo establezca el tiempo*], es decir, cuando yo lo crea oportuno. Los LXX: ὅταν λάβω καιρὸν [*cuando yo haya estimado el tiempo oportuno*]. Véase cómo se emplea aquí el término καιρός, que –a diferencia de χρόνος– suele indicar el tiempo de Dios.

⁵TL., *habitantes*; Vlg., *qui habitant*.

Satanás ha deseado ardientemente cribaros como al trigo! Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, una vez hayas vuelto, confirma a tus hermanos (Lc 22,31-32). Pero fíjate bien en la adecuadísima oposición de las palabras. En efecto, pues la tierra se había derretido, con razón, una vez afianzadas las columnas, pudieron éstas acudir en su socorro. Con toda conveniencia, por tanto, los apóstoles son comparados aquí con las columnas, porque hunden en lo profundo los vicios terrenales, mientras que las virtudes supernas se elevan a la gracia del reino celestial.

Verso 4.– **Enseñé a los inicuos: no obréis inicualemente; y a los que delinquen: no exaltéis el cuerno** [*Dixi iniquis: Nolite inique agere; et delinquentibus; Nolite exaltare cornu*]. Esto es lo que anteriormente dijo: *Yo afiancé sus columnas*. En efecto, por medio de los apóstoles y profetas, **enseñó a los inicuos** los consejos del Nuevo y del Antiguo Testamento, a fin de que no obrasen el mal, sino que, con humilde arrepentimiento, se convirtieran cuanto antes al Señor. Verdaderamente, el piadoso Médico enseñó la observancia de normas saludables, a fin de que la flaqueza humana no llegase a contraer enfermedades peligrosas. [255] Continúa diciendo: **Y a los que delinquen: no exaltéis el cuerno**. También aquí debe sobreentenderse el verbo *enseñar*. Pero observa que se ha referido, en primer lugar, a los **inicuos**, para abarcar con ello la totalidad de los pecados. Viene ahora a referirse al peor de los hábitos del hombre, consistente en la justificación de sí mismo, pésima costumbre en la que la humanidad emplea grandes esfuerzos: cuando alguien no está dispuesto a reconocer su particular delito y busca cómo disculpar sus pecados, inventando en su favor ciertas peregrinas razones, que pudieran justificar su comportamiento delictivo, ya sea echándole las culpas al diablo, ya sea embarrando las palabras de su propio consejero. Éste **exalta su cuerno**, porque se esfuerza grandemente en excusar su propio pecado, sirviéndose de toda clase⁶ de pretextos. Por tal razón, estos tales no pueden llegar al perdón, porque no han querido acogerse a los remedios de la confesión.

Verso 5.– **No levantéis a lo alto vuestro cuerno; no habléis iniquidad contra Dios**⁷ [*Nolite extollere loqui in altum cornu vestrum; nolite loqui adversus Deum iniquitatem*]. **No levantéis a lo alto vuestro cuerno**. El apremio repetido manifiesta el temor de un castigo grande, porque siempre se castiga con mayor severidad aquello que se ordena reiteradamente. En efecto, al decir: **No levantéis en alto vuestro cuerno**, exhorta a que dejen ya de alimentar pensamientos blasfemos, porque aquél que contra Dios *levanta su cuerno a lo alto*, murmura, una y otra vez, con maldad bien meditada. Mira, en efecto, lo que sigue: **No habléis iniquidad contra Dios**. Persiste aún en el vicio de la autojustificación, vicio que necesita ser curado. En efecto, **se habla iniquidad contra Dios**, toda vez que alguien sostiene con absoluto convencimiento no ser responsable de sus propios pecados, aduciendo que no ha sido por culpa suya, sino por destino de las estrellas, haber llegado a la comisión de un determinado crimen, buscando de este modo quedar exento él –inculcando al Creador– del pecado que, por propia voluntad, ha cometido. Pero a todo aquél que fuese reo de un aborrecible delito, ¡cuánto más veraz y útil no le sería reconocer su culpa personal y correr presuroso a invocar al Redentor de todas las cosas, para poder quedar libre así del peso de su pecado!.

Verso 6.– **Porque ni de Oriente ni de Occidente, ni de los montes desiertos** [*Quia neque ab Oriente, neque ab Occidente, neque a desertis montibus*]. Con objeto de que su sentido pueda aparecer ante nosotros de una manera suficientemente clara, este verso exige algo que quede sobreentendido. En efecto, a lo que dice: **Porque ni de Oriente ni de Occidente, ni de los montes**

⁶TL., *alios*; in textu: [ed., *alias*].

⁷Los LXX añaden una sentencia que, en el texto hebreo, no se encuentra: μή λαλεῖτε κατὰ τοῦ θεοῦ ἁδικίαν [no habléis iniquidad contra Dios].

desiertos, ha de añadirsele: *Está ausente el Señor, para poder conocerte*, en cuanto que todo Él está presente en todas partes, como en otro lugar se lee: *El Espíritu del Señor ha llenado el orbe de las tierras* (Sab 1,7). En la literatura secular a esta figura se la conoce con el nombre de *eclipsis*, en latín, *defectus* [falta], es decir, cuantas veces algunas palabras son sustraídas al sentido pleno. Pero no es debido esto a pobreza alguna del lenguaje, sino que su finalidad es que se busque –aún con mayor empeño– aquello que de forma deliberada haya sido suprimido. Por tal razón, dejen de pensar los blasfemos palabras sacrílegas, pues el Juez, que tiene el poder de conocer todas las cosas en su verdadero sentido, dice que Él está presente. Y, para que a nadie cause extrañeza el hecho de que, en el conjunto del mundo, se hayan nombrado sólo dos de sus puntos cardinales, mejor será que expliquemos esto –caso de que podamos hacerlo– en sentido espiritual. Entendamos por **Oriente** los hombres que ya brillan por virtud de la claridad divina; por **Occidente**, entendemos los pecadores, a quienes todavía les es oculta la luz de la verdad. Por **montes desiertos**, quizá debamos entender los falsos predicadores, los cuales, aunque ocupen el lugar de los *montes*, es decir, el lugar de los que predicán, están **desiertos**, sin embargo, de la verdad, como es el caso de los herejes o paganos. Por consiguiente, habiéndose mostrado que Dios está presente en todas partes y es conocedor de toda clase de hombres, nadie debe gloriarse de nada que en el juicio aquel pueda resultarle causa de condenación.

Verso 7.– **Porque Dios es juez: a éste lo humilla, y a éste lo exalta** [*Quoniam Deus iudex est: hunc humiliat, et hunc exaltat*]. He aquí que toda cuestión profana es quitada de en medio. **Porque Dios es juez** y, siendo **juez**, sin duda, es también justo. En efecto, al decir que es *juez*, es considerado, a buen seguro, como sumamente justo. Y, para expresar que en esta palabra se halla incluido tal idea, se da a conocer la causa cabal del juicio: **A éste lo humilla, y a éste lo exalta**. Ciertamente, **humilla** al soberbio y **exalta** al humilde, porque el primero confía en sí mismo, mas el segundo pone su confianza en el Señor. Así se lee también en el Evangelio: *Todo el que se ensalza será humillado, pero el que se humilla será ensalzado* (Lc 14,11). Ves, por tanto, que el Juez justo dicta la sentencia equitativa a cada parte.

Verso 8.– **Porque en la mano del Señor⁸ el cáliz de vino puro⁹ está lleno de mezcla; e hizo caer de éste en éste** [*Quia calix in manu Domini vini meri plenus est mixto; et inclivanit ex hoc in hoc*]. Hemos dicho ya varias veces que el **cáliz** es la medida de algún líquido potable por el que se restablecen los cuerpos debilitados por la sed. Se le llama así por la *cálida*¹⁰ bebida que con frecuencia tomamos, al participar en algún convite¹¹. Así, la palabra *cáliz* se aplica, con toda propiedad, a la ley del Señor, la cual –ansiosamente bebida y custodiada– ofrece a las almas una dulcísima liberación. Sigue: **De vino puro está lleno de mezcla**. En las divinas Escrituras, el **vino** significa el misterio celestial, como sucedió en el caso de aquellas grandes tinajas, que el Señor mandó llenar de agua, para que, cambiada su propiedad, los chorros de las fuentes adquirieran la rubicundez del vino, que por naturaleza no tenían [Jn 2,1 ss.]. De aquí que el bienaventurado Ambrosio, en el himno de la santa Epifanía (*tom. V, pág. 356*), cantó con esplendorosísima luz de

⁸Hasta el momento no he encontrado un solo caso en que Casiodoro dejase de comentar alguna expresión o palabra contenidas en el versículo del salmo de en cuestión. Sin embargo, se podrá observar que aquí no se hace alusión alguna a las palabras *en la mano del Señor*, quizá por no considerarse necesario, ya que muchas veces el autor ha explicado cuál es el significado de *mano*, a la que le da el sentido de *poder*. S. Agustín hace al respecto un brevísimo comentario, diciendo: *La mano del Señor simboliza el poder Dios* (S. AGUSTÍN, o.c., vol. 2, pág. 977).

⁹Hebr., יַיִן הַמֵּר, [y vino de color bermejo]. Los LXX: οἶνου ἀκράτου [de vino no mezclado].

¹⁰*Calix > calidus*.

¹¹TL., *convivantes*; in textu: [ed., combibentes].

palabras¹². Pero el adjetivo latino *merus* indica aquello que es natural, siempre puro, siempre impoluto. En efecto, a los hombres, una vez restablecidos, los conduce a la gloria de la virtud, no al vicio de la ebriedad, como en otro salmo se dice: *Y tu copa que embriaga, ¡qué excelente es!* (Sal 22,7). **Está lleno.** Está lleno, ciertamente, el cáliz del Señor, de donde resulta que, aunque de él se beba de continuo, sin embargo, jamás llega a agotarse. Ahora bien, mediante la expresión: **De mezcla** se significan el Nuevo y el Antiguo Testamento, que –mezclados los dos– dan como fruto la más saludable bebida para bien de las almas. En efecto, los judíos bebieron el *vino*, pero no *mezclado*, porque se negaron a recibir la salvación del Nuevo Testamento. Del mismo modo, tampoco los maniqueos bebieron el *vino mezclado*, porque aceptando sólo –y ello, en parte– el Nuevo Testamento, rechazaron con temeraria audacia los misterios de la antigua Ley¹³. Añade: **Y vació de éste en éste.** Se significan aquí, de manera general, los dos pueblos –judíos y gentiles–, porque de la boca de los incrédulos judíos tomó aquello que **vació** en los pueblos gentiles convertidos, para que éstos bebieran. Feliz y seguro restablecimiento es recibir el cáliz de salvación de Aquél que siempre ofreció los bienes futuros. Este modo de locución es propio de las sagradas Escrituras, porque en la literatura profana –según creo yo– apenas puede encontrarse.

Verso 9.– **Ciertamente su hez no se ha apurado; beberán de él todos los pecadores de la tierra** [*Verumtamen faex eius non est exinanita; bibent ex eo omnes*¹⁴ *peccatores terrae*]. Se entiende aquí por **heces** la zurrapa que queda como poso al vino, a las que se suele llegar, cuando el líquido, que lo cubre, ya se ha consumido. Pero, puesto que anteriormente hemos dicho que el *cáliz estaba lleno*, con razón, ha negado aquí que su **hez no se ha apurado**, hez a la que no pudo llegarse¹⁵, porque no dejó de estar lleno para todos los que bebían. En efecto, nada tienen que ver las *heces*, en este caso, con la suciedad, sino que, por ellas, debemos entender aquí las realidades arcanas y últimas del vino. En efecto, ¿cómo puede contener *heces* lo que anteriormente ha declarado limpio y puro?. Pero, para que sepas que, de ningún modo, se había llegado a esta *hez*, vuelve a la copa llena, diciendo: **Beberán de él todos los pecadores de la tierra.** Como varias veces hemos dicho, se significa aquí que, al final de los tiempos, los judíos –junto con los demás pecadores– habrán de beber este cáliz, cuando se hagan merecedores de creer y de unirse [256] en una misma fe a la Iglesia católica. En efecto, el adjetivo *todos* hace referencia a aquella parte que, con la ayuda de Dios, mereció creer, porque *muchos* pecadores permanecerán en su obstinación.

Verso 10.– **Pero yo gozaré por los siglos; cantaré al Dios de Jacob. Gozaré y cantaré** [*Ego autem in saecula gaudebo*¹⁶; *cantabo Deo Iacob. Gaudebo et cantabo*¹⁷]. Habla de sus miembros el mismo Cristo, que **goza**, cuando se alegra, a causa de ellos; que **canta al Dios de Jacob**, cuando la Iglesia salmodia. En efecto y como muchas veces hemos dicho, todo lo que los

¹²AMBROSIUS, *Hymni*, 5: *Vel hydriis plenis aquae / Vini saporem infunderis / Hausit minister conscius / Quod ipse non impleverant / Aquas colorari videns / Inebriare flumina / Mutata elementa stupent / Transire in usus alteros* (PL 16, 141).

¹³Aunque se habla aquí de *maniqueos*, parece hacerse referencia, más bien, al *marcionismo*. En efecto, la Biblia de Marción –considerado como el primer hereje– constaba sólo de dos libros. Uno, titulado *El Apóstol*, era una compilación de una decena de epístolas escritas el siglo anterior por Pablo de Tarso, del que Marción enfatizaba su oposición a los judeocristianos. Incluyó en primer lugar la epístola a los Gálatas, mientras que excluyó las epístolas pastorales y la de los Hebreos, que consideraba apócrifas. El otro libro, titulado *El Evangelio*, consistía en el Evangelio de Lucas, expurgado de los relatos de la infancia y de lo que Marción consideraba como añadidos judeocristianos.

¹⁴TL., *bibent ex eo omnes*; Vlg., *bibent omnes*.

¹⁵TL., *perveniri*; in textu: [ed., *pervenire*].

¹⁶TL., *in saecula gaudebo*; Vlg., *annuntiabo in saeculum*.

¹⁷TL., *Gaudebo et cantabo*; Vlg., omite.

miembros realizan rectamente, con razón, se aplica a Aquél que es su Cabeza.

Verso 11.— **Y yo quebrantaré todos los cuernos de los pecadores; y serán exaltados los cuernos del justo** [*Et omnia cornua peccatorum confringam; et exaltabuntur cornua iusti*]. He aquí la voz del Juez, he aquí que resuena la voz del Omnipotente. En efecto, el que antes salmodiaba en sus miembros, ahora **quebranta los cuernos del pecador**. Ciertamente, en el juicio aquel todo poder de los impíos será humillado y desaparecerán, hechos pedazos, quienes se exaltan aquí con grandes sublimidades. Miren, por tanto, los soberbios cuán torpe sea imitar aquí al carnero descornado y avergüéncense de darse a conocer por tal causa, anunciadora de que la infamia futura les acecha ya desde muy cerca. Sigue: **Y serán exaltados los cuernos del justo**. Esta figura retórica es conocida con el nombre de *catachresis*, en latín *abusio* [abusión], cuantas veces nombres extraños de cosas se aplican a quienes no los tienen. En efecto, los **cuernos del justo** son los dones del juicio futuro, cuernos que, en verdad, son erigidos firmemente, en cuanto que permanecerán en la belleza eterna. Aquí vemos los **cuernos del pecador**, que allí ya no existirán. Aquí no percibimos los cuernos de los justos, cuernos que allí son concedidos en beneficio perpetuo. ¡Oh humildad, digna de ser exaltada sobremanera, tú que aquí eres tenida por abandonada!. ¿Qué mayor precio podría tener tu belleza que haberla hecho suya aquí Aquél, de quien toda felicidad se gozará sin fin?.

Conclusión del salmo

Hemos escuchado las palabras del Señor no desde la altura del cielo, sino desde la santa escritura del Salterio, al que con tanto más agrado obedecemos cuanto más se ha dignado a todos juntos aconsejarnos. En efecto, cuando Dios habló a Moisés (Éx 19,16), brillaron los rayos, estallaron los truenos, todo el monte Sinaí empezó a echar humo, a todos los invadió un terror de muerte, y de tal modo llegó a los pueblos aquel mandato de vida que consideran que han de perecer en el gran momento decisivo. He aquí —si son bien comprendidos— los dones del Señor, dignos de admiración perpetua: llevar todos los días su palabra en nuestras manos. La voluntad del Señor, oculta en las páginas divinas, se nos abre a nosotros y se muestra en su aspecto externo, para que, por dentro, el ojo del corazón sea instruido saludablemente. Nunca calla el Señor, si corremos a consultarlo en sus Escrituras. Siempre está dispuesto a responder favorablemente, y nunca se vuelve ausente, si nos acercamos a Él con sentimientos puros. Por lo cual —como nos aconseja el salmo—, abandonemos la soberbia, que separa de Él a los malvados. Amemos la humildad, que une con Él a los santos, mediante celestial caridad.

SALMO SETENTA Y CINCO

Para el fin. En las alabanzas. Salmo de Asaf. Cántico a los Asirios¹.

[*In finem, in laudibus, psalmus Asaph, canticum ad Assyrios*²].

Por exposiciones precedentes, todas las palabras de este título deben sernos sobradamente conocidas. Queda, por tanto, explicar lo que aparece como novedad, es decir, la expresión: **A los Asirios**. Por **Asirios** entendemos aquí *los que están encaminados*, esto es: aquéllos que, instruidos ya en las reglas de la fe, se esfuerzan en avanzar por caminos rectos. A éstos dirige Asaf su

¹La referencia a los *Asirios* no se lee en el texto hebreo. Los LXX dicen: ὁδὴ πρὸς τὸν Ἀσσύριον [*oda al asirio*], en singular. Casiodoro lee en plural. S. Agustín no menciona este título.

²TL., *ad Assyrios*; Vlg., *ad Assyriun*.

exhortación, proclamando con admirable variedad las alabanzas del Señor.

División del salmo

En la primera parte, Asaf, cuyo nombre—como ya hemos dicho—significa *Sinagoga*, se dirige a los que ya están en camino, es decir, a los judíos fieles, indicando dónde es ya más que conocido, en virtud de la manifestación de sus poderes, el nombre del Señor. Habla, en la segunda, de las cosas dignas de admiración que han tenido lugar. En la tercera, exhorta a todos los fieles a que no dejen de presentar ofrendas al Dios terrible, que purifica el espíritu de los príncipes, mediante enmienda saludable. Estas partes están separadas por la interposición de las correspondientes pausas.

Exposición del salmo

Verso 1.— **Conocido es Dios en Judea; en Israel grande es su nombre**³ [*Notus in Iudaea Deus; in Israel magnum nomen suum*]. Puede este verso suscitar la cuestión de por qué se ha dicho que **Dios es conocido en Judea**, siendo así que—como de todos es sabido—Cristo el Señor fue crucificado en aquel país. Ello no obstante, debemos averiguar qué significa **Judea**, a fin de que la verdad de esta afirmación aparezca ante nosotros con toda claridad. En efecto, aun cuando el pueblo judío fue distribuido en doce tribus, bien se sabe, sin embargo, que el nombre de *judíos* viene de Judá, uno de los hijos de Jacob, de cuya descendencia, por dispensación divina para con dicha tribu, nacieron reyes, de suerte que aquella línea dinástica se prolongara, según el origen carnal, hasta el advenimiento del Príncipe celestial. Consta, por consiguiente, que la verdadera Judea es la Iglesia de Cristo. En efecto, el nombre de Judá se traduce por *el que confiesa*⁴, es decir, el que cree en aquel Rey que, por medio de la Virgen María, vino de la tribu llamada así. Así, pues, no son llamados propiamente *judíos* los que se hicieron extraños a Cristo, esto es, a la estirpe de Judá, de donde les fue impuesto tal nombre. De hecho, en el momento de la entrega del Señor, éstos gritaron: *Nosotros no tenemos más rey que el César* (Jn 19,15). Siendo esto así, ¿pueden llamarse, en verdad, judíos quienes confesaron no tener por Rey a Cristo, sino al César?. Sigue diciendo: **En Israel grande es su nombre**. Ya hemos dicho que la traducción de **Israel** es *el hombre que ve a Dios*. Pero, ¿cómo pueden reclamar razonablemente este nombre para sí quienes, no reconociéndole como Dios, decretaron crucificarlo como hombre?. Como dice el Apóstol: *Si hubiesen conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria* (1 Cor 2,8). Así, pues, rechazaron también este nombre aquéllos que nunca quisieron creer en su Majestad. ¡Desgraciados los hombres, que junto con el favor divino perdieron, a la vez, el nombre que les era propio!. Este salmo, pues, se dirige—como ya dijimos—a quienes, iluminados por la verdadera luz, se han separado de la iniquidad de los malvados. Va dirigido, esto es, a aquéllos para los que verdaderamente es **grande el nombre** del Señor, cuando con corazón puro lo confiesan como *Rey de reyes, y Señor de señores* (Apc 19,16).

[257] Verso 2.— **Y está hecho su lugar en la paz**⁵, y su morada en Sion [*Et factus est in pace locus eius, et habitatio eius in Sion*]. Sentencia breve y admirable. En efecto, ha profesado Asaf

³Hebr., נודע ביהודה אלהים בישראל גדול שמו [Conocido en Judá es Dios; en Israel, grande su nombre]. La distinción que se hace aquí entre Judá e Israel ha dado ocasión a algunos para conjeturar que este salmo fue compuesto, después de la división de las diez tribus (1 Re 12,16). Pero, más probablemente, se trata de la repetición de una misma idea, aun con diferentes términos. Los LXX: γνωστός ἐν τῇ Ἰουδαίᾳ ὁ θεὸς ἐν τῷ Ἰσραὴλ μέγα τὸ ὄνομα αὐτοῦ [Conocido es es Dios en Judea, en Israel grande es su nombre].

⁴HIER., *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 897).

⁵Hebr., וַיְהִי בְשָׁלָם סֵדוֹ [Y está en Salem su tienda]. Los LXX: καὶ ἐγενήθη ἐν εἰρήνῃ ὁ τόπος αὐτοῦ [Y está en paz su lugar].

que el **lugar** del Señor es la **paz**, ya que el Señor no puede descansar en nadie, sino en aquél que –ayudado por Él– sabe ordenar su vida, mediante una conducta apacible, como está escrito: *¿Sobre quién descansa mi Espíritu, sino sobre el humilde y el pacífico, y sobre el que teme mis palabras?* (Is 66,2). Pero tiene **paz** con el Señor el que no se enfrenta a sus mandatos con aviesa voluntad; el que cumple las órdenes del que es Soberano y ante todo precepto divino doblega su voluntad. En efecto, la **paz** verdadera es estar en concordia con las costumbres virtuosas y luchar contra los vicios. Se ha de examinar también el hecho de haber señalado un **lugar** al Señor. En efecto, refiriéndose a Aquél que no puede ser abarcado por ningún lugar, sino que está en todas partes y no se halla limitado por espacio alguno, se afirma, sin embargo, que se encuentra como contenido en un lugar concreto para aquéllos a los que –propicio– se digna hacerse presente. Sigue: **Y su morada en Sion**. Como ya hemos dicho, **Sion** es un monte que se alza en Jerusalén, cuyo nombre se traduce por *contemplación*, gracia ésta por la que Dios es percibido por el corazón⁶ de los fieles. Ciertamente, siendo así que la Deidad –digna de toda adoración– no se manifiesta los ojos carnales, su Divinidad suma no se oculta, sin embargo, al hecho de una contemplación purísima. Se manifiesta, en efecto, en la medida en que somos portadores de su imagen, pues se hace realmente cual monte *Sion* todo el que con espíritu puro mereciere contemplarlo. Habita, por tanto, en aquél que lo contempla. Y por ello, en modo admirable, se dice que sólo descansa en los corazones santos Aquél que todo lugar abarca con espaciosa largueza.

Verso 3.– **Allí quebrantó los cuernos de los arcos⁷, el escudo, la espada y la guerra** [*Ibi confregit cornua arcuum⁸, scutum, gladium et bellum*]. **Allí**, es decir, en aquella **paz** y en aquella contemplación de Dios de la que anteriormente ha hablado. En efecto, allí donde el Señor de la paz se digna habitar, tales cosas **son quebrantadas** y no tienen utilidad en ningún otro lugar, sino allí donde se encienden las contiendas entre los hombres. Los **cuernos de los arcos** significan la maldad de los soberbios, los cuales son, para los inocentes, causa de grandes desgracias y de los más odiosos peligros. Por **escudo** hay que entender aquí las nefandísimas disputas que tienen como origen el engaño diabólico. La **espada** hay que referirla a las heridas peligrosas y manifiestas. Para el último lugar ha dejado la **guerra**, que –como bien se sabe– es absolutamente contraria a la paz. Pero todas estas cosas se disgregan **quebrantadas** y carentes de poder allí donde llega el Autor de la paz. Esta figura es conocida con el nombre de *energia*, en latín *imaginatio*, imagen que presenta a los ojos incorpóreos la realización de un hecho determinado.

Verso 4.– **Tú que iluminas admirablemente desde los montes eternos⁹** [*Illuminans tu*

⁶TL., *corde prospicitur*; in textu: [ms. A., corda prospicit].

⁷Hebr., רִשְׁפֵי־קֶשֶׁת [las saetas del arco]. Los LXX: τὰ κράτη τῶν τόξων [los poderes de los arcos].

⁸TL., *cornua arcuum*; Vlg., *potentias arcuum*.

⁹Hebr., נֹאִיר אֶתָּה אֲדִיר מִתְרֵי־טָרֶף [Resplandeciente eres, majestuoso más que los montones del botín].

Los autores presentan explicaciones diferentes de estas palabras ciertamente oscuras. Entre los consultados, por estar más de acuerdo con lo que tradicionalmente se afirma sobre el origen de este salmo, podría estar la interpretación que ofrece G. RAVASI, o.c. (II), págs. 584-585. En efecto, es opinión antigua que este salmo fue compuesto, para dar gracias al Señor por la victoria que dio a su pueblo Israel sobre el rey asirio Senaquerib, en tiempos de Ezequías. En verdad, muchas de las cosas que se dicen en él se ajustan perfectamente a aquella victoria israelita sobre el ejército asirio (2Re 19). Y, comoquiera que fue el Señor quien dio la victoria a su pueblo, el sentido del verso podría ser el siguiente: el Dios de Israel es más ilustre y poderoso que todos los grandes reyes del mundo, que se enriquecieron con los montones de riquezas, procedentes de los botines de guerra tomados de sus enemigos vencidos, reyes llenos de violencia y semejantes a los altos montes, que sirven de guaridas a las fieras. Los versos 5-6 podrían abundar en el reforzamiento de esta suposición. En efecto, los asirios de Senaquerib fueron aniquilados, de noche, por el ángel del Señor. *Durmieron su sueño los necios de corazón*, y, por la mañana, *los hombres de riquezas nada encontraron en sus manos*. No había nada más que cadáveres (2Re 19,35). Los LXX, tradujeron: φωτίζεις σὺ θαυμαστῶς ἀπὸ ὀρέων αἰωνίων [iluminas tú maravillosamente desde los montes eternos].

mirabiliter a montibus aeternis]. Llega a la segunda parte, donde expone, en consecuencia, los diversos milagros del Señor. Y, para no tener que preguntar de dónde puede venir esta **iluminación**, añade: **Desde los montes eternos**, o sea, de los predicadores, que verdaderamente son como **montes eternos**, porque están asentados con altura perpetua e inamovible. En efecto, los *montes* terrenos son temporales e inanimados; aquéllos otros –por don del Señor– son siempre sabios y permanentes. Y observa cómo, de modo perfecto, ha mantenido el orden de la verdad. Dijo, en efecto, que el Señor *ilumina*, por medio de los *montes eternos*, porque Él mismo dio a los apóstoles y a los profetas aquello que, a lo largo y ancho del mundo entero, fue propagado por la santa predicación. Y graba bien en tu memoria que, mediante el adjetivo *eterno*, ha separado a los verdaderos predicadores de los falsos herejes. En efecto, no pueden ser llamados *eternos* aquéllos que, por enseñar cosas caducas y perversas, serán destruidos junto con sus enseñanzas.

Verso 5.– **Turbados están todos los necios de corazón; durmieron su sueño, y todos los hombres de riquezas nada encontraron en sus manos** [*Turbati sunt omnes insipientes corde; dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis*]. Más arriba ha dicho que el Señor *ilumina a los fieles por medio de los montes*. Dice ahora que los **necios de corazón están turbados** y confusos. No sin razón, porque de donde los justos fueron iluminados, gracias a las santas predicaciones, precisamente de allí **fueron turbados los necios** y, separándose de la verdadera luz, siguieron los tenebrosos deseos del mundo. **Durmieron**, aun estando despiertos, y tuvieron **sueño** –sueño en buenas obras– aquéllos que constantemente **estaban turbados**, a causa de sus confusos errores. Pero con gran acierto llamó *sueño* a la vida de los infieles, porque vigilar no es despreocuparse de las realidades futuras e ir en pos de aquellas otras que son caducas. Y bien añade asimismo el adjetivo posesivo **su**, con objeto de separarlos en este modo del descanso de los bienaventurados. En efecto, este *sueño* es falaz y engañoso, pues ora se alegran por haber adquirido riquezas; ora, por estar unidos con celebradísima relación conjugal; ora, por haber sido exaltados, merced a muy altos honores. Fíjate, sin embargo, en la confusión que de tales cosas se sigue para ellos: **Y ninguno de los hombres encontró en sus manos riqueza alguna**, es decir: que ellos sólo entre los hombres pierden¹⁰ lo que en ningún modo poseyeron y que en tan insensata pérdida lloran aquéllos que, aún disfrutando, no encontraron alegría. Pero observa cómo se refiere y define a los avaros. Dice, en efecto: **Hombres de riquezas**, es decir, los que, cautivo el espíritu, se consagran al dinero que poseen. Sigue una preciosa figura retórica, cuyo nombre griego es *emphasis*, esto es: siguen todavía buscando **en sus manos**, aun sabiendo que no han retenido **nada**. Ciertamente, dicha figura literaria consiste en una exageración doble. La primera es dar a entender más de lo que dice; la segunda es mostrar también lo que no dice. Pero, en este caso, prevalece la segunda: dar a entender lo que no dice. En efecto, al decir: *Hombres de riquezas*, está indicando que éstos han tenido los deseos propios de todo el mundo, en modo de sentirse engañados, conforme a aquel símil del *sueño*, al recibir cosas distintas de las que eran su deseo.

Verso 6.– **A tu increpación, Dios de Jacob, se adormecieron los que subieron a los caballos**¹¹ [*Ab increpatione tua, Deus Iacob, dormitaverunt qui ascenderunt equos*]. Siendo así que la **increpación** suele hacer cautos y espabilados a los hombres diligentes, ¿cómo es que dice aquí que, por la **increpación** del Señor, el **Dios de Jacob, se adormecieron** los incrédulos?. Ciertamente fue así, porque oyeron negligentemente y con mentes aturdidas sus santas reconvenciones. Ahora bien, quiénes son los que *se adormecieron*, a continuación, lo dice: **Los que subieron a los caballos**,

¹⁰TL., *perdant*; in textu: [ms. A., *quaerant*].

¹¹Hebr., נִרְדָּם וְרָכַב וְסוּס [quedó adormecido el carro y el caballo]. Los LXX: ἐνύσταξαν οἱ ἐπιβεβηκότες τοὺς ἵππους [se adormecieron los que cabalgaban los caballos].

es decir, los que, creciendo en la soberbia, van por todas partes, de acá para allá, en pos de las seducciones de este mundo, como con caballos en carrera. Y si quieres examinar la causa de tanta precipitación: aquel fervor *se adormece*, la prisa duerme hasta dar ronquidos y la actividad misma –tan presurosa– queda sepultada en el sueño. Tal fue aquel faraón que, subiéndose a los carros y a los caballos, despreció con espíritu obstinado las increpaciones del Señor, y llegó, *dormitando*, al sueño eterno, allí donde ningún descanso se encuentra.

Verso 7.– **Tú eres terrible, ¿y quién te resistirá? Entonces a causa de tu ira**¹² [*Tu terribilis es, et quis resistet tibi? tunc ab ira tua*¹³]. Veamos con un poco de más detenimiento qué nos da a conocer este verso. Ha dicho más arriba que el Señor increpa a los que suben a los caballos, esto es, a los que dan el salto a la soberbia. Pero dice ahora que **es terrible** en el juicio aquel, cuando, al venir en la gloria de su Majestad, dé su paga a los soberbios y confiera a los humildes de corazón la dignidad perpetua. En efecto, muchos son los que aquí oponen resistencia a sus preceptos, puesto que apetecen, más bien, aquellas cosas que se apartan de sus mandatos. Pero, **¿quién te resistirá?**. Esta pregunta debe responderse en sentido negativo, porque ningún malvado puede oponer resistencia allí, donde el Señor condena todos los crímenes. Dice, en efecto: **Entonces**, o sea, en el día juicio, que [258] también es llamado *día de la ira y del furor*, porque ya nada será pasado por alto, apelando a la paciencia divina, cuando finalmente sea tomada venganza contra los impíos.

Verso 8.– **Desde el cielo lanzó el juicio; la tierra se estremeció y descansó** [*De caelo iudicium iaculatus est*¹⁴; *terra tremuit et quievit*]. Se expresa aquí la fuerza misma del **juicio**, que baja de lo más alto, a modo un arma lanzada por una mano muy fuerte y segura. Pero esta lanza produjo una herida sólo temporal; aquel juicio, por el contrario, golpeará a los impíos con herida mortal y eterna. Sigue: **La tierra se estremeció y descansó**. Como otras veces hemos dicho, la palabra **tierra** indica aquí a los pecadores de gran peso y gravedad, que serán condenados por el poder de la sentencia divina. Éstos **se estremecerán**, llegado que sea el momento en que escuchen: *Id al fuego eterno* (Mt 25,41). **Descansarán**, cuando sean recibidos en la condenación eterna. Pero ésta es una quietud sin descanso. Descansan, ciertamente, de sus malas obras, pero *no descansarán* en el suplicio quienes serán atormentados por la llama que jamás se apaga.

Verso 9.– **Al levantarse Dios en el juicio, para salvar a todos los pacíficos de la tierra** [*Cum exsurgeret in iudicio*¹⁵ *Deus, ut salvos faceret omnes quietos*¹⁶ *terrae*]. Este verso debe unirse al anterior. Dice, en efecto: *La tierra se estremeció y descansó, al levantarse Dios en el juicio*. Pero bien se dice que **se levanta en su juicio**, porque todo lo toleró aquí pacientemente hasta el final, cuando fue juzgado Cristo, aunque también allí todo lo juzgará con la misma paz. Ahora bien, la expresión: **Levantarse** viene tomada de los jueces terrenales, los cuales, llegado el momento de dictar sentencia, con solemne severidad *se levantan*, porque –puestos en pie– castigan los crímenes cometidos. Y, para que no creas que en aquel juicio ha de tener lugar sólo la condena de los malvados, añade: **Para salvar a todos los pacíficos de la tierra**. Los **pacíficos de la tierra** son los que no se sienten arrastrados con henchida voluntad por ningún vicio propio de este mundo, sino

¹²Hebr., וּמִי־יִעֲמֹד לְפָנֶיךָ מִיָּאֵר אַפֶּךָ [¿Y quién permanecerá ante de ti, en comenzando tu ira?]. Los LXX: καὶ τίς ἀντιστήσεται σοι ἀπὸ τότε ἡ ὀργή σου [Y ¿quién se opondrá a ti?, desde entonces tu ira]. El texto de S. Agustín parece poner el signo de interrogación al final del versículo, facilitando la traducción: y, ¿quién te resistirá entonces, a causa de tu ira?.

¹³TL., *tunc ab ira tua*; Vlg., TL., in textu: [ms. A., ex tunc ira tua].

¹⁴TL., *iudicium iaculatus est*; Vlg., *auditum fecisti iudicium*; TL., *iaculatus*; in textu: [ms. A., *iaculatum*].

¹⁵TL., *in iudicio*; Vlg., *in iudicium*. También S. Agustín.

¹⁶TL., *quietos*; in textu: [mss. G., A., mansuetos].

que, observando un comportamiento de moderación constante, poseen –como anteriormente se ha dicho– una sosegada paz espiritual. Éstos son salvados, cuando reciben los premios prometidos por Dios.

Verso 10.– **Porque el pensamiento del hombre te confesará¹⁷, y los restos de los pensamientos harán día festivo para ti** [*Quia cogitatio hominis confitebitur tibi, et reliquiae cogitationum¹⁸ diem festum agent tibi*]. Llega a la tercera parte, exhortando –pues hay un solo Señor a quien debe dársele la alabanza suma– a que cumplan los votos al Dios terrible, que puede trocar la soberbia de los príncipes en la más humilde santidad. Ciertamente, nuestro **pensamiento confiesa** a Dios, después de que, mediante humilde arrepentimiento, hayan sido condenados los pecados cometidos en el pasado. Pero, comoquiera que la fragilidad humana debe llorar siempre sus pecados, añade: **Y los restos de los pensamientos harán día festivo para ti**. Tras las lágrimas derramadas y la constante contrición del corazón, los **restos de los pensamientos** son el pernicioso recuerdo de los pecados de la vida anterior. Este nocivo recuerdo **hace día festivo** para el Señor, cuando siente interiormente que ha sido liberado de la destrucción, consecuencia del pecado. De aquí que a los hebreos –una vez purificados de la sordidez de sus culpas– se les ordene presentar al Señor una ofrenda festiva, hecho éste al que –según creo– también el salmo cincuenta se refiere. En efecto, cuando dice: *Lávame del todo de mi injusticia, y de mi delito purifícame* (Sal 50,4), está confesando al Señor la ruina del tiempo pasado, en el temor del juicio venidero. ¿Quieres escuchar también al profeta, *haciendo día festivo* en espíritu?. Después de muchas cosas, sigue diciendo: *Entonces aceptarás el sacrificio de justicia, oblaciones y holocaustos; entonces ofrecerán¹⁹ sobre tu altar novillos* (Sal 50,21). Así, el feliz hermanamiento de los salmos conviene en la recíproca verdad existente entre ellos.

Verso 11.– **Haced votos y cumplidlos al Señor, Dios vuestro, todos los que en su derredor presentáis ofrendas al que es terrible** [*Vovete et reddite Domino Deo vestro, omnes qui in circuito eius offertis munera terribili²⁰*]. Siendo conveniente que nosotros llevemos a la práctica todos los preceptos del Señor y siéndonos necesario escuchar la voz de sus mandatos, aconseja aquí Asaf que, primero, **hagamos los votos** y que, después, los **cumplamos**. Y, no sin razón, porque muchas cosas hay que, aun no habiéndolas prometido, sí debemos cumplirlas, no obstante, en toda su integridad. Tales son, por ejemplo: *No matarás, no cometerás adulterio, no robarás* (Éx 20,13), y todos los demás delitos, que se nos prohíbe cometer. Y hay otras cosas, en cambio, que –salvo que hayamos hecho voto– ninguna ley nos obliga a cumplirlas, como, por ejemplo: guardar la virginidad, retirarnos al desierto, obligarnos a la diaria mortificación del ayuno. El profeta, por consiguiente, invita al ofrecimiento de cosas de naturaleza tal que –a no ser que sean vinculantes, por mediar un voto– en ningún caso estamos obligados a cumplirlas. En efecto, lícito es buscar matrimonio, permanecer en la santa Iglesia, gozar de una apropiada alimentación. Sin embargo, cuando fueren objeto de promesa, cosas mejores que éstas ordena que *sean cumplidas*, como dice el Apóstol: *Quien se une en matrimonio con su prometida, hace bien; pero quien no se une hace lo mejor* (1Cor 7,38). Añade: **Dios vuestro**, para designar a los fieles que exultan con el culto ofrecido a la santa Trinidad. Sigue: **Todos los que en su derredor presentáis ofrendas**. Éstos son **todos aquellos** a los que anteriormente dijo: *Haced votos y cumplidlos*. No lo dice, ciertamente, a los herejes ni tampoco a

¹⁷Hebr., כִּי־הָמַת אָדָם הוֹדָה [porque la ira del hombre te confesará]. Los LXX: ὅτι ἐνθύμιον ἀνθρώπου ἐξομολογήσεται σοι [porque la conciencia del hombre te alabaré].

¹⁸TL., *cogitationum*; Vlg., *cogitationis*.

¹⁹TL., *imponent*; in textu: *imponent* [mss. G. et ed., *imponam*].

²⁰TL., *offertis terribili*; Vlg., *affertis*.

los paganos, sino a aquéllos que, por institución católica, se apresuran a presentar ofrendas en su altar. **En derredor.** Cuando las *ofrendas* de los fieles son presentadas en los sacratísimos altares, tal hecho tiene lugar, ciertamente, *en derredor*. En efecto, la expresión: **Al que es terrible** mira particularmente a los devotos, con relación a los cuales es también suave, como está escrito: *Servid al Señor con temor, y regocíjao en Él con temblor* (Sal 2,11). Porque, para los malvados y aquéllos que lo desprecian, no es *terrible*, pues si hubieran temido al Señor, habrían observado realmente un comportamiento honesto.

Verso 12.— **Y al que arrebató el espíritu de los príncipes²¹, al que es terrible ante los reyes de la tierra** [*Et ei²² qui aufert spiritum principum, terribili apud reges terrae*]. El fiel predicador sigue expresando todavía la magnificencia del Señor. Dice, en efecto, que se han de hacer votos al que **es terrible, y al que arrebató el espíritu de los príncipes**, es decir, el espíritu de la soberbia y del orgullo. Y, para que entiendas que ahora se refiere a los convertidos, añade: **Ante los reyes de la tierra.** Ciertamente, ante aquéllos que, por beneficio del Señor, merecieron regir y moderar su propio cuerpo. En efecto, entendamos aquí por **reyes** a los que se han vaciado del espíritu de la soberbia, a los que no están hinchados por el poder, porque milagro más grande es, en este sentido, el hecho de que, inflados por la soberbia, no son castigados, sino liberados, antes bien, por la conversión concedida.

Conclusión del salmo

He aquí que aquel Asaf, que en el título habló de exhortar a los están en camino, ha llegado a los misterios del Señor, anunciando a los reyes cuán terrible es Aquél, cuya crucifixión pidió a gritos la demencia de los hebreos. Así, pues, entended—vosotros, los pertinaces—que no sois los que están en camino, sino que sois, más bien, los que andáis errantes, los que en ningún caso quisisteis escuchar a tan saludable consejero. Y, por ello, vivís dispersos por reinos extranjeros; no tenéis sacrificios, vosotros que no quisisteis amar el cetro patrio, sino el de Roma. En efecto, aun dándoos a conocer, en lengua latina, que vuestro nombre es el de judíos, ¿cómo podéis ser llamados así los que tan gravemente vivís en la obstinación? ¿Por qué, pues, no os dais cuenta de tan grande castigo, vosotros que, después de todas estas cosas, habéis perdido incluso el mismo nombre?. Hemos llegado a la mitad del libro de los Salmos, y el mismo número que —por la generosidad del Señor— hemos dejado atrás, nos queda aún por delante, hasta llegar al final. Oremos, para que Aquél que nos ayudó, con su gracia, a explicar los salmos anteriores, nos conceda eficazmente su auxilio, para seguir explicando los futuros.

²¹Hebr., יְבַצֵּר רוּחַ נְיָדִים [cortará el espíritu de los príncipes]. Los LXX: καὶ ἀφαιρουμένῳ πνεύματα ἀρχόντων [y arrebató espíritus de los príncipes].

²²TL., *Et ei; Vlg., Terribili, et ei.*